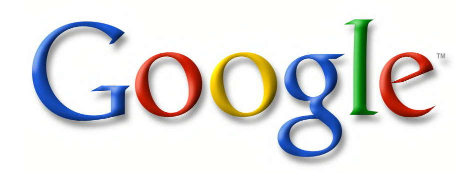



BIBLIOTECA
FERRAN DE SAGARRA I DE SISCAR



CATECISMO
DE
PERSEVERANCIA

Ó EXPOSICION HISTÓRICA, DOGMÁTICA, MORAL, LITÚRGICA, APOLOGÉTICA, FILOSÓFICA Y SOCIAL

DE LA RELIGION,

DESDE EL PRINCIPIO DEL MUNDO HASTA NUESTROS DIAS,

POR EL ABATE J. GAUME,

VICARIO GENERAL DE LA DIÓCESIS DE NEVERS, CABALLERO DE LA ÓRDEN DE SAN SILVESTRE, SOCIO DE LA ACADEMIA DE LA RELIGION CATÓLICA DE ROMA, ETC.

Sexta edicion, revisada y aumentada con notas sobre la geología, y una tabla general de materias.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS
POR
D. FRANCISCO ALSINA Y D. GREGORIO AMADO LARROSA.

TOMO VIII.



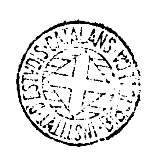
BARCELONA:
LIBRERÍA RELIGIOSA.—IMPRENTA DE PABLO RIERA,
CALLE DE ROBADOR, NÚM. 24 Y 26.
1857.

CATECISMO

DE

PERSEVERANCIA.

TOMO VIII.



Varios Prelados de España han concedido 2320 dias de indulgencia á todos los que leyeren ú oyeren leer un capítulo ó página de cualquiera de las publicaciones de la LIBRERÍA RELIGIOSA.

CATECISMO

DE

PERSEVERANCIA

Ó EXPOSICION HISTÓRICA, DOGMÁTICA, MORAL, LITÚRGICA, APOLOGÉTICA, FILOSÓFICA Y SOCIAL

DE LA RELIGION,

DESDE EL PRINCIPIO DEL MUNDO HASTA NUESTROS DIAS,

POR EL ABATE J. GAUME,

VICARIO GENERAL DE LA DIÓCESIS DE NEVERS, CABALLERO DE LA ÓRDEN DE SAN SILVESTRE, SOCIO DE LA ACADEMIA DE LA RELIGION CATÓLICA DE ROMA, ETC.

Sexta edicion, revisada y aumentada con notas sobre la geologia, y una tabla general de materias.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

POR

D. FRANCISCO ALSINA Y D. GREGORIO AMADO LARROSA.

Iesus Christus heri, et hodie : ipse et in saecula. (*Hebr.* XIII, 8).

Jesucristo ayer y hoy : él mismo tambien en los siglos.

Deus charitas est. (*I Ioan.* IV, 8).

Dios es caridad.

TOMO VIII.

Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:

LIBRERÍA RELIGIOSA. — IMPRENTA DE PABLO RIERA, calle de Robador, núm. 24 y 26.

1857.

CATECISMO DE PERSEVERANCIA.

PARTE CUARTA.

LECCION XXXI.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Tres misterios.—Sabiduría de la ley de la purificacion.—Humildad y obediencia de María.—Ejemplo para las madres cristianas.—Ceremonias de la misa de purificacion.—Presentacion.—Humildad y abnegacion del niño Jesús.—Sacrificio de María.—Encuentro del santo anciano Simeon.—Sus predicciones.—Su cántico de muerte.—Orígen de la fiesta de la Purificacion.—Sabiduría de la Iglesia.—Disposiciones para esa fiesta.

Desde Navidad hasta la Purificacion, la Iglesia nos mantiene en constante adoracion delante del Niño de Belen. Quiere que nos penetremos profundamente de las lecciones que este nos da, porque su pesebre es una cátedra elocuente desde la cual nos instruye. Cuarenta dias despues de la Natividad del Salvador, la Iglesia nos convoca solemnemente; empero no es ya el pesebre donde presenta ... e el Dios-Niño á nuestras adoraciones: el templo de Jerusalen va á ... nulga- cibir por primera vez una víctima digna del Dios que en él se ... ha pre- Encaminémonos á la santa ciudad, precedidos de María que ... a vez, el brazos á su Hijo. Aquel anciano que anda á su lado pisa ... á una ley vo del camino es san José, el virtuoso descendiente de ... á recibir pe de David. ... to á Dios;

El dia 2 de febr... [c]iense ... observan nes: *La Purific*... *los misterios á nue*... *el templo, y el* ... *María, la Pres*... *ancianos* ...

CATECISMO DE PERSEVERANCIA.

PARTE CUARTA.

LECCION XXXI.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Tres misterios.—Sabiduría de la ley de la purificacion.—Humildad y obediencia de María.—Ejemplo para las madres cristianas.—Ceremonias de la misa de purificacion.—Presentacion.—Humildad y abnegacion del niño Jesús.—Sacrificio de María.—Encuentro del santo anciano Simeon.—Sus predicciones.—Su cántico de muerte.—Orígen de la fiesta de la Purificacion. —Sabiduría de la Iglesia.—Disposiciones para esa fiesta.

Desde Navidad hasta la Purificacion, la Iglesia nos mantiene en constante adoracion delante del Niño de Belen. Quiere que nos penetremos profundamente de las lecciones que este nos da, porque su pesebre es una cátedra elocuente desde la cual nos instruye. Cuarenta dias despues de la Natividad del Salvador, la Iglesia nos convoca solemnemente; empero no es ya el pesebre donde presenta el Dios-Niño á nuestras adoraciones: el templo de Jerusalen va á recibir por primera vez una víctima digna del Dios que en él se adora. Encaminémonos á la santa ciudad, precedidos de María que lleva en brazos á su Hijo. Aquel anciano que anda á su lado pisando el polvo del camino es san José, el virtuoso descendiente de la real estirpe de David.

El dia 2 de febrero ofrécense tres misterios á nuestras meditaciones: *La Purificacion de la Vírgen María, la Presentacion de Jesús en el templo, y el encuentro de los santos ancianos Ana y Simeon.*

I. Purificacion. — Hijo de un padre culpable, el hombre queda manchado desde el instante mismo de su concepcion; siguiéndose de aquí que su nacimiento imprime una especie de mancha en su madre: dogma profundo y terrible, fuente de humildad, de pureza, de santo horror para los padres, cuya memoria quiso Dios que se perpetuase de generacion en generacion. Y hé aquí que este Dios tres veces Santo, al dictar sus leyes á Moisés, le dice: «Habla á los «hijos de Israel y díles: Si la mujer pariere varon, será inmunda «cuarenta dias; no tocará ninguna cosa santa, ni entrará en el san-«tuario hasta que sean cumplidos los dias de su purificacion. Mas si «pariere hembra, será impura ochenta dias. Y luego que fueren cum-«plidos los dias de su purificacion, por hijo ó por hija, llevará á la «entrada del tabernáculo un cordero de un año y un pichon ó una «tórtola [1].»

El sacerdote ofrecia el cordero en holocausto, en reconocimiento del supremo dominio de Dios y para darle gracias por el feliz alumbramiento de la madre. El pichon, ó la tórtola, se ofrecia *por el pecado*. Despues de este doble sacrificio, la mujer quedaba purificada de su impureza legal, y volvia á adquirir sus primitivos derechos. El Señor, hablando á Moisés, añadió: «Si la mujer no tuviese con «que comprar un cordero, ofrecerá dos tórtolas ó dos pichones, el «uno para el holocausto y el otro por el pecado; y el sacerdote hará «oracion por ella, y de esta manera será purificada [2].»

María, á quien su divino parto habia hecho mas pura y mas vírgen, no tenia, por cierto, necesidad de sujetarse á la ceremonia de la purificacion; mas, esto no obstante, quiso sujetarse á ella, y, ateniéndose á la letra de la Ley, se presentó en el templo cuarenta dias despues del nacimiento del Salvador. Siguiendo el ejemplo de su Hijo, que ocultaba su divinidad bajo la debilidad propia de la infancia, María quiso ocultar su calidad de Madre de Dios conduciéndose exteriormente como las demás mujeres. Ahora bien, ¿estamos nosotros animados del espíritu de Jesús y de María [3]? El hombre orgulloso se apresura á publicar sus preeminencias, y aun á veces se

[1] Levit. XII.
[2] Levit. XII.
[3] Sicut Christus, licet non esset legi obnoxius, voluit tamen circumcisionem, et alia legis onera subire ad demonstrandum humilitatis et obedientiae exemplum, et ut approbaret legem, et ut calumniae occasionem iudaeis tol-

atribuye las que no tiene: ¿lo hacemos nosotros así? El humilde, contento con ser visto de Dios, halla sus delicias en la oscuridad: ¿seguimos nosotros su ejemplo?

María, como pobre y como madre de un Niño que, segun las profecías, debia nacer y morir pobre, se presentó en el templo con dos tórtolas, conforme lo mandaba la Ley. La hija de David, la madre del Mesías, no pudo presentar mas que la ofrenda de los pobres. ¡Ah! cuando veo que se menosprecia la pobreza, no puedo contener mi enojo é indignacion. ¡Hay con frecuencia tanta nobleza en la miseria! ¿Quién os dice que bajo ese vestido tan humilde no se oculte el hijo de un rey? ¿que ese velo usado no oculte una reina? Quizás algun rico orgulloso de Jerusalen miró con desprecio á aquellos dos esposos que tan solo llevaban al templo las dos tórtolas de los pobres; tal vez bajo el atrio, junto al altar de los sacrificios, el hombre con manto de púrpura y con sandalias doradas disputó el paso á José y á María. ¡Pues sabe, ó necio favorito de la fortuna, que ese hombre que lleva las dos tórtolas es un descendiente de tus antiguos reyes! ¡que esa mujer tan tímida, tan bella y humilde, es una hija de David! ¡que ese niño... es el Señor del mundo! Si él quisiese, con su manecita derribaria las columnas de tus palacios, arrancaria los cedros de tus montañas y talaria las mieses de tus campos [1]. Esta ofrenda, por humilde que te parezca, es mil veces mas agradable que las tuyas, porque el corazon que la hace es el mas perfecto, es el corazon que Dios considera como el alma de los sacrificios. Acordémonos siempre de estas verdades, y procuremos que una caridad viva y sincera haga meritorias nuestras menores acciones.

La Purificacion de María, tal es, pues, el primer misterio que el dia 2 de febrero ofrece á nuestras meditaciones.

Aunque los ritos judáicos quedaron abolidos desde la promulgacion del Evangelio, sin embargo entre las madres cristianas ha prevalecido la costumbre de imitar, al salir de casa por primera vez, el ejemplo de la santa Vírgen que se sometió voluntariamente á una ley que no la concernia. Las madres cristianas van á la iglesia á recibir la bendicion del sacerdote, y á demostrar su reconocimiento á Dios;

lefet; propter easdem rationes voluit et matrem suam implere legis observantias, quibus tamen non erat obnoxia. *(D. Thom. 3 p. q. 37).*

[1] *Cuadro poético de las fiestas*, pág. 92.

pero no van con la intencion con que las mujeres judías iban al templo, sino únicamente para pagar al Señor un justo tributo de alabanzas y acciones de gracias. Oigamos lo que dice sobre este particular el papa Inocencio III:

«Si las mujeres entran en la iglesia inmediatamente despues de su «alumbramiento, no pecan por esto, ni debe vedárseles la entrada; «pero si, movidas de un santo respeto, prefieren abstenerse de ello «por algun tiempo, opinamos que no debe condenarse su devo«cion [1].» La Iglesia, léjos de condenar su devocion, la fomenta. En algunas diócesis se ha fijado cierto número de dias, finidos los cuales las madres van á la iglesia á recibir la bendicion, y es menester conformarse á esta práctica. En los lugares donde no haya costumbre ni disposicion alguna acerca del particular, toda madre cristiana ha de cumplir con este deber luego que pueda salir de casa sin peligro de su salud. Y á la verdad, es muy justo que su primera visita sea á la casa de Dios.

Al llegar allí, ha de dar primeramente gracias á Dios por su feliz alumbramiento, rogándole que haga descender su bendicion sobre ella y sobre su hijo. Luego debe rogarle que le conceda los auxilios que necesita para educar en la virtud á la criatura que ha dado á luz, y hacer el firme propósito de preservar su alma del pecado. Y en realidad, ¿de qué le serviria el haber llegado á ser madre, si el fruto de sus entrañas tuviese que caer bajo el poder del demonio y ser despues condenado á los eternos tormentos del infierno? Consagre, pues, su hijo al Señor, el cual no dejará de aceptar su sacrificio si procura reunir las disposiciones en que se hallaba la santa Vírgen en el dia de su purificacion.

Nada hay mas propio para inspirarle estas disposiciones que las ceremonias de la misa de purificacion. La madre cristiana que va á recibir la bendicion despues de su alumbramiento se detiene á la puerta de la iglesia, y se arrodilla teniendo una vela encendida en la mano para manifestar su indignidad de comparecer á la presencia de Dios y su ardiente deseo de alcanzar sus misericordias. El sacerdote, revestido con sobrepelliz y estola blanca, se acerca á ella y recita el salmo XXIII: *Del Señor es la tierra*, etc., hermoso cántico, sumamente adecuado á esta circunstancia. En seguida repite á la madre cristiana las virtudes que han de proporcionarle á ella y á su

[1] Cap. unic. de Purif. post partum.

hijo la dicha de morar en la santa montaña de Sion; recuérdale el dominio absoluto de Dios sobre todo cuando existe, la consiguiente gratitud y sumision que le son debidas, y por último, despues de haberle dado estas grandes lecciones, le presenta la extremidad de la estola, y le dice: «Entra en el templo de Dios, adora al Hijo de la «bienaventurada Vírgen María, que te ha dado la fecundidad [1].»

El sacerdote presenta á la madre la extremidad de la estola. ¿Qué significa esta ceremonia? La estola es el emblema del poder sacerdotal, y, al presentarla el sacerdote á la mujer, le dice en lenguaje simbólico: En nombre de Dios, de quien hago las veces, sé purificada de las impurezas que hayas podido contraer; el Señor te permite entrar en su templo, y acepta la demostracion de reconocimiento que vienes á hacerle.

Al llegar la madre cristiana al pié del altar, dícele el sacerdote que el Señor educa las familias; que ha de poner en él toda su confianza para desempeñar el arduo deber de la educacion de su hijo, y llama sobre la cabeza de la nueva Eva todas las bendiciones del cielo. Y ciertamente, ¿hay alguna otra circunstancia en que la mujer tenga mayor necesidad de estas bendiciones? ¿No es ella, pobre criatura, la encargada de formar un ciudadano útil á la sociedad temporal, un hijo para la Iglesia, un hermano para Jesucristo, un santo para el cielo? ¿No se decide acaso en el regazo materno el porvenir del hombre, la paz de las familias y la felicidad del mundo?

Poseidos de tan graves pensamientos, el sacerdote y la madre cristiana entablan al pié del altar, en presencia del Dios de los Ángeles, uno de aquellos diálogos inimitables que en vano se buscarian fuera de nuestro culto católico. El sacerdote dice á la mujer: No desmayes, nuestro auxilio está en el nombre del Señor; y la madre responde por boca del asistente: Que hizo el cielo y la tierra.

El sacerdote: Señor, salva á tu sierva.

La madre: Ya sabes, ó Dios, que en tí pone ella su esperanza.

El sacerdote: Envíale tu auxilio desde lo alto de tu santuario.

La madre: Protégela desde lo alto de la santa Sion.

El sacerdote: Haz que el enemigo no pueda nada contra ella.

La madre: Y que el hijo de la iniquidad no llegue á dañarla.

[1] Esta ceremonia no se practica en España, cuando las recien paridas se presentan al templo por primera vez á dar gracias á Dios por su feliz alumbramiento. *(Nota de los Editores).*

El sacerdote : Señor, oye mi oracion.

La madre : Y llegue á tí mi clamor.

El sacerdote : Oremos. Dios eterno y todopoderoso, que con el dichoso parto de la Vírgen María trocaste en alegría los crueles dolores de las madres, vuelve tus ojos bondadosos á tu sierva, y por la intercesion de aquella augusta Reina, haz que la que hoy viene á tu templo para tributarte solemnes acciones de gracias, llegue con su hijo á la felicidad eterna. Por Jesucristo nuestro Señor, etc.

La madre : *¡Amen!* ¡Así sea!

El sacerdote le dice algunas palabras edificantes para fortificar los sentimientos de reconocimiento y piedad que la conducen al pié de los altares, é inducirla á consagrar al Señor su vida y la de su hijo ; y si, cual otra Raquel, llora la temprana muerte de este, la alienta con palabras consoladoras, recordándole la dicha que le cabe de ser madre de un ángel. Ahora bien, ¿habrá una madre cristiana, una madre que comprenda sus deberes y su dignidad, que pueda dispensarse de esta bella ceremonia? ¡ Omítanla en buen hora aquellas que no tengan que tributar al Señor acciones de gracias por la conservacion de su vida y la de su hijo ; que no necesiten recibir consejos ni consuelos, ni pedir bendiciones celestiales para llevar á cabo la educacion del hijo que Dios ha confiado á sus cuidados !

El sacerdote bendice el pan que la madre le presenta. Esta costumbre trae á la memoria las dos tórtolas de María, y demuestra los deseos de la madre de tomar parte en el sacrificio que se ofrece á la Iglesia. El sacerdote, al darle á besar la cruz impresa en la estola, la bendice diciendo : La paz y la bendicion del Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo desciendan sobre tí y sobre tu hijo, y permanezcan en vosotros para siempre. La madre responde : *Amen.*

El sacerdote termina rociando á la madre con agua bendita, á fin de purificarla y hacerla mas santa, mas fiel á sus nobles deberes y mas digna de los beneficios de Dios.

II. Presentacion. — El segundo misterio que la Iglesia venera el dia 2 de febrero es la presentacion del Niño Jesús en el templo. Ya sabeis que el Ángel exterminador, que quitó la vida á todos los primogénitos de los egipcios, perdonó á los de los hebreos. En memoria de este acaecimiento, y para manifestar su poder supremo sobre todas las criaturas, el Señor dictó á Moisés la siguiente ley : « Con« ságrame todo primogénito, tanto de hombres como de animales,

«porque mias son todas las cosas. Y cuando te preguntare tu hijo el «dia de mañana, diciendo: ¿Qué significa esto? le responderás: Con «mano fuerte nos sacó el Señor de la tierra de Egipto, de la casa de «la esclavitud. Porque habiéndose endurecido Faraon, y no querien«do dejarnos ir, mató el Señor á todo primogénito en la tierra de «Egipto, desde el primogénito del hombre hasta el primogénito de «las bestias: por esto sacrifico del sexo masculino al Señor todos los «primogénitos de las bestias, y rescato todos los primogénitos de mis «hijos [1].»

Rescatábanse los primogénitos con una cantidad módica que consistia en cinco siclos de plata. Así, pues, María llevó su Hijo al templo para ofrecerlo al Señor por manos del sacerdote; dió los cinco siclos para rescatarle, y luego lo recibió en sus brazos como un depósito confiado á su solicitud, hasta tanto que el Padre eterno se lo pidiese para cumplir la obra de la redencion del linaje humano.

Es indudable que el niño Jesús no estaba comprendido en aquella ley, porque, como dice san Hilario, si el hijo de un rey y heredero de su corona está exento de toda servidumbre, ¿con cuánta mas razon Jesucristo, que era el redentor de nuestros cuerpos y de nuestras almas, debia estar dispensado de rescatarse á sí mismo [2]? Pero este divino Salvador queria darnos un ejemplo de humildad, obediencia y piedad; queria renovar en el templo públicamente la oblacion que hiciera ya á su Padre desde el instante en que se encarnó. En aquel dia Jesús aceptó de un modo solemne la cruz, los suplicios, la corona de espinas, la ignominiosa caña, la túnica de irrision, la hiel, el vinagre y la muerte. Por su parte, el Padre eterno aceptó un sacrificio capaz de desarmar su cólera irritada por nuestros crímenes, y de librar nuestras almas de aquel fuego devorador que nunca se apagará [3].

¿Queremos penetrar el espíritu de este misterio? Y ¿cómo no lo hemos de querer? ¿No nos dice el Salvador desde el pié del altar, lo mismo que desde el fondo de su pesebre y de lo alto de la cruz: *Ejemplo os he dado, para que, como yo he hecho, vosotros tambien hagais* [4]? Ofrezcámonos, pues, á Dios en este dia con la gran víctima

[1] Exod. XIII.
[2] In Matth. XVII, 11, pag. 696.
[3] Butler, 2 de febrero.
[4] Ioan. XIII, 15.

del mundo; ofrezcámosle nuestros dos óbolos, nuestro cuerpo y nuestra alma. Nuestro sacrificio, por pobre que sea, unido al del divino Mediador, no será desechado. Empero, al ofrecer el holocausto, guardémonos de incurrir en el delito de rapiña, esto es, de reservar una parte de nuestras afecciones al pecado y á las criaturas.

Ahora, pues, seamos francos; ¿nos hemos ofrecido alguna vez á Dios sin la menor reserva ni participacion? Corazon mio, ¿á quién perteneces hoy, ahora, en el instante mismo en que leo estas líneas? ¡Pobre corazon! ¡tal vez has servido de víctima consecutivamente á todos los dioses profanos!... ¡Quizás, hasta el presente, todo para tí ha sido Dios menos el mismo Dios!... Ha llegado la hora del arrepentimiento; solo á Dios pertenecerás desde ahora y para... para siempre, ¿no es verdad? No temas, serás bien recibido: tu Dios no mira lo que has sido, sino lo que eres y lo que quieres ser.

El divino Niño quiso ser presentado en el templo por manos de su santa Madre. Roguemos, pues, tambien á María que se encargue de presentarnos á Dios; porque ella es el conducto de las gracias. ¿Puede darse idea mas propia para inspirarnos una entera confianza en su poderosa mediacion? ¿Qué cosa pudiera Dios negar á María en este dia en que le hace el sacrificio mas heróico que puede imaginarse? Decid á una madre: Se necesita una víctima para salvar á una ciudad próxima á perecer. Se te pide tu hijo querido, el único objeto de tu amor, el cual tendrá que ser insultado, azotado, condenado á muerte y clavado en una cruz; ¿quieres darlo? Pongo por testigos á todas las madres; ni una sola habria que no prefiriese morir en lugar de su hijo, ninguna que no rechazase con toda la energía de su amor semejante proposicion. Y sin embargo, María, la dulce María, la madre mas tierna del Hijo mas querido accede á la demanda del Padre eterno, y le ofrece su Hijo: hé aquí el sacrificio que hace en este dia. ¿Y es de creer que el Dios justo y bueno que recompensó tan largamente el sacrificio figurado de Abrahan, será avaro con María? ¿podrá cerrarle sus oidos y su corazon cuando le pida algo por nosotros? Impiedad seria el pensarlo, blasfemia el decirlo.

III. Encuentro de los santos ancianos. — El tercer misterio que nos recuerda el dia 2 de febrero es el encuentro del anciano Simeon y de la profetisa Ana con Jesús y sus padres en el templo. María habia consumado su sacrificio, pues que habia dicho á Dios: Os ofrez-

co mi Hijo, que es tambien Hijo vuestro. Al ir á bajar las gradas del templo para emprender otra vez el camino de Nazareth, le sale al encuentro un anciano, Simeon el Justo, que esperaba y deseaba ardientemente la venida del Redentor de Israel, y á quien Dios habia prometido no sacarle del mundo sin haberle mostrado el Deseado de las naciones. Simeon tomó en sus brazos al divino Niño, le bendijo, y devolviéndolo en seguida á su Madre, entonó este hermoso cántico: «Ahora, Señor, puedes despedir á tu siervo. Moriré «en paz, segun tu palabra, porque mis ojos han visto tu Salvador, «el Salvador que has preparado ante la faz de todos los pueblos, para «que sea su lumbre y la gloria de tu pueblo Israel [1].»

Dínos, ó María, ¿cuáles fueron los sentimientos de tu corazon maternal al oir las bendiciones y las magníficas profecías del santo anciano? Tierna Madre, tus alegrías serán muy poco duraderas. Simeon prosigue de esta suerte: «Este Niño ha venido para salvacion «y para ruina de muchos de Israel; y para señal á la que se hará «contradiccion. Y una espada de dolores traspasará ¡oh María! tu al«ma, para que sean descubiertos los pensamientos de muchos cora«zones [2].» Y ¡qué pensamientos! Ya los sabrás algun dia, ó tierna Madre, en el huerto de los Olivos, en Jerusalen, en la via Dolorosa, y en el Calvario.

María, llena de resignacion, habia recibido á su Hijo en los brazos, é iba á retirarse, cuando una santa mujer vino tambien á proclamar las grandezas de Jesús. Habia entonces en Jerusalen una profetisa llamada Ana, hija de Phanuel, mujer ya anciana y viuda, que solo habia vivido siete años con su marido. Esta verdadera israelita pasaba la vida en el templo orando, ayunando y haciendo buenas obras: el Espíritu de Dios estaba en ella. En cuanto hubo oido el cántico de Simeon, se puso tambien á alabar al Señor, y á hablar de Jesús á todos los que esperaban la salvacion y la redencion de Israel.

¡Dichosos ancianos! nosotros ambicionamos vuestra suerte. Vosotros encontrásteis al Salvador del mundo, le vísteis, proclamásteis sus alabanzas. Por nuestra parte, si queremos gozar de igual felicidad, dejémonos conducir por el Espíritu de Dios; vamos al templo, donde hallarémos á Jesús y á María. Allí podrémos gozar de su pre-

[1] Luc. II, 29.
[2] Ibid.

sencia y de su conversacion, y despues hablarémos de ellos á todas las almas fieles que esperan gimiendo la salvacion de Israel, el consuelo de sus penas, y la gloria de la Religion.

IV. Orígen de esta fiesta. — La fiesta de la Purificacion se llama vulgarmente la *Candelaria*, con motivo de las velas que se encienden durante los oficios de este dia. La institucion de esta fiesta y de la ceremonia de las velas encendidas es una nueva prueba de la sabiduría de la Iglesia. En el mes de febrero, Roma pagana celebraba las fiestas denominadas *Lupercales* en honor de Pan, dios de los pastores, cuyo culto habia introducido en Italia el príncipe Evandro, el cual le consagró la célebre caverna llamada *Lupercal*, situada al pié del monte Palatino, en la que Remo y Rómulo fueron criados por la loba, y donde hoy dia está edificada la iglesia de *Santa María de la Liberacion*. Muy de mañana, los sacerdotes de Pan, llamados *luperci*, iban al templo del dios, é inmolaban un perro y varias cabras blancas; luego se quitaban los vestidos, y tomando unas correas de piel de cabra, corrian como insensatos por la ciudad golpeando con las correas á cuantos encontraban al paso, sobre todo á las mujeres, que lo deseaban vivamente, teniéndolo á particular favor. Esta ceremonia tenia por objeto, segun ellos decian, la purificacion de la ciudad, de donde dimanó el nombre del mes de febrero, *februarius*; porque *februa* significaba entre los romanos sacrificios de purificacion. Tales eran las fiestas de aquella Roma tan ufana de su civilizacion.

Todavía quedaban marcados vestigios de ellas á fines del siglo V; porque empezaba ya á discurrir el siguiente (año 512) cuando el emperador Anastasio abolió enteramente el infame sacerdocio del dios Pan. Ya en el año de 496 el papa Gelasio habia hecho cuanto estaba en su mano por suprimir las ceremonias harto culpables de las *Lupercales* [1]. Á este fin instituyó la fiesta de la Purificacion de la Vírgen María, oponiendo de esta suerte una purificacion real y unas expiaciones verdaderamente santas á las impuras expiaciones de los paganos [2]. De Roma pasó esta fiesta algunos años despues á Constantinopla, donde se celebró con una pompa y un fervor extraordinarios para implorar la cesacion de la terrible peste que causaba diariamente cinco mil víctimas en aquella ciudad [3]. Sin embargo, cons-

[1] Baron. an. 496.
[2] Baron. *Not. ad Martyrol.* 2 febr.
[3] Procop. *De Bell. persic.* lib. II.

ta por varios monumentos que la fiesta de la Purificacion era ya anteriormente conocida en algunas iglesias particulares, de manera que su primitiva institucion se pierde en la oscuridad de los tiempos [1].

En cuanto á la procesion que se hace en este dia con velas encendidas, debemos buscar su orígen antes del siglo VI. Estableciose para oponer una ceremonia edificante y verdaderamente útil á otra ceremonia pagana llena de supersticiones y desórdenes, que los romanos designaban con el nombre de *fiestas amburbales* [2], fiestas ridículas que se celebraban cada cinco años recorriendo las calles y plazas de Roma con hachones encendidos. Los romanos, despues de haber sometido á su imperio todas las naciones de la tierra, les impusieron un tributo que se pagaba cada cinco años despues del censo quinquenal. Una vez el dinero habia ingresado en el erario de la República, consagrábase el mes de febrero á recorrer la ciudad con hachas encendidas en honor de los dioses infernales, á quienes los romanos se creian deudores de la conquista del mundo. Los Sumos Pontífices abolieron esta fiesta con otra festividad. El dia 2 de febrero el pueblo y el clero hacian una magnífica procesion en que brillaban millares de antorchas, y en que millares de voces cantaban por las calles de la ciudad eterna las alabanzas del verdadero vencedor del mundo y de su augusta Madre, de aquel Dios del Calvario que habia dado á Roma, en vez del imperio de la fuerza, el imperio mas glorioso, mas vasto y poderoso de la fe; y el pueblo entero, saliendo de la iglesia de San Adrian, encaminábase á Santa María la Mayor, donde se festejaba á María y á su Hijo Jesús por todas sus victorias [3].

Las luces que se encienden en la procesion, ó durante la misa, y que brillan por la noche en nuestros templos, son tambien una reminiscencia de las siguientes palabras del cántico de Simeon: *Este Niño será la luz de Israel.* Entonces cada fiel, con su vela encendida en la mano, recuerda las disposiciones de viva fe y ardiente caridad con que debe irse al encuentro del divino Cordero: ¡tierno símbolo

[1] Véase Benedicto XIV, pág. 442, n. 13.

[2] Ambire urbem.

[3] Quam lustrandi consuetudinem congrue et religiose christiana mutavit Religio; cum eodem mense, hoc est hodierna die, in honore S. Genitricis et perpetuae virginis Mariae non solum clerus, sed omnis plebs Ecclesiarum loca cum cereis et diversis hymnis lustrantibus circumeant. (S. Idelfon. 7 *Secul. Script*. t. XII; Bibl. PP. p. 589).

que nos da á todos ancho campo para hermosa y sublime meditacion! ¿Lo hemos meditado sériamente alguna vez? Si debiéramos contestar al momento, á buen seguro que tuviéramos que decir: *No*. Pero mañana podrémos decir *Sí*, ¿no es verdad?

V. Disposiciones para la fiesta. — Si queremos celebrar útilmente la fiesta de este dia, procuremos penetrarnos bien de los tres misterios que nos representa. Admiremos la profunda humildad de la Vírgen santísima, implorémosla, y sobre todo esforcémonos en imitarla: sea esta virtud, base y guardadora de todas las demás virtudes, el objeto constante de todas nuestras oraciones y meditaciones, ahora sobre todo que el mundo perece por causa del orgullo y del espíritu de independencia. Contemplemos el celo generoso y solícito del niño Jesús: roguémosle que encienda este celo en nuestros corazones; lloremos de ver que tenemos tan poco, precisamente ahora que tenemos tantas ocasiones y tantos motivos para ejercitarlo. Por último, tomemos parte gozosamente en la felicidad de Ana y de Simeon; aprendamos con su ejemplo á anteponer á Dios y su gracia á todas las demás cosas, y pidámosle encarecidamente que nos despegue de todo lo que no sea él.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber inspirado á vuestra Iglesia la institucion de la fiesta de la Purificacion; hacednos la gracia de que imitemos los bellos ejemplos de humildad y obediencia que Jesús y María nos dan en tal festividad.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *purificaré cuidadosamente mis intenciones cuando vaya á la iglesia.*

LECCION XXXII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Misterios de la santa infancia.—Sabiduría de la Iglesia.—Misterios de la vida pública de Nuestro Señor.—Obligacion de imitar á Jesús penitente.—Contestacion á las objeciones del mundo.—Necesidad general de la ley de la abstinencia.—Preparacion para la Cuaresma.—Septuagésima, Sexagésima, Quincuagésima.—Oracion de las cuarenta horas.—Miércoles de Ceniza.—Penitencia pública.—Cuatro órdenes de penitentes.

I. Misterios de la santa infancia. — Así como la primavera siembra la tierra de flores, así la Iglesia ameniza la triste y fria estacion del invierno con las santas fiestas que vienen á ser otras tantas flores en la vida del pueblo cristiano. Navidad, los santos Inocentes, el dia del año nuevo, los Reyes, ¡qué série de dias tan alegres [1]! El mundo celebra tambien sus fiestas en la estacion de los frios: los festines, las danzas, los teatros y otros ruidosos placeres se suceden, y atraen continuamente á sus apasionados. Empero las fiestas del mundo, fuente de disipacion y con harta frecuencia de inmoralidad, excluyen á una gran parte de la sociedad, porque los pobres no pueden participar de ellas; al revés de las fiestas cristianas, á las cuales son admitidos y convidados todos los hijos de la gran familia, y donde cada uno disfruta, no segun su ciencia, dignidad ó riqueza, sino segun la pureza de su corazon. Bajo este respecto las fiestas cristianas son altamente sociales; y lo son tambien en cuanto tienen por objeto aumentar la felicidad del hombre haciéndolo mas bueno, pues no hay virtud que no le prediquen, ni sentimiento honroso que no le infundan, ni leccion saludable que no le enseñen.

Así pues, durante el Adviento, la Iglesia emplea sucesivamente el lenguaje de Isaías y de Juan Bautista para despertar en el corazon del hombre el sentimiento de la esperanza. Rey destronado, desterrado, proscrito, dice al género humano, no te queda mas que un solo bien, y este bien es la esperanza. Espera, pues, desea, suspi-

[1] *Cuadro poético de las fiestas*, pág. 78.

ra, que en breve vendrá tu Libertador. Por otra parte, la caida del hombre, su redencion, las cualidades del Redentor y los medios de aprovecharse de esta redencion, ¿no forman, por ventura, toda la historia de la humanidad? ¿Puede darse una leccion mas profunda de filosofía, ó un medio mas propio para orientar al hombre en el tenebroso camino de la vida terrenal? El dia de Navidad, la Iglesia nos dice con la voz de sus mil campanas, con sus alegres cánticos y con sus pomposas ceremonias: Despues de una larga expectacion, ha llegado el Mesías, nos ha nacido un Niño, hásenos dado un Hijo; y los corazones se dilatan, y la ternura, la piadosa compasion, las mas dulces lágrimas, una santa confianza y todos los sentimientos que puede inspirar un Niño que nace por amor de nosotros en una noche de invierno y en una gruta húmeda y expuesta al soplo helado del aquilon, mueven al rico, consuelan al pobre, estrechan los vínculos de fraternidad entre los hombres, é inducen á la práctica de innumerables virtudes.

Pero la Iglesia no ha olvidado las palabras del divino Maestro: «En verdad os digo, que si no os volviéreis é hiciéreis como niños, «no entraréis en el reino de los cielos [1];» y para comunicar á los Cristianos el carácter, los sentimientos y virtudes de esta divina infancia, ofrece por espacio de cuarenta dias á nuestras meditaciones al Hijo de Dios envuelto en las mantillas de su cuna, con lo que la Iglesia se muestra la amiga mas ilustrada de la sociedad. Y en verdad, ¿de qué procede el fraude, la disimulacion, la hipocresía, el egoismo, el espíritu de incredulidad y de insubordinacion, en una palabra, todos esos vicios asquerosos que emponzoñan tantas existencias y ponen al mundo al borde de un abismo, sino de haber desaparecido cási enteramente el admirable carácter de la infancia evangélica? ¡Honor y reconocimiento á la Religion que, presentándonos por modelo un Niño-Dios, procura con el mayor ahinco imbuirnos unas virtudes cuya práctica aseguraria desde luego la dicha de los indivíduos, de las familias y de los pueblos!

II. Misterios de la vida pública de Nuestro Señor. — La Iglesia, despues de habernos hecho meditar la primera página de la vida del niño Jesús, pasa á la segunda. El Salvador ha crecido en edad, en ciencia y en sabiduría delante de Dios y de los hombres. Tambien nosotros debemos crecer en todas estas cosas, siguiendo á nuestro

[1] Matth. XVIII, 3.

modelo en su nueva carrera. Aquí se abre ante nosotros la historia de los dolores del Hombre-Dios. Expiador de nuestros crímenes, aparece humillándose en las orillas del Jordan, y recibiendo de manos de Juan Bautista el bautismo de la penitencia; ayunando en el desierto, expuesto á las humillantes asechanzas del espíritu tentador, saliendo, en fin, de su retiro para sembrar el triple beneficio de sus ejemplos, de su doctrina y de sus milagros entre los pobres de Galilea, de Samaria y de Judea. Siendo nosotros culpables, con mucha mas razon debemos expiar como él, es decir, humillarnos, ayunar, gemir y orar. Por esto la Iglesia en su maternal solicitud quiere que cada uno de nosotros imite esta segunda página de la vida del divino modelo: de ello depende nuestra salvacion eterna y aun nuestra felicidad temporal. Pero ved aquí que la Iglesia nos anuncia la vuelta del ayuno solemne: va á empezarse la Cuaresma. Como criatura, el hombre debe prestar homenaje al Criador, y como criatura culpable, ha de hacer la debida expiacion.

III. Necesidad de la abstinencia. —Aquí el mundo, que ignora cuál es la condicion del hombre en esta tierra de transicion, exclama: Ese culto es un culto de abstinencia y privacion, y por tanto no puede menos de agravar los males inherentes á nuestra naturaleza, y convertir á los hombres en esclavos.

Decís que el Catolicismo es un culto de abstinencia y de privacion. Sí, en verdad, porque es un ejercicio continuo de virtud, y la virtud no se adquiere sino á fuerza de trabajos y batallas. Abrid los fastos de la historia, recorred la vida de los hombres grandes de los siglos pasados, y ved si hay uno solo digno de este nombre que no haya comprado un poco de celebridad con grandes sacrificios: ved de qué modo se formaban aquellos varones esforzados en las antiguas repúblicas de Roma y Lacedemonia. En todas hallaréis la austeridad de vida, la abstinencia, las privaciones, el espíritu de *sacrificio* elevado hasta el heroismo; lo cual os probará que todo esto es muy conforme con una naturaleza sábiamente ordenada.

Pero la Religion enaltece todavía inmensamente la naturaleza, y colma de dulzuras la práctica de esos importantes deberes. Mucho os equivocais pensando que sea penoso para el cristiano el multiplicar sus sacrificios para la práctica de la fe, pues léjos de esto, la idea consoladora de obedecer á su Padre celestial y de acostumbrarse en su presencia á vencerse á sí mismo le hace suave y fácil el precep-

to de la abstinencia. Desde entonces no ve en él mas que un medio de probar á Dios su amor y respeto filial, sentimiento lleno de delicadeza, desconocido á los hijos del siglo, que nos mueve á ofrecer al Autor de la naturaleza una pequeña parte de los dones que cada dia recibimos de su suprema bondad. Solo á los corazones amantes y sensibles es dado el gustar las delicias de semejante obediencia.

Dice tambien el mundo : Es dudoso que Dios prescriba estas privaciones, supuesto que nos ha dado los bienes para que usemos de ellos con moderacion todos los dias de nuestra vida.

Y pregunto, ¿qué razon hay para suponer que Dios mire con indiferencia este culto de renunciacion? ¿Nos habrá dado los bienes para que usemos de ellos á la manera de los brutos, esto es, sin reconocimiento ni amor? Siendo, como somos, unos seres débiles y limitados, ¿de qué modo podemos probarle nuestro agradecimiento á sus beneficios, sino prestándole continuo homenaje? Todos los pueblos de la tierra nos dan diariamente este ejemplo de sumision y obediencia. Herederos, aunque infieles, de las tradiciones primitivas, han conservado esta parte del culto público, aun entre las tinieblas del Paganismo; y, así como no hay pueblo sin religion, no hay religion sin culto de abstinencia : testimonio unánime del género humano en favor de esta parte de nuestros ritos, que, sin aumentar la santidad de su observancia, confirma á lo menos su práctica como esencial al culto público y dictada por un mismo espíritu á todas las conciencias. Esto nos prueba cuán vana es la sabiduría del mundo que quisiera suprimir de la Religion ese testimonio, y que los hombres gozasen de todos los bienes, como si no hubiera Dios en el universo.

Estos bienes, decís, nos han sido dados para que usemos de ellos con moderacion todos los dias de nuestra vida.

Pero para proceder con tal moderacion ¿pensais que basta quererlo? La frugalidad y la templanza suponen un continuo ejercicio de privacion : el que no sabe abstenerse algunas veces de los placeres lícitos, difícilmente podrá resistir á la seduccion de los ilícitos. La virtud se sustenta con sacrificios : cada abstinencia, cada mortificacion que prescribe es una nueva prueba que nos pide de nuestro amor; es un nuevo vínculo con que pretende adherirnos á sus santas leyes. Porque es tal la naturaleza de nuestro corazon, que un sacrificio nos dispone á otro sacrificio, hasta que por último ningun

esfuerzo se nos hace penoso cuando se trata de conservar, junto con el inestimable recuerdo de una virtud probada, el aprecio de nosotros mismos y el fruto de una larga constancia. De un modo semejante el labrador acaba por aficionarse al campo que riega con sus sudores, y el militar á la guerra que le cuesta la sangre y los miembros. ¡Oh hombres, quienquiera que seais, tened entendido que no seréis dignos de la virtud mientras no le profeseis un verdadero amor; y ya sabeis que el amor no se aviene con el cálculo!

De consiguiente las privaciones y la abstinencia son una condicion necesaria de la virtud. Pero el hombre es tan poco amigo de violentar sus inclinaciones, que se entrega á la corriente de sus deseos como un navío desarbolado que vaga á merced de las olas hasta que se estrella en las rocas. La Iglesia, que nos conoce y ama como una tierna madre, ha prevenido la ligereza de nuestro espíritu oponiendo una barrera sagrada á los impulsos de nuestro corazon. Sus leyes acerca del ayuno y de las privaciones son la salvaguardia de la virtud del hombre y del bienestar de la sociedad.

Empero esas leyes deben considerarse todavía bajo otro aspecto. La Iglesia, con su mirada iluminada por la fe, ha penetrado hasta lo íntimo de la naturaleza humana. El hombre es culpable; y de ahí es que todos nosotros, reyes y súbditos, ricos y pobres, debemos purgar nuestras culpas. Solo los sofistas pueden hablar á sus discípulos como á unos seres impecables, excluyendo de su moral cuanto tiene relacion con el pecado y la expiacion del hombre. La verdadera Religion ha sabido buscar en otros principios el fundamento de la regla eterna de las costumbres. Toda falta demanda una pena, todo delito un castigo, ó del contrario, es menester borrar de la inteligencia humana toda idea de justicia. Esto supuesto, el católico que se cree culpable (¿y qué hombre puede llamarse inocente?) se castiga á sí propio de sus pecados privándose en todo ó en parte de los mismos bienes de que ha abusado; pues considera justo y razonable reparar de este modo sus excesos con sus austeridades, y reconquistar el imperio de las pasiones contrayendo unos hábitos opuestos á los que se lo han enajenado.

Decid ahora si os parece que haya en la penitencia cristiana, en la Cuaresma católica explicada de esta suerte, alguna cosa que la razon mas ilustrada no recomiende al hombre resuelto á separarse de la senda del vicio. Todo filósofo se veria precisado á dar iguales con-

sejos á cualquiera de sus discípulos que se propusiera enmendar los yerros de su vida. Hasta el mismo Epicuro reconoce y enseña la verdad de estos principios, cuando recomienda la privacion como un medio de aumentar el placer del voluptuoso [1]. En resúmen, tributar á Dios el debido obsequio; hacer al alma dueña de los sentidos, fortalecer los hábitos virtuosos, expiar los pecados, y preservar nuestras cabezas culpables de los rayos de la divina justicia, tal es el principal objeto del ayuno y de las privaciones.

IV. Preparacion para la Cuaresma. — Para prepararnos al cumplimiento de la gran ley de la penitencia, la Iglesia nos convida á la meditacion tres semanas antes de la Cuaresma. Los tres domingos que preceden á esta se llaman de Septuagésima, de Sexagésima y de Quincuagésima, porque el primero es el séptimo anterior al de Pasion, y los otros dos, el sexto y el quinto, así como el primer domingo de Cuaresma se llama de Cuadragésima por ser tambien el cuarto antes del de Pasion [2]. Estos domingos y las semanas que les siguen sirven de preparacion para la Cuaresma, pues la Iglesia, en su sábia solicitud, quiere disponernos con sus oficios y con la compuncion del corazon á la práctica de la penitencia corporal, é inspirarnos los sentimientos que deben acompañar el ayuno de la santa cuarentena.

En aquellos dias la augusta Esposa del Hombre-Dios ostenta toda la magnificencia de su Catolicismo: todos los tiempos me pertenecen, nos dice en sus oficios, todos los justos son hijos mios; por esto las tres semanas que preceden á la Cuaresma están destinadas á honrar la memoria de los elegidos de los antiguos tiempos: Adan y los justos que precedieron al diluvio, Abrahan y los Patriarcas hasta Moisés, y por último los Profetas que vivieron durante la antigua alianza. De ahí deduce la Iglesia el gran motivo y la razon fundamental de la penitencia que va á comenzar. Así es que en el *oficio de la noche* nos describe la historia de la caida del hombre y de su infelicidad motivada por el pecado de nuestros primeros padres, y en la *misa* quiere que nos consideremos como víctimas prontas á recibir la muerte, y que nos acordemos de nuestros propios pecados, para que, convencidos de la necesidad de la penitencia, estemos dispuestos á abrazarla en la época que ella ha designado. Por esta mis-

[1] Véase Jauffret, *Del culto católico*, pág. 204.
[2] Rupert. lib. IV *Div. Offic*, c. 3 et 4.

ma razon suprime desde este dia hasta la Pascua todos los alegres cánticos, el *Alleluia*, el *Te Deum*, el *Gloria in excelsis*, poniendo en su lugar otros cantos lúgubres y oraciones propias de los dias de afliccion.

V. Las cuarenta horas. —Mas en tanto que la Iglesia nos prepara á la santa tristeza de la penitencia, el mundo realiza la terrible profecía del Salvador: *El mundo se gozará*, decia á sus discípulos, *y vosotros estaréis tristes* [1]; *pero ¡ay de vosotros los que reís* [2], y os entregais á vuestros culpables placeres! En compensacion de los muchos pecados que entonces se cometen, se hace el domingo de Quincuagésima y los dos dias siguientes la solemne devocion de las cuarenta horas, cuya institucion data del siglo XVI. Fue su fundador el P. José, religioso capuchino, que las estableció primeramente en Milan por los años de 1534, á tiempo que el Protestantismo inferia tan crueles ultrajes á Nuestro Señor Jesucristo en el Sacramento de su amor. Fue tal el fervor con que los milaneses abrazaron esta tierna devocion, que á no haberse adoptado ciertas medidas hubiérase agotado anualmente todo el aceite, la cera y las telas preciosas de la ciudad para el adorno de las iglesias. De Milan pasó la piadosa institucion á Roma, donde fue recibida con igual fervor por el pueblo y enriquecida de numerosas indulgencias por los sumos pontífices Pio IV, Clemente VIII y Paulo VI, que despues la propagaron por toda Europa [3].

El culto de las cuarenta horas, acompañado de la predicacion, de la exposicion del santísimo Sacramento y otros piadosos ejercicios, sirve: 1.° para aplacar la cólera de Dios irritado por los desórdenes de aquellos dias licenciosos; 2.° para apartar de los espectáculos, de los desórdenes, de las locuras é impiedades, á aquellos que pudieran verse arrastrados por la fuerza de la costumbre; 3.° para excitar la piadosa compasion de los fieles hácia Nuestro Señor ofreciendo á su meditacion las cuarenta horas que transcurrieron desde su condenacion á muerte hasta su resurreccion; 4.° para prepararnos á la penitencia de la Cuaresma [4].

La institucion de las cuarenta horas nos recuerda las piadosas cos-

[1] Ioan. XVI, 20.
[2] Luc. VI, 25.
[3] Ferraris, art. *Eucharist.* n. 67-71.
[4] Thiers, *Exposicion del santísimo Sacramento*, lib. IV, c. 17, 18.

tumbres de la antigüedad. En efecto, ya en el siglo V la Iglesia habia instituido una misa con letanías solemnes y ayunos en oposicion á los abominables excesos de las calendas de enero y de otras reminiscencias del Paganismo que se conservan y practican aun entre nosotros desde la Epifanía hasta la Cuaresma. Mas adelante, los tres dias anteriores al miércoles de Ceniza llamáronse *dias de preparacion* (Carême-prenant), porque, siendo destinados á la aplicacion de la penitencia pública, los fieles iban á confesarse para prepararse á tan santa obra; y cuando por un enfriamiento del antiguo fervor aquellos dias recibieron el nombre harto profano de *Carnaval*, la Iglesia instituyó las cuarenta horas para expiar los desórdenes y excesos que en tales dias se cometen.

VI. Miércoles de Ceniza. — Terminadas todas las preparaciones para el grande ayuno, la Iglesia da principio á la Cuaresma por medio de imponentes y lúgubres ceremonias. El miércoles de Ceniza el sagrado ministro se presenta en el santuario cubierto con capa pluvial negra, é hincando el coro las rodillas, recitan todos juntos los *siete salmos* llamados con tanta propiedad los *salmos penitenciales*. Ahora vamos á explicar el orígen y la significacion de las ceremonias de este dia memorable.

Todo pecado ha de ser castigado en este ó en el otro mundo; en este por el hombre penitente, ó en el otro por el Dios vengador. Los primeros cristianos y los penitentes de todos los siglos, persuadidos de que, cuanto mayor sea nuestra penitencia, mas grande será la misericordia de Dios para con nosotros, imponíanse generosamente las mas severas expiaciones. Deseosa la Iglesia de generalizar esta santa y provechosa costumbre, escogió el primer dia de Cuaresma para imponer la penitencia pública á los que debian ser admitidos á la reconciliacion, es decir, á la comunion de los fieles en la fiesta de Pascua. En primer lugar los penitentes se confesaban, y luego iban á la iglesia vestidos de luto y con los piés descalzos. Llegados á presencia del obispo, con la cabeza inclinada, los ojos preñados de lágrimas, en una palabra, con todas las señales de un sincero arrepentimiento, pedian humildemente que se les otorgara la penitencia y la absolucion; y el obispo, movido de sus ruegos y lágrimas, poníales un cilicio ó un saco, les cubria la cabeza de ceniza, les echaba agua bendita, y recitaba delante de ellos en voz alta, acompañado de todo el clero postrado en tierra, los siete salmos penitenciales.

Concluidas las oraciones, el obispo y los sacerdotes se levantaban é imponian las manos sobre los penitentes para ratificar sus deseos de hacer penitencia. Entonces el pontífice les hacia una patética exhortacion, que terminaba anunciándoles que así como Dios arrojó á Adan del paraíso por causa de su pecado, así tambien él iba á sacarles por algun tiempo de la Iglesia, y terminaba diciéndoles que no se desanimasen, y que confiasen en la misericordia divina. En seguida empezaba la procesion. Los penitentes caminaban descalzos y con lúgubre semblante; y al llegar á la puerta de la iglesia, el obispo con el cuento de la cruz les sacaba fuera para no volver á entrar hasta el dia de Jueves Santo. Durante esta ceremonia, tan propia para arrancar lágrimas de ternura y afliccion, el clero cantaba las palabras que Dios dijo al hombre cuando le arrojó del paraíso terrenal: *Comerás el pan con el sudor de tu rostro; acuérdate que eres polvo, y en polvo te convertirás* [1].

Al principio solo se sujetaba á estas lúgubres ceremonias á los grandes pecadores que con sus pecados habian causado escándalo; pero posteriormente los fieles que mas se distinguian por su piedad quisieron tomar tambien parte en aquellas públicas humillaciones, para conservar el espíritu de penitencia que les animaba. De estas algunás se hicieron generales en toda la Iglesia, particularmente la de poner ceniza en la cabeza. Por lo que acabamos de decir se conocerá que no es esta una costumbre supersticiosa, sino una piadosa ceremonia practicada por la Iglesia desde los primeros siglos del Cristianismo, autorizada con el ejemplo y recomendada por la voz de los Patriarcas y Profetas [2].

No hay emblema que con mas viveza que este nos retrate la degradacion del hombre, su profunda miseria y la consagracion interior de nuestras almas á los ejercicios de la penitencia. ¡Oh! con qué humildad, con qué compuncion, con qué religioso pavor debemos acercarnos al sagrado ministro que en nombre de Dios va á marcar nuestra frente, quizás todavía muy jóven, con el sello de la muerte, y á escribir en ella con ceniza la irrevocable sentencia que nos condena! Ó vosotros, declamadores de todas condiciones, buscad, ya

[1] Bona, *Rer. liturg.* lib. II, n. 7, 16.

[2] God. *Fiestas mov.*, t. I, pág. 360; Mich. II; Iudith, III; Esther, II; Lamentat. Ierem. IV; Ionae, III, etc.

que sois tan hábiles, otra ceremonia mas propia para hacer que el hombre vuelva á entrar dentro de sí, y para apartarle de esa vida de disipacion, de iniquidad, de ambicion, de egoismo, de que vosotros mismos sois sucesivamente testigos y víctimas. En vez de burlaros sacrílegamente de nuestras santas prácticas, mas valdria que cumpliendo con vuestros mas sagrados deberes de cristianos y de ciudadanos procuráseis autorizarlas con vuestro respeto y ejemplo.

Por nuestra parte, ó dóciles hijos de la Iglesia católica, enterémonos bien de la ceremonia de la ceniza, y hagamos que nuestra alma se penetre de los sentimientos que aquella debe inspirarle. Hé aquí cómo nos habla en su mudo cuanto expresivo lenguaje: Aprende, ó rey destronado, á conocer la magnitud del pecado; piensa en la muerte; mas no seas remiso ni indulgente en la práctica de la mortificacion; abre tu corazon al mas vivo arrepentimiento; consagra al dolor y á la oracion el tiempo que la Providencia te concede para reconciliarte con el cielo y reconquistar el cetro que perdiste: *Acuérdate, ó hombre, que eres polvo, y en polvo te has de convertir.* Hácese en la frente la señal de la cruz con ceniza para que aprendamos á hacer penitencia en público sin avergonzarnos, por el amor y á imitacion de Nuestro Señor, el Justo por excelencia y el gran penitente del mundo. Á los sacerdotes se les pone la ceniza en la cabeza en lugar de la frente para que al tiempo de celebrar la misa no les caiga encima del corporal ó del altar, y para enseñarles al mismo tiempo que, aunque superiores á los demás hombres por su augusta dignidad, son sin embargo semejantes á ellos por la fragilidad de su naturaleza que no será respetada por la muerte.

Á la voz severa de la Iglesia se unen los maternales acentos de aquella que nos engendró en Jesucristo. Hijos mios, nos dice, hé aquí el dia de salud, hé aquí el tiempo favorable; ¡con qué fervor debeis emprender este año el santo camino de la penitencia! Para muchos de vosotros esta será la última vez que lo emprenderéis; si amais á vuestra alma apresuraos á unir vuestros padecimientos, vuestros ayunos y oraciones á los del divino Redentor; morid para el hombre viejo, á fin de transformaros en el hombre nuevo; creedme, pugnad por destruir en vosotros el imperio de los sentidos y del pecado, y por conseguir la libertad en vuestra alma conformando vuestra voluntad con el verdadero espíritu de Jesucristo, practicando to-

das las virtudes de que nuestro Salvador es el mas perfecto modelo, particularmente la humildad, la benignidad, la caridad, la misericordia y la oracion.

Pero, no son nuestras propias deudas las únicas por las cuales debemos hacer penitencia. Los pecados de nuestros hermanos, el triste estado de algunas personas quizás muy caras á nuestro corazon, y los tremendos castigos que les amenazan, añaden nuevos deberes á nuestras obligaciones personales. ¿Quién de nosotros podrá ver sin compasion los desórdenes del mundo? ¿Quién no llorará y gemirá, quién no se humillará al contemplar las prevaricaciones de un cuerpo del cual es miembro y que tiene á Jesucristo por cabeza? Estas lágrimas y estos suspiros son un deber inseparable de la Cuaresma, y forman parte de las oraciones y oficios de la Iglesia en este tiempo santo.

¡Cuántos pecadores se han salvado, qué de calamidades se han evitado con los ayunos y oraciones de la Iglesia! Al considerar el progreso espantoso de la impiedad y de la irreligion, el incremento del vicio, el olvido de las máximas evangélicas y el triunfo de las ideas mundanas, parece que toda alma cristiana deberia entregarse al llanto y á la penitencia. Pero ¡ah! es tal la debilidad de nuestra fe, que solo vagamente comprendemos ya el poder de las lágrimas y oraciones para con Dios y la rigurosa satisfaccion que le debemos por nuestros pecados. Ahora pues, si queremos rectificar nuestros juicios, meditemos el ejemplo de los ninivitas, meditemos sobre todo el santo objeto que la Iglesia se propone con la imposicion de la penitencia pública. Imitemos la vida de los Santos: la ocasion no puede ser mas oportuna para leer otra vez esta historia, mas elocuente que todos los discursos humanos.

VII. Penitencia pública. — Vamos á describir el cuadro que presentaba la Iglesia cuando estaba en uso la penitencia pública, cuya piadosa costumbre duró cerca de mil años [1]. Al rededor del santua-

[1] Á la imposicion de la penitencia pública precedia *comunmente* la confesion pública. Sabido es que durante los primeros siglos habia dos especies de confesiones; la confesion pública y la auricular ó secreta. La confesion pública se hacia en presencia del Obispo y de los sacerdotes que formaban con él el senado de la Iglesia, y aun algunas veces delante de todo el pueblo; y á consecuencia de esta confesion se imponia la penitencia pública. Sin embargo, la Iglesia adoptaba las mas prudentes precauciones para que la confesion pública de los pecados ocultos no perjudicase á los que se confesaban. Así es que ni á

rio y en las casas particulares veíase una multitud de cristianos de ambos sexos, quizás mucho menos culpables que nosotros, vestidos

los ladrones ni á los homicidas se les obligaba á acusarse públicamente de sus crímenes, y en cuanto á los pecados secretos, tampoco se confesaban en público, sino raras veces, y mediante el dictámen del sacerdote á quien ya se habian declarado privadamente.

Tenemos en un célebre pasaje de Orígenes una prueba auténtica de la disciplina de que estamos tratando. Aquel Padre, despues de haber hecho el elogio y demostrado la utilidad de la confesion, prosigue de esta manera: «Ahora «solo nos resta inquirir atentamente y averiguar cuál debe ser el confidente de «nuestros pecados. Experimentad primeramente las cualidades del médico á «quien debeis descubrir la causa de vuestros males; que sepa mostrarse débil «con los débiles, llorar con los que lloran... y si os diere algunos consejos, «seguidlos exactamente. Si juzga que vuestro mal es de tal naturaleza que ne«cesita ser revelado y tratado en presencia de toda la Iglesia, tanto para edifi«car á los otros como para asegurar vuestra propia curacion, seguid el dictámen «de vuestro sábio médico [1].» Este texto de Orígenes, al que pudieran añadirse muchos otros, prueba que la confesion auricular estaba ya en uso en el siglo II y coexistia con la confesion pública. Hallámosla igualmente tres siglos despues.

San Leon, despues de haber ascendido á la cátedra de san Pedro, supo que algunos confesores obligaban á los penitentes á acusarse por sí mismos públicamente de sus pecados secretos; y para moderar este celo imprudente el ilustre Pontífice escribió á mediados del siglo V una carta á los Obispos de Campania: «Mandamos, les decia, que se reprima absolutamente la presuncion de «algunos que, en contravencion á las reglas apostólicas y á todo derecho, exi«gen de los fieles que pongan por escrito y reciten públicamente toda suerte de «pecados; pues basta decir al sacerdote en confesion secreta los pecados que á «cada uno le acusa la conciencia. Porque, aun cuando parezca laudable la fe «de aquellos que, movidos del santo temor de Dios, quieren hacer pública con«fesion de sus culpas, sin embargo no todos los pecados son de tal naturaleza «que puedan publicarse sin peligro de los penitentes. Deséchese, pues, esta «mala costumbre, no sea que muchos, por vergüenza ó por temor de publicar «delante de sus enemigos ciertos actos prohibidos y castigados por las leyes ci«viles, se retraigan de emplear el remedio de la penitencia. Basta confesarse «primero á Dios y luego al sacerdote, que intercede á favor del penitente [2].»

Estos dos pasajes y muchos otros que pudiéramos citar [3], manifiestan claramente cuál era la disciplina de la antigua Iglesia en punto á la confesion.

Cuando un pecador deseaba volver á la gracia de Dios, acudia al Obispo ó al sacerdote y le confesaba humilde y sinceramente todas las culpas de que se acusaba. Entonces el director meditaba los consejos que debia dar y la conducta

[1] Orig. *Homil. II in Psalm.* XXXVII.

[2] Ad Episc. Camp. epist. CXXXVI.

[3] Tertul. *de Pœnit.*; S. Iren. lib. I, c. 9, Hæres. XLIII; S. Cypr. *De lapsis;* S. Basil. *Ep. ad. Amphiloch.* XXXIV; Orig. *Contr. Cels.* lib. III; S. Pacian. *Paræn. ad Pœnitentes*, etc.



pobremente, con los ojos preñados de lágrimas, ayunando, orando y enterneciendo á sus hermanos con las lúgubres demostraciones de la mas viva compuncion. Hay cuatro clases de penitentes: *llorantes, oyentes, postrados* y *consistentes* [1].

Los llorantes se ponian junto á la puerta de la iglesia, en la parte exterior, y á medida que entraban los fieles, les suplicaban que rogasen por ellos. Iban allí á la hora de los oficios, vestidos con un

que debia prescribir. Si entre los pecados que se le acababan de declarar habia algunos graves y notorios, mandaba confesarlos públicamente para reparar el escándalo, y lo mismo hacia con los pecados secretos, cuando habia alguno cuya publicacion, sin daño de tercero, podia aprovechar á muchos ó á uno solo. Si el director tenia que curar una alma orgullosa y soberbia, despues de haber probado inútilmente otros remedios mas suaves, reducíala por último á la humillante mortificacion de acusarse públicamente, á fin de quebrantar su orgullo hasta entonces indomable; mas, si con una declaracion pública hubiese podido comprometerse la seguridad ó la reputacion de las personas, ningun ministro prudente la hubiera ordenado, y en todo caso habríanse opuesto á ella las terminantes prohibiciones de la Iglesia. Tenemos una prueba de esto en la carta de san Leon arriba citada.

Hé aquí como la fiel Esposa de Jesucristo, la tierna madre de los Cristianos, sabia conciliar los intereses del cielo con los de la tierra, el honor y la seguridad de los particulares con su aprovechamiento en la virtud, la severidad de los principios con la indulgencia para con las personas. Hé aquí como sabia corregir el escándalo sin provocarlo nunca, convertir la confusion del pecador en provecho de su salvacion, y hacer servir el mismo mal de instrumento para la edificacion de todos sus hijos. Por medio de esta bella y admirable disciplina todo se hace con decencia, todo marcha con órden y regularidad. La confesion sacramental, instituida por Jesucristo, ocupa constantemente el primer lugar; despues de la confesion sacramental, siempre despues, viene algunas veces la confesion pública establecida por la Iglesia: de estas dos confesiones, la una, siempre indispensable, determina la otra, que es una mera auxiliar. La primera, de institucion divina, ha subsistido y subsistirá en todos tiempos; la segunda, de orígen eclesiástico, desapareció al cabo de algunos siglos en fuerza de la misma autoridad canónica que la habia establecido [1]. Pero la sabiduría de la Iglesia no resplandece menos en la supresion de la confesion pública que en su institucion. Observando que el fervor de los Cristianos se habia disminuido, esta Madre vigilante temió que la obligacion de confesarse públicamente no alejase á los penitentes de la confesion sacramental, necesaria para la salvacion, y en consecuencia suprimió la confesion pública. Á fines del siglo IV dejó esta de practicarse en las iglesias griegas, subsistiendo algun tiempo mas en la Iglesia latina.

[1] Flentes, audientes, prostrati, consistentes.

[1] Discusion amistosa, t. II, pág. 167.



saco, cubierta la cabeza de ceniza y con el cabello desordenado, á fin de aplacar con esta humillacion la cólera de Dios y obtener la intercesion de sus hermanos. Por esto la Iglesia en los oficios de la Cuaresma rogaba siempre por los penitentes, cuya tierna costumbre se conserva aun en el dia. Para mayor mortificacion, los penitentes de la primera clase solian permanecer á la intemperie, aunque les era permitido ponerse debajo del pórtico.

Los penitentes de la segunda clase eran los oyentes, así llamados porque habiendo pasado fervorosamente el tiempo prescrito para el primer grado de penitencia, podian entrar en la iglesia y oir las instrucciones, estando empero obligados á salir, como los catecúmenos, antes del Ofertorio.

Los postrados, que formaban la tercera clase de penitentes, podian permanecer en la iglesia mientras se rezaban por ellos ciertas oraciones; pero tenian que estar postrados ó de rodillas, de cuya circunstancia tomaban el nombre. Los presbíteros y los Obispos les imponian las manos, recitando al mismo tiempo algunas oraciones, y en el acto del Ofertorio el diácono les mandaba retirarse.

Á la cuarta clase pertenecian los consistentes. Á estos se les permitia estar en pié, y tomar parte en las oraciones de los demás fieles; pero no podian hacer las ofrendas ordinarias ni comulgar públicamente.

Ningun fiel, por elevada que fuese su categoría ó dignidad, estaba dispensado del rigor de la disciplina. Nos lo prueba el ejemplo del emperador Teodosio, y aquel otro caso ocurrido con Fabiola, una de las mas ilustres damas de Roma. Habiéndose esta divorciado de su marido, pasó á segundas nupcias, lo cual era permitido por las leyes del Imperio; mas, en cuanto supo que su conducta era contraria á las prescripciones del Evangelio, renunció á su segunda alianza; y para expiar su falta sometióse á todo el rigor de la penitencia canónica á la faz de Roma, enfrente la puerta de la basílica de Letran, haciéndola con tal fervor y compuncion, que su simple relato arranca lágrimas de ternura [1].

[1] S. Hier. *Epist. ad Accanum, de epitaph. Fabiol.* pag. 657.

Existe aun entre nosotros una costumbre que prueba la fidelidad con que nuestros padres se sometian al rigor de la penitencia y del ayuno, en tiempo de Cuaresma. Esta costumbre es, ¿quién lo dijera? la de pasear el buey gordo. Antiguamente todo el mundo observaba religiosamente la abstinencia cuadragesimal. En cada ciudad solo habia un tablajero que pudiese vender carne para los enfermos, cuyo privilegio se concedia á aquel que á juicio de expertos nom-

Á mas de las penosas prácticas de que acabamos de hablar, la penitencia pública iba acompañada de otros ejercicios, tales como ayunar diariamente ó con mucha frecuencia á pan y agua, orar por largo espacio con el rostro postrado en tierra, distribuir abundantes limosnas, abstenerse no solo de toda diversion, sino tambien de toda conversacion inútil, etc. Estas severas mortificaciones duraban dos años para los reos de hurto, siete para los de fornicacion, once para los de perjurio, quince para los de adulterio, veinte para los de homicidio, toda la vida para los de apostasía.

Y ¿quién imponia tales expiaciones á aquellos primeros cristianos, cuya mayor parte, nacidos en el Paganismo y viviendo desde su conversion en medio de los paganos, estaban de tal modo expuestos, que sus yerros nos parecen dignos de indulgencia mas bien que de castigo? ¿Quién les trataba de esta suerte? Su tierna madre, la Iglesia, la esposa del Espíritu Santo, que, dirigida por sus consejos y llena de su amor, se muestra siempre tan benigna y compasiva. Y sin embargo, aquellos cristianos adoraban el mismo Dios que nosotros, aspiraban al mismo paraíso, y temian el mismo infierno. ¡Oh enormidad del pecado! ¡oh santidad del Cristianismo! ¡oh necesidad de la penitencia!

Así pues, el rezo de los siete salmos de la penitencia, y la procesion con que empieza el oficio del miércoles de Ceniza, nos recuerdan la ceremonia con que se imponia la penitencia pública; este piadoso recuerdo nos enseña con qué sentimientos debemos asistir á tales solemnidades.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber establecido el ayuno de la Cuaresma para purificar mi conciencia, fortalecer mi virtud y hacerme digno de acercarme á vuestra santa mesa: hacedme la gracia de ayunar cristianamente.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *añadiré al ayuno la oracion y la limosna.*

brados al objeto presentaba la mas hermosa res. Pronunciado el fallo, el vencedor, en señal de triunfo, paseaba el buey coronado de flores por las calles de la ciudad. De ahí dimana la costumbre que aun hoy dia se conserva, aunque cási todos ignoran su orígen y significacion.

LECCION XXXIII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Utilidad social de la Cuaresma. — Utilidad particular para el cuerpo y para el alma. — Armonía con la estacion de la primavera. — Institucion de la Cuaresma. — Sumision de nuestros padres á esta gran ley. — Sabiduría de la Iglesia en la variedad de los alimentos, en la edad prescrita para el ayuno y en las prohibiciones del tiempo de Cuaresma. — Efectos del ayuno. — Liturgia de la Cuaresma. — Primer domingo. — Dispensas, *brandones*. — Segundo domingo. — Tercer domingo. — Cuarto domingo.

I. Utilidad social de la Cuaresma. — Expiar el pecado, demoler, por consiguiente, cada uno de nosotros por su parte esa montaña de iniquidades que llama dia y noche las iras de Dios sobre nuestras cabezas, tal es el grande objeto del ayuno y de la penitencia. Esta reflexion basta por sí sola para que deba considerarse la Cuaresma católica como una necesidad mas urgente que nunca en los calamitosos tiempos que hemos alcanzado. Volved los ojos al rededor vuestro, y observaréis que Dios, el padre de los hombres y de las sociedades, se encuentra hoy tan extraño en medio de sus propios hijos, como extraño se encontraba en medio de los paganos el Dios desconocido que adoraba Atenas; le veréis no solo repelido por los suyos, como antiguamente en Belen, sino vendido como en el huerto de los Olivos, escarnecido y tratado cual rey de farsa, como en Jerusalen, y hasta crucificado diariamente, como en el Calvario; veréis á la Iglesia, su esposa y madre nuestra, la madre de los pueblos modernos, triste y desolada; la sociedad plagada de crímenes y escándalos; la inmoralidad, el cinismo entronizados por todas partes; la division en las familias, el desprecio de la santidad conyugal, el odio entre los hermanos, la falta absoluta de fe; veréis por último el mundo devorado hasta sus entrañas por una indiferencia monstruosa que resiste al celo mas apostólico, y que mataria la misma esperanza, si la esperanza no fuera inmortal.

Tal es nuestra situacion. Ahora decidme, ¿qué medio hay para conjurar las tempestades acumuladas en el horizonte por tanta mul-

titud de crímenes? La sabiduría humana, siempre presuntuosa, porque es limitada y falsa, confia sucesivamente la salvacion de la sociedad á la habilidad de los diplomáticos, al valor de los soldados, á la astucia, á la fuerza, á la industria, ¿qué mas sé yo?... Todo es en vano, porque escrito está : *Vanos, ciegos é impotentes son todos los hombres en quienes no se halla la ciencia de Dios* [1]. El único medio para salvarnos todos, pueblos é individuos, es reconciliarnos con el cielo, es restablecer el predominio de Dios en la sociedad, en la familia, en el corazon del hombre. Para esto, lo primero que debemos practicar es convertirnos y hacer penitencia : *Convertíos á mí, y seréis salvos* [2]. La penitencia es, lo repetimos, la gran necesidad de nuestro siglo : luego la Cuaresma católica, que nos conduce á la penitencia, es eminentemente social.

II. Utilidad particular para el cuerpo y para el alma. — Siendo cierto, como lo es, que el alma tiene influencia sobre el cuerpo, no puede serlo menos que la Cuaresma, curando al hombre moral, debe producir necesariamente el bienestar del hombre físico. La Iglesia misma canta en sus oraciones esta nueva utilidad del ayuno [3], y médicos muy hábiles han probado la favorable influencia de la Cuaresma sobre la salud. Conviene observar que la Iglesia católica, tomando en consideracion la salud del cuerpo al instituir la Cuaresma, ni rebajó su dignidad, ni se separó del espíritu de caridad que siempre la ha animado ; pues así como la templanza y la sobriedad son los mejores auxiliares de la salud, así tambien la abstinencia y el ayuno son á menudo los medios mas adecuados para restablecerla. La experiencia viene en apoyo de esta observacion. En efecto, con ayunos continuos conservaron tantos antiguos Padres del desierto una salud robusta y constante, viviendo mas de un siglo en países cálidos, donde la duracion de la vida es generalmente mas corta que en los climas templados.

San Pablo, primer ermitaño, vivió ciento y trece años; san Antonio, ciento y cinco ; san Arsenio, ciento y veinte ; san Juan Silenciario, ciento y cuatro ; san Teodosio, presbítero (*l'abbé*), ciento y cinco; los dos santos Macarios, san Pafnucio, san Sabas y san Juan

[1] Sap. XIII, 1.
[2] Isai. XLV, 22.
[3] Ieiunium quod animabus corporibusque curandis salubriter institutum est. *(Off. sabb. ante Dom. I Quadrag.)*.

de Egipto, un siglo á corta diferencia. La ciencia médica nos da la explicacion de estos admirables fenómenos, afirmando que la templanza es madre de la salud, evita todas las enfermedades originadas de la indigestion, disminuye la gravedad de los accidentes exteriores, alivia y suaviza los males incurables, calma las pasiones, conserva la integridad de los sentidos, la fuerza del espíritu, la vivacidad de la memoria, y por último es, como dice Casiano, el fundamento de la virtud. Todos los Santos que han llegado á la perfeccion evangélica han empezado de esta suerte.

La práctica de la penitencia se hace penosa al principio, porque nos obliga á contrariar nuestros hábitos; pero luego se convierte en manantial de los mas puros goces; esto prescindiendo de las inmensas ventajas que ofrece por otros conceptos. Ella nos dispensa en muchísimos casos de solicitar los auxilios de la medicina; evita las enfermedades que provienen de la plenitud, y es el medio mas seguro de restablecer el órden en la economía y de restituirle su natural actividad. Por lo comun, una dieta de dos dias hace el mismo efecto que un purgante, con menos inconvenientes y mas seguridad que este. Muchos religiosos, que en sus conventos observaron un método de vida regular y sóbrio, llegaron á una edad muy avanzada sin recetas ni medicamentos, haciendo tan solo, cuando se sentian indispuestos, dos ó tres dias de dieta, lo que bastaba comunmente para corregir su indisposicion. De manera que la ciencia mas ilustrada y la experiencia de todos los siglos nos prueban de consuno que el ayuno es el mejor remedio para la mayor parte de las enfermedades, y el medio mas sencillo y fácil de conservar la salud y prolongar la vida [1].

[1] Consúltense acerca del particular los autores que han escrito sobre la dieta, tales como Junker, Arbuthnot, Hecquet, Lemerry y Lorry *(Tratado de los alimentos)*. — Un célebre médico de nuestros dias, considerando bajo el aspecto higiénico las buenas obras que prescribe la Iglesia, se expresa en los siguientes términos: «El Cristianismo, no contento de que observemos sus preceptos por «el solo temor de las penas de la otra vida, quiere que todas nuestras acciones «tengan por móvil el amor de Dios y del prójimo: ley de amor, cuya obser- «vancia ennoblece el corazon, ilumina el entendimiento, y, regulando todas «las necesidades del hombre, le da la verdadera libertad.

«Además de los Sacramentos, que purifican el alma, al paso que disminu- «yen los padecimientos del cuerpo, la Religion prescribe la práctica diaria de «la oracion como un fuerte antemural contra los continuos ataques de las pa-

Los grandes y saludables efectos que debe producir la Cuaresma católica se comprenden fácilmente, atendiendo á la época del año en que se celebra. Esta época es la primavera, es decir, la estacion mas favorable para reparar los desórdenes causados en la salud por los calurosos trabajos del estío ó por los excesos del invierno. Entonces los humores se ponen en movimiento; todo cuanto vegeta entra en una especie de fermentacion. Las yerbas tiernas ofrecen unos jugos mucho mas saludables que en cualquiera otra estacion; y nadie duda que el mejor remedio ó el principal preservativo contra la mayor parte de las enfermedades es la abstinencia, acompañada de buenos alimentos vegetales.

Todo el que haya meditado sobre la profunda sabiduría y maternal solicitud de la Iglesia católica convendrá fácilmente en que el interés de nuestra salud corporal influyó como causa secundaria en la institucion de la Cuaresma. La Esposa del Dios-Hombre, siempre prudente y buena, en esta parte de la disciplina ha suavizado el rigor de sus prescripciones segun la variedad de los tiempos y de los climas. Hoy que los temperamentos parecen haberse debilitado, se muestra llena de indulgencia, y concede á nuestra flaqueza un alivio á que debemos corresponder con el agradecimiento y la fiel observancia de las leves privaciones que nos impone.

Por último, la institucion de la Cuaresma en tiempo de primavera

«siones. En efecto, no hay ningun medio mas eficaz para ahuyentar esos peligrosos enemigos de nuestro reposo que la comunicacion del hombre con su «Criador.

«Á los Sacramentos y á la oracion la Religion añade el ayuno y la abstinen«cia, medios higiénicos propios para amortiguar la fuerza de las pasiones; y en «su alta sabiduría los prescribe mas largos y severos precisamente en aquella «época del año en que la naturaleza toda va á entrar en fermentacion. Si el ri«gor de la estacion, la miseria ó una constitucion debilitada por la edad, las «enfermedades ó el trabajo se oponen al cumplimiento del precepto, en tal caso «lo dispensa fácilmente, mediante la satisfaccion de una limosna proporciona«da á las facultades de cada cual. De este modo la Iglesia, mientras combate «dos vicios, por desgracia tan comunes, como la destemplanza y la avaricia, «calma los arrebatos del amor, la impetuosidad de la cólera, y al mismo tiem«po deposita lo supérfluo del rico en las manos del pobre: ¡admirable institu«cion que hace espirar en los labios del indigente la blasfemia contra la Provi«dencia, y trueca en bendiciones la cólera que la envidia le hubiera inspirado! «¿Qué institucion humana ha demostrado jamás tanta solicitud, prudencia y «caridad?» (Descuret, *Medicina de las pasiones*).

presenta una de las mas bellas armonías de la creacion. Mientras que en la naturaleza todo se agita, verificándose en todas las partes del mundo físico un trabajo de vegetacion y de renovacion que ha de producir en el mes de mayo la resurreccion de todas las criaturas aletargadas durante el invierno, la Iglesia quiere que se efectúe un trabajo análogo en el mundo espiritual. La santa Cuaresma es un tiempo en que aquella Madre solícita sumerge á todos sus hijos en el baño de la penitencia para que recobren la vida de gracia, ó adquieran nuevo vigor. Como término de la jornada, muéstrales á lo léjos una mesa espléndida á la que todos están convidados y en que se sirve por manos de Ángeles el pan de la inmortalidad y el vino refrigerante que purifica la sangre del hombre y hace germinar la virginidad. Y la gran familia sale del divino banquete remozada, fortalecida en la virtud y dispuesta á seguir con ágil paso á su divino Maestro en el camino del cielo.

Decid ahora, hombres reflexivos, si la Cuaresma católica con la confesion y la comunion resuelve ó no, del mejor modo posible, el gran problema cuya solucion busca el mundo actual, es á saber: cuál es el mejor medio de regenerar á los pueblos moralizándolos y haciéndolos desprendidos y sumisos, y á los reyes haciéndolos justos, equitativos y capaces de sacrificarse por el bien de sus súbditos. Una nacion cuyos miembros observasen todos *católicamente* la Cuaresma, ¿no estaria luego en disposicion de ejercitar toda suerte de virtudes; á semejanza del águila real que, cubierta de un nuevo plumaje, puede tender sin temor el vuelo hasta las mas altas regiones [1]? Si despues de haber meditado todo esto, todavía os queda en el corazon lugar para un sentimiento, albergad en él la mas sincera compasion hácia aquellos hombres que no comprenden, condenan ó menosprecian la Cuaresma católica.

Los Protestantes, mas equitativos que nuestros impíos, no han podido menos de pagarle un justo tributo de alabanza. «Observé, dice «uno de ellos hablando de Italia, que no obstante los progresos del «vicio, el pueblo se refrenaba singularmente durante la Cuaresma. «No se oian entonces, como otras veces, blasfemias ni palabras in«decorosas. Al lujo, al fausto, á los banquetes suntuosos habia su«cedido la modestia, la austeridad y las demostraciones de peniten-

[1] Véase tomo IV del Catecismo, leccion LV, donde se hallarán mas pormenores sobre este importante asunto.

«cia : todas las noches se predicaban sermones edificantes; hacíanse «abundantes cuestas para los pobres, y doquiera se observaban se«ñales de arrepentimiento y enmienda. Confieso que en Italia fue «donde mejor aprendí á apreciar la utilidad de la Cuaresma y las «razones que motivaron su institucion. No puedo aprobar la opinion «de los que sostienen que debiendo el hombre observar constante«mente una vida conforme á los principios de la fe, es una supers«ticion el reservar cierta parte del año para la práctica de una ma«yor devocion; pues si se considera cuán difícil es mantener conti«nuamente á los hombres en los límites del deber, fácilmente se com«prende cuánto importa destinar una porcion razonable del año para «obligarles á volver á entrar dentro de sí y á reflexionar sériamente «sobre su conducta, para que el pecado no eche raíces demasiado «profundas, y los malos hábitos no lleguen á ser con el tiempo de«masiado difíciles de corregir [1].»

III. Institucion de la Cuaresma.—Hechas estas consideraciones generales, pasemos á la institucion de la Cuaresma y al modo de santificarla. Entre las varias instituciones cristianas, la Cuaresma, ó el ayuno de cuarenta dias inmediatamente antes de Pascua, es por muchos respectos la mas santa y venerable por su antigüedad, por su universalidad y por los abundantes frutos espirituales que produce. La palabra *Cuaresma* es una evidente contraccion de la latina *quadragesima* con que la liturgia designa la santa cuarentena. Este ayuno de cuarenta dias es una imitacion del de Nuestro Señor, aunque no se verifica en la época en que el Evangelio pone el ayuno dominical. Nuestro Señor empezó á ayunar luego que fue bautizado, esto es, en los primeros dias de enero. Pero la Iglesia ha destinado para este ayuno los cuarenta dias que preceden á la Pascua, á fin de prepararnos con la práctica de una larga mortificacion á celebrar dignamente el glorioso aniversario de la resurreccion de Jesucristo [2].

[1] Sir Edwin Sands, *Europae Speculum.*

[2] Racional litúrgico. En cuanto á las razones misteriosas de la Cuaresma, santo Tomás las explica del modo siguiente : Ratio autem numeri, quantum ad quadragesimale ieiunium, est triplex secundum Gregorium. *(Homil. XVI in Evang.). Primo quidem,* quia virtus Decalogi per libros quatuor sancti Evangelii impletur : denarius enim quater ductus in quadragenarium surgit. *Vel,* quia in hoc mortali corpore ex quatuor elementis subsistimus, per cuius voluptates praeceptis dominicis contraimus, quae per Decalogum sunt accepta. Unde dignum est ut eamdem carnem quater decies affligamus. *Vel,* quia, sicut

La Cuaresma es de institucion apostólica, por cuya razon los fieles de todos los siglos han mirado su observancia como un deber sagrado [1]. «No hay ningun continente, dice san Basilio, ninguna isla, «ninguna nacion, ninguna ciudad, ni rincon alguno de la tierra, en «que no se proclame el ayuno cuadragesimal. Ejércitos enteros, los «viajeros, los navegantes, los comerciantes, léjos de su patria, lo «oyen proclamar con satisfaccion por todos los confines del mundo. «Por tanto, ninguno debe creerse dispensado de ayunar. Los Ánge«les toman nota de los que observan la ley. Procurad, pues, que «vuestro Ángel escriba vuestro nombre en su libro, y no desampa«reis jamás la enseña de vuestra Religion... Nuestro Señor presen«ta ahora una batalla general al demonio con todas las fuerzas de «su ejército compuesto de los habitantes de todas las comarcas de la «tierra. ¡Dichosos los que por su valor se muestren dignos de mili«tar bajo las órdenes de tal Jefe!... Actualmente, reyes y príncipes, «clérigos y legos, nobles y plebeyos, ricos y pobres no forman mas «que un solo cuerpo, tratándose del ayuno. ¿No seria, pues, una «mengua el mirar como penoso un yugo que toda la Iglesia lleva con «alegría [2]?»

Los cristianos de los primeros siglos en los dias de ayuno solo comian yerbas, raíces, legumbres, ó frutas con pan y agua, y, cuando mas, un poco de pescado sin condimento. Además, todos sus alimentos eran de una especie tan comun y barata, que proporcionaban grandes ahorros en los gastos de la mesa, cuyos ahorros, por consejo de los padres, convertíanse en limosnas. No comian mas que una vez al dia, despues de puesto el sol. San Fructuoso, obispo de Tarragona, cuando iba al martirio rehusó una bebida que le daban para confortarle, diciendo que todavía no era hora de romper el ayuno: era un viernes á las diez de la mañana [3].

in lege offerri iubebantur decimae rerum, ita offerre contendimus Deo decimas dierum: dum enim per trecentos et sexaginta et sex dies annus dicitur, nos autem per triginta et sex dies affligimur (qui sunt ieiunabiles in sex septimanis quadragesimae) quasi anni nostri decimas Deo damus. (D. Thom. 2, 2, q. 147, art. 5).

[1] S. Hier. lib. III, *De ieiun. quadrag.* c. 7, pag. 405; S. Leo *in Serm. IV, V et IX, de Quadrag.*; S. Petr. Chrysol. *Serm. XI et LXVI*, etc., etc.

[2] Homil. de ieiun. pag. 11, et S. Bernard. *Serm. VII de Quadrag.* p. 4; id. *Serm. III.*

[3] Act. S. Fruct.

En el siglo VI suavizóse algun tanto la ley de la abstinencia, permitiéndose á los que padecian de debilidad de estómago que bebiesen un poco de vino [1]. En el siglo VII se permitió el uso de los lacticinios en los países septentrionales, donde la estacion, todavía muy atrasada, no podia suministrar las verduras necesarias durante la Cuaresma. Mas adelante, la Iglesia, siempre bondadosa como una madre, atenuó todavía mas el rigor de su disciplina. Permitióse en Inglaterra y en Francia el uso de la manteca de leche á falta de aceite, con la condicion de suplir esta parte de la penitencia con limosnas ú otras buenas obras; pero, esto no obstante, muchas personas piadosas no querian aprovecharse de aquel permiso.

IV. Fidelidad en su observancia. — Á este propósito conviene recordar algunos hechos que prueban la religiosa sumision con que nuestros padres observaban los mandatos de la Iglesia. En el año 546 habia en Constantinopla gran carestía de trigo, vino y aceite, por manera que el pueblo se hallaba reducido á una grande extremidad. El emperador Justiniano, aunque muy fiel observador del ayuno, conociendo el espíritu de la Iglesia, no reparó en mandar abrir los mataderos desde la primera semana de Cuaresma y en ordenar la venta pública de carne en todos los mercados. Pero el pueblo quiso mas padecer todos los rigores del hambre que aprovecharse de aquella indulgencia: nadie compró ni comió carne [2].

Esta religiosa sumision se ha ido transmitiendo con la sucesion de los siglos. Una de las torres de la catedral de Ruan ha conservado hasta hoy el nombre de *torre de manteca*, porque se construyó con el producto de las piadosas contribuciones que pagaron los habitantes en clase de compensacion, á consecuencia del permiso de comer manteca durante la Cuaresma, que en 1489 el Arzobispo obtuvo del papa Inocencio VIII para su diócesis [3]. En Bourges y en algunas otras ciudades hay tambien magníficas torres que tienen el mismo orígen. En vista de esto, menester es confesar que la Iglesia no hacia mal uso de las sumas producidas por la dispensa de algunos puntos de su disciplina.

[1] S. Bened. *Reg.* c. 40. Los que deseen mas noticias sobre el particular pueden consultar la *Biblioth. vetus Serm. et Homil. priscor. Eccl. Patr.*, 4 tomos en fólio, t. I, donde hallarán interesantísimos pormenores.

[2] Anasth. Biblioth. *Hist. Eccl.*

[3] *Memorias de Trévoux*, año 1741, pág. 780.

Para gloria de la diócesis de Nevers, debemos citar el hecho siguiente: En el siglo último la carestía de las legumbres determinó á Mons. Tinseau, obispo de Nevers, á permitir el uso de la carne durante la Cuaresma. Nadie quiso aprovecharse de esta licencia, y hasta hubo reclamaciones y quejas respetuosas. Sin embargo, los sufrimientos del pueblo aumentaban de suerte que, para desvanecer todos los escrúpulos, el Francisco de Sales del Nivernés dió en su palacio una gran comida en la que hizo servir carne. Solo el ejemplo del santo Obispo pudo tranquilizar las conciencias y determinar á nuestros piadosos abuelos á usar del permiso que se les habia concedido: ¡cómo han cambiado los tiempos!

Conviene observar la gran sabiduría que la Iglesia ha mostrado en las modificaciones que, segun los tiempos y los climas, ha hecho en su disciplina con respecto al ayuno. En esta parte su sistema ha sido suprimir todos los manjares delicados ó de mero lujo, teniendo sin embargo en cuenta para ello el mayor ó menor grado de fervor de sus hijos. Así vemos que hasta el siglo VI, es decir, mientras que con motivo de la devastacion de las viñas causada por los bárbaros el vino era escaso y caro, y podia considerarse como un objeto de lujo, prohibe su uso en tiempo de Cuaresma. Mas adelante, plantadas ya nuevamente las viñas, y habiendo vuelto á generalizarse el uso del vino, la Iglesia empieza por tolerarlo y acaba permitiéndolo: verdad es que por otra parte la buena voluntad de sus hijos los hacia merecedores de tal condescendencia. Luego vemos que prohibe en unas partes lo que permite en otras. En los países cálidos permítese el aceite y cierta clase de frutas que en ellos abundan, al paso que se prohiben los lacticinios: lo contrario se observa en las regiones del Norte. Asimismo, permítese el uso del pescado en las diócesis cercanas al mar, y prohíbese en las otras, porque es raro y puede mirarse como cosa delicada y de lujo. Este es el punto de vista bajo el cual debe examinarse la conducta de la Iglesia. Así pues, la variedad que hoy dia se observa en la *parte dispositiva de los preceptos cuaresmales* no tiene nada de extraño; antes al contrario, en sentir de todo hombre ilustrado, prueba una gran solicitud y un profundo conocimiento del corazon humano.

V. **Práctica del ayuno.**—Lo que no ha variado ha sido la obligacion de hacer penitencia durante la Cuaresma. Para conservarla, la Iglesia, en lugar de la rigurosa abstinencia de otros tiempos, pres-

cribe limosnas ú oraciones, con lo cual nos da otra prueba de sabiduría y prudencia. En cuanto al espíritu del ayuno, tampoco ha experimentado la menor variacion; léjos de esto, la Iglesia reprende todavía por boca de san Jerónimo á los que en dias de ayuno cubren la mesa de manjares exquisitos. «¿Qué utilidad, dice aquel Padre, «pensais sacar de la abstinencia, si por otra parte buscais los frutos «mas raros y delicados? Echais mano de todo cuanto pueden produ«cir los mas ricos cercados; ¿y á esto llamais mortificacion? Para «ayunar basta con el pan ordinario [1].»

El espíritu de la Religion y la disciplina de cada iglesia son las reglas que deben observarse en la práctica del ayuno. Hoy dia permítese una ligera colacion, cuyo orígen es el siguiente: En el año 817 los Benedictinos, reunidos en capítulo general en Aix-la-Chapelle, expidieron, para gobierno de su Órden, un decreto concebido en estos términos: «En caso de necesidad, despues de un trabajo penoso, «y el dia en que se celebra el oficio de Difuntos, será permitido á los «religiosos beber, aun en tiempo de Cuaresma, entre la hora de co«mer y la de Completas [2].» Cuando se reunian antes de la hora de Completas, hacíanles algunas lecturas piadosas ó alguna exhortacion, lo cual entre ellos se llamaba *conferencia*, y en latin *collatio*. Despues de la lectura, y aun á veces durante la misma, distribuíase en copas á cada asistente agua y vino bendecidos por el superior; y de ahí provino el nombre de colacion, es decir, conferencia, con que se designó esta ligera refeccion [3]. Con el tiempo, esta práctica, adoptada por los legos, y tolerada por los superiores eclesiásticos, vino á mitigar el rigor del ayuno.

La obligacion eclesiástica de ayunar comprende á todos los fieles que tienen *veinte y un años cumplidos*, á no ser que estén dispensados por razones graves. Aquí se nos presenta una nueva ocasion de admirar la sábia solicitud de la Iglesia. En los siglos de mas fervor, todo el mundo ayunaba, hasta los niños; pero la práctica de la ley variaba segun la edad y el temperamento de cada uno. En el siglo de santo Tomás se trató de averiguar exactamente desde qué edad podia imponerse la obligacion de ayunar sin perjuicio del crecimiento ni del temperamento de cada indivíduo. Despues de un maduro

[1] Epist. III, IV, ad Nepot. t. IV, pag. 364.
[2] Conventus Aquisgran. t. XII; Conc. t. VII, 1508.
[3] Tomasino, *Tratado del ayuno*.

exámen, el Doctor angélico fijó la edad del ayuno en los veinte y un años cumplidos, es decir, pasado el tercer *septenio*. Su opinion, fundada en las profundas indagaciones de la medicina, prevaleció; el uso adquirió fuerza de ley, y sirve hoy de regla en la práctica de la Iglesia [1].

VI. Dispensa del ayuno. —Considéranse como motivos graves y suficientes para dispensar del ayuno: la incapacidad física, tal como la de los enfermos; la extenuacion producida por grandes trabajos; la consecucion de un mayor bien, como el que se hace velando á un enfermo, predicando, etc. Para tranquilizar la conciencia sobre este punto es bueno pedir consejo á los pastores de la Iglesia, y tambien á veces consultar á un médico piadoso é ilustrado. Una pequeña incomodidad, una simple indisposicion no bastan para dispensar del ayuno; y esto con tanta mas razon, cuanto que en tales casos la dieta suele ser el mejor remedio.

Bajo el nombre de trabajos fatigosos y capaces de agotar las fuerzas, no deben comprenderse los de los barberos, sastres, joyeros, escribientes, cajistas de imprenta, etc.; pues, como observa Collet, los pobres labradores, á pesar de sus duras faenas, viven sanos y robustos con un régimen que puede considerarse como un ayuno perpétuo. Lo propio debe entenderse de todos aquellos á quienes la miseria no permite hacer diariamente lo que se llama propiamente una comida. Los que no pueden ayunar deben suplir el ayuno con otras obras de penitencia, con mas abundantes limosnas, con mas largas oraciones, con mayor resignacion en sus penas, etc., etc.

El ayuno, para que sea verdaderamente útil, ha de ir acompañado de la limosna, de la oracion, de la renuncia al pecado y á las ocasiones de cometerlo. De consiguiente, conviene asistir con asiduidad á los ejercicios piadosos y á las instrucciones; prepararse con

[1] In pueris maxime est evidens causa non ieiunandi: tum propter debilitatem naturae, ex qua provenit quod indigent frequenti cibo, et non multo simul assumpto; tum etiam quia indigent multo nutrimento propter necessitatem augmenti, quod fit de residuo alimenti. Et ideo quamdiu sunt in statu augmenti quod est ut in pluribus usque ad finem tertii septennii, non tenentur ad ecclesiastica ieiunia observanda. Conveniens tamen est ut etiam in hoc tempore se ad ieiunium exerceant. Quandoque tamen, magna tribulatione imminente, in signum poenitentiae arctioris etiam pueris ieiunia indicuntur; sicut etiam de iumentis legitur Ionae, III, 7: *Homines et iumenta non gustent quidquam, nec aquam bibant.* (D. Thom. 2, 2, q. 147, art. 4).

sérias meditaciones para hacer una buena confesion, y por último hacer ayunar todos nuestros sentidos, que han sido otros tantos instrumentos del pecado. Aquí se nos presenta una nueva ocasion de admirar la profunda sabiduría de la Iglesia.

Ella sabe muy bien que el ayuno por sí solo no basta para hacer entrar al hombre dentro de sí y obrar su renovacion interior; y por esta misma razon le prohibe durante la santa Cuaresma todo cuanto puede conducirle á la disipacion. Los Concilios, los Padres y los Emperadores prohibieron absolutamente toda clase de espectáculos en tiempo de Cuaresma [1], y aun los últimos extendieron la prohibicion á los domingos y demás dias festivos del año [2]. Prohibíase entonces el ejercicio de la caza, suspendíanse los pleitos y hasta las hostilidades. Vese, pues, que nuestros padres tomaban verdaderamente la Cuaresma por lo sério. En aquellos dias solemnes observábase donde quiera un profundo silencio : tan solo se oia la voz de la Iglesia que llamaba á sus hijos á la penitencia ó imploraba por ellos la divina misericordia. La sociedad entera, desde el rey sentado en su trono hasta el último de sus súbditos, tomaba el aspecto de Nínive penitente. ¿Qué mucho, pues, que la Cuaresma produjese una total renovacion de costumbres?

VII. Efectos del ayuno.—Dios mio, ¿cuándo volverémos á ver el hermoso espectáculo que en otro tiempo ofrecia la sociedad, es decir, nuestras ciudades y aldeas cristianas en tiempo de Cuaresma? «Así como un campo, dice san Crisóstomo hablando en medio «de la inmensa ciudad de Antioquía, cuando se han arrancado de él «las malas yerbas, adquiere mas aptitud para producir los frutos «que de él se esperan; del mismo modo las mortificaciones de la «Cuaresma devuelven la tranquilidad al alma, y la disponen para «el ejercicio de todas las virtudes. El ruido y el tumulto cesan en «aquellos santos dias; ni el aspecto de las viandas, ni la solicitud de «los cocineros vienen ya á provocar la destemplanza: la ciudad toma «el aspecto de una casta matrona, de una sóbria y grave madre de «familia. Al contemplar la mudanza que todo ha experimentado en «tan pocas horas, no puedo menos de admirar la virtud y el poder «del ayuno. Él purifica el corazon, y transforma el espíritu del ma«gistrado y del hombre privado, del rico y del pobre, del griego y

[1] S. Chrys. *Homil. VI de Poenit.*; Act. Eccl. Mediol. part. 3.
[2] Photius, *Nomocan.* tit. VII, c. 1.

«del bárbaro, del rey y del esclavo. Ninguna diferencia observo en«tre la mesa del opulento y la del hombre reducido á la mayor mi«seria. Á donde quiera que vuelva los ojos veo un alimento sencillo «y frugal, servido sin lujo ni ostentacion; y lo que es mas, todos se «sientan ahora con mayor satisfaccion á una mesa semejante, que no «se sentaban antes á otra mesa provista de los manjares mas ricos y «de los vinos mas exquisitos [1].»

VIII. Liturgia de la Cuaresma. — Si la santa cuarentena no produce ahora esos saludables efectos, no hay que atribuirlo á la Iglesia; pues ni sus preceptos son menos formales, ni sus exhortaciones menos vehementes, ni su liturgia menos instructiva y tierna. Desde el miércoles de Ceniza, cubierta con vestiduras de luto, entrégase totalmente á la penitencia. Adios alegres cánticos, adios ornamentos de vivos y hermosos colores: los ojos solo ven tristes imágenes; los oidos solo oyen acentos lúgubres. Resuena por todas partes la voz de los Profetas llamando desde el desierto ó desde el centro mismo de Jerusalen al pueblo de Israel á la penitencia. Mas, ved aquí otro modelo y otro penitente mas ilustre, hácia el cual esta divina madre llama la atencion de todos sus hijos: este penitente es el Hijo de Dios.

El Evangelio del primer domingo de Cuaresma nos le muestra entrando en el desierto, imponiéndose un ayuno de cuarenta dias, luchando contra las asechanzas del demonio, y diciéndonos á todos: *Ejemplo os he dado, para que como yo he hecho, vosotros tambien hagais* [2]. Retiraos á la soledad, apartaos de las vanas distracciones del mundo, ayunad, batallad contra la triple concupiscencia: el amor de los placeres, el amor de las riquezas, y el amor de los honores; tened fe y venceréis. ¡Oh! qué bien nos conoce la Iglesia cuando para empezar la Cuaresma nos convida á la soledad! Efectivamente, en medio del ruido, del movimiento y de las agitaciones de la sociedad queda muy poco lugar para las graves y profundas meditaciones: las inspiraciones que elevan el alma no vienen de la plaza pública. El Salvador está en el desierto. ¿Podíase escoger un Evangelio mas adecuado á las circunstancias? Por la tarde, á la hora de Vísperas, cántase en tono triste y lastimero el hermoso himno de san Gregorio: *Audi, benigne Conditor.*

[1] Homil. XV in Genes.
[2] Ioan. XIII, 15.

«Oye, misericordioso Criador, las oraciones acompañadas de lá-
«grimas que derramamos durante este sagrado ayuno de cuarenta
«dias.

«Ó divino Escrutador de los corazones, tú conoces nuestra fla-
«queza; perdona á los que vuelven á tí.

«Mucho hemos pecado, en verdad; mas, perdona á los que con-
«fiesan sus culpas: para gloria de tu nombre da remedio á los en-
«fermos.

«Haz que de tal modo quebrantemos nuestro cuerpo con el ayuno,
«que los corazones, vacíos de toda culpa, se abstengan de pecar.

«Ó santa Trinidad, ó simple Unidad, haz que los frutos del ayu-
«no sean provechosos á tus siervos. *Amen.*»

Hasta el primer domingo de Cuaresma, y no mas, los que no se consideren capaces de observar la ley de la penitencia en toda su extension pueden pedir las dispensas autorizadas por decreto del obispo. La Religion, tierna y bondadosa como una madre, al lado de los rigores de la penitencia ha puesto las dispensas. Cuando ella manda, es preciso obedecer; no hay cosa mas agradable á Dios que esta sumision. Pedir permiso para no ayunar ó para no comer de pescado toda la Cuaresma, es un acto de obediencia; es ya privarse del gusto de hacer su voluntad; es reconocer la autoridad de la Iglesia y declararse vasallo suyo; y cuando hay en los espíritus y en los corazones un deseo tan desenfrenado de independencia y libertad, conviene saber apreciar el mas pequeño acto de sumision. Cuando pasamos por un país fértil, no hacemos caso de las mas amenas praderas; pero en el desierto nos extasiamos al ver un poco de yerba, porque nos dice: Todavía hay aquí un resto de verdor; no ha muerto todo aun [1]. Como ministros de un Dios de bondad, los sacerdotes no niegan nunca las dispensas á los que las solicitan.

Desde el siglo X, el primer domingo de Cuaresma se llama en cási todas las comarcas de Francia domingo de los *brandones (dimanche des brandons)*. ¿De dónde proviene esta extraña denominacion? Vamos á explicarlo. La palabra *brandon* en francés significa vela. Ahora bien, el primer domingo de Cuaresma, los jóvenes, sobre todo aquellos que habian abusado un poco de las diversiones del Carnaval, presentábanse en la iglesia con una vela encendida en la mano, como para dar una satisfaccion pública y pedir su purificacion re-

[1] *Cuadro poético de las fiestas,* pág. 106.

cibiendo la penitencia que les imponian los pastores para toda la Cuaresma hasta el dia de Jueves Santo [1]. ¡Siglos de fe! siglos dichosos! Si nuestros padres cometian faltas, á lo menos sabian repararlas.

La memoria del juicio final, el poder de la oracion con el ejemplo de la Cananea, la eficacia de la penitencia con la parábola del paralítico, ofrécense sucesivamente á la meditacion de los fieles en los Evangelios de la primera semana. ¡Véase, pues, con qué prudencia gradúa la Iglesia sus instrucciones y encamina nuestros corazones á una sincera penitencia!

El segundo domingo de Cuaresma léese en la misa la historia de la transfiguracion de Nuestro Señor Jesucristo sobre el monte Thabor. Á semejanza de una madre que, para excitar á su hijito á dar un paso difícil, le brinda con una recompensa; la Iglesia, para alentarnos en la práctica de la penitencia, se apresura á mostrarnos la gloria que debemos alcanzar por su medio. Si padeceis con Jesucristo, con él seréis coronados, nos dice así que entramos en la senda de la penitencia. ¡Oh! qué bien conoce esta madre el corazon de sus hijos!

Despues de haber empleado los dos grandes móviles de todas nuestras acciones, el temor y la esperanza, el juicio final y la gloria, muy bien puede la Iglesia dirigir severas amenazas á los que todavía permanecen en su estado de impenitencia. Esto es lo que hace en el Evangelio del lunes de la segunda semana de Cuaresma. En los siguientes dias nos enseña á precavernos del ejemplo de los malos cristianos que no quieren convertirse en este santo tiempo; en seguida nos recuerda con la parábola de Lázaro y el rico epulon la obligacion de hacer limosna; luego la infelicidad de aquellos que menosprecian á Jesucristo; luego, con la parabola del hijo pródigo, la infinita bondad de Dios para con los pecadores: en una palabra, no deja por mover ninguna fibra de nuestro corazon.

El tercer domingo la Iglesia nos da una instruccion no menos importante recordándonos que el acto esencial de la penitencia es una buena confesion. El Evangelio del tercer domingo se encamina á precavernos del peligro, por desgracia harto frecuente, de faltar á la sinceridad en la confesion de nuestros pecados, á cuyo fin nos representa, bajo la figura del endemoniado sordo y mudo, el triste estado

[1] Gloss. t. I, pag. 610; Labb. chron. ann. 1322.

del pecador cuya boca no se abre á la oracion ni á la confesion, ni sus oidos á la verdad.

La perfecta candidez de que se reviste nuestra alma en el baño saludable, figurada por la curacion de Naaman; la potestad de los sacerdotes de atar y desatar las conciencias, y la infinita bondad de Dios para con las almas mas corrompidas, representada en el Evangelio de la Samaritana, forman el objeto de los Evangelios de esta tercera semana. ¿Puede darse, por ventura, otro mas propio para introducir en los corazones culpables la confianza, de que tanto necesita el hombre atemorizado con la imágen de su Juez, y sumido en la vergüenza de sus iniquidades?

El cuarto domingo nos hace adelantar otro paso hácia el término á que la Iglesia quiere conducirnos. Y ¿cuál es este término? Las bodas del Cordero. Esta tierna Madre quiere reunir á todos sus hijos al rededor de la mesa del Padre de familias. Despues de haber hecho los mayores esfuerzos por vestirles el traje nupcial, abre por fin y presenta á su vista la sala del festin, mostrándoles el pan de los Ángeles y el vino virginal que en breve van á gustar. El Evangelio del cuarto domingo nos trae á la memoria la comunion con la historia de la multiplicacion de los panes. Pueblos fieles, nos dice la Iglesia, que imitais al Señor en la soledad y en el recogimiento, que dais al olvido todos los negocios de este mundo por escuchar su divina palabra, no temais; él cuidará de vosotros; no os dejará desfallecer. Mirad; para alimentaros va á multiplicar el pan bajado del cielo, el pan de la inmortalidad.

Los Evangelios de esta semana se distinguen por la narracion de los milagros mas sorprendentes y palpables del Hijo de Dios. La expulsion de los mercaderes del templo, la aplacacion de las iras de la Sinagoga por la sola voluntad del Hombre-Dios, la curacion del ciego de nacimiento, la resurreccion de Lázaro y del hijo de la viuda de Naím, son otros tantos milagros con los que la Iglesia procura confirmar el mayor de todos, el de la Eucaristía. Ya que todos debemos participar de él, es menester avivar nuestra fe; y ¿podia la Iglesia proceder con mayor acierto para lograrlo? Sigamos paso á paso á esta tan sábia Madre; meditemos atentamente esa série de instrucciones tan bien ordenadas, y nuestro corazon adquirirá todas las disposiciones necesarias para sacar el debido fruto de la Cuaresma y de la comunion pascual.

El cuarto domingo de Cuaresma se llama comunmente *Laetare, Regocijaos*, nombre tomado de la palabra con que empieza el intróito de la misa. En lo restante del oficio parece que la Iglesia ha escogido los pasajes de la Escritura mas propios para excitar en sus hijos la alegría espiritual, y para consolarles de los males de esta vida. Como buena madre, mezcla la alegría con el dolor, y proporciona algun alivio á los que han llegado amistosamente á la mitad de la santa y penosa carrera. En siglos mas dichosos hasta permitia ciertos regocijos exteriores, dignos en un todo de la santidad cristiana; mas la gente profana se aprovechó de esas diversiones inocentes, que no se habian hecho para ella, y como todo lo desnaturaliza y pervierte, solo ha conservado de la fiesta de media Cuaresma lo que puede halagar sus sentidos. Esa gente, que no ayuna, ha tenido el atrevimiento de escoger estos dias destinados al descanso de los trabajos de la penitencia para dar bailes y festines culpables, ó cuando menos inconvenientes.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy de haber multiplicado los medios de hacerme entrar dentro de mí durante el santo tiempo de Cuaresma : hacedme la gracia de que me sean provechosos.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *asistiré devotamente á las instrucciones cuaresmales.*

LECCION XXXIV.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Domingo y semana de Pasion. — Fiesta de los Dolores de Nuestra Señora. — Semana Santa. — Sus varias denominaciones. — Piedad de nuestros padres.

I. Domingo y semana de Pasion. — La Iglesia, despues de habernos llevado al desierto con el Hijo de Dios, nos llama hoy á la via dolorosa que este divino Salvador va á recorrer desde el huerto de los Olivos hasta el Calvario. Acércase el domingo de Pasion, y hácense los preparativos para la celebracion de los funerales del Hombre-Dios. La Iglesia está sumida en el llanto, al paso que todo denota el duelo público. Suprímese en la misa el salmo *Judica,* como en las misas de Difuntos; ni en los responsos, ni en el invitatorio del oficio, ni en la misa se reza el *Gloria Patri;* las cruces, las imágenes y los cuadros están cubiertos con un crespon morado. Los sagrados ministros solo usan ornamentos fúnebres, de color negro y encarnado, como doble representacion de la sangre y de la muerte.

En la misa del domingo de Pasion, la santa Esposa del Hombre-Dios, acompañada de su desconsolada familia, dirige sus pasos hácia la cumbre del monte Calvario. Allí san Pablo en su epístola nos refiere la muerte de la gran Víctima del género humano, y nos dice que solo su sacrificio era capaz de expiar el pecado, pues que los sacrificios antiguos no eran mas que una figura del de la cruz. El Evangelio nos recuerda la entera inocencia y la divinidad de la Víctima, y el crímen de los judíos obstinados que, no obstante la evidencia de los milagros y la santidad de la doctrina del Salvador, forman el inícuo proyecto de inmolarlo. Al mostrar Jesús á los judíos su divinidad en todo su esplendor, les da una gran prueba de su amor; pues les presenta el mas poderoso argumento para disuadirles de poner sobre él sus manos sacrílegas. Díceles lo que el profeta Jeremías decia á sus progenitores: «Vedme aquí, en vuestras ma-
«nos estoy; haced de mí lo que gusteis: pero sabed y tened enten-
«dido, que si me matáreis, haréis traicion á una sangre inocente

«contra vosotros mismos, y contra Jerusalen y sus habitadores; «porque en verdad yo soy el enviado de Dios [1].»

Pues bien, estas graves palabras, que el Salvador decia á los judíos hace mil ochocientos años, las repite cada año, al empezar el tiempo pascual, á todos los que se preparan para recibirle. Voy á entregarme á vosotros, les dice; cuando esté en vuestro corazon, haréis de mí lo que gusteis; mas tened entendido que si me crucificáreis de nuevo, derramaréis la sangre inocente contra vosotros; porque yo soy verdaderamente el Hijo de Dios. ¡Oh! cuán propio es este aviso para hacernos entrar en nosotros mismos, y para experimentar sériamente nuestra disposicion, como quiere san Pablo, á fin de que no vayamos á la santa mesa á comer y beber nuestra condenacion!

El Evangelio de la misa por sí solo ya nos indica que la Pasion, el Calvario, la cruz, van á fijar la atencion de la Iglesia. Así, cuando en el templo santo todo denota luto, los sacerdotes cantan, á la hora de Vísperas, con voz pausada y solemne el himno de san Fulgencio: *Vexilla Regis prodeunt.*

«Ved aquí la enseña del gran Rey;
«Ved como resplandece el misterio de la cruz.
«Hé aquí el misterio que nos muestra un Dios clavado en una cruz.
«¡Un Dios expuesto, por causa de nosotros, en un infame patíbulo!
«Ved como mana la sangre del costado del Salvador.
«Mana mezclada con agua para lavar nuestros pecados.
«Cumplidas están ahora las palabras de David.
«El Rey profeta habia dicho á las naciones:
«Por el madero reinará Dios.
«¡Oh árbol resplandeciente y bello!
«Árbol que el Rey de los reyes ha mojado con su sangre;
«Árbol privilegiado, tú fuiste escogido entre todos los otros;
«Y tú tocaste los sagrados miembros del Santo de los Santos.
«¡Oh! cuán dichosas son tus ramas!
«Ellas sostuvieron al Redentor del mundo;
«Y en ellas el divino cuerpo fue pesado como en una balanza, y «arrebató al infierno su presa.
«¡Salve, ó cruz! única esperanza nuestra!
«Ó cruz, en estos dias de la Pasion,

[1] Ierem. XXVI.

«Aumenta la piedad en los corazones de los justos;

«Alcanza el perdon de los pecadores.»

Estas últimas palabras, como todas las que pueden excitar sentimientos de verdadera compuncion en los corazones cristianos, las oirémos repetir con frecuencia durante los santos dias que van á transcurrir. ¡Ah! entreguémonos á las impresiones de la fe, y mezclemos nuestras lágrimas con la sangre que derrama nuestro Padre al inmolarse por nosotros.

En el Evangelio del lunes vemos ya que el Salvador olvida cási los tormentos que se le preparan, por pensar en la salvacion de sus enemigos, á quienes pide y ruega que se conviertan con estas vehementes palabras: *Si alguno tiene sed, venga á mí y beba. Aun estaré con vosotros un poco de tiempo. Pronto me iré á aquel que me envió. Entonces me buscaréis, y no me hallaréis* [1].

El martes y el miércoles vemos en el Evangelio cada vez mas claramente los perversos intentos de los judíos, al paso que el Hombre-Dios, siempre sereno y manso, suspende á su arbitrio el furor de sus enemigos, y prosigue sus afectuosas exhortaciones hasta la hora fijada para la consumacion del sacrificio.

El Evangelio del jueves nos da á conocer en toda su grandeza la paternal misericordia del Salvador. La pecadora arrepentida, despues de haber regado con sus lágrimas los piés del divino Redentor, mereció oir de su boca estas palabras: *Perdonados le son sus muchos pecados, porque amó mucho* [2]. ¡Oh Jerusalen! si tú quisieras, algunas lágrimas de arrepentimiento te bastarian para ser perdonada: esto decia el Salvador á los judíos con aquel milagro de misericordia: tan cierto es que nuestro Dios es tardo en castigar, y que no castiga sino con harto pesar suyo, y despues de haber apurado los medios de convertir á los pecadores empedernidos.

¡Y á este Salvador tan bueno quieren los judíos condenar á muerte como un malvado!

Sí; y el Evangelio del dia siguiente nos referirá las deliberaciones, los debates y los votos de aquel horrible Consejo en que se decretó la muerte del Hombre-Dios.

Mientras el corazon de Jesús estaba afligido por tan grande perversidad, habia otro corazon lacerado tambien por los mas crueles

[1] Ioan. VII, 33, 34 et 37.
[2] Luc. VII, 47.

dolores. Para excitar, pues, mas viva y hondamente nuestra compasion, la Iglesia quiere que veneremos, el viernes de esta semana, la pasion de la tierna Vírgen María. Quiere, sí, que nos compadezcamos de esta pobre Madre afligida por causa de nosotros, y que la consolemos del único modo que quiere y puede ser consolada, esto es, doliéndonos amargamente de nuestros pecados, doliéndonos como se duele un hijo amoroso cuando ve llorar á su madre.

II. Fiesta de los Dolores de Nuestra Señora.—Esta festividad, destinada á venerar los dolores de María, á quien la Iglesia llama Reina de los Mártires, se instituyó el año 1423 en el concilio de Colonia, para reparar las blasfemias y ultrajes cometidos por los Husitas contra la bienaventurada Madre de Dios. Pero el orígen de esta fiesta parece que asciende á una época mucho mas remota. Segun una antigua tradicion extendida por todo el Oriente, el dia de la Pasion, reinando la confusion por toda la ciudad de Jerusalen, la santa Vírgen, separada momentáneamente de su divino Hijo, le encontró cuando subia al Calvario. Al ver á este Hijo querido cubierto de sangre y de llagas, coronado de espinas, y cargado con el instrumento del suplicio, María se impresionó de tal modo que cayó desfallecida. Cuando se considera el amor inmenso que la mejor de las madres debia profesar al mejor de los hijos; cuando se considera sobre todo que el Salvador, con ser Dios, en el huerto de Getshemaní sintió decaer sus fuerzas hasta el punto de necesitar el socorro de un Ángel; al reflexionar todo esto, digo, se comprende fácilmente el deliquio de María, y se ve que no es nada incompatible con su valor heróico [1]. Empero esta circunstancia no autoriza á los pintores para representar á la santísima Vírgen desmayada al pié de la cruz. No, la madre de aquel que habia dicho: Vamos, hé aquí el que me ha de entregar, estaba de pié sobre el Calvario. Pero se la puede muy bien representar con el corazon traspasado por siete espadas, en significacion de los siete grandes dolores que padeció durante su vida, cuales son: la profecía de Simeon, la degollacion de los Inocentes, la pérdida del niño Jesús en el templo, el encuentro del Salvador en la subida del monte Calvario, la crucifixion, el descendimiento de la cruz, y el enterramiento. Los siete fundadores de la Órden *de los Siervos de María* se encargaron de meditar respectivamente uno de

[1] Véase la discusion de Benedicto XIV, *De festo dolor. B. Virg.* pag. 460, n. 5, 6, 7.

los siete dolores, dando así orígen á esta devocion y á las pinturas que la representan.

En conmemoracion del pasmo de la Vírgen santísima, celebrábase antiguamente una solemne fiesta llamada del *Pasmo*, la cual estuvo muy extendida en el siglo XV. En Jerusalen, y en el lugar mismo donde ocurrió aquel suceso, edificóse una iglesia de que solo quedaban las ruinas en el siglo XVI, lo que prueba la antigüedad de la fiesta de que estamos hablando. ¡Oh hijos de la gran familia católica, ved á nuestro Padre y á nuestra Madre, á Jesús y á María sumidos en un mar de amargura! y ¿serémos insensibles á tal espectáculo? Por nosotros, por causa de nosotros padecen este dolor superior á todos los dolores. Ahora decidme, ¿podia la Iglesia suscitar durante la Cuaresma un recuerdo mas propio para despegar nuestros corazones del pecado [1]?

El sábado de Pasion, el Evangelio nos refiere la cena del Salvador en casa de Lázaro á quien acababa de resucitar; el paso en que su hermana María unge los piés del Hombre-Dios con un ungüento precioso, y las tiernas palabras con que el divino Maestro dispone á sus discípulos para la mas cruel de todas las despedidas.

Hablando de la accion de María, Nuestro Señor predijo que se divulgaria y seria celebrada por todo el universo. En Roma perpetuóse su memoria por medio de una tierna y piadosa costumbre. La víspera del domingo de Ramos, el Sumo Pontífice se trasladaba á la iglesia de San Pedro, y distribuia limosnas á los pobres y á los extranjeros que en gran número acudian á aquella basílica. En seguida el Vicario de Jesucristo iba á prodigar iguales beneficios á los enfermos y necesitados de los diversos barrios de la ciudad que no podian ó no se atrevian á presentarse en público. Junto al lugar destinado para tales distribuciones habia una pequeña fuente llamada *Forma sabatina*, en la que el Sumo Pontífice lavaba los piés á los pobres á quienes habia dado limosna, lo que se hacia, como hemos dicho, en memoria de la accion de María, hermana de Lázaro, y tambien para disminuir las ceremonias del Jueves Santo, entre las

[1] Durante la Cuaresma, y sobre todo el viernes de Dolores, es cuando conviene recitar con particular atencion el himno de los dolores de María, el inimitable *Stabat*, compuesto por el gran papa Inocencio III. (Véase Benedicto XIV, pág. 460, n. 5).



cuales era una de las mas principales el lavatorio de los piés [1].

III. Semana Santa.—Hemos llegado, por fin, al principio de la gran semana. ¡Oh! cuán sábia se ha mostrado la Iglesia en conducirnos por medio de grandes documentos y ejemplos, por medio del silencio del recogimiento y de las austeridades de la penitencia, al sagrado camino del Calvario! Si no fuera por la penitencia de la Cuaresma, por las lágrimas que hemos vertido, por las privaciones que nos hemos impuesto; si no vistiéramos, en fin, la blanca túnica que nos ha dado el arrepentimiento, ¿cómo nos atreveríamos á subir al Gólgotha para presenciar la muerte de un Dios? Mas, si hemos llorado desde el fondo de nuestros corazones, si nos hemos sumergido en el baño de la sangre reparadora, entonces somos tan puros como los Ángeles, y tan dignos como ellos de ponernos al rededor de la cruz [2].

La semana que empieza el domingo de Ramos y termina el Sábado Santo tiene varias denominaciones. Llámase primeramente *Semana mayor*. En las edades del mundo se cuentan dos grandes semanas. La primera es aquella en que Dios crió el mundo, y cuyos dias se señalaron con otros tantos milagros de poder; y la segunda, aquella otra en que el mismo Dios reparó, y en algun modo volvió á crear su obra, purificándola y devolviéndole su primitiva santidad con la sangre y la muerte de su Hijo. Esta segunda semana, cuyos dias se cuentan por otros tantos milagros de amor, es incomparablemente mas grande que la otra. «Llamámosla Mayor, dice san Crisóstomo, «no porque tenga mas dias que las demás semanas, ni porque sus «dias cuenten mayor número de horas, sino por el número y mag«nitud de los misterios que en ella se celebran [3];» porque en aquellos dias se rompió la tiranía del demonio, se destruyó el imperio de la muerte, el pecado y la sentencia de maldicion fueron borrados, y se abrieron las puertas del cielo para el hombre, que desde entonces quedó igualado con los Ángeles. Por esto el ayuno y las Vísperas son en aquellos dias mas largos, y mas frecuentes los oficios.

Tambien se llama semana *Penosa*, con alusion á las penas y martirios del Salvador; semana de *Indulgencia*, porque en ella los peni-

[1] Benedicto XIV, *De Dom. Palm.* pág. 80, n. 24.
[2] *Cuadro poético de las fiestas*, pág. 112.
[3] Homil. XXX in Genes.

tentes recibian la absolucion y en seguida eran admitidos á la comunion de los fieles; semana de *Xerographia*, quizás mejor *Xerophagia*, esto es, en que solo se comian cosas secas sin ninguna especie de condimento, porque en los seis dias de aquella semana, por todo alimento nadie tomaba mas que pan y agua con un poco de verdura; y por último semana *Santa*, á causa de la santidad de sus misterios y de las disposiciones con que debemos asistir á su celebracion. Esta última denominacion, que vale por todo un libro, es la que ha prevalecido generalmente. ¡Ah! mostremos con nuestras obras que comprendemos toda su significacion. Acordémonos de los ejemplos de nuestros padres.

IV. Piedad de nuestros padres.—Antiguamente todos los dias de esta gran semana y de la siguiente eran otros tantos dias de fiesta. El trabajo manual, los negocios, la prosecucion de los asuntos judiciales estaban prohibidos; y los Emperadores romanos confirmaron con sus decretos esta laudable prescripcion de la Iglesia [1]. San Crisóstomo se referia á esos decretos imperiales cuando decia al pueblo de Antioquía: «No son únicamente los pastores de la Iglesia y «los predicadores los que recomiendan á los fieles la veneracion y «santificacion de esta semana; pues que los Emperadores prescriben «tambien este deber á todos los pueblos de la tierra, haciendo sus«pender los pleitos y las diligencias criminales, y en general todos «los negocios civiles y seculares, á fin de que estos santos dias sean «exentos de turbacion y disputa, del engorro de los procesos y de «toda perturbacion que pueda servir de obstáculo para consagrarlos «á la piedad, á los ejercicios de la Religion y al bien espiritual de las «almas [2].»

La semana Santa es tambien un tiempo de indulgencia y remision. Los príncipes cristianos, ya sea en accion de gracias por los beneficios que Dios otorga á los hombres por los méritos de la muerte de Jesucristo, ó ya por el deseo de imitar en algun modo su bondad, conformaban su conducta con la de la Iglesia, que reconciliaba en este tiempo á los penitentes públicos. En consecuencia abrian las cárceles, pagaban las deudas de los deudores y los ponian en libertad. «El emperador Teodosio, dice el mismo san Crisóstomo, en los dias «que preceden á las grandes fiestas de Pascua enviaba cartas de in-

[1] *Cod. Theod.* lib. II, t. VIII, l. 2.
[2] Gothofr. *Not. in Cod. Theod.* pag. 114.

«dulto á las ciudades para que se pusiera en libertad á los presos y «se perdonara la vida á los criminales [1].» No se crea, sin embargo, que la clemencia de los Emperadores traspasara los límites de la prudencia; pues únicamente se soltaba á aquellos presos, cuya libertad ó cuyo contacto no pudiese perjudicar á los otros ni á la sociedad. Los sucesores de aquel gran Príncipe siguieron la misma costumbre, y no contentos con escribir á sus oficiales, dictaron leyes expresas para que se repitiese anualmente la concesion de esta especie de gracias. Oigamos lo que sobre este particular dice el ilustre san Leon:

«Los Emperadores romanos, dice, á impulsos de su piedad é in«siguiendo una antigua costumbre, humillan su majestad y abdican «por algun tiempo todo su poder en honor de la pasion y de la re«surreccion de Jesucristo; mitigan la severidad de sus leyes, y man«dan poner en libertad á los culpables de diversos crímenes, para «que en estos dias en que todo el mundo ha sido salvado por la mi«sericordia de Dios puedan representarnos su bondad infinita, é imi«tarle en algun modo con este rasgo de clemencia [2].»

Y el santo Papa, sacando las consecuencias religiosas de esta admirable conducta, añade en seguida:

«Es muy justo que los pueblos cristianos imiten tambien á sus «príncipes, y que estos grandes ejemplos les muevan á usar de in«dulgencia unos con otros en este santo tiempo; porque las leyes do«mésticas no han de ser mas crueles que las públicas. Preciso es, «pues, que nos perdonemos mútuamente nuestras deudas y ofen«sas, que nos reconciliemos y que renunciemos á todo resentimiento, «si queremos participar de las gracias que Jesucristo nos ha alcan«zado con su pasion, y celebrar dignamente la Pascua [3].»

Sabemos por san Agustin, que en su tiempo esta piadosa costumbre se hallaba tambien establecida en África. En un sermon que pronunció el domingo de Cuasimodo, exhorta á los fieles á continuar dando al olvido los pleitos, las disputas y enemistades, y á conservar el espíritu de paz y de sosiego que se les habia prescrito durante las vacaciones de la semana Santa y de Pascua [4]. Francia, en otro tiempo

[1] Homil. XL in Mai. hebd.
[2] Serm. XXXIX de Quadrag. pag. 210.
[3] Serm. XXXIX de Quadrag. pag. 210.
[4] Serm. XIX, pag. 229.

tan religiosa, adoptó y conservó religiosamente esta piadosa costumbre, la cual subsistia aun en el siglo último. El sábado de Pasion, dia en que se cerraban los tribunales, el Parlamento de París se trasladaba á las cárceles públicas : allí interrogaba á los presos y mandaba poner en libertad á muchos de ellos á quienes, por lo leve de sus delitos ó por los favorables méritos de sus causas, podia concederse esta gracia. Lo mismo se practicaba la antevíspera de Navidad y de Pentecostes [1].

¿Qué os parece? ¿No era natural que la semana Santa, celebrada de esta suerte, ejerciese una grande influencia sobre las costumbres públicas? ¿No veis como la Religion, que, al parecer, solo tiene por objeto la felicidad de la otra vida, contribuye de un modo maravilloso á proporcionarnos la dicha en la vida presente? ¿Por qué, pues, ha de ser tan poco conocida y amada? ¿No bastan para abrirnos los ojos los males de que cada dia somos víctimas? ¿Se desoirá siempre la voz de la experiencia como se hace con la del prudente y experimentado anciano?

Á nosotros, empero, la solemnidad con que la Iglesia celebra la última semana de Cuaresma nos recuerda la obligacion que tenemos de redoblar nuestro fervor. El que falta á este deber es indigno de llamarse cristiano. Terminemos, pues, como debemos, el santo tiempo de Cuaresma, ya que este es el verdadero medio de obtener abundantes frutos de la penitencia que se nos ha prescrito, y de los sagrados misterios cuya memoria celebra la Iglesia.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por todos los medios de conseguir nuestra salvacion que nos dais durante la semana Santa : hacednos la gracia de que nos penetremos bien del espíritu de la Iglesia, á fin de que esta semana sea para nosotros verdaderamente santa.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *me impondré alguna mortificacion particular en cada dia de la semana Santa.*

[1] Tomasino, *De las fiestas*, lib. III, c. 11.

LECCION XXXV.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Domingo de Ramos.—Sus varias denominaciones.—Procesion.—Orígen del canto *Gloria, laus*, etc.—Misa, Pasion.—Miércoles Santo.—Oficio de las Tinieblas.—Jueves Santo.—Espíritu y division del oficio.—Absolucion de los penitentes.—Misa, bendicion de los santos óleos.—Monumento.—Ceremonia de desnudar los altares.—Lavatorio de los piés.

I. Domingo de Ramos.—Hasta ahora hemos ido siguiendo los pasos del Hombre-Dios al aproximarse insensiblemente á Jerusalen, donde debia derramar su sangre por la redencion del mundo. Cinco dias antes de su muerte llegó al pueblo de Bethania poco distante de Jerusalen y se albergó en la casa de Lázaro. Por la mañana púsose en camino hácia Jerusalen, montado en un pollino seguido de su madre [1]. Esta circunstancia, tan pequeña en la apariencia, no se habia ocultado á la vista perspicaz de los Profetas. Entrando de este modo en la ciudad, á la manera de los antiguos jueces ó conductores de Israel, el Salvador manifestaba ser verdaderamente el Rey pacífico, el Hijo de David, el Enviado de Dios anunciado por los oráculos. El pueblo lo conoció. Luego que se divulgó la noticia de su llegada, una inumerable multitud de gente salió á recibirle, llevando ramos de olivo en las manos y llenando los aires con estas aclamaciones: *¡Hosanna al Hijo de David! Bendito sea el que viene en nombre del Señor!* cuyas palabras, así como los ramos que se echaban á su paso, probaban que los judíos le tenian por el Mesías [2]. El pue-

[1] Credibilius est Christum Dominum, asino perpetuo insedisse, et asinam vacasse. Quamobrem Ecclesia, in quadam ex orationibus quas adhibet in distributione et processione palmarum, ait: *Omnipotens sempiterne Deus, qui Dominum nostrum Iesum Christum super pullum asinae sedere fecisti.* (Bened. XIV, pag. 70, n. 6).

[2] Animadvertendum est probe, turbas iisdem gaudii signis Christum Dominum excepisse, quibus tabernaculorum festum celebrare consueverant, quibus... venturi Messiae contineri praesagium arbitrabantur. (Bened. XIV, pag. 73, n. 12).



blo todo acompañó á Jesús hasta el templo, donde dirigió á la multitud un admirable discurso, durante el cual se oyó retumbar en el cielo una voz potente como la del trueno, que dió á conocer manifiestamente su divinidad : último aviso que Dios daba á los judíos para que no manchasen sus manos con la sangre del Justo, y para que no se precipitasen en el abismo al que les empujaba la Sinagoga.

En medio de su triunfo, el Salvador, que sabia hasta dónde llegaba el endurecimiento de la ingrata Jerusalen, movióse á compasion. «Al ver la ciudad, nos dice el Evangelio, lloró sobre ella. Si «al menos en este dia, decia suspirando, supieras aprovecharte de «mi visita y quisieras ponerte en paz con el cielo;... mas no, que «ahora todo esto está encubierto á tus ojos [1].» Y al mismo tiempo corrian abundantes lágrimas por las mejillas del Hombre-Dios. Padre tierno, llora porque se verá precisado á castigar.

II. Procesion.—El domingo de Ramos, la Iglesia celebra esta entrada triunfante del Salvador en Jerusalen. Antes de la misa, bendícense las palmas y en seguida se empieza la procesion. Los ramos que suelen llevarse son ramas de palmera, de olivo, laurel, sáuce y otros árboles estimados, segun la localidad; y donde la estacion lo permite se adornan á veces con flores. De ahí los varios nombres de domingo de *Ramos*, domingo de las *Palmas*, de *Pascua florida* [2], con que se designa este dia. La procesion que se hace antes de la misa es muy antigua en Oriente : créese que trae su orígen de la Palestina, de donde se extendió en breve á todos los demás países. En aquellos remotos tiempos se llamaba *procesion de las Palmas*. En el siglo V ó VI pasó á la Iglesia latina; aunque ya antes de aquella época se hacia en la Iglesia de Roma, de la cual se transmitió en seguida á las demás iglesias [3].

Esta procesion es una representacion conmemorativa de la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalen. Al llegar enfrente de la estacion, se canta el Evangelio segun san Mateo, en que se refiere aquel

[1] Luc. XIX, 41.

[2] Pocos son los que saben que á este nombre de *Pascha floridum* debe el suyo un vasto país de América. Los españoles dieron el nombre de *Florida* á una gran comarca de la América del Norte, cercana á Méjico, por haberla descubierto el dia de Pascua florida, ó de Resurreccion, del año 1513. (Garcil. de la Vega, *Descubr. de la Florida)*.

[3] Bened. XIV, pag. 78, n. 20.

glorioso acontecimiento; luego se hace la adoracion de la cruz, y despues el clero y el pueblo echan al suelo algunas hojas de los ramos que tienen en las manos, en memoria de los ramos que los judíos tendieron por el camino triunfal de Nuestro Señor. Terminado el canto de los responsos y antífonas mas adecuados á las circunstancias, la procesion se para á la puerta de la iglesia, que se encuentra cerrada por cierta razon misteriosa que vamos á explicar. La Iglesia, remontándose súbitamente á la consideracion de las mas sublimes verdades, ha querido representarnos, con el candoroso lenguaje de las ceremonias, el estado en que se hallaba el género humano antes de la entrada de Jesucristo en la Jerusalen celestial. Las puertas de aquella Jerusalen estaban cerradas para los hombres; pero moraban en ella los Ángeles.

Entre tanto los monacillos, es decir, los niños, imágen de los Ángeles en la tierra, han penetrado en la iglesia, y con sus puras voces cantan el cántico eterno: *Gloria, laus et honor;* Gloria, alabanza y honor sean á tí Cristo, Rey redentor. Y los fieles que están á la parte de afuera, figurando los hombres desterrados del cielo, repiten el cántico de los Ángeles: *Gloria, alabanza y honor*, etc. Entonces el celebrante, imágen de Jesucristo, llama á la puerta con el cuento de la cruz, porque la cruz es la llave que nos ha abierto las puertas del cielo, y dice: *Alzad, ó príncipes, vuestras puertas, y levantaos vosotras, ó puertas eternas*[1]. Y los Ángeles preguntan: *¿Quién es este Rey de la gloria?* Y responde el sacerdote: *El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la batalla.* En seguida llama otra vez, y levantando un poco la voz, reitera la órden de abrir: *Alzad, ó príncipes*, etc.

En Francia, antes de los trastornos revolucionarios, la procesion salia de las ciudades muradas, y la ceremonia que ahora se hace en la puerta de la iglesia se hacia entonces en la puerta de la ciudad. De este modo la representacion era mucho mas expresiva y guardaba mucha mas conformidad con las palabras del sacerdote: *Attollite portas*, etc.: *Alzad, ó príncipes, vuestras puertas, y levantaos vosotras, ó puertas eternas;* cuyas palabras se refieren á la traslacion del arca santa de la casa de Obededom á Sion. Para entender su verdadero sentido literal, debe saberse que las puertas de Jerusalen estaban he-

[1] Psalm. XXIII.

chas, como las de las ciudades fortificadas, en forma de rastrillo, y se alzaban y bajaban perpendicularmente [1].

Esta ceremonia se verifica tres veces consecutivas; á la tercera vez ábrese la puerta, y el sacerdote, es decir, Jesucristo, y los fieles que le acompañan, los cuales ha ido reuniendo en el camino de la vida, entran todos juntos en la iglesia. Antiguamente, así que el sacerdote pasaba el sagrado umbral, los monacillos y los demás fieles que estaban en la iglesia besaban sus ramos en honor del glorioso vencedor del demonio y de la muerte. Hoy dia se canta todavía una antífona que recuerda la entrada triunfante de los escogidos en el cielo despues del juicio final.

Algunas iglesias, para hacer mas perceptible este misterio, practicaban una magnífica ceremonia. Antes de la procesion, se disponia una credencia ricamente adornada, en medio de la cual se colocaba el libro de los Evangelios, como en representacion de la persona de Jesucristo. Reuníase al rededor todo el clero para solemnizar su triunfo. Distribuidos los ramos, y ordenada ya la procesion, dos diáconos tomaban el libro de los Evangelios, lo colocaban en unas magníficas angarillas, y lo llevaban en hombros al modo que se llevan las urnas de las santas reliquias, rodeados de una multitud de cirios, en medio de una nube de incienso, precedidos del clero y seguidos de todo el pueblo con ramos en las manos. Á esto se agregaban las cruces, los pendones, los estandartes de las cofradías y todo cuanto podia aumentar la pompa de esa representacion de la entrada triunfante de Jesucristo. Por lo demás, la procesion terminaba como termina en el dia [2].

Al pararse esta á la puerta de la iglesia, se canta el *Gloria, laus*, etc. El orígen de este cántico merece, por sus especiales circunstancias, que lo consignemos en este lugar. Teodulfo, obispo de Orleans, pontífice ilustre por su talento y virtudes, habiendo sido denunciado como conspirador, fue preso y encerrado en la cárcel de Angers por órden del rey Luis el Bueno. Durante su cautividad compuso el famoso himno *Gloria, laus*, que contiene setenta y ocho versos. El domingo de Ramos hallándose Luis en Angers, pasó por delante de la cárcel en que estaba encerrado el Obispo, á tiempo que éste, puesto á la ventana detrás de las rejas, entonaba su alegre cán-

[1] *Racional litúrgico.*
[2] Alcuin. *De div. offic.* pag. 45.

tico; y fue tanto lo que agradó al Monarca, que puso en libertad al autor y le restituyó á su sede episcopal [1].

Tales son, en resúmen, las ceremonias particulares del domingo de Ramos. Decid ahora, sublimes ingenios que tanto hallais que decir en las santas prácticas de la Iglesia católica, ¿podríais indicarnos una manera mas propia de recordar el interesantísimo acontecimiento de la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalen? Vamos á ver; excogitad un medio mas á propósito para impresionar los sentidos, la imaginacion y el alma del pueblo, para cautivar su corazon é inspirarle sentimientos de fe y de piedad. Y cuando digo el pueblo, quiero decir todos los hombres, sin exceptuaros á vosotros, grandes filósofos; porque, como todos vuestros semejantes, teneis sentidos, y á vuestros sentidos es menester dirigirse para mover con seguridad vuestro corazon. No sois ángeles; así lo prueba vuestra conducta: el imperio prodigioso, la especie de fascinacion que ejercen sobre vosotros las cosas *sensibles*, el oro, la púrpura, los ricos adornos, los vestidos bordados, y á veces las criaturas mas viles, son otras tantas pruebas de que sois *pueblo* como vuestros semejantes.

En cuanto á nosotros, ó Cristianos, dos son los sentimientos que deben embargar nuestro corazon durante la procesion de los Ramos: la alegría de ver el triunfo del Salvador y de pensar cuál será nuestra futura recompensa cuando entremos con él en la Jerusalen celestial, y la tristeza al reflexionar que esos mismos judíos, cuyas aclamaciones llenaban entonces los aires, cinco dias despues atronaron las calles de Jerusalen con sus gritos de muerte y los contornos del Calvario con blasfemias é injurias contra aquel mismo á quien recibian ahora como hijo de David. ¡Ah! ¡cuántos judíos hay entre los Cristianos! No seamos nosotros de este número. Debemos tambien llevarnos los ramos bendecidos á nuestras casas, conservarlos con gran respeto, emplearlos para rociar con agua bendita nuestra cama al ir á acostarnos, y considerarlos, segun nos lo enseña la Iglesia, como un preservativo de los males espirituales y corporales.

El oficio del domingo de Ramos está exclusivamente destinado á la glorificacion del Salvador. Por esto en la misa se canta la Pasion. Aquí tambien la Iglesia, para pintarnos mas al vivo los tremendos acontecimientos de la divina Pasion, nos hace oir tres voces: la voz

[1] Durand. *Rational. Div. offic.* lib. VI, c. 67.

del historiador que refiere los hechos, que es la del diácono; la de los judíos y del pecador que acusa á su Dios y pide su muerte, que es la del subdiácono, y la voz de la ilustre Víctima que en medio de sus verdugos conserva la mas noble serenidad y toda la mansedumbre de un cordero, que es la del presbítero. Parece que uno asiste á la ejecucion de aquel terrible drama: el terror, la indignacion, la piedad, la admiracion, se apoderan sucesivamente de nuestra alma, causándonos una impresion mucho mas viva que la simple lectura de la Pasion. ¡Ó Iglesia católica, qué bien conoces la naturaleza del hombre [1]!

III. Tinieblas. — El Lunes, Martes y Miércoles Santos, la Iglesia continúa recordándonos los varios acaecimientos que precedieron á la Pasion del Salvador; y por último, en la tarde del Miércoles empieza el oficio de las Tinieblas, el cual se compone de los Maitines y Láudes del dia siguiente, que se cantan aquel dia con anticipacion. Desígnase esta parte del oficio con el nombre de *Tinieblas*, porque en su última parte se van apagando todas las luces, para significar la gran tristeza de la Iglesia, y tambien para representar las tinieblas que envolvieron la tierra cuando murió Jesucristo. La extincion de las luces nos recuerda además un hecho histórico de nuestra hermosa antigüedad cristiana. El oficio que ahora se celebra por la tarde se celebraba antiguamente por la noche, y duraba hasta la mañana siguiente, y á medida que se iba acercandò el dia, se apagaban sucesivamente las luces, que ya no eran necesarias.

Estas luces eran y son todavía velas de cera puestas en un gran candelabro de forma triangular que se coloca al pié del altar al lado del Evangelio. Generalmente las velas son quince en número, siete á cada lado y otra en medio, las que se apagan de una en una al fin de cada salmo, empezando por la mas baja de la parte del Evangelio, luego la del otro lado, y así sucesivamente hasta que solo queda la de en medio, que se deja encendida. Son todas de cera amarilla, conforme á una antigua disposicion romana, por ser de esta clase las que usa la Iglesia en los funerales y ceremonias de gran luto. Sin embargo la de en medio del candelabro triangular es de cera blanca porque representa á Jesucristo. Al llegar al último versículo del *Benedictus*, se quita esta vela del candelabro y se oculta

[1] Palestrina añadió otra voz, que es la del pueblo. (Véase las *Tres Romas, Domingo de Ramos*).



detrás del altar mientras se recita el salmo *Miserere* y las oraciones, y despues se vuelve á sacar. Esta ceremonia representa la muerte y la resurreccion del Salvador. Las catorce velas restantes figuran los once Apóstoles y las tres Marías, y el acto de apagarlas sirve para recordarnos la fuga de los unos y el silencio de los otros durante la Pasion [1].

El número y la disposicion de estas velas y el modo de apagarlas son anteriores al siglo VII [2]. ¡Con qué veneracion, pues, debemos mirar una ceremonia que han contemplado tantas piadosas generaciones! ¡Ojalá que excite en nuestro corazon los mismos sentimientos que excitó en el corazon de nuestros padres! En general, los ritos de la Iglesia, principalmente los que se usan en las grandes festividades, derivan de una remota antigüedad.

Todo el oficio de las Tinieblas respira el mas profundo dolor. No hay invitatorio, ni himnos, ni *Gloria Patri*, ni bendiciones. Solo se oyen cuatro voces: la de David que llora con su lira los ultrajes y la muerte de su Hijo y Señor; la de Jeremías que con el mas lastimoso y doloroso acento canta la ruina de Jerusalen y los tormentos de la augusta Víctima; la de la Iglesia cuyas patéticas exhortaciones excitan á sus hijos á la penitencia: *Jerusalen, Jerusalen, conviértete al Señor tu Dios;* y por último la de las santas mujeres, que habiendo seguido á Jesús desde Galilea, subian llorando en pos de él la cuesta del Calvario, y cuyas lágrimas, cuyos lamentos, cuyo triste viaje nos representan los dos clérigos que cantan, andando de rodillas, sus *Kyrie eleison*, interrumpidos por responsos y lastimeros suspiros.

No hay jefe ni pastor que presida el oficio de estos tres dias, porque escrito está: *Heriré al Pastor, y se descarriarán las ovejas del rebaño* [3]. Todo es tristeza y luto: cesa el clamor de las campanas; óyese despues del oficio un ruido confuso y lúgubre que nos recuerda la marcha tumultuosa de la cohorte que, armada de palos y conducida por Judas, fué en medio de la noche á prender á Jesús en el huerto de los Olivos [4]. La *matraca*, que se usa en los conventos y

[1] Durand. lib. VI, c. 72.

[2] Mabillon, *Musaeum ital.* t. II, pág. 22.

[3] Matth. XXVI, 31.

[4] Docuimus per hos dies intermitti campanarum sonum, et ligna quaedam adhiberi fragoris in modum obstrepentia, ut extet memoria illius consuetudinis convocandi per illorum lignorum strepitum primis Ecclesiae saeculis fideles ad divina officia; in veteribus ritualibus praescribi ut campanae per hos dies si-

en ciertas iglesias para llamar á los fieles al oficio en los últimos dias de la semana Santa, es una reminiscencia de los antiguos tiempos en que se anunciaban las santas asambleas por medio de unas tablas de madera. Con esto la Iglesia parece que nos dice: Si soy tan fiel en la conservacion de unas prácticas al parecer tan poco importantes, juzgad con qué fidelidad guardaré el depósito de las verdades santas que se me han confiado. Descansad, hijos mios, en mi solicitud; no temais que disipe el patrimonio de vuestro padre: tal es el oficio del Miércoles.

IV. Jueves Santo. — El Jueves Santo es el dia destinado á celebrar la institucion de la augusta Eucaristía. La Iglesia nos muestra en este dia, por una parte al Hijo de Dios buscando entre los tesoros mas preciosos de su amor una prenda nueva, incomparable, de su afecto para con los hombres; y por otra parte á los hombres prodigando toda suerte de injurias y ultrajes, y maquinando la muerte de aquel amable Salvador. Aquel dia quisiera uno tener muchos corazones, porque no basta uno solo para contener los opuestos sentimientos que inspira ese sublime contraste; contraste que la Iglesia procura hacer resaltar á los ojos del pueblo cristiano. En efecto, el oficio de la mañana respira la mayor alegría, al paso que el de la tarde está impregnado de la mas sombría tristeza. El primero se divide en cuatro partes: la absolucion de los penitentes, la misa y la bendicion de los santos óleos, la ceremonia de desnudar los altares, y finalmente el *mandato* ó lavatorio de los piés.

El obispo, luego que llega á la iglesia, se pone sus ornamentos, se coloca en medio del coro, y allí, acompañado de dos sacerdotes, reza de rodillas los siete salmos penitenciales. Siguen despues varias oraciones y versículos con los que se implora para los penitentes el perdon de sus pecados, y el obispo concluye con una patética oracion con que ruega al Señor que abra otra vez las puertas del redil á las ovejas penitentes, para que el Salvador no se vea privado del fruto de su sangre, y para que unas almas rescatadas á tan gran precio no sean víctimas eternas del demonio. Entonces el pontífice, volviéndose hácia la extremidad inferior de la iglesia, que era donde se colocaban antiguamente los penitentes, les da la absolucion en

leant, quae cum Christi praedicatores significent, ideo earum sonum intermitti, quod apostoli Christum in maximis cruciatibus Passionis, arrepta fuga, deseruerint. (Bened. XIV, pag. 125, n. 48).

nombre de Jesucristo que murió en cruz para romper las cadenas que les ataban al pecado. Esta interesante ceremonia es otro vestigio de nuestra venerable antigüedad.

En los tiempos en que se practicaba la penitencia pública, el miércoles de Ceniza los penitentes, como ya hemos visto, eran echados públicamente de la iglesia. El Jueves Santo por la mañana aquellos hijos pródigos acudian á las puertas del templo vestidos con cilicios y con la cabeza cubierta de ceniza. Á la hora fijada íbaseles á buscar allí, y se les conducia ceremonialmente á la iglesia á presencia de los ministros sagrados. Postrábanse todos, y el obispo rezaba por ellos una breve oración. Entonces el diácono, hablando por los penitentes que permanecian postrados, y con la voz embargada por los suspiros, gemidos y lágrimas, decia al obispo que habia llegado la hora de la clemencia; traíale á la memoria los misterios que se renovaban en aquellos santos dias, para recordarle que Dios no quiere la muerte del pecador que vuelve á él por medio de una verdadera conversion, y que se trataba de la liberacion de unos muertos á quienes Jesucristo se habia dignado volver la vida. El obispo, satisfecho de las disposiciones de los penitentes, les hacia una plática, y pronunciaba en seguida la fórmula de reconciliacion. Terminada la ceremonia, los recien absueltos se colocaban entre los fieles, oian misa, y participaban con ellos de los santos misterios; porque en aquellos tiempos, y aun muchos siglos despues, todos los fieles acostumbraban comulgar el dia de Jueves Santo. ¡Cuán dignos de alabanza son los que se muestran fieles á esta piadosa costumbre [1]!

Despues de la absolucion, se da principio á la misa. En la Epístola, san Pablo recuerda á los Cristianos las disposiciones con que deben recibir la Eucaristía; y en el Evangelio, san Juan nos da á conocer el amor inmenso y la indecible humildad del Hijo de Dios, mostrándonosle postrado delante de sus Apóstoles y lavándoles los piés. Humildad y caridad, estas son las dos grandes lecciones que nos da, y las dos esenciales disposiciones para la comunion. Durante la misa se efectúa desde el siglo VII la magnífica ceremonia de la bendicion de los santos óleos, que en cuanto al fondo se remonta hasta los tiempos apostólicos [2]. En vano se buscaria en otra

[1] Tomas. *Fest.* lib. II, c. 13.

[2] Benedicimus autem et aquam Baptismatis et oleum Unctionis, imo ipsum etiam qui Baptismum accipit. Ex quibus scriptis? Nonne à tacita secretaque tra-

parte cosa alguna mas solemne é instructiva que esta ceremonia [1].

El obispo celebrante se sienta delante de una mesa puesta en el centro del santuario. Varios diáconos y subdiáconos traen y colocan enfrente del pontífice unas grandes urnas que contienen los óleos que se van á santificar y bendecir: óleos santos destinados para los niños que nacen y para los enfermos que agonizan, para la ordenacion de los sacerdotes y para la consagracion y coronacion de los reyes; óleos santos con que somos ungidos al entrar en el mundo y al despedirnos de él; *santo crisma* en el Bautismo y en la Confirmacion, *Extremauncion* en la hora de la muerte.

Cuantas veces he asistido á la bendicion de los santos óleos, he experimentado una profunda sensacion al ver como el obispo ora para hacer descender sobre ellos el Espíritu de Dios. Preguntábame yo mismo: ¿Quién de nosotros será ungido primero con este óleo? ¿Será un hermano? ¿un amigo? ¿ó seré yo mismo tal vez? ¡Ah! cuando tales ideas penetran en nuestra mente, las ceremonias de la Iglesia nos parecen dos veces santas: las reflexiones graves son hermanas de los pensamientos saludables [2].

Para la bendicion del *santo crisma*, el obispo debe estar asistido por doce presbíteros, párrocos todos, si es posible, para representar mejor los doce Apóstoles, y de siete diáconos y otros tantos subdiáconos, á fin de recordar aquellos tiempos en que el colegio de los ministros sagrados se componia de doce presbíteros, siete diáconos y siete menores, para el gobierno de la diócesis y para el servicio del obispo y del pueblo. El pontífice y los sacerdotes despues de la consagracion saludan sucesivamente al santo crisma y á los santos óleos, diciendo: *Salve, santo crisma*, etc. Esta salutacion, ya sea que se entienda dirigida al Espíritu Santo, santificador de todas las cosas, ó que se considere como una simple demostracion de respeto hácia las cosas santificadas, es muy propia y ádecuada á las circunstancias. Es un modo de hablar figurado, mucho mas expresivo que el simple lenguaje usual. Por lo demás, la ceremonia de la bendicion de los santos óleos, venerable por sí misma, lo es tambien por su antigüedad, pues ya se halla mencionada en el Sacramentario de san Gregorio el Magno.

ditione? (S. Basil. *Lib. de Spirit. Sanct.* c. 27; id. Bened. XIV, p. 134, n. 61).

[1] Léase el Pontifical, donde se hallarán una série de pormenores á cual mas útil é interesante. Véase tambien Durand. lib. VII, c. 74.

[2] *Cuadro poético de las fiestas*, pág. 135.

V. Monumento. — Acabada la bendicion de los santos óleos, el obispo vuelve al altar, y tomando la hostia que ha consagrado para el dia siguiente, la lleva en procesion bajo pálio y con gran pompa á la capilla del *monumento.* Este monumento, adornado con toda la magnificencia posible, figura el sepulcro en que descansa nuestro divino Redentor, y los fieles lo visitan para honrar al Hijo de Dios que murió por librarles de la condenacion eterna.

La visita de los monumentos no ha de hacerse á modo de paseo, sino grave y silenciosamente, y de manera que toda nuestra actitud respire piedad y cierta suave y religiosa melancolía. Al llegar al pié de un monumento, es menester que abramos de par en par nuestro corazon en presencia del divino Salvador. Digámosle entonces: Dios mio, os doy gracias por haber instituido para mi bien la santa Eucaristía, y haberme admitido tantas veces á su participacion; tambien os doy gracias por todos los favores que en este mismo templo me habeis dispensado á mí y á todos los fieles que han asistido á él desde su edificacion. Os pido perdon de todos los agravios que habeis recibido en vuestro augusto Sacramento, y de las irreverencias que yo y los otros hemos cometido en esta iglesia.

De las hostias que se consagran el Jueves Santo se reserva una, como hemos dicho, para la comunion que el sacerdote debe hacer el dia siguiente; porque el Viernes Santo no se celebra misa: solo se rezan las últimas oraciones, suprimiendo la consagracion. Esta parte del sacrificio se llama *misa de los Presantificados,* esto es, misa en que se consume la hostia consagrada el dia anterior, y su orígen asciende hasta los primeros tiempos del Cristianismo. La Iglesia se abstiene de celebrar misa el dia de Viernes Santo para demostrar su tristeza, y fijar toda la atencion de sus hijos en el sacrificio del Calvario.

Despues de la misa, se desnudan los altares quitándoles todos los ornamentos, en cuyo estado permanecen hasta la tarde del Sábado Santo. Estas tristes ceremonias nos pintan la profunda afliccion de la Iglesia, la desnudez de Jesucristo en la cruz (porque el altar ha sido siempre la figura de Cristo), la humillacion de su gloria, y el acto de rasgarse el velo del templo. Para el que tiene verdadera fe, esta ceremonia vale por todo un libro de enseñanzas y meditaciones.

Tambien se lavan los altares con vino y agua, y esto con dos objetos, primero para conservar la debida limpieza y decencia, y se-

gundo, para recordar que el cuerpo de Jesucristo fue bañado en la cruz con sangre y agua. Para significar mejor este misterio, al tiempo de lavar los altares se reza uno de los salmos penitenciales ó una oracion análoga de la Pasion [1].

VI. Lavatorio de los piés. — El magnífico oficio del Jueves Santo termina con el lavatorio de los piés. Está escrito que el Salvador, al tiempo de instituir el sacramento de la Eucaristía, se humilló hasta lavar los piés á sus discípulos, diciéndoles en seguida: *Vosotros me llamais Maestro y Señor; y bien decís, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los piés; vosotros tambien debeis lavar los piés los unos á los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo he hecho á vosotros, vosotros tambien hagais* [2]. Dócil á la voz del divino Maestro, la Iglesia ha observado al pié de la letra este precepto de practicar la humildad ejerciendo los mas humildes servicios. Los primeros cristianos lo observaron al principio, no solo para conservar la memoria de lo que habia hecho el Salvador, sino tambien con la idea de ejercer un acto de caridad. De ahí la costumbre universal y sagrada entre ellos de lavar los piés á los huéspedes.

Mas adelante, habiendo dejado de practicarse esto, la Iglesia, para que no se perdiese una costumbre tan piadosa é instructiva, la adoptó convirtiéndola en otro de sus ritos, destinado á perpetuar entre las futuras generaciones la accion de Nuestro Señor. En consecuencia dispuso que sus principales ministros lavasen los piés á los indivíduos del Clero en representacion de los Apóstoles, ó bien á los pobres como personas propias para ejercer con ellas la humildad, que nos recomendó el Señor con aquel acto de humillacion.

Hé aquí el orígen de la sublime ceremonia que desde muchos siglos contempla el mundo el dia de Jueves Santo. Las personas mas augustas y sagradas, papas, obispos, emperadores, reyes, reinas, se postran delante de algunos pobres, les lavan los piés y se los besan respetuosamente, teniendo á grande honor el imitar de esta suerte el ejemplo del Hombre-Dios. Si un romano antiguo volviese al mundo y presenciase tal espectáculo, ¡cuán grande no seria su admiracion! Acostumbrado como estaba á mirar á los pobres como unos seres despreciables, ¡qué confusion fuera la suya al ver á los

[1] Durand. lib. VI, c. 76.

[2] Ioan. XIII, 13, 14, 15; Bened. XIV, pag. 126, n. 49.

monarcas postrados á sus piés! Esta simple ceremonia nos prueba que entre nosotros y los paganos, entre nuestras ideas y las suyas, el Cristianismo ha puesto una distancia infinita.

La ceremonia del lavatorio de los piés se llama vulgarmente el *mandato*, cuyo nombre se deriva, ya sea del mandamiento que el Salvador impuso á sus discípulos diciéndoles que hicieran entre sí lo que él habia hecho con ellos, ó bien de la antífona *Mandatum novum do vobis: Un nuevo mandamiento os doy*, que se repite entre los versículos del salmo que se canta durante la ceremonia. En esta misma antífona se contiene otro mandamiento mucho mas importante que el lavatorio de los piés, cual es el que el Salvador dió á sus discípulos cuando les dijo que se amasen los unos á los otros como él les habia amado, precepto peculiar de la Religion cristiana, que nos comprende á todos. Así pues, es menester que el dia de Jueves Santo, mas que en ninguna otra ocasion, nos preguntemos con toda la sinceridad de un hombre que trata de escudriñar su conciencia: ¿Amo á mis hermanos como me ha amado Jesucristo? Si nuestro corazon vacilase en responder, y sobre todo si manifestase algun rencor, alguna aversion voluntaria, ¿cómo tendríamos valor de acercarnos á aquel que dice: *Si fueres á ofrecer tu ofrenda al altar, y allí te acordares que tu hermano tiene alguna cosa contra tí; deja allí tu ofrenda delante del altar, y vé primeramente á reconciliarte con tu hermano: y entonces ven á ofrecer tu ofrenda* [1]?

Tal es el oficio de la mañana del Jueves Santo, que, como hemos visto, rebosa en alegría y amor. El de la tarde, llamado *oficio de las Tinieblas*, como el de la víspera, consta de las mismas partes que este, y vuelve á sumirnos en la tristeza y el dolor.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber instituido la santa Eucaristía, y os pido perdon de no haberme preparado dignamente á su recepcion.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *haré cada mes un acto de desagravio á Nuestro Señor sacramentado.*

[1] Matth. v, 23, 24.

LECCION XXXVI.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Viernes Santo. — Objeto del oficio de este dia. — El Viernes Santo en Jerusalen. — Division del oficio. — Dos lecciones de la Escritura y Pasion. —Retrato de Nuestro Señor (nota). — Oraciones solemnes ó sacerdotales. — Adoracion de la cruz. — Ejercicio útil para la tarde. — Las siete palabras del Salvador.

I. Viernes Santo. — ¡El Viernes Santo! Al oir esta palabra, oprímese el corazon del verdadero cristiano, sus miembros todos se hielan de santo terror, y su imaginacion le traslada á pesar suyo á la cumbre del Calvario. Ved como se acerca en confuso tropel un populacho, digo mal, un pueblo, pues hay entre la multitud magistrados, sacerdotes, canosos ancianos mezclados con mendigos, mujeres y niños, todos los cuales suben tumultuosamente la montaña empujándose, atropellándose unos á otros para poder estar mas cerca del patíbulo y contemplar mas á su sabor las angustias de la Víctima. Ved aquí ahora la Víctima que sube con paso lento, debilitada por la pérdida de la sangre y el rigor de los tormentos. Dos malhechores andan á su lado, llevando sobre sus hombros el instrumento del suplicio á que han sido sentenciados. Si quereis saber cuál de los tres condenados es el Justo, no teneis mas que observar la particular severidad con que se le trata: lleva la cabeza coronada de espinas, cubierto el rostro de sangre é infames salivas, y es el blanco de los sarcasmos é improperios de la multitud.

¡Y sin embargo, este que veis es Jesús, que pasó haciendo bien! Y entre esa muchedumbre de espectadores ansiosos de contemplar su suplicio, hay muchos á quienes ha dado relevantes pruebas de su inmensa bondad: á uno quizás le ha resucitado el padre, la madre ó la hermana; á otro le ha curado un criado ó un amigo, y á todos ha prodigado los tesoros de su divina sabiduría. Es aquel Jesús que apenas hace cinco dias entraba triunfante en Jerusalen, precedido de esa misma multitud que atronaba los contornos del monte de los Olivos clamando: «¡Gloria al Hijo de David! ¡Bendito sea el que



«viene en nombre del Señor!» ¡Y hoy esta multitud grita y vocifera frenéticamente pidiendo su sangre y su muerte!!

¿Qué ha sucedido, pues? ¿Acaso Jesús ha dejado de ser lo que era cinco dias antes? No; pero el pueblo, siempre inconstante y vario, se ha mudado como la veleta á merced del viento. Entre tanto llega la Víctima al lugar de la ejecucion. Vedla ya tendida, clavada, levantada en la cruz. El pueblo rie, los escribas se encogen de hombros, los soldados juegan, en tanto que María, la Madre de Jesús, presente á este cruelísimo espectáculo, llora sumida en un mar de dolor!...

Esto pasaba hace diez y ocho siglos sobre una montaña cercana á Jerusalen. El objeto de tantos ultrajes, la víctima de tantos dolores, era el Verbo eterno, el Criador de los mundos, el Hijo único de Dios, ¡y esto no obstante fue crucificado!!! ¡Y todavía habrá quien repruebe el que la Iglesia católica haya prescrito un dia de luto solemne para perpetuar la memoria del mayor de todos los crímenes! Desengañémonos, no es el olvido el mejor modo de expiar los delitos; á mas de que, reconocida la indudable conveniencia de prevenirlos, ¿qué mejor recurso puede darse que el de inspirar hácia ellos un santo horror por medio de una expiacion auténtica, solemne y transmitida de generacion en generacion? La Iglesia, no lo dudeis, ha hecho con esto un gran servicio á la sociedad, pues solo así se dan al hombre saludables lecciones; solo así puede aplacarse la justa cólera de Dios.

Por esto, desde que se consumó el gran crímen del Calvario, la Iglesia, sumida en el dolor, celebra cada año el Viernes Santo en toda la extension del mundo católico; y no contenta con esto, ha dispuesto, á costa de los mayores sacrificios, que se celebre tambien sobre la misma montaña en que se cometió el atentado, para que en todos tiempos bañen lágrimas cristianas aquel suelo que en semejante dia fue regado con la sangre del Salvador. Oid lo que aun actualmente pasa en el Gólgota el dia de Viernes Santo; y haced cuenta que en la historia de lo presente leeis la historia de lo pasado.

«Corria el año de 1832. Asistí al oficio de la mañana, que cele-«braron los reverendos Padres Franciscanos con las mas patéticas «ceremonias. Á mediodía, toda la comunidad, precedida por el Pa-«dre guardian, comió de rodillas, consistiendo la comida en pan y «agua y algunas hojas de ensalada.

«Á las tres y media, los Padres empezaron, como en los dos dias «anteriores, el oficio de las *Tinieblas*. Era la última vez que debia «oir en Jerusalen la voz del profeta de Anatoth, y esta idea hizo que «me impresionara mas que nunca la fuerza y terneza de sus lamen-«taciones. Sabemos todos cuán grande es la impresion que nos cau-«san las palabras y las lágrimas de las personas queridas al despe-«dirnos de ellas, sobre todo si tenemos la íntima conviccion de que «nunca mas volverémos á verlas: entonces el corazon se nos opri-«me de un modo extraordinario, los suspiros se suceden sin inter-«rupcion, y el llanto oscurece nuestros ojos: el dolor que entonces «sentimos difiere poco del que nos causaria la muerte de aquellas «mismas personas. Tales, pues, y aun mas crueles, si cabe, eran «mis angustias al oir las siguientes palabras de Jeremías, que tanto «se avenian con el doloroso misterio del Viernes Santo, y con los «pensamientos que preocupaban mi espíritu:

«Faltó el gozo de nuestro corazon: convirtióse en luto nuestra «danza.

«Cayó la corona de nuestra cabeza: ¡ay de nosotros! porque pe-«camos.

«Por esto nuestro corazon ha quedado triste, y nuestros ojos se «han cubierto de tinieblas.

«Á causa de la desolacion del monte Sion, raposas anduvieron «en él.

«Mas tú, Señor, eternamente permanecerás, tu solio por genera-«cion y generacion.

«¿Por qué nos olvidarás para siempre? ¿nos desampararás por «largura de dias?

«Conviértenos, Señor, á tí, y nos convertirémos: renueva nues-«tros dias como al principio, etc.»

«Para grabar mas profundamente en la memoria la pasion y muer-«te del Salvador, y avivar los sentimientos de compuncion, grati-«tud y amor que deben excitar en el corazon de los verdaderos cris-«tianos, los Padres practican todos los años el dia de Viernes Santo «una ceremonia muy conforme con el carácter de los orientales, y «que no tiene ejemplo sino en las misiones de Asia que probable-«mente la tomaron de la Palestina.

«Por medio de una figura de bulto de tamaño natural, y que por «la flexibilidad de sus miembros se presta á cualquier movimiento,

«representan la crucifixion, el descendimiento de la cruz y el entier-«ro de Jesucristo, haciendo de este modo mas sensibles y patentes «las principales circunstancias de aquellos misterios. Efectuóse esta «ceremonia, tierna é imponente á la vez, á la caida de la tarde en «presencia de una inmensa multitud de hombres, mujeres y niños, «atraidos los unos por una sincera piedad, y los otros por una cu-«riosidad enteramente profana. Los Padres de la Tierra Santa, reu-«nidos de antemano en la capilla de Nuestra Señora, salieron á eso «de las seis, precediéndoles uno de ellos que, acompañado de los «jóvenes árabes del convento, llevaba un gran Crucifijo. Seguian «despues los religiosos y los fieles, todos con velas encendidas, ca-«minando lentamente en dos hileras y cantando con voz aguda y las-«timera unas veces el *Stabat* y otras el *Miserere.*

«La procesion se detuvo primeramente en el altar de la *Division «de las vestiduras*, y luego en el del *Improperio,* para oir algunas pa-«labras sencillas pero llenas de uncion que les dirigió un Padre es-«pañol acerca de las dolorosas escenas de la Pasion que recuerdan «aquellos dos lugares. En seguida prosiguió su camino sin interrup-«cion hasta la cumbre del Gólgotha. Así que llegó, el religioso que «llevaba el Crucifijo lo depositó respetuosamente al pié del altar, y «el Padre español, tomando otra vez la palabra, continuó en pre-«sencia de la multitud, enternecida hasta el punto de derramar abun-«dantes lágrimas, la tristísima relacion de los padecimientos é igno-«minias del Salvador, hasta que fue clavado en la cruz.

«Calló entonces el Padre, y habiéndose clavado la imágen de Je-«sús en un madero, fue levantada en alto y colocada en el mismo «sitio donde lo estuvo la verdadera cruz en que se consumó la reden-«cion del género humano. Luego el buen Padre, con voz interrum-«pida y cási ahogada por los sollozos, refirió las últimas palabras y «los postreros instantes de la augusta Víctima al inmolarse en aquel «mismo lugar para expiar nuestros pecados y reconciliarnos con su «PADRE. Empero cada vez se hacia mas difícil oirle, porque el pue-«blo, sumamente conmovido con las precedentes escenas, ya no se «daba cuenta de lo que presenciaba, y por otra parte las palabras «del orador sufocadas por los suspiros, los gemidos y las lágrimas, «apenas llegaban á sus oidos.

«Siguióse un cuarto de hora de silencio para dar algun desahogo «al general dolor, transcurrido el cual, uno de los Padres, provisto

«de un martillo y unas tenazas, subió á lo alto de la cruz, quitó de «la cabeza de la imágen la corona de espinas, y mientras que otros «religiosos sostenian el cuerpo con una toalla pasada por debajo de «los brazos, arrancó los clavos de las manos y de los piés, é inme-«diatamente se descendió la efigie del Redentor de la misma manera, «poco mas ó menos, que fue descendido el mismo Jesucristo. El ce-«lebrante y sucesivamente todos los demás religiosos se adelantaron «en silencio, arrodilláronse y besaron respetuosamente la corona y «los clavos, que en seguida fueron expuestos á la veneracion del «pueblo.

«Poco despues volvió á salir la procesion por el mismo órden con «que habia subido al Calvario. Un religioso llevaba la corona y los «clavos en un azafate de plata, y otros cuatro llevaban la efigie co-«mo cuando se va á enterrar un difunto. Al llegar á la piedra de la «*Uncion* detuviéronse todos para imitar en aquel lugar la piadosa «accion de José de Arimathea, de Nicodemo y las santas mujeres, á «cuyo fin habíase dispuesto de antemano todo lo necesario. Cubria «la piedra un blanco y finísimo lienzo, y en los cuatro ángulos es-«taban los vasos que contenian los perfumes. Colocóse el cuerpo en-«vuelto en un sudario sobre la piedra con la cabeza reclinada sobre «una almohada. El celebrante lo roció con esencias, quemó algunos «aromas, y despues de haber orado algunos instantes en silencio, «explicó en breves palabras el motivo de aquella estacion. Luego «emprendióse nuevamente el camino hácia la iglesia, se colocó la «imágen sobre el santo sepulcro, y con otro discurso dióse fin á la «ceremonia [1].»

No menos religiosamente se celebra el Viernes Santo en todos los demás puntos de la cristiandad. Por espacio de muchos siglos se consideró y guardó aquel dia como un domingo. Aumentábanse y prolongábanse el dia de Viernes Santo las vigilias, las mortificaciones, las santas lecturas y oraciones acostumbradas en los demás dias del año: los fieles pasaban toda la noche reunidos orando y gimiendo, segun la costumbre establecida por los Apóstoles ó por sus primeros discípulos [2]. Nadie sino los niños menores de siete años estaba exceptuado de aquella vigilia y de aquel ayuno extraordinario; y aun hoy dia, á pesar de la general debilitacion de la fe, apenas se encontrará

[1] *Peregrinacion á Jerusalen*, por el P. de Geramb, t. II.
[2] Euseb. *Hist.* lib. II, c. 17.

una familia cristiana en que hasta los niños no ayunen con gusto el dia de Viernes Santo.

II. Oficio. — El oficio de este dia es antiquísimo [1]. Para entenderlo bien y seguirlo con devocion conviene saber que se divide en tres partes :

La primera se compone de dos lecciones de la Escritura interpoladas con la Pasion y con varios responsorios y versículos análogos á las circunstancias. La Iglesia se ha propuesto conservar en el oficio de este dia toda nuestra hermosa antigüedad, que se descubre en cada palabra y en cada ceremonia. Así pues, el oficio empieza con dos lecciones, porque antiguamente todas las misas empezaban con lecciones ó lecturas de los Libros santos. Las lecciones del Viernes Santo no tienen título, por suponerse que aquel dia hemos perdido á Jesucristo que es nuestra cabeza, la luz que nos ilumina, á la manera que el título esclarece el libro y la leccion [2]. En la primera Moisés refiere como el pueblo de Dios, próximo á salir de Egipto, sacrifica y come el cordero pascual con pan ázimo y lechugas silvestres, arrebozado el vestido, calzados los piés, el báculo en la mano y á toda prisa, porque era la Pascua, es decir, el paso del Señor. El cordero pascual era la figura de Nuestro Señor; y esta leccion, trasladándonos á una época distante de nosotros tres mil quinientos años, nos enseña que Cristo era verdaderamente lo que es hoy, la fe y la esperanza del género humano, y que la Iglesia católica abraza todos los tiempos.

La segunda leccion es del profeta Isaías, quien nos describe en ella el tipo divino, la Víctima católica, de la cual el cordero pascual no era mas que una sombra. «Es, nos dice el Profeta, como tierno «arbolillo que crece en tierra sedienta sin pompa ni hermosura: le «vimos y no le reconocimos; porque fue despreciado y reputado co- «mo el mas vil de los hombres, cual si la lepra se hubiese apodera- «do de su cuerpo. Padeció toda suerte de trabajos y dolores. Su «semblante está cubierto de tristeza ; agobiado está por el peso de «nuestros pecados. Por causa de nosotros, de nuestras flaquezas é «iniquidades tomó sobre sí todos estos padecimientos y humillacio- «nes. Nuestra paz nos viene de sus angustias, y á sus llagas debe- «mos nuestra curacion. Como ovejas nos extraviamos, y cada uno

[1] S. Leo, t. II, pag. 77.
[2] Durand. *Rational.* lib. VI, *De die parasceve.*

«de nosotros se desvió por su camino. Cargó el Señor sobre él todas «nuestras iniquidades, y él se inmoló por nosotros en silencio. Co-«mo oveja será llevado al matadero, y como cordero delante del que «lo trasquila, enmudecerá y no abrirá su boca [1].»

La Iglesia ha escogido de intento estas dos lecciones de Moisés y de Isaías, para hacernos ver que la Ley y los Profetas dan testimonio de su divino Esposo, y que este es verdaderamente el objeto de los oráculos y esperanzas de todo el mundo antiguo [2].

Despues de las profecías se canta la Pasion de Nuestro Señor, segun san Juan. Como ya hemos dicho, este canto, de orígen muy antiguo, está escrito en forma de diálogo. Los judíos, Pilatos, Herodes, los Apóstoles y Jesús mismo hablan y se responden alternativamente. Al llegar á estas palabras: *Inclinando la cabeza, dió el espíritu,* cesa el canto, la iglesia queda en profundo silencio, y solo

[1] Isai. LIII. Hé aquí ahora el retrato material de Nuestro Señor, tal como nos lo ha conservado y transmitido la antigüedad: Tenia un rostro bellísimo y muy animado, el cabello algo rubio, no muy espeso y un poco rizado; las cejas negras y ligeramente arqueadas. Sus ojos, de color de aceituna, brillaban con una gracia admirable. Tenia la nariz recta, la barba rubia y medianamente larga; el cabello bastante largo, pues nunca tocó su cabeza la navaja, ni la mano de hombre alguno, excepto la de su madre durante su infancia. Llevaba el cuello algo inclinado, de suerte que su ademan no era demasiado arrogante ni erguido. Su tez era de color trigueño; la cara ni redonda ni larga, sino como la de su madre, un poco prolongada y ligeramente sonrosada. La gravedad, la prudencia y la serenidad se hermanaban y resplandecian en su semblante. En una palabra, era del todo semejante á su divina é inmaculada Madre. — Egregio is vividoque vultu fuit. Corporis statura ad palmos prorsus septem. Caesariem habuit subflavam et non admodum densam, leniter quodammodo ad crispos declinantem: supercilia nigra, non perinde inflexa. Ex oculis subflavescentibus mirifica prominebat gratia. Acres ii erant, et nasus longior. Barbae capillus flavus, nec admodum demissus. Capitis porro capillos tulit prolixiores. Novacula enim in caput eius non ascendit, neque manus aliqua hominis, praeterquam matris in tenera dumtaxat aetate eius. Collum fuit sensim declive, ita ut non arduo et extento nimium corporis statu esset. Porro tritici referres colorem; non rotundam aut acutam habuit faciem: sed qualis matris eius erat, paulum deorsum versus vergentem ac modice rubicundam: gravitatem atque prudentiam cum lenitate coniunctam, placabilitatemque iracundiae expertem prae se ferentem. Persimilis denique per omnia fuit divinae et inmaculatae suae Genitrici. (Niceph. Callixt. lib. I, c. 40). Las pruebas de la autenticidad de este relato se hallarán en la *Hist. famil. sacr.* por Sandini, c. 17, pág. 287 y sig.

[2] Durand. lib. VI, *De die parasceve.*

se oye el ruido de los fieles que se postran y besan la tierra que el Salvador regó con su sangre.

La segunda parte del oficio se compone de las oraciones *solemnes* ó sacerdotales, que solo el Viernes Santo se rezan públicamente. Son diez en número y muy antiguas. San Leon nos dice que en su tiempo se rezaban donde quiera que habia penetrado la fe cristiana [1], añadiendo que las cree de institucion apostólica. El sacerdote desde el altar, doblando la rodilla y extendiendo los brazos á cada oracion, ruega: 1.° por toda la tierra y por la santa Iglesia; 2.° por nuestro santo padre el Papa; 3.° por el Obispo de la diócesis; 4.° por todos los ministros sagrados y por todos los fieles; 5.° por el Rey; 6.° por los catecúmenos; 7.° por el remedio de todos los males espirituales y temporales; 8.° por los herejes y cismáticos; 9.° por los judíos; 10.° por los paganos é idólatras.

La Iglesia, para manifestar el horror con que mira á los apóstatas voluntarios, y para distinguirlos de los fieles que permanecen en su seno gozando de los beneficios de su comunion, prohibe á sus ministros que hagan mencion de ellos en las oraciones públicas; pero exceptúa de esta prohibicion el oficio del Viernes Santo por ser el dia en que Jesucristo murió por todos los hombres. ¡Oh! sí; el Viernes Santo es el dia del gran perdon: aquel dia la Iglesia nuestra madre, para darnos ejemplo á todos, suspende sus santas y sábias prescripciones, y Jesús, nuestro padre, desde lo alto de la cruz nos enseña á rogar por los que nos han ofendido, diciendo: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen* [2].

Al terminar cada oracion el celebrante dice: *Flectamus genua: Hinquemos las rodillas;* y el diácono responde: *Levate: Levantaos.* Mas al rogar por los judíos que dieron muerte al Hijo de Dios, el sacerdote se abstiene de doblar la rodilla, en demostracion de horror al pueblo deicida.

La tercera parte del oficio es la adoracion de la cruz [3]. Concluidas las oraciones sacerdotales, los levitas y diáconos de dos en dos, y los sacerdotes con capas negras, todos descalzos, van á buscar la cruz al extremo de la iglesia. Dos diáconos llevan en brazos el árbol sa-

[1] S. Leo, *Epist.* t. II, pag. 77.

[2] Luc. XXIII, 34.

[3] Juzgamos ocioso advertir que los Católicos no *adoran* la cruz, sino á Dios que murió en ella.

grado, y se encaminan lentamente hácia el altar. ¿Qué otra ceremonia pudiera representar mas al vivo el tránsito del Señor por la via dolorosa en direccion al Calvario? Para completar esta lúgubre representacion, mientras van acercándose al santuario, dos diáconos ó dos sacerdotes cantan ciertas palabras que expresan el amor inefable de que Jesús estaba poseido cuando subia al lugar de su suplicio. Estas palabras se llaman *improperios*, es decir, *tiernas reconvenciones* que el corazon de Jesús hacia á los judíos que le llevaban al suplicio.

Hélas aquí:

«Pueblo mio, ¿qué te he hecho yo? ó en qué te he entristecido? «respóndeme.

«¡Por qué te saqué de la tierra de Egipto, preparaste una cruz «para tu Salvador!»

Al comparar la inmensa bondad del Redentor con la imponderable perversidad del pueblo judío, la Iglesia, enternecida y oprimida por el dolor, profiere, cual hondo suspiro, este acto de adoracion y amor: «¡Santo Dios! ¡Santo fuerte! ¡Santo inmortal! ¡ten miseri- «cordia de nosotros!»

Estas palabras se cantan en griego y en latin, con lo que la Iglesia nos muestra su catolicismo, pues quiere que todos los pueblos y todas las lenguas adoren y amen con ella. Parece tambien que la Iglesia quiere significar con esto que no basta una sola lengua para expresar su dolor é invocar á Dios [1].

Al llegar á la puerta del coro, los dos diáconos prosiguen diciendo: «Porque te conduje cuarenta años por el desierto, y te alimenté «con el maná, y te introduje á una muy deleitosa tierra, preparaste «una cruz á tu Salvador.»

[1] Segun Benedicto XIV, con estas palabras la Iglesia alude tambien á un suceso que se refiere en el Monólogo de los griegos. Cuéntase que bajo el imperio de Teodosio, la ciudad de Constantinopla sufrió un espantoso terremoto; que el Emperador y el Patriarca se postraron para pedir misericordia clamando *Kyrie eleison;* que un niño fue levantado en el aire, cayó gritando al pueblo que cantase el siguiente trisagio: *Sanctus Deus, Sanctus fortis, Sanctus et immortalis*, y en seguida murió. Esta oracion se extendió mucho en la Iglesia de Oriente, y despues en la latina, que tambien la adoptó. — Ea vero hac die praesertim utitur latine, ut propriam suam linguam adhibeat. Graece vero etiam, ut alludet illi divinae voci, quam puerum illum diximus Constantinopoli edidisse. (P. 251, n. 136).

Y el coro responde: «¡Santo Dios! ¡Santo fuerte! ¡Santo inmor-«tal! ¡ten misericordia de nosotros!»

Cuando están en medio del coro, los diáconos se ponen de rodillas y continúan: «¿Qué mas debí hacer por tí, y no lo hice? Yo te «planté como viña mia hermosísima, y tú te has hecho para mí muy «amarga; porque con vinagre apagaste mi sed, y traspasaste con «una lanza el costado de tu Salvador.»

Y el coro responde: «¡Santo Dios! ¡Santo fuerte! ¡Santo inmor-«tal! ¡ten misericordia de nosotros!»

Aquellos sacerdotes y diáconos que se postran tres veces mientras llevan la cruz, nos traen á la memoria á nuestro Salvador que tambien cayó tres veces cuando llevaba sobre sus hombros el pesado instrumento de su muerte. En esta parte del oficio todo son imágenes, todo habla á los sentidos: es una especie de delirio de dolor y amor á un mismo tiempo. Sobre todo, estas palabras tan sencillas que se repiten con frecuencia: *Pueblo mio, ¿qué te he hecho yo?* serian capaces de ablandar un pecho de bronce.

La cruz, esto es, la gran Víctima, está ya en el altar, es decir, en la cumbre del Calvario. Solo falta mostrarla al pueblo, á cuyo fin el sacerdote descubre una parte del árbol de salvacion, y dice: *Ecce lignum crucis: Ved aquí el madero de la cruz.*

El coro responde: *In quo salus mundi pependit*, etc.: *Del cual estuvo pendiente la salud del mundo: venid, adorémosle.*

Luego acercándose el sacerdote al centro del altar, y descubriendo el brazo derecho de la cruz, repite: *Ecce lignum crucis: Ved aquí el madero de la cruz.*

Y el coro repite tambien: *Del cual estuvo pendiente la salud del mundo: venid, adorémosle.*

Por último, puesto el sacerdote en medio del altar, dice por tercera vez, levantando mas la voz: *Ecce lignum crucis: Ved aquí el madero de la cruz.*

Y entonces muéstrase la cruz entera al pueblo cristiano, que desde muchos dias solo ha podido ver el Crucifijo cubierto con un velo, y que lo contempla ahora con la cabeza coronada de espinas, las manos y los piés traspasados con clavos, el costado abierto con el hierro de una lanza; y todos, reyes, pontífices, cardenales, arzobispos, obispos, ancianos del santuario, monacillos, fieles, ricos y pobres, van á adorar con los piés descalzos el madero redentor. Parece que

vemos entonces entrar á unos hijos desconsolados en el aposento mortuorio donde yacen los restos inanimados del jefe de la familia, y besar con respetuoso dolor aquellos venerables despojos. Junto al Crucifijo hay un plato de cobre donde el rico y el pobre depositan sus limosnas; porque en los dias de dolor no es posible olvidarse de los pobres [1].

Al tiempo de ir á adorar la cruz, ¿quién no se figura que sigue la via dolorosa que el Salvador trazó con su sangre? Abramos los oidos de nuestro corazon á estas tiernas reconvenciones dirigidas á los Cristianos aun mas que á los judíos, y que cada uno de nosotros se las aplique á sí mismo : *Pueblo mio, ¿qué te he hecho yo, ó en qué te he entristecido? respóndeme.* ¡ Alma cristiana, hija mia y amada mia, yo te libré de la cautividad y te alimenté con el maná, y tú has preparado una cruz para tu Salvador! ¡Yo te he protegido y guardado como las niñas de mis ojos; ¿qué mas podia hacer por tí? y tú has preparado una cruz á tu Salvador! Y el corazon se nos llenará de dolor y amor; acudirán las lágrimas á nuestros ojos, y si todavía podemos hablar, saldrán de nuestros labios las mas tiernas palabras: y á semejanza del Centurion, bajarémos del Calvario hiriéndonos el pecho, detestando nuestras ingratitudes y resueltos á morir antes que contristar á un tan buen Padre.

Despues de la adoracion, se sacan con fúnebre silencio las sacrosantas especies del sagrario; el sacerdote comulga, luego se cantan las Vísperas en tono grave y lúgubre, y con esto queda terminado el oficio de la mañana.

III. Las siete palabras del Salvador. — Á las tres de la tarde, no dejeis de ir á adorar á nuestro Redentor. En ciertos países, al acercarse esta hora solemne, los fieles acuden en gran número á las iglesias. Todos ruegan, todos piden perdon para sí y para sus hermanos, y cuando el reloj da las tres, todos á una vez se postran y besan el pavimento del templo. Entonces se hace un ejercicio muy útil que consiste en la meditacion de las siete palabras que Jesucristo dijo estando en la cruz. Vamos á explicar sucintamente estas palabras, manifestando que ellas forman el testamento del Salvador, el resúmen de toda la Religion y por consiguiente la base de todos nuestros deberes y la prenda de nuestra felicidad temporal y eterna.

[1] *Cuadro poético de las fiestas*, pág. 150. Véase tambien las *Tres Romas*, donde se explican todas las ceremonias de la Semana Santa.



1.ª *Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen.* Jesucristo está clavado en la cruz; el crímen de los judíos no puede ser mas evidente; y sin embargo, ruega por todos ellos sin distincion y los excusa con la ignorancia en que están del gran atentado que acaban de cometer; dándonos así ejemplo de lo que nos ha prescrito en el Evangelio: Rogad por vuestros perseguidores; amad á vuestros enemigos. El perdon de las injurias, el amor á nuestros enemigos, base de la sociedad, porque lo es tambien del derecho público y privado; tal es el primer artículo del testamento de nuestro Padre.

2.ª *Hoy estarás conmigo en el paraíso.* Mientras que todos insultan á Jesús, ó le niegan y abandonan, uno de los dos ladrones le dice algunas palabras llenas de fe y confianza. Esto basta para que Jesús le perdone toda una vida de iniquidades y le prometa que hoy estará con él en la mansion de los bienaventurados. Todo cuanto se ha dicho acerca de la infinita misericordia de Dios, es nada en comparacion de esta sola promesa. La infinita misericordia de Dios para con el pecador arrepentido, la entera confianza del pecador arrepentido en la misericordia de Dios, base del órden moral; tal es el segundo artículo del testamento de nuestro Padre.

3.ª *Mujer, he aquí tu hijo; hé aquí tu madre.* Jesús, próximo á morir, todavía piensa en su santa Madre. Confíala á su discípulo amado, y la consuela diciéndole que tendrá otro hijo en lugar del que va á perder; y para interesar mas á san Juan en favor de María, le dice que le amará como una madre. El amor constante de los hijos para con sus padres, el amor no menos constante de los padres para con sus hijos, base de la familia; tal es el tercer artículo del testamento de nuestro Padre.

4.ª *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has abandonado?* En el huerto de los Olivos el Salvador se sometió enteramente á la voluntad de su Padre, y desde entonces lo ha soportado todo con la mansedumbre de un cordero. ¿Ha perdido ahora su resignacion? No, que solo trata de manifestarnos toda la magnitud de su dolor, para que no dudemos que ha padecido, para que sepamos cuánto nos ha amado, y para que sepamos á quién debemos acudir en nuestras tribulaciones. Así pues, la cristiana resignacion en nuestras penas, base de la paz pública y privada, base de toda verdadera virtud, y por consiguiente de todo verdadero mérito; tal es el cuarto artículo del testamento de nuestro Padre.

5.ª *Sed tengo.* Al tiempo de morir por la salvacion de los hombres, Nuestro Señor dirige sus miradas hácia lo futuro; ve una inmensa multitud de almas que no harán ningun caso de sus padecimientos ni de su amor, y á tan lastimoso espectáculo exclama: Tengo sed; tengo sed de ultrajes y de dolores: padezca yo en la cruz hasta el fin del mundo si necesario es para salvar algunas otras almas. Así pues, el amor de las almas, base de todas las relaciones sociales; tal es el quinto artículo del testamento de nuestro Padre.

6.ª *Cumplido está.* Mi Padre está glorificado, el imperio del demonio ha finido, el hombre, si quiere, está salvado. Así pues, el celo continuo por hacer todas las cosas segun nuestro estado y la voluntad de Dios, base de la perfeccion individual; hé aquí el sexto artículo del testamento de nuestro Padre.

7.ª *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.* He vivido por mi Padre, y por mi Padre muero; hé aquí el compendio de toda mi vida, el secreto de mi venida al mundo y de mi partida. Así pues, la salvacion de nuestra alma; tal es el séptimo y último artículo del testamento de nuestro Padre.

¡Qué ancho campo para la meditacion ofrecen estas siete palabras [1]!

El oficio de la tarde se llama de las *Tinieblas*, como el de los dias anteriores, y reinan igualmente en él el luto y la tristeza. La lúgubre voz de Jeremías y los gemidos de las santas mujeres resuenan bajo las bóvedas del templo: la Iglesia es entonces una viuda que llora sobre el sepulcro de su esposo.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy de haber hecho morir por salvarme á vuestro único Hijo: no permitais que haga infructuosos para mí los méritos de su Pasion.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *rezaré todos los viernes á las tres de la tarde cinco* Padre nuestros *y cinco* Ave Marías *en reverencia de las cinco llagas de Nuestro Señor Jesucristo.*

[1] Véase la obra de Belarmino, *De septem verbis*, etc., y la de san Alfonso de Ligorio; *La Pasion segun los cuatro Evangelios*, etc.

LECCION XXXVII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Sábado Santo.—Objeto del oficio.—Su excelencia.—Division del oficio.—Bendicion del fuego nuevo.—Bendicion del cirio pascual.—Lecciones.—Bendicion de las pilas bautismales.—Misa.—Vísperas.

El Sábado Santo está destinado á honrar el entierro del Salvador. Aquel dia hasta el domingo por la mañana, época de la resureccion, la Iglesia se parece á una viuda desconsolada que vela junto al sepulcro de su esposo. Por esto sus oficios son mas largos; pero en medio de su dolor, obsérvanse algunas señales de alegría, indicios evidentes de la fe que tiene en el misterio consolador del dia siguiente.

En los primeros siglos del Cristianismo varias iglesias hicieron del Sábado Santo una fiesta de precepto : posteriormente redújose á la clase de los dias de media fiesta [1], y en la actualidad su observancia se deja cási en todas partes á la devocion particular de los fieles. Mas á pesar de todas estas mudanzas, la víspera de Pascua de Resurreccion ha sido siempre entre todas las vigilias del año la primera en dignidad é importancia, así como lo es en antigüedad. Por eso esta vigilia es tambien la mas larga de todas y la mas abundante en ceremonias. Antiguamente su oficio iba unido al de la fiesta de Pascua, porque se empezaba á la hora de nona, ó al ponerse el sol, y continuábase hasta la mañana del domingo por los fieles de todas condiciones, la mayor parte de los cuales estaban en ayunas desde el viernes y algunos desde el jueves.

En aquellas iglesias en que las ceremonias eran mas breves y habia menos catecúmenos que bautizar, procurábase no obstante, por particular recomendacion, que los oficios no concluyesen antes del canto del gallo, que era la hora de ofrecer el sacrificio y de romper en seguida el ayuno cuaresmal. Para esto, empleábase el tiempo que restaba leyendo entre las varias bendiciones de la misa algunas lec-

[1] En los dias de media fiesta, la prohibicion del trabajo mecánico solo duraba hasta mediodía.

ciones de los Profetas ó de los Salmos, ó haciendo algunas exhortaciones al pueblo. Esta costumbre, que se conservó en la Iglesia latina hasta que se empezaron los oficios de esta víspera á la hora de Tercia, subsiste todavía entre los griegos, quienes pasan toda la noche en la iglesia leyendo las sagradas Escrituras ó cantando hasta la hora del oficio de Pascua, que empiezan luego que ha salido el sol, sin separarse de la iglesia [1].

El oficio del Sábado Santo se compone de seis partes ó ceremonias principales : 1.ª la bendicion del fuego nuevo; 2.ª la bendicion del cirio pascual; 3.ª las lecciones; 4.ª la bendicion de las pilas bautismales; 5.ª la misa; 6.ª las Vísperas. En cada una de estas hermosas ceremonias respira la mas venerable antigüedad : las Catacumbas, Constantinopla, Nicea, Jerusalen, todas estas grandes iglesias pasan sucesivamente á nuestra vista suscitándonos los mas tiernos y piadosos recuerdos. ¡Ojalá que las saludables impresiones que nos causen queden profundamente grabadas en nuestras almas!

1.º *Bendicion del fuego sagrado.* Esta ceremonia es de orígen muy antiguo, pues data del siglo IV, en cuya época introdújose en la mayor parte de las iglesias la costumbre de bendecir todos los dias al oscurecer el fuego con que se encendian las luces para el oficio de Vísperas [2]. El fuego que debia bendecirse se sacaba, no del hogar de las casas, sino del pedernal, conforme á aquella gran máxima de la Iglesia segun la cual, habiendo pasado todas las criaturas al estado de corrupcion, es menester bendecirlas antes de emplearlas en las ceremonias del culto divino. Así es que la Iglesia desde los primeros siglos ya no empleó el fuego profano ó comun en los sacrificios y oraciones públicas que requerian alguna iluminacion. Ahora bien, ¿no es altamente filosófica esta primera ceremonia del Sábado Santo? ¿Quién pudiera explicarla sin referir la historia toda de la corrupcion y regeneracion del género humano?

La costumbre de bendecir cada tarde el fuego nuevo quedaba interrumpida en los tres últimos dias de la Semana Santa á causa de la alteracion que hacia en el órden de los oficios; por lo que se adoptó el medio de conservar para el siguiente dia el fuego de la víspera dejando encendido uno de los cirios. Mas adelante, lo que era

[1] Véase Tomasino, *Celebracion de las fiestas*, pág. 339.

[2] Por los autores antiguos se designa este oficio con el nombre de *lucernarium*. Mabill. *Musae ital.* t. II, pág. 101.

comun á los tres expresados dias reservóse exclusivamente para el Sábado Santo, de suerte que la bendicion del fuego nuevo se convirtió en una ceremonia propia de este dia [1].

Esta ceremonia, con que se empieza hoy dia el oficio, se hace con mucha solemnidad y oraciones; porque el fuego nuevo es para los Cristianos la figura de la Ley nueva, ley de gracia y amor que nació del sepulcro de Cristo, así como el fuego viejo es la imágen de la Ley antigua, que feneció con la muerte del Salvador. Luego que el clero llega al coro, entona las letanías de los Santos; pues la Iglesia quiere que sus hijos, los que gozan de la eterna bienaventuranza, tomen tambien parte en el regocijo que la aparicion de la Ley nueva derrama por toda la tierra, y que rueguen por sus hermanos de este mundo á fin de alcanzarles la gracia de observar como ellos los preceptos de la Ley santa y de gozar de igual felicidad [2]. Mientras que se cantan las Letanías, el sacerdote bendice el fuego nuevo; con lo cual termina la primera parte del oficio del Sábado Santo.

2.° *Bendicion del cirio pascual.* En los primeros tiempos el cirio pascual no era mas que una coluna en que el Patriarca de Alejandría escribia la época de la celebracion de la Pascua y de las demás fiestas movibles que se regulan por aquella gran solemnidad. Siendo Alejandría la ciudad que contaba los mejores astrónomos, el Obispo tenia el encargo de consultarles cada año para venir en conocimiento del primer domingo posterior al décimocuarto dia de la luna de marzo. Con arreglo á la respuesta de los astrónomos, escribíase por órden del Patriarca de Alejandría en una especie de coluna de cera el catálogo de las principales fiestas del año y se remitia al Papa, que recibia aquel *cánon* [3] con mucho respeto, lo bendecia, y enviaba otros semejantes á las demás iglesias, que los recibian con igual veneracion.

Poco despues trocóse aquella coluna de cera en un cirio que sirvió para alumbrar en la noche de Pascua, considerándosele al propio tiempo como á emblema de Jesús resucitado. El papa Zozimo aprobó aquella costumbre y la convirtió en una práctica general, or-

[1] Menard, pág. 91.

[2] Durand. lib. VI, c. 80.

[3] La palabra *canon* significa regla, y aquella coluna era el cánon ó la regla conforme á la cual se celebraba la Pascua y las otras fiestas movibles que dependen de aquella.

denando que en todas las iglesias parroquiales se bendijera el Sábado Santo un cirio pascual [1].

Este cirio, como todos los que sirven para los oficios y la misa de la víspera de Pascua, se enciende con el fuego sagrado, no siendo permitido hacerlo con otro alguno, porque todos los demás se reputan profanos é indignos como aquel que irritó al Señor contra Nadab y Abiú y acarreó su perdicion. La bendicion del cirio pascual es de orígen antiquísimo, tanto, que se halla ya continuada en las obras de san Ennodo, obispo de Pavía, que vivia á principios del siglo VI [2]. El cirio pascual, de dimension mucho mayor que los ordinarios, se coloca en un gran candelero en medio del santuario frente el altar; se enciende durante el oficio del Sábado Santo, para el oficio y las Vísperas de toda la semana de Pascua, y de los domingos y fiestas hasta la Ascension, en cuyo dia desaparece despues del Evangelio de la misa mayor, que es cuando el Salvador, abandonando la tierra, sube á los cielos.

Estos pormenores por sí solos denotan ya bastante la significacion misteriosa del cirio pascual. Es el primer símbolo de la resurreccion de Jesucristo que la Iglesia propone á los fieles el Sábado Santo, y al mismo tiempo nos recuerda á todos que nuestro divino Redentor es la luz del mundo. Por eso la fórmula que se emplea en su bendicion es de lo mas célebre y magnífico que hay en la liturgia. Empieza con estas palabras: *Exultet iam Angelica turba*, etc.

«Regocíjese ya la angélica muchedumbre de los celestiales Espí«ritus, celebrando con júbilo los divinos misterios; y al son de sa«ludable trompeta sea publicada la victoria de tan gran Rey.

«Gócese tambien la tierra, esclarecida con luminosos rayos, y al «lleno de los resplandores del eterno Rey, eche de ver cómo se han «disipado las tinieblas de todo el mundo.

«Alégrese igualmente la madre Iglesia adornada del resplandor «de tan gran luz; y retumbe este sacro alcázar con alborozados cla«mores de los pueblos.»

Igual entusiasmo respiran las restantes palabras de esta bendicion, digna verdaderamente del gran talento de san Agustin, á quien es

[1] Zozimus papa decrevit cereum Sabbato Sancto Paschae, per ecclesias benedici (Sigebertus). An. 417.

[2] Ennod. pag. 453.

atribuida [1]. En vano se buscarian en parte alguna imágenes mas bellas, expresiones mas nobles ni un canto mas melodioso. En esta inimitable bendicion se halla la siguiente admirable frase: «¡Oh peca«do de Adan verdaderamente necesario, pues que Jesucristo lo ha «borrado con su muerte! ¡Oh dichosa culpa que mereció tener tal y «tan grande Redentor!» Este hermoso anuncio de la fiesta de Pascua lo canta el diácono; porque la bendicion del cirio pascual ha correspondido siempre al ministerio de los diáconos, aun en presencia del Obispo ó del sacerdote oficiante. El diácono es entonces una especie de heraldo del cielo que anuncia á la Iglesia la gloriosa resurreccion de Jesucristo, su triunfo obtenido en este misterio, los patentes testimonios de su misericordia, y la felicidad del hombre reconciliado con su Dios por medio del cumplimiento de la grande obra de la redencion.

Los cinco granos de incienso que el diácono pone en el cirio en forma de cruz son un emblema de las cinco llagas de Nuestro Señor y de los aromas que sirvieron para embalsamar su cuerpo [2]. Así nos lo da á entender la oracion que la Iglesia emplea para bendecirlos, la que nos revela tambien la eficacia que tiene el cirio bendito, como todas las demás cosas santificadas, para ahuyentar al demonio, las enfermedades y toda suerte de males. Por esto es que antiguamente, despues de la misa del domingo de Cuasimodo, distribuíanse á los fieles pedazos de cera sacados del cirio pascual, que se quemaban en las casas, en los campos y viñedos, como preservativos del trueno, del granizo, de los vientos, de las alimañas y de los artificios del demonio. En Roma, en vez de esos pedazos de cera, bendícense en la mañana del Sábado Santo unos pequeños corderos de cera llamados *agnus*, que antiguamente se distribuian con los mismos fines durante la misa del domingo de Cuasimodo [3].

Los que tratan de ridiculizar como extremadamente cándida la fe de nuestros mayores, para no incurrir ellos mismos en la nota de ligeros ó parciales, deberian probar préviamente que la Iglesia no es infalible, ó que Dios no es árbitro de la naturaleza, ni por consiguiente puede comunicar á las cosas las virtudes que mas le place.

[1] Bened. XIV, pag. 292, n. 59.
[2] Durand. lib. VI, c. 80.
[3] Menard, pág. 98; Ennod. pág. 73.

Nosotros, empero, admirarémos siempre su paternal bondad, supuesto que con tan pequeños medios nos ha suministrado unas armas poderosas contra nuestros enemigos, queriendo al mismo tiempo que de nuestra confianza en él dependiese nuestra conservacion y la de todo cuanto apreciamos. De hoy mas, cuando veamos encender el cirio pascual, propongámonos sériamente resucitar con Jesucristo, y al verle brillar en nuestra presencia desde Pascua hasta la Ascension, á semejanza de la coluna de fuego que guiaba al pueblo de Israel durante su camino á la tierra de promision, preguntémonos á nosotros mismos si seguimos fielmente las huellas del Salvador resucitado, y si avanzamos hácia el cielo, que es la verdadera tierra prometida del cristiano.

3.° *Las lecciones.* La tercera parte del oficio del Sábado Santo contiene las lecciones. Ya hemos visto que en los tiempos antiguos el oficio del dia de Pascua no podia terminar antes que cantase el gallo, es decir, antes de las doce de la noche de aquel dia; y que en aquellas iglesias en que habia pocos catecúmenos que bautizar, empleábase el tiempo que restaba entre la bendicion del fuego y del cirio pascual y la celebracion de la misa, en cantar lecciones de la Escritura que eran otras tantas instrucciones dirigidas á los fieles. Á fin de que todos pudiesen aprovecharse de aquellas lecciones, cantábanse en las dos lenguas entonces vulgares, la griega y la latina; y para evitar la monotonía y hablar alternativamente al entendimiento y al corazon de sus hijos, la Iglesia habia dispuesto que se interpolaran las lecciones con cánticos ó responsorios y colectas propias para excitar la devocion. Lo mismo viene aun observándose en el dia. Dichas lecciones son doce en número, y todas se refieren al Bautismo, cuya gran fiesta se celebra el Sábado Santo.

¿Podia la Iglesia escoger un tiempo mas propio para celebrar el Bautismo de los fieles y la resurreccion de los hijos de Dios, que el que transcurre entre la muerte y la resurreccion de su divino Esposo, supuesto que se quiere representar el tránsito de los Cristianos de la muerte del hombre viejo, ó del pecado, sepultado en la tumba del Salvador, á la vida nueva que el segundo Adan nos da por la gracia del Bautismo? Así pues, luego que el diácono ha terminado la bendicion del cirio pascual, se quita la dalmática, y poniéndose el alba y la estola, sube al púlpito y canta la primera leccion : las demás las cantan otros clérigos de órden inferior. Como ya hemos di-

cho, la intencion de la Iglesia ha sido aplicar al gran misterio de nuestra regeneracion el sentido de aquellas doce lecciones, llamadas profecías: todas carecen de título en señal de luto.

La *primera*, sacada del Génesis, versa sobre la creacion del mundo, y principalmente sobre la del hombre hecho á imágen de Dios, la que despues de haber sido borrada por el pecado, es reparada con el Bautismo de la regeneracion en Jesucristo por los méritos de su muerte y de su resurreccion.

La *segunda* es la historia del diluvio, en el que perecieron todos los que no estaban en el arca, figura de la Iglesia.

La *tercera* es la historia del sacrificio de Abrahan, en que se nos muestra la obediencia de Isaac, el cual, sumiso á la voz de su padre, cuyo brazo dirigia el Señor, representaba á un bautizado sometido á la potestad de aquel que, imponiéndole las manos y sellándole con la uncion santa, le hace renunciar á su primera vida en las aguas del Bautismo.

La *cuarta* es la historia del milagroso tránsito de los israelitas por en medio del mar Rojo, que fue para ellos un camino de vida y de salvacion, así como el Bautismo lo es para el catecúmeno.

La *quinta* está sacada del profeta Isaías, por cuya boca el Señor, despues de explicar en qué consiste la herencia que promete á sus hijos obedientes, convida á todos los hombres á abrazar la Religion, cuya puerta es el Bautismo, para que puedan participar de aquella herencia.

La *sexta* es la profecía de Baruch, en la que el Profeta dice á los hijos de Israel la causa de su cautividad, que es el haber abandonado al Señor, y luego le señala un camino para volver á la vida y á la libertad. Aquí se nos representa bien claramente al género humano reducido á la esclavitud por el pecado original, y libertado por el Bautismo.

La *séptima* es aquel pasaje de la profecía de Ezequiel en que se habla de la resurreccion general de los hombres, la cual se opera misteriosamente en el Bautismo.

La *octava* es aquel otro pasaje de la profecía de Isaías en que se dice que siete mujeres solicitarán á un hombre, pidiéndole únicamente que les permita llamarse esposas suyas para librarse del oprobio. ¿No veis aquí á todas las naciones solicitando el Bautismo y tomando el nombre de cristianas para librarse del oprobio y de los horrores del Paganismo?

La *novena*, sacada del Éxodo, recuerda el paso del Ángel exterminador, que deja ilesos á los moradores de las casas teñidas con la sangre del cordero. ¡Dichosos los catecúmenos, sobre los cuales el demonio no tendrá poder alguno despues del Bautismo!

La *décima* es del profeta Jonás, que, arrojado al mar y tragado por un gran pez, sale con vida de su seno al cabo de tres dias: imágen del hombre, que, cogido y devorado en algun modo por la serpiente infernal, es salvado por el Bautismo que le saca de la boca del mónstruo.

La *undécima* está sacada de aquel pasaje del Deuteronomio en que se refiere como Moisés escribió su segundo cántico y lo enseñó poco antes de morir á los hijos de Israel: esta leccion debe considerarse como un aviso á los que han de recibir el Bautismo, y como un recuerdo de sus obligaciones y promesas.

La *duodécima* es la historia de los tres jóvenes hebreos, condenados á ser metidos en un horno encendido por no haber querido adorar la estatua del rey de Babilonia; significacion bastante clara de la proteccion que Dios dispensa á los bautizados, convertidos en hijos suyos.

Esta série de lecciones tan bien escogidas y ordenadas, y tan adecuadas á las circunstancias de aquellas noches hermosas y solemnes en que un nuevo pueblo iba á bañarse en las aguas de regeneracion, es otra de tantas pruebas de la divina sabiduría que preside en todas las prescripciones de la Iglesia católica.

4.ª La cuarta parte del oficio del Sábado Santo es la bendicion de las pilas, es decir, del agua que ha de servir para bautizar á los catecúmenos. La costumbre de bendecir el agua del Bautismo asciende hasta los primeros tiempos de la Iglesia, como lo prueban los escritos de los Padres del cuarto y aun del tercer siglo [1]. Despues que los catecúmenos habian sufrido el tercer exámen, hecho la triple renunciacion y recibido la uncion de manos del Obispo, procedíase á la bendicion de las pilas. Para esto, todos los fieles asistentes, con velas encendidas y en forma de procesion, pasaban al bautisterio cantando las Letanías á tres, cinco ó siete coros, segun el mayor ó menor número de los concurrentes [2], ó bien á dos coros solamente, repitiéndose tres, cinco y siete veces; de donde proceden las deno-

[1] S. Cyril. *Cathec. III;* S. Cypr. Epist. LXX *ad Ianuar.*

[2] *Sacram. Gregor. et Ord. rom.*

minaciones de *ternaria*, *quinaria* y *septenaria* que se dan á esas Letanías. Al volver del bautisterio, cantábase la Letanía ternaria, repitiéndose tres veces, conforme se hace aun en el dia.

Así pues, acabadas las profecías, todo el clero se encamina á la pila bautismal cantando las Letanías. Al llegar al bautisterio, el sacerdote bendice el agua. No hay cosa mas venerable por su antigüedad, ni mas instructiva por su significacion, ni mas eficaz por su virtud, que las ceremonias y oraciones santas que para ello emplea. Empieza recordando con un magnífico prefacio las maravillas que Dios ha obrado por medio de las aguas; luego mete la mano en la pila y divide el agua en forma de cruz, rogando á Dios que derrame sobre ella la virtud del Espíritu Santo y la fecundice con su gracia, y despues echa con la mano un poco de agua hácia las cuatro partes del mundo para manifestar que toda la tierra ha de ser bañada con ella, esto es, que segun la promesa del Señor, el Evangelio debe extenderse por todo el mundo y que todos los pueblos han de ser llamados al Bautismo. En seguida alienta sobre el agua en forma de cruz, rogando á Jesucristo que la bendiga con su misma boca y la sustraiga del poder del demonio; sumerge en ella tres veces el cirio pascual para darnos á entender que por los méritos de la muerte y resurreccion del Salvador, de quien aquel cirio es la figura, aquella agua tendrá la virtud de preservar nuestros cuerpos y nuestras almas de las asechanzas del enemigo, de perdonar los pecados veniales é inspirar en los corazones sentimientos de amor de Dios y de contricion. Luego echa en el agua algunas gotas de cera para manifestar que la virtud de Jesucristo queda unida á ella, despues de lo cual separa el agua que debe reservarse para el Bautismo, y cuando está en la pila, mezcla con ella el santo crisma, que, componiéndose de aceite y bálsamo, recuerda la gracia que producirá el Bautismo en los que lo reciban. «Sea santificada, dice, y fecundizada esta fuente con «el óleo de la salud para los que renacen de él á la vida eterna, en «el nombre del Padre, etc.»

Antiguamente, despues de la bendicion, el sacerdote rociaba al pueblo con aquella agua santificada, y luego permitíase á todos los fieles que tomasen de aquella agua y la llevasen á sus casas para emplearla como preservativo de los accidentes y peligros espirituales y corporales [1]. Lo propio se hace aun en el dia. Concluida la bendi-

[1] *Vergüenza da el pensar que cási nunca se encuentra en las casas agua*

cion, los ministros y el clero vuelven al coro cantando las Letanías. Entonces era cuando, en tiempo de la primitiva Iglesia, los recien bautizados, vestidos de blanco, con velas encendidas en las manos, y acompañados de sus padrinos, iban en procesion al altar, donde recibian la santa Eucaristía y comian la leche y la miel de la inocencia.

5.ª *La misa.* Esta se empieza luego que los ministros y el clero están de vuelta en el coro. Carece de *Intróito,* porque ya ha entrado todo el pueblo (el cual, como dijimos mas arriba, en los primeros siglos estaba en la Iglesia desde la víspera), y es además muy corta á causa de la larga duracion de los precedentes oficios. En señal de alegría, cántase otra vez en ella el *Alleluia,* que no se habia oido desde el principio de la Cuaresma; pero sigue despues el Tracto, canto de tristeza, porque no se ha cumplido todavía el gran misterio de la resurreccion.

6.ª *Las Vísperas.* Lo mismo debemos decir con respecto á las Vísperas. Estas se reducen á un solo salmo de dos versículos, pero ¡qué salmo tan bien adecuado! «Alabad al Señor todas las gentes, ex-«clama la Iglesia, alabadlo todos los pueblos; porque su misericordia «se ha manifestado sobre nosotros, y la verdad del Señor permanece «eternamente [1].» Por *gentes* entiende el Profeta los gentiles, y por *pueblos* los hijos de Israel, dos sociedades separadas antiguamente, pero unidas en este gran dia en Jesucristo para no formar ya mas que una sola familia. Por esto, viendo el Profeta el misterio de unidad que se habia de realizar en los tiempos venideros, es decir, el Bautismo, por cuyo medio los judíos y los gentiles recibirian el mismo espíritu y vendrian á ser hijos de un mismo Dios, transportado de santo júbilo exclama: Su misericordia se ha manifestado sobre *nosotros;* sí, sobre nosotros todos; sobre vosotros y sobre nosotros. ¡Oh, cuánta ternura entraña esta palabra *nosotros!* ¡Ojalá que inflame nuestros corazones en la caridad verdaderamente católica que con ella se expresa!

Sepultémonos, pues, el Sábado Santo en el sepulcro con Jesucristo; dejemos en él el hombre viejo; traslademonos á las magníficas y solemnes noches de la primitiva Iglesia, en que se administraba

bendita, ni se sabe á dónde ir á buscarla, cuando se ha de sacramentar á algun enfermo.

[1] **Psalm. CXVI.**

el Bautismo; renovemos nuestras promesas; purifiquemos nuestra túnica bautismal con las lágrimas de una sincera penitencia, para que el dia de Pascua podamos tomar parte en la celebracion de las bodas del Cordero.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber querido morir y ser sepultado por mi amor; concededme que durante la Cuaresma me despoje del hombre viejo, para resucitar el dia de Pascua á la vida de la gracia.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *me preguntaré el dia de Sábado Santo : ¿He muerto para el hombre viejo?*

LECCION XXXVIII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Pascua.—Objeto de esta solemnidad.—Sabiduría de la Iglesia en la época de esta fiesta.—Su excelencia.—Su conformidad con la razon.—Division del oficio.—Procesion antes de la misa.—Vísperas.—Procesion.—Semana de Pascua.

I. Objeto de la fiesta de Pascua.—¡Pascua! ved aquí una palabra que ha atravesado mas de treinta siglos; que ha resonado en las fronteras del antiguo Egipto, en las arenas del desierto, en las fragosidades del Sínai, en las riberas del Jordan, en el templo de Salomon, en las Catacumbas de Roma, en las basílicas de Constantinopla y de Nicea, en las chozas de los salvajes de América, en las cabañas de los negros del África central, en las ardientes llanuras de la China y en las heladas montañas de la Tartaria : palabra inmortal como el acontecimiento que significa!

¡La Pascua! ved aquí una solemnidad que hace miles de años llena de júbilo el Oriente y el Occidente : es la fiesta del universo, es una fiesta de familia. ¿Por qué razon hace palpitar á un mismo tiempo tantos millones de corazones? ¡Ah! porque recuerda y perpetúa un hecho de interés comun, inmenso y eterno.

¿Quereis saber el orígen de esta solemnidad verdaderamente *católica?* Oid. El pueblo de Dios gemia bajo la servidumbre de Faraon; pero llega, al fin, el dia de la libertad : el Ángel del Señor *pasa* durante la noche y hiere de muerte á todos los primogénitos de las casas cuyas puertas no ve señaladas con la sangre de un cordero. Aquí todo son figuras : aquel cordero era Jesucristo; Faraon era la antigua serpiente, opresora del género humano desde la perpetracion del pecado original; el pueblo hebreo representaba todos los pueblos. Por esta razon los judíos celebraron con una fiesta perpétua la memoria del paso de aquel Ángel y la inmolacion del cordero que los libró de la muerte; y por esto tambien ahora, trocadas las figuras en realidad, la Iglesia católica celebra con una fiesta inmortal la inmolacion del verdadero Cordero, su tránsito de la muerte á la vi-

da, la derrota del demonio y la liberacion del género humano, que fue su consecuencia. ¿Hay, por ventura, en los anales de los pueblos un acontecimiento mas digno de memoria que este, ni mas capaz de llenar de reconocimiento, entusiasmo y amor á todo hombre que tenga fe y sentimientos verdaderamente cristianos?

Pascua quiere decir tránsito ó paso : ya hemos dicho el por qué. Luego que el Hombre-Dios hubo ascendido á los cielos, los Apóstoles se apresuraron á instituir una solemne fiesta para celebrar su Pascua, es decir, su glorioso tránsito de la vida á la muerte. En efecto, vémosles disponer sus viajes, apresurar ó retardar sus expediciones evangélicas para poder celebrar en Jerusalen mismo, donde tuvo lugar el acontecimiento, aquella solemnidad de las solemnidades, la que se celebraba igualmente en todas las regiones convertidas al Cristianismo. Tenemos, pues, que nuestra fiesta de Pascua es de institucion apostólica, sin que nadie lo haya puesto jamás en duda; cuyo noble orígen ha de ser para nosotros otro motivo de veneracion.

II. Época de esta festividad.—Las iglesias primitivas, aunque unánimes todas en la celebracion de esta fiesta, no lo estaban en cuanto á la designacion del dia en que debia celebrarse: así es que desde mediados del siglo II vemos suscitarse con este motivo grandes debates. Los cristianos de Occidente querian celebrar la Pascua el domingo siguiente al décimocuarto dia de la luna que empieza despues del equinoccio de la primavera, á fin de no coincidir con los judíos en la celebracion de aquella solemnidad ; al paso que los cristianos de Oriente sostenian que debia celebrarse el dia décimocuarto de la luna que sigue al equinoccio. Los hombres superficiales, al leer la historia de las contestaciones que se promovieron con tal ocasion, inclínanse á calificarlas de disputas pueriles; empero, óigannos por un momento, y se persuadirán de que la Iglesia católica no se conmueve sin graves y poderosos motivos.

Hay en la disciplina eclesiástica algunos puntos de importancia secundaria en los cuales puede y aun debe admitirse cierta variedad, segun la diversidad de los tiempos y países, cuya variedad es por sí misma una prueba de la sabiduría de la Iglesia y de la unidad de la fe; pero hay otros puntos esenciales que deben permanecer siempre invariables. Uno de estos puntos importantes en que se requiere la unidad es el tiempo de la celebracion de la Pascua.

En efecto, no se trata aquí de un solo dia ó de una sola fiesta, sino de todas las otras grandes fiestas que dependen de la que nos ocupa y comprenden una gran parte del año cristiano, como por ejemplo la Cuaresma y Pentecostes, que en cuanto á la época de la celebracion dependen absolutamente del dia de Pascua. Ahora pues, ¿no era, por ventura, conveniente que la Iglesia, extendida por todos los puntos del globo, ayunase y llorase, y se regocijase toda á un mismo tiempo? Esta unidad, esta conspiracion general de todos los miembros de la gran familia, ¿no tienen, acaso, mas fuerza de la que tuvieran si se convirtiesen en simples esfuerzos aislados? ¡Pues qué! mientras los unos honraban con sus lágrimas y penitencias la Pasion del Hijo de Dios, ¿habian de celebrar los otros su resurreccion con las mayores demostraciones de alegría y regocijo? ¿Á quién no hubiera extrañado semejante espectáculo? Á mas de que, si la Iglesia es una, si en todas las cosas ha de querer la unidad, que es el noble sello de su celestial orígen, ¿no debia desearla y quererla, mucho mas tratándose de la celebracion de un misterio que habiéndonos unido á todos en Dios, ha hecho de todos los hombres un solo cuerpo en Jesucristo [1]?

Convengo, dirá quizás alguno, en la conveniencia de que todas las iglesias de Oriente estuvieran conformes en la celebracion de la Pascua; pero ¿qué falta hacia semejante conformidad entre el Oriente y el Occidente? Los que así discurren, preocupados sin duda por la gran distancia que á su parecer separa el Oriente del Occidente, se figuran que esta separacion obvia todos los inconvenientes, sin reflexionar que hay siempre muchos occidentales en Oriente y muchos orientales en Occidente, y que entre los países limítrofes de Occidente y de Oriente desaparece toda distancia. Esto supuesto, fácilmente se comprende la gran discordancia y confusion que debe resultar cuando en una misma provincia, en una ciudad misma, mientras los unos lloran la muerte del Salvador, los otros celebran con júbilo su resurreccion; mientras los unos ayunan, los otros prohiben el ayuno, y en tanto que los unos andan cubiertos de sacos y cilicios, los otros se visten con sus mejores galas. ¿Quién no advierte los peligros que de ahí pueden resultar para la tranquilidad pública? Es necesario conservar la unidad á fin de mantener la paz y concordia, no solo entre los hombres ilustrados y virtuosos que tienen

[1] **Rom. VI, 4.**

bastante prudencia y caridad para aceptar, ó soportar á lo menos con paciencia semejantes variaciones, sino tambien á los hombres ignorantes y carnales, á unos pueblos, en fin, propensos á escandalizarse, y á enemistarse unos con otros.

Por todas estas razones, que ningun hombre reflexivo calificará de ligeras, cási todas las iglesias se adhirieron al dictámen del papa Víctor, esperando á que el primer concilio de Nicea fijase, con un decreto irrevocable, para todo el universo la unidad de tiempo en la celebracion de la Pascua. Nos hemos extendido de intento en la narracion de este capítulo de nuestra historia, á fin de manifestar una vez para siempre la profunda sabiduría de la Iglesia, y la gravedad de los motivos que la determinan á obrar, combatir, aprobar y decidir en todas las circunstancias [1].

«La fiesta de Pascua, dice san Gregorio, es la solemnidad de las «solemnidades, porque arrebatándonos de la tierra, nos transporta «á la eternidad, para hacérnosla gozar desde ahora por medio de la «fe, de la esperanza y de la caridad [2].» Este dia inspira una especie de alegría indefinible, que no se experimenta igual en las demás fiestas del año. Y es que el hombre ama apasionadamente la vida, porque conoce que ha sido inmortal: por eso, todo lo que fortalece su fe en la inmortalidad, todo lo que confirma su derecho á la vida, todo tiende á disminuir el imperio de la muerte sobre él, le hace una impresion poderosa é irresistible; y por eso la fiesta de Pascua, que es el triunfo de la vida sobre la muerte; la fiesta de Pascua, que nos muestra al hombre resucitado, á Jesucristo nuestro rey, quebrantando para sí y para nosotros el poder de la muerte, excita siempre en nosotros la mayor satisfaccion y la mas viva alegría. Añádase á esto que en la fiesta de Pascua es cuando el cristiano recibe por medio de la comunion la prenda sensible de su gloriosa inmortalidad, y que entonces toda la naturaleza se une á la Religion para repetirle aquel dogma consolador. Efectivamente, en tiempo de primavera, es decir, cuando todo renace en el mundo material, es cuando celebramos el misterio de nuestra resurreccion á la vida primero, y despues á la gloria. Á falta de libro, todas las criaturas pueden instruirnos; no hay en los campos una sola yerba que no nos diga: Habeis de resucitar.

[1] Bened. XIV, pag. 302, n. 7.
[2] Homil. XXII in Evang.

Habeis de resucitar, nos dice tambien la Iglesia con la elocuente voz de sus ceremonias. Entremos en el templo santo: han desaparecido ya todas las señales de luto; los altares están adornados con extraordinaria magnificencia; aparecen otra vez los ornamentos de hermosos colores y ricamente bordados con que se visten los sagrados ministros; todos los semblantes respiran alegría, todas las campanas están en movimiento; en las ciudades y en los campos los fieles todos acuden presurosos á las iglesias. El cántico de alegría, el *Alleluia*, esa palabra del lenguaje celestial comunicada á la tierra para expresar las grandes alegrías, resuena por todas partes, repitiéndose á cada instante en mil diversos tonos; y si á todo esto se añade un sol hermoso y un cielo despejado, ¿quién es capaz de evitar los sentimientos de júbilo, esperanza y felicidad que este dia está destinado á inspirar?

III. Oficio. —El oficio de Pascua puede dividirse en cuatro partes: la procesion de la mañana, la misa, las Vísperas y la procesion de la tarde.

Antiguamente, así que empezaba á amanecer aquel gran dia, todos los fieles, hombres y mujeres, ancianos y niños, ricos y pobres, reyes y súbditos, acudian á la iglesia. El sacerdote entonaba el cántico de la resurreccion, y despues de haber besado la imágen de Jesucristo resucitado daba el *ósculo de dileccion* al mas digno de toda la asamblea, quien lo transmitia al inmediato, y así sucesivamente hasta el último de los hombres: lo mismo hacian entre sí las mujeres. El que daba el ósculo decia: *Cristo ha resucitado;* y el que lo recibia contestaba: *Verdaderamente ha resucitado.* De la iglesia, los ósculos pasaban á las calles, á los campos y á las casas: donde quiera que los fieles se encontraban, dábanse el *ósculo de dileccion,* sin mas distincion que la de los sexos.

Esta ceremonia se repetia en igual forma y con las mismas palabras por espacio de tres dias continuos. Si alguno la considerase como una vana fórmula, se equivocaria grandemente. Nuestros padres, fieles observantes de la Religion, solian aprovechar aquella ocasion para reconciliarse públicamente y volver á empezar la vida de paz y caridad propia de los hijos de aquel que dijo: *En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviéreis caridad entre vosotros* [1]. Esta tierna y piadosa costumbre subsisté aun en Polonia durante las fies-

[1] Durandus, lib. VI, c. 86.



tas de Pascua. Cuando un polaco se encuentra con otro, le dice: Jesucristo ha resucitado; y el otro le responde: Sí, verdaderamente ha resucitado; y luego se abrazan en medio de la calle. Entre nosotros todo se reduce al abrazo que en las misas cantadas se dan los ministros antes de la comunion.

Para perpetuar la memoria de la resurreccion del Salvador y del bautismo de los catecúmenos, hacemos nosotros todavía antes de la misa la procesion y la aspersion con agua bendita, cuyas ceremonias se repiten cada domingo, porque todos los domingos del año son una continuacion de la fiesta de Pascua [1].

En otro tiempo verificábase la procesion pascual con gran pompa y con ciertas circunstancias sumamente propias para manifestar los fines que, al instituirla, se habia propuesto la Iglesia. Esta habia querido representar á los Apóstoles encaminándose desde Jerusalen á Galilea, donde Jesús habia dicho á las santas mujeres que le hallarian; y de consiguiente los Pastores, puestos á la cabeza de su rebaño, dirigíanse hácia la estacion, es decir, hácia el punto en que la procesion se detenia, y desde el cual regresaba á la iglesia. Dicha estacion, llamada en el lenguaje sencillo de nuestros padres la *Galilea*, era un lugar ricamente adornado, por el estilo de las estaciones que se disponen el dia de la fiesta del santísimo Sacramento. Al llegar allí, el coro, rodeado de todo el pueblo, prorumpia en cánticos de la mas viva alegría, á los cuales contestaba toda la asamblea con un entusiasmo acompañado muchas veces de lágrimas de gozo. Á las antífonas de la Escritura sucedian los cánticos de júbilo, de los cuales era el principal aquel famoso himno: *Salve festa dies; Salve, dia de fiesta.* En seguida todos los fieles, llenos de santo gozo, regresaban ordenadamente á la iglesia para asistir al agusto sacrificio.

La misa del dia de Pascua desde el principio al fin rebosa alegría. Cántase en ella el himno antiguo, lleno de poesía, y que bajo la sencillez de la expresion oculta pensamientos ya sublimes, ya delicados, como todos los que inspira el Cristianismo.

Victimae paschali laudes, etc.

«Póstrate, ó pueblo, y adora á la Víctima pascual; adora al Cor-
«dero que salvó las ovejas.

«Adora á Cristo que reconcilia á la tierra con el cielo.

[1] Rupert. lib. VII, c. 20, 24, 25; Durandus, lib. VI, c. 86.

«¡Oh! qué maravillosa lucha entre la vida y la muerte!
«El Autor de la vida muere; pero la muerte será vencida, y el «Crucificado recobrará la vida como un vestido de que se ha despo-«jado momentáneamente.
«¿Qué es lo que viste, María? Dínos, ¿qué es lo que viste en el «camino?
«Ví el sepulcro de Cristo que vive; ví la gloria de Cristo resuci-«tado; ví por testigos á los Ángeles con sus blanquísimas vestidu-«ras, que me mostraron el sepulcro vacío y me dijeron: Ya no está «aquí.
«Cristo, esperanza mia, resucitó: delante de vosotros irá á Ga-«lilea.
«Sabemos que Cristo verdaderamente resucitó de entre los muer-«tos: ¡oh Cristo vencedor, ten misericordia de nosotros!»

El Evangelio de la misa refiere en breves palabras la historia de la resurreccion y la aparicion de los Ángeles á las santas mujeres; cuyos dos acontecimientos hemos referido ya circunstanciadamente en la parte II de este Catecismo [1].

Aunque el oficio del dia de Pascua está enteramente dedicado á la fiesta de la resurreccion, hácese, no obstante, una especie de suspension con respecto al de los neófitos ó recien bautizados, cuya fiesta duraba desde el Sábado Santo hasta el sábado de la siguiente semana. El oficio de los neófitos empezaba con las Letanías, que principian con las palabras *Kyrie eleison;* siendo esta la razon porque las Vísperas del dia de Pascua comenzaban con los *Kyries* y no con el *Deus in adiutorium* [2]. Esta antigua costumbre consérvase todavía en la diócesis de Besanzon [3].

La procesion que se hace para ir á la pila bautismal es tambien parte del oficio de los neófitos, de manera que, el dia de Pascua, la Iglesia, enajenada de gozo por la resurreccion de su divino Esposo, no menos que por haber visto aumentarse con el Bautismo el número de sus hijos, parece que no sabe á cuál de estas dos cosas atender: esposa y madre á un mismo tiempo, va del sepulcro vacío de su Esposo á la cuna de sus hijos recien nacidos; canta, bendice y

[1] Leccion XIV.
[2] Durandus, lib. VI, c. 89.
[3] Y en la Órden de Padres Carmelitas calzados. *(Nota del Censor de la* LIBRERÍA RELIGIOSA).

da gracias sucesivamente : en el altar habla de su Esposo ; cuando acompaña á los neófitos á la pila bautismal, recuérdales el inestimable favor que han recibido, y les pinta la alegría de que rebosa su maternal corazon. Antiguamente, durante la semana de Pascua, los neófitos, vestidos de blanco, eran conducidos diariamente á la pila bautismal.

Durante la procesion cántanse dos salmos : antes de llegar á la pila se canta el *Laudate pueri ; Alabad, niños, al Señor ;* alabadle mientras vais á visitar el lugar en que os ha dado la vida ; y al regresar, el *In exitu Israel ;* Cuando salió Israel de Egipto, etc., himno de la gran liberacion, de la que la de los israelitas no era mas que una figura. ¿Qué os parece de todo esto? Al ver á todo este pueblo de neófitos que vuelve á las sagradas aguas que le dieron la vida, y en las cuales pereció el poder de Satanás, ¿no os parece que veis á los hijos de Israel, que despues de haber pasado el mar Rojo vuelven á las escarpadas orillas del abismo, y al acordarse de su milagroso paso y de la ruina de Faraon cantan con enajenamiento aquel hermoso cántico de Moisés : *Cantemos al Señor porque gloriosamente ha sido engrandecido, al caballo y al cabalgador derribó en el mar*, etc. [1] ?

Al regresar de la sagrada pila, páranse todos en la capilla del santo Cristo, por ser Jesucristo quien bautiza, y le cantan una antífona en accion de gracias. Y á la verdad, ¿ qué cosa mas justa que este tributo de reconocimiento? ¿qué cosa mas grata que esta tierna demostracion de la inocencia, para aquel Padre que vertió su sangre por lavar á sus hijos de las manchas del pecado? En la procesion se lleva el cirio pascual. Puedo asegurar que para todos los que saben lo que significa este cirio, cuya llama va brillando por encima de las cabèzas de la multitud, ese símbolo da mucho que pensar y meditar. ¿Qué es lo que ha civilizado al mundo sino la luz de la fe, representada por el cirio pascual? ¡Qué de esfuerzos no ha hecho el infierno para apagar esa luz bajada del cielo!

Sale el cirio pascual del altar, desciende las gradas del santuario, y al volverse para entrar en las naves laterales del templo, su luz sagrada ocúltase repentinamente detrás de una coluna ; pero en seguida vuelve á mostrarse por la abertura de una ojiva : poco despues desaparece detrás de otras colunas ; en breve déjase ver otra vez, hasta que al fin se la ve volver resplandeciente al lado del altar. Esto

[1] Exod. xv.

pàrece una fiel imágen de las vicisitudes por que ha pasado la fe cristiana, la cual unas veces ha brillado con gran viveza y otras veces se ha ocultado, pero sin apagarse nunca ; y á la conclusion de los tiempos volverá á subir pura y radiante al cielo, así como el cirio pascual vuelve al lado del altar [1].

IV. Disposiciones para esta fiesta.—Hé aquí ahora las disposiciones que se requieren para celebrar dignamente las fiestas de Pascua, y para poder penetrar el espíritu de la Iglesia y de sus santas ceremonias: Una fe viva en el gran misterio de la resurreccion y un amor sin límites al Salvador que se dignó nacer, morir y resucitar por nosotros; un gran deseo de resucitar algun dia gloriosamente con él, y por último, un verdadero y firme propósito de conservarnos en la vida de gracia en que hemos entrado por medio de la comunion pascual, de manera que podamos decir en adelante á los que nos busquen entre los pecadores ó remisos, lo que los Ángeles dijeron á las santas mujeres hablando del Salvador : *Ha resucitado, ya no está aquí* [2] : tales son los sentimientos y propósitos con que debemos prepararnos á la celebracion de este gran dia. ¡Desgraciados de nosotros, si no consideramos todo esto con el interés y respeto que merece!

V. Semana de Pascua.—Antiguamente los siete dias de la semana de Pascua eran otras tantas fiestas instituidas principalmente en utilidad de los neófitos. La Iglesia queria hacer una solemne acogida á sus nuevos hijos, y fortificarles al mismo tiempo con celestiales auxilios contra los ataques que tendrian que sufrir despues del Bautismo. «Si Jesucristo, dice san Crisóstomo, fue tentado despues de ha«ber recibido el bautismo, los nuevos fieles no pueden esperar ma«yor consideracion de parte del enemigo jurado de la santidad y «de la justicia ; por esto se procura fortificarles por espacio de siete «dias [3].»

Los neófitos llevaban durante toda la semana de Pascua los vestidos blancos, y no se los quitaban hasta el domingo siguiente ó de *Cuasimodo*, llamado por esto in *albis depositis*, esto es, *domingo en que se dejan los vestidos blancos*. Durante la misma semana y todo el tiempo pascual, así como en todos los domingos del año, se oraba

[1] *Cuadro poético de las fiestas*, pág. 106.
[2] Matth. XXVIII, 6.
[3] Homil. *De Resurrect.*

de pié en memoria de la resurreccion del Salvador. Además, el dia de Pascua y el de Pentecostes no se rezan mas que tres salmos y tres lecciones á Maitines y tres salmos á Vísperas, á causa de la larga duracion de los demás oficios, de los cuales los primeros cristianos no dejaban la mas mínima parte. Lo mismo se hace durante la octava de aquellas dos fiestas, insiguiendo la antigua costumbre de practicar todos los dias de la semana lo que se hacia el dia mismo de la fiesta [1]. La Iglesia quiere tambien recordar á los neófitos que han recibido en el Bautismo la fe, la esperanza y la caridad, y hacerles dar gracias á las tres personas de la santísima Trinidad por haberles otorgado estas virtudes, noble patrimonio de los hijos de adopcion, gérmen precioso de gloria é inmortalidad [2].

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberme dado en la resurreccion de vuestro Hijo la prenda de mi gloriosa resurreccion en el dia del juicio: haced que resucitemos ahora á la gracia, para que algun dia podamos resucitar á la gloria.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *me prepararé con el mayor cuidado para la comunion pascual.*

[1] Quia quidquid in Ecclesia prima die, praesertim quod ad neophytos attinet, fieri solebat, idem per reliquos hebdomadae dies factitabatur. (Martène, *De antiq. Eccles. discipl. in celebr. div. offic.* c. 25, n. 25).

[2] Durand. lib. VI, c. 89; Tomasino, *Celebracion de las fiestas*, lib. II, c. 16.

LECCION XXXIX.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Anunciacion de Nuestra Señora. — Excelencia de esta fiesta. — Su objeto. — Su influencia. — Su orígen. — Sentimientos que debe inspirarnos. — *Ave María.* — Devocion á María. — Una *suttée* [1] en Benarés.

I. Excelencia y objeto de la fiesta. — La Iglesia católica celebra el dia 25 de marzo la fiesta de la Anunciacion de la Vírgen santísima. Entre los grandes acontecimientos cuya memoria consagra nuestra santa Religion, este es sin duda alguna el que ocupa el lugar mas preferente, porque viene á ser el primer eslabon de la larga cadena de prodigios que forma la historia de la humana redencion. En efecto, Pentecostes, la Ascension, Pascua, la Natividad, suponen la encarnacion del Verbo eterno, y la encarnacion del Verbo supone la anunciacion de María. Así pues, esta fiesta se refiere principalmente á la Vírgen santísima [2]. Medítese esto bien, y se verá cuánto aventaja esta solemnidad á todas las fiestas de las naciones; se verá sobre todo hasta qué punto la Religion es capaz de elevar los pensamientos del hombre, supuesto que los convierte todos hácia lo infinito.

Dios, como todopoderoso que es, puede obrar con entera independencia de las criaturas; mas para dar al hombre, aun despues de su caida, una elevada idea de su dignidad, lo toma comunmente por compañero en la realizacion de las obras exteriores. De este modo vemos que asocia á Moisés á su omnipotencia para librar á los hebreos de la servidumbre de Egipto; le encarga la promulgacion de

[1] La palabra *suttée*, en el sanscrito, ó lenguaje sagrado de los indos, significa una viuda que se sacrifica en la hoguera fúnebre de su esposo.

[2] Optime advertit Suarez, si haec festivitas in se consideretur, magnae eam esse dignitatis inter solemnitates quae ad Christi humanitatem pertinent... Sed quoniam non prius perfecte illius modi collatum est donum, quam B. Virgo pepererit, inde includit, natalis Christi diem festum praecipere ad Iesum, annuntiationem ad B. Virginem attinere, cui Ecclesia huius diei officium ecclesiasticum dirigit. (Bened. XIV, *de Fest.* pag. 444, n. 1).



su ley, y le pone por mediador al hacer su alianza con el pueblo de Israel; despues asocia los Profetas á las luces de su inteligencia infinita para revelar al mundo los secretos de las cosas futuras; así como mas tarde asociará doce pescadores á la mision divina de su Hijo para la conversion del universo. Hoy va á asociar una humilde vírgen al cumplimiento del mas estupendo de los prodigios. Su Hijo, el Verbo eterno, ha resuelto revestirse de nuestra naturaleza. Él, que todo lo ha criado, bien pudiera prescindir de la cooperacion de toda criatura; mas á pesar de esto, quiere tomar un cuerpo formado de la sustancia de una mujer.

En consecuencia, decídese anunciar á esta mujer privilegiada la eleccion que Dios ha hecho de ella, y á tal fin elígese al arcángel Gabriel para que vaya como embajador á pedir el consentimiento de María. ¡Ved con qué miramiento nos trata Dios! La fiesta de la Anunciacion tiene por objeto honrar la memoria de aquella embajada, la mas importante de cuantas hubo jamás. En efecto, ¿quién es el que envia esta embajada? El Rey de los reyes. ¿Quién es el embajador? Un príncipe de la corte celestial. ¿Á dónde se le envia? Á una pequeña ciudad de Galilea, llamada Nazareth. ¿Á quién se le envia? Á la criatura mas grande, mas augusta y perfecta de cuantas han pisado y pisarán la tierra. ¿Quién es, pues, esta criatura? ¿Es una reina, señora del mundo? No; es una vírgen de sangre real, pero pobre y desconocida, á quien su inviolable pureza de alma y cuerpo, su perfecto amor y absoluta sumision á Dios dan un lustre muy superior al que pudiera darle el cetro mas poderoso. Razon humana, razon degenerada, mira y aprende. La eleccion de una pobre vírgen para el cumplimiento del mas inefable de los misterios es una prueba sensible de que á los ojos de Dios nada valen los tesoros y dignidades de la tierra, ni hay verdadera grandeza fuera de la que dimana de la santidad. ¿Lo entiendes ahora [1]?

Pero sigamos al celeste embajador, y veamos cómo desempeña su embajada. Llega á presencia de María, y la saluda diciendo: *Dios te salve, llena de gracia.* No era aquella la primera vez que se aparecian los Ángeles á las mujeres: tambien aparecieron á Sara y á

[1] «Era general entre los antiguos pueblos la creencia en una Vírgen Madre «de Dios. Véase *Armonía de la Iglesia con la Sinagoga*, t. II, por Mr. Drach. «Sin embargo, esta obra debe leerse con precaucion á causa de ciertos pormenores que contiene, relativos á las costumbres.»

Agar, pero en ningun caso vemos las demostraciones de respeto que el ángel Gabriel hace á María. *Dios te salve, llena de gracia*, le dice; como si dijera: Yo te saludo como el objeto mas digno de la consideracion del Altísimo. Abrahan, Isaac, Jacob, los Patriarcas, los Profetas, san Juan Bautista, el mas grande entre los hijos de los hombres, poseen la gracia, pero con medida; mas tú, ó María, la tienes en toda su plenitud.

El mensajero prosigue: *El Señor es contigo*. ¿Qué dices, santo Arcángel? ¿No estaba el Señor en Moisés con su poder, en los Profetas con su sabiduría, en David con su bondad, y hasta en todas las criaturas con su inmensidad? Las palabras que ahora pronuncias ¿no debilitan el sentido de las anteriores? De ninguna manera: lo que tú quieres decir es que el Señor está en María, no como está en las demás criaturas, en David, en Abrahan y en los Profetas; no como está en todos los justos, con aquella gracia santificante que produce los *hijos*, ó en los escogidos, con aquella especial proteccion que les conduce al término de la felicidad; sino que está con María en la realidad de la persona adorable del Verbo que va á formarse un cuerpo con la sustancia de aquella vírgen, en cuyo seno reposará, como en una nueva arca de alianza, por espacio de nueve meses, con su divinidad y su humanidad. Hé aquí como el Señor está con *María*: ahora conozco que este nuevo elogio aumenta el anterior.

Gabriel continúa: *Bendita tú eres entre todas las mujeres*. ¡Pues qué! Adan, Noé, Abrahan, Moisés, David, los Profetas, ¿no fueron acaso bendecidos? Lo fueron, sí, pero no como María; pues la bendicion de aquellos era limitada, era comun á muchos y tenia por objeto la consecucion de un fin particular; al paso que la bendicion de María es la bendicion de las bendiciones, la plenitud de todas las otras, una bendicion exclusiva, incomunicable. Es bendita entre todas las mujeres; Dios se vale de ella con preferencia á todas las demás personas de su sexo para levantar la maldicion en que incurrió el género humano: por esto, de hoy mas todas las naciones la bendecirán.

¿Quereis saber ahora qué impresion hicieron en María aquellas palabras, las mas lisonjeras que jamás sonaron á los oidos de mujer alguna? María se turba; sí, la vírgen de Judá se turba, porque sabe que las alabanzas son el artificio de que se vale comunmente la seduccion; túrbase la nueva Eva, porque se acuerda de que la pri-

mera Eva fue víctima de la adulacion. Así es que guarda un modesto silencio, pensando qué es lo que puede significar aquella salutacion. ¡ Cuántas almas inocentes se han corrompido por no haber usado de la misma precaucion que María ! Aprended con su ejemplo, ó vírgenes cristianas, aprended con su ejemplo á desconfiar de las alabanzas y á cerrar los oidos á la seductora voz de los aduladores. María se turba, no solo porque es pura, sino tambien porque es humilde. Las almas puras no pueden tolerar las alabanzas, porque se conocen á sí mismas, y conociéndose se desprecian y atribuyen á Dios lo que en sí pueden tener de bueno. Tal era María. ¿Y nosotros?... ¿nos turbamos tambien cuando oimos que nos alaban?

Viendo el Ángel la inquietud de María, apresúrase á tranquilizarla. «No temas, María, le dice, porque has hallado gracia delante «de Dios : hé aquí concebirás en tu seno un hijo, y llamarás su «nombre Jesús. Este será grande, será Hijo del Altísimo, y le dará «el Señor Dios el trono de David su padre; y reinará en la casa de «Jacob por siempre [1].»

Así, pues, serás, ó María, madre de Dios; hé aquí el misterio; ¿consientes? Tu pureza y tu humildad no padecerán el menor detrimento. Consiente, vírgen santa, consiente, no dilates la salvacion del mundo [2]; piensa que de tu consentimiento depende el que tengamos un Salvador. La humilde y dulcísima María se inclina ante la voluntad de Dios, y se sacrifica, porque aceptando el título de Madre de Dios, acepta tambien el de Reina de los Mártires. «Hé «aquí, dice, la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra [3].» Y al instante se cumple el misterio de amor prometido á la tierra cuarenta siglos antes : el Verbo se encarna, es decir, toma un cuerpo humano formado de la mas pura sangre de María, y una alma humana que, al punto que se une á él, goza de los mas augustos privilegios, y conoce lo presente, lo pasado y lo venidero. Dios tiene un adorador digno de sí, y el mundo un mediador todopoderoso. Decid ahora, ¿no es este un suceso digno de ser transmitido de generacion en generacion por medio de una fiesta solemne?

II. Influencia de esta fiesta. — Vírgenes, esposas, madres, mu-

[1] Luc. I, 30, 31, 32.

[2] Responde iam, Virgo sacra, vitam quid tardas mundo? (S. Aug. *Serm. XXI, de Temp.*).

[3] Luc. I, 38.

jeres todas, vosotras sois principalmente las que debeis celebrar esta fiesta con un fervor y un reconocimiento llenos de entusiasmo: el ensalzamiento de María es vuestra gloria. ¿Os acordais de lo que érais en tiempo del Paganismo? Esclavas degradadas y afrentadas. ¿Sabeis lo que sois todavía donde quiera que no habeis sido rehabilitadas por el Cristianismo? En la India víctimas destinadas á la hoguera; en África bestias de carga abrumadas con el trabajo; en todas partes consideradas como las mas viles criaturas. Pero cuando, merced al advenimiento del Cristianismo, el hombre vió que Dios honraba á la mujer; cuando vió que convertia á María en madre suya y Reina de los Ángeles, entonces el hombre respetó tambien á la mujer.

Pero la mujer tiene tambien el deber de conservar la posicion en que la ha colocado el Cristianismo. Cuanto mas procure asemejarse á María, mayor será su consideracion, su libertad, su poder y hasta su felicidad. Por esto no me canso de admirar el *instinto* que inclina á las jóvenes á la devocion de María; y digo instinto, porque quizás no todas comprenden la importancia que tiene para ellas el culto de la Vírgen. Cuando las veo vestidas de blanco en torno del altar de María, estoy por decirles estas palabras: *Si supiéseis el don de Dios* [1]; si supiérais cuánto debeis á María, ¡oh! cómo os prendaríais de ella! ¡con qué ardor seguiríais sus pasos, é imitaríais sus virtudes! La devocion de María es vuestra salvaguardia, no lo olvideis: todo se lo debeis á ella, libertad, honra, consideracion, y hasta la misma vida.

III. Su orígen.—No debemos admirarnos de que el culto de María ocupe desde los primeros tiempos del Cristianismo un lugar tan preferente en la devocion de los cristianos y sobre todo de las cristianas. En todas partes vémosle coexistir con el culto del Salvador. Jesús tiene sus templos, María tiene tambien los suyos; Jesús tiene sus fiestas, tambien las tiene María. La de la Anunciacion, que desde los tiempos apostólicos se celebraba en varios puntos, se fué generalizando rápidamente. Hallámosla ya continuada en un antiguo martirologio de la Iglesia occidental, que se atribuye á san Jerónimo [2]. La sucesiva conformidad de las iglesias particulares formó por úl-

[1] Ioan. IV, 10.

[2] In Galilaeae civitate Nazareth adnuntiatio sanctae Mariae de Conceptione, quando ab Angelo est salutata. (Bened. XIV, pag. 456, n. 18).

timo un consentimiento universal, y constituyó una costumbre que fue sancionada en el año 656 por el X concilio de Toledo, que llama á la festividad de la Anunciacion la fiesta por excelencia de la Madre de Dios. En el año 692, el concilio de Constantinopla confirmó aquella fiesta, haciéndola extensiva á Oriente, donde se hallaba ya establecida, aunque se ignora desde qué época. Fijóse para su celebracion el dia 25 de marzo, nueve meses antes, dia por dia, del nacimiento del Salvador; porque, como dice san Agustin, es antigua tradicion adoptada por la Iglesia, que la encarnacion del Verbo se verificó el dia 25 de marzo [1].

IV. Disposiciones para celebrarla dignamente. — En aquel dia debemos unirnos todos para felicitar á María, no solo por haber sido elegida Madre de Dios, sino tambien por haber correspondido fielmente á su sublime vocacion. Hagamos tambien el propósito de corresponder á la nuestra; roguemos á María que nos ayude á conocerla; y para que podamos oir la voz de Dios, imitemos el recogimiento de aquella augusta Vírgen; amemos su modestia y su piedad; demos gracias á Dios por los beneficios que del misterio de la Encarnacion y de la Anunciacion han provenido al género humano y á nosotros mismos en particular. Y sobre todo al considerar la sublime prerogativa de María y el supremo lugar á que Dios la eleva en este dia, llenémonos de noble orgullo por tener semejante Madre, y pongamos la mas tierna y absoluta confianza en aquella á quien nunca se invoca en vano.

Digámosle con un piadoso autor: «Mucho me habeis dado ya, «ó gran Princesa; pero todo lo que me habeis dado es muy poco «en comparacion de lo que Vos podeis darme y yo deseo obtener. «Todas las legislaciones dan derecho á los hijos sobre todos los bie-«nes de sus madres; por tanto yo quiero hacer valer este derecho. «Hagamos, pues, la cuenta, y veámos cuál de nosotros dos es deu-«dor al otro.

«Desde que fuísteis elevada á la incomparable dignidad de Madre «de Dios, se os puso en posesion de todos los tesoros del cielo para «que dispusiérais de ellos como dueña absoluta; y ¡quién puede pen-«sar hasta qué extremo vinísteis á ser entonces grande, poderosa y «rica! Siendo, pues, esto así, necesariamente debeis convenir con-

[1] Sicut à maioribus traditum, suscipiens Ecclesiae custodit auctoritas, octavo Kalendas aprilis conceptus creditur. (*De Trinit.* lib. X, c. 5).

«migo en que, por mucho que deis á vuestros hijos, siempre os que-«da mucho mas que dar, porque vuestros tesoros son inagotables. «Ahora bien, esos tesoros, permitid que os lo diga, son supérfluos «para Vos, y aun mas que supérfluos, pues por grande que sea la «liberalidad con que nos los dispensais á nosotros, pobres y desgra-«ciados, no por esto habeis de ser Vos menos rica. Permitidme tam-«bien que os diga que esos tesoros os han sido confiados con la con-«dicion de hacer participantes de ellos á los miserables que recurren «á Vos; á mas de que, ya sabeis que si Dios os ha elevado á tan alto «puesto, ha sido para dar en Vos una compasiva protectora á todos «los desgraciados.

«Ahora, Madre mia, dejad que os hable con toda ingenuidad: «me parece que os he puesto en el caso de no poderme negar lo que «os pido. Es preciso una de dos, ó que oigais propicia mis ruegos, «por impío, sacrílego y malo que yo sea, ó que os opongais á los «designios misericordiosos de aquel Dios á quien tanto debeis, y que «falteis á los deberes del cargo que se os ha confiado. ¿Qué os pa-«rece? ¿teneis algo que replicarme? ¿ó no son bastante poderosas «mis razones? Á Vos misma apelo, decidid [1].»

Las palabras del ángel Gabriel, que mas arriba hemos explicado: *Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres*, forman la primera parte del *Ave María.* La segunda se compone de estas otras que pronunció santa Isabel cuando fué á visitarla su prima: *Y bendito es el fruto de tu vientre.* La Iglesia, esa otra María, esa otra Esposa del Espíritu Santo, acabó muchos siglos hace la Salutacion angélica añadiendo aquellas palabras tan sabidas: *Santa María, Madre de Dios*, etc. Vamos á ver ahora cuál fue el orígen de esta adicion.

En el año de 431 reunióse un concilio general en Éfeso para condenar la herejía de Nestorio. El dia en que el concilio debia resolver acerca de la maternidad divina de María, el pueblo, inquieto y agitado, inundó las calles de la ciudad, y se reunió al rededor del magnífico templo que la piedad de los habitantes del litoral del mar de Icaria habia erigido bajo la invocacion de la Vírgen. En aquel templo era donde estaban reunidos doscientos obispos para examinar las proposiciones de Nestorio, que no osó presentarse á defenderlas; tan poca debia ser su confianza en la justicia de su causa y

[1] María, estrella del mar, pág. 61, 96.

en la fuerza de sus argumentos. El pueblo, agolpado en el atrio de la basílica y en las calles inmediatas, guardaba un profundo silencio; pero la inquietud estaba pintada en el móvil semblante de aquellos griegos, cuyas bellas y expresivas facciones revelan tan bien las impresiones del alma. Al fin sale del templo un obispo, y anuncia á la multitud silenciosa y absorta que el concilio ha fulminado el anatema contra el novador, y que la Vírgen santísima conserva gloriosamente su augusta prerogativa de Madre de Dios. Entonces la muchedumbre prorumpe en clamores y demostraciones de alegría: los efesios y los extranjeros venidos de todas las ciudades del Asia rodean á los Padres del concilio, besan sus manos y sus vestidos, y perfuman con drogas aromáticas las calles por donde debian pasar. La ciudad se ilumina espontáneamente: nunca se vió alegría mas verdadera y universal. Créese que en este concilio de Éfeso fue donde san Cirilo, de acuerdo con la santa asamblea que presidia, redujo á la forma actual la última parte de la Salutacion angélica: *Santa María, Madre de Dios*, etc. [1].

María tiene en particular estima la Salutacion angélica, porque le recuerda la alegría que experimentó cuando el ángel Gabriel le anunció que seria Madre de Dios, y por lo tanto debemos dirigírsela con frecuencia. El que salude á María, será tambien saludado por ella, y el saludo de María será siempre señal de alguna gracia. La Madre de Dios no puede negar nada al que la invoca con las palabras del *Ave María* [2].

La práctica de la devocion del *Ave María* consiste:

1.° En rezar todos los dias al levantarse y al acostarse tres *Ave Marías* con el rostro pegado al suelo, ó á lo menos de rodillas, diciendo, despues de cada una, esta breve oracion: *¡Oh María, por vuestra pura é inmaculada Concepcion, purificad mi corazon y mis sentidos!* Luego se pedirá la bendicion de María, como la de una madre, cual lo hacia san Estanislao de Kotska, poniéndose especialmente bajo su proteccion, para que nos guarde de todo pecado durante aquel dia ó aquella noche. Para esto convendrá tener junto á la cama una imágen de Nuestra Señora.

[1] Véase lo que dijimos al explicar el *Ave Maria* en el t. III, leccion XXXI; Baron. año 431.

[2] Si quis veniat ad Matrem Domini, dicens: *Ave, Maria*, numquid poterit ei gratiam denegare? (Ricard. art. *Virtus*).

2.° En rezar el *Angelus* por la mañana, al mediodía, y por la noche. Esta tierna y piadosa costumbre se debe al papa Urbano II, quien, en el concilio de Clermont, que se celebró el año 1095, con el principal objeto de atraer la proteccion de María sobre las Cruzadas, dispuso que se tocaran todos los dias las campanas por la mañana, á mediodía y por la tarde, rezándose cada vez la Salutacion angélica. Pasaron ya aquellas guerras santas; mas, como la vida de toda la Iglesia y la de cada cristiano es una continua cruzada, siempre subsiste la misma razon para rezar el *Angelus*. Los papas Juan XXII, Calixto III, Paulo III, Clemente X y Benedictino XIII recomendaron muy particularmente esta práctica, y concedieron numerosas indulgencias á los fieles que la observasen. En otro tiempo, al dar la primera campanada, todos los fieles se arrodillaban y rezaban el *Angelus*; pero hoy á tal punto se ha enfriado la fe, que la mayor parte de los cristianos se avergonzarian de saludar de este modo á su Madre. ¡Honor á aquellos que han permanecido fieles á esta piadosa costumbre! ¡honor á ellos, sí, pues que ningun hijo puede deshonrarse honrando á su madre! ¡Loor á san Cárlos Borromeo, restaurador de las antiguas piadosas usanzas, el cual, príncipe del mundo y de la Iglesia como era, no se avergonzaba de apearse del coche ó del caballo y cumplir en medio de la calle esta santa práctica! Durante el tiempo pascual, en vez del *Angelus* se reza la antífona *Regina coeli*; y en lo restante del año, desde la hora de Vísperas del sábado hasta el domingo por la noche, se reza el *Angelus* de pié, en memoria de la resurreccion de Nuestro Señor.

Hemos dicho que la exaltacion de María llegó á ser la gloria y la salvaguardia de la mujer. Para que las personas de este sexo sepan lo que serian aun, si Dios no las hubiese ensalzado en la persona de María, vamos á decirles lo que son donde quiera que el Cristianismo no ha introducido el culto protector de la nueva Eva: un solo ejemplo bastará por todos.

V. Historia: *Una suttée* [1] *en Benarés.*—Resulta de los últimos informes que se han dado á la cámara de los Comunes de Inglaterra, que la horrorosa costumbre introducida en algunos pueblos de la India, de quemar á las viudas con los cadáveres de sus maridos, se conserva todavía en todo su vigor. En los cuatro años de 1835 á 1838 ascendió á *dos mil seiscientas y diez* el número de mujeres que pere-

[1] Véase la nota de la pág. 105.

cieron víctimas de esa bárbara supersticion en la sola India inglesa.

En vista de tales hechos, ocurre preguntar ¿cómo es posible que en un país sometido de mas de un siglo á esta parte á la dominacion de un pueblo civilizado, se toleren tan abominables excesos? Sin embargo, la respuesta es muy fácil : los ingleses, bastante poderosos para sojuzgar á una poblacion de sesenta millones de almas, no tienen suficiente poder para destruir una preocupacion religiosa. Para esto no hay otras armas que las de la persuasion, y la herejía no sabe persuadir; porque ella no ha recibido la palabra de vida, la palabra que civiliza los pueblos : no se ha dicho á ella : Vé, y enseña á todas las naciones. Así es que habrán de pasar muchos años antes que el Protestantismo anglicano llegue á destruir la influencia que los bramines ejercen sobre los indios.

Esos drúidas del Indostan, dice el doctor Gilchrist, bajo una apariencia de bondad y humildad ocultan la ferocidad del tigre. La siguiente relacion del último sacrificio de esta especie, que extractamos del informe de sir W.-C. Mallet, miembro de la Compañía de la India, residente en Poona, es notable por los pormenores que contiene acerca de aquel suceso y de los que ocurrieron á consecuencia del mismo : «Una jóven llamada Poolesbay se casó con un hombre «distinguido de Poona, que murió cinco años despues de su enlace. «En cuanto se divulgó el fallecimiento del marido, la viuda, que ra«yaba en los diez y nueve años, vióse rodeada de bramines que la «instaban á que siguiese la costumbre establecida, amenazándola en «caso contrario con que seria infamada en este mundo y castigada «eternamente en el otro. En vano su hermano, que la amaba entra«ñablemente, y que con el trato de los europeos habia adquirido ideas «mas humanas, en vano, decimos, pugnaba por librarla de tan ter«rible suplicio. Sometida enteramente á la influencia de los brami«nes y subyugada por los supersticiosos temores que preocupaban «su espíritu, consintió en entregarse á las llamas, diciendo : «Mas «vale arder por espacio de una hora que por toda la eternidad.»

«Fijóse para el sacrificio el dia siguiente á las cinco de la tarde. «Á esta hora, una comitiva inmensa, compuesta de bramines, de la «guardia del gobernador y de una considerable multitud, dirigióse «á la casa de la viuda, la que en breve salió acompañada de sus pa«rientes. Era de mediana estatura, pero sus bellas formas y la no«ble expresion de su fisonomía le daban un aire de dignidad que

«realzaba aun mas la solemnidad de las circunstancias. Sus cabellos «sueltos estaban adornados con flores, y sus ojos, elevados al cielo, «parecian absortos en la contemplacion de la eternidad.

«Atravesó la ciudad arrojando á su paso multitud de hojas de goo-«lod y de betel. Cuando llegó á la orilla del Mootah, rio que pasa «cerca de la ciudad, hizo en él las últimas abluciones y se sentó en «la ribera. Cubriéronla con un parasol para librarla de los rayos so-«lares, miéntras que una de sus compañeras la abanicaba con un «pañuelo de seda. Estaba rodeada de sus parientes, de algunos ami-«gos y de los principales bramines, á quienes distribuyó dos mil ru-«pias y las preciosas joyas que la adornaban, conservando tan solo «las mas usuales, es decir, un anillo pendiente de la nariz y un bra-«zalete de oro en cada muñeca. Hecha esta distribucion, púsose en «actitud de orar, con las manos juntas y levantadas encima de la «cabeza, en tanto que cerca de allí, á distancia de unas cien toesas, «estaban preparando la hoguera que debia consumirla.

«El fúnebre aparato se componia de cuatro grandes maderos de «diez piés de alto, clavados en el suelo de modo que formaban un «cuadro de nueve piés de largo por seis de ancho; en la extremi-«dad superior de los maderos habia un techo de tablones atado con «cuerdas y cargado de gran cantidad de leña, y encima de todo ha-«bia otro monton de leña, alto de cuatro piés, cubierto con paja y «ramas secas de un arbusto oloroso. De los cuatro lados del cuadro, «tres se taparon con los mismos materiales, y el cuarto se dejó abierto «para dar paso á la víctima.

«Terminados estos preparativos, Poolesbay se adelantó seguida «de sus amigas, y á pocos pasos se detuvo, repitió los actos de de-«vocion, y se apartó un poco hácia un lado para dar paso al cadá-«ver de su marido. Luego trajeron este de la orilla del rio donde lo «habian depositado, y lo pusieron sobre la pira con una gran canti-«dad de dulces, confituras secas y un talego de papel lleno de aser-«raduras de sándalo. Entonces la viuda dió tres vueltas al rededor «de la hoguera, y colocándose sobre una piedra de forma cuadrada «que se emplea siempre en semejantes casos y en la cual estaba gro-«seramente marcada la forma de los piés, se despidió por última vez «de todas sus amigas, pasó cariñosamente la mano derecha por en-«cima de la cabeza de las que mas amaba, y luego, inclinando el «cuerpo, las abrazó tiernamente y se dirigió hácia la fatal hoguera.

«Al entrar, paróse un momento, como si el amor á la vida la hiciese «vacilar, pero el fanatismo la arrastró. Subió con paso firme y seguro «las gradas de la hoguera, tendióse junto al cuerpo de su marido, é «inmediatamente ocultóse á la vista de los espectadores detrás de la «paja que amontonaron para tapar la entrada, y á la que en seguida «prendieron fuego.

«Al cabo de pocos instantes, la desventurada Poolesbay dió un ter- «rible grito. Tan pronto como la alcanzaron las llamas, el dolor hizo «desaparecer el valor facticio que hasta entonces la habia sostenido. «Impelida por el sentimiento de conservacion que se despertó enton- «ces con toda su fuerza, se abalanzó á la débil barrera, ya medio «consumida, abrióse paso, y corrió hácia el rio como á un refugio «inaccesible al terrible elemento que parecia perseguirla; pero la «desdichada no debia librarse de la muerte que le estaba reservada «y que habia aceptado voluntariamente. Los sacerdotes corrieron en «pos de Poolesbay, y no tardaron en alcanzarla. Entonces se trabó «una lucha horrorosa entre los bramines que pugnaban por arras- «trarla á la hoguera, y ella que, auxiliada por su hermano, oponia «á sus esfuerzos una resistencia desesperada. La pobre víctima daba «angustiosos gritos é imploraba el auxilio de la multitud contenida «por la guardia del gobernador; pero su voz fue ahogada por el «ruido de los clarines que á una señal dada sonaron todos á la vez.

«Al fin, rendida por tantos esfuerzos, perdió el conocimiento, en «cuyo estado se la condujo nuevamente á la hoguera. Entonces to- «dos los espectadores de aquella trágica escena se reunieron para «apresurar su conclusion: los unos cortaron á hachazos las cuerdas «que sostenian el tablado superior; los otros llevaban á porfía goo- «lod y ramas secas para alimentar la hoguera, mientras que milla- «res de manos provistas de antorchas atizaban el fuego por todos la- «dos. Entre tanto el hermano de la víctima, separado á viva fuerza «de aquel lugar, en medio de su desesperacion proferia terribles «amenazas de venganza contra los verdugos de su hermana.

«Poco tiempo despues el estruendo del cañon y el sonido de los «clarines anunciaron á los habitantes de Benarés la proximidad de «una gran fiesta religiosa. Las calles de la ciudad estaban cubiertas «de flores y el pueblo acudia en tropel al templo de Brahma. La pro- «cesion del Juggernaut, que iba á celebrarse en Benarés, habia atrai- «do al recinto de la ciudad, no solo á los moradores de los contor-

«nos, sino tambien á un gran número de fanáticos que desde los úl-
«timos confines del Indostan acudian en busca de una muerte santa
«y gloriosa á los ojos de su ídolo.

«Á la hora fijada abriéronse las puertas del templo para dar paso «á la comitiva. Rodeado de todo el esplendor de la pompa oriental «y circuido de cierto número de bramines, salió un enorme carro «tirado por elefantes, sobre el cual estaba colocada una colosal es-«tatua de bronce cubierta de piedras preciosas. Iban delante multi-«tud de jóvenes doncellas, unas esparciendo flores por el suelo, y otras «formando animadas y voluptuosas danzas. El suntuoso aparato del «carro, la animacion y voluptuosidad del baile, el sonido penetrante «del clarin y el suave olor de los perfumes que se quemaban en ho-«nor de la divinidad, excitaban hasta lo sumo el entusiasmo de la «multitud, que prorumpia en frenéticos gritos y aplaudia estrepi-«tosamente el celo religioso de los alfaquíes. ¡Brahma! ¡Brahma! «clamaban, y todos á porfía se disputaban la gloria de morir por su «dios, tendiéndose en el suelo delante del carro que al pasar los «aplastaba con su peso. ¡Poolesbay! ¡Poolesbay! gritó de súbito un «jóven que saliendo de entre la apiñada multitud se abalanzó á uno «de los bramines que babia presidido el suplicio de su hermana, lo «cogió en brazos, y lo arrojó debajo de las ensangrentadas ruedas «del carro.

«La accion fue tan impensada y rápida, que en vano se hubiera «procurado evitarla; y el agresor se hubiese evadido fácilmente en «medio de la general estupefaccion, á no haber sido otro su propó-«sito; pero no pensando mas que en el placer de saborear su vengan-«za, permaneció inmóvil contemplando con delicia el cuerpo muti-«lado de su víctima. El pueblo, apenas se recobró de su estupor, «echóse encima del jóven con ánimo de inmolarle allí mismo para «aplacar la cólera del ídolo; pero los bramines acudieron al momento, «y haciendo adelantar algunos soldados de la guardia, les entrega-«ron el culpable, despues de lo cual la procesion volvió á entrar en «el templo.

«Los bramines, al arrancar de las manos del pueblo al hermano «de Poolesbay, no obraron por sentimiento alguno de compasion, «ni por miras de justicia, sino con la idea de reservarse para sí solos «el castigo del delincuente. Querian que el rigor del suplicio fuese «proporcionado á la enormidad del crímen, á fin de herir vivamente

«la imaginacion de los pueblos, y de hacerles temblar al solo recuer-«do de la expiacion de un atentado sacrílego de que no habia me-«moria en los anales del Indostan. Reunióse el colegio de los bra-«mines, y deliberó largamente acerca de la especie de castigo que «deberia imponerse al hermano de Poolesbay. Por fin, despues de «haber consultado los documentos antiguos y evocado todos los re-«cuerdos, adoptóse el suplicio del emparedamiento.

«En consecuencia, condújose al jóven á una gran llanura inme-«diata á la ciudad. Puesto allí de pié, levantaron á su alrededor una «pared que encajonaba todo su cuerpo hasta el cuello, de suerte que «su cabeza enteramente desnuda recibia sin el menor amparo los ra-«yos de un sol abrasador, en cuyo estado se le dejó esperando á que «la muerte pusiera fin á sus horribles tormentos. Al cabo de algunos «dias, los buitres de las montañas acudieron al lugar del suplicio, «rompieron á picotazos el cráneo del condenado, y le arrancaron el «cerebro, los ojos y toda la carne de la cabeza, de manera que cuan-«do los curiosos fueron á visitar el monumento expiatorio, ya no en-«contraron mas que algunos restos ensangrentados [1].»

¡Qué cadena de crímenes y atrocidades tan espantosa! ¡Qué tirano tan bárbaro es el demonio! Ved cómo trata al hombre que cae bajo su imperio. ¡Oh religion cristiana, bendita seas! ¡bendita seas para siempre!

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy con todo mi corazon por haber escogido á la Vírgen santísima para madre de vuestro Hijo; hacedme la gracia de que corresponda á mi vocacion, así como María correspondió á la suya.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *rezaré al dar cada hora el* Ave María.

[1] El que desee mas pormenores, los hallará en la *Historia de la sociedad doméstica*, t. I, y t. IV del *Catecismo*.

LECCION XL.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Prácticas de devocion á María. — Sabiduría de la Iglesia. — Mes de María. — Cofradía del Escapulario. — Rosario.

I. Razon general de las prácticas de devocion á María. — Esta vida es un continuo combate. Esto, que es una verdad indudable con respecto al hombre y á la sociedad, lo es sobre todo con respecto á la Iglesia, que es la sociedad por excelencia. Durante esta batalla, que empieza en el paraíso terrenal para no acabar hasta los umbrales de la Jerusalen celestial, Dios vela por la Iglesia su esposa y por el hombre su hijo muy amado, y les da auxilios proporcionados á la fuerza de los ataques, de manera que la victoria queda siempre á favor de la Religion, es decir, á favor de la verdad y de la virtud. Ya hemos visto como en cada siglo ha opuesto á la herejía el defensor de la verdad, al escándalo la víctima expiatoria y el modelo de las virtudes combatidas; en una palabra, le hemos visto dar para cada mal un remedio proporcionado.

Pero entre todos los remedios hay uno superior, aplicable á todos los males; entre los defensores de la verdad y de la virtud uno hay que aventaja á todos los demás, y que, dispuesto siempre á pelear, sale infaliblemente vencedor : este remedio, este defensor, es María; María que quebrantó la cabeza de la antigua serpiente, María que triunfó de todas las herejías y de todos los escándalos. Por esto la Iglesia ha multiplicado hasta lo infinito los medios de invocar á María, y de obtener su asistencia.

En los primeros dias de su existencia, compone la Salutacion angélica; mas adelante funda las Órdenes religiosas encargadas de orar dia y noche para alcanzarnos las gracias y la proteccion de aquella á quien nunca se invocó en vano; en otros siglos tienen orígen las tan célebres y generales devociones del Rosario y del Escapulario. Seria interminable tarea la de enumerar todos los hechos con los cuales pudiera probarse que la Iglesia en sus peligros y tribulaciones

ha puesto siempre en María su principal esperanza. Hoy que sus necesidades son mas apremiantes, y mayores los peligros que la rodean, la Iglesia instituye y aprueba nuevos medios de atraer hácia sí los misericordiosos ojos de la poderosísima Reina de los Ángeles. Cuando la batalla ha de ser reñida, y vivamente disputada la victoria, el general emplea todos sus recursos y apresta todas sus fuerzas.

II. Mes de María.—Entre las prácticas de mas reciente orígen descuella en primer término el *Mes de María.* La devocion del Mes de María tuvo principio en Italia á últimos del siglo precedente. Algunas almas piadosas, afligidas de ver los desórdenes que se repetian con mayor frecuencia y gravedad en la hermosa estacion de la primavera, tuvieron la inspiracion de buscar algun medio para alcanzar el perdon y atajar la corriente de tales excesos. Á este fin volvieron sus ojos hácia la Vírgen de las vírgenes, y mientras que los secuaces del mundo iban á sus quintas, hermoseadas con todas las galas y atractivos del mes de mayo, en busca de culpables goces; aquellas castas palomas, aquellas almas contristadas, postradas ante el altar de María, dirigíanla inefables oraciones. En tales circunstancias, esta piadosa y santa conducta forma sin duda uno de los mas tiernos contrastes y una de las mas bellas armonías del mundo religioso.

Á la verdad, no podia darse un pensamiento mas feliz y oportuno que el de consagrar á la mas pura de las Vírgenes el mes de mayo, el mes de las flores, el mas hermoso mes del año, y de consiguiente el que mas excita nuestro corazon al goce de los placeres sensuales; ni cabia procedimiento mas cuerdo que el de oponer á un mal terrible que se reproduce anualmente, un remedio admirable que se repite tambien todos los años. ¿Qué entienden en los arcanos de Dios los que con la ligereza propia de la ignorancia desprecian y critican esas saludables devociones? Ellos no saben que la existencia del mundo moral, lo mismo que la del mundo físico, estriba en el equilibrio de las fuerzas opuestas. No saben que en la balanza de la divina Justicia la expiacion sirve de contrapeso al crímen, y que cuanto mayor es este, mas perfecta ha de ser la expiacion.

Nosotros, empero, hijos de la Iglesia católica, que sabemos esas leyes, sigamos la mente de nuestra madre, y para que sepamos distinguir el mes de mayo de los otros meses, veamos cuál sea en toda su extension el significado del nombre *Mes de María* con que le designa-

mos. Si me preguntais qué quieren decir las palabras Mes de María, os preguntaré á mi vez ¿qué quieren decir estas otras, *Dia del Señor,* con que denominamos el domingo? Dia del Señor, me diréis, quiere decir dia que pertenece al Señor, que debe consagrarse enteramente al culto de Dios; dia en que olvidamos las criaturas, los negocios y el tiempo, para no pensar mas que en el Criador, en el alma y en la eternidad; dia en que el Señor gusta particularmente de oir nuestras oraciones y atiende mas fácilmente nuestros ruegos; dia, en fin, en que concede las grandes audiencias y otorga los grandes favores.

Pues del mismo modo, *Mes de María* en el lenguaje piadoso quiere decir mes que pertenece á María, mes en que concede sus grandes audiencias y favores, mes cuyas horas deben consagrarse todas al culto de aquella amable Madre, á felicitarla por su dicha, á meditar sobre su poder y bondad, á implorar su proteccion y á practicar sus virtudes. Por manera que, si no queremos hacernos reos de hurto para con María, debemos consagrarle durante aquel hermoso mes todos los impulsos de nuestro corazon, todos nuestros pensamientos, palabras y obras. ¿De qué modo le consagrarémos todas estas cosas? Ofreciéndoselas todas, y haciéndolas para ella, por ella, con ella y como ella.

¡Mes de María! ¡Ah! no profanemos, por Dios, este hermoso nombre. Procuremos todos que este mes de las flores y de los perfumes no sea el mes de las impurezas y de las obras muertas, de la vanidad, de la disipacion, de la tibieza y del pecado; sino el mes de María, cuyo nombre dice ya todo lo que debe ser. Desde el primero hasta el último dia de este mes pregúntese cada cual con frecuencia: Si María estuviese hoy en mi lugar, ¿cómo obraria? ¿Cuál seria la modestia de sus ojos, la afabilidad de su trato, la dulzura de sus palabras, la prontitud de su obediencia, la caridad de sus conversaciones, el recogimiento de sus oraciones, la pureza de sus pensamientos, y, en una palabra, la santidad de toda su conducta? La Iglesia, atenta siempre á fomentar las prácticas de verdadera piedad, ha colmado de indulgencias la devocion del Mes de María. El papa Pio VII, de santa memoria, con rescripto de 21 de marzo de 1815, concedió á los que hiciesen el Mes de María trescientos dias de indulgencia por cada dia del mes, é indulgencia plenaria á los que confesaren y comulgaren en cualquier dia del mismo [1].

[1] *Tratado de las indulgencias*, por Mons. Bouvier, obispo de Mans.

III. Santo Escapulario. — El Mes de María no es mas que una manifestacion particular de la devocion que todos los siglos cristianos han profesado á la augusta Madre de Dios, pues antes de esa nueva institucion habíanse ya establecido en su honor muchas otras prácticas y asociaciones. Entre las mas antiguas y célebres cuéntase la cofradía del Escapulario, inspirada y revelada por la misma santísima Vírgen al beato Simon Stock, sexto general de la Órden de los Carmelitas, á principios del siglo XIII.

El beato Simon, descendiente de la ilustre familia de los barones de Stock, originaria de Inglaterra, nació el año 1164 en el condado de Kent, en el castillo de Hestford, del cual su padre era gobernador. Á la edad de doce años retiróse á un gran bosque, y escogió por morada la cavidad del tronco de una antigua encina, cuyo recinto convirtió en un santuario, disponiendo en él un oratorio adornado con un Crucifijo, una imágen de la Vírgen y un Salterio de David. Allí, el santo adolescente reprodujo las austeridades de los antiguos solitarios : yerbas y raíces eran su alimento, y su bebida el agua de las fuentes.

Hacia veinte años que Simon vivia en su retiro, cuando dos señores ingleses que volvian de la Tierra Santa trajeron consigo de Egipto algunos religiosos Carmelitas, ó del Monte Carmelo. El beato Simon, poseido como estaba desde su infancia de la mas sincera devocion para con la Vírgen María, quedó tan impresionado de la piedad de aquellos nuevos religiosos hácia la Reina del cielo, que se retiró con ellos antes de espirar el año 1212. Despues de haber profesado en la Órden carmelitana, partió á Oriente, permaneció seis años en Palestina, y regresando luego á Europa, fue nombrado general de su Órden, que bajo su direccion hizo inmensos progresos en Occidente. Accediendo á las instancias que se le hicieron para que pasara á Francia, se embarcó para Burdeos, donde murió el dia 16 de julio, contando unos sesenta años de edad. Enterróselc en la iglesia catedral, y en breve fue inscrito en el catálogo de los Santos.

Aquel santo religioso, que desde su infancia habia tenido una confianza verdaderamente filial en María, estaba cierto dia en oracion cuando se le apareció la Reina del cielo, rodeada de una multitud de espíritus celestes, teniendo en sus manos el escapulario de la Órden del Cármen, el cual le entregó diciéndole las siguientes palabras : «Recibe, querido hijo mio, este escapulario de tu Órden como

«distintivo de mi cofradía y en demostracion del privilegio que he «obtenido para tí y para los hijos del Carmelo. El que muera piadosa-«mente llevando este escapulario, será preservado del fuego eterno. «Es una señal de salvacion, una defensa en los peligros, y la prenda «de una paz y de una proteccion especial hasta la consumacion de «los siglos [1].»

Esta promesa, aunque magnífica, no era mas que una parte de lo que el beato Simon habia pedido. Para satisfacerle cumplidamente, la Vírgen santísima le hizo otra promesa á favor de los religiosos Carmelitas y de los cofrades del Escapulario, y para dar mayor autenticidad á esta promesa, aparecióse al papa Juan XXII, y le dijo, segun se expresa en la misma bula: «Juan, vicario de mi Hijo, tú «me eres deudor de la alta dignidad á que has sido elevado por mi «intercesion con Jesucristo; y habiéndote yo librado de las asechan-«zas de tus enemigos, espero que concederás una ámplia y favora-«ble confirmacion á la santa Órden carmelitana que me ha mostrado «siempre una singular devocion... y si entre los religiosos ó cofra-«des que murieren hubiese alguno que por sus pecados mereciese ir «al purgatorio, yo, como tierna madre suya, descenderé al purga-«torio el sábado despues de su muerte, sacaré á los que encuentre «en él, y los conduciré al monte santo, á la feliz morada de la vida «eterna [2].»

Aquí se presentan cuatro cuestiones: 1.ª ¿Son posibles las apariciones? 2.ª ¿Cuál es el sentido de la doble promesa de la Vírgen? 3.ª ¿Podia esta hacer aquella promesa? 4.ª ¿La hizo realmente?

1.ª ¿Son posibles las apariciones? Esta cuestion está completamente resuelta, no solo para el hombre católico, sino tambien para toda persona reflexiva y juiciosa. Leed la historia del Antiguo y del Nuevo Testamento, y hallaréis la prueba irrecusable de la posibilidad de las apariciones. Un Ángel se aparece á Abrahan para decirle que pase á la tierra de Canaan, para anunciarle el nacimiento de un hijo, para revelarle la destruccion de las cinco ciudades infames. Aparécese otro Ángel á Josué inmediatamente antes de la toma de Jericó. Gedeon, Manué, padre de Sanson, Samuel, Tobías, Daniel, Judas Macabeo, recibieron por medio de celestiales mensajeros los mandatos del cielo. Si del Testamento Antiguo pasamos al Nuevo,

[1] *Manual del Escapulario*, por Mr. de Sambucy, pág. 28.
[2] *Manual del Escapulario*, pág. 29.

verémos que el arcángel Gabriel se apareció á María para anunciarle el misterio de la Encarnacion; un Ángel advirtió á José que pasara á Egipto; otro Ángel apareció á san Pedro y le sacó de su prision. No acabaríamos nunca si tuviéramos que referir todas las apariciones angélicas que contiene la Escritura; la Escritura, es decir, el libro mas verdadero que existe, y cuya autenticidad se apoya en el testimonio de dos grandes sociedades enemigas una de otra, en el testimonio de todas las naciones civilizadas, y de muchos millones de Mártires.

Demás de esto, ¿por ventura no puede Dios revelarse á su criatura? y ¿no puede valerse para ello de cualquier emisario? ¿Qué hombre es capaz de decirle: Tú no puedes hacer esto? ¿Será que su poder esté circunscrito á los estrechos límites de nuestra inteligencia, que no pueda hacer mas que lo que nosotros comprendemos? Y si Dios ha podido permitir que los Ángeles se aparecieran á los hombres, ¿por qué razon no podia otorgar igual poder á la Reina de los Ángeles? Que María puede aparecerse á sus hijos y comunicarles los decretos del cielo es una verdad confirmada por la fe y por la razon, y que solo negarán los que carezcan de una y otra.

2.ª ¿Cuál es el sentido de la doble promesa de María? Esta divina Madre promete, *primeramente*, que librará de las penas del infierno á los que mueran piadosamente llevando el santo escapulario [1]. ¿Quiere decir esto que en cualquier estado que muera un cofrade del Escapulario, aunque sea en pecado mortal, no dejará de salvarse si lleva puesto dicho escapulario? Semejante interpretacion seria por demás desatinada. Es menester saber, por una parte, que es un modo de hablar propio de la Escritura el atribuir á veces la salvacion á una cosa que, si bien ayuda á conseguirla, no basta por sí sola sin el concurso de otras cosas igualmente necesarias: así, vemos que san Pablo atribuye la salvacion, unas veces á la fe y otras á la esperanza; Tobías, á la limosna, etc. [2]. Por otra parte la bula de Juan XXII, que contiene la promesa, no dice que baste llevar el

[1] Hoc erit tibi, et cunctis Carmelitis privilegium: in hoc moriens aeternum non patietur incendium. (Theophil. Reynaud, t. VII).

[2] Arbitramur enim hominem iustificari per fidem. *(Rom.* III, 28). — Spe enim salvi facti sumus. *(Id.* VIII, 24). — Eleemosyna à morte liberat. *(Tob.* XII, 9). — Saepenumero Scriptura divina tribuit vim iustificandi, aut etiam salvandi diversis rebus, non quod solae illae iustificare aut salvare possint, sed quod

escapulario, sin hacer ninguna otra obra buena, para evitar las penas del infierno; antes bien dice todo lo contrario [1]. El sentido, pues, de esta promesa es que la Vírgen santísima obtendrá para los cofrades agonizantes la gracia de que no les sorprenda la muerte en estado de pecado mortal, siquiera en algunos sea menester evitar, por medio de una proteccion milagrosa, funestos accidentes para librarles de la muerte, ó prolongar la vida de los enfermos á fin de proporcionarles una ocasion propicia para convertirse y salvarse. Este es el sentido natural y el solo legítimo de la primera promesa de María. Para obtener su cumplimiento es necesario observar fielmente no solo los deberes de cofrade, sino tambien los mas esenciales aun del cristiano; evitar el pecado y no exponerse á ser sorprendido por la muerte en estado de pecado mortal : estas son las señales por las que se distinguen los verdaderos siervos de María.

La Vírgen santísima promete *en segundo lugar* que irá á sacar del purgatorio á los cofrades del Escapulario el sábado despues de su muerte [2]. Esto nada tiene de repugnante; porque Dios puede sin duda hacer mas activas las penas del purgatorio y compensar la cortedad de su duracion con su mayor rigor; á mas de que, si los padres en sus familias y los Reyes en sus Estados escogen ciertos dias para otorgar sus favores; si la misma Iglesia señala un dia determinado para conceder la indulgencia plenaria, esto es, la remision de las penas temporales debidas por nuestros pecados; ¿qué razon hay para que la Vírgen santísima no pueda hacer otro tanto?

3.ª ¿Podia la Vírgen hacer esta promesa? Á esto todo católico responde : Lo podia, sí, lo podia, puesto que María es todopoderosa é infinitamente buena [3]. Cualquiera que considere los derechos de la mejor de las madres, y el poder que ha de tener con el mejor de los hijos, responderá tambien : Sí, lo podia. Nada le falta para

illae vim suam habeant ad iustificationem aut salutem, et ad eum finem perducant si tamen caetera non desint. (Bellarm. *Controv.* t. IV, lib. II, *de Poenit.* c. 7).

[1] Fratres, conservando verbum istud in cordibus vestris, satagite electionem vestram certam facere per bona opera et nunquam deficere. (Apud Bened. XIV, pag. 477, n. 8).

[2] Ego Mater gloriosa descendam sabbato post eorum mortem, et quos invenero in purgatorio, liberabo, et eos in montem sanctum vitae aeternae reducam. (Bull. Ioan. XXII, apud Bened. XIV, pag. 476, n. 7).

[3] Omnipotentia supplex. (S. Bern.).

esto, dice san Bernardo, ni el poder ni la voluntad. Por otra parte esta promesa, en su verdadera significacion, nada tiene que no sea muy ortodoxo, pues al paso que honra á Jesucristo revelándonos su bondad para con María, honra á María mostrándonos su caridad para con los hombres.

4.ª ¿Hizo María verdaderamente esta promesa? Dos grandes voces responden: Sí, es indudable que la hizo. La primera de estas dos voces es la de la Iglesia. En efecto, los Sumos Pontífices no han omitido medio para desvanecer toda duda sobre la verdad de estas promesas. Juan XXII, consultado sobre la primera, referente á las penas del infierno, declaró en una bula expedida en 1316, que habiéndola pesado en la balanza del santuario, la habia encontrado muy verdadera. En cuanto á la segunda promesa, relativa á las penas del purgatorio, el Pontífice afirma que la Vírgen se le apareció y le hizo personalmente aquella promesa; y en confirmacion de esto publicó en 1322 otra bula con la que ratifica la anterior. Despues de este Pontífice, otros veinte y dos Papas, en decisiones solemnes, se han expresado en igual sentido con referencia á la cofradía del santo Escapulario. Finalmente, por disposicion de varios Pontífices, celébrase en todo el orbe católico una fiesta solemne para perpetuar la memoria de estas gloriosas promesas y glorificar á Nuestra Señora del Cármen ó del santo Escapulario [1]. Ahora pregunto, ¿puede darse, aun humanamente hablando, una autoridad mas robusta?

La segunda voz de que hemos hablado es la de Dios mismo. Dios no autoriza jamás el error y la mentira con milagros, y hasta repugna á su santidad el que pueda hacerlo. Ahora bien, entre todas las prácticas de piedad inspiradas para honrar á María, ninguna ha sido mas visiblemente autorizada por Dios con patentes milagros que la del santo escapulario. Libros enteros se necesitarian para referirlos todos, por cuya razon nos concretarémos al siguiente [2] hecho,

[1] Bened. XIV, pag. 479. Benedicto XIV, uno de los papas mas sábios que ha tenido la Iglesia, sostiene y establece en sus inmortales obras la verdad de la aparicion de la Vírgen al beato Simon (*De Canoniz. Sanct.* t. IV, part. II, pag. 74); y en su tratado *De Festis*, se expresa del modo siguiente:—Visionem quidem veram credimus, veramque habendam ab omnibus arbitramur (pag. 446, n. 8); y mas abajo (pag. 478, n. 9, 10) habla de la autenticidad de la bula.

[2] Los demás se hallarán en el *Manual del Escapulario*, por Mr. de Sambucy, pág. 100 y sig., de cuya excelente obra hemos tomado la mayor parte de

el cual se justificó judicialmente con tanta escrupulosidad, que hemos creido oportuno transcribir, como lo hacemos, el extracto mismo del sumario que se formó en su averiguacion.

«En el campo de Brugelette, el dia 19 de agosto de 1667 por la «tarde, á presencia de Mr. Maximiliano de Sausse, conde de Mas-«taing, del R. P. José, prior de los Carmelitas de Brugelette, del «P. Bernabé de Saint-Paul, subprior, del P. René de Sainte-Thé-«rèse, del P. Tomás de Saint-Pierre, etc., comparecieron Vicente «Matthieu, llamado en el ejército *Maison-Dieu*, gendarme de mon-«señor el Delfin, y Nicolás Pierrot, por otro nombre *La-Plaine*, «trompeta de gendarmes, y dijeron, que habiéndose ambos desafia-«do, Vicente Matthieu tiró á Nicolás Pierrot un pistoletazo á unos «diez piés de distancia; mas, como por dicha la bala fué á dar so-«bre su escapulario, solo le causó una ligera contusion (que han «reconocido los asistentes y testigos sobredichos), á pesar de que la «bala le atravesó la casaca y la camisa, y se encontró aplastada en «una tercera parte en medio del estómago, á tres pulgadas largas «de las costillas.

«Luis Amelot, gendarme de dicha compañía, natural de Auxerre, «presenció el hecho; Juan Cadot, señor de Orgeneuvilles, de la mis-«ma compañía, lo presenció tambien y vió el escapulario pegado á «la contusion. El cirujano halló la bala en la camisa; Mr. Brojart, «cuartel-maestre, y Mr. de Lestre, cabo, lo testifican; Mr. Visan-«court lo testifica igualmente, y vió disparar el arma; los señores ca-«pellanes del Conde de Broglie y del Marqués de Fervaques vieron la «contusion y los agujeros hechos por la bala en la casaca y la camisa.

«Los mencionados Vicente Matthieu y Nicolás Pierrot, despues de «haberse perdonado mútuamente y abrazado como verdaderos cris-«tianos, se afirmaron con juramento en sus deposiciones, como igual-«mente todos los demás asistentes que vieron la contusion, la bala «aplastada y los agujeros de la casaca y la camisa, alabando á Dios «y á la Vírgen María por haber permitido un milagro tan patente de «su proteccion por medio de su escapulario.

«Hoy 20 de agosto de 1667.

«*Firmado* el Conde de Mastaing, Matthieu, por otro nombre *Mai-*

las noticias que damos aquí acerca del Escapulario. — Cum denique, beata Virgine intercedente, plura Deus miracula ediderit in eorum utilitatem, qui huic devoto cultui sunt addicti, dice Benedicto XIV, pág. 479.

«*son-Dieu*, Nicolás Pierrot, Luis Amelot, J. Cadot, señor de Orge-«neuvilles, Brojart, de Lestre, J. de Visancourt, A. Héliaud, P. ca-«pellan, A. Viomart, capellan del regimiento de caballería ligera «de la Reina.

«Fr. E. Antonio de Pain, guardian de los Recoletos de Château-«Vilain, confirma como muy verdadero lo arriba dicho.»

Siguen despues las certificaciones firmadas del coronel y oficiales del regimiento, y finalmente la del cirujano concebida en los siguientes términos: «Yo el abajo firmado, cirujano mayor de la guardia «de Mons. el Delfin, habiendo acudido para curar á Nicolás Pierrot, «trompeta, en la persuasion de que debia estar herido, he encontrado «la bala en la camisa, despues de haber atravesado esta y la casaca «de dicho trompeta, lo que no ha podido suceder sin milagro, supues-«to que la bala fué á dar en medio del estómago [1].» Este hecho y otros mil prueban que Dios ha autorizado con evidentes milagros las apariciones y las promesas de la Vírgen y la devocion del Escapulario [2].

Veamos ahora qué es lo que debe hacerse para disfrutar de los privilegios otorgados á los cofrades. Ante todo es menester ingresar en la cofradía. Ahora bien, los requisitos necesarios para ser cofrade y poder gozar de las ventajas de la cofradía, es decir, de los méritos de la Órden del Cármen, de las indulgencias peculiares de los cofrades, y de la proteccion de la Vírgen santísima, son: 1.° recibir el escapulario bendecido por manos de un sacerdote competentemente autorizado para darlo; 2.° ser inscrito como cofrade del Escapulario en el registro de una cofradía del Cármen, erigida canónicamente; 3.° llevar el escapulario colgado al cuello de dia y de noche, en estado de salud y de enfermedad, en vida y á la hora de la muerte [3].

[1] *Manual del Escapulario*, pág. 105 y sig.

[2] Á mas de los dos privilegios de que acabamos de hablar, hanse concedido á la devocion del Escapulario numerosas indulgencias que prueban el empeño con que los Sumos Pontífices han procurado fomentar aquella devocion. Vamos á citar algunas de ellas: Indulgencia plenaria: 1.° el dia del ingreso en la cofradía; 2.° el dia 16 de julio, festividad de Nuestra Señora del Cármen; 3.° un domingo de cada mes; 4.° en el artículo de la muerte. Para ganar estas indulgencias es menester rogar segun la intencion del Sumo Pontífice, á cuyo efecto se pueden rezar cinco *Padre nuestros* y cinco *Ave Marías*. (*Manual del Escapulario*, pág. 197).

[3] No es permitido llevar el escapulario cosido en el bolsillo ó en los vestidos.

Estas son las solas obligaciones generales necesarias á todos los cofrades; de manera que para ingresar en la cofradía no hay obligacion de practicar oraciones, ni abstinencias, ni ayunos, ni otros ejercicios extraordinarios. La Iglesia no impone á los cofrades mas que las tres obligaciones expresadas: basta que sean cristianos, es decir, que unan al título de siervos de María las virtudes propias del cristiano. Así pues, para participar del *primer* privilegio del Escapulario, esto es, de la gracia de hacer una buena muerte, y de ser preservado del infierno, es menester llevar consigo siempre, y sobre todo en la hora de la muerte el escapulario.

Para gozar del *segundo* privilegio, esto es, para ser librado prontamente del purgatorio, es menester que además del cumplimiento de las obligaciones arriba dichas, es á saber: 1.° haber recibido el escapulario bendecido por persona debidamente autorizada; 2.° estar inscrito en el registro de la cofradía; y 3.° llevar siempre el escapulario colgado al cuello; es menester, decimos, que *todos los cofrades* guarden la castidad propia de su estado: la castidad virginal en el estado de celibato; la fidelidad conyugal en el estado de matrimonio, y la continencia en el de viudez.

Es menester tambien que *los que sepan leer* recen todos los dias el oficio canónico de la Iglesia, ó el oficio parvo de Nuestra Señora [1]. Esta obligacion cesa en caso de impedimento grave; aunque la opinion de la Iglesia es que en tal caso debe consultarse al confesor para obtener de él alguna conmutacion, la cual puede consistir en rezar, por ejemplo, diariamente el *Ave maris Stella*, el *Magnificat*, ó la *Salve Regina*, que forman parte del oficio de los Carmelitas.

Los que no saben leer pueden suplir el rezo del oficio parvo, 1.° no dejando ningun ayuno de los prescritos por la Iglesia; 2.° comiendo de pescado todos los miércoles, además de los viernes y sábados, excepto el dia de Navidad cuando cae en alguno de estos dias. Si hay impedimento grave, no es obligatoria la abstinencia; mas entonces es bueno, segun el dictámen de la Santa Sede, hacerla conmutar por el confesor [2].

[1] Los que por razon de su estado, ó de algun beneficio eclesiástico, de algun voto ó de penitencia impuesta, tienen ya obligacion de rezar el oficio de la Iglesia, cumplen al mismo tiempo con el deber del Escapulario sin necesidad de otro rezo.

[2] «La Congregacion de las Indulgencias ha declarado: 1.° que para con-

Tales son las obligaciones de la cofradía del Escapulario. Con lo dicho, cualquiera se convencerá de que no hay otra devocion mas fácil, al par que mas respetable y provechosa.

Comparad esta institucion con todas las asociaciones humanas,

mutar las obligaciones conmutables del santo Escapulario se necesitan facultades especiales; 2.° que con respecto á lo pasado, el Santo Padre ratifica todo cuanto los sacerdotes franceses facultados para dar y bendecir el santo Escapulario hayan practicado conmutando de buena fe las obligaciones de aquellos á quienes hubieren vestido aquel santo hábito.

«Beatissime Pater, Ludovicus de Sambucy, canonicus Parisiensis et vicarius generalis San-Briocensis, Sanctitatis Vestrae orator humillimus, suppliciter expostulat responsum ad dubia gravis momenti. In Gallia, nullus adest conventus hominum ordinis Carmeli, et apparent rari huius religionis patres: tres tantum noti adsunt in parte meridionali vastissimi regni. Inde molestissima exhorta est controversia, quae magnam animis perturbationem affert paucis abhinc mensibus.

«Usque adhuc omnes persuasum habuerant sacerdotem, cui Sanctitas Vestra dederat benedicendi et fidelibus parva Scapularia imponendi facultatem, eo ipso inclusam obtinuisse facultatem commutandi unicuique aliquas huius confraternitatis obligationes commutabiles vice confessarii Carmelitani omnino deficientis, quidam nunc negant et huic opinioni palam obsistunt et adversantur; quapropter à Paternitate Vestra quaeritur:

1.° «An sacerdos, qui obtinet, ut supra, facultatem benedicendi ac imponenendi Scapularia, habeat eo ipso facultatem commutandi obligationes commutabiles confratrum, quando opus est, scilicet cum recursus ad alterum sit impossibilis, ut hoc commodo fideles non priventur;

2.° «Si vero sacerdotes Galliae, falsae innixi suppositioni, commutaverunt, absque facultatibus opportunis, obligationes confratrum, supplices nunc adeunt S. V., ut dignetur sanare, ut dicitur, in radice, omnes commutationes, et unicuique impertiri facultatem specialem commutandi, si opus sit, obligationes confratrum Scapularis. Et Deus, etc.»

Sacra Congregatio indulgentiis sacrisque reliquiis praeposita ad praefata dubia respondit:

1.° «Ad primum (negative); vigore enim obtentae facultatis benedicendi ac imponendi Scapularia non sequitur quod sacerdos ea quoque gaudeat potestate commutandi obligationes iniunctas, nisi expresse enuntietur in rescripto concessionis pro benedictione et impositione Scapularium; at vero in una Bisuntina, sub die 12 augusti 1840, ab hac S. Congregatione responsum fuit: «Accedente gravi impedimento, non teneri Confratres neque ad ieiunia, neque «ad recitationem horarùm canonicarum aut officii B. M. V., neque ad abstinen«tiam diebus mercurii et sabbati. Consulendi tamen fideles, hoc in casu se «subiiciant iudicio docti et prudentis confessarii pro aliqua commutatione im«petranda.»

2.° «Ad secundum, iam provisum fuit in primo: et quatenus opus sit, sanctissimus Dominus noster Gregorius papa XVI, sanavit quemcumque defectum

á que desean pertenecer hasta los hombres mas arrogantes. Todas las Órdenes de caballería, todas las Legiones de Honor, por respetables que sean no nos ofrecen mas que un hombre por fundador, por utilidad el uso de las armas que lleva cualquier soldado, algunas distinciones sin consecuencia, y á lo sumo algunas monedas mas al fin del año. La augusta cofradía del Escapulario es muy distinta, pues por cualquier lado que el hombre piadoso la considere, la hallará infinitamente respetable y provechosa.

Respetable por su orígen, pues que su autora es la mas hermosa, la mas amable y poderosa de todas las Reinas; es María.

Respetable por su antigüedad, pues cuenta setecientos años de existencia á pesar de todas las contradicciones y trastornos.

Respetable por las personas que han pertenecido y pertenecen á ella, entre las cuales cuéntanse por miles los sumos pontífices, los cardenales, los patriarcas, los obispos, los sacerdotes, los emperadores y las emperatrices, los reyes y las reinas, los nobles caballeros, los sábios ilustres, y los hombres que han sido por sus virtudes los bienhechores y la gloria de la humanidad. Desde san Luis que recibió el escapulario en la cumbré del monte Carmelo, hasta Luis XIV, que no era por cierto un hombre débil, y que en la flor de la edad y en presencia de la corte mas fastuosa y elegante del universo recibió tambien las insignias de María, no hubo un solo hombre de verdadero mérito que no quisiese participar de la misma gloria. Por tanto debemos pensar que cuando tomamos el glorioso y santo distintivo del Carmelo, venimos á formar parte de este augusto senado.

Respetable por la sancion que le han dado y le dan incesantemente las dos autoridades mas poderosas que puede haber : la autoridad de Dios, que ha hablado con milagros, y la autoridad de la Iglesia, que ha hablado por boca de sus Pontífices.

Provechosa por el doble privilegio que nos concede de tener una buena muerte y de sacarnos del purgatorio. Hombres mortales, seres efímeros que caminais hácia una temible eternidad, comparad,

hue usque incursum circa obligationum commutationem; dummodo tamen sacerdotes bona gesserint fide. In quorum fidem, etc.

« Datum Romae ex secretaria eiusdem S. Congregationum, die 22 iunii 1842.

«*Signatum :* C. card. CASTRACANE, praefectus.

« A. canonicus PRINZIVALLI, substitutus. »

comparad la felicidad de hacer sin peligro este gran viaje, con las ventajas que os ofrecen las asociaciones humanas, y ved de qué parte está la superioridad. ¿Decís que vosotros no creeis? Muy bien: ¿es decir que sois hombres sábios y despreocupados? ¿es decir que teneis vosotros solos mas talento é instruccion que esa multitud de hombres grandes cuyos nombres adornan los fastos del Carmelo? ¡No creeis! y ¿qué necesitais para creer, despues de haber hablado las dos autoridades mas grandes, Dios y la Iglesia? No nos hableis de vuestra supuesta incredulidad; mucho tiempo há que sabemos cuál es el distintivo de la insuficiencia, y si no lo supiéramos, vosotros nos lo hubiérais enseñado.

Provechosa por las innumerables indulgencias que tiene concedidas. En efecto, ¿no seria provechosa una asociacion humana que proporcionase á sus socios desterrados el medio de volver á su patria, á los encarcelados el medio de recobrar la libertad, á los insolventes el medio de pagar sus deudas? Pues tal es en un órden superior la cofradía del Cármen.

Provechosa por la participacion que sus indivíduos tienen en las buenas obras de una de las Órdenes mas santas de la Iglesia, y en las de todos sus cofrades. ¿Conoceis la Órden del Cármen, compuesta de los religiosos y religiosas Carmelitas, Órden sublime por su abnegacion y sus virtudes, que cuenta tantos siglos de existencia? ¿Habeis visto alguna vez el claustro de las monjas Carmelitas, de esos ángeles de la tierra que los Ángeles del cielo contemplan unas veces recogidas en el santuario, y otras ocupadas en los trabajos manuales, vestidas con un pobre sayal, acostadas en una cama que causaria horror á vuestra delicadeza; esas mujeres tan santas, muchas de las cuales eran hijas mimadas de padres opulentos, y algunas hijas de reyes? ¡Qué tesoros de gracias acumulan cada dia y cada hora! Pues bien, si quereis, podeis participar de todos estos tesoros.

¿Habeis visto al religioso Carmelita, ya, como santo sacerdote, haciendo descender sobre el altar la Víctima augusta que es el manantial de todas las gracias; ya, como humilde cenobita, postrado en su celda, rogando y mortificándose por el bien del mundo; ya, como celoso misionero, llevando á todos los confines del mundo la luz del Evangelio y regando con su sudor y su sangre la tierra que acaba de conquistar para Jesucristo? Contad, si podeis, los méritos contraidos por él y por todos sus millares de hermanos de siete siglos á

esta parte. Pues de todos estos méritos, martirios, misas, vigilias, ayunos, lágrimas, oraciones, maceraciones, trabajos y sacrificios, os haceis participantes ingresando en la cofradía del Escapulario.

¿Qué mas diré? Levantad los ojos, mirad esa brillante y numerosísima pléyada de cofrades del Cármen, papas, obispos, pastores, religiosos, emperadores, reyes, príncipes, grandes, ricos y pobres, que son de siete siglos á esta parte la flor de los hijos de la Iglesia, y si llevais las insignias del Cármen, decíos á vosotros mismos: Yo tengo una parte de todos esos bienes. ¿Conoceis, repito, una asociacion mas respetable y beneficiosa? ¡Oh hombres que ambicionais la gloria de ostentar las condecoraciones de los Reyes, ahora se os brinda con las insignias de la Princesa mas grande y amable del universo! ¡Y todavía vacilais, y os avergonzais! Id enhorabuena, hombres menguados; vosotros necesitais los juguetes de las distinciones humanas. Para nosotros los cristianos, hombres de corazon noble y espíritu elevado, hay otras condecoraciones mas hermosas, otras distinciones mas honoríficas: como hijos de María, nosotros llevarémos la divisa de nuestra Madre. Procuremos que una virtud probada en los combates de la fe nos haga dignos de llevarla.

Siempre que veamos nuestro escapulario digámonos á nosotros mismos: *¿De quién es esta imágen? Cuius est imago haec?* Hagamos tambien por manera que el recuerdo de María nos inspire sentimientos dignos de nuestra Madre, á imitacion del sábio Boleslao IV, rey de Polonia, el cual llevaba dia y noche colgado al cuello el retrato de su padre; y ya debiese firmar algun decreto, ó resolver algun asunto importante para sus Estados ó para su gloria, miraba primero fijamente la imágen de su padre, y le decia estas admirables palabras: «Padre mio, no permitais que haga traicion á vuestra san«gre, no consintais que mi lengua pronuncie ninguna palabra, ni «que mi mano haga ninguna accion indigna de vuestro nombre y «del elevado puesto en que me habeis colocado.» Del mismo modo, pues, cuando veais vuestro escapulario y la imágen de María que en él hay, decid: *Madre mia, no permitais que haga nunca la menor cosa que sea indigna de vuestro nombre, ó pueda empañar el título de hijo adoptivo vuestro.*

IV. El santo Rosario.—Todavía nos queda que hablar de otra devocion instituida en honor de María, cási tan antigua y no menos autorizada, general y provechosa que la del Escapulario: nos re-

ferimos á la cofradía del santo Rosario. Á principios del siglo XIII santo Domingo predicaba contra los herejes Albigenses, temible secta que hacia grandes estragos en la parte meridional de Francia. El celoso apóstol procuraba volver al camino de la verdad á las ovejas perdidas, y conservar dentro del redil á las que iban á descarriarse; pero el resultado no correspondia á la magnitud de sus esfuerzos. Entonces María, que ha triunfado de todas las herejías, se le apareció y le ordenó que fundase la devocion del santo Rosario, prometiéndole con tal condicion una abundante miés [1].

La devocion del Rosario consiste en rezar quince Padre nuestros y ciento cincuenta Ave Marías, repartidas en tres partes y quince decenas, en reverencia de los quince principales misterios del Salvador y de su santísima Madre. De estos quince misterios hay cinco *gozosos*, cinco *dolorosos* y cinco *gloriosos*. En la primera parte del Rosario se contemplan los misterios gozosos, que son : 1.° la *Anunciacion del Angel á Nuestra Señora;* 2.° la *Visitacion de Nuestra Señora á santa Isabel;* 3.° el *Nacimiento del Salvador;* 4.° la *Presentacion del niño Jesús en el templo;* 5.° *cuando la Vírgen halló á Jesús en el templo entre los doctores.*

En la segunda parte se contemplan los misterios dolorosos; cuales son : 1.° la *Oracion del Salvador en el huerto;* 2.° el *Azotamiento;* 3.° la *Coronacion de espinas;* 4.° *cuando Jesús llevó la cruz á cuestas;* 5.° *cuando fue crucificado.*

En la tercera parte se contemplan los misterios gloriosos, que son : 1.° la *Resurreccion de Nuestro Señor;* 2.° *su Ascension á los cielos;* 3.° la *Venida del Espíritu Santo;* 4.° la *Muerte y Asuncion de la Vírgen María;* 5.° *su Coronacion en el cielo.* En cada decena se medita uno de estos misterios por su órden.

De este modo santo Domingo enseñó á los pueblos á meditar y rezar á un mismo tiempo. Y en realidad, ¿no es verdaderamente admirable la aplicacion de las dos oraciones mas hermosas que puede pronunciar la lengua humana, la Oracion dominical y la Salutacion

[1] Ex quo tempore pius hic orandi modus mirabiliter per S. Dominicum promulgari, augerique coepit, quem eiusdem institutorem auctoremque fuisse summi pontifices apostolicis litteris affirmarunt. Sunt autem Leo X, S. Pius V, Gregor. XIII, Sixtus V, Alexand. VII, Innocent. XI, Clem. XI, etc. *(Bened. XIV,* pag. 523, n. 3). — Por lo que toca al uso de los rosarios, debe saberse que es muy anterior á santo Domingo, como que los usaban ya los solitarios en los primeros tiempos de la Iglesia. (Id. id. pág. 524, n. 8).

angélica, á la meditacion de los misterios mas augustos y mas propios para ablandar nuestros corazones? En Tolosa, corriendo el año 1208, fue donde el Santo instituyó el Rosario y comenzó á predicarlo. Los frutos de esta predicacion fueron tan rápidos, que excedieron todas las esperanzas y pasmaron á Roma misma. Los pueblos acudian presurosos para asistir al rezo del Rosario; apiñábanse al rededor del púlpito para oir la explicacion de los misterios; besaban los rosarios, bañábanlos de lágrimas, é interrumpian el rezo con sus suspiros y sollozos. En breve las iglesias no bastaron á contener el prodigioso número de los asistentes, de manera que santo Domingo se vió en la necesidad de acudir á todas partes, obrando donde quiera con su poderosa palabra iguales prodigios. Así fue como el elocuente panegirista del Rosario de María lo cambió y convirtió todo en poco tiempo con una sencilla combinacion de oraciones, moviendo á todos los pueblos á celebrar con él la santidad, la gloria y el poder de la Madre de Dios.

V. Fiesta del santo Rosario. — El Rosario se propagó rápidamente, como hemos dicho, y á semejanza del Escapulario, contó en breve entre sus cofrades papas, reyes, ilustres capitanes, en una palabra, los hombres mas grandes por su talento y piedad. Las indulgencias que se le han concedido son innumerables. Veamos ahora cuál fue el orígen de la fiesta del santo Rosario. El dia 7 de octubre de 1571, los cristianos acaudillados por el insigne D. Juan de Austria consiguieron sobre los turcos la célebre victoria de Lepanto, que fue un golpe mortal para el poderío otomano [1]; y en memoria de este acontecimiento, que salvó la Europa, el papa san Pio V dispuso que cada año se celebrase una funcion en accion de gracias á la Vírgen [2] bajo la advocacion de *Santa María de la Victoria*. Algunos años despues Gregorio XIII ordenó que el primer domingo de octubre de cada año se celebrase una fiesta solemne con la denominacion del santo Rosario, porque la victoria se ganó el primer domingo de aquel mes,

[1] Si este *golpe mortal para el poderío otomano* lo hubiese dado un príncipe francés con una flota francesa, en vez de un príncipe español, cual lo era D. Juan de Austria, y de una flota en su mayor parte española, ¿lo habria callado el abate Gaume?... *(Nota del Censor de la* LIBRERÍA RELIGIOSA).

[2] Eodem die commemoratio S. Mariae de Victoria, quam Pius V pontifex maximus, ob insignem victoriam à Christianis bello navali, eiusdem Dei Genitricis auxilio, hac ipsa die de Turcis reportatam quotannis, fieri instituit. *(Martyrol. Rom.* 1 oct.).

mientras que los fieles rezaban con extraordinario fervor el Rosario por el buen éxito del combate. Clemente XI hizo universal el oficio del Rosario, para perpetuar la memoria de la proteccion de la Vírgen [1].

Hoy dia, mas que nunca, el estado de la Iglesia, de la sociedad y de la familia reclama el auxilio de María : por consiguiente, ya es tiempo, ya es tiempo, en verdad, de que nos unamos todos á los que la invocan. La familia y la sociedad, no menos que el hombre, para encaminarse á Dios necesitan el patrocinio de María; la familia y la sociedad, no menos que el hombre, si se consagran á María, no perecerán : así nos lo dice el oráculo de los siglos, la voz de la experiencia, el testimonio de la fe : ¿qué mayor seguridad podemos desear [2]?

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber multiplicado las prácticas de devocion á María, que son otros tantos poderosos medios de salvacion; hacedme la gracia de que sepa aprovecharme de ellas.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *entraré en las cofradías del Escapulario y del Rosario.*

[1] Véase el *Manual del Rosario*, por Mr. de Sambucy, pág. 73; Bened. XIV, pág. 528, n. 17.

[2] Tenemos una particular satisfaccion en anunciar una nueva devocion á María, cual es la archicofradía del Inmaculado Corazon de la Vírgen para la conversion de los pecadores, fundada el año 1836 en París por Mr. Desgenettes, cura párroco de Nuestra Señora de las Victorias, cuya cofradía, ¡ cosa milagrosa! cuenta ya mas de un millon de asociados. *A Domino factum est istud.* ¡ Ah ! no; no perecerá en Francia el reinado de María...

LECCION XLI.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Rogativas.—Procesion.—Gavilla de la Pasion.—Sabiduría de la Iglesia.—Leyes de la naturaleza sometidas á la influencia de la oracion.—Historia de las rogativas.—Qué debe hacerse para santificarlas.—Procesion de san Marcos.

I. Procesion de las rogativas.—En tiempo de primavera, la Iglesia ostenta en nuestros campos una pompa hermosa y sencilla á la par, como las costumbres rurales: hablamos de las rogativas. En estos dias de oracion, el hombre rústico siente con alegría que su corazon se abre á la influencia de la Religion, y su miés al rocío del cielo: ¡dichoso aquel que dará frutos saludables, y cuyo humilde corazon se inclinará bajo el peso de sus propias virtudes, así como la espiga se inclina bajo el peso del grano que la agobia! Doblan las campanas de la aldea, y á esta señal los campesinos suspenden sus trabajos: el viñador baja de la colina, el labrador atraviesa la llanura, el leñador sale del bosque; las madres, cerrando sus chozas, acuden con sus hijos, y las zagalas dejan las ruecas, las ovejas y las fuentes para asistir á la fiesta.

Reúnense todos en el cementerio de la parroquia junto á los sepulcros de sus abuelos, y en breve comparece todo el clero que ha de asistir á la ceremonia. Redúcese este á un anciano pastor, conocido bajo el solo nombre de *cura*, cuyo venerable nombre, en el que ha venido á trocarse el suyo propio, indica, mas bien que el ministro del templo, el padre laborioso de su grey. Sale de su morada, construida junto al asilo de los muertos cuyas cenizas están bajo su custodia. Este hombre por tantos conceptos respetable está en su presbiterio, como centinela avanzada de las fronteras de la vida, para recibir á los que entran y salen de esta mansion de dolores. Un pozo, algunos álamos, una parra que circuye su ventana y algunas palomas componen todo el patrimonio de este rey de los sacrificios.

Entre tanto el apóstol del Evangelio, revestido con una simple sobrepelliz, reune sus ovejas enfrente de la puerta de la iglesia, y les

hace un discurso muy bueno sin duda, á juzgar por las lágrimas que derraman los asistentes. Óyesele decir á menudo : *Hijos mios, queridos hijos mios;* ved aquí el secreto de la elocuencia de este Crisóstomo de los campos.

Concluida la exhortacion, los concurrentes empiezan á andar cantando : «Saldréis con alegría y seréis recibidos con júbilo; los co-«llados saltarán de gozo y os oirán con regocijo.» El estandarte de los Santos, antigua enseña de los tiempos caballerescos, precede al rebaño, que va en pos y sin órden alguno, con su pastor. En tal disposicion, la comitiva ora recorre caminos sombríos y profundamente sulcados por las ruedas de los carros rústicos; ora salva grandes barreras formadas de un solo tronco de encina; ora transita á lo largo de un seto de oxiacanta donde zumba la abeja, y la alondra y el mirlo hacen oir sus voces canoras. Los árboles están cubiertos de flores, ó vestidos de tierno follaje; los bosques, los valles, rios y peñascos oyen sucesivamente los himnos de los labradores; y los alados huéspedes de los campos, admirados de oir aquellos cánticos, salen de los trigos tiernos y se paran á cierta distancia para ver pasar el rústico acompañamiento [1].

La procesion hace comunmente dos estaciones en otras tantas cruces plantadas en medio de los campos, para invocar á los Santos y rogarles que intercedan con Dios por nosotros. Mientras se dirige á la primera estacion, se cantan los siete salmos penitenciales. ¡Cuántas veces no hemos abusado de los dones de Dios! Las mieses y los frutos cogidos el año último han servido quizás á muchos para ofender á aquel que los habia hecho crecer : ¿qué mejor medio, pues, para obtener otros nuevos que el sincero arrepentimiento, el amor de Dios y la confianza en su misericordia? Estos son los sentimientos que la Iglesia procura infundir en el corazon de los fieles, poniendo en sus labios los cánticos del Rey penitente. Ó vosotros, parece que les dice, ó vosotros que soportais los rigores del frio y del calor, ¿quereis que vuestro sudor fecundice vuestros campos? regadlos primero con lágrimas de arrepentimiento. Por eso en la primera estacion, todos á una voz hacen la siguiente deprecacion: «Oye, oye, Señor, nuestras humildes súplicas. Santa María, ruega «por nosotros. Rogámoste, Señor, que te apiades de tu pueblo : tú,

[1] Chateaubriand, *Rogativas*, t. III, pág. 157.

«ó Cristo, nos has redimido con tu sangre; no sea, pues, eterna tu «irritacion contra nosotros.»

Cuando la procesion se dirige á la segunda estacion, y cuando regresa á la Iglesia, se cantan las Letanías de los Santos. Desde su gloriosa morada, los habitantes de la celeste Jerusalen contemplan á sus hermanos rodeados de aflicciones y trabajos: no han olvidado que tambien fueron peregrinos y desterrados como nosotros, y por eso se les ruega que procuren obtener la fecundidad de los campos, tan necesaria para nuestra existencia. Así el hombre confiesa su dependencia: yo siembro, yo riego, dice, pero quien hace crecer es Dios. Por esta razon tiende hácia el Señor sus manos suplicantes á fin de obtener, por la intercesion de todos los Santos y particularmente de los Patronos de la parroquia, que derrame sobre la tierra sus bendiciones, que temple los ardores del sol, dispense con medida la lluvia y el rocío, disipe las nubes, y aparte las tempestades y el granizo.

Por último la procesion regresa á la aldea. Todo el pueblo se reune en el interior del rústico templo, donde el anciano pastor celebra la misa para fecundizar con la sangre de Jesucristo las oraciones, los trabajos, los campos, las viñas y los prados. Ofrecido el sacrificio, cada cual vuelve á su trabajo, pues la Religion no quiere que el dia en que se piden á Dios los bienes de la tierra, sea un dia de holganza. ¡Con qué esperanza no se hunde el arado en la tierra despues de haber implorado la proteccion de aquel que dirige el curso del sol, y guarda entre sus *tesoros* los vientos del Mediodía y las aguas benéficas!

II. La Pasion y la gavilla de la Pasion. — Pero, es muy poco un dia de oracion; y ya se sabe que en todas las cosas la perseverancia es madre del buen resultado. Esto supuesto, siendo en los meses de mayo á setiembre cuando mas peligran las cosechas; la Iglesia, atenta siempre á socorrer las necesidades de sus hijos, durante aquel largo intervalo los llama cada dia á la oracion, único medio de conjurar las plagas que amenazan destruir sus esperanzas. Desde el dia de la Invencion de la Santa Cruz (3 de mayo) hasta el de su Exaltacion (14 de setiembre), el sacerdote reza cada mañana antes de la misa la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo. ¿Qué oracion puede haber mas eficaz que esta, con la que se recuerdan á Dios los padecimientos de

su Hijo, y se le ruega que en virtud de sus méritos abra su mano y bendiga la tierra?

Durante la lectura de la Pasion se tocan las campanas, para que el labrador desde el campo y el viñador desde la montaña se unan mentalmente al sacerdote y rueguen con él al Señor que se digne escuchar sus peticiones y santifique y fecundice sus trabajos [1]. En demostracion de gratitud por todas estas oraciones, se ofrece al sacerdote la *gavilla de la Pasion;* y á la verdad ¿puede darse recompensa alguna mejor adquirida? ¿No es muy justo que el hombre haga partícipe de sus cosechas á aquel que con sus oraciones ha contribuido á su conservacion ó aumento? Por otra parte, esa demostracion de gratitud no tanto se dirige al sacerdote como á Dios mismo; y ¿quién ignora que el agradecimiento á los beneficios es el mejor medio de alcanzar otros nuevos [2]?

III. Influencia de la oracion sobre la naturaleza. —Cuando el impío oye hablar de oraciones buenas para evitar el granizo y las tempestades, ó para alcanzar la lluvia ó el buen tiempo, se sonrie con aire de desprecio, y parece como que dice á los Católicos : Si hubiérais estudiado como yo las leyes de la naturaleza, sabríais que son inmutables, y que las oraciones de esos pobres hombres no pueden influir poco ni mucho en los fenómenos físicos. La electricidad, por ejemplo, es tan necesaria al mundo como el fuego y la luz; de consiguiente, si el mundo no puede existir sin la electricidad, ¿cómo quereis que exista sin el trueno y el rayo? Sabríais tambien que los físicos han averiguado, por una série de observaciones exactas, que en cada país han de caer anualmente cierto número de pulgadas de agua. Si supiérais todo esto, á buen seguro que no insultaríais á la ciencia con vuestras rogativas.

Señor doctor, le estamos muy agradecidos por la leccion de física que acaba de darnos. La Iglesia católica debe darle tambien un voto de gracias, supuesto que ella mas que otro alguno cree en la influencia de la oracion sobre los fenómenos de la naturaleza. Veamos, empero, si la ciencia de V. está tan bien cimentada como dice.

[1] *Espíritu de las ceremonias,* pág. 213.

[2] La procesion de san Marcos, que se hace en la primavera, tiene por objeto, como las rogativas, atraer las bendiciones del cielo sobre la tierra y sus frutos.

1.° En primer lugar tengo contra la opinion de V. una razon, ó si V. quiere, una preocupacion muy poderosa, y es que *todos los pueblos han orado*. Sí, en todos tiempos y en todos los países veo que se hacen oraciones, sacrificios y procesiones para conjurar los males que amenazan al mundo [1]. Los hebreos oraban para preservar las mieses del granizo y de las tempestades; los romanos oraban con igual objeto, y lo mismo puede decirse de todos los pueblos, civilizados ó bárbaros, antiguos ó modernos: este hecho no puede V. negarlo, señor doctor. ¿Que es una preocupacion dice V.? — Á no equivocarme, esto quiere decir que sabe mas V. solo que todos los pueblos del universo. Pero permítame que le haga una pregunta: ¿Quién es V. para decir al género humano, tú eres un ignorante? ¿No es V. parte, y una parte mínima, de este género humano? Y su razon ¿no es, con respecto á la ciencia de toda la humanidad, como una lámpara sepulcral con respecto al sol? Si V. conceptúa al género humano como ignorante y convicto de tal, ¿quién es V., vuelvo á preguntar, quién es V., átomo imperceptible, para pretender que la razon esté de su parte, y para querer que aceptemos como axiomas sus asertos? Mientras no me muestre sus patentes de infalibilidad, le diré que mas quiero errar con el género humano y con la Iglesia católica que acertar con V.; y, con su perdon, continuaré orando para pedir á Dios que me libre de los males temporales.

2.° Ha dicho V. que el mundo necesita la electricidad, y que de consiguiente el trueno ha de retumbar tantas veces al año; que cada año ha de llover tantas ó cuantas pulgadas de agua, porque la tierra tiene necesidad de ellas. — En cuanto á esto, no hay para que darle á V. gracias, porque su gran sistema de las leyes invariables nos lleva de un tiron al fatalismo, y convierte al hombre en una verdadera estatua. V. me degrada, y sepa que yo no reconozco en hombre alguno el derecho de elevarme hasta la *dignidad* de una máquina. Para mí, el mundo no es un reloj, ni yo una de sus ruedas; pues por encima de las leyes que lo rigen, y que V. supone invariables,

[1] La oracion lo puede todo en la tierra, porque es todopoderosa en el cielo: tal es la opinion de todos los pueblos manifestada universal y constantemente por sus actos. Dios, que dirige incesantemente todos los movimientos de la naturaleza, dice al sol: muévete; Josué dice, por el contrario, al mismo astro: párate; y Josué supera el decreto emanado del trono inmortal, y por efecto de una bondad incomprensible, la Divinidad cede y obedece á la palabra de fe que asciende á ella desde el corazon del hombre.

yo veo un legislador. ¿Habria V. descubierto, por ventura, que hay leyes sin legislador? Lo que es yo, ni lo he descubierto, ni lo creo, y como para mí es esto imposible, tengo fe en ese legislador, á quien todos los pueblos invocan con el nombre de Padre infinitamente bueno, infinitamente grande é infinitamente poderoso, y creo con todos los pueblos que se ruega á Dios como se ruega á un rey y á un padre, y que la oracion tiene la virtud de alcanzar gracias y de precaver los males.

3.° Dice V., señor doctor, que á cada país le tocan de rigor anualmente cierto número de truenos y relámpagos y cierta cantidad de agua pluvial. —Ignoro hasta dónde llegan sus conocimientos de V. sobre la materia; mas, si he de decirle la verdad, me parece imposible el probar con la experiencia, ni aun remotamente, semejante proposicion. Ya supongo que aquí solo se trata de un año comun; pero ¿á qué distancia pone V. los dos términos del período, á la de diez, á la de cien años? Mas ¿cómo puede V. concluir, en buena lógica, de lo que ha sucedido en tan breve espacio de tiempo, que lo mismo sucederá constantemente durante todo el transcurso de los siglos? Yo digo que una ley se reconoce por la permanente reproduccion de sus resultados, y ¿qué fuerza tienen diez ni cien años para probar semejante invariabilidad cuando la prueba ha de extenderse á millares de siglos?

Mas, prescindiendo de esto, demos por supuesto que en cada país haya de caer cada año precisamente la misma cantidad de agua: esta será la ley invariable; pero la distribucion de aquella agua no será sin duda exactamente igual en cada localidad, y aquí está la parte *flexible de la ley;* de manera que á pesar de sus *invariables* leyes de V., todavía podrémos padecer inundaciones y sequías, lluvias *generales* para todos, y lluvias *particulares* para los que las hayan implorado [1]. Pero nosotros oramos, no para que crezca el olivo en Siberia, sino para que no se hiele en Provenza; no para que se disminuya la cantidad de agua necesaria en cada año, sino para que esta misma agua caiga en tiempo y lugar conveniente.

4.° Finalmente, si me permite V. que á mi vez le dé una leccion, ó mejor, un consejo de amigo, le diré: Cuidado, señor doctor; V. anda con malas compañías, y créame V., no es bueno rozarse con semejante *canalla.* Pero, dejando á un lado toda otra consideracion,

[1] Pluviam voluntariam segregabis, Deus, hereditati tuae. (*Psalm.* LXVII).

la moralidad de los hombres que defienden su sistema de V. es ya por sí sola un precedente que dice muy poco en favor de su *veracidad* y aun menos en favor de su *bondad*. Sus maestros de V. son esos mismos filósofos que procuran degradar al hombre despues de haberse degradado á sí mismos; y sino ahí está la historia de su vida y de sus escritos que responderá por mí. Esos tales no hablan mas que de leyes invariables, y no es extraño, porque todo su empeño está en impedir que el hombre ore, para lo cual no hay mejor medio que el que ellos adoptan. Ahora bien, impedir que el hombre ore, es borrar toda idea de un Dios sábio, poderoso, libre y bondadoso que gobierna el mundo, y la idea de las relaciones que nos unen con él como á los hijos con su padre; es romper el lazo de la Religion, único que ennoblece al hombre, porque sin oracion no puede haber religion. De ahí la cólera que se apodera de esos descreidos cuando oyen decir á los predicadores y á los moralistas que las calamidades materiales de este mundo son castigos de Dios [1]. Sin embargo los moralistas y los predicadores tienen razon; las *calamidades* están destinadas á *castigarnos*, y si se nos *castiga* es porque lo merecemos. No obstante, podríamos dejar de merecerlo, y despues de haberlo merecido, todavía podríamos alcanzar que se nos perdonase.

Ahora, señor doctor, pregunte V. á sus maestros si tienen algunas otras reflexiones mas sensatas que exponernos acerca del particular: y mientras aguardamos su respuesta, nosotros creerémos que estamos presenciando uno de aquellos muchos casos en que la filosofía, despues de grandes y penosos rodeos, viene á descansar en el seno de la creencia universal. Por lo demás, aun no desconfio de ver acogerse á ella á la generalidad de los filósofos y físicos de nuestra época, y espero, señor doctor, que V. será uno de tantos.

En cuanto á nosotros los fieles, que tenemos la dicha de vivir tranquilos en el seno de la verdad católica, procuremos avivar nuestra fe con la influencia de la oracion sobre las leyes y los fenómenos físicos, como lo vamos á hacer estudiando la historia de las *rogativas*.

IV. Orígen de las rogativas. — La observancia de las *rogativas* debe su orígen á las calamidades particulares de la ciudad de Viena, en Francia. Hacia ya mas de medio siglo que no pasaba un año, ni siquiera una estacion sin que el Delfinado y la Saboya tuviesen que

[1] Véase *Veladas de San Petersburgo*, t. I, conversacion IV.

deplorar algun nuevo desastre. Tal multitud de calamidades que se sucedian unas á otras, presentándose á veces muchas de ellas á la par, habian reducido aquellas desdichadas provincias á un estado de desolacion cási universal. Los terremotos se repetian cási diariamente, de suerte que los mas sólidos edificios no podian resistir á tan récios sacudimientos; los incendios reproducíanse con una frecuencia espantosa, y las fieras en medio del dia salian de los bosques y presentábanse en las calles y plazas como para desafiar á los habitantes reunidos.

El público sobresalto íbase aumentando por instantes, cuando en la noche de Pascua del año 469, mientras que todo el pueblo se hallaba reunido en la iglesia con su obispo, san Mamerto, para la celebracion de los santos oficios, se pegó fuego á la casa consistorial, edificio magnífico, situado en una eminencia. Al ver los rápidos progresos del incendio, cada cual temió por su propia casa: los fieles todos desampararon la iglesia para atender á su seguridad; abandonóse el oficio divino, y el santo Obispo se quedó solo delante del altar.

Por dicha de la ciudad de Viena, san Mamerto no creia en la inmutabilidad de las leyes de la naturaleza, y por tanto ofreció á Dios con todo el fuego de su fe y caridad fervientes oraciones y lágrimas para aplacar su ira, y rogó encarecidamente á su divina bondad, que pusiera un término á tal cúmulo de males que eran causa de que su pueblo no le sirviera con el amor y fidelidad que le eran debidos. Empezaba á amanecer, cuando, con grande admiracion de todos, se observó que el incendio se apagaba repentinamente. La alegría que produjo tan maravilloso suceso indujo al pueblo á volver á la iglesia para continuar el oficio. Terminados los augustos misterios, y dadas gracias á Dios por tán visible favor, el santo Obispo dijo á su pueblo que la oracion y la penitencia eran el verdadero remedio para los males que afligian la ciudad y la provincia, y que en medio de la general alarma, él habia pensado y ofrecido á Dios hacer *rogativas* con aquel objeto.

Estas *rogativas* debian consistir en Letanías, ó *suplicaciones* públicas hechas en órden de solemne procesion y acompañadas de ayuno general. Todo el mundo aplaudió la piadosa idea del Pontífice, y de comun acuerdo, el clero y el pueblo fijaron para cumplir el voto los tres dias anteriores al de la Ascension. El santo Obispo desig-

nó para la estacion, ó sea el término de la primera procesion, una iglesia situada á corta distancia de la ciudad. Todos los habitantes asistian á ella muy devotamente, con semblante humilde y compungido, y acompañando con suspiros y lágrimas el canto de los salmos. Viendo san Mamerto el religioso celo de su pueblo, determinó trasladar á mayor distancia la estacion ó término de las siguientes procesiones.

La piadosa institucion produjo efectos maravillosos, y por efecto de la saludable emulacion que en aquellos siglos de fe despertaban siempre entre los pueblos los ejercicios devotos, propagóse en breve fuera de la diócesis de Viena. Los Obispos de las Galias, convencidos de la santidad y utilidad de aquella práctica, la introdujeron en sus iglesias. San Cesáreo, obispo de Arles, que presidió en el año 506 el concilio de Agde, habla de las *rogativas* de san Mamerto en términos que dan á entender que en su tiempo estaban ya establecidas en las provincias sometidas á los visigodos. Á principios del siglo VI se extendieron al resto de las Galias que formaba los Estados de Clodoveo I, rey de Francia, y desde entonces nunca mas se interrumpió su observancia en esta nacion. De Francia pasaron á España en el siglo VII, y á Roma al finalizar el VIII, reinando Leon III. En Francia eran verdaderas peregrinaciones, ó procesiones de larga carrera; y aunque al principio se guardaban como festivos los tres dias de rogativas, poco despues esta obligacion se redujo á asistir á las procesiones y á la misa.

V. Modo de santificarlas. — El ayuno prescrito en los primeros tiempos se reduce hoy dia á la abstinencia [1], cuya observancia es el primer requisito para santificar las rogativas. El segundo es la asistencia á las procesiones. Instituidas para la conservacion de nuestros bienes temporales, estas piadosas y edificantes ceremonias reclaman la presencia de todos nosotros, ricos y pobres. Esto supuesto, ¿no és una cosa muy triste el ver que solo algunos niños y mujeres siguen al pastor cuando va á implorar las bendiciones del cielo para todo el pueblo? Hombres interesados que continuais entregados al trabajo mientras que la Iglesia os llama á la oracion, ¿ignorais acaso que quien algo puede no es el que siembra y riega, sino el que hace crecer? ¿No sabeis que de nada os serviria el levantaros antes de la aurora, si el Señor no hiciese fructificar vuestros campos? Y

[1] Véase *Historia de las fiestas cristianas*.

vosotros, hombres indiferentes que desde los umbrales de vuestras tiendas y talleres veis pasar nuestras procesiones con los brazos cruzados y tal vez con la sonrisa en los labios, decidme, ¿no teneis nada que temer ni que pedir? ¿teneis vosotros algun imperio sobre los vientos y las tempestades, el granizo y los incendios? ¡Ah! ¡será que Dios haya agotado los medios de castigar vuestros insultantes menosprecios! ¡Santo cielo! ¡á qué estado de ceguedad nos conduce la indiferencia y la irreligion, aun cuando se trata de nuestros intereses materiales! Por lo que toca á nosotros, ó cristianos, que conocemos toda la influencia de la oracion, asistamos á las procesiones de las rogativas exactamente, con modestia, poseidos de verdaderos sentimientos de penitencia y compuncion, y pidiendo á Dios la gracia de hacer un santo uso de los bienes que solicitamos de su liberalidad.

VI. Procesion de san Marcos. — La iglesia de Roma, que habia recibido de nosotros las rogativas, nos comunicó á su vez la *Gran Letanía* ó procesion de san Marcos. En el mes de noviembre del año 589, el Tíber se desbordó con tal furia, que amenazó sumergir la ciudad eterna. Las aguas, al retirarse, dejaron en los campos una infeccion que produjo una terrible peste, siendo el papa Pelagio II una de sus primeras víctimas. Su muerte causó una consternacion general que iba en aumento con los progresos de la peste que asolaba toda la ciudad. San Gregorio el Grande, sucesor de Pelagio, juzgó que era necesario aplacar la ira de Dios con oraciones, ayunos y lágrimas de penitencia, á cuyo fin exhortó al pueblo á que le secundase con una sincera enmienda de vida; y los piadosos habitantes de la capital respondieron presurosos al llamamiento del Pontífice. Para que la reunion de los fieles que debian concurrir en procesion á las oraciones públicas se hiciera con órden, dividió el clero, los religiosos y el pueblo en siete secciones, y de ahí el nombre de Letanía septiforme con que se designa la procesion de san Marcos [1]. Las oraciones duraron tres dias, en cada uno de los cuales salian las procesiones á las nueve de la mañana. En todas las calles y plazas de la ciudad resonaba el canto del *Kyrie eleison, Señor, tened misericordia*. El primer dia, en menos de una hora, murieron de la peste ochenta personas, sin que disminuyera por esto la confianza de san Gregorio. Sin embargo, la fe del santo Papa no tardó en verse

[1] Acerca de esto, véase Baronio, *Anal.* año 590, pág. 4.

premiada, pues al finalizar el tercer dia de procesion, cesó enteramente el azote.

De mucho tiempo acá las tres procesiones están reducidas á una sola que se hace el 25 de abril, dia de san Marcos. Esta procesion hacíase ya en la mayor parte de las iglesias de Francia á principios del siglo IX. En Roma y en algunas de nuestras diócesis es aun hoy dia obligatoria la abstinencia [1]. Por lo demás, las rogativas y la procesion de san Marcos son otras de tantas pruebas de la maternal solicitud de la Iglesia, la cual, no contenta con socorrer las necesidades espirituales de sus hijos, se desvela tambien por remediar sus necesidades temporales. Á semejanza de su augusto Esposo, puede decir en toda la extension de la palabra lo que ninguna secta podrá decir jamás : HE PASADO HACIENDO BIEN.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por la gran solicitud que habeis mostrado en favor de nuestros intereses temporales; concedednos que merezcamos, por el fervor de nuestras oraciones, los bienes necesarios á nuestra vida, y sobre todo haced que usemos de ellos para mayor gloria vuestra.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *asistiré con devocion á las procesiones de las rogativas.*

[1] *Tratado de las fiestas movibles*, t. II, pág. 99.

LECCION XLII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

La Ascension.—Objeto de esta fiesta.—Necesidad de la Ascension del Salvador.—Su historia.—Huellas de los piés del Salvador.—Motivos de alegría en el dia de la Ascension.—De qué modo debe celebrarse esta fiesta.—Su armonía con la estacion.

I. La Ascension.—Hemos visto como el Hijo de Dios bajó del cielo, nació, vivió y murió por rescatar al hombre y reparar su obra menoscabada por el pecado original. Habian pasado cuarenta dias desde que el divino Reparador habia probado, hasta á los mas incrédulos, la resurreccion. En su mano estaba el abreviar su estancia en la tierra para descansar de los trabajos de su humanidad; pero su amor para con nosotros le hacia permanecer ausente de la morada de los Ángeles: tomárasele por un príncipe desterrado que, revocado ya el decreto de proscripcion, no queria, sin embargo, regresar todavía á su país natal, porque durante su destierro se habia acostumbrado á amar á los hombres con quienes habia padecido [1].

Si hoy se separa de nosotros, es tambien por causa de su amor. El noble vencedor va á tomar posesion del reino conquistado con su sangre, para colocar en seguida á la humanidad sobre el trono de la gloria inmortal. ¿Quereis presenciar el cumplimiento de este misterio que corona la obra de la redencion? pues venid conmigo á Jerusalen.

Mirad al Salvador rodeado de sus discípulos, en las inmediaciones de Bethania, de aquel pueblo situado en la falda del monte Olivete, á unos quince estadios de Jerusalen, de donde salió el Hombre-Dios para hacer su entrada triunfante en la ciudad deicida. Una piadosa tradicion nos dice que fué allí para despedirse de sus amados huéspedes, Lázaro, Marta y María que moraban en Bethania [2]. En compañía de estos sube á aquella montaña, testigo poco há de

[1] *Cuadro poético de las fiestas*, pág. 220.
[2] Corn. à Lapid. *in ultim. cap. Luc.*

su agonía: descubriréisla desde el camino, yendo de Jerusalen á Jericó; es la mas alta de las inmediaciones de la ciudad de David; su falda está cubierta de verdura, su cumbre coronada de vides y olivos. Al llegar á la cúspide, el Hijo de Dios se para y dice á sus discípulos colocados á su alrededor: «Se me ha dado toda potestad «en el cielo y en la tierra; id, pues, en mi nombre por todo el mundo «y predicad el Evangelio á toda criatura: enseñad á todas las gen- «tes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Es- «píritu Santo, enseñándolas á observar todas las cosas que os he man- «dado. Y mirad que yo estoy con vosotros todos los dias hasta la con- «sumacion de los siglos [1].»

Y al mismo tiempo les abrió el entendimiento para que entendiesen las Escrituras, y viesen que todo cuanto los Profetas habian predicho con respecto á Jesucristo, se habia cumplido en su persona. «Vosotros sois testigos de todas estas cosas, añadió; no las olvideis. «Voy á enviar sobre vosotros el don de mi Padre que se os ha pro- «metido; mas vosotros permaneced aquí en la ciudad hasta que seais «vestidos de la virtud de lo alto [2].» Para consolarles de su partida y manifestarles que su amor para con ellos era el móvil de todas sus acciones, les dice: «Conviene á vosotros que yo me vaya; porque «si no me fuere, no vendrá sobre vosotros el Espíritu consolador [3].» ¡Pues cómo! Salvador mio, ¿será que vuestra presencia sensible sirva de obstáculo á las comunicaciones del Espíritu Santo? Así parecen indicarlo vuestras palabras; ¿cuál es, pues, su significacion?

Al principio fue necesario desapegar á los Apóstoles del amor á las cosas sensibles por medio del amor á la presencia sensible del Hijo de Dios encarnado. Pero si el Salvador les aficionó por algun tiempo á su presencia visible, fue con el único objeto de acostumbrarles insensiblemente al amor de la justicia, de la verdad, de la caridad, de la humildad y de todas las demás virtudes acerca de las cuales les daba tan admirables preceptos y tan insignes ejemplos. El amor sensible de Nuestro Señor es útil y hasta necesario á los principiantes; pero al fin llegaria á ser perjudicial á los que han de pasar de la infancia espiritual á una edad y á un estado mas perfectos, en los cuales deben amar á Jesucristo como Dios, como verdad eter-

[1] Matth. XXVIII, 18-20.
[2] Luc. XXIV, 48 et 49.
[3] Ioan. XVI, 7.

na, como justicia y santidad incorruptibles. Por esto era necesario que Jesucristo subiese á los cielos, pues de otro modo los Apóstoles no hubieran podido amarle con un amor puramente espiritual, ni por consiguiente recibir su Espíritu Santo [1].

Por fin, llega el momento supremo: el Preceptor del género humano va á privar al mundo de su presencia visible; los divinos labios que han instruido al universo van á cerrarse. Era un jueves á mediodía, cuarenta dias despues de la resurreccion [2]: el Salvador, volviendo por última vez sus divinos ojos á su Madre y á sus discípulos, extendió la mano, los bendijo y se elevó en medio de ellos. Así como en su resurreccion habia salido del sepulcro por su propio poder, así tambien en la ascension se elevó por sí mismo, sin que como Elías tuviera necesidad de un carro de fuego, ni de Ángeles, ni de otro auxilio alguno. Una nube resplandeciente le rodeó, y montado en este nuevo carro triunfal desapareció en breve de la vista de todos.

Mirando estaban aun los discípulos al cielo, cuando se les aparecieron dos Ángeles en figura de hermosos mancebos y les dijeron: «Varones galileos, ¿qué estais mirando al cielo? este Jesús que de «vuestra vista se ha subido al cielo, así vendrá, como le habeis vis«to ir al cielo [3].» Entonces los discípulos le adoraron inclinándose hasta el suelo, besaron las huellas de los piés, y volvieron gozosos á Jerusalen, donde permanecieron con la Vírgen María, aguardando el cumplimiento de la promesa que el Señor les habia hecho, y alabando entre tanto á Dios en el templo. De este modo se realizó la partida del Hijo de Dios de esta tierra que con su mano poderosa habia criado el dia del nacimiento del mundo, y que habia regado con su sangre el dia de la redencion.

II. Huellas de los piés de Nuestro Señor. — En la parte mas culminante del monte Olivete, desde donde el Salvador subió al cielo, quedaron impresas las huellas de sus divinos piés en el lugar mismo en que tocó la tierra por última vez. ¡Cuántos siglos, cuántas generaciones las han visto, las han besado con respeto, y regado con lágrimas de arrepentimiento y amor! San Jerónimo, Sulpicio Severo, san Paulino de Nola, son testigos irrecusables de este hecho

[1] Tomasino, *Celebracion de las fiestas.*
[2] *Constit. apost.* lib. VI, c. 19.
[3] Act. I, 11.

milagroso [1], y su autoridad está corroborada por la del gran Agustin: «Se va á Judea, dice el ilustre Obispo de Hipona, para adorar «las huellas de los piés de Jesucristo, que se ven en el lugar desde «el cual subió al cielo [2].»

Durante el sitio de Jerusalen por Tito, el ejército romano estuvo por mucho tiempo acampado sobre el monte Olivete, sin que el movimiento de los soldados, ni los piés de los caballos, ni los trabajos del campamento para los cuales necesariamente habia que remover la tierra, pudiesen borrar aquellos sagrados vestigios. Estos se veian aun tan claramente en tiempo de la emperatriz Elena, madre de Constantino el Grande, que cuando esta piadosa Princesa hizo edificar la basílica de la Ascension en el lugar mismo desde el cual sabíase que Jesucristo habia subido al cielo, aunque se intentó cubrir de mármol, como todo el resto del templo, las divinas huellas, no pudo conseguirse en manera alguna, pues todo cuanto se ponia encima era rechazado por un poder invisible, de suerte que fue preciso dejar aquel lugar á descubierto, tal como se habia encontrado. Desde entonces aquel sitio fue uno de los objetos de mayor veneracion para los cristianos que de todas las provincias del Imperio y de la naciones extranjeras iban en gran número á visitar los Santos Lugares.

San Jerónimo refiere acerca del particular otro portentoso milagro. Dice el gran Doctor: «Cuando se quiso acabar el techo de la basí«lica de la Ascension, no fue posible cerrar la parte de la bóveda «que correspondia perpendicularmente encima de las huellas del Sal«vador. Por tanto, fue preciso dejar descubierto el espacio por el «cual se habia elevado de la tierra y metido en la nube, pudiendo «así los fieles contemplar el camino que Jesucristo habia seguido para «subir al cielo [3].»

En este estado permanecian aun las cosas á fines del siglo VII, cuando un obispo de Francia, llamado Arculfo, visitó los Santos Lugares [4]. En la edad media, el edificio fue arruinado por efecto de

[1] S. Hier. t. III, pag. 295; Sulp. Sev. *Hist. sacr.* lib. II, c. 48; S. Paulin. *Epist. XXX ad Sever.*, et S. Optat. lib. VI, pag. 85.

[2] Ibi sunt vestigia eius, modo adorantur, ubi novissime stetit, unde ascendit in coelum. (S. Aug. *Tract. XXXVII, in Ioan.* § 4; Bened. XIV, pag. 332, n. 53).

[3] S. Hier. supra.

[4] Adamnam. *in Act. SS. Benedict. lib. I, de locis sanctis.*

las guerras de los sarracenos; por último, un viajero recien llegado de la Palestina dice lo siguiente : «En la cumbre del monte Olivete «hay una mezquita construida en el lugar mismo que antes ocupaba «un magnífico templo edificado por santa Elena, en el sitio en que «estuvo Jesucristo cuando subió al cielo despues de su resurreccion. «Esta mezquita, que amenaza ruina, está rodeada de miserables ca-«sas habitadas por turcos.

«En el centro, en una especie de capilla, se ve la huella impresa «en la roca por el pié izquierdo del Salvador, al tiempo que, par-«tiendo de la tierra, se remontó á los cielos. Se asegura que los tur-«cos sustrajeron la huella del pié derecho para trasladarla á la mez-«quita del templo. La del pié izquierdo se conserva todavía muy vi-«sible, aunque un poco gastada por efecto de los innumerables be-«sos que hace tantos siglos imprimen continuamente en ella los «peregrinos, y quizás tambien á consecuencia de algunos piadosos «hurtos cometidos á despecho de una atenta vigilancia [1].»

III. Entrada de Nuestro Señor en el cielo. — El Hijo de Dios, que acababa de dejar impresas en una peña las señales de sus piés, como un monumento eterno de su paso por esta tierra que habia santificado con su sangre, encaminábase rápidamente hácia la Jerusalen celestial. Pero ¡qué ejército invisible, qué carros de fuego forman el ornamento de su triunfo! Va acompañado de las almas de los antiguos Patriarcas, de los santos Profetas y de todos los hombres virtuosos, para los cuales el cielo habia estado hasta entonces cerrado, y á quienes elevaba ahora consigo, llevando cautiva la misma cautividad. Todos aquellos cautivos, libres ya, seguian al Redentor en su triunfo, cantando su victoria. Jesús, despues de haberles arrancado del poder del demonio, los llevaba consigo al cielo como trofeos de su victoria, como ricos despojos conquistados á los enemigos, como precio de su sangre adorable, como ornamento y gloria de su triunfo. «¡Qué grande y magnífica procesion á la que los «Apóstoles todavía no merecian asistir! exclama san Bernardo [2].»

De repente ábrense las puertas del cielo. ¡Quién será capaz de pintar el asombro de los Ángeles cuando vieron la naturaleza humana de Jesucristo elevada encima de ellos y colocada á la diestra del mismo Dios! cuando vieron que Jesucristo, que, como hombre,

[1] *Peregrinacion*, t. I, pág. 287 y sig.
[2] *Serm. II in Ascens.* n. 3.

habia sido ignominiosamente juzgado y condenado á muerte, era ahora reconocido por Señor de toda la creacion y Juez supremo de los hombres!

En este dia, pues, la Iglesia de la tierra, uniéndose á la Iglesia del cielo, celebra con enajenamiento el triunfo del que es Esposo y Cabeza suya. El oficio de la Ascension respira la mas viva alegría, y va acompañado de una procesion particular destinada á representar el tránsito de los Apóstoles de Jerusalen á Bethania, y de allí al monte Olivete para presenciar la subida de Nuestro Señor al cielo, y luego su regreso á Jerusalen, para prepararse en el retiro á recibir el Espíritu Santo. Por eso para hacer esta procesion debe aguardarse á la hora de Tercia, es decir, sobre las nueve de la mañana, porque á esta hora fue cuando el Salvador subió la santa montaña en compañía de sus discípulos.

El dia de la Ascension debemos representarnos todas las circunstancias de aquel viaje. Figurémonos que nosotros mismos acompañamos al Salvador, y entreguemos nuestro corazon á los sentimientos de la fe; pero sobre todo no olvidemos que nos han precedido diez y ocho siglos en la celebracion de esta fiesta [1]; procuremos recordar los ejemplos, la piedad, las piadosas lágrimas y los santos deseos de nuestros padres, y yo os fio que esta fiesta y esta procesion no serán para nosotros cosas indiferentes.

IV. Modo de celebrar dignamente la fiesta de la Ascension. — Sin embargo, este misterio, tan propio para colmar de alegría á los bienaventurados, ¿no ha de ser un motivo de tristeza para nosotros que hemos quedado huérfanos sobre la tierra? «¿Qué parte me corres«ponde á mí en esta solemnidad?» exclama san Bernardo [2]. ¡Cómo! ¿olvidais acaso, gran Santo, que todos los actos de Jesucristo son dictados por su amor? Ved aquí los motivos por los cuales debeis alegraros:

1.° Jesucristo sube á los cielos para enviarnos el Espíritu Santo consolador, aquel Espíritu que debia regenerar el mundo del mismo modo que fecundó el cáos el dia de la creacion. *Si yo no me fuere,* dice Jesucristo, *no vendrá sobre vosotros el Espíritu* [3]. Si nuestro Pa-

[1] San Agustin dice positivamente que la fiesta de la Ascension procede de los Apóstoles. *(Epist. LIV).*

[2] *Serm. III in Ascens.*

[3] Ioan. XVI, 7.

dre nos priva de su presencia, no es para dejarnos huérfanos, sino para colmar nuestros corazones de los preciosos dones del Espíritu Santo; oremos, pues, y suspiremos para que el divino Consolador nos encuentre dignos de recibir sus inspiraciones; roguémosle que ilumine nuestro entendimiento y purifique nuestro corazon. Á la manera que la serpiente de Moisés devoró todas las serpientes de los Magos, el Espíritu divino ha de consumir todos nuestros apetitos é inclinaciones sensuales. En aquel gran dia, digamos al Señor por nosotros y por todo el mundo: *Envia tu Espíritu, y todo será criado, y renovarás el semblante de la tierra* [1]; ¡mucho lo necesita esta por cierto!!!

2.° Jesucristo sube al cielo para abrirnos sus puertas, y prepararnos los asientos. Su victoria es completa: nuevo Adan, abre al género humano las puertas del cielo, cerradas por los crímenes del primer Adan. ¡Con qué noble orgullo ha de palpitar nuestro corazon! Tengo un lugar reservado en el cielo; sí, yo, pobre é infeliz criatura, que tal vez voy cubierto de harapos; yo, mendigo, pastor humilde ú oscuro labrador; yo, débil niño, desconocido, ó quizás despreciado de todo el mundo, ¡tengo reservado un lugar en el cielo! Demonio envidioso de la felicidad de nuestros primeros padres, vencido estás. Mira, nuestra naturaleza era maldita y condenada al oprobio, y de repente ha sido exaltada, y se le han abierto los cielos; éramos indignos de vivir, y somos llamados á la inmortalidad; esta naturaleza humana que tú habias degradado ocupa ahora en la persona de Jesucristo el primer lugar en el cielo, y lo que tú despreciaste es objeto de la adoracion de los Ángeles. Mira, repito, esa misma naturaleza humana que perseguias con encono y cuya ruina creias haber consumado, es ahora coronada en el cielo, ocupa tu lugar y el de tus malditos ángeles: ella está en el cielo, y tú en el infierno. ¡Alégrate ahora de tu envidia y de tus falsedades!

Así pues, en la persona de Jesucristo estamos al presente en posesion del cielo, á donde subió en calidad de precursor; pero el precursor presupone á otro que ha de venir en pos de él, y este otro eres tú, soy yo, es todo el género humano, porque Nuestro Señor murió por todos los hombres.

3.° Jesucristo sube al cielo para guardar nuestros asientos. No contento con habernos facilitado el camino de la Jerusalen celestial,

[1] Psalm. CIII.

de habernos abierto sus puertas y preparado en ella los asientos, quiere además asegurarnos su posesion. ¿Qué hace en el cielo? Como protector nuestro, aboga sin cesar por nosotros. «Hijitos mios, «decia el Apóstol amado, esto os escribo, para que no pequeis. Mas «si alguno pecare, tenemos por abogado con el Padre á Jesucristo «el justo, aquel que ha derramado su sangre, no solo por nuestros «pecados, sino por los de todo el mundo [1].» Pontífice eterno, nos reconcilia con su Padre mostrándole las señales de sus llagas impresas en sus piés y manos adorables; y luego, continuando en la tierra el sacrificio de su cuerpo y de su sangre, opónelo perpétuamente, como un escudo, á los rayos de la venganza divina. Primogénito entre sus hermanos, que somos nosotros, reivindica en favor nuestro sus derechos á la herencia paterna, cuya herencia le pertenece, como Dios, por naturaleza, y como hombre, por su sangre. El cielo, conquista suya, es tambien nuestro, porque lo ha conquistado para nosotros.

V. Armonía de esta fiesta con la estacion. — Sigamos al águila sublime que se remonta hoy á los cielos: nosotros somos sus polluelos; ved como extiende sus alas, convidándonos á cobijarnos en ellas para llevarnos consigo. «Mas acordémonos, dice san Agustin, de que «el orgullo no sube al cielo con el Dios de la humildad, ni la avari-«cia con el Dios de la pobreza, ni la molicie con el Dios de los dolo-«res, ni la impureza con el Hijo de la Vírgen, ni los vicios con el «Padre de las virtudes.» Elevemos, pues, nuestros corazones; despeguémonos de todas las aficiones que nos degradan; subamos, subamos siempre; toda la naturaleza nos convida á ello y parece que quiere tambien subir al cielo. Y sino, mirad al rededor vuestro en la época de la Ascension: millares de pájaros salen de sus nidos y emprenden su primer vuelo hácia los cielos; las plantas levantan sus tiernos tallos á lo alto; los árboles empujan sus nuevos ramos hácia el cielo. ¡Arriba, arriba los corazones! nos grita toda la naturaleza.

San Agustin descubre aun otra armonía entre la fiesta de este dia y la estacion en que se celebra. «Dios, autor de la naturaleza y de «la gracia, dice aquel gran Doctor, quiere establecer alguna rela-«cion entre los misterios de su Hijo y las estaciones del año. El Re-«dentor viene al mundo cuando los dias son mas cortos y empiezan

[1] I Ioan. II, 1-2.

«á alargarse, para significar que encuentra al mundo en medio de «las tinieblas, y que él viene á traerle la luz. Muere y resucita du«rante el plenilunio del primer mes: entonces este astro, que con sus «mutaciones nos representa la instabilidad de las cosas terrenas, está «del todo oscurecido por la parte que mira al cielo, y brilla con toda «su luz por la parte vuelta hácia la tierra; pero luego empieza á apar«tarse de la tierra y á aproximarse al sol, para volver toda su cara «luminosa á la parte del cielo.

«Este espectáculo está en perfecta armonía con la muerte y la re«surreccion del Salvador, en virtud de las cuales nos elevamos hácia «el cielo y hácia el Sol de justicia, cuanto nos habíamos inclinado há«cia la tierra. El Hijo de Dios subió al cielo, y envió el divino fuego «de su Espíritu Santo en aquella época del año en que el sol está en «su apogeo, es decir, en la mayor elevacion y á su mayor distancia «de la tierra: nueva armonía que nos recuerda que Jesucristo, des«pues de haberse elevado de la tierra, derramó sobre el mundo las «mas ardientes llamas de su caridad [1].»

Estas admirables relaciones, cuya realidad advierte todo entendimiento reflexivo, se prueban además por la analogía de las leyes divinas. En efecto, supuesto que el autor de la gracia es tambien criador de la naturaleza, ¿no convenia que pusiera en armonía esas dos grandes obras, para que los cambios que sobrevienen en la naturaleza, y el mismo espectáculo del universo, léjos de distraer nuestro entendimiento, lo fijaran en las verdades de la Religion? Si á esta observacion se añade lo que dijimos acerca de la historia del género humano, se inferirá que la naturaleza, la historia universal del género humano, y la economía de la Iglesia, son tres libros maravillosos entre los cuales existe una magnífica armonía; libros sencillos y sublimes á la par que se corroboran mútuamente, y en los cuales Dios ha escrito con caractéres de fuego todo lo necesario para apartar nuestros pensamientos y afectos de este mundo, y elevarlos al cielo con Jesucristo [2].

VI. Orígen de esta fiesta. — La fiesta de la Ascension es de orígen apostólico, y en los primeros tiempos de la Iglesia hacíase ya la procesion que se celebra aun hoy dia en memoria del viaje que Nuestro Señor y los Apóstoles hicieron al monte Olivete, donde el

[1] Apud Thomas. lib. II, n. 10.
[2] Id. ibid. n. 10 et 11.

divino Maestro bendijo á sus discípulos y se ausentó de la tierra en su presencia [1]. Esta fiesta es el complemento de todas las solemnidades de Nuestro Señor, y el feliz término de su peregrinacion por la tierra [2]. Lo mismo hemos de hacer todos nosotros: como hijos de Dios, debemos volver á Dios: en estas palabras se resume toda nuestra vida.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber subido al cielo para abrirme las puertas y prepararme un lugar en él; hacedme la gracia de que algun dia pueda reunirme con Vos.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *miraré con frecuencia al cielo y diré: Allí tengo yo reservado un lugar.*

[1] Illa autem quae non scripta, sed tradita custodimus, quae quidem toto terrarum orbe servantur, dantur intelligi vel ab ipsis Apostolis, vel plenariis conciliis, quorum est in Ecclesia saluberrima auctoritas, commendata atque statuta retineri, sicut quod Domini Passio, Resurrectio et Ascensio in coelum et adventus Spiritus Sancti anniversaria solemnitate celebrantur, et si quid occurrit, quod observatur ab universa, quacumque se diffundit, Ecclesia. (S. Aug. *Epist. XLIV).*

[2] Consummatio et adimpletio est reliquarum solemnitatum, et felix clausula totius itinerarii Filii Dei. (S. Bern. *Serm. II de Ascens.).*



LECCION XLIII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Pentecostes. — Víspera de Pentecostes. — Grandeza de la fiesta de Pentecostes. —Su historia, y diferencia entre la antigua y la nueva Ley. — Efectos producidos por el Espíritu Santo en los Apóstoles; doble milagro. —Efectos que produce en nosotros. — Qué debemos practicar para hacernos dignos de ella.

I. Pentecostes. — Así como el arquitecto hábil procura que antes de llegar á un palacio haya que cruzar largas avenidas; así como una madre cariñosa y prudente hace esperar por algun tiempo á su hijo el premio que ha de recompensar sus tiernas virtudes; así tambien la Iglesia quiere que sus grandes festividades vayan precedidas de largas preparaciones, con lo que demuestra un gran conocimiento del corazon humano. El Adviento nos prepara para Navidad; la Cuaresma, para Pascua; el tiempo pascual, para Pentecostes. «Nos «preparamos, dice Eusebio, á la fiesta de Pascua con cuarenta dias «de ayuno, y nos disponemos para la fiesta de Pentecostes con cin«cuenta dias de santo regocijo [1].» ¿Cuál es la causa de tal regocijo? El mismo historiador nos lo dirá: «Por Pascua, dice, recibimos el «Bautismo, y por Pentecostes el Espíritu Santo, que es la perfec«cion del Bautismo. La resurreccion de Jesucristo fortificó á los Após«toles; mas el dia de Pentecostes se consumó su caridad, y se les «hizo invencibles. En aquel dia dióse á la Iglesia el Espíritu Santo «con la plenitud necesaria para subyugar al universo; por cuya ra«zon considero la Pascua de Pentecostes como la mayor de todas las «fiestas [2].» Los diez dias que la preceden son para los buenos cristianos dias de recogimiento y oracion, durante los cuales se retiran al Cenáculo con la Vírgen María y los Apóstoles, para prepararse á recibir al Espíritu Santo en la abundancia de sus dones.

II. Víspera de Pentecostes. — Sin embargo, parece que la Iglesia, anhelando por hacernos dignos de los favores de su divino Es-

[1] *De vit. Const.* lib. IV, c. 44.
[2] Ibid.

poso, todavía no se da por contenta con estas preparaciones, pues vemos que ha instituido para la fiesta de Pentecostes una vigilia muy solemne, cuyo oficio tiene gran semejanza con el de la víspera de Pascua. La razon de esta semejanza se comprende fácilmente, considerando que en aquellas dos noches magníficas y para siempre memorables se administraba á los catecúmenos el Sacramento de la regeneracion. En los primeros siglos, el oficio empezaba con doce lecciones destinadas, como las del Sábabo Santo, á la instruccion de los catecúmenos; pero actualmente no se leen mas que cuatro, relativas tambien al Bautismo y á la ley de gracia.

En la *primera* se recuerda la promesa que Dios hizo á Abrahan de bendecir en su posteridad á todas las naciones de la tierra; cuya promesa tiene entero cumplimiento el dia de Pentecostes con la efusion del Espíritu Santo, que Jesús, hijo de Abrahan segun la carne, envia al mundo.

La *segunda* trata de la ley establecida por Moisés, figura de la ley nueva promulgada el dia de Pentecostes, y en la cual nos iniciamos por medio del Bautismo.

La *tercera* refiere la vision de Ezequiel, y nos muestra aquellos dilatados campos cubiertos de huesos humanos que se mueven, se reunen y forman cuerpos, y estos cuerpos, cobrando nueva vida al soplo del Espíritu, se convierten otra vez en hombres: admirable pintura del estado del género humano á la promulgacion del Evangelio, y de la vida nueva que le comunicó el Espíritu Santo.

La *cuarta* se encamina á manifestarnos los efectos que el Espíritu Santo produce en las almas, y la diferencia que existe entre los que están animados de este Espíritu, y los que todavía conservan el espíritu del hombre viejo. No hay nada mas magnífico que estas lecciones, nada mas grande que las instrucciones que en ellas se contienen [1]. Sigue despues la procesion, la bendicion de las pilas bautismales, y la misa que carece de *Intróito*, como la del Sábado Santo. La víspera de Pentecostes se solemniza con ayuno, cuya práctica se observaba ya en el siglo VIII [2].

[1] Durand. lib. VI, c. 206.

[2] Serm. LX, sub. Ambros. nomine inter ambrosiana. — Nullum antiquitus inter Pascha et Pentecostem fuisse ieiunium; sed consequuta sunt tempora, cum laudabilis invecta est ieiunandi consuetudo in pervigilio Pentecostes. (Bened. XIV, pag. 354, n. 38).

III. Grandeza de esta fiesta. — Las preparaciones con que la Iglesia católica nos dispone á la celebracion de la Pascua de Pentecostes no nos parecerán nada exageradas, si consideramos la excelencia de esta festividad. Porque primeramente, por la importancia de su objeto excede inmensamente á todas las fiestas profanas; y luego, es tan superior al Pentecostes de los judíos, como lo es la ley de gracia con respecto á la ley de temor, y el cumplimiento del misterio de nuestra redencion con respecto á los tipos y figuras que lo anunciaban. La tercera persona de la augusta Trinidad descendiendo sobre el universo para regenerarlo, así como en el dia de la creacion habia descendido sobre el cáos para fecundizarlo; el divino Redentor completando la grande obra, objeto de todos sus misterios; un pueblo nuevo destinado á adorar á Dios en espíritu y en verdad, desde el Oriente hasta el Occidente; la destruccion del Judaismo; la muerte del Paganismo; la alianza universal de Dios con los hombres realizada despues de cuarenta siglos de promesas: tales son las maravillas que encierra la fiesta de Pentecostes, tales los objetos que ofrece á nuestra alabanza y contemplacion.

Y despues de esto, ¿habrá quien extrañe el gran júbilo que la Iglesia católica muestra en la celebracion de esta fiesta? Necesaria es toda la fria insensibilidad del hombre indiferente para no sentirse poseido de reconocimiento y alegría cada vez que se acerca aquel dia memorable. En efecto, ¿por ventura la fiesta de Pentecostes no es la fiesta de la civilizacion? Decid, naciones cristianas, ¿cuál es el orígen de las luces, de las costumbres, de las instituciones é ideas nuevas que, cambiando la faz del mundo y sustituyendo la ley de la caridad al derecho brutal del mas fuerte, os han hecho lo que ahora sois? Si aparentais haberlo olvidado, ingratos, la Iglesia católica se encarga de repetíroslo, como lo repitió á las naciones que os precedieron, y lo repetirá á las que os sucederán: diez y ocho siglos hace que celebra la fiesta de Pentecostes, y vosotros todos, ricos y pobres, reyes y pueblos, deberíais celebrarla con ella como celebrais el dia de vuestro cumpleaños; porque, os lo repito, el Cenáculo fue vuestra cuna; de allí os viene esa superioridad intelectual y moral de que tan ufanos os mostrais.

IV. Historia de esta fiesta. — Recordemos ahora las circunstancias en medio de las cuales se realizó este misterio. Los Apóstoles, despues de la ascension de su divino Maestro, volvieron á Jerusalen,

y allí esperaron el cumplimiento de su promesa. Hallábanse en un cenáculo, es decir, en un aposento elevado y separado del resto de la casa. Como en la Palestina el techo de los edificios era muy bajo, el aposento mas elevado era el mas grande y retirado, y en él tenian los judíos sus oratorios particulares [1]. Se cree que los Apóstoles estaban reunidos en la casa de María, madre de Juan Marcos, aquel fervoroso discípulo de quien habla san Lucas. Mas, sea cual fuere el lugar en que se hallaban reunidos, los Apóstoles representaban la Iglesia universal. Aguardando estaban el cumplimiento de las promesas de su divino Maestro, cuando el dia décimo de su ascension y quincuagésimo de su gloriosa resurreccion descendió sobre ellos el Espíritu Santo. Esto acaeció un domingo, en que los judíos celebraban la Pascua de Pentecostes, para que la ley nueva se publicase el mismo dia en que la ley antigua, á la que debia sustituir, habia sido dada en el monte Sínai.

Pero ¡qué diferencia! La ley antigua habia sido promulgada en medio de truenos y relámpagos, y al sonido estrepitoso de las trompetas; amenazaba de muerte á los infractores; estaba escrita en unas tablas de piedra, y fatigaba con la multiplicidad de los mandamientos y prácticas que imponia á un pueblo ignorante y grosero, á quien debia sujetársele con el temor mas bien que con el amor. La nueva ley, al contrario, es una ley, no de temor, sino de gracia, destinada á ser escrita, no en la piedra, sino en los corazones de los hombres. Hija del Espíritu Santo, principio de consuelo, de suavidad y amor, no podia ser promulgada con el aparato imponente y las amenazas que acompañaron la publicacion de la ley mosáica. Hasta entonces Dios habia tenido esclavos; en adelante queria tener hijos.

Como decíamos, pues, el domingo, dia de Pentecostes, estando los Apóstoles reunidos y siendo sobre las nueve de la mañana, oyen de repente un estruendo semejante al de un gran viento que sopla del cielo, y llena toda la casa en que se hallan [2]. Esta señal de la llegada del Espíritu Santo, destinada á llamar la atencion de los Apóstoles, está llena de misteriosa significacion. Ese viento que viene de arriba, mensajero de las santas inspiraciones, es el soplo de la

[1] Dan. VI, 10. La emperatriz Elena mandó edificar una magnífica iglesia en el mismo lugar en que el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles. (Quaresmius, lib. IV, *Elucid. Terrae Sanctae*, c. 5).

[2] Act. II, 1, 2.

gracia que alimenta en nuestras almas la vida espiritual, así como el aire atmosférico mantiene nuestra existencia física; la vehemencia con que sopla denota el poder que la gracia tiene en los corazones para cambiarlos y vivificarlos; y finalmente llena toda la casa, para significar que el Espíritu Santo ofrece sus dones á los hombres de todos los países, que nos transforma en nuevos seres y penetra todas nuestras facultades.

Á este primer prodigio en breve sucede otro. Aparecen unas lenguas de fuego que se reparten y reposan sobre la cabeza de cada uno de los miembros de aquella dichosa asamblea. Este fuego es el mismo Espíritu Santo; el cual gusta de tomar formas exteriores que simbolicen los admirables efectos que produce interiormente en nuestras almas. Cuando el Salvador recibió el Bautismo, aparecióse en forma de paloma para demostrar la inocencia y la abundancia de obras santas que produce el Sacramento de la regeneracion: hoy su presencia se manifiesta en forma de lenguas de fuego, emblema elocuente de la unidad de creencia y amor que va á convertir á todos los hombres en un solo pueblo de hermanos. El fuego alumbra, eleva y transforma en sí mismo todo lo que toca: semejantes á estos son los efectos que el Espíritu Santo produce en nuestras almas. El fuego se manifiesta en forma de lenguas mas bien que en forma de corazones, para dar á entender que los dones del Espíritu Santo se derraman sobre los Apóstoles, no solo para que amen á Dios, sino para que lo hagan amar tambien á los otros, comunicándoles por medio de la palabra el fuego de la caridad. Esa forma representa tambien el don de lenguas que ha de facilitar á los Apóstoles su comunicacion con las diversas naciones, para predicarles la doctrina del divino Maestro [1].

De este modo reparó el Salvador las últimas consecuencias del pecado. Los descendientes de Noé, en castigo de su orgullo por ha-

[1] Créese que el dia de Pentecostes, inmediatamente despues del milagro de la venida del Espíritu Santo que, instituyendo la Iglesia, abolia la Sinagoga, san Pedro celebró la primera misa para inaugurar solemnemente el Cristianismo. Veresimilior cardinalis Bonae sententia est (*Rer. Liturg.* lib. I, c. 5) qui dicit et existimat ab Apostolis primae missae celebrationem usque ad Pentecostem cum divino Sancti Spiritus haustu sunt repleti; vetus enim viguit lex usque ad Pentecostem; nam nova lex ante Pentecostem nondum satis promulgata habebatur: quamobrem, sacerdotio nondum translato, non decebat novum sacrificium offerri, ut nos etiam docuimus, Instit. 21. (Bened. XIV, p. 356, n. 42).

ber intentado construir la torre de Babel, fueron despertados por medio de la confusion de las lenguas, la cual acarreó la confusion de las ideas, el olvido de las tradiciones santas, y produjo odios y divisiones eternas entre los pueblos. El don de lenguas concedido al comenzar la predicacion del Evangelio es el feliz presagio de la próxima reunion de todos los pueblos en la unidad de creencia y amor, para no formar mas que una sola y grande familia destinada *á pregonar la gloria del Señor desde el nacimiento del sol hasta su ocaso* [1].

V. Efectos del Espíritu Santo. — La venida del Espíritu Santo obró inmediatamente en los Apóstoles un doble milagro: milagro interior y milagro exterior.

Obró un milagro interior colmando todas sus facultades de los dones de Dios. Su entendimiento, iluminado con una luz divina, penetró sin ningun esfuerzo el sentido de las antiguas profecías y de los Libros sagrados, lo mismo que los misterios de la fe y todas las verdades reveladas. La magnífica economía del Cristianismo, su objeto, sus medios, su fin, la admirable bondad del divino Maestro, el exceso de su amor para con los hombres, la profundidad de los consejos de Dios, y su poder ilimitado en las diversas manifestaciones de su gracia, todos esos misterios, impenetrables aun para las criaturas mas perfectas, dejaron de ser oscuras para los Apóstoles. En cuanto á su corazon, el amor divino lo penetró de manera que lo limpió de toda impureza, y lo llenó de las mas abundantes gracias y de las virtudes mas sublimes. En una palabra, el Espíritu Santo transformó á los Apóstoles en unos nuevos hombres.

La prueba auténtica de esta transformacion interior es el milagro exterior de su conducta. ¿No oís como esos doce galileos, esos pescadores sin ninguna especie de cultura ni instruccion, hablan y escriben con una elocuencia, con una dignidad y profundidad que pasma á los hombres mas sábios, citan, cuando conviene, con exactitud, y aplican con suma sagacidad los pasajes mas difíciles y oscuros de los Libros santos? Todo esto probaba con evidencia á los mas incrédulos que aquellos hombres no hablaban por sí solos, como igualmente lo probaba su valor y su celo por la gloria de Dios.

¡Singular espectáculo! Esos doce pescadores, el mas atrevido de los cuales, á la voz de una criada, negaba pocos dias hace tres veces á su Maestro, arrostran á los magistrados, á los reyes, y á toda

[1] Psalm. CXII.

la tierra conjurada contra ellos. «Ved, dice san Crisóstomo, con qué «intrepidez se conducen. Superan todos los obstáculos, á la manera «que el fuego devora la paja que halla á su paso. Ciudades enteras «se levantan contra ellos; las naciones se coligan para perderles; las «guerras, las fieras, el hierro, el fuego les amenazan. ¡Vanos es- «fuerzos! á vista de tales peligros se mantienen tan serenos, cual si «se tratara de amenazas y enemigos quiméricos. Están desarmados, «y hacen frente á legiones enteras; carecen de toda humana instruc- «cion, y compiten con multitud de oradores, sofistas, filósofos, y los «confunden. San Pablo por sí solo humilla el orgullo de la Acade- «mia, del Liceo y del Pórtico: los discípulos de Platon, de Aristóte- «les y Zenon se quedan mudos en presencia de él [1].»

Y para dar á todos los siglos un testimonio auténtico de este doble milagro realizado en los Apóstoles, el Judaismo y el Paganismo se desploman, y sobre sus ruinas levántase el Cristianismo. Lo decimos otra vez, y no nos cansarémos de repetirlo; del dia de Pentecostes data la revolucion mas grande y admirable que ha presenciado el linaje humano. Este es un hecho patente que habla sin cesar á todos los hombres para consuelo de los que creen, para tormento de los incrédulos, y para predicar á todos el amor á una Religion que ha cambiado la faz del mundo.

Estos prodigios que el Espíritu Santo obró el dia memorable de su venida, los opera todavía en las almas bien preparadas. Verdad es que los dones exteriores han cesado, porque no son ya necesarios; pero podemos aun obtener los interiores. La Iglesia nos mueve á solicitar estos dones interiores, sobre todo el dia de Pentecostes; y con harta razon, en verdad, porque tanto nosotros como la sociedad necesitamos de ellos ahora mas que nunca. Por eso en el oficio de este gran dia, la tierna madre de los Cristianos, la protectora de la sociedad, la Iglesia católica, pone en boca de sus hijos y canta con ellos la siguiente prosa, tan propia para atraer el Espíritu Santo á los corazones:

Veni, sancte Spiritus, et emitte coelitus lucis tuae radium.

Ven, Espíritu Santo, ilumínanos mas y mas, y haz brillar de continuo á nuestros ojos los rayos de tu celeste luz.

Veni, Pater pauperum; veni, dator munerum; veni, lumen cordium.

Ven, tú que eres el padre de los pobres. ¡Ah! nosotros pobres,

[1] Homil. IV in Act.

no solo de los bienes de esta vida, sino tambien de los de la vida futura; por cuya razon somos dos veces dignos de tu compasion y de tus larguezas. Derrámalas, pues, con abundancia sobre nosotros, ó tú que eres luz de las almas y dispensador de los dones.

Consolator optime, dulcis hospes animae, dulce refrigerium.

Nosotros vivimos miserablemente, abrumados de tristeza, de dolores y trabajos. En vano buscamos en los hombres nuestro consuelo; pues solo encontramos en ellos unos *consoladores onerosos* que acibaran nuestros males, y nos abandonan en medio de nuestro dolor. Ó Espíritu consolador, tú eres el mejor amigo, el único que ofreces al alma afligida un asilo pacífico y un agradable refrigerio.

In dolore requies, in aestu temperies, in fletu solatium.

En tí hallamos suave descanso despues del trabajo, apacible sombra en los ardores del estío, y un temperamento eficaz contra el hervor de nuestras pasiones; tú enjugas las lágrimas que derramamos en este penoso tránsito de la vida á la eternidad.

O lux beatissima! reple cordis intima tuorum fidelium.

¡Oh luz agradable y consoladora! ven y derrama una suave serenidad en las almas que te son fieles. Una triste oscuridad las rodea en algunos momentos nebulosos; llénalas de la pura alegría que te acompaña.

Sine tuo numine, nihil est in homine, nihil est innoxium.

Sin tu divino auxilio, nada tenemos, ni podemos, ni somos; no hay en nosotros mas que debilidad, miseria y flaqueza.

Lava quod est sordidum, riga quod est aridum, sana quod est saucium.

Purifícanos de toda mancha de impureza é iniquidad, riega este corazon seco y árido; cura las llagas de mi alma, aplicándoles remedios eficaces y saludables.

Flecte quod est rigidum, fove quod est frigidum, rege quod est devium.

Dobla este corazon rebelde é indócil; vence su resistencia y obstinacion; ablándalo con tus persuasivas inspiraciones; derrite ese hielo que le hace tan frio para con los objetos que debieran inflamarle de amor. ¿No ves como se pierde por los senderos de la iniquidad? ¡Ay! vuélvele al camino de la justicia.

Da tuis fidelibus, in te confidentibus, sacrum septenarium.

En tí hemos puesto toda nuestra coufianza, pues que fuera de tí

en vano buscaríamos dónde ponerla. Concede á todos tus siervos los preciosos dones que traes del cielo: la sabiduría, el entendimiento, el consejo, la fortaleza, la ciencia, la piedad, el temor de Dios, y todas las demás gracias que me son tan necesarias.

Da virtutis meritum, da salutis exitum, da perenne gaudium.

Colma nuestras almas de virtudes sólidas y cristianas, que son las únicas meritorias á tus ojos; condúcenos al dichoso término de nuestra salvacion, á aquella gloria, á aquel contento, á aquellas delicias que no tendrán fin. *Amen*, así sea, *Amen* [1].

Juzgamos inútil advertir que la fiesta de Pentecostes deriva de los Apóstoles, y que se ha celebrado siempre con la mayor pompa. Añadirémos tan solo que en la edad media, en aquellos siglos de fe viva, incomprensible para nuestra época de glacial indiferencia, observábase el dia de Pentecostes una costumbre ritual que tenia alguna semejanza con los sagrados dramas. Así que el coro entonaba la admirable prosa que acabamos de explicar, oíase en la iglesia un gran ruido de trompetas, á imitacion de aquel estruendo de que nos habla san Lucas, y al mismo tiempo caian de la bóveda del templo multitud de chispas mezcladas con flores de toda especie, y sobre todo con hojas de rosas encarnadas, emblemas del regocijo y de la diversidad de lenguas que los Apóstoles hablaron á las naciones. Por último soltábanse varias palomas que revoloteaban por la iglesia y eran otras imágenes de aquel Espíritu que es la fuerza y la suavidad misma. Figurémonos cuál debia ser el religioso fervor de aquella multitud de fieles reunidos bajo las sagradas bóvedas, cuando al canto unánime de la hermosa secuencia se unia el estrepitoso sonido de las trompetas, una lluvia de flores y de chispas de fuego que espiraban sobre las cabezas, y el agradable rumor producido por el aleteo de las palomas. Aquellas almas, llenas, como hemos dicho, de ardiente fe, retrocediendo algunos siglos, se identificaban deliciosamente con los Apóstoles, las santas mujeres y María madre de Jesús, reunidos en el Cenáculo de Jerusalen. ¿Qué milagros de caridad y de abnegacion no serian capaces de hacer unas almas excitadas y vivificadas de tal suerte? En aquellos mo-

[1] *Catecismo de Couturier*, t. I. Créese generalmente que el autor de esta prosa fue el papa Inocencio III, que murió en el año 1216, aunque algunos la atribuyen al B. Hermann Contractus, religioso de Mezrow, que falleció en 1054. (Véase Benedicto XIV, *De festis*, pag. 355, n. 41).



mentos de santa exaltacion, no habia imposibles para el amor de un cristiano del siglo XIII. Las Cruzadas, las instituciones religiosas, las catedrales góticas son elocuentes testimonios de la fuerza y de la constancia del divino amor que lo transportaba. ¿No podríamos exclamar aquí con el cardenal Bona:

«Este es verdaderamente el amor, aquel amor que desciende del «cielo á la tierra en forma de llamas, y que vibra asimismo sus apacibles rayos [1] ?»

VI. Preparacion para la fiesta de Pentecostes.—Vamos á concluir con una reflexion que puede servir de régimen á nuestra conducta. Un deseo ardiente de recibir el Espíritu Santo, y sobre todo el desapego de todo amor desordenado á las criaturas, son los dos medios esenciales de atraerle á nuestros corazones: ¡á tal punto llegan los *celos* de aquel divino Espíritu! En verdad no podia darse amor sensible mas legítimo ni mas santo que el que los Apóstoles tenian á la presencia corporal de su divino Maestro; y sin embargo fue necesario desterrar en algun modo de su alma aquel amor, para que el Espíritu Santo se posesionase de ella y la llenase. *Si yo no me fuere,* les decia el Salvador, *no vendrá á vosotros el Consolador* [2].

Si es cierto, pues, que el demasiado apego de los Apóstoles á la presencia sensible de la humanidad de Jesucristo fue un obstáculo para que descendiera á ellos el Espíritu Santo, ¿quién será el presuntuoso que espere recibir la visita del divino Consolador mientras sea esclavo de su cuerpo? El pensar que esta celestial dulzura pueda amalgamarse con el placer de los sentidos, que este divino bálsamo pueda combinarse con el veneno de las pasiones, que la luz del Espíritu Santo sea capaz de armonizar con las tinieblas del siglo, es un error muy grande. ¿Hay acaso alguna relacion entre la verdad y la mentira, entre el fuego de la caridad y el hielo de las pasiones mundanas? No, no, cuanto mas carnal es el hombre, mas se aleja de él el espíritu de Dios. Por esto el Cristianismo se va alejando ahora de los hombres y de los pueblos. Los mundanos dicen: El Cristianismo está gastado. ¡Insensatos! vosotros sois los que estais gastados para el Cristianismo.

[1] Scilicet hic amor est proprios effusus in ignes
Placido qui fulminat ictu?
L'Univers, 2 de junio de 1840.

[2] Ioan. XVI, 7.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber enviado el Espíritu Santo á los Apóstoles, y por medio de ellos á toda la tierra; no permitais que contriste jamás en mí á este Espíritu consolador.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *me guardaré de resistir á las inspiraciones de la gracia.*

LECCION XLIV.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Fiesta de la Trinidad. — Antigüedad y universalidad de esta fiesta. — Rehabilitacion de todas las cosas en nombre de la santísima Trinidad. — Objeto final del culto católico. — Institucion de la fiesta particular de la Trinidad. — Dogma de la santísima Trinidad y sus imágenes sensibles. — Influencia de este misterio. — Ejemplo de nuestros deberes para con Dios, para con el prójimo, y para con nosotros mismos.

I. Fiesta general de la Trinidad.—Esta es la mas antigua de todas las fiestas religiosas, aunque, bajo algun respecto, es una de las mas modernas. Dios, al criar el mundo, se edificó un templo, y se dedicó una fiesta formando el tiempo, porque *todas las cosas las ha hecho el Señor por sí mismo* [1] (esto es, para su gloria). La criatura no puede dejar de pertenecer á su Criador, ni dejar de ser destinada á su gloria. Esto supuesto, siendo Dios trino el criador de todos los seres y de todos los tiempos, síguese de aquí que, en realidad, ninguna religion ha podido tener otro objeto que el culto del Criador. La consagracion del mundo y del tiempo á la gloria de la augusta Trinidad fue violada y profanada por el Paganismo. Jesucristo, restaurador universal, vino á la tierra para reparar los estragos del pecado y restituir todas las cosas á su primitiva institucion, siendo las criaturas y el tiempo consagrados nuevamente por él á la gloria de la augusta Trinidad.

1.° Las criaturas inteligentes. En efecto, el Verbo hecho carne ordenó que todas las naciones fuesen regeneradas en nombre de la Trinidad: *Id, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo* [2]. Desde entonces la Iglesia católica no ha dejado nunca de bautizar en nombre de las tres divinas personas. Y ¡cuántas veces, desde que nacemos hasta que morimos, no hace en nosotros la señal de la santísima Trinidad! En nombre de la adorable Trinidad somos regenerados con las aguas

[1] Prov. XVI, 4.
[2] Matth. XXVIII, 19.

del Bautismo; en nombre de la augusta Trinidad somos fortificados por la gracia de la Confirmacion; en nombre de la santísima Trinidad se nos perdonan los pecados en el sacramento de la Penitencia; en nombre de la venerable Trinidad recibimos el cuerpo y la sangre del Salvador; finalmente, en nombre de la augusta Trinidad se fortifica el enfermo con el óleo santo, se consagra al sacerdote y se une á los esposos. Bajo la invocacion de las tres personas de la adorable Trinidad recibimos la bendicion de los sacerdotes y pontífices y comenzamos los santos oficios. La Iglesia, al dirigir las preces al Todopoderoso, invoca siempre la santísima Trinidad, y termina siempre sus cánticos, ya sean alegres ó fúnebres, glorificando al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo. Esto en cuanto á las criaturas dotadas de razon.

2.° Las criaturas irracionales. En nombre de la Trinidad son tambien santificadas todas las criaturas irracionales. Efectivamente, á cualquier punto del orbe católico que volvamos los ojos, vemos que por medio de la señal de la cruz se consagra el agua, el fuego, el aire, la tierra, la sal, la piedra, la madera, el hierro, la ropa, en una palabra, todo lo que la Iglesia quiere segregar de la masa comun. La señal de la cruz restituye todas estas cosas á su santidad primitiva, y las separa de las malignas influencias del demonio, imprimiéndoles nuevamente el carácter de su orígen, el sello de la augusta Trinidad. ¡Ah! qué de profundos misterios se encierran en la señal de la cruz, cuyo frecuente uso la Iglesia católica únicamente ha conservado! En ella se comprende toda la historia del mundo, su creacion en estado de santidad, y su rehabilitacion por Jesucristo y la santísima Trinidad. Esto en cuanto á las criaturas privadas de razon.

3.° El tiempo. Por medio del Bautismo los hombres son sus hijos, su cuerpo el templo, su espíritu el sacerdote de la Trinidad, y toda su vida la fiesta; y como la sucesion de todas las existencias individuales que forman la vida del linaje humano compone la duracion del tiempo, este se halla ya bajo un sentido consagrado á la gloria de la santísima Trinidad por medio del bautismo del hombre, porque todos nuestros pensamientos, palabras y acciones han de tener relacion con la gloria de las tres augustas personas y formar un himno continuo en su alabanza. Le pertenece bajo un sentido mas directo aun, por cuanto la Iglesia católica consagra todos los instantes

de la duracion á la santísima Trinidad, á la cual no hay dia en el año ni hora en el dia en que no le rinda homenaje en todas sus oraciones, y hasta ha prescrito una fórmula de homenaje llamada *Doxología* para honrar en todos los instantes y celebrar distintamente las adorables personas del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo: sagrada fórmula con que termina todos sus salmos, responsorios é himnos.

¿Qué dirémos de sus fiestas? Advertid con qué esplendor demuestran nuestras solemnidades, cuya sucesion compone la duracion del tiempo, la verdad sublime de que la santísima Trinidad es el fin de todo el culto católico. ¿Puede existir objeto mas noble? Así como las fiestas de los Santos y de la augusta María se refieren á Jesucristo, de quien son miembros todos los bienaventurados, y los honramos con relacion á Jesucristo; del mismo modo adoramos por relacion á la divina Trinidad al mismo Jesucristo, que está esencialmente unido ó mas bien es uno en sustancia con el Padre y el Espíritu Santo; por lo cual las personas divinas son unas de otras inseparables, hasta en nuestras devociones y en nuestro culto [1].

Aclararémos esta sublime doctrina con algunos ejemplos. Si honramos á Jesucristo encarnándose en el seno de María, vemos en seguida al Padre y al Espíritu Santo cooperando á la realizacion de este misterio; si honramos á Jesucristo en su pasion, vemos al momento al Padre que le entrega á la muerte, y al Espíritu Santo que, como un fuego divino, consume esta víctima inocente [2]; si honramos á Jesucristo en su resurreccion, vemos al Padre que le resucita y al Espíritu Santo que le hace entrar en una nueva vida [3]: si honramos á Jesucristo subiendo al cielo, vemos al Padre en la gloria del cual reposa, y al Espíritu Santo á quien envia; finalmente, si honramos á Jesucristo encerrándose y haciéndose adorar en la Eucaristía, solo vemos en él una víctima que no puede honrarse mas que uniéndose á ella é inmolándose con ella al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

[1] Tomasino, *Fiestas*, lib. II, c. 18.

[2] Proprio Filio suo non pepercit: per Spiritum Sanctum semetipsum obtulit immaculatum Deo. (*Hebr.* IX, 14).

[3] Quem suscitavit à mortuis, qui praedestinatus est Filius Dei in virtute sua secundum Spiritum sanctificationis ex resurrectione mortuorum Iesu Christi. (*Rom.* I, 4).

¿Qué mas necesitamos para convencernos de que no hay fiesta en la religion cristiana, que no lo sea verdaderamente de la Trinidad, pues que todas las demás no son sino medios para hacerla, y escalones para elevarnos á ella como el verdadero y único término de nuestro culto?

II. Fiesta particular de la Trinidad.—Así pues, cuando se trató de establecer una fiesta particular de la santísima Trinidad para satisfacer los deseos de los que la pedian, grandes doctores y grandes santos se opusieron diciendo que siendo todas las fiestas del año partes de la general y perpétua de la Trinidad, era supérfluo instituir una particular y sujeta á la revolucion anual de las otras. ¿No es de temer, añadian, que una fiesta particular acarree el olvido de la general y perpétua que debe ocupar incesantemente el alma y el corazon de los Cristianos? ¿No es querer limitar lo que no ha de tener límites, y reducir al mismo Dios á la condicion de los Santos, es decir, de sus propias criaturas, estableciéndole una fiesta aparte? ¿No es ignorar que no hay fiestas, templos ni altares que no pertenezcan únicamente á la santísima Trinidad?

Por todos estos motivos, y obrando con la consumada prudencia que la distingue, la Iglesia romana tardó mucho tiempo en admitir la fiesta particular de la santísima Trinidad. El papa Alejandro II, que subió á la Santa Sede en 1061, escribia: «La «fiesta de la Trinidad se observa de distinto modo en diferentes igle-«sias; pero la Iglesia romana no tiene fiesta particular de la Trini-«dad, porque la honra todos los dias y á todas las horas del dia, «pues todos sus oficios contienen alabanzas y terminan glorificando «á la Trinidad [1].»

Sin embargo, como la Iglesia de la ciudad eterna, madre y soberana de todas las demás, no condenaba la fiesta particular de la Trinidad, las iglesias sus hijas que la habian adoptado continuaron celebrándola. Se cree que fue establecida en el siglo IX por al-

[1] Praeterea festivitas sanctissimae Trinitatis secundum consuetudines diversarum regionum à quibusdam consuevit in octavis Pentecostes, ab aliis in dominica prima ante Adventum Domini celebrari. Ecclesia siquidem Romana in usu non habet, quod in aliquo tempore huiusmodi celebret specialiter festivitatem, cum singulis diebus gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto, et caetera similia dicantur ad laudem pertinentia Trinitatis. *(Decretal. Quoniam, tit. de Feriis).*

gunos obispos que solo la propusieron en un principio para dar nuevo pasto á la devocion de sus fieles; con esta idea, Estéban, obispo de Lieja, mandó componer un oficio por los años de 920: algunas iglesias cercanas lo admitieron, y la fiesta de la Trinidad se extendió de pueblo en pueblo, aunque el abad Ruperto, que vivia á principios del siglo XII, habla de ella como de una fiesta adoptada en su época, y dedica un libro entero á explicar su misterio [1]. Su celebracion, que se habia dejado hasta entonces á la devocion de las iglesias particulares, se fijó en el domingo de la octava de Pentecostes, lo cual se verificó con corta diferencia en el siglo XIII [2].

Se eligió sin oposicion este domingo por dos razones: la primera, porque estaba vacante, es decir, que no tenia oficio. En efecto, la ordenacion que se verificaba el sábado anterior no principiaba hasta despues de Vísperas y duraba hasta muy entrada la noche, especialmente cuando habia muchos ordenandos. Con frecuencia se prolongaba la ordenacion hasta el amanecer, para que pareciera que se celebraba el mismo domingo, y este dia pudiera tener en cierto modo oficio que impidiera el que quedara vacante [3]. Pero como las personas piadosas pedian un sacrificio para este dia, se colocó en él el oficio y la fiesta de la santísima Trinidad. La segunda razon por la cual se puso en uno de los dias de la octava de Pentecostes, fue para recordar á los fieles que la Trinidad es el fin y consumacion de todas las fiestas y misterios de Nuestro Señor [4].

Finalmente, la Iglesia romana se decidió tambien á adoptarla en el siglo XIV y bajo el pontificado de Juan XXII, viendo que la fiesta particular de la santísima Trinidad no perjudicaba en nada á la fiesta general y perpétua de las tres personas adorables. Aquel Papa la fijó irrevocablemente en el domingo despues de Pentecostes, y mandó sustituir con su oficio el de la octava, que se terminó desde entonces el sábado de las cuatro Témporas á la hora de Nona. La Iglesia no señala á la fiesta particular de la santísima Trinidad mas que una categoría secundaria entre las fiestas del año, con objeto indudablemente de no perjudicar á la fiesta general, y de-

[1] Lib. II *Div. offic.*
[2] Durand. *Rational.* lib. VI, c. 86.
[3] Mabil. *Mus. ital.* t. II, pag. 103.
[4] Tomasino, lib. II, c. 18.

mostrar que no podemos celebrar dignamente un misterio tan augusto; misterio tan superior á cuanto podemos imaginar, que en el capítulo general del Cister en el año 1230 se prohibió predicar sobre él á causa de la dificultad del asunto, aunque se mandó al mismo tiempo que la fiesta de la Trinidad fuese general en todas sus casas [1].

III. Influencia del misterio de la santísima Trinidad.—Sin embargo, aunque juzgueis incomprensible el misterio de la santísima Trinidad, no por eso deja de ser incontestable y utilísimo para la norma de nuestras costumbres. Semejante al sol que nuestros ojos no pueden mirar, pero cuya luz nos deslumbra y su existencia es visible, el dogma de la santísima Trinidad nos presenta por doquiera testimonios evidentes de su existencia. Sin hablar de la mencion que con tanta frecuencia se hace de ella en la Escritura, ni de las numerosas figuras bajo las cuales la hace entrever Dios á los antiguos [2], vemos en torno nuestro y llevamos en nosotros mismos imágenes de este misterio. El sol, por ejemplo, os ofrece la luz, los rayos y el calor; tres cosas distintas que sin embargo son de la misma sustancia, y tan antiguas como el sol. El hombre, criado á imágen de Dios, lleva tambien grabada en sí mismo la imágen de la santísima Trinidad; nuestra alma posee tres facultades distintas: la memoria, el entendimiento y la voluntad, y estas tres facultades pertenecen sin embargo á la misma sustancia y tuvieron el mismo principio que ella [3].

Hemos dicho tambien que el misterio de la santísima Trinidad es utilísimo para el arreglo ó norma de nuestra vida. Comprended, ó hombres, cuánto os ennoblece este dogma. Criados á imágen de la santísima Trinidad, habeis de formaros bajo su modelo, lo cual es un deber sagrado para vosotros. Sí, adorais una Trinidad cuyo carácter esencial es la santidad; y no hay santidad tan eminente á la que no podais llegar por medio de la gracia del Espíritu santificante, amor sustancial del Padre y del Hijo; y para adorar dignamente la augusta Trinidad, debeis ser por consiguiente santos como ella en cuanto es posible á débiles humanos.

[1] Sermonem in capitulo propter materiae difficultatem fieri non oportet.

[2] Genes. I, 26; III, 22; XI, 7; XIX, 24; Psalm. II, 11; CIX, 1; Hebr. XV, y Mr. Drach, *Armonía de la Iglesia y de la Sinagoga*, t. I.

[3] Véase sobre las imágenes de la santísima Trinidad entre las criaturas, el magnífico Tratado de san Agustin, *De Trinitate*.

Dios es santo en sí mismo, es decir, que no hay en él pecado ni sombra de pecado; sed, pues, santos en vosotros mismos. Dios es santo en sus criaturas, es decir, que imprime á todas el sello de su santidad, y no permite en ninguna el mal ó el pecado, pues lo persigue con celo incesante, sucesivamente suave ó severo, pero siempre paternal; sed tambien vosotros santos en vuestras obras y en los demás, ya evitando escandalizarlos nunca, ya esforzándoos en preservarlos ó librarlos del pecado. «Sed santos, nos dice el Señor, por«que soy santo [1].» Y en otro paraje: «Sed perfectos como vuestro «Padre celestial: haced bien á todos, así como él que envia el sol «para los buenos lo mismo que para los malos, y hace que llueva «sobre el campo del justo lo mismo que sobre el del pecador [2].»

La augusta Trinidad, además de ser modelo de santidad, es decir, de nuestros deberes para con Dios, lo es tambien de nuestra caridad, es decir, de nuestros deberes para con nuestros hermanos. Debemos amarnos unos á otros como se aman las tres divinas personas, así nos lo manda el mismo Jesucristo; y esta admirable union fue el objeto de las postreras súplicas que dirigió á su Padre cuando instituyó la santa Eucaristía: pide que seamos *uno* entre nosotros, como él es *uno* con su Padre, y desea que en esta union santa, fruto de la gracia, reconozcamos que su Padre le ha enviado á la tierra, y distingamos á los que están con él. «Que tambien sean «ellos, dice, una cosa en nosotros, para que el mundo crea que tú «me enviaste. Se conocerá que sois mis discípulos, si os amais los «unos á los otros [3].» «¿Qué exigís de nosotros, divino Maestro, ex«clama san Agustin, sino que estemos perfectamente unidos de co«razon y voluntad? Quereis que lleguemos á ser por medio de la «gracia y por imitacion lo que son las tres personas divinas por ne«cesidad de su ser, y que así como todo es comun entre ellas, la ca«ridad del Cristianismo nos despoje de todo interés personal.» ¿Quién podrá explicar la eficacia omnipotente del misterio de la santísima Trinidad? Por ella se vieron vivir en medio de la sociedad pagana, sociedad de odio y egoismo, á los primeros cristianos, fieles discípulos de las tres augustas personas, y no formar mas que un corazon y un alma, y se oyó á los gentiles exclamar asombrados: «Ved

[1] Levit. XI, 44.
[2] Matth. V, 48.
[3] Ioan. XVII, 21, 23.

«á los cristianos cómo se aman y cuán prontos están á morir los unos «por los otros!» Si circulan aun por nuestras venas algunas gotas de sangre cristiana, imitemos á nuestros padres, estemos unidos por medio de la caridad, y abriguemos todos los mismos sentimientos, así como tenemos una misma fe, un mismo Bautismo y un mismo Padre [1]. Sean comunes por la caridad nuestros corazones y nuestros bienes, pues así se perfeccionará en la tierra el santo consorcio que tenemos con Dios, y en Dios con nuestros hermanos, hasta que alcance su consumacion en el cielo.

Hallamos tambien en la santísima Trinidad el modelo de nuestros deberes para con nosotros mismos, los cuales tienen por objeto restablecer en nosotros el órden trastornado por el pecado, sometiendo la carne al alma y el alma á Dios, ó en otros términos, haciendo que reviva en nosotros la armonía y la santidad que caracterizan las tres augustas personas, y todos debemos decir: Soy imágen de un Dios tres veces santo; ¿puede haber cosa mas noble que yo? ¡cómo debo respetarme á mí mismo! ¡cómo he de temer el degradar en mí ó en los demás esta augusta imágen! ¡cuál no ha de ser mi ahinco en repararla y perfeccionarla de cada vez mas! Sí, estas solas palabras: Soy la imágen de Dios, han inspirado mas virtudes é impedido mas bajas acciones que todas las hermosas máximas de los filósofos.

Sirva de ejemplo Francisco Javier. Nada hay tan célebre como las palabras que repetia á cada momento: *O sanctissima Trinitas!* ¡Oh santísima Trinidad! Durante mas de diez años los ecos de Oriente repitieron estas palabras misteriosas, que eran como el grito de guerra del san Pablo de los siglos modernos. Francisco Javier considera la imágen augusta de la santísima Trinidad desfigurada en tantos millones de hombres, para excitarse á la gigantesca lucha que habia trabado contra el Paganismo indio, y su boca repetia esta exclamacion: *O sanctissima Trinitas!* Encendíase entonces en entusiasmo divino, se agitaba su pecho, brotaban lágrimas de sus ojos radiantes, y se lanzaba con la rapidez del relámpago hácia mundos desconocidos, derrocaba los ídolos, sembraba los prodigios, vertia sobre millares de frentes el agua regeneradora, restableciendo la imágen desfigurada de la santísima Trinidad; y ni la muerte, el hambre, la sed, los hombres ni el infierno podian contenerle ni en-

[1] Ephes. IV, 5.

tibiar su celo en reparar la imágen alterada de las tres augustas personas. *O sanctissima Trinitas!*

¿Qué dirémos de los sentimientos de gratitud que despierta en su corazon la contemplacion de este gran misterio: el Padre que nos ha criado, el Hijo que nos ha rescatado, y el Espíritu Santo que nos ha santificado? ¿Conoceis alguna cosa mas propia para elevar nuestros afectos, purificarlos y dar dignidad á nuestra conducta? Naciones modernas, al misterio de la augusta Trinidad debeis el no humillaros ya á los piés de los ídolos; ¿y os atreveréis, pues, á decir que no le debeis nada?

IV. Medios de celebrar bien la fiesta de la Trinidad.—Honremos nosotros los cristianos la santísima Trinidad con todos los homenajes de que somos capaces, y recitemos con frecuencia la hermosa oracion: *Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, como era en el principio, ahora y en los siglos de los siglos. Así sea* [1]. La Iglesia ha autorizado y enriquecido con grandes indulgencias, á saber, la indulgencia plenaria dos domingos cada mes, la devocion de reunirse tres personas y decir juntas ó separadamente todos los dias por la mañana, al mediodía y á la tarde siete *Gloria Patri,* seguidos de una sola *Ave Maria* [2], cuya devocion es un medio excelente de reparar las blasfemias de los impíos. Celebremos con júbilo la fiesta particular que la Iglesia ha consagrado á las tres adorables personas, recordando sin embargo que toda nuestra vida ha de ser una fiesta continua en honra suya; adoremos en el silencio de la humillacion este incomprensible misterio; imitemos con nuestra caridad y santidad á las tres personas divinas, sintiendo la mas profunda gratitud por los bienes de que le somos deudores; renovemos en este dia las promesas de nuestro Bautismo, y excitémonos á tener celo por nuestra perfeccion y la santificacion del prójimo. De este modo aplicarémos con exactitud el espíritu de la Iglesia, cumplirémos el deber de la criatura hácia el Criador, nos conservarémos, y perfeccionarémos en nosotros la imágen augusta de la santísima Trinidad.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos revelado el misterio de la santísima Trinidad inspirándonos una profun-

[1] Esta oracion es de tradicion apostólica. (Bened. XIV, pág. 358, n. 6). *Raccolta d'indulg.*, pag. 5. Roma, 1841.

da gratitud hácia el Padre que nos ha criado, hácia el Hijo que nós ha rescatado, y hácia el Espíritu Santo que nos ha santificado.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *me preguntaré con frecuencia: ¿De quién soy imágen?*

LECCION XLV.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Festividad del Corpus.—Antigüedad y universalidad de esta fiesta.—Lugar que ocupa en el culto católico.—Institucion de la fiesta particular del santísimo Sacramento.—Beata Juliana.—Milagro de Bolsena.—Objeto de esta fiesta.—Oficio de este dia.—Procesion.—Disposicion con que es preciso asistir á ella.—Milagro de Faverney.

I. Excelencia de la festividad del Corpus.—Puede decirse que la fiesta del santísimo Sacramento, lo mismo que la de la Trinidad, es tan antigua como el mundo: los Patriarcas la celebraron ofreciendo sus sacrificios simbólicos de la gran Víctima, y todos los pueblos renovaban tambien su memoria en sus ensangrentadas aras, porque el género humano recibió la idea del sacrificio de la idea revelada primitivamente de una víctima sin mancha capaz de expiar los crímenes. ¿Sabríais decirme sino cómo podia haber ocurrido al hombre el pensamiento de que la sangre de un animal podia apaciguar la ira de Dios? Así pues, todos los sacrificios antiguos eran simbólicos del gran sacrificio del Calvario, y poco importa que el Paganismo alterase la nocion de este profundo misterio, pues no por esto es el hecho menos cierto [1].

Pero la festividad de la Eucaristía es continua en la tierra, desde la publicacion del Evangelio especialmente: los Apóstoles, fieles al mandato que les diera su divino Maestro de que renovasen el sacrificio misterioso de la cena y lo celebrasen en memoria suya, hicieron que la fiesta de la Eucaristía fuera tan antigua y universal como la Iglesia; y desde aquella época no ha dejado de verterse un solo instante la divina sangre en todos los ámbitos de la tierra.

Advertid ahora la admirable armonía que reina entre las dos fiestas de la Eucaristía y la Trinidad. La adorable Trinidad es el objeto esencial y primitivo de toda la Religion y de todas las fiestas, y la augusta Eucaristía es el sacrificio perpétuo y el culto mas santo que

[1] Véase Mr. de Maistre, *Ilustrac. sobre los sacrificios.*



se rinde á la Trinidad en todas las fiestas, ó hablando en otros términos, todo el año es la fiesta de la Trinidad que se adora, y de la Eucaristía por la cual se la adora principalmente.

¿Cómo hemos de asombrarnos, pues, de que se haya tardado tanto en establecer dias particulares para honrar estos dos misterios? Si la Iglesia lo ha hecho por fin, no ha sido con intencion de excluir á la Eucaristía ó á la Trinidad de las demás fiestas, ó de oponerse á estas fiestas perpétuas, sino que ha querido por el contrario renovar en el espíritu de los pueblos estas dos verdades fundamentales: 1.ª que las tres divinas personas son el único objeto que honramos y adoramos durante todo el año, pues todo lo demás que se honra, se honra con relacion á ellas; 2.ª que el honor mas esencial que se rinde á la Trinidad en todas las fiestas, es el sacrificio del cuerpo y de la sangre de Jesucristo. Así pues, toda la liturgia y toda la Religion se reducen á Dios, término del culto católico, y á Jesucristo, mediador entre Dios y el hombre, y pontífice del culto católico. ¿Podeis concebir una cosa mas sublime á la par que mas sencilla? ¿Dónde se hallaria un manantial mas fecundo de elevados pensamientos, nobles sentimientos y resoluciones generosas? ¡Dios mio! ¡cuán dignos son de lástima los que desconocen las bellezas y la riqueza del Cristianismo!

En otro tiempo, y aun tambien ahora, el Jueves Santo era la fiesta del santísimo Sacramento; por esta razon todos nuestros padres en la fe comulgaban el Jueves Santo, y aun actualmente acompañan á la misa de este dia todas las ceremonias y toda la pompa de una gran festividad, aunque la Iglesia se halle entonces sumida en luto y en llànto. Finalmente, por la misma razon no se dice, segun el Ritual romano, mas que una misa, para renovar mas vivamente el recuerdo de la última cena, y todos los sacerdotes comulgan de mano del celebrante como comulgaron los Apóstoles de mano de Jesucristo.

II. Institucion de la festividad del Corpus.—Llegó el dia en que habia de añadirse una fiesta pomposa al Jueves Santo para honrar el augusto Sacramento de nuestros altares. Advertid tambien en esto cuánta armonía existe entre todas las instituciones de la Iglesia y las necesidades de la Religion y de la sociedad. Era el siglo XIII; no estaba lejana la época en que se levantarian hombres bastante osados para atacar el mas amable de nuestros misterios, el que puede considerarse como el corazon del Catolicismo, y por consiguiente la

piedra angular de la sociedad: era forzoso oponer á las blasfemias y ultrajes de los innovadores una ruidosa manifestacion á la fe en la presencia real de Nuestro Señor entre los hombres; á sus irrisiones sacrílegas, testimonios auténticos de respeto y amor, y á sus horribles profanaciones, una expiacion solemne. ¡Wiclef, Zuinglio y Calvino, culpables enemigos del misterio de amor, contra vosotros y vuestros secuaces se establecerá la gran fiesta del santísimo Sacramento!

Dios lo quiere; pero ¿á quién manifestará su designio? Parémonos un momento á considerar la aplicacion de aquella ley divina formulada por el grande Apóstol cuando dijo: *Las cosas flacas del mundo escogió Dios para confundir las fuertes* [1]. La gloria de todos pertenece á Dios que está celoso de tenerla y no la cede á nadie, por lo cual se sirve de los medios mas insignificantes para hacer grandes cosas. La debilidad del instrumento demuestra el poder del artífice, y obliga al hombre á exclamar: *Á Dios solo sea honra y gloria* [2]. Y esta ley se cumple, no solamente en el órden religioso, sino en todos los demás. No será inútil, ya que se presenta la ocasion, de probarlo con los hechos.

Recorred la historia del mundo. Un pueblo entero gime bajo la servidumbre de Faraon; ¿qué instrumento escogerá Dios para libertarlo? Al oscuro pastor de Madian, á Moisés. Un terrible gigante llena de consternacion al ejército de Israel; ¿quién le derrocará? El jóven pastor de Belen, David. Holofernes y Aman amenazan con el exterminio á la nacion santa; ¿quién abatirá el orgullo de aquellos hombres soberbios? Dos humildes mujeres, Judith y Esther. Se trata de que caiga el mundo pagano ante la cruz; ¿cuáles serán los instrumentos de este prodigio? Doce pescadores. San Gregorio VII, san Ignacio, santa Teresa y san Vicente de Paul vienen despues, como otros tantos monumentos colocados de distancia en distancia en el camino de los siglos, á decirme que la ley divina está siempre vigente: *Las cosas flacas del mundo escogió Dios para confundir las fuertes*. Esto en cuanto al órden religioso.

La misma ley se cumple en los otros, aunque menos ruidosamente. ¿De qué medio se vale Dios, en el órden social, para obrar el nuevo prodigio de unir los pueblos separados por vastos mares, y de

[1] I Cor. I, 27.
[2] I Tim. I, 17.

hacer posibles y seguros los viajes al través de océanos sin límites ni sendas? De un poco de iman y de hierro, de la brújula. Es preciso descubrir, ó mas bien adivinar, un mundo perdido en medio del Océano; ¿quién está destinado á esta gloria? Un pobre pescador de las cercanías de Génova, Cristóbal Colon. ¿Qué quiere el Dios de los ejércitos en la guerra para producir los mas terribles efectos? Un poco de salitre, la pólvora. ¿Qué toma en el comercio cuando quiere enriquecer provincias enteras y proporcionar la subsistencia á millones de hombres? Le basta un gusano de seda. ¿De qué echa mano en las artes y la industria para hacer maravillas? De un poco de humo, del vapor. Y ¿os admirais de que haga lo mismo en el órden sobrenatural? ¡Ah! allí es donde ha de hacer especialmente que desaparezca el medio para que se muestre al descubierto su mano omnipotente. En una palabra, Dios lo es todo en el órden de la gracia y en el de la naturaleza, y quiere que se sepa, y esta leccion nos dice á todos, reyes y vasallos, ricos y pobres, sábios é ignorantes: Si quereis que os empleen en alguna cosa grande, sed humildes.

Esta ley tuvo una ruidosa aplicacion cuando se estableció la fiesta de la santa Eucaristía. Como decíamos anteriormente, era el siglo XIII: en aquella época vivia á la sombra de un humilde claustro una religiosa olvidada del mundo y de sí propia, y sobre la cual fijó los ojos el Todopoderoso para llevar á cabo su magnífico designio.

El convento de las Hospitalarias del monte Cornillon se alzaba cerca de la ciudad de Lieja, y entre las castas palomas que allí moraban habia una novicia de diez y seis años de edad, humilde jóven nacida en la aldea de Retina en 1193, y cuyo nombre era Juliana. Hallándose un dia en oracion aquel ángel de la tierra, el Esposo de las almas puras, el que se complace en comunicarse con los corazones humildes, le dijo que queria que se instituyese una fiesta solemne para honrar el Sacramento de su amor. Sea timidez, sea temor de ilusion, la piadosa doncella conservó esta revelacion en el fondo de su pecho, y únicamente se esforzaba en suplir lo que no habia hecho aun la Iglesia acrecentando su devocion hácia Jesús en el santísimo Sacramento.

Habiendo sido elegida priora del monasterio del monte Cornillon en 1230, sintió mas vivos impulsos de declararse, y la primera per-

sona á quien reveló su secreto fue un canónigo de San Martin de Lieja, varon muy venerado de los pueblos por la santidad de su vida. Le persuadió á que comunicase su proyecto á los teólogos y pastores de la Iglesia, y el canónigo cumplió el encargo con mucho celo, y alcanzó la aprobacion de todos á cuantos se dirigió. Interesó particularmente en esta empresa piadosa al obispo de Cambrai y al canciller de la iglesia de París, pero especialmente al provincial de los Jacobinos (Padres Predicadores) de Lieja, que fue despues cardenal y arcediano de Lieja, obispo de Verdun, patriarca de Jerusalen y finalmente papa bajo el nombre de Urbano IV. Segura la beata Juliana de la aprobacion de tantas personas eminentes por su saber y su piedad, mandó componer un oficio del santísimo Sacramento, del cual ella misma dió la idea y el plan, é hizo que lo aprobasen los principales teólogos del país.

El Obispo de Lieja declaró en su sínodo en 1246 la institucion de una fiesta particular del santísimo Sacramento, cuya celebracion pública y solemne prescribió en toda su diócesis. Habiendo caido gravemente enfermo, no pudo dar la última mano á esta institucion por medio de un mandato que estaba á punto de publicar; pero no murió sin tener la satisfaccion de ver celebrar en su presencia el oficio de la nueva fiesta. Los canónigos de San Martin fueron los primeros que la solemnizaron en la ciudad de Lieja en 1247. Pero las obras santas han de hallar contradiccion, pues Dios lo permite así para que solo á él atribuyan el triunfo los instrumentos que elija; y no faltó este sello precioso á la obra de la beata Juliana. La persecucion de que fue objeto, unida á la muerte del Obispo de Lieja, suspendieron la celebracion de la nueva fiesta.

En este intervalo murió Juliana, y parecia que su empresa debia de morir con ella, desgracia inevitable si la obra hubiese sido un pensamiento humano; pero en 1258, dos años despues de su muerte, una reclusa de la ciudad de Lieja, que habia sido su confidenta, impulsó con empeño al nuevo obispo á que se interesara con el Papa para establecer en toda la Iglesia la fiesta del santísimo Sacramento, como se observaba en San Martin de Lieja. La elevacion de Urbano IV á la Silla apostólica fue considerada como una contingencia sumamente favorable á esta empresa, cuyas miras y medios habia aprobado en otro tiempo. Sin embargo, el Vicario de Jesucristo se tomó tiempo para examinar un negocio de tanta importancia, si-

guiendo la prudente costumbre de la Iglesia romana, y las dilaciones se sucedian unas á otras, cuando un ruidoso milagro hizo que cesase la incertidumbre del Santo Padre, y se apresurase el resultado de la negociacion.

Urbano IV se hallaba acompañado del Sacro Colegio en Orvieto, pequeña ciudad distante unas veinte leguas de Roma; é inmediata al pueblo de Bolsena. Al celebrar la misa en esta poblacion un sacerdote en la iglesia existente aun de Santa Catalina, se dejó caer por descuido algunas gotas de la preciosa sangre sobre el corporal, y para hacer desaparecer las huellas de la desgracia, dobló y volvió á doblar el sagrado lienzo con objeto de estancar la sangre adorable; pero se desplegó al momento y se vió que la sangre habia penetrado en todos los dobleces, imprimiendo en todas partes la figura de la santa hostia perfectamente dibujada con color de sangre. La noticia de este acontecimiento llegó en pocas horas á Orvieto; el Soberano Pontífice mandó que llevasen á esta ciudad el lienzo maravilloso, se patentizó el milagro, y el corporal se conserva todavía en la catedral, encerrado en un relicario que es una verdadera obra maestra de la edad media.

Recordando entonces el Santo Padre las instancias que le habian hecho para que estableciese la fiesta del santísimo Sacramento, instituyó esta solemnidad, y mandó que se celebrase con toda la pompa de las festividades de primera clase. Le señaló el jueves despues de la octava de Pentecostes por dos razones: 1.ª por ser el primer jueves libre de los oficios de la época pascual; 2.ª porque convenia tomar un dia de la semana en que Nuestro Señor habia instituido la Eucaristía. Se ignora el año y el lugar en que se expidió la bula de institucion, y se sabe únicamente que el breve que dirigió Urbano IV á la beata Eva, reclusa de San Martin de Lieja, es del 11 de agosto de 1264 [1].

III. Objeto de la fiesta.—Los principales motivos de la institucion expresados en la bula son confundir la perfidia de los herejes, reparar los ultrajes cometidos contra el Salvador, y atestiguar de un modo elevado la fe católica en su existencia real. «El Jueves Santo, añade «el Papa, es indudablemente la verdadera fiesta del santísimo Sacra«mento; pero estando la Iglesia enteramente ocupada en llorar la «muerte de su Esposo, en reconciliar á los penitentes, y en conser-

[1] Benedicto XIV, pág. 362, n. 6.

«var el óleo santo, ha convenido tomar otro dia para que la santa «Iglesia pudiera manifestar toda su alegría, y completar lo que no «ha sido posible hacerse el Jueves Santo. Por otra parte, todas las «solemnidades del año son la de la Eucaristía, y esta fiesta particu-«lar solo se ha establecido para completar las faltas y el descuido en «que ha podido incurrirse en la fiesta general [1].»

IV. Liturgia.—Establecida la fiesta del santísimo Sacramento, solo restaba encontrar un cantor digno del misterio de amor; pero ya lo habia formado la Providencia. Brillaba en aquel siglo uno de los mas sublimes genios que han aparecido en la tierra; se llamaba Tomás de Aquino. Hallándose entonces en Orvieto aquel grande hombre, gloria de su siglo, y á quien habian dado el sobrenombre de Doctor angélico por la pureza de su vida y la sublimidad de su doctrina, Urbano IV le mandó que compusiera el oficio del santísimo Sacramento [2]. El Santo puso manos á la obra, y dejándose llevar por las inspiraciones de su corazon, de su genio y de su fe, compuso el oficio que se canta aun en el dia, y que es una inmortal obra maestra en que se disputan la palma la poesía, la devocion y la fe. Por esta razon se considera con justicia como el mas regular y hermoso de los oficios de la Iglesia, tanto por la energía y la gracia de sus expresiones que expresan sucesivamente los sentimientos de la mas tierna piedad y la doctrina mas exacta de todo el misterio eucarístico, como por la justa proporcion de sus partes y la precision de las relaciones entre las figuras del Antiguo Testamento y la verdad del Nuevo.

La obra de la beata Juliana del monte Cornillon, semejante á la semilla de mostaza, habia ido creciendo desde la humilde celda del monasterio hasta el trono del Pontífice, y debia crecer aun mas, aunque con el tiempo y en medio de las borrascas.

En efecto, habiendo muerto Urbano IV el 2 de octubre de 1264, Dios permitió que ninguno de sus inmediatos sucesores apresurase la ejecucion de su decreto. Durante cuarenta años en pocas iglesias, además de la de Lieja, se celebró la nueva fiesta, y siguió descui-

[1] Rainald. c. 26.

[2] Proprium eiusdem solemnitatis officium per B. Thomam de Aquino tunc in ipsa Curia existentem compositum edidit. (Bull. Sixti IV. Apud Bened. XIV, pag. 366, II). Véase el milagro con que fue favorecido santo Tomás despues de haber compuesto el oficio del santísimo Sacramento, en las *Tres Romas*, t. II.

dada hasta la época del concilio general de Viena, reunido en 1311, en el cual, queriendo el papa Clemente V darle por fin todo el esplendor y estabilidad que merecia, hizo que se recibiera y confirmara la bula de institucion expedida por Urbano IV. Todos los Padres del Concilio, que representaba la Iglesia universal, aceptaron con ahinco la augusta solemnidad, en presencia de los Reyes de Francia, Inglaterra y Aragon. Así se estableció esta especie de triunfo que la Providencia preparaba de antemano, y que habia de subsistir siempre en la Iglesia de Dios, en reparacion de los ultrajes que iba á recibir de parte de los sectarios é impíos de los siglos siguientes el mas augusto y amable de nuestros misterios [1].

V. Procesion.—La parte mas esplendente de los oficios del santísimo Sacramento y la que mas contribuye á distinguir esta fiesta de las demás, es la procesion solemne, en la que el Salvador es llevado en triunfo con grande aparato y magnífica pompa, pero que ha de ser enteramente religiosa. El santo concilio de Trento recomendó eficazmente esta procesion establecida por el papa Urbano IV [2]. Todo contribuye á hacerla solemne, y parece que la naturaleza entera ha querido tomar parte en ella: se celebra en los hermosos dias de la primavera, en la estacion de las rosas y de los lirios, en la época en que millones de avecillas, cubiertas aun con el plumon de su infancia, ensayan su primer vuelo y sus primeros cantos. ¿Existe nada mas gracioso que la procesion del santísimo Sacramento en las aldeas, en que los campos, los árboles y los prados con todo el esplendor de su adorno reflejan sus bellezas en los altares rústicos; nada mas imponente en las ciudades de guerra, donde el estruendo del cañon se mezcla con los himnos sagrados, ni nada mas solemne en las ciudades marítimas en que parece que el océano le imprime cierto carácter de lo infinito?

Pero ¿qué he de hacer para corresponder á los deseos del Dios

[1] Véase sobre la fiesta del santísimo Sacramento la *Historia de la fiesta del Corpus*, por el P. Bertholet, y la del P. Fisen; san Antonino, *La Suma;* Tomasino, lib. II, c. 19.

[2] Sess. XIII, c. 5.—Esta procesion parece hija de la que se celebró para trasladar de Bolsena á Orvieto el corporal milagroso. Attonitus pontifex ad se ab Episcopo loci cum processione Urbem veterem (corporale) transferri voluit, et illud, solemnitate instituta, in Ecclesia Urbevetere accondidit. Probabilissima est eorum sententia qui è re ipsa putant, hanc processionem esse profectam. (Bened. XIV, pag. 365, n. 10).

que en ella se lleva en triunfo? En primer lugar asistir, sí, asistir á ella, porque el hombre se honra siempre humillándose ante Dios. Y por otra parte, el reconocimiento hácia este Dios Salvador, que se digna recorrer nuestras calles y plazas públicas esparciendo como en otro tiempo beneficios por donde pasa, ¿no debe obligarme á seguirle, ó mejor, á encadenarme á su carro triunfal? Hombres soberbios, que os desdeñais de ir detrás del gran Rey y creeríais humillaros asistiendo á nuestras procesiones, ¡no sois siempre tan escrupulosos! ¿No se os ve, viles esclavos, uncidos al carro de la ambicion y de la voluptuosidad, seguir, pisando el cieno, el tortuoso carril que imprime en el camino? En verdad que os sienta bien hacer alarde de orgullo delante de Dios!...

VI. Medios de santificarla. —Asistiré, pues, á la procesion. La presencia de mi Dios me dice con cuánto respeto y recogimiento debo portarme en ella; su bondad habla á mi corazon, y pide mi gratitud; las flores deshojadas sobre el camino, las nubes de incienso que suben al cielo y los santos cánticos que resuenan en los aires me invitan al amor y al espíritu de sacrificio, de acciones de gracias y de oraciones; y esos altares ó estaciones que encontraré de distancia en distancia, al mismo tiempo que me harán admirar la infinita condescendencia del Señor de los mundos que se digna detenerse en ellos, me advertirán que tambien mi corazon ha de ser un altar donde deben exhalar sus perfumes las puras virtudes. Basta que me deje conducir por mi fe.

Y esa multitud bulliciosa y disipada que acude en tropel á ver pasar el augusto cortejo, será además para mí un motivo mas de compuncion y fervor. No diré como Santiago y Juan, los hijos del trueno: *Señor, ¿quieres que digamos que descienda fuego del cielo, y los acabe*[1]? sino que repetiré las tiernas palabras del divino Cordero clavado en la cruz: *Padre, perdonadles, porque no saben lo que hacen*[2]. Y haciéndolo así, hijo fiel de la gran familia católica, no me habré ruborizado como tantos otros de honrar y seguir á mi Padre, el cual lo recordará cuando baje á juzgar á los vivos y á los muertos; y si mi corazon continúa siéndole adicto, formaré parte de aquella procesion solemne y postrera que se elevará radiante hácia los cielos detrás de Jesús triunfante, en tanto que los orgullosos me-

[1] Luc. IX, 54.
[2] Id. XXIII, 34.

nospreciadores de Jesús humillado bajarán avergonzados y confusos á los abismos inflamados. Así pues, lo que ocupará mi alma y mi corazon durante la procesion, todo el dia de la fiesta y hasta el fin de la octava, será la gratitud y la compuncion, las acciones de gracia y el pedir el perdon de mis pecados.

No podemos terminar mejor esta leccion que con la relacion de uno de los muchos milagros con que el Señor se ha dignado robustecer la fe de sus hijos en la realidad de su adorable presencia en el augusto Sacramento del altar.

VII. Milagro de Faverney.—En el año de 1608, en aquella época calamitosa en que la Iglesia gemia aun por los atentados sacrílegos que habian cometido en Francia durante muchos años los Calvinistas con las armas en la mano en la persona misma de Nuestro Señor, cuya presencia real en el santo Sacramento del altar se negaban á reconocer, plugo á la bondad de Dios patentizar la verdad de este augusto misterio por medio del mas ruidoso milagro, para consuelo de los fieles y confusion de los herejes. Con motivo de ciertas indulgencias concedidas por nuestro santo padre el Papa, los religiosos Benedictinos de Faverney, pequeña ciudad de la diócesis de Besanzon, tenian la costumbre de preparar en su iglesia abacial, la víspera de Pentecostes, que en aquel año era el 25 de mayo, una capilla adornada con sabanillas y otros lienzos, sobre cuya mesa se elevaba un tabernáculo donde habia dos hostias consagradas, puestas dentro de un viril de plata. El 25 de mayo de aquel año fue expuesto el santísimo Sacramento, y llegada la noche todo el mundo se retiró y se cerraron las puertas de la iglesia, quedando en el altar de la capilla dos velas encendidas, cuyas chispas cayendo, como es probable conjeturar, sobre los adornos, prendieron en ellos fuego.

Pronto se esparció por todo el templo una espesa humareda; la llama devoró cási todos los ornamentos de la capilla, manteles, tarimas y tabernáculos, y no quedaron mas que cenizas y ascuas. Pero ¿quién podria expresar los sentimientos de los religiosos cuando al dia siguiente acudieron á la iglesia? ¡Poder de Dios! ¡qué espectáculo! Llenos de terror alzaron los ojos, y sobre aquel monton de cenizas ardientes vieron el viril suspendido milagrosamente en medio de la iglesia.

Espárcese al momento la noticia del prodigio; acuden muchísimas personas de Faverney y otros lugares inmediatos, la multitud

es inmensa, y el viril, en el cual estaban las dos hostias, continúa suspendido en el aire. El martes, tercera fiesta de Pentecostes, habian ido varios curas con sus feligreses á celebrar la santa misa en aquella iglesia, y uno de ellos la decia en el altar mayor. Iba á consumarse el augusto sacrificio, cuando se apagó de pronto la vela encendida delante del santísimo Sacramento. La encendieron y se apagó, volvieron á encenderla y volvió á apagarse, y sucedió lo mismo hasta tres veces. Este acontecimiento advertia á los presentes que fijasen sus ojos en el viril para que vieran todos lo que iba á suceder. Despues de la primera elevacion, en el momento que el sacerdote depositaba la santa hostia en el altar, bajó insensiblemente el viril, que habia estado suspendido en el aire durante treinta y tres horas, y se colocó sobre un corporal que habian colocado debajo.

¡Qué admirable es vuestra providencia, Dios mio! Queríais preservar á nuestros padres de los errores de los Calvinistas por medio de este milagro, y corroborarlos mas y mas en la religion católica, demostrándoles, con uno de los prodigios mas asombrosos, la verdad de todo cuanto nos enseña acerca de la presencia real de Nuestro Señor en el santísimo Sacramento, sobre la santa misa y sobre las indulgencias, que son otros tantos artículos de nuestra fe que combaten y rechazan los Calvinistas.

En la informacion jurídica que mandó instruir sobre este motivo Mons. de Rie, en aquella época arzobispo de Besanzon, constan la declaracion y firmas de mas de cincuenta personas entre las mas respetables de las que habian sido testigos oculares de tan maravilloso acontecimiento, y todos los años se lo despierta en la memoria y en la gratitud de los fieles de la diócesis de Besanzon el oficio del 30 de octubre. Jamás se borrará de la memoria del que escribe estas líneas la procesion solemne del dia siguiente al de Pentecostes, con la cual celebra anualmente el recuerdo del milagro la ciudad de Faverney, y nunca olvidará que en 1827 era él quien tenia la dicha de llevar en la procesion en sus manos la hostia milagrosa, y de ofrecerla á la adoracion de un pueblo inmenso.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber instituido la fiesta del santísimo Sacramento; haced que la celebre con toda la

devocion necesaria para daros gracias por vuestras bondades, y compensaros los ultrajes de que sois objeto en el adorable Sacramento de vuestros altares.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *asistiré al oficio y oraciones todos los dias de la octava del Corpus.*

LECCION XLVI.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Fiesta del Sagrado Corazon. — Objeto, motivo. — Diferencia entre la devocion al Sagrado Corazon y al santísimo Sacramento. — Historia de la fiesta del Sagrado Corazon. — Su armonía con las necesidades de la Iglesia y de la sociedad. — Cofradía del Sagrado Corazon.

I. Fiesta del Sagrado Corazon. — Hé aquí otra fiesta mas interesante aun, si es posible, que aquella cuya historia acabamos de delinear. ¡La fiesta del Sagrado Corazon! Á este nombre se despierta toda la ternura que cabe en las almas cristianas. ¿Qué es, pues, la fiesta del Sagrado Corazon? ¿cuál es su objeto? ¿cuál su motivo?

1.° ¿Qué es la fiesta del Sagrado Corazon? Y yo pregunto: ¿Qué son las de la Navidad, de la Resurreccion y de la Ascension, sino fiestas del mismo Jesucristo, á que dan ocasion estos misterios, y en los cuales se recuerdan estos grandes sucesos de la vida del Redentor? ¿Qué es tambien la fiesta del santísimo Sacramento, sino una de las de Nuestro Señor, cuyo motivo es el recuerdo de la institucion de la Eucaristía? ¿Qué será, por consiguiente, la fiesta del Corazon de Jesús, sino una de las de Nuestro Señor, á la cual da ocasion la inmensa caridad para con los hombre, simbolizada ó representada por su corazon de carne? La respuesta á esta pregunta resuelve tambien la segunda.

2.° ¿Cuál es el objeto de esta fiesta? Conviene saber que todas las fiestas católicas tienen por objeto y materia particular una persona inteligente, como la augusta Trinidad, Jesucristo Dios y hombre, ó algun Santo, y que el objeto material de una fiesta cualquiera no es un misterio, no es el recuerdo de un beneficio, ni la religion de un Santo, sino que todas estas cosas no son mas que las ocasiones y motivos. Así pues, el objeto material de la fiesta del Sagrado Corazon es el mismo que en todas las fiestas de Jesucristo, es decir, Jesucristo.

3.° ¿Cuál es el motivo de esta fiesta? La inmensa caridad de Je-

sucristo para con los hombres, al mismo tiempo que su Sagrado Corazon que es su símbolo y su víctima: tal es el fin y la intencion de la Iglesia en la institucion de esta fiesta, y así se ve claramente en el doble oficio que ha dado, uno para el reino de Polonia, y otro para el de Portugal. En el primero se expresa de este modo: «Para «que los fieles honren con mas devocion y fervor la caridad de Je«sucristo paciente, bajo el símbolo de su sagrado Corazon, y recojan «frutos mas abundantes, Clemente XIII permitió á varias iglesias, «que se lo pidieron, celebrar la fiesta de este santísimo Corazon [1].» El motivo de la concesion de esta fiesta es, por consiguiente, la memoria y veneracion de la caridad de Jesucristo, bajo el símbolo de su sagrado Corazon.

En el segundo oficio aprobado para el reino de Portugal y otros lugares, la Iglesia propone otro motivo, que está expresado en el Invitatorio, donde se dice: «Corazon de Jesús, víctima de la cari«dad: venid, adorémosle [2].» El corazon de Nuestro Señor, víctima de la caridad, es pues otro motivo de la concesion de esta fiesta, y no puede dudarse de que aquí no se habla sino del corazon verdadero y real de Jesucristo. Digamos, pues, en conclusion, que el motivo de esta nueva fiesta del Hombre-Dios es la caridad del Salvador para con los hombres, y su corazon físico y real, que fue su víctima y la presenta como símbolo.

Si se preguntara por qué no se llama á esta fiesta de Jesucristo, sino de su Sagrado Corazon, responderíamos que para distinguir entre sí las diferentes fiestas de Nuestro Señor Jesucristo no se toma la denominacion del objeto, sino la del motivo. Así pues, decimos fiesta de la Navidad, de la Circuncision, y de la Epifanía, porque su motivo es el nacimiento del Salvador, su circuncision, y la adoracion de los Magos, aunque su objeto sea siempre Nuestro Señor Jesucristo.

Si se preguntara además por qué se honra la caridad del Hijo de Dios para con los hombres bajo el símbolo de su corazon y no bajo cualquier otro emblema, daríamos una razon natural y de sentido

[1] Quam caritatem Christi patientis... ut fideles sub Sanctissimi Cordis symbolo devotius et ferventius recolant eiusdemque fructus uberius percipiant, Clemens XIII P. M. eiusdem Sanctissimi Cordis festum quibusdam petentibus ecclesiis celebrare permisit. *(Lect. III secundi noct.)*.

[2] Cor Iesu, caritatis victimam, venite, adoremus. (Véase Muzarelli).

comun, que no podria dejar de conocer ningun hombre sensato. En efecto, está fuera de duda que el corazon es la parte del cuerpo humano que con mas intensidad siente los efectos de las pasiones del alma, lo cual procederá tal vez de que el corazon es la causa motriz de todos nuestros flúidos. Parece, pues, natural que los movimientos sean mas sensibles en el paraje donde obra la causa material, y el manantial del movimiento vital. Á pesar de todo, las sensaciones, impresiones y palpitaciones que siente el corazon carnal, á consecuencia del amor que reside en el alma, son otros tantos testimonios irrefragables de la mútua correspondencia entre el corazon carnal y el amor del alma [1].

Este es el orígen de la costumbre universal entre los hombres de significar con el corazon el amor, y esta costumbre está fundada en la misma santa Escritura, donde se ve que el amor infinito de Dios se expresa algunas veces bajo el símbolo del corazon humano. Dios dice á Helí por boca de un Profeta: *Y levantaré para mí un sacerdote fiel que se portará conforme á mi corazon* [2], por lo cual se ve que el corazon se pone en el lugar y como símbolo de la voluntad ó del amor de Dios. Los demás ejemplos de este modo de hablar son comunes en los Libros santos.

Finalmente, si nos preguntan cuál es el culto que da la Iglesia católica al corazon carnal de Jesucristo, responderémos que le rinde el culto de latría ó adoracion. En efecto, el corazon de Nuestro Señor es adorable como lo fue su sagrado cuerpo, á causa de su union hipostática con la Divinidad, porque es patente que el culto de adoracion al corazon carnal de Jesucristo le pertenece precisamente porque es el corazon de Jesucristo, Dios y hombre, y porque en él se honra á Nuestro Señor entero, sin separacion ni division.

«Creo, continúa el sábio Muzarelli, que puede expresarse en po-«cas palabras la forma de este culto diciendo: *Que el corazon carnal «de Jesucristo es adorado con un culto de latría en Jesucristo, con Jesu-«cristo, y á causa de la excelencia de Jesucristo* [3].»

Este corazon adorable se honra especialmente en la fiesta de que hablamos, y esto nos conduce á responder á la última pregunta que

[1] D. Thom. *Opusc. XXXVI, de motu cordis.*
[2] I Reg. II, 35.
[3] Véase *Devocion y culto del Sagrado Corazon*, por Muzarelli. Hemos seguido á este sábio teólogo en las explicaciones que acabamos de dar.

pueden dirigirnos. ¿Qué diferencia hay entre la devocion al sagrado Corazon y la devocion al santísimo Sacramento? Jesucristo es el *objeto* de una y otra. En la devocion al santísimo Sacramento el *motivo* es honrar la carne sagrada de Jesucristo unida con el Verbo, y verdaderamente digna por esta union de la adoracion de los Ángeles y de los hombres; y en la adoracion al sagrado Corazon, el motivo esencial es honrar el corazon de Jesucristo, unido á la Divinidad, reconocer especialmente este amor de que está inflamado por los hombres, y pedirle perdon por lo que ha padecido y se digna padecer aun, todos los dias, de los mismos hombres en su Sacramento de amor, que es la invencion mas maravillosa que ha podido salir de su corazon divino [1].

II. Orígen de esta fiesta.—Tratemos ahora del orígen de la fiesta del Sagrado Corazon y de su armonía con las necesidades de la Iglesia y de la sociedad. Si Bélgica tuvo la gloria de dar al mundo católico la fiesta del santísimo Sacramento, Francia fue escogida para darle la del Sagrado Corazon. En Bélgica veo una santa jóven á quien Dios se digna comunicar sus designios, y en Francia elige una humilde vírgen para hacerla confidenta de los secretos de su divino corazon; de modo que á cuatro siglos de distancia, veo que continúa cumpliéndose la gran ley en virtud de la cual *las cosas flacas del mundo escoge Dios para confundir las fuertes* [2].

En el siglo XVII vivia en el monasterio de la Visitacion de Paray-le-Monial, en Charolais, una santa religiosa, llamada Margarita María Alacoque. Aquel ángel de la tierra, modelo de cordura, sumision y penitencia, estaba en oracion delante del santo altar un dia de la octava de la fiesta del santísimo Sacramento, cuando el Dios de las almas puras le dejó oir su voz, y descubriéndole su corazon adorable, le dijo: «Mira este corazon que amó tanto á los hombres, «que nada ha omitido, sino que ha llegado á agotarse y consumirse «para darles pruebas de su amor. En cambio solo ingratitud recibo «de los hombres con el menosprecio, las irreverencias, los sacrilegios y la tibieza que tienen por mí en este Sacramento de amor. «Pero lo que me es mas sensible es que me tratan así corazones que «se han consagrado á mí, y por esto deseo que el primer viernes «despues de la octava del santísimo Sacramento se dedique á cele-

[1] *Mes del Sagrado Corazon*, pág. 31.
[2] I Cor. I, 27.

«brar una fiesta particular para honrar mi corazon, dándole satisfac-«cion, pidiendo perdon de los pecados, y comulgando en este dia «para reparar los indignos procedimientos que ha recibido mientras «ha estado expuesto en los altares [1].»

El Salvador prometió á su humilde sierva los mas abundantes tesoros en favor de los que se dedicasen al culto de su sagrado Corazon [2]. El sello que imprimió en la nueva devocion es el sello de las obras de Dios, es decir la contradiccion: apenas contó la venerable Margarita María la revelacion que habia tenido, la trataron de visionaria, y la abrumaron despues con desprecios, burlas, y hasta penitencias; pero nada bastó para hacer que se retractase de sus palabras, pues podia decir como los Apóstoles: *No podemos dejar de hablar lo que hemos visto y oido* [3].

Hasta entonces todo habia pasado en el interior del monasterio; pero la borrasca fue mas violenta cuando se esparció por el público la noticia de la revelacion. Los Jansenistas especialmente se desencadenaron con inaudita violencia contra la devocion propuesta, y los pastores de la Iglesia permanecian indecisos esperando que el cielo se declarase con una nueva evidencia; pero estaba lejano este momento, y no lo vió la humilde sierva de Dios, porque bajó al sepulcro el 17 de octubre de 1690, llevándose consigo la corona de espinas con que el Salvador favorece á sus esposas queridas. Esta corona se trocó en el cielo en corona de gloria, y pronto cambió tambien la tierra de opinion y de lenguaje acerca de la sierva de Dios y de la devocion al Sagrado Corazon.

El cielo hizo oir su prepotente voz, la voz del milagro. Una peste furiosa devastaba en 1720 la Provenza, y la ciudad de Marsella fue la primera atacada de este azote que en pocos meses arrebató la mitad de los habitantes de la populosa ciudad. Viendo el obispo de Marsella, Mons. de Belzunce de Castelmoron, la insuficiencia de los remedios humanos, resolvió recurrir al que tiene en su mano las llaves de la muerte y del infierno, y oponer en favor de sus diocesanos á la cólera de Dios los méritos del corazon sagrado de su divino Hijo.

[1] *Vida de la beata Margarita María* por Mons. Languet, arzobispo de Sens, lib. IV, n. 57.
[2] Id. lib. VI, n. 90; lib. VII, n. 93.
[3] Act. IV, 20.

Héroe de la caridad, teneis razon; buscad en el culto público del corazon de Nuestro Señor remedio contra un mal que no lo tiene en la tierra, y no quedará frustrada vuestra esperanza. El santo Obispo exhortó á todos sus diocesanos á que participasen del espíritu de que estaba animado, y ordenó que se solemnizase en adelante la fiesta del Corazon de Jesús el viernes despues de la octava del Corpus, y se celebrase como una de las principales festividades del año. No se contentó con esto, pues se consagró él solemne y públicamente con toda su diócesis al sagrado corazon de Jesús. Su ruego fue oido de un modo patente, porque el mal, hasta entonces tan furioso, empezó á disminuir considerablemente desde aquel dia, y en poco tiempo cesó enteramente. Así lo reconocieron y declararon en una acta auténtica los magistrados de la ciudad, pero Dios reservaba una proteccion mas marcada aun al fervor del Pontífice y de su pueblo.

En el mes de mayo de 1722 la peste, que se creia hacia mucho tiempo extinguida, volvió á encenderse de nuevo en la ciudad sumiéndola en extraña consternacion. La muerte, ese rey de los *terrores*, como dice la Escritura, sentó su trono en medio de aquella inmensa poblacion, antes tan brillante y risueña. Abandonada de los que podian huir, Marsella presentó repentinamente la imágen de un campo de batalla, lleno de muertos y moribundos. Reaparecieron entonces los sacrificios sublimes, que verémos renacer en todas las calamidades públicas, mientras el Catolicismo conserva su imperio. Mons. de Belzunce renovó todo lo que habia hecho en Milan san Cárlos Borromeo. Viéronse en Marsella sublimes luchas dignas de las miradas de los Ángeles y de los hombres, entre el furor de la enfermedad y el celo de la caridad; sacerdotes sucumbiendo á centenares al lado de los apestados y exhalando el último suspiro exhortando á los demás á morir; horribles sufrimientos y sublimes consuelos; faltando madera para los ataudes y sepultureros para los cementerios, pero no faltando en ninguna parte los sacerdotes para auxiliar y consolar.

Belzunce escribia desde Marsella: «Estoy aun, por la gracia de «Dios, en pié en medio de muertos y moribundos; todos han sucum«bido en torno mio, y de todos los ministros del Señor que me han «acompañado, solo me queda mi capellan. He visto y sentido du«rante ocho dias doscientos cadáveres pudriéndose en derredor de mi

«casa y debajo de mis ventanas. Me he visto obligado á andar por «las calles llenas todas sin excepcion por ambos lados de cadáveres «medio podridos y comidos por los perros, y por en medio llenas de «turbas de apestados y de inmundicias, sin saber dónde poner el pié; «con una esponja empapada en vinagre en las narices y mi sotana «plegada debajo del brazo y muy levantada, tenia que cruzar por «entre los infectos cadáveres para distinguir entre ellos, y confesar y «comulgar á los moribundos arrojados fuera de sus casas.

«Me hallo cási sin confesores. Los sacerdotes han hecho prodigios «de celo y caridad, y han dado la vida por sus hermanos; todos los «Jesuitas han muerto á excepcion de tres ó cuatro. La misma suerte «han tenido treinta y tres Capuchinos. El Padre de La Fare se ha «salvado á pesar de sus muchos años, para que pudiera sobrevivir «al menos á los demás un Padre de Santa Cruz. Han sucumbido au- «xiliando á los enfermos veinte Recoletos, otros tantos Observantes, «varios Carmelitas descalzos, Mínimos y algunos Carmelitas calza- «dos. No hablaré de mis queridos eclesiásticos que se han sacrifi- «cado. Me considero como un general que ha perdido la flor de sus «tropas.»

Habian sucumbido, en efecto, doscientos cincuenta sacerdotes de la diócesis de Marsella y de las inmediatas, y despues de la enfermedad, todos los dias llegaban otros nuevos que envidiaban la suerte de los primeros.

Cuando empezó á cesar el contagio, Mons. de Belzunce mandó formar el dia de Todos Santos un altar en medio del paseo; despues salió del palacio episcopal con los piés descalzos y la cuerda en el cuello, como san Cárlos, y precedido de los sacerdotes y religiosos que habian quedado, fué á arrodillarse delante del Dios que castiga y perdona, y cantó allí: *Parce, Domine, parce populo tuo!* rogando con fervor por su rebaño. ¡Oh! ¿quién podria explicar la emocion del santo Obispo y el enternecimiento del pueblo en semejante ceremonia? Continuaron las rogativas, y monseñor de Belzunce dió el 15 de noviembre la bendicion á toda la ciudad desde un campanario, al estruendo de las campanas y del cañon que advertia á los habitantes que se pusieran en oracion. Este imponente espectáculo difundió entre el pueblo un religioso fervor.

Á pesar de tanta caridad de parte de los pastores, y de las lágrimas y oraciones de parte de los fieles, el cielo permanecia insensi-

ble y el azote continuaba sus estragos: la gloria de hacerlo desaparecer estaba reservada al Corazon de Jesús. En efecto, el Corazon sagrado fue por segunda vez el feliz recurso del santo Prelado. Á instancia suya, los magistrados en corporacion hicieron voto de ir todos los años, en nombre de la ciudad, á la iglesia de la Visitacion el dia de la fiesta del Sagrado Corazon para honrar este digno objeto de nuestro amor, recibir la santa Comunion, ofrecer una hacha de cera blanca de cuatro libras de peso, adornada con el escudo de armas de la ciudad, y asistir por fin á la procesion general que el Prelado se proponia establecer perpétuamente en aquel mismo dia. Este voto fue hecho públicamente, delante del altar de la iglesia catedral, por el primero de los magistrados municipales en nombre de todos el dia del Corpus, antes de la procesion del santísimo Sacramento, que monseñor el Obispo tenia entre sus manos, y estando delante de él los magistrados de rodillas. Todo el pueblo se unió á este voto del cual esperaba un buen éxito con vivísima fe.

Y este voto fue atendido de tal modo, que causó la admiracion á la par que el consuelo de toda la ciudad. Desde aquel dia se curaron todos los enfermos, y nadie fue atacado de la peste; la desconfianza, que en tan funestos azotes causa con frecuencia mas mal que el mismo azote, se trocó en una confianza completa, pues los habitantes de Marsella se creian seguros bajo la proteccion del Corazon misericordioso del Salvador; y la enfermedad desapareció hasta tal punto, que seis semanas despues el virtuoso Pontífice decia á sus diocesanos en una pastoral que publicó para excitarlos al reconocimiento: «Disfrutamos actualmente de una salud tan perfecta, que «cási no tenemos ya en Marsella ni en su territorio, desde hace algun «tiempo, defunciones ni enfermos de ninguna clase de dolencias, lo «cual es sin ejemplo en una ciudad tan vasta y populosa como esta, «y raya ya en prodigio.»

Mons. de Belzunce lleno de gratitud por esta segunda gracia, que pareció mas repentina y milagrosa aun que la primera, se apresuró á cumplir su promesa, y estableció perpétuamente una procesion general para la fiesta del Sagrado Corazon de Jesús. Todos estos hechos están legalizados con las pastorales de este Prelado y las actas de las deliberaciones de los magistrados municipales de la ciudad de Marsella.

Á la voz del cielo en favor de la devocion al Sagrado Corazon se

unió pronto la de la Iglesia católica, su infalible eco. Despues de las informaciones de costumbre, y ya se sabe cuán prolijas y severas son las de la corte de Roma, el papa Clemente XIII aprobó la fiesta y el oficio del Sagrado Corazon para el reino de Polonia. Algunos años despues el reino de Portugal solicitó y alcanzó el mismo favor. Los Obispos de Francia, segun una deliberacion tomada con este objeto en la famosa asamblea del clero de 1765, habian adoptado ya generalmente la devocion al Sagrado Corazon en sus diócesis, y desde esta época fué siempre en aumento hasta el pontificado de Pio VI.

Este gran Pontífice, de santa y gloriosa memoria, dió una nueva aprobacion á esta devocion saludable, y condenó á los que se atreviesen á combatirla [1]. Se fijó la fiesta del Sagrado Corazon, segun la revelacion hecha á la venerable Margarita María, en el viernes de la octava del santísimo Sacramento, y para darle mas pompa, las iglesias de Francia la solemnizan en el segundo domingo de julio.

III. Propagacion de la devocion al Sagrado Corazon.—La devocion al Sagrado Corazon se ha propagado en todas las partes del mundo con asombrosa rapidez, y se han formado con el objeto especial de honrar el Corazon sagrado del Salvador sociedades ó congregaciones religiosas, una de las cuales está evangelizando ya los vastos archipiélagos de la Oceania, y otra de mujeres que participando del celo con que Jesucristo inflama á sus apóstoles, ha enviado varias colonias á la vasta diócesis de la Luisiana para secundar, respecto de las personas de su sexo, las tareas de los misioneros que van á iluminar con las luces de la fe al salvaje del Misisipi y del Misouri. No léjos de las márgenes de este rio se oye al jóven indio cantar las alabanzas del divino Corazon que ultrajan en las orillas del Sena.

¿Cuál es la causa de esta asombrosa propagacion, y de la revelacion de la devocion al Sagrado Corazon en estos últimos tiempos? ¡Ah! forzoso es admirar en esto á la Providencia que vela por la Iglesia, y la sublime armonía que Dios conserva entre el desenvolvimiento de la Religion y las necesidades del mundo. Los dogmas de la fe, atacados, negados y alterados por numerosas herejías, hijas del Protestantismo, iban á trocarse en objeto de la risa sacrílega

[1] Véase la *Carta al Obispo de Pistoya.*

de la filosofía del siglo pasado, y pronto no debian ser ya para la mayor parte mas que objeto de duda ó desprecio, y abstracciones sin realidad ni influencia sobre la conducta. Dios, el alma, el cielo, la virtud y la Religion entera; en una palabra, el mónstruo de la indiferencia iba á salir de entre la sangre y las ruinas, y á arrojar al hombre á los piés de un ídolo, de un solo ídolo*: el dinero!!!* y el corazon del hombre, criado para amar, iba á ser entregado á inexplicables angustias, y la sociedad á convulsiones sin término. En este instante supremo es cuando Jesucristo muestra su divino Corazon al hombre y á la sociedad, á semejanza de un padre que despues de haber agotado las expresiones cariñosas que caben en el lenguaje humano, y todos los recursos que encierra el amor paternal para contener al borde del precipicio á un hijo amado, llama de pronto al hijo ingrato, y descubriendo su pecho, le dice: ¡Mira! hé aquí mi corazon; si conoces otro que te ame con mas sincero amor, corre, dale el tuyo y despedaza el de tu padre.

Así ha hecho Jesucristo, padre de los hombres y de las sociedades modernas, en el momento en que iban á precipitarse en el espantoso abismo de la indiferencia y la impiedad. ¡Hombres! parece que les dice, olvidad cuanto hice por vosotros, y mi pesebre, mi destierro, mi sangre y mi cruz; mas ya que habeis sido hechos para amar, os falta un corazon, tomad el mio, y en cambio os pido el vuestro. Es imposible que vuestro corazon no se entregue á alguno, porque no puede vivir sin amar, ni amar sin venderse ó darse. Si vuestro corazon está para vender, ¿quién puede comprarlo mejor que el que es su bienaventuranza, su fin y su eterna recompensa? Si está para darse, ¿quién merece mejor poseerlo que el que os lo ha hecho? El mundo, la impiedad, la herejía y el dinero os piden el corazon para cambiarlo en un infierno, y yo os lo pido para hacer de él un paraíso en esta vida; escoged [1].

Mientras el Hijo de Dios hablaba, el demonio exaltaba el celo de sus fautores, y se organizaban sociedades para arrancar al Hombre-Dios el corazon del hombre y de la sociedad, sus hijos, su noble conquista. Habia llegado la hora de las tinieblas, y un espíritu vertiginoso se apoderaba de un gran número, arrastrando hácia el abismo á los pueblos culpables; pero Dios no será vencido en esta lucha: mirad como el Corazon sagrado reune en torno suyo cuanto

[1] Nouet. Véase igualmente los *Sermones* de Mr. Legris-Duval.

hay de puro en la tierra, y cual suben los votos y las súplicas al cielo en nubes de grato aroma. Es verdad que se ejecutará la justicia divina respecto de los obstinados, pero se pondrá el contrapeso en la balanza, y no perecerá la fe.

IV. Cofradía del Sagrado Corazon.—En efecto, se formó una asociacion fuerte y numerosa en Roma, centro del Catolicismo, bajo el pontificado de Pio VII, en honra del Sagrado Corazon, y aunque se formaron igualmente otras en diferentes diócesis de la cristiandad, la de Roma se ha convertido en punto céntrico á donde van á converger todas las demás, si no de hecho, al menos de intencion y por deseo. Esta admirable devocion, que se difunde desde Roma á todos los países del mundo, hasta las regiones mas remotas, y que en todas partes se practica con los ejercicios públicos de un culto que no teme la luz, se presenta en oposicion con el sistema oculto, tenebroso y sordamente activo de las sociedades secretas, antireligiosas y antisociales.

¿Puede darse cosa mas conveniente que el que la ciudad privilegiada donde reside el Vicario del Hijo de Dios en la tierra, y de donde envia sus trabajadores á todos los diferentes parajes de su campo y de su viña, fuera igualmente el depósito central de todos los instrumentos necesarios, y el manantial abierto siempre de los medios mas eficaces para trabajar con fruto en la grande obra de la salvacion de las almas? Convenia, pues, que la primera y mas extensa cofradía del Sagrado Corazon tuviese su residencia en la capital de la cristiandad, donde se alza como la cima de un monte la grandiosa basílica en torno de la cual debemos figurarnos como otras tantas capillas reunidas á todas las iglesias grandes y pequeñas que se hallan situadas en todos los puntos del globo, y desde donde deben salir, como de su foco siempre ardiente, los rayos del hermoso fuego de amor que Jesucristo vino á encender en la tierra, que saca de su corazon, y en el cual desea vivamente que estén abrasados todos los corazones de los hombres.

Este grandioso cuadro nos muestra la devocion al Sagrado Corazon en perfecta armonía, no tan solo con las necesidades actuales de la Religion y la sociedad, sino tambien con las grandes leyes del mundo moral. Todos los seres descendidos de Dios deben volver á subir por el intermedio del corazon del hombre, y este mismo corazon vuelve á subir por el intermedio del Corazon sagrado de Je-

sús, por lo cual la devocion á este Corazon sagrado es el centro de union á donde van á parar todos los demás, y donde se confunden en cierto modo, como van á desaguar y confundirse los rios en el vasto océano. Todas las santas instituciones y todas las Órdenes religiosas, unidas entre sí con afecto puro en el corazon de Jesús, reconocen que han salido de él bajo diferentes nombres como de un manantial único y comun, en el que han de volver á entrar, ó mas bien del cual no se separan nunca, aunque se desvien, así como la luz no se separa del sol que la engendra y difunde [1].

Decidme ahora, ya que nos es preciso un corazon, ¿quién de vosotros se negará á escoger, ¿qué digo? á aceptar el de Jesús, ya que nos lo ofrece? ¿Qué pide en cambio? Una cosa tan solo; nuestro corazon. ¿Es demasiado corazon por corazon? ¿De qué parte está la ventaja? Apresurémonos á entrar, pues, en la asociacion del Sagrado Corazon de Jesús. Las condiciones que se nos proponen son muchas gracias y pocas obligaciones; nos ofrece: 1.° indulgencia plenaria el primer viernes ó el primer domingo de cada mes; 2.° indulgencia plenaria el dia de la fiesta del Sagrado Corazon; 3.° indulgencia de siete años y siete cuarentenas los cuatro domingos que preceden á esta fiesta; 4.° indulgencia de sesenta dias por cada buena obra hecha durante el dia; 5.° indulgencia plenaria en el artículo de la muerte, con tal que se invoque de pensamiento, si no se puede de palabra, el santísimo nombre de Jesús [2]. Segun un rescripto de Pio VII del 20 de marzo de 1802, deben recitarse todos los dias un *Padre nuestro*, una *Ave María*, el *Credo*, y la aspiracion siguiente ó cualquier otra que tenga el mismo sentido:

¡Corazon lleno de ardor!
Haced que en cada momento
Arda en mí, siempre en aumento,
La llama de vuestro amor!...

Se puede tambien con grande utilidad hacer el mes del Sagrado Corazon como se hace el mes de María; la piedad católica ha dedicado el mes de junio á esta hermosa é interesante devocion [3].

[1] Véase *Devocion práctica al Sagrado Corazon.*

[2] *Raccolta d'indulg.*, pag. 210.

[3] Puede servirse para esto de una excelente obrita titulada: *Més del Sagrado Corazon*, en 32.°

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber revelado al mundo la devocion al Sagrado Corazon de Jesús; dadnos la gracia para corresponder al amor inmenso de que está abrasado por nosotros este sagrado Corazon.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *me asociaré á la devocion al Sagrado Corazon.*

LECCION XLVII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Visitacion. — Sabiduría de la Iglesia en la celebracion de las fiestas de la Vírgen santísima. — Providencia de Dios que saca el bien del mal. — Orígen de la fiesta de la Visitacion. — Lecciones que nos da la Vírgen santísima. — Asuncion. — Orígen de esta fiesta. — Tradicion. — Triunfo de María. — Su bondad y poder en el cielo. — Palabras del beato Berchmans. — Historia de san Estanislao de Kotska.

I. La Visitacion.—Los pueblos conservan los hechos memorables de su historia por medio de monumentos, y los hijos bien educados celebran con alegres festejos las acciones importantes de sus padres, ó las circunstancias notables de su vida, ¿y nos hemos de asombrar de que la gran familia católica haya perpetuado por medio de monumentos y fiestas los acontecimientos principales de la vida de su padre y de su madre, Jesús y María? Puede preguntarse al menos, ¿por qué no datan de los primeros siglos las fiestas de la Vírgen santísima? ¡Oh! no creais que ha sido un olvido de parte de la Iglesia, pues desde el dia de su nacimiento ardia en su corazon la viva llama de la mas tierna y filial devocion hácia María, pero el tiempo no le permitia manifestarla, y la dilacion que, á pesar suyo, ha empleado en la celebracion pública de las fiestas de la Reina del cielo, es una nueva prueba de la sabiduría divina que la caracteriza.

La Iglesia nació entre los judíos, y creció en medio de los gentiles: en tanto que sus primeros discípulos, reunidos en corto número en torno de un altar solitario, ofrecian sus corazones al solo y único Dios, millones de hombres se prosternaban ante millares de altares erigidos á millares de divinidades extrañas, pues para los gentiles todo era dios, á excepcion de Dios mismo. ¿Cuál era entonces, en aquellos tristes siglos, la principal mision de la Iglesia? Atraer los pueblos á la unidad de Dios. Y esta es la razon de no ocuparse de las honras de la Vírgen santísima para no dar ocasion de rendírselas con exceso, ó de renovar bajo otra forma la idolatría que conve-

nia destruir. Los gentiles habian adorado y adoraban aun no sé cuántas diosas, madres de falsos dioses. ¿No era de temer que pasasen fácilmente á la adoracion de la Madre del verdadero Dios? Este era el mal peligroso, contra el cual se tomaban precauciones.

La Iglesia secundaba, obrando de este modo, los mas ardientes deseos de la misma María, que deseaba ante todo que solo su Hijo fuese adorado en espíritu y en verdad por toda la tierra. ¿Qué digo? Parecia que el mismo Dios autorizaba esta conducta, pues mientras coronaba de gloria la muerte y el sepulcro de los Mártires, dejaba en una especie de olvido la muerte y el sepulcro de María y las gloriosas circunstancias de su vida divina. Constantemente fiel á sí propio y lleno de solicitud por el bien de sus hijos, habia hecho lo mismo con Moisés, cuya muerte y sepultura quiso que fueran ignoradas y sin testigos, temiendo que los israelitas, inclinados siempre á la idolatría, no le convirtiesen en una falsa divinidad.

Pero llegó el instante anhelado en que la Iglesia podia manifestar sin violencia los transportes de su amor hácia María, y en esto debemos admirar tambien la sabiduría de Dios, que saca el bien del mal, y la gloria de la Religion de los ataques de sus enemigos. Por una parte Nestorio se habia atrevido á disputar á María su augusta cualidad de Madre de Dios, y por otra el peligro de la idolatría se habia desvanecido despues de estar asegurada la Religion. Como la prudente moderacion que se habia observado hasta entonces podia llegar á ser peligrosa, la Iglesia se apresuró á publicar las augustas prerogativas de María para oponerlas á los ultrajes que le hacian los herejes, y por este motivo se erigieron templos bajo su nombre y se instituyeron fiestas en honor suyo; pero hasta en esto obró la Iglesia por grados, haciendo de modo que todas las cosas estuviesen en proporcion con las necesidades de las épocas y de los lugares.

II. Orígen de esta fiesta.—De este modo se vió establecer, en las grandes circunstancias en que se trataba de reanimar la piedad de los pueblos, ó de alcanzar del cielo algun favor notable, una fiesta ó una devocion nueva en honra de la omnipotente y bondadosa Madre de Dios. Es verdad, por ejemplo, que se celebraba la fiesta de la Visitacion en la Órden de san Francisco desde mediados del siglo XIII (1263) y en el Oriente desde la mas remota antigüedad, pero no fue universal hasta el pontificado de Urbano VI. Este Papa,

[1] Véase á Tomasino, lib. II, c. 20.

de gloriosa memoria, mandó que se solemnizase con particular fervor, y se preparase á ella por medio del ayuno para alcanzar, por intercesion de María, la extincion del gran cisma que devoraba entonces la Iglesia. Habiendo muerto Urbano VI antes de publicarse la bula de institucion, la publicó en 1389 su sucesor Bonifacio IX, transformando en simple consejo la obligacion del ayuno, y el concilio de Basilea fijó finalmente en 1441 el dia de la fiesta en el 2 de julio [1].

El objeto de esta fiesta es honrar á María visitando á su prima Isabel, y proponernos á esta augusta Vírgen como modelo de nuestra caridad para con el prójimo. El Soberano Pontífice que la instituyó, ¿podia hallar un ejemplo mas hermoso y mas propio para persuadir á los dos partidos, formados entonces en la Iglesia, á que se diesen el ósculo de paz? Sin embargo, esta fiesta tiene actualmente la misma eficacia y oportunidad; por una parte, nunca ha estado tan turbada la paz como ahora, y por otra, siempre es igualmente propia para inspirarnos la caridad hácia nuestros hermanos, é indicarnos sus santas reglas. Para convencernos de ello basta meditar el sencillo relato que nos hace el Evangelio de la visita de la Vírgen santísima á su prima.

III. Ejemplos de la Vírgen santísima. — En el misterio de la Anunciacion el arcángel Gabriel dice á María que su prima Isabel habia concebido milagrosamente, y que estaba en el sexto mes de su embarazo. La Vírgen santísima ocultó por humildad la dignidad sorprendente á la cual la elevaba la encarnacion del Verbo en su seno; pero transportada de alegría y gratitud, quiso ir á felicitar á la madre de Juan Bautista. El Espíritu Santo le inspiró esta resolucion para que se cumplieran sus designios acerca del Precursor que aun no habia nacido. *Y en aquellos dias levantándose María fué con gran priesa á la montaña, á una ciudad de Judá: y entró en casa de Zacarías, y saludó á Isabel* [2].

La distancia de Nazareth, donde María habitaba, á la ciudad donde

[1] Sess. XLIII. Véase *Spond.* an. 1389, n. 1, et an. 1441, n. 3; Bened. XIV, pag. 470, n. 9.

[2] Luc. I, 39, 40.—Numquid forte dubiam adhuc et incredulam oraculo, recentiore voluit confirmare miraculo? absit. Sed ideo sterilis cognatae conceptus Virgini nuntiatur, ut dum miraculum miraculo additur, gaudium gaudio cumuletur. (S. Bern. *Homil. IV sup. Missus*; id. B. Ambr. lib. II *in Luc.*).

se hallaba Isabel, era de veinte á veinte y cinco leguas [1], y sin embargo la Vírgen santísima no vaciló un instante en ponerse en camino; y aunque débil y poco acostumbrada á sobrellevar tanto cansancio, nada pudo contenerla. ¿Quién la apresura de este modo? El ardiente deseo de ser útil á aquella santa familia, y hacerla partícipe de la gracia que lleva consigo. Hijos de María, ¡qué ejemplo tan hermoso de caridad pronta y generosa nos da en este caso nuestra Madre! Advirtamos que al hablar el Evangelista de la partida de María para ir á ver á Isabel, dice que fue pronta y que se apresuró en su camino, así como para su regreso no indica ya prisa, y se contenta con decir: *Y María se detuvo con ella como tres meses, y se volvió á su casa* [2]. «¿Qué otro motivo, pregunta san Buenaventura, «podia haber inducido á María á tener tanto afan en ir á visitar la «familia de Juan Bautista, sino el de llevarle la gracia [3]?»

Y este deseo de ser útil á los hombres no abandonó á la Vírgen santísima cuando entró en el cielo, sino que por el contrario ha ido siempre en aumento; porque María sabe ahora mejor nuestras necesidades, compadece con mas ternura aun nuestras miserias, y anhela socorrernos aun mas vivamente que nosotros mismos deseamos ser socorridos. «Aunque se crea ofendida, continúa san Buenaven-«tura, por los que se descuidan de implorar sus gracias; porque el «único deseo de María consiste en prodigar á todos los hombres los «mismos favores de que colma á los que la sirven [4].»

Isabel sabia por inspiracion del Espíritu Santo el inefable misterio de la Encarnacion que Dios habia obrado en María, aunque esta no quiso descubrirlo por humildad. La madre del Precursor exclamó en el transporte de su alegría y admiracion: *Bendita tú entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre* [5]. Despues, volviendo los ojos sobre sí misma, añadió: *¿Y de dónde esto á mí, que la Madre de mi Señor venga á mí* [6]? Ejemplo de la santa alegría y del reconocimiento de que debemos estar animados cuando recibimos la visita de nuestros hermanos. ¡Oh! la conducta de Isabel condena al-

[1] Baron. *Apparat. ad Annal. eccles.* n. 77 et 78.
[2] Luc. I, 56.
[3] Spect. cap. 54.
[4] In Prolog. *Cant. B. V.* c. 1.
[5] Luc. I, 42.
[6] Ibid. 43.

tamente el desden, la tibieza y los mentidos cumplimientos; y al condenarlos, ¿no nos condena quizás á nosotros?

Isabel expresa el objeto de su alegría : *Porque hé aquí que luego que llegó la voz de tu salutacion á mis oidos, la criatura dió saltos de gozo en mi vientre. Y bienaventurada la que creiste, porque cumplido será lo que te fue dicho de parte del Señor* [1]. Ejemplo de lo que hemos de alabar en nuestros hermanos ; no las ventajas temporales, las gracias del cuerpo, ni el talento, sino los dones de Dios, la virtud. Juan Bautista fue santificado en el seno de su madre, y tuvo de antemano el uso de la razon, y supo por una luz sobrenatural quién era el que acababa de visitarle. Este conocimiento le llenó de tan viva alegría, que se estremeció en el seno de Isabel. Y ¿quién fue la dispensadora de este favor, y el instrumento de este primer milagro de Jesús en el órden sobrenatural? María, sí, María, que alcanzó mas adelante el milagro de su Hijo en el órden de la naturaleza.

¡Oh María! ¡qué poderosa sois y sobre todo qué buena! Ya que sois la dispensadora de todos los favores del cielo en el órden de la naturaleza y en el de la gracia, sois por consiguiente la esperanza de todos los hombres y la mia en particular. Doy gracias á Dios mi Salvador, que me os ha dado á conocer, y se ha dignado enseñarme, al mismo tiempo, el medio de conseguir la gracia y la salvacion ; y este medio sois Vos, Madre de Dios, porque sé que deberé mi salvacion á los méritos de Jesús y á vuestra intercesion poderosa. Reina mia, que con tanto ahinco fuísteis á visitar la casa de santa Isabel, venid tambien á visitar la morada de mi pobre alma. Daos prisa ; sabeis mejor que yo cuánto sufre y cuántos males la asedian, sabeis que está sujeta á mil impulsos desarreglados, á mil malos hábitos, y que la peste del pecado ha dejado en ella huellas funestas que deben conducirla á la muerte eterna : y Vos, tesorera de Dios, podeis hacerla rica y curarla de todas sus dolencias.

Venid, pues, á visitarme mientras estoy en la tierra, pero especialmente á la hora de mi muerte, que es cuando necesitaré mas vuestra asistencia. No pretendo el favor de veros cara á cara en este mundo, como se lo habeis concedido á varios Santos y á siervos menos indignos y menos mancillados por el pecado que yo ; lo único á que aspiro es á ser admitido para contemplaros algun dia en el cielo, donde os amaré y os daré gracias durante la eternidad por lo que

[1] Luc. 1, 44, 45.

habeis hecho por mí. Concededme tan solo la visita de vuestra misericordia, y rogad por mí; con esto quedaré satisfecho.

Pero si deseamos ser favorecidos con las bienaventuradas visitas de la Reina del cielo, vayamos nosotros antes á visitarla con frecuencia, dirigiéndole nuestras oraciones, ya al pié de sus imágenes, ya en una iglesia que le esté consagrada. «Creed, dice san Anselmo, «que muchas veces hubiéramos hallado mas bien la gracia dirigién-«donos á María, que al mismo Jesús; no porque Jesús no sea fuente «de toda gracia, sino porque recurriendo á su Madre, ella rogará «por nosotros, y sus oraciones tendrán siempre al lado de su Hijo «mayor influencia que las nuestras [1].»

No nos apartemos, pues, de las plantas de esta divina Tesorera de las gracias, y repitámosle á cada instante con san Juan Damasceno: «Madre de Dios, abridnos la puerta de la misericordia rogan-«do por nosotros sin cesar, porque vuestras oraciones son la salva-«cion de los hombres, y lo único que hemos de hacer, al volvernos «hácia Vos, es suplicaros que pidais por nosotros y nos alcanceis las «gracias que sabeis sernos mas necesarias.» Esto es lo que hizo y nos enseña el hermano Reinaldo de la Órden de los Dominicos, como puede verse en las crónicas [2]. Este piadoso siervo de María estaba enfermo y la imploraba su curacion: la Reina de los Ángeles se le apareció entonces, acompañada de santa Cecilia y santa Catalina, y le dijo con infinita dulzura: «Hijo mio, ¿qué quieres que haga por tí?» Sorprendido con esta pregunta, el religioso se quedó embarazado y sin saber qué responder. Una de las Santas que acompañaba á la Vírgen le dijo entonces: «Reinaldo, tú no sabes lo que has de hacer; no pidas nada, «y conténtate con ponerte en manos de María, que ella te alcanzará «una gracia mas ventajosa que la que hubieras escogido.» El enfermo obedeció, y se curó.

¿Cómo corresponde la humilde María á los elogios que recibe de Isabel? Devuelve toda la gloria al que ha hecho cosas tan grandes, y dice á su prima: *Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador, porque miró la bajeza de su esclava*, etc. [3].

[1] Velocior est nonnumquam salus nostra, invocato nomine Mariae, quam invocato nomine Iesu. *(De excell. Virg.* c. 6).

[2] Lib. I, c. 5.

[3] Luc. I, 46, 47, 48.—Véase la explicacion apologética del Cántico de María en el V. P. Canisio, *De Maria V. Deipara*, lib. IV, c. 7 et 8.

Ejemplo del modo con que debemos recibir las alabanzas. Despues de pasar tres meses en casa de Isabel, María vuelve á tomar el camino de su humilde ciudad. Las necesidades y la utilidad de sus parientes fueron la norma de la duracion de su permanencia: ejemplo que condena la inutilidad de nuestras conversaciones, y la duracion supérflua de nuestras visitas.

¡Oh María! os doy gracias por el hermoso modelo que hoy me presentais, enseñándome á santificar una de las cosas mas importantes de la vida, las conversaciones y las visitas, que son orígen de tantos pecados para tan crecido número de cristianos. Quiero evitar, como Vos, las palabras profanas, vanas é inútiles, y desterraré de mis conversaciones todas las puerilidades que degradan el alma, apocan el entendimiento, y disipan el corazon.

IV. La Asuncion.—La fiesta de la Visitacion se celebra el 2 de julio, y seis semanas despues, es decir, el 15 de agosto, se solemniza la de la Asuncion. Hé aquí el triunfo de María; pero expliquemos el orígen de esta hermosa solemnidad, antes de describirla. Sabemos por el Evangelio que Nuestro Señor encomendó la santísima Vírgen al Discípulo amado, y la tradicion nos dice que fué á habitar con él en la ciudad de Éfeso [1]. La Iglesia, enterada por los Apóstoles, ha creido siempre que la Madre de Dios subió inmediatamente despues de su muerte en cuerpo y alma al cielo, donde está sentada en un trono inferior tan solo al de Dios. Esta creencia, aunque no es un artículo de fe, la expresaron en un principio de un modo oscuro los Padres de los primeros siglos, y fué desenvolviéndose como otras varias verdades, de manera que reune en el dia los homenajes de Oriente y de Occidente [2].

Así pues, la Iglesia honra en este dia la resurreccion de María y

[1] Benedicto XIV, pág. 493, 495.

[2] Sanctissimum corpus clarissimo praestantissimoque tumulo imponitur, unde triduo post in coelum attollitur... Sicuti sanctum incorruptumque illud corpus, quod Deus ex ea personae suae copulaverat, tertia die è monumento surrexit, sic etiam hanc è tumulo abripi, matremque ad filium migrare par erat. (S. Ioan. Damas. *Orat. II de Dormit. Mariae*, n. 14).—Dominus susceptum Virginis corpus sacratissimum in paradisum deferri iussit, ubi nunc resumpta anima cum electis eius exultans, aeternitatis bonis nullo occasuris fine perfruitur. (S. Greg. Turon. *lib. de Miracul.* c. 4).—Sententiam assumptionis Virginis in corpore et anima in coelum non esse de fide; quia neque est ab Ecclesia definita, neque est testimonium Scripturae, aut sufficiens traditio, quae infallibilem faciat fidem; tamen summae temeritatis reus crederetur, qui

su asuncion en cuerpo y alma al cielo. «Vírgen santísima, dice la «Iglesia en el himno de Vísperas, cuando os llamaron las recompen-«sas celestiales que estaban preparadas para Vos, el amor rompió los «lazos que tenian vuestra alma cautiva en la cárcel del cuerpo mor-«tal; pero la muerte, vencida por el fruto de vuestro seno, no puede «tener imperio sobre Vos, y no se atreve á retener en las cadenas á «la que ha dado al mundo el Autor de la vida.» En la misma colecta, que es como el sello de su creencia, la Iglesia reclama la intercesion de la santísima Madre de Dios, que sufrió la necesidad de la muerte temporal, sin que la muerte hubiera podido retener en sus lazos á la mujer en quien se encarnó Nuestro Señor [1].

La creencia de la Iglesia está basada, además de los testimonios que hemos citado y otros mil mas que podríamos citar, en una antigua tradicion muy general en Oriente, la cual dice que el Señor envió el arcángel Gabriel á su divina Madre algunos dias antes de su muerte [2]. Oyóse entonces, dice san Jerónimo, en el paraje donde reposaba una dulce armonía que fue para los santos Apóstoles el anuncio de que María les dejaba, y redoblando en momento tan supremo sus lágrimas y oraciones, alzaron la mano hácia ella y la dijeron con voz unánime: ¡Oh! Vos que sois nuestra madre, no nos dejeis para subir al cielo; dadnos vuestra bendicion, y no nos abandoneis, porque somos débiles y desgraciados. María volvió hácia ellos sus moribundas miradas, y les dijo como para darles el último adios: ¡Benditos seais, hijos mios, nunca dejaré de pensar en vosotros! Y muy pronto vieron los Apóstoles al Salvador, acompañado de sus Ángeles, que bajaba á recibir el alma de su divina Madre.

Uno de los Apóstoles no pudo, sin embargo, presenciar la muerte de María ni recibir su postrera bendicion, pues no llegó hasta tres dias despues de su bienaventurado fallecimiento, y penetrado de dolor y pesar por no haber logrado tanta dicha, suplicó al sacro Colegio que abriesen el sepulcro de María para verla por postrera vez.

tam piam religiosamque sententiam hodie impugnaret. (Suarez, 3 *pars*, *q.* 37, *art.* 4, *dist.* 25, *sect.* 11).

[1] Veneranda nobis, Domine, huius diei festivitas, in qua sancta Dei Genitrix mortem subiit temporalem, nec tamen mortis nexibus deprimi potuit quae filium tuum de se genuit incarnatum. (Bened. XIV, pag. 491, n. 5).

[2] Cedreno, *Comp. Hist.;* Nicéforo, lib. II, c. 21; Metafrasto, *De dormit. Mar.*



Abriéronlo en efecto, pero, ¡oh prodigio! el sepulcro estaba vacío, y habian brotado lirios, símbolo de pureza y virginidad, donde habia estado reclinado su cuerpo santo, inmaculado y demasiado santo para permanecer en el sepulcro, y que los Ángeles, Arcángeles, Serafines y Querubines se llevaron en sus alas, cuando la voz de Dios la dispertó de su corto sueño [1]. Esta tradicion ha inspirado á muchos pintores, y los grandes cuadros de nuestros templos nos muestran con frecuencia el cielo enteramente poblado de espíritus celestiales, llevando coronas y palmas á la Hija de David que va á ser coronada reina de los cielos. Apartaron á un lado la losa del sepulcro, y vieron entre los pliegues del sudario las flores milagrosas que habian brotado en el fondo de la tumba [2]. La muerte bienaventurada de María y su elevacion al cielo en cuerpo y alma era un suceso demasiado importante en sí y glorioso para la augusta María, para que la Iglesia no consagrara su recuerdo por medio de una solemne fiesta. En efecto, aunque la falta de documentos no nos permite demostrar la celebracion de esta fiesta desde la época de los Apóstoles, la hallamos en el siglo IV [3]. El concilio de Éfeso, al asegurar á María su título glorioso de Madre de Dios, dió grande autoridad al culto que le rendian ya los fieles, y aumentó por consiguiente la solemnidad de su Asuncion. Pronto la solemnizó la Europa en el vasto imperio de Carlomagno, y se convirtió de esta suerte en una fiesta católica [4]; es precedida de un ayuno y seguida de una octava, lo cual demuestra la grandeza de esta solemnidad que lleva dos nombres diferentes, pues algunos Padres la han llamado el *sueño* ó el *reposo* de la bienaventurada Vírgen, y otros mas comunmente la Asuncion, pero la Iglesia ha adoptado mucho tiempo há la última denominacion [5]. Ahora bien, la palabra Asuncion expresa muy claramente la diferencia que existe entre el modo como subió al cielo la Vírgen santísima y el con que subió Nuestro Señor: este subió por su propia virtud, y María por la virtud de su Hijo [6].

[1] Metafrasto y san Gregorio de Tours.
[2] *Cuadro poético de las fiestas*, pág. 339.
[3] Bened. XIV, pag. 505, n. 27 et 29.
[4] Concilio de Maguncia en 813, cán. 3, 6.
[5] Bened. XIV, pag. 504, n. 23.
[6] Ascendit Salvator in coelum potestativae virtutis imperio, sicut Dominus et creator Angelorum comitatus obsequio, non auxilio fultus. Assumpta est Maria in coelum, sed gratiae sublevantis indicio, comitantibus et auxilianti-

V. Entrada de María en el cielo.—¿Qué pluma seria capaz de describir la entrada triunfante de María en el cielo? Cuando Jesús, dice un Santo de los últimos siglos, consumó con su muerte la obra de la redencion, los Ángeles deseaban con afan su regreso al cielo, y repetian sin cesar estas palabras de David: *Levántate, Señor, vé á tu reposo, tú y el arca de tu santificacion* [1]. El arca de vuestra santicacion, es decir, vuestra divina Madre, que habeis santificado habitando en ella. El Señor quiso por fin corresponder á los deseos de los moradores de la Jerusalen celestial, llamando entre ellos á María.

Pero si habia creido conveniente que se introdujera con tanta pompa en la ciudad de David el arca de la antigua alianza, ¿qué pompa no debió desplegar en la entrada de su Madre en la ciudad divina? No bastando un grupo de Ángeles para formar su escolta, el mismo Rey de los Ángeles bajó para acompañarla con toda la corte celestial. Hé aquí, pues, al Hijo del Eterno que baja del cielo para ir á presentarse á su Madre, y que le dirige estas dulces palabras: «Levántate, date prisa, querida mia, paloma mia, hermosa mia, por«que ha pasado el invierno con sus rigores. Ven del Líbano, Madre «mia, ven á tomar la corona que te he destinado [2].»

María parte de la tierra; pero recordando á cuántos peligros y miserias deja expuestos á sus hijos, dirige hácia ellos miradas de compasion y amor, para decirles que no los olvidará en los resplandores de su gloria. Jesús le tiende la mano, y María llega al umbral de la bienaventurada mansion cruzando con él, al elevarse por los aires, las nubes y las esferas celestiales; y se abren las puertas eternas, y la Vírgen de Judá entra en el cielo del cual es reina.

Apenas la han contemplado los Santos y los espíritus celestiales, cuando sorprendidos de su brillo y su hermosura exclaman con voz unánime: ¿Quién es esa que se eleva del desierto, tan brillante de gracias y virtudes, y que llega apoyada de su Amado? ¿Quién es esa que lleva al Señor en su cortejo? Y unánimes exclamaciones responden: Es la Madre de nuestro Rey, nuestra Reina, la Santa de las Santas, la amada de Dios, la paloma inmaculada, la mas hermosa

bus Angelis, quam sublevabat gratia, non natura. (S. Petr. Damian. *Serm. de Assumpt.)*.

[1] Psalm. CXXXI, 8.

[2] Cant. IV, 8.

de las criaturas. Y todas las jerarquías de los cielos, Ángeles, Arcángeles, Virtudes, Potestades, Principados, Dominaciones, Tronos, Querubines y Serafines, todos los órdenes de Santos, los Patriarcas, Profetas, Mártires y Vírgenes, depositan á sus piés sus coronas inmortales proclamando sus loores.

Pero Adan y Eva, nuestros primeros padres, fueron los que con mas ardor se acercaron á ella, diciéndole: Hija querida, has reparado el mal que causó nuestra falta al género humano, has reconquistado al mundo la gracia que habia perdido, y has quebrantado la cabeza de la serpiente que nos venció; tú nos has salvado, bendita seas. ¡Con qué palabras debieron saludarla los autores de sus dias, santa Ana y san Joaquin! ¡Qué lengua humana podria expresar la alegría de José, su santo esposo, al ver la entrada gloriosa de su esposa en el cielo!

Faltan palabras para ponderar con cuánto amor y complacencia la acogió la santísima Trinidad; cómo recibió en ella el Padre á su Hija amada, el Hijo á su Madre, y el Espíritu Santo á su Esposa. El Padre la llama á participar de su poder, el Hijo de su sabiduría, y el Espíritu Santo de su amor. Y las tres personas divinas ciñen su frente radiante con una corona de doce estrellas mas resplandecientes que los rubíes y los diamantes, y sentándola en un trono á la derecha de Jesús, la proclaman Reina del cielo y de la tierra, y mandan á los Ángeles y á todas las criaturas que la reconozcan por tal, y la sirvan y obedezcan en todo [1].

VI. Sus funciones.—¿Qué hace María en su elevado trono? Como mediadora del género humano con Jesucristo y cerca de Jesucristo, intercede por nosotros, defiende nuestra causa, saca á manos llenas de los tesoros celestiales, y distribuye pródigamente los perdones, las bendiciones y las gracias. María es reina, pero lo es de clemencia y misericordia; su bondad no tiene límites, y su poder es igual á su bondad [2]. Y ¿qué pide para concedernos su proteccion? Escuchad á uno de sus mas grandes siervos. Hallándose próximo á morir el beato Berchmans, á quien esta augusta Reina habia colmado durante su vida de los mas señalados favores, la comunidad se reune en rededor de su lecho, y el superior le manda en nombre de la obediencia que diga á sus hermanos lo que ha hecho y

[1] Véase san Ligorio, *Glorias de María, Asuncion.*
[2] Omnipotentia supplex.

conviene hacer para merecer las relevantes gracias con que le ha favorecido María. «Muy poco es lo que pide María, responde el Santo «moribundo : *El mas pequeño homenaje, con tal que sea constante* [1]. »

¿Es preciso decir nada mas para excitar en nuestro corazon una confianza infantil en esta buena Madre? Dirijámonos, pues, á ella en todas nuestras necesidades del cuerpo y del alma; roguémosla, sobre todo, que nos alcance por los méritos de su bienaventurada muerte un buen fin, y que salgamos de la vida, ya un sábado, dia que le está consagrado, ya en la octava de una de sus fiestas, favor que ha alcanzado para varios de sus siervos, y especialmente para san Estanislao de Kotska, que murió el mismo dia de la Asuncion.

VII. Ejemplo. — Este santo jóven, que siempre habia profesado á María un amor y una devocion sincera, asistia á principios de agosto á un sermon que predicaba el P. Canisio delante de los novicios de la Compañía de Jesús, en el cual les exhortaba á que viviesen siempre como si se hallasen próximos á su último dia y estuviesen á punto de comparecer ante el divino tribunal. Acabado el sermon, Estanislao dijo á uno de sus hermanos que sentia como un aviso de Dios que le decia que aquel mes seria para él el postrero. Sea que Dios se lo hubiese revelado en efecto, ó que solo fuera un presentimiento suyo, la realidad del hecho justificó el vaticinio. Cuatro dias despues, al dirigirse á Santa María la Mayor, dijo á un Padre de la Sociedad, con quien hablaba de la fiesta de la Asuncion que se acercaba, que le parecia que en aquel dia debia tener en la patria celestial como un nuevo paraíso á causa de la gloria de la Madre de Dios, coronada Reina del cielo y de los Ángeles. «Y si es verdad, «añadió, como lo creo firmemente, que la misma solemnidad se re-«nueva todos los años, espero asistir á la primera que se celebre.»

La suerte habia dado á Estanislao por protector del mes (segun la costumbre) al bienaventurado san Lorenzo mártir, y dicen que habia escrito á María su madre para alcanzar de ella el favor de asistir á su fiesta en el paraíso. Comulgó el dia de san Lorenzo, y despues suplicó al Santo que presentase su peticion á la Reina de los Ángeles y alcanzara de ella que la atendiese. Aquella misma noche le acometió la calentura, y aunque poco violenta, principió á persuadirse de que habia sido oido su ruego y se aproximaba la hora de su muerte, y le oyeron repetir con manifiesta alegría al tiempo

[1] Quidquid minimum, dummodo sit constans.

de acostarse : «No volveré á levantarme.» Y dirigiendo la vista al Padre Aquaviva que estaba á su lado, le dijo: «Padre, creo que san «Lorenzo me ha alcanzado de la Vírgen santísima la gracia de asis«tir en el cielo á la fiesta de su Asuncion.» Pero el Padre no tomó en consideracion estas palabras.

Llegó la víspera de la fiesta, y aunque la enfermedad continuaba presentando poca gravedad, el Santo dijo á uno de los religiosos que no existiria ya á la noche siguiente. «¡Ah! hermano, respondió este, «mayor milagro será veros sucumbir de aquí á entonces, que halla«ros completamente restablecido.» Sin embargo, el estado del enfermo cambió súbitamente al mediodía; inundó su cuerpo un sudor frio, faltáronle enteramente las fuerzas, y vino á verle presuroso el superior, á quien suplicó Estanislao que mandase que le acostasen sobre el suelo desnudo para morir como penitente. Envolviéronle en una manta para darle gusto, y le tendieron efectivamente en el suelo, y allí se confesó y recibió el santo Viático en medio de las lágrimas de los que le rodeaban. Cuando entró el santísimo Sacramento en la estancia, vieron brillar su rostro de alegría celestial, y con la divina expresion de un Serafin. Recibió tambien la Extremauncion, y entre tanto no hizo mas que rezar, levantar los ojos al cielo, y besar y estrechar contra su corazon una imágen de María que tenia en las manos.

Habiéndole preguntado un Padre de qué le servia el rosario que llevaba en la mano, siendo así que ya no se hallaba en estado de recitarlo, respondió: «Me sirve de consuelo, porque pertenece á mi Ma«dre. —Pronto os consolaréis, respondió el Padre, viendo y besando «humildemente las manos de la misma María en la mansion de los «bienaventurados.» Al oir estas palabras inflamóse nuevamente el rostro del Santo, y levantó las manos como para expresar su alegría de verse pronto reunido con María. La divina Madre se le apareció en seguida, como pudieron advertirlo los circunstantes, y pocos momentos despues, al amanecer del 15 de agosto, pasó sin dolor á gozar la páz de los bienaventurados, no dejando de estrechar contra su corazon la imágen de María sino para ir á besar en el cielo los piés de su querida Patrona.

VIII. Medios de celebrar dignamente la Asuncion.—Demostremos tambien nosotros nuestro júbilo el dia de la Asuncion, por tener en el cielo una Madre tan poderosa, buena y fácil de contentar;

preparémonos á su fiesta con una novena; tomemos la santa comunion del Viático para alcanzar la gracia de una buena muerte, y para que sean enteramente prácticos nuestros sentimientos de devocion y nuestros ejercicios de piedad hácia María, y reflexionemos profundamente cuáles fueron los medios con que llegó á tan alto grado de honor y felicidad. Es indudable que la dignidad de Madre de Dios fue una circunstancia importantísima, mas no fue ella lo que Dios coronó en María, sino su fidelidad á la gracia: tal fue la medida de su gloria, y tal será la de la nuestra.

Hijos de María, imitemos á nuestra Madre, y tomemos hoy esta divisa: *Hacer en grande las cosas pequeñas.*

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberme dado en María una madre tan poderosa y tan buena; concedednos la gracia de que merezcamos su cariño por medio de la fidelidad constante en imitar sus virtudes, su humildad, su pureza, y su amor hácia su divino Hijo.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *tomaré por confidenta á la Vírgen santísima.*

LECCION XLVIII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Natividad de la Vírgen santísima. — Orígen de esta fiesta. — Confianza que inspira María en la cuna. — Palabras de san Ambrosio. — *Memorare*, rasgo histórico. — Fiesta del santo Nombre de María. — Presentacion, objeto de esta fiesta. — Retrato de la Vírgen santísima. — Su vida en el templo. — Orígen de esta fiesta. — María, vírgen, esposa, madre y viuda, tipo de la mujer cristiana. — Influencia del culto de la Vírgen santísima. — Jornada de Lepanto.

I. Orígen de esta fiesta. — Celebrando la Iglesia católica con tanta pompa y alegría la Asuncion de María, ¿no habia de consagrar con una fiesta solemne su bienaventurado nacimiento? El 8 de setiembre convoca á todos los fieles en la cuna de la divina Niña. Segun los cálculos mas exactos y las tradiciones mas respetables, María nació en Nazareth; bajo el reinado de Herodes, cuando este Príncipe impío trataba de aniquilar la raza real de David para imposibilitar el cumplimiento de las profecías que anunciaban que el Salvador saldria de la familia de Jessé; bajo el consulado de Marco Druso Livio y de Quinto Calpurnio Pison, y por consiguiente en el año de Roma de 738. Nació el 8 de setiembre como lo atestiguan las autoridades que acabamos de citar, y no sin misterio fue elegido este dia para dar al mundo la nueva Eva, pues segun tradicion conservada entre los hebreos, la primera Eva fue criada en este dia. Es un milagro de gracia y de belleza el que en el mismo dia que la primera Eva, que cautivó el corazon de Adan y puso el colmo á su dicha, la nueva Eva, de la cual no era mas que la figura la primera, apareciese sobre la tierra, y presentase por su gracia y su hermosura incomparable á los ojos de Dios, si es permitido decirlo, el espectáculo mas encantador que nunca hubiese contemplado [1].

[1] Idem ergo mensis, secundam nobis Evam mulierum omnium et pulcherrimam et dignissimam non temere dedit, quae singulari sui conditoris beneficio sic formata et exornata prodiit, ut si humano more loquendum sit laetioribus quidem oculis vivum in terris hominem nunquam aspexerit Deus, in



Sin embargo, por las razones expuestas en la leccion anterior y por otras mas, dimanadas de la sabiduría de la Iglesia, que desenvuelve con los siglos los medios de reanimar la piedad de sus hijos, la fiesta de la Natividad no se presenta, al menos con esplendor, desde el orígen del Cristianismo, y el primero y mas antiguo documento que poseemos es el Sacramentario de san Leon el Grande, en el cual se encuentra, lo mismo que en el Sacramentario de san Gregorio, la fiesta de la Natividad de la Vírgen santísima con una misa y oraciones propias [1].

Celebrábase generalmente en la Iglesia antes del siglo VII, y antes del IX era una de las mas solemnes en Francia [2], siendo al parecer la ciudad de Angers la que se distinguia en esta circunstancia por su devocion á María, y por la pompa con que sus habitantes celebraban la Natividad. Segun conjeturas bastante probables, de esto procede el que las provincias circunvecinas llamasen á esta fiesta la *Anjovina*, como si hubiera tenido orígen en Anjou [3]. No tardó el Oriente en rivalizar en celo con el Occidente, y desde mediados del siglo XII vemos celebrada allí la fiesta de la Natividad con igual pompa que las principales solemnidades de la Iglesia [4].

El nombre de Natividad indica por sí solo el objeto de nuestra devocion. Si los hijos bien educados esperan con impaciencia, y celebran con júbilo el dia del nacimiento de una madre querida, y si se apresuran á porfía á ofrecerle deseos de prosperidades y *ramilletes*, dejo á vuestra consideracion qué sentimientos han de hacer latir los corazones de los hijos de María el dia que les da tal madre. Los padres celebran tambien por medio de regocijos el nacimiento y el aniversario del dia del nacimiento de sus hijos; esta costumbre tan adecuada para conservar el espíritu de familia, es interesante y laudable. ¿No parece, sin embargo, mas razonable llorar por los hijos

quo post Christum nihil maculae, et plus gratiae veraeque pulchritudinis et amabilitatis deprehenderet. (V. P. Canisius, *De Maria V. Deip.* lib. I, c. 11, pag. 75).

[1] Bened. XIV, pag. 513, n. 8; Baron. *Not. ad Martyrol.* 8 *septemb.*

[2] Nullius igitur nativitas celebratur in mundo nisi Christi, et eius (scilicet B. Mariae) atque B. Ioannis, etc. (S. Ildefons. Bibliot. PP. t. XII, pag. 566; Walterius, episcop. Aurelian. CXVIII *de Ordinib.* Bened. XIV, p. 513, n. 8).

[3] La feria de la Natividad se llama aun en el dia en Bretaña *La feria de la Anjovina.*

[4] Baillet, *Hist. de la Nativ.*

cuando llegan al valle de las miserias, al pensar que nacen no tan solo sin razon y sin mérito, sino hijos de ira, manchados con el pecado, y destinados á los dolores y á la muerte?

Por esta razon la Iglesia católica, elevándose á toda la altura de la fe sobre el órden y los sentimientos de la naturaleza, no celebra el nacimiento sino la muerte de sus hijos. ¡Considerad cuán profunda es la precision de su lenguaje! Llama *natividad* ó *nacimiento* á la *muerte* de sus santos. En efecto, el dia de su muerte es cuando los elegidos dejan esta vida perecedera para nacer á una vida verdadera, inmortal, gloriosa. La liturgia católica solo conoce dos excepciones de esta regla importante: san Juan Bautista y la Vírgen santísima. Celebra la fiesta del primero el dia en que vino al mundo, porque vino santificado y confirmado en gracia, y con mucha mas razon debia celebrar la natividad de María, que apareció en la tierra llena de gracia y enriquecida con todos los dones de Dios [1].

Exenta de la ley del pecado original y predestinada á la maternidad divina, está fuera de duda que María fue el alma mas hermosa que salió de las manos del Criador, así como despues de la Encarnacion fue la obra mas perfecta y mas digna del Omnipotente en este mundo. «Porque, dice santo Tomás, Dios proporciona las gracias «que concede á los hombres segun el grado de dignidad que les des- «tina, de modo que María, antes de ser madre de Dios, recibió de «lo alto todas las gracias que habian de hacerla digna de tan emi- «nente prerogativa [2].» Y hé aquí por qué el arcángel Gabriel la saluda con estas palabras: *Llena eres de gracia.*

II. Medios de celebrarla dignamente. — Tambien nosotros debemos saludarla llamándola llena de gracia. Hijos de María, reunámonos hoy en torno de su cuna y dirijamos á nuestra amable Madre

[1] S. Aug. *in Nativ. B. Ioannis Bapt.* — Dicuntur quidem sanctorum festivitates natalitia, et merito; quomodo enim consuete nasci dicitur, cum quis de utero matris procedens in lucem egreditur; ita rectissime potest natus dici, qui à vinculis carnis solutus ad lucem sublimatur aeternam. Et inde mos obtinuit ecclesiasticus, ut dies beatorum martyrum, sive confessorum Christi, quibus de saeculo transierunt, natales vocitemus, eorumque solemnia non funebria, sed natalitia dicamus. (Raban. Maur. *De Instit. cleric.* c. 43). — Propterea post celebritatem nativitatis Ioannis Baptistae sacratissimam et iucundam, quia sine peccato natus est per sanctificationem, instituit Ecclesia nativitatem Beatae et gloriosae semperque Virginis Mariae celebriter fieri, admonita prius miraculo. (Gerson, *Serm. de Nativ. B. Virg.*).

[2] D. Thom. q. 27, art. 5 ad 2.

nuestros ruegos y homenajes, pues á pesar de ser tan jóven, nos ve y nos escucha. ¡Qué confianza debe de animarnos! ¿Podrá una madre negar nada á sus hijos el dia de su fiesta? Si somos culpables, pedirá perdon para nosotros; si justos, nos prodigará las muestras de un particular cariño. ¿Queremos recrear su corazon? Imitemos sus virtudes. Venid sobre todo, niños, venid á ver á esta santa Niña, vuestro modelo y madre vuestra: ella os ama, y exige ante todo los lirios y las rosas del pudor. Y vosotros, jóvenes, que todo se lo debeis á María, ella os convoca en torno de su cuna y al espectáculo de sus primeros años.

«Venid, dice san Ambrosio, y contemplad la vida y la virginidad «de María que será como un espejo en el cual veréis el modelo de la «castidad y de la virtud. El primer motivo de imitacion es la noble«za del modelo. Y ¿cabe nada mas noble que la Madre de Dios?... «Era vírgen de cuerpo y alma, y de una pureza incapaz de simu«lacion, y era humilde de corazon, grave en sus palabras, y pru«dente en sus resoluciones; hablaba poco, y solo decia lo necesario; «leia asiduamente los libros de la fe, y cifraba su confianza, no en «las riquezas perecederas, sino en las oraciones de los pobres; y fer«vorosa siempre, solo queria á Dios por testigo de cuanto pasaba «en su corazon, y á él solo encomendaba cuanto hacia y poseia.

«Léjos de hacer el menor agravio á nadie, todos reconocian su «carácter benéfico; honraba á sus superiores y no envidiaba á sus «iguales, evitaba la vanagloria, seguia la razon, y amaba ardiente«mente la virtud. Rebosaban sus miradas de dulzura, y sus palabras «de afabilidad, y toda su conducta llevaba el sello de la modestia. «No se advertia en sus acciones nada que no fuera conveniente; su «alegría no era superficial, ni su voz anunciaba nada que procediese «de un fondo de amor propio. Su exterior estaba arreglado con tanta «armonía, que el ademan de su cuerpo era la imágen de su alma, y «un completo modelo de todas las virtudes. Su caridad hácia el pró«jimo no conocia límites; hacia largos ayunos, y no escogia para «alimentarse lo que podia recrear la sensualidad, sino lo que basta«ba para sostener la naturaleza. Dedicaba á los ejercicios piadosos «los momentos destinados al sueño, y si salia era tan solo para ir al «templo, y siempre en compañía de sus padres [1].»

Y nosotros todos, cristianos, cualquiera que sea nuestra edad ó

[1] *Lib. de Virgin.*

condicion, regocijémonos con María, siendo niña, por haber nacido tan santa, tan querida de Dios y tan llena de gracias. Regocijémonos, no tan solo por ella, sino tambien por nosotros, porque lo mismo es para nosotros que para ella la gracia que trajo al venir al mundo, y temamos perder la confianza y la devocion á María, porque ella es el conducto de todas las gracias. Cuando Holofernes trató de apoderarse de Bethulia, lo primero que hizo fue interceptar los acueductos: cuando el demonio trata de entrar en una alma, se esfuerza primeramente en quitarle la devocion á María, pues está firmemente persuadido de que despues de interceptarle el conducto de la gracia, no tardará en perder esta alma la luz, el temor de Dios y finalmente la salvacion eterna. Así pues, recurramos á María, cualquiera que sea el estado de nuestra alma y el número ó enormidad de nuestras ofensas, pues como refugio de los pecadores mas abandonados nos tenderá una mano caritativa y nos salvará. Desde el fondo de nuestras miserias elevemos hasta ella esta oracion á la cual no puede resistir su corazon: *Acordaos, Vírgen piadosísima*, etc.: *Memorare, ó piissima Virgo Maria*, etc.

III. Ejemplo. — Conviene recordar el siguiente rasgo que se ha hecho tan célebre, y que por sí solo bastaria, aun cuando careciésemos del testimonio de todos los siglos, para afirmar nuestra confianza en María en nuestras mayores necesidades, como el áncora asegura á la nave en medio de las borrascas. En el reinado de Luis XIII vivia en París un santo clérigo, llamado Bernardo, ó el *pobre sacerdote*, que habia consagrado su riqueza á los pobres y su vida y la ternura de su corazon á los desgraciados que hiere con su cuchilla la justicia humana. Sucedió que un reo, condenado á ser despedazado vivo, se negaba á oir hablar de confesion. Dieron esta noticia al *pobre sacerdote*, que en el acto corrió á la cárcel, y entrando en el calabozo, saludó al preso, le abrazó, le exhortó, le sugirió sentimientos de confianza, y le amenazó con la cólera divina, pero nada le hizo impresion. El reo ni tan solo se dignaba mirarle y parecia sordo á cuanto le decian. El confesor le suplicó que accediese al menos á recitar con él una oracion muy breve á la Vírgen santísima, asegurándole que nunca la habia recitado sin alcanzar lo que pedia.

El preso hizo un ademan de desprecio, y se negó á decirla, mas no por eso dejó el P. Bernardo de recitarla desde el principio hasta

el fin; pero viendo que el pecador obstinado ni siquiera habia querido desplegar los labios, y arrebatado por la caridad é inspirado por su celo, puso en la boca del reo empedernido un ejemplar de la oracion que llevaba siempre consigo, é hizo esfuerzos para hacérselo entrar, diciendo: *Ya que no quieres recitarla, te la comerás.* El reo, sujeto con las cadenas y no pudiendo defenderse de aquella importunidad, para librarse de ella prometió recitar la oracion. Bernardo se arrodilla con él, vuelve á principiar la oracion *(Memorare),* y apenas pronuncia el preso las primeras palabras, cuando se siente enteramente cambiado: brota de sus ojos un torrente de lágrimas, ruega al santo sacerdote que le dé tiempo de prepararse para la confesion, y recordando los extravíos de su vida en la amargura de su corazon, le conmueven tanto la enormidad de sus crímenes y la grandeza de la misericordia divina, que en aquel instante espira de dolor. Este ejemplo nos enseña cuán útil puede ser la proteccion de aquella á quien la Iglesia llama *refugio de pecadores,* á los que la reclaman con confianza; pero acordémonos sobre todo de que el respeto, el celo, el cariño filial hácia nuestra Madre, y especialmente la imitacion de sus virtudes, es lo que nos hará dignos de sus favores.

En el último dia de la octava de la Natividad se celebra la fiesta del santo Nombre de María. El venerable siervo de Dios el papa Inocencio XI declaró obligatoria para la Iglesia universal, por su decreto del año 1683, esa fiesta, particular hasta entonces de España, en cuyo mandato, tan agradable por otra parte de ejecutar, es preciso ver un nuevo testimonio del reconocimiento de la Iglesia para con la Vírgen santísima. La Reina de las Vírgenes se mostró siempre enemiga personal del Mahometismo, grosera religion de los sentidos que quedó ahogada por ella, en el siglo XVI, en las aguas de Lepanto. No obstante, el Mahometismo, salvado en parte de aquel vasto naufragio, amenazaba nuevamente á la cristiandad. El gran visir fué á poner sitio en 1683 á Viena, uno de los baluartes de la Iglesia, al frente de un ejército formidable. Juan Sobieski corrió á la cabeza de sus polacos en defensa de la ciudad sitiada; en la mañana del dia de la batalla se puso, lo mismo que todo el ejército, bajo la proteccion de la Vírgen santísima; todas las tropas cayeron de rodillas, en tanto que Sobieski oia misa en el convento de los Camaldulenses, rezando, mientras duró, con los brazos extendidos en forma de cruz. *Allí fue derrotado el gran visir,* dijo con profunda ver-

dad un guerrero cristiano. Al salir de la iglesia, Sobieski manda que se toque al arma; los turcos emprenden la fuga llenos de terror y lo abandonan todo, hasta el grande estandarte de Mahoma que el vencedor envió al Soberano Pontífice como un homenaje á María.

¿Cómo ponderarémos el respeto que merece el nombre de María, tan poderoso y tan bello al mismo tiempo? Respóndannos los siglos cristianos. En primer lugar, se cree que el mismo Dios lo reveló á los padres de la Vírgen santísima [1]. Durante muchos siglos se prohibió á las mujeres, hasta á las de sangre real, que tomasen el nombre de María. Debiendo casarse Alfonso VI, rey de Castilla, con una princesa mora, á la cual era preciso dar un nombre al bautizarla, prohibió que le diesen el de María, aunque la jóven lo deseaba vivamente. En el contrato de boda entre la duquesa María Luisa de Nevers y Ladislao, rey de Polonia, se estipula que la Princesa ha de dejar el nombre de María, y no conservar mas que el de Luisa. Casimiro I, otro rey de Polonia, hizo lo mismo cuando se casó con María, hija del Duque de Rusia. De esto procede la costumbre tantos años conservada en Polonia de que ninguna mujer, de cualquiera condicion que fuese, pudiera llevar el nombre de María. Estos ejemplos nos enseñan cuánta veneracion hemos de tener á tan augusto nombre, así como la victoria de Sobieski la confianza con que debemos pronunciarlo. Digamos pues: ¡Oh María, oh nombre bajo el cual nadie ha de desesperar! *Oh Maria, oh nomen sub quo nemini desperandum* [2]!

IV. Objeto de la fiesta de la Presentacion. — Hijos de María, dejad ahora su cuna; vedla jóven, muy jóven, que se dirige al templo de Jerusalen, á donde la llama la voz de Dios: corramos tras de sus pasos y celebremos la fiesta de la Presentacion.

La Presentacion es la fiesta establecida por la Iglesia para consagrar la memoria de un paso solemne que hizo María siendo aun niña. Una tradicion constante, cuyo orígen se remonta á los primeros dias del Cristianismo, nos dice que María, siendo aun niña, fue presentada al templo de Jerusalen, donde se consagró en cuerpo y alma al Señor [3]. Dotada de la plenitud de sus facultades, hizo á Dios

[1] Die quo nata est (B. Virgo) impositum est ei nomen Maria à parentibus secundum angelicam revelationem. (S. Antonin. p. IV, t. XV, c. 14).

[2] Bened. XIV, pag. 519, n. 3.

[3] San Gregorio de Nisa, san Juan Damasceno, san German de Constanti-

voto de castidad, y fue la primera en enarbolar el sagrado pendon bajo el cual se han albergado despues legiones de vírgenes. Acostumbraban los judíos consagrar sus hijos al servicio del templo, y hacer educar las niñas á la sombra tutelar del santo edificio. Habiendo sabido María que su padre y su madre, fieles á esta costumbre sagrada, habian prometido al Señor, al pedirle un hijo, que se le ofrecerian, se adelantó á su deseo, y ella misma quiso ir á consagrarse al Señor, y fue la primera en suplicarles que cumplieran su promesa. «Ana no vaciló, dice san Gregorio de Nisa, en acceder á «su deseo; la llevó al templo, y la ofreció al Señor.»

Pero veamos cómo hicieron á Dios el sacrificio de lo que mas amaban en el mundo Ana y Joaquin. Salieron de Nazareth para Jerusalen, llevando á ratos en sus brazos á su querida hija, que era muy niña aun para sobrellevar las fatigas de un viaje de treinta leguas. Iba con ellos un reducido número de parientes; «pero los Ángelès, «dice san Gregorio de Nicomedia, les servian de cortejo, y acompa«ñaban en numerosa cohorte á la tierna y pura Vírgen que iba á «ofrecerse en el altar del Señor.» Cuando los santos viajeros llegaron al templo, la dulce Niña se volvió hácia su padre y su madre, les besó las manos, les pidió la bendicion, y sin vacilar mas subió las gradas del santuario y corrió á ofrecerse al gran sacerdote. ¡Qué hermoso, qué solemne fue el momento en que la divina Niña puso el pié en el sagrado atrio! El mismo Dios celebró aquel dia memorable en que vió entrar en el templo á su casta Esposa, porque nunca se le habia ofrecido una criatura tan pura y santa [1]. Y cuando María hubo consagrado á su Dios su alma y su cuerpo sin reserva ni arrepentimiento, ¡con qué amor exclamaria: *Mi amado es mio, y yo soy suya* [2]! Gocemos tambien nosotros de espectáculo tan encantador, contemplando el retrato que nos ha conservado de esta admirable Niña san Epifanio, hijo de Palestina. «María, dice, se presen«taba en todo llena de reserva y gravedad; hablaba poco, escucha«ba atentamente, era muy afable, y honraba y respetaba á cuantos «la rodeaban. Su estatura era algo mas que mediana: tenia la tez

nopla, san Andrés de Creta y san Gregorio de Nicomedia dicen, que esto fue á los tres años de edad. (Véase Benedicto XIV., pág. 532, y Canisio, lib. I, cap. 12).

[1] Bernardin. de Busto, *Marian.* pag. 4, serm. I.

[2] Cant. II, 16.

«ligeramente dorada, el cabello rubio, los ojos animados, las pupilas «muy ovaladas y de color de oliva, las cejas arqueadas y de un ne-«gro muy gracioso, la nariz prolongada, los labios rosados y de una «dulzura al hablar inefable, el rostro oval, y las manos y los dedos «de una longitud mas que mediana. Sus trajes eran muy sencillos y «del color natural de la tela de que estaban hechos; finalmente, «respiraba todo su cuerpo una gracia divina [1].»

¿Quién contará la vida angelical de María en el templo? La santa Niña, dice san Jerónimo, arreglaba así las horas del dia: «Estaba «en oracion desde la mañana hasta la hora tercera del dia; desde la «tercera á la nona trabajaba, y entonces volvia á orar hasta el mo-«mento de ir á comer. Ponia un extremo cuidado en ser la primera «en las santas veladas, la mas exacta en observar la ley, la mas hu-«milde y la mas perfecta en virtud entre todas sus compañeras. Nun-«ca se sorprendió en ella ningun impulso de ira, y todas las palabras «de su boca rebosaban tanta dulzura, que era fácil reconocer en ellas «el espíritu de Dios [2].»

V. Orígen de esta fiesta. — La Presentacion de María en el templo era un acto demasiado importante é instructivo para que la Iglesia católica no se apresurase á consagrarlo por medio de una fiesta solemne. El Oriente fue el primero en celebrar la Presentacion, pues se halla ya en las constituciones del emperador Manuel Comneno á mediados del siglo XII en 1143. Dos siglos mas adelante, en 1374, esta fiesta pasó á Occidente despues de las Cruzadas, bajo el reinado de Cárlos V, rey de Francia. Hé aquí en qué términos escribió este religioso Monarca á los doctores y estudiantes del colegio de Navarra

[1] Erat Maria in rebus omnibus honesta et gravis, pauca admodum eaque necessaria loquens, ad audiendum facilis, et perquam affabilis, honorem suum et venerationem omnibus exhibens; statura mediocri, quamvis sint, qui eam aliquantulum mediocrem longitudinem excessisse dicant. Colore fuit triticum referente, capillo flavo, oculis acribus: subflavas et tanquam olivae colore pupillas in eis habens. Supercilia ei erant inflexa et decenter nigra: nasus longior, labia florida et verborum suavitate plena: facies non rotunda et acuta, sed aliquanto longior, manus simul et digiti longiores. Erat denique fastus omnis expers, simplex, minimeque vultum fingens, nihil mollitiei secum trahens, sed humilitatem praecellentem colens. Vestimentis quae ipsa gestavit coloris nativi contenta fuit: id quod etiamnum sanctum capitis eius velamen ostendit, et ut paucis dicam, in rebus eius omnibus multa divinitus inerat gratia. (S. Epiph. *Orat. de Mar.* apud Canis. lib. I, c. 13, pag. 95).

[2] *De Hist. Vit. Mar.;* Canisius, *De Mar. Deip. Virg.* lib. I, c. 12.

en París: «He sabido por el Canciller de Chipre que la Presentacion «de la Vírgen en el templo se celebra con mucha solemnidad en «Oriente el 21 de noviembre. Hallándose este Canciller de embaja- «dor del Rey de Chipre y de Jerusalen en Aviñon, habló con el Papa «de esta fiesta religiosamente observada por los griegos, y le presentó «su oficio. El Papa lo examinó, mandó que lo examinasen los Car- «denales y algunos teólogos, lo aprobó despues, y permitió la cele- «bracion de esta fiesta que él mismo solemnizó con gran concurso de «pueblo. Habiendo venido dicho Canciller á Francia y habiéndome «presentado este oficio, he mandado celebrar la fiesta en la santa Ca- «pilla, á la cual han asistido varios prelados y otros señores, y el «Nuncio del Papa que ha pronunciado un elocuente sermon [1].»

De este modo pasó, pues, la fiesta de la Presentacion de Oriente á Occidente y especialmente á Francia, donde se observó por el mandato del piadoso Monarca, cuyas palabras acabamos de oir. Los sucesores de Gregorio IX, á quien presentó el oficio de la Presentacion el embajador de Chipre, enriquecieron con numerosas indulgencias tan hermosa fiesta, que ha llegado á ser una de las solemnidades de la Iglesia [2].

VI. Influencia de la vida de María en la mujer cristiana. — Esta es la ocasion oportuna de hacer algunas reflexiones acerca de la vida de la nueva Eva, y sobre la saludable influencia de sus ejemplos. María se presenta en todas sus fiestas como el modelo y tipo de la mujer cristiana: hija, esposa, madre y viuda, pasó por todos los estados de la mujer para ser un modelo universal; pero una gran cualidad domina en ella á todas las demás, y dura desde la cuna hasta el sepulcro, y es la virginidad. En efecto, á la virginidad, ó al menos á la pureza conyugal, van unidos para la mujer la honra, el respeto y la rehabilitacion. ¡Ojalá no la olvide! Lo único que hace que la mujer sea constantemente respetada, y la constituye en una especie de culto y de veneracion, es el pudor, y tal es, repetimos, la primera condicion de salvacion y rehabilitacion para la mujer.

Como hija, María enseña á la mujer el medio de conservar su mas bello ornato, el lirio embalsamado de la inocencia, y es el de ocultarse á la sombra del santuario. La tierna piedad y el retiro del mun-

[1] Tomasino, lib. II, c. 20.
[2] Bened. XIV, pag. 535, n. 8.

do forman la segunda condicion de salvacion y rehabilitacion para la mujer.

Como esposa, María enseña á la mujer el medio de ejercer sobre su dueño ese ascendiente irresistible que, alzando para ella el anatema lanzado contra Eva, hace que vuelva á hallar todo el imperio que debe tener para la felicidad de la familia, y para su propia dicha y la de la sociedad [1]. La dulce María *obedece, ora, trabaja y calla.* Habla José, y María parte á Belen, á Egipto, á Nazareth, á Jerusalen. Mansedumbre, obediencia, trabajo, oracion y silencio; tal es la tercera condicion de salvacion y rehabilitacion para la mujer.

Como madre, María solo aparece en el mundo por primera vez para ejercer una obra de caridad; trátase de llevar la bendicion á la familia de su prima, y parte presurosa. La caridad y las buenas obras, ¡oh! sí; hé aquí la incumbencia de la mujer en el Cristianismo. Es su vocacion; Dios le ha dado en abundancia cuanto necesita para cumplirla con buen éxito, y no le faltan sensibilidad, mansedumbre, actividad ni valor. La caridad es por consiguiente la cuarta condicion de salvacion y rehabilitacion para la mujer.

Como madre, María enseña á la mujer el medio de cumplir el mas sagrado de sus deberes, pues desde el pesebre hasta la cruz la veis inseparable de su Hijo. ¿Puede decirse con mas elocuencia á las madres cristianas: En vuestro regazo reposa el porvenir del mundo, donde se prepara y se decide; que no abandonen un solo instante vuestros cuidados, vuestros ojos ni vuestro corazon al hombre, cuya vida ha de hacer vuestra felicidad ó vuestra desgracia, y la de tantos otros? La educacion, la educacion que se hace en el regazo, junto al hogar, tal es por consiguiente la quinta condicion de salvacion y rehabilitacion para la mujer [2].

Como madre, María enseña á la mujer á sufrir. ¿En qué consiste la vida de María, madre de Dios? En huir á Egipto temblando por su Hijo, en ofrecerlo á Dios siendo aun muy niño, en consentir de antemano en los tormentos del Calvario, y en presenciar al pié de la cruz la agonía de Jesús. El sufrimiento bajo todas las formas, y desde el nacimiento de su primer hijo hasta su muerte, tal es la vida

[1] Considerantes in timore castam conversationem vestram. (*I Petr.* III, 2).

[2] Salvabitur autem per filiorum generationem, si permanserit in fide, et dilectione, et sanctificatione cum sobrietate. *(I Tim.* II, 15).

de la madre. Sobrellevar los padecimientos como María, con mansedumbre, en silencio, con valor y perseverancia, tal es la sexta condicion de salvacion y rehabilitacion para la mujer.

Como viuda, María enseña á la mujer el gran secreto de la vida retirada. Las virtudes domésticas, saludables consejos, oraciones mas largas y buenas obras, tanto mas meritorias ante Dios en cuanto son mas ocultas á las miradas de los hombres; tal es la séptima condicion de salvacion y rehabilitacion para la mujer.

Hija, esposa, madre, viuda y siempre vírgen; tal se nos presenta María en sus relaciones con el mundo inferior, relaciones interesantes y perfectamente realizadas por ella, que no eran mas que la expresion de las relaciones mas sublimes de María con el mundo superior. Es hija del Padre, madre del Hijo, y esposa del Espíritu Santo, y todo de una manera inefable. Y la mujer ha de estar tambien como María en relacion íntima con el mundo superior para ser lo que debe respecto del hombre y de la sociedad, y como ella, aunque de diferente modo, ha de ser hija del Padre, madre del Hijo y esposa del Espíritu Santo, porque con esta condicion ejercerá en el mundo inferior el saludable imperio de que fue revestida María para la salvacion del linaje humano. En efecto, leed la historia, y os presentará nuevas Marías que de siglo en siglo ejercen sobre el hombre y sobre los pueblos una incalculable influencia: Mónica, Clotilde, Blanca, Adelaida, Matilde, Isabel y tantas otras, son monumentos auténticos de la verdad que manifestamos. El culto de María es por consiguiente la salvacion y la gloria de la mujer, y, por medio de la mujer, de la sociedad entera.

VII. Influencia en la sociedad. — El culto de la mas dulce, amable y pura de las Vírgenes esparce tambien sobre el Catolicismo cierto encanto y gracia indefinible que ensanchan el corazon y le inspiran confianza. Nos complacemos en pensar que tenemos junto á Dios una medianera que es hermana nuestra, cuya sangre es la misma que circula por nuestras venas, cuya naturaleza puramente humana se asemeja enteramente á nuestra flaqueza, y cuya maternidad divina le da una especie de imperio sobre el mismo Omnipotente; en una palabra, nos complacemos en ver á María estrechando contra su corazon de madre á Dios y al Hombre; llamando al uno y al otro: ¡Hijo mio!

Ved tambien como se ha reproducido en el mundo cristiano este pensamiento consolador. El hombre sentia la necesidad de no perderla de vista un solo instante, y ha querido encontrarla en todos sus pasos y bajo todas las formas. Sin mencionar los himnos, cánticos y *letanías* en que prodiga á María los mas dulces títulos, contemplad esos millares de obras maestras inspiradas por el culto de la Reina de los Ángeles, de la Madre de Dios y de los hombres. Recorred la Europa entera, deteneos ante los antiguos monumentos, interrogadlos, y preguntad qué es lo que los hizo brotar del suelo con todas sus maravillas; y se alzará una voz de las piedras, de la tradicion y de los anales de los pueblos para respondernos: El culto de María. Sí, este culto interesante ha adornado al mundo católico con tantas magníficas iglesias, tantas ricas abadías, tantos hospitales y tantos poéticos recuerdos.

Sin salir de Francia, en otro tiempo tan cristiana, mirad cuántas basílicas, capillas y hospicios bajo la invocacion de Nuestra Señora, y qué dulces nombres á la Vírgen divina. Aquí es *Nuestra Señora del Buen Socorro;* allá, *Nuestra Señora de la Piedad;* mas allá, *Nuestra Señora de todas las Alegrías;* en otro paraje, *Nuestra Señora de todos los Auxilios;* cerca de los hospitales, *Nuestra Señora de los siete Dolores;* en el fondo de un valle, *Nuestra Señora de la Paz;* en el monte, *Nuestra Señora de Gracia;* cerca del mar, *Nuestra Señora del Buen Puerto;* y además *Nuestra Señora de la Salvacion, Nuestra Señora de las Nieves, Nuestra Señora de los Peñascos, Nuestra Señora de los Lirios, Nuestra Señora de los Angeles, Nuestra Señora del Consuelo*, etc.

Se nos acusaria de que tratamos de sorprender el oido con dulces sonidos si repitiéramos todos los graciosos é interesantes títulos de la Patrona que se habian elegido nuestros padres, y por esta razon nos detendrémos. Los hijos de los francos y los galos nuestros antepasados, aquellos hombres de movimiento, batallas y conquistas, que durante tantos siglos recorrieron el mundo sentando reyes en todos los tronos, habian puesto su fogoso valor bajo la proteccion de una mujer celestial. La antigua Francia, cubierta de polvo y sangre de los combates, se arrodillaba delante de las estatuas de María, y colocaba con frecuencia la imágen de la Vírgen en sus blancos pendones. En verdad que era un hermoso espectáculo el ver á la fuerza

y al valor honrar de esta suerte á una madre y á un niño, y oponer lo que hay de mas terrible en la tierra á lo que tiene de mas suave el cielo [1].

Y el mismo Dios ha tenido cuidado de justificar, autorizar y fomentar el amable culto de María con ruidosos milagros. Tarea prolija seria enumerarlos todos, pues tendríamos que escribir los anales de cada pueblo, de cada ciudad y aun de cada familia. Bastará uno solo.

VIII. Batalla de Lepanto. — La jornada de Lepanto será una brillante prueba de la proteccion de la Madre de Dios en favor de los que la invocan con confianza. Hacia cerca de un siglo que los turcos tenian sumida en la consternacion á toda la cristiandad por una série de victorias que permitia Dios para castigar los pecados de los Cristianos, y despertar su fe medio extinguida. Habiéndose apoderado Selim, hijo y sucesor de Soliman, emperador de Constantinopla, de la isla de Chipre, iba á caer sobre los venecianos con un poderoso ejército, confiando nada menos que con la conquista del universo. El santo papa Pio V, alarmado ante el peligro que amenazaba á la cristiandad, hizo liga con los venecianos y los españoles para rechazar los esfuerzos del enemigo comun, y aunque las fuerzas no eran iguales, los Cristianos no dudaron del buen éxito de su empresa, apoyándose en la proteccion de la Vírgen santísima.

El Papa prescribió desde el principio de la expedicion ayunos y rogativas públicas para aplacar la justicia divina; toda la Europa estaba en oracion, y los fieles corrian en tropel á Nuestra Señora de Loreto para implorar el auxilio del cielo por intercesion de la Madre de Dios. El santo Pontífice envió su bendicion al general D. Juan de Austria, asegurándole la victoria de un modo positivo, y le mandó al mismo tiempo que despidiese á todos los soldados que solo parecieran animados por la esperanza del saqueo, así como á todas las personas cuyas costumbres fueran relajadas, temiendo que sus pecados atrajesen sobre el ejército la cólera divina. Se ejecutó religiosamente el mandato del Pontífice; todas las tripulaciones, sin exceptuar un solo hombre, confesaron y comulgaron con fe viva; se prohibieron los juegos de náipes, y se impuso pena de muerte contra los blasfemos. El Nuncio del Santo Padre bendijo solemnemente la escuadra, y aquellos millares de valientes, seguros de la proteccion

[1] *Cuadro poético de las fiestas.*

del cielo, se dan á la vela para Oriente. El Soberano Pontífice, cual otro Moisés, no cesa en tanto de alzar las manos al cielo y de dirigir á Dios fervientes oraciones para atraer sus bendiciones sobre las armas de los Cristianos. Finalmente, los dos ejércitos traban la pelea en el golfo de Lepanto el dia 7 de octubre de 1571. Los turcos acometen al ejército cristiano con furor, y alcanzan al parecer alguna ventaja en un principio; pero aquel que tiene en sus manos la victoria no tarda en declararse en favor de los Cristianos; los infieles son completamente derrotados, perdiendo mas de treinta mil hombres y cási todo el material del ejército, y los Cristianos hacen un inmenso botin y ponen en libertad á quince mil cautivos que encontraron en las naves de los mahometanos.

El Santo Padre tuvo revelacion de la victoria en el mismo instante de alcanzarla. Estaba ocupado en trabajar con los Cardenales; de pronto los deja, abre la ventana, y les dice despues de haber mirado el cielo algunos momentos: «No hablemos mas de negocios, pues «solo debemos pensar ya en dar gracias á Dios por la victoria que «acaba de conceder al ejército cristiano [1].» Este hecho, por extraordinario que parezca, fue atestiguado del modo mas auténtico, y es citado como incontestable en el proceso de la canonizacion del santo Papa. Pio V estaba tan persuadido de que la victoria de Lepanto habia sido efecto de la proteccion particular de la Vírgen santísima, que instituyó con este motivo la fiesta de Nuestra Señora de la Victoria, que trasladó luego al primer domingo de octubre su sucesor Gregorio XIII, bajo el título de fiesta del santo Rosario. Con igual motivo añadió tambien Pio V en la letanía de la Vírgen santísima estas palabras: *Auxilium Christianorum, ora pro nobis;* Auxilio de los Cristianos, ruega por nosotros.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos dado en María una madre omnipotente y buena; haced que la amemos é imitemos.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *invocaré á María en todas mis penas y tentaciones.*

[1] *Vida de san Pio V*, por Mr. de Falloux.

LECCION XLIX.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Fiestas de la Cruz. — Qué es una cruz? — Fiesta de la Invencion de la santa Cruz. — Su historia. — Fiesta de la Exaltacion. — Su historia. — Preeminencias del culto de la cruz. — *Via crucis*.

I. La cruz. — ¿Qué es una cruz? Un libro que contiene toda la historia de Dios, del hombre y del mundo.

La historia de Dios. El universo con todas sus maravillas es un libro que manifiesta con indudable elocuencia la omnipotencia de aquel que con sola la palabra sacó de la nada todas las criaturas. El órden y la constante armonía de los mundos me dicen la sabiduría infinita del que arregló como jugando todo el mecanismo de la inmensa máquina del universo; Lucifer y sus legiones rebeladas, precipitados en un mirar de ojos del esplendor del cielo á las sombrías profundidades del abismo; Adan y Eva, reyes del mundo visible, destronados, despojados, arrojados y condenados á los dolores y la muerte con toda su raza; Sodoma incendiada, y las naciones aniquiladas por causa de sus crímenes, me cuentan la severidad terrible de la justicia de Dios; y el sol saliendo todos los dias para el pecador lo mismo que para el justo, me refiere la inagotable bondad de Dios. Pero todo esto no es mas que el alfabeto de la ciencia de Dios, y la cruz es su complemento y última palabra: mil veces mas elocuente que todas estas cosas, ella me cuenta el poder, la sabiduría, la justicia y la bondad de Dios, y por consiguiente la cruz es la manifestacion mas brillante de Dios y de sus perfecciones adorables.

La cruz me refiere tambien la historia del hombre. Las guerras, las divisiones, los odios nacionales y domésticos y la lucha incesante que siento en mi alma me explican indudablemente que el hombre está degradado, y que solo se ha degradado porque es culpable; pero, ¿cuál es la profundidad de mi degradacion? Solo la cruz me lo enseña satisfactoriamente, pues ella sola me dice la reparacion

que necesitaba. Las revelaciones divinas, las lecciones de los Profetas, y las innumerables gracias concedidas al mundo me explican el valor del alma á los ojos de Dios; pero la cruz me lo explica infinitamente mejor, y mostrándome un Dios moribundo, me dice: Mira, alma humana, lo que vales! *Anima, tanti vales!* Luego es verdad que la cruz me explica mi naturaleza, mi corrupcion, los medios de rehabilitacion y el valor de mi alma mejor que todas las revelaciones y todos los libros. Luego la cruz es el complemento de la ciencia del hombre.

La cruz me cuenta tambien la historia del mundo. Los historiadores me refieren extensamente la vida de las naciones, sus épocas de gloria y de decadencia, y su influencia en bien ó en mal; pero solo la cruz me dice la tendencia general de los siglos y el objeto providencial de todos los pueblos que se suceden en la escena del mundo, y ella sola me muestra la historia del género humano como una magnífica epopeya. La cruz reune bajo sus brazos todos los siglos, y explica el mundo antiguo y el mundo nuevo, de los cuales ha salvado al uno con la esperanza, y salva y civiliza al otro por medio de la fe. Abrid sus anales empezando desde el Gólgota: todos los pueblos van á pasar sucesivamente ante nuestros ojos, vendrán á contrariar momentáneamente con la cuchilla el triunfo de la cruz, y los veréis despues reposar á la sombra de este árbol saludable, inclinarse bajo las bendiciones de sus Pontífices, y sepultarse para regenerarse en las aguas del Bautismo. En los confines del mundo hay pueblos que no piensan en venir hácia ella, y ella vuela hácia ellos, y sus Apóstoles los inscriben con su propia sangre en sus listas inmortales. Y la cruz nos muestra á Dios sobre todos los pueblos y todas las historias, llevando en sus manos el corazon del mundo, y haciendo mover á su antojo en la esfera de su destino á los Estados, á la Iglesia y á la humanidad! Círculo inmenso cuyos rádios vivificadores llegan hasta los confines del universo, y cuyo centro es la cruz. ¡La cruz! siempre la cruz! Todo contribuye á sus progresos, todo coopera á sus victorias, tanto los siglos antiguos como los nuevos, y la cruz es por consiguiente el complemento de la ciencia del mundo y de la humanidad.

¿Qué mas es una cruz? Es todo el Cristianismo sensibilizado por sus medios de buen éxito y por su espíritu, es el monumento siempre subsistente de la divinidad de nuestra Religion. Remontaos á la

época anterior á los últimos diez y ocho siglos, interrogad á las naciones de entonces y preguntadles ¿qué es una cruz? Judíos y gentiles os responderán: La cruz es un instrumento de suplicio de los esclavos, un objeto de maldicion, de deshonra y de horror [1]. Interrogad actualmente á las naciones y preguntadles: ¿Qué es la cruz? y os responderán: La cruz es un objeto de amor y veneracion. Y si alzais los ojos, la veréis en la cúpula de los edificios, en la cima de los montes y á lo largo de los caminos; en la soledad y en los parajes habitados, en las ciudades y en las campiñas; en el cuello de las princesas como un adorno, y en el de las sencillas aldeanas como un objeto de consuelo; en la frente de los monarcas y en el sepulcro del pobre, en los palacios y en las cabañas, en los templos y en los tribunales de justicia.

¿De dónde procede tan extraña revolucion de opiniones y de ideas? ¿Por qué y cuándo se empezó á honrar la cruz? ¿Cuál fue la cruz que se honró primero? Si dirigís todas estas preguntas al mas sencillo niño cristiano, os hablará de aquella gran cruz que se alzó hace diez y ocho siglos en la cima del Calvario, y sobre la cual espiró el Salvador Jesús. Tal fue la primera cruz honrada en el universo y la única que merece serlo, porque todas las demás solo se honran por relacion á ella, así como solo se honra á ella por relacion al Dios cuya sangre enrojeció sus brazos y su tronco.

¡Ah! no me asombra ya que el cristiano reverencie la cruz: todos los hombres, de cualquiera condicion que sean, deben caer ante ella de rodillas, porque habeis de saber que la cruz es el primer árbol de la libertad, el paladium de los tronos, el pendon de la civilizacion, el libro de los grandes dolores, de las grandes lecciones, y por consiguiente de las grandes luces y consuelos; ella venció al Paganismo homicida, déspota é infame, y ella desvaneció y desvanece aun todas las tinieblas de la indigencia. Los países á donde llegan sus rayos están alumbrados como la tierra cuando brilla el sol en el horizonte, y la cruz es la abnegacion, el espíritu de sacrificio, todo lo que asegura la existencia de las familias y de las

[1] Servorum, latronum, sicariorum et seditiosorum supplicium crux erat, cui illi affigebantur, et in ea pendebant, donec fame, siti, doloribus, enecarentur, post mortem suam canum et corvorum relicti cibus. Itaque supplicio illo non aliud apud Romanos infame magis, et acerbum magis. (Lamy, *Dissert. de Cruce*, § 1, pag. 573; id. Lipsius, *de Cruce*, lib. I, c. 12 et 13).



sociedades. ¡Baldon y desgracia para los hombres que pasan por delante de una cruz sin dignarse saludarla, y para los que la destierran del hogar doméstico! El hijo no se avergüenza de un padre virtuoso, hasta que él mismo ha dejado de serlo.

La Iglesia católica, tierna esposa del Dios del Calvario, ha mirado siempre á la cruz como su joya mas querida y preciosa. ¿Quién contará los honores de que la rodea? No hay una ceremonia de su culto en que no halleis la imágen y el recuerdo de la cruz; y como si no hubiesen bastado á su amor estos homenajes de todos los dias y de todos los instantes, ha establecido dos fiestas particulares para honrarla: la de la Invencion y la de la Exaltacion. Hé aquí su interesante historia:

II. Descubrimiento de la verdadera cruz.—El gran Constantino, que habia triunfado de sus enemigos con el poder milagroso de la cruz, estaba vivamente agradecido á Jesucristo, y santa Elena, su madre, participaba de los nobles sentimientos de su hijo, de lo cual procedia su comun veneracion á los lugares que el Hijo de Dios habia honrado con su presencia, sus lecciones y sus milagros. La piadosa Emperatriz, deseosa de satisfacer su devocion, pasó á Palestina en 326, aunque tenia cerca de ochenta años de edad.

Cuando llegó á Jerusalen, se sintió animada de un ferviente deseo de hallar la cruz en que el Hijo de Dios habia padecido por nuestros pecados; pero ningun indicio designaba el paraje donde podia estar, y hasta la tradicion daba muy pocas luces sobre este objeto, pues en su odio al Cristianismo los gentiles habian hecho todos los esfuerzos posibles para ocultar el que se conociera el sitio donde habia sido sepultado el cuerpo del Salvador. No contentos con haber amontonado una gran cantidad de piedras y escombros, habian edificado allí un templo á Vénus, para que pareciese que los fieles iban á honrar á esta falsa divinidad cuando fueran á rendir sus adoraciones á Jesucristo, y habian profanado tambien el sitio donde se habia efectuado el misterio de la Resurreccion, erigiendo una estatua de Júpiter, que subsistió desde el reinado de Adriano hasta el de Constantino.

Resuelta Elena á no omitir medio alguno para conseguir su piadoso designio, consultó á los habitantes de Jerusalen y á todos los que podian darle algun indicio, y le respondieron que si llegaba á descubrir el sepulcro del Salvador, no dejaria de hallar los instru-

mentos de su suplicio. Acostumbrábase en efecto entre los judíos abrir un hoyo cerca del sitio donde enterraban el cadáver de las personas condenadas á muerte, y arrojar en él todo lo que habia servido para su ejecucion, pues estos objetos causaban horror, y se apresuraban á apartarlos de la vista para siempre.

La piadosa Emperatriz mandó en seguida demoler el templo y derribar las estatuas de Vénus y de Júpiter; apartaron los escombros, empezaron á excavar el terreno, y se halló por fin el santo sepulcro. Cerca de él habia tres cruces con los clavos que habian atravesado el cuerpo del Salvador y la inscripcion que habian puesto en el extremo de la cruz, siendo fácil conocer que una de las cruces era la que se buscaba, y las otras las de los malhechores en medio de los cuales habia espirado Jesucristo; pero no se sabia cómo distinguirlas, por cuanto el título estaba ya separado, y no sobre ninguna de las tres.

San Macario, obispo de Jerusalen, creyó que en tal incertidumbre debia tomarse el partido siguiente: dijo que llevasen las tres cruces á casa de una señora de distincion que acababa de morir; hiciéronlo así, y dirigiéndose en seguida á Dios por medio de una ferviente oracion, aplicó separadamente las cruces sobre la difunta. Al contacto de las dos primeras la muerte se negó á soltar su presa, pero la tercera la obligó á huir, y la señora se despertó llena de vida.

III. Historia de la verdadera cruz.— Fue tan viva la alegría de santa Elena al obrarse el milagro que le daba á conocer la verdadera cruz, que fundó una iglesia en el lugar donde se habia hallado tan precioso tesoro, y lo depositó allí con gran veneracion, despues de haberlo encerrado en un riquísimo relicario. Dió una parte al Emperador su hijo, que la recibió en Constantinopla con sumo respeto, y envió otra parte á la iglesia que fundó en Roma, y que se conoce bajo el nombre de *Santa Cruz de Jerusalen*. Regaló á la misma iglesia la inscripcion de la cruz del Salvador, que se puso sobre uno de los arcos, donde se encontró en 1492 dentro de una caja de plomo. La inscripcion, que está en hebreo, en griego y en latin, es de letras rojas sobre madera blanqueada. Los colores se han oscurecido mucho desde los últimos años del siglo XV, y cási se han borrado las palabras *Iesus... Iudaeorum*. La plancha tiene nueve pulgadas de longitud, pero debió tener doce.

Santa Elena mandó guardar en una caja de plata la porcion mas considerable de la cruz, y la dejó en Jerusalen bajo la custodia del santo obispo Macario para conservarla á la posteridad, y fue depositada en la magnífica iglesia que habian mandado edificar la Emperatriz y su hijo. Acudian á ella de todas partes para venerarla, como sabemos por las vidas de san Cirilo de Jerusalen, de san Porfirio de Gaza, etc., y se cortaban con frecuencia partículas que se regalaban á personas piadosas, sin que por eso se advirtiese ninguna disminucion en el leño sagrado; así lo cuenta san Paulino en su carta á Severo. San Cirilo de Jerusalen decia, veinte y cinco años despues del descubrimiento de la cruz, que este leño era repartido por toda la tierra en pequeños fragmentos, y comparaba este prodigio con el que obró Jesucristo cuando alimentó milagrosamente á cinco mil hombres en el desierto.

La iglesia edificada por santa Elena se llamaba la *Basílica de la Santa Cruz*, á causa del precioso tesoro que poseia. El que estaba encargado de su custodia era siempre un venerable sacerdote. La basílica de la Santa Cruz se llamaba tambien *Iglesia del Sepulcro* ó *de la Resurreccion*, porque habia en ella una capilla construida sobre el sepulcro ó caverna donde habia sido encerrado el cuerpo del Salvador y que se hallaba en el huerto lindante con el monte Calvario. Esta circunstancia nos dará una idea de la magnitud de la basílica que cubria el sepulcro, se extendia hasta el monte Calvario, y encerraba el peñasco del Gólgota, así como tambien el paraje donde plantaron la cruz de Jesucristo para su crucifixion. Cuando Jerusalen fue reedificada, este edificio quedó dentro del recinto de la ciudad.

Hemos hablado de la inscripcion que pusieron en la cruz del Salvador. Conviene saber que los romanos acostumbraban hacer llevar delante de los malhechores que conducian al suplicio un cartel donde estaba escrito el crímen por el cual les condenaban á muerte. Suetonio dice hablando de un delincuente: «Llevaban delante de él «un cartel donde el público leia la causa de su suplicio.» Lo mismo asegura Dion. Hé aquí lo que cuenta Eusebio de san Atalo, mártir en Lyon. «Le conducian en rededor del anfiteatro llevando de«lante de él una plancha en que estaban escritas las siguientes pa«labras: Atalo, cristiano.»

Siguiendo la práctica de los romanos, Pilatos mandó que lleva-

sen al Calvario delante del Salvador una *inscripcion* ó cartel que indicaba la causa de su suplicio, y que mandó clavar en su cruz, queriendo dar á entender que Jesucristo habia recibido la muerte únicamente por haber aspirado al poder supremo. Pero todo esto era obra de la Providencia, pues Nuestro Señor era en realidad el verdadero Rey de los judíos, griegos y romanos; y la habian escrito en la lengua de estos tres pueblos para que pudiesen leerla y rendir sus homenajes al que tenia derecho á exigírselos [1].

IV. Orígen de las fiestas de la cruz.—En memoria de la aparicion milagrosa de la cruz á Constantino, se estableció en el siglo IV una fiesta que las iglesias de Oriente y Occidente celebraban con gran pompa el 14 de setiembre [2]. Esta fiesta fue mas solemne aun despues del descubrimiento de la verdadera cruz por santa Elena, porque fueron objeto de la misma solemnidad estos dos acontecimientos. El recobro de la cruz dió lugar en el siglo VIII al establecimiento de una nueva fiesta que la Iglesia latina celebra el 14 de setiembre, y desde esta institucion ha fijado en el 3 de mayo la fiesta de la Invencion de la Cruz, es decir de su descubrimiento por santa Elena.

Contarémos en breves palabras cómo se recobró de los persas esta preciosa reliquia. Cosroes, rey de Persia, se apoderó en 614 de Jerusalen y se llevó la verdadera cruz; pero el cielo permitió que no fuese abierta la caja que la contenia, y permaneciese intacto el sello del obispo de Jerusalen que cerraba la abertura. Habiendo vencido el emperador Heraclio á los persas quince años despues, la primera condicion que se les impuso fue que entregasen la cruz, y aceptada la condicion la cruz fue devuelta.

El Emperador se llevó consigo esta preciosa reliquia á Constantinopla, donde hizo su entrada con la mayor magnificencia. Á principios de la primavera del año siguiente 629, se embarcó para Palestina con el designio de depositar la reliquia en Jerusalen, y dar allí gracias á Dios por sus victorias. Como príncipe verdaderamente

[1] Véase Godescard.—El título de la verdadera cruz está en Roma en la iglesia de Santa Cruz de Jerusalen. (Véanse interesantes pormenores en las *Tres Romas*, t. I).

[2] Huius festivitatis meminit qui paulo post Constantinum vixit Chrysostomus, *Homil. LI*, t. I, quam habuit quarto nonas octobris : «Nondum elapsi «sunt dies viginti, ex quo memoriam crucis celebravimus, et ecce martyrum «memoriam celebramus.» (Bened. XIV, pag. 389, n. 10).

cristiano, quiso llevar la verdadera cruz sobre sus hombros al entrar en la ciudad, y acompañar la ceremonia con la mas brillante pompa; pero se sintió detenido de pronto é imposibilitado de dar un paso adelante. El patriarca Zacarías, que iba á su lado, le manifestó que aquella pompa no correspondia al estado de humillacion en que se hallaba el Hijo de Dios cuando llevó su cruz por las calles de Jerusalen. «Llevais, le dijo, vuestras insignias imperiales, y «Jesucristo iba pobremente vestido; ciñe vuestras sienes una rica «diadema, y él estaba coronado de espinas; vos vais calzado, y él «andaba con los piés descalzos.» El Emperador se quitó al momento su precioso vestido, su corona y su calzado, y siguió la procesion con un exterior que anunciaba pobreza. Volvióse á colocar la cruz en el sitio donde habia estado anteriormente.

Los persas no habian abierto la caja de plata dentro de la cual estaba, como se cercioraron de ello los Cristianos por la inspeccion de los sellos que se hallaron intactos. La abrieron entonces, veneraron la santa reliquia, y la enseñaron al pueblo reunido. Segun varios autores antiguos, aquella porcion de la verdadera cruz se componia de diferentes fragmentos, por cuya razon no hablan de ella mas que en plural. La ceremonia de que hablamos se verificó con la mayor devocion, y se obraron en ella varias curaciones milagrosas. La costumbre de exponer esta santa reliquia á la veneracion de los fieles se observaba con gran devocion muchos años antes de haberla rescatado del poder de los persas, y se exponia del mismo modo la porcion de verdadera cruz que se guardaba en Constantinopla.

V. Devocion á la cruz.—Honremos tambien la cruz nosotros, hijos de la Iglesia católica, como el hijo bien educado honra el retrato de su padre, ¿qué digo? como la prenda mas interesante de su amor. Dejemos á los mundanos que acusen á la Religion de que nos entristece poniendo sin cesar á nuestros ojos un objeto lúgubre, porque ellos no saben que la cruz es para el cristiano fiel la alegría, la gloria y la sabiduría de Dios.

Jesucristo dió desde la cruz la paz á los hombres de bien, una paz que todos los malos reunidos no podrán arrancar de sus corazones; y desde la misma cruz nos enseñó á padecer y morir el Hijo de Dios, sacrificador y víctima, atrayendo hácia sí á todos los justos, y acercando la tierra á los cielos y los cielos á la tierra. ¡Y querríais des-

truir en el universo el culto de esta cruz con la cual Dios triunfó de la muerte, de esta cruz que da un premio á la virtud, y le asegura su inmortal recompensa, y que es enseña de union para todos los que están bautizados en Jesucristo, es decir, para la inmensa mayoría de los hombres!!! ¡Ah! si amais al género humano y teneis una patria, dejad la cruz sobre la cúpula de los palacios, para llamar á los ricos y grandes á la senda de la penitencia, y en el humilde techo del pobre, para enseñarle la paciencia y la resignacion; dejádsela á todos los hombres, porque todos tienen orgullo que reprimir, pasiones que combatir, y porque no hay mejor maestro que Jesucristo muriendo en la cruz para enseñarles á apreciarse en lo que valen y á pisotear las vanas preocupaciones de la opinion.

Pero si queremos que la cruz nos sirva, acercar á ella con amor y confianza nuestros labios moribundos, que proteja nuestro sepulcro, y nos sea prenda de gloriosa resurreccion [1], leamos con frecuencia en este libro divino, y grabemos profundamente en nuestro corazon las lecciones que nos da. Acérquese á la cruz el que quiera adquirir la ciencia de los Santos, que de allí sacará la doctrina mas sublime y las lecciones mas patéticas que se hayan dado jamás á los hombres. Jesús crucificado es por excelencia el modelo de todas las virtudes y el libro de vida. San Pablo lo estudió exclusivamente, porque únicamente en la cruz encontraba todas las virtudes que le importaba saber, y todos los cristianos dignos de tan glorioso título imitan al Apóstol, y corroboran el mismo principio.

¿De dónde habia sacado san Bernardo, pregunta un autor célebre, aquel ardiente amor de Dios y una devocion tan ferviente, sino de los padecimientos de su Redentor muriendo en una cruz? ¿Dónde habia recogido san Agustin las luces que hicieron de él una de las antorchas de la Iglesia, si no es en las llagas de Jesús, como él mismo lo dice? El libro de la cruz inspiró un amor seráfico á san Francisco. Santo Tomás, que en todas ocasiones se arrojaba á los piés del Crucifijo, le debia sus admirables conocimientos. «San Buenaventura, dice san Francisco de Sales, parecia que al escribir no tenia mas papel que la cruz, mas pluma que la lanza, ni «mas tinta que la preciosa sangre de Jesucristo. ¡Con qué efusion «de sensibilidad exclama: Nos conviene estar con la cruz! Haga-

[1] Véase san Efren, *Serm. in Pretios. et vivif. Crucem Domini*, circa medium.



«mos aquí un tabernáculo, uno para sus piés, otro para sus manos, «y el tercero para su costado sacrosanto. Aquí me paro, aquí velaré, leeré y meditaré, teniendo constantemente ante mis ojos este «libro divino para estudiar la ciencia de la salvacion durante todo «el dia, y hasta por la noche, tantas veces como me despierte.»

El profeta Jonás descansó con delicia bajo la hiedra que le habia preparado el Señor. ¿Cuál no ha de ser, pues, la alegría de un cristiano cuando descanse á la sombra del árbol de la cruz? Protegidos por este leño sagrado, podemos decir: Regocíjese Jonás bajo una hiedra, prepare Abrahan una comida para los Ángeles bajo una sombra en el valle de Mambré; apague la sed Ismael bajo un árbol en el desierto, y aliméntese Elías bajo un enebro; pues para nosotros el consuelo y la alegría consistirán en permanecer en espíritu bajo la sombra de la cruz.

VI. Via crucis.—Ha llegado el momento de explicar una práctica célebre establecida en la Iglesia para honrar la cruz de la Pasion de Nuestro Señor; queremos hablar del *Via crucis* ó Camino de la cruz. Los pormenores que preceden os han dado á conocer la extrema utilidad del conocimiento y del amor de la cruz de Nuestro Señor y de su dolorosa Pasion: el medio de proporcionar á los Cristianos esta ventaja inapreciable consistia en hablar á sus sentidos, poniendo á sus ojos y haciéndoles recorrer el camino doloroso que recorrió su Salvador y modelo, cargado con la cruz, para ir desde el pretorio al Calvario, y la Iglesia lo ha hecho estableciendo la piadosa práctica de que tratamos.

La devocion del Via crucis, es decir, la que tiene el cristiano en recorrer orando y llorando el espacio seguido por su Dios cargado con el instrumento de su suplicio, es tan antigua como el Cristianismo. Los Cristianos visitaron este camino, eternamente célebre, desde la época de los Apóstoles, y hasta á ejemplo de ellos y de María. Cuando el Evangelio salió de los confines de Judea, la devocion atrajo á Jerusalen de todas partes nuevos peregrinos; y apenas pudieron interrumpir ó desviar el concurso y las adoraciones de los fieles las guerras de los romanos, las disensiones de los judíos, la destruccion de Jerusalen, y las profanaciones de los Emperadores. Es verdad que se veian reducidos á presentar desde léjos y en secreto sus homenajes á los lugares sagrados, pero no los olvidaban ni abandonaban, y la divina Providencia cuidaba de que se conser-

vase fielmente su memoria. Los patriarcas de Jerusalen se transmitian fácilmente las tradiciones, y los recuerdos mas importantes de la Tierra Santa vivian aun cuando la Religion llegó en 313 á adornar con su brillo la diadema de los Césares.

Los Cristianos, siguiendo los pasos de santa Elena, acudieron á Jerusalen de todos los países del mundo conocido, é inundaron la Tierra Santa: Belen, Nazareth y Jerusalen recibian continuamente los homenajes de su fe y de su amor; pasaban cerca de estos monumentos meses y años enteros, y algunos hasta fijaron en ellos su morada. Las huellas que con el tiempo dejaban la frente y las rodillas de los peregrinos atestiguaron el verdadero sitio de los lugares consagrados por las circunstancias de la Pasion del Salvador; sus piadosos hurtos, por otra parte funestos á los monumentos que en ellos se habian erigido, servian tambien para determinar dónde se hallaban [1]; los Príncipes y los Reyes los visitaron sucesivamente, y finalmente, cuando los Santos Lugares cayeron en poder de los sarracenos, los pueblos cristianos se armaron para reconquistarlos. Durante los noventa años que fueron sus dueños los Cristianos, no omitieron medio alguno para honrar como lo merecian estos monumentos tan queridos para su fe; y despues que los perdieron, la Providencia conservó siempre en ellos custodios fieles, y tanto mas verídicos, en cuanto sus creencias son diferentes y divididas sus comuniones. Así pues, jamás se interrumpió la cadena de los peregrinos de Jerusalen desde el orígen del Cristianismo hasta nuestros dias; siempre se ha deseado recorrer el camino regado con la sangre del Hombre-Dios, é innumerables gracias han recompensado en todos los siglos esta muestra de fe y de gratitud.

Estos beneficios, contados al regresar del santo viaje, inflamaban los corazones, y cada cual hubiera querido hacerlo tambien, pero no era posible. De modo que la mayor parte hubiesen quedado privados de los consuelos de las indulgencias y de los favores anejos á la peregrinacion de Jerusalen, al verdadero camino de la cruz, si la Iglesia que, á la par que madre atenta á las necesidades y deseos de sus hijos, es dispensadora soberana de todos los méritos de Jesucristo, no lo hubiera suplido con una piadosa práctica, al alcan-

[1] Véase sobre todas estas peregrinaciones no interrumpidas las *Cartas de san Jerónimo á Eustoquio* y la *Historia de Nuestra Señora de Loreto,* por Mr. Caillau, cap. 1 y 2.



ce de todos los fieles, que se ha dignado favorecer con las mismas gracias.

Esta práctica, llamada *Via crucis* ó Camino de la cruz, no es mas que el camino simbólico del que hizo Nuestro Señor con la cruz á cuestas. Para que esta representacion tenga la mayor semejanza posible, se colocan de distancia en distancia cuadros que nos muestran al Salvador subiendo al Calvario, segun las estaciones que su cansancio le obligó á hacer en este largo y penoso viaje. Estas estaciones, segun la Escritura y la tradicion, son doce, á las cuales se han añadido el descendimiento de la cruz y la traslacion al sepulcro, lo cual eleva el número á catorce. Tal es el orígen de la devocion llamada Via crucis, y tal la idea que de ella conviene tener.

Hé aquí los principales motivos por que hemos de practicar esta devocion saludable: 1.° La autoridad y el deseo de la Iglesia. Veinte y dos Soberanos Pontífices han aprobado, recomendado y enriquecido con numerosas indulgencias la devocion del Via crucis, y entre otros se distinguió por su celo en propagar esta práctica por toda la cristiandad, uno de los mas grandes papas que han ocupado la silla de san Pedro, Benedicto XIV, el cual la consideraba como el medio mas oportuno para reformar las costumbres y conservar la devocion [1].

2.° El deseo de Nuestro Señor. La Escritura del Antiguo y del Nuevo Testamento está llena de textos en los cuales nos invita el divino Salvador á renovar con frecuencia en nuestra memoria las humillaciones del Mesías. Los Apóstoles parece que no saben predicar otra cosa que á Jesús, y Jesús crucificado, y los Santos de todos los siglos hicieron de la Pasion de Nuestro Señor el objeto comun de sus meditaciones. ¡Con qué gozo nos verá la misma María pensar en los dolores de su Hijo amado! ¿Puede ser una madre indiferente para las lágrimas que se vierten por los dolores de su hijo?

3.° Nuestro propio interés. La piadosa meditacion de la cruz desvanece las tinieblas de nuestro entendimiento. ¡Qué luces sobre Dios, su poder, su justicia, su misericordia sobre nosotros, nuestras miserias, nuestra grandeza y la enormidad del pecado se desprenden de la cruz! La cruz conmueve el corazon; la vista del Crucifijo, la meditacion de la Pasion es mas propia para convertir las almas, y hacer que amen á Dios, que las verdades mas terribles.

[1] Breve *Cum tanta*, 30 de agosto de 1741.

Y además, las indulgencias extraordinarias anejas al Via crucis ¿ no son un poderoso motivo para practicar esta devocion? Por concesion del papa Inocencio XI, el Via crucis se enriquece con todas las indulgencias concedidas en diferentes épocas por los Soberanos Pontífices á la visita de todos los Santos Lugares de Palestina [1].

No hablarémos del modo como debe hacerse el Via crucis, porque está suficientemente explicado en los diversos opúsculos ó manuales publicados con este objeto. Contentémonos con admirar por fin la maravillosa solicitud de la Iglesia católica en conducir constantemente á sus hijos tras las huellas sangrientas de su Padre y modelo. ¡Oh! cuánta sabiduría y amor hay en esta solicitud! ¿No es cierto que deseais corresponder á ella los que leeis estas líneas?

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy de habernos rescatado con la cruz; haced de modo que, como el apóstol san Pablo, no sepamos mas que Jesús, y Jesús crucificado.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *pediré con frecuencia la ciencia de la cruz.*

[1] *Via crucis*, pag. 103.

LECCION L.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Fiesta de san Miguel.—Su orígen.—Culto que rendimos á los Ángeles.—Espíritu de este culto.—Fiesta de los Ángeles custodios.—Reflexiones sobre el Ángel custodio.—Orígen de la fiesta de los Ángeles custodios.—Nuestros deberes respecto del Ángel custodio.

I. **Antigüedad del culto de los Ángeles.**—El culto de los Ángeles es tan antiguo como el mundo, pues vemos que se les invoca en el Antiguo Testamento [1], y los mismos gentiles les rendian homenajes supersticiosos. La Iglesia católica, heredera de todas las tradiciones verdaderas, ennobleció, purificó y consagró desde su orígen el culto de los santos Ángeles, sobre cuyo punto están acordes los Padres de Oriente y Occidente [2]. Sin embargo, habiendo rendido algunos herejes un culto idólatra á los Ángeles, la Iglesia de Oriente creyó que debia valerse de cierta reserva en las honras que dirigió á estos espíritus bienaventurados, temiendo que los sectarios se aprovechasen para fortalecerse en sus errores; pero no abrigando temor semejante la Iglesia de Occidente se expresó mas libremente sobre la invocacion de los Ángeles [3].

Es indudable que se les invocaba mucho tiempo antes de habérseles destinado fiestas y templos, y no se les habia señalado un dia particular, porque su culto estaba como incorporado en todas las oraciones públicas, en todos los sacrificios públicos, y por consiguiente en todas las fiestas de la Iglesia. Se hace mencion de los Ángeles en el prefacio y en el cánon de la misa; en el Salterio, que compone cási todo el oficio canónico, reiteramos con muchísima frecuencia la memoria de los Ángeles; las Letanías, que ascienden á la mas remota antigüedad, y son como un compendio de las oraciones generales de la Iglesia, nombran á los Ángeles despues de María, su augusta Reina: y así como se celebraba una fiesta general

[1] Véase Bergier, art. *Ángeles*.
[2] Pueden leerse sus testimonios en el tomo I del *Catecismo*.
[3] S. Hilar. *in Psalm.* CXXIX et CXXXVII.

de la Trinidad, del santísimo Sacramento y de todos los Santos antes que hubiera solemnidades particulares establecidas en honra suya, del mismo modo se celebraba la fiesta general de todos los Ángeles, cuyo culto se enlaza á toda la liturgia católica, antes que se les hubiese designado fiestas ó templos particulares.

Sin embargo la Iglesia, llena de gratitud hácia los espíritus administradores que velan por su defensa y cooperan á la salvacion de sus hijos, estableció dos fiestas especiales para satisfacer el tributo de su devocion. La primera es la de san Miguel, príncipe de la milicia celestial, y la segunda la de todos los santos Ángeles, y en particular del Ángel custodio. Explicarémos en breves palabras el orígen de esta doble solemnidad. En la época que el Criador habia señalado para poner á prueba la fidelidad de los Ángeles, un gran número de ellos, enorgullecidos con su propia excelencia, se alzaron contra el Autor de tantos dones sublimes. El arcángel san Miguel precipitó en el abismo á los rebeldes con la impresion irresistible del nombre de Dios, victoria expresada por el mismo nombre de este Arcángel. *Quis ut Deus? ¿Quién como Dios?* San Miguel ha sido mirado siempre como el Ángel defensor de las naciones fieles; antiguo protector de Francia, el rey Luis XI le tomó por patrono de la Órden militar establecida bajo su nombre en 1469.

II. Fiesta de san Miguel.—El glorioso Arcángel se apareció en 493 en el monte Gargano en Italia [1]. Esta aparicion fue muy consoladora y muy célebre, y en reconocimiento de los beneficios que procuró á la Iglesia el enviado del Omnipotente, se estableció una fiesta para recordar este acontecimiento y en honra de san Miguel; fiesta que desde el siglo V se celebra el 29 de setiembre, y que era en otro tiempo muy solemne en varios países de Occidente.

Hé aquí lo que leemos en las leyes eclesiásticas publicadas en 1014 por Etelredo, rey de Inglaterra: «Todo cristiano que tenga la edad «prescrita ayunará tres dias á pan y agua, no comiendo mas que «raíces crudas, antes de la fiesta de san Miguel, é irá á confesar y «á la iglesia con los piés descalzos... Cada sacerdote irá tres dias con «los piés descalzos en procesion con su pueblo, y cada cual prepa«rará los víveres que necesite para tres dias, observando sin embar«go que no haya nada de gordo, y que se distribuya todo á los po«bres. Todos los servidores serán dispensados del trabajo durante

[1] Baron. an. 493.

«estos tres dias para celebrar mejor la fiesta, ó no harán sino lo ne«cesario para su uso. Estos tres dias son el lunes, el martes y el miér«coles antes de la fiesta de san Miguel [1].»

Aunque solo se nombra á san Miguel en el título de esta fiesta, segun las oraciones de la Iglesia, forman, segun parece, su objeto todos los santos Ángeles, de lo cual se desprende una verdad magnífica y propia para estrechar los lazos de caridad que nos unen, y es que la Iglesia quiere indudablemente que honremos á los Ángeles y á los Santos, y celebremos su fiesta con espíritu de unidad y universalidad, considerándolos á todos como un solo cuerpo y un solo santo, que es el cuerpo de Jesucristo, el Santo de los Santos. Es difícil honrar un miembro sin que esta honra se comunique á todos los demás miembros del cuerpo; la gloria y la alegría de cada uno de ellos es comun á todos, y la que es comun á todos es propia de cada uno de ellos en particular. *Si un miembro es honrado, todos los miembros se regocijan con él,* dice san Pablo [2]. Así pues, la fiesta de cada santo es la de todos los demás Santos. Por esta razon se celebraba en otro tiempo la fiesta de todos los Apóstoles en un solo dia, porque no puede celebrarse la de uno de ellos sin que todos sean de ella partícipes [3].

Estas reflexiones son mas necesarias aun respecto de los Ángeles, á todos los cuales honramos generalmente el dia de la fiesta de san Miguel. La Iglesia no permite que se haga mencion mas que de tres Ángeles, cuyos nombres se nos han indicado en la Escritura, y sin embargo desea que honremos á muchos millones. Por consiguiente no debemos prestarles nuestros homenajes por medio de fiestas particulares, sino estando en la firme persuasion de que cuando nombremos ú honremos á uno de ellos, los comprendemos y reverenciamos á todos, como si todos no compusieran mas que una santa ciudad, cuya majestad y preeminencias representa cada uno de ellos.

[1] Véase Godescard.

[2] I Cor. XII, 26.

[3] Hé aquí lo que dice san Pedro Damiano sobre este mismo asunto: «Ita «est omnis Apostolici culminis beatitudo coniuncta, et tot gratiarum compage «vel glutino probatur unita, ut cum unius festivitas colitur, protinus omnium «Apostolorum non diversa sublimitas interioribus obtutibus ingeratur. Una «scilicet inter eos excellentia iudiciariae potestatis, eadem dignitas ordinis, «nec diversa in ligando sive solvendo virtutis habeatur auctoritas.» *(Serm. de sanct. Barthol.)*.

III. Medios de honrar los santos Ángeles.—Hablemos, aunque brevemente, del culto que rendimos á los Ángeles, y del modo de celebrar su fiesta. El culto supremo, llamado de *latría*, solo pertenece á Dios, y no podríamos rendirlo á la criatura sin incurrir en la mas monstruosa idolatría, y sin ser culpables del crímen de alta traicion contra la Majestad divina. Es idólatra el que ofrece sacrificio á un ser que no es Dios, y le atribuye directa ó indirectamente algun atributo de la Divinidad; pero existe una honra de órden inferior que debemos á ciertas criaturas por su superioridad ó excelencia. Tal es la que la misma ley de Dios nos prescribe que prestemos á nuestros padres, á los príncipes, magistrados, y á todas las personas constituidas en dignidad; tal es igualmente la honra mezclada de sentimientos de religion que, segun los Libros santos y la ley natural, debemos á los sacerdotes ó á los ministros del Altísimo, y que los Reyes, hasta los mas malos, rendian con frecuencia á los Profetas, aunque eran hombres oscuros y despreciables á los ojos del mundo.

Esta honra se diferencia, como se ve, infinitamente de la que solo pertenece á Dios; no puede serle injuriosa, y se refiere á las criaturas en tanto que sus perfecciones son dones de la bondad divina. Cuando manifestamos respeto á un embajador, honramos al soberano que le ha hecho depositario de una parte de su autoridad, porque el soberano es el fin ulterior de los sentimientos que manifestamos. La Escritura acude sobre este punto en apoyo de la ley natural. *Pagad á todos lo que se les debe... á quien honra, honra* [1]. «Honrad, dice san Bernardo con este motivo, honrad á cada cual segun su dignidad.»

En cuanto al modo de celebrar dignamente las fiestas de los Ángeles, para no apartarnos del espíritu de la Religion, debemos: 1.° dar gracias á Dios por la gloria con que colma á estas divinas criaturas, y regocijarnos con la felicidad con que ellas se regocijan; 2.° manifestar nuestro reconocimiento al Señor por haber confiado en su misericordia el cuidado de nuestra salvacion á estos espíritus celestiales que nos hacen sentir continuamente los esfuerzos de su celo y de su cariño; 3.° unirnos á ellos para ensalzar y adorar á Dios, y para pedirle la gracia de hacer su voluntad en la tierra, como la hacen los Ángeles en el cielo, y proporcionarnos nuestra santificacion imitando la pureza de estos espíritus bienaventurados con

[1] Rom. XIII, 7.

los cuales estamos unidos de un modo tan íntimo; 4.° honrarlos no solo con fervor, sino implorar tambien el auxilio de su intercesion.

IV. Devocion al Ángel custodio.—Réstanos hablar del Ángel custodio. En primer lugar, decidme, hombres, cualesquiera que seais, ¿conoceis alguna cosa mas propia para dar al hijo de Adan, á este niño que se arrastra por el polvo, que riega con sus lágrimas el camino de su vida, que lo recorre como si dijéramos cual el mas ínfimo de los seres, que se siente encadenado, por el peso de una naturaleza corrompida, hácia todo lo mas vil y abyecto; conoceis alguna cosa mas propia para ennoblecerle á sus ojos, y hacerle respetable y sagrado á los ojos de los demás, que la fiesta del Ángel custodio? Hijo del polvo, acuérdate, le dice la Iglesia en este dia, de que eres hijo del Eterno. El Monarca de los mundos ha comisionado cerca de tí un príncipe de su corte, y le ha dicho: Marcha, toma á mi hijo de la mano, vigila todos sus pasos, y hazle conocer sus necesidades, deseos y suspiros. Durante el dia, permanece á su lado en su camino, y por la noche, en pié á la cabecera de su lecho. Tómale en brazos, no sea que se dañe el pié contra la piedra; está confiado á tu cuidado; le traerás en tus brazos al pié de mi trono el dia que haya señalado para introducirle en mi reino, su inmortal herencia. Hé aquí lo que nos dice, y otras muchas cosas mas, en la fiesta del Ángel custodio.

La Iglesia católica, que es reparadora universal, ¿podria olvidarse de celebrarla? ¡Oh! no; al contrario, ha hecho todo lo que ha podido para sensibilizar y hacer que estuviera siempre presente la creencia del Ángel custodio. Desde la cuna hasta el sepulcro nos habla del Príncipe de la corte celestial que vela en defensa de nuestro cuerpo y de nuestra alma, que ve todas nuestras acciones, y da cuenta de ellas al Dios del cielo, padre y juez de todos los hombres.

V. Fiesta de los Ángeles custodios.—No bastando, sin embargo, todo esto á su solicitud, la Iglesia ha establecido una fiesta particular para honrar á los Ángeles custodios de sus hijos. Fernando de Austria, que despues fue emperador, alcanzó á principios del siglo XVII del papa Paulo V que pudiera hacerse el oficio del Ángel custodio, y se celebrase su fiesta [1]. Esta interesante solemnidad se esparció muy pronto por toda la Iglesia, y no se ha interrumpido desde aquella época. En efecto, ¿no son aun los mismos, es decir,

[1] Heterot. *Spirit.* pag. 4.

poderosos, innumerables y queridos á los corazones honrados los motivos que tenemos para celebrarla? Hasta parece que cuanto mas avanzamos en la vida y mas se acerca el mundo á su fin, mas imperiosas son las razones de honrar á los Ángeles buenos. ¿No es testigo cada dia de nuestra existencia, y de la del mundo, de algun nuevo beneficio de los Ángeles custodios? Decidme pues, estos nuevos beneficios ¿no son nuevos títulos á nuestra gratitud y á nuestra devocion?

Dice san Bernardo que para cumplir los deberes que se nos han impuesto respecto de nuestro Ángel custodio, es preciso rendirle un triple homenaje: el del respeto, el de la devocion y el de la confianza. Le debemos el respeto por su presencia, la devocion por su caridad, y la confianza por su vigilancia. Penetrados de respeto, id siempre con circunspeccion, recordando sin cesar que estais en presencia de los Ángeles encargados de guiaros por todas vuestras sendas; y en cualquier lugar que esteis, por secreto que sea, respetad á vuestro Angel custodio. ¿Os atreveríais á hacer delante de él lo que no quisiérais hacer en mi presencia [1]?

No solamente debemos respetar á nuestro Angel tutelar, sino tambien amarle. Es un custodio fiel, un verdadero amigo, un protector poderoso; á pesar de la excelencia de su naturaleza, su caridad le inclina á encargarse del cuidado de defendernos y protegernos, y vela por la conservacion de nuestros cuerpos, á los que los demonios tienen á veces poder de dañar. Pero ¿qué no hace por nuestras almas? Nos instruye, nos anima, nos exhorta interiormente, y nos advierte nuestros deberes con secretas reprensiones; ejerce respecto de nosotros la mision que ejercia con los judíos aquel Ángel que los guiaba á la tierra prometida, y hace por nosotros lo que Rafael para el jóven Tobías; nos sirve de guia en medio de los peligros de esta vida. ¡De cuán profunda gratitud, respeto, docilidad y confianza hemos de estar animados para con nuestro Ángel custodio! ¿Cómo podrémos agradecer bastante la divina misericordia por el don inapreciable que nos ha hecho?

Reflexionando Tobías sobre los señalados favores que habia recibido del ángel Rafael, dice á su padre: «¿Qué recompensa podríamos darle que fuera proporcionada á los bienes de que nos ha col-
«mado? Me ha llevado y vuelto con perfecta salud, ha cobrado el

[1] Serm. XII, in *Psalm.* XC.

«dinero de Gabelo, me ha hecho tener la mujer con quien me he ca-«sado, ha apartado de ella el demonio, ha llenado de alegría á sus «padres, me ha libertado del pez que iba á devorarme, os ha hecho «que veais la luz del cielo, y por medio de él hemos sido llenos de «todos los bienes. En vista de esto ¿qué le podrémos dar que sea cor-«respondiente[1]?» Tobías y sus padres, penetrados de la mas profunda gratitud, cayeron en tierra sobre su rostro durante tres horas, y bendijeron á Dios. Tratemos de participar de iguales sentimientos. «Amemos, dice san Bernardo, amemos tiernamente en Dios á «los Ángeles, esos espíritus bienaventurados que serán un dia com-«pañeros nuestros y coherederos en la gloria, y que actualmente son «nuestros tutores y custodios. Seamos devotos y agradecidos para con «semejantes protectores, y amémosles y honrémosles en cuanto so-«mos capaces.»

Debemos tener además una tierna confianza en la proteccion de nuestro Ángel custodio. «Por débiles que seamos, dice tambien san «Bernardo, por miserable que sea nuestra condicion y grandes los «peligros que nos rodean, no hemos de temer bajo la proteccion de «tales custodios... Siempre que os acometa alguna tribulacion ó ten-«tacion violenta, implorad el auxilio del que os guarda, os guia y os «asiste en todas vuestras penas.»

Pero para merecer su proteccion debemos ante todo evitar el pecado, pues las faltas le afligen, aunque sean veniales. «Así como el «humo ahuyenta las abejas, dice san Basilio, y el mal olor las palo-«mas, del mismo modo la infeccion del pecado ahuyenta al Ángel «encargado del cuidado de custodiarnos.» La impureza es especialmente un vicio que horroriza sobremanera á los espíritus celestiales, y los Ángeles de los niños que escandalizamos claman venganza contra nosotros. «Enviaré, dice el Señor, mi Ángel que vaya delante «de tí, y te guarde en el camino, y te introduzca en el lugar que «he preparado. Reverénciale, y escucha su voz, ni juzgues que se «le ha de despreciar; porque cuando pecares no te lo pasará, y en «él está mi nombre. Mas si oyeres su voz, é hicieres todo lo que di-«go, seré enemigo de tus enemigos, y afligiré á los que te afligen. «É irá delante de tí mi Ángel, y te introducirá en la tierra que te «he preparado[2].»

[1] Tob. XII, 2, 3.
[2] Exod. XXIII, 20-23. Véase Tomasino, *De las fiestas*; Godescard, 2 octubre.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber enviado vuestros Ángeles para custodiarme; dadme la gracia de que yo sea un ángel delante de Vos por la pureza de mi corazon y mi prontitud en hacer vuestra santa voluntad.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *rezaré todos los dias con fervor la oracion á mi Angel custodio.*

LECCION LI.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Todos los Santos. — Sabiduría de la Iglesia en la division de su año. — Oficio de Todos los Santos. — Orígen de esta fiesta. — Razones de su establecimiento. — Sentimientos que debe inspirarnos. — Historia de la beatificacion y canonizacion de los Santos. — Procedimientos y ceremonias.

I. Fiesta de todos los Santos. — Vuestra madre la Iglesia ha tenido el talento de representar en la division de su año la historia completa del género humano. Las cuatro semanas de Adviento, que terminan con el nacimiento del Salvador, nos recuerdan los cuatro mil años durante los cuales fue esperado este divino Mesías; el tiempo que transcurre desde Navidad hasta Pentecostes, nos repite toda la vida oculta, pública y gloriosa del Redentor, y esta parte del año termina con la Ascension de Jesucristo al cielo y la fundacion de la Iglesia; el intervalo que media entre Pentecostes y Todos los Santos nos representa la peregrinacion de la Iglesia por la tierra, y esta nueva parte del año termina tambien con la fiesta del cielo.

Durante este largo espacio vemos á la celestial viajera caminando hácia el cielo, recogiendo á su paso los elegidos dispersos en los cuatro vientos, y celebrando sucesivamente, para colocarse en su destierro y animarse en sus combates, la fiesta de sus Mártires, de sus Confesores, de sus Vírgenes y de los Ángeles que velan por su custodia. Todos los Evangelios de esta época respiran la caridad, el celo, las virtudes y las esperanzas de esta madre llena de solicitud. De este modo llega al término de su curso anual, sembrando en su paso saludables lecciones, estímulos y sublimes ejemplos.

Cuando llega el otoño y el viñero llena sus lagares, el labrador guarda en sus graneros las abundantes gavillas, y los hombres recogen con alegría sus bienes de toda especie, fruto de sus sudores y su trabajo, la Iglesia grita á todos sus hijos de la tierra: Levantad los ojos y los corazones. Y abriendo despues las puertas de la Jerusalen celestial, y dejando llegar hasta ellos algunos rayos de la glo-

ria inefable que Dios reserva á sus Santos, dice con su dulce voz de madre á todos, ricos y pobres, sábios é ignorantes: Estos bienes que amontonais, esa cosecha preciosa cuya fiesta celebrais, no son mas que la imágen de los bienes y alegrías que os esperan mas allá del sepulcro. Sembrad virtudes, y cogeréis méritos; ennobleced vuestras miras, y el cielo con sus palmas y coronas, el cielo con su eternidad de gloria y sus torrentes de delicias, el cielo es solo digno de vuestros afanes.

II. Liturgia.—Y ved cómo en su lenguaje elocuente nos habla de las alegrías de la patria. La Epístola del dia de Todos los Santos alienta nuestra debilidad diciéndonos que el cielo está poblado de hombres de todas las tribus, lenguas y naciones; que los Santos fueron lo que somos nosotros, débiles, tentados, hasta pecadores, y en una palabra, hijos de Adan como nosotros, y que por lo tanto solo de nosotros depende el ser un dia lo que son ellos.

El Evangelio nos indica las condiciones con las cuales se nos dará el cielo, y nos consuela enseñándonos que las mas humildes virtudes, desde la humildad que se oculta hasta la paciencia que la calumnia expone á las mas rudas pruebas, son otros tantos caminos que conducen á la ciudad de la bienaventuranza.

«Y viendo Jesús las gentes, subió á un monte, y despues de ha«berse sentado, se llegaron á él sus discípulos,

«Y abriendo su boca, los enseñaba, diciendo:

«Bienaventurados los pobres *de espíritu* (es decir, los humildes y «desprendidos), porque de ellos es el reino de los cielos.

«Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

«Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque «ellos serán hartos.

«Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán mi«sericordia.

«Bienaventurados los de limpio corazon, porque ellos verán á Dios.

«Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de «Dios.

«Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, por«que de ellos es el reino de los cielos.

«Bienaventurados sois, cuando os maldijeren, y os persiguieren,

«y dijeren de vosotros todo mal contra vosotros mintiendo, por mi «causa [1].»

La Iglesia, con una sabiduría de lenguaje que nunca se admirará bastante, llama las ocho *bienaventuranzas* á estas virtudes accesibles á todos y á las cuales está prometido el cielo. Sí, bienaventuranzas del hombre en la tierra, donde ponen su corazon al abrigo de las borrascas de las tres grandes pasiones que tiranizan al linaje humano, y trastornan el mundo: el amor desarreglado á los honores, á las riquezas y á los deleites. Así pues, para hacer feliz al hombre durante toda la eternidad, la Religion no le pide mas que el permiso de hacerle feliz en la tierra.

El prefacio nos muestra, trasportándonos en medio de la santa Jerusalen, una inmensa multitud de testigos, que desde los tronos brillantes donde están sentados nos contemplan y animan, de modo que la Iglesia, al evocarnos uno de los recuerdos mas imponentes de la antigüedad, nos hace considerar la vida como una lucha [2]. Los hijos de la tierra somos los combatientes, los Santos los espectadores de la batalla, y la corona el cielo. Pero los Santos no son espectadores indiferentes, sino hermanos y amigos nuestros que nos alientan con el ademan y la mirada, y nos sostienen con sus poderosas oraciones; que nos levantan si caemos, nos reciben en sus brazos si hemos vencido, y aplauden al gran Rey que nos ciñe la corona de los vencedores. Así pues, todas las oraciones de la Iglesia se dirigen á alentarnos en el magnífico oficio de Todos los Santos, en tanto que la pompa de sus ornamentos y la magnificencia de sus ceremonias nos dan una débil idea de las arrebatadoras bellezas de la fiesta eterna.

El objeto de la Iglesia en los oficios de la mañana, es hacer que domine en nuestro corazon un sentimiento profundo y activo de esperanza y alegría; pero las fiestas de la tierra son incompletas, las alegrías del destierro necesariamente dolientes, y hé aquí por qué el oficio de la tarde nos induce á la mas indecible melancolía para completar la impresion; está lleno de suspiros, hay lágrimas en la voz del coro y en los cánticos sagrados.

La Iglesia nos habia recordado en el prefacio la antigüedad pro-

[1] Matth. v, 1-11.

[2] Trátase aquí del prefacio que se halla en el Ritual parisiense.

fana y los juegos olímpicos, pero ahora nos transporta al medio de la antigüedad sagrada, á orillas de los rios de Babilonia, y nos hace repetir los cantos del pueblo cautivo: *Super flumina Babylonis*, etc.: *Estábamos sentados á orillas de los rios de Babilonia*, etc. Y despues de haber contado las desgracias del destierro, de pronto el pueblo santo, y en este dia este pueblo somos nosotros, se acuerda de su querida patria: *Jerusalen, Jerusalen, si te llego á olvidar, que mi lengua seca se apegue á mi paladar*. En vano se buscaria nada mas interesante que este salmo y mas apropiado á la circunstancia en que se canta. El himno y el resto del oficio están tambien en perfecta armonía con los sentimientos y las disposiciones de los cristianos en este dia memorable. Tal es, en breves palabras, el espíritu de la liturgia católica en la fiesta de todos los Santos. Hora es ya de hablar del orígen de esta solemnidad.

La Iglesia celebró desde los primeros siglos la fiesta anual de cada Mártir, en cuyo dia los fieles se reunian en el lugar donde el héroe cristiano habia alcanzado la victoria; rodeaban su sepulcro, cuya losa servia de altar, y ofrecian el augusto sacrificio en accion de gracias [1].

III. Orígen de la fiesta.—Como el número de los Mártires aumentaba, pronto no fue posible asignar á cada cual un dia de fiesta particular, y la dificultad fue mayor cuando la Iglesia hubo enviado al cielo una multitud innumerable de solitarios, vírgenes y confesores cuya santidad se complacia Dios en patentizar con ruidosos milagros. Estas razones indujeron á establecer una fiesta que se dedicó á honrar en un principio á todos los Mártires, y despues á todos los Santos en general. Darémos sobre esto algunos pormenores.

Marco Agripa, yerno y favorito de Augusto, mandó construir un templo magnífico dedicado á *Júpiter vengador* [2], pues queria con esto hacer la corte al Emperador que acababa de ganar á Antonio y Cleopatra la famosa batalla de Actium. Llamóse este templo *Panteon*, ora porque se reverenciaba en él á todas las falsas divinidades, ora porque la figura del edificio representaba el cielo, llamado por los gentiles *morada de todos los dioses*. Esta obra maestra de arquitectura es

[1] Sacrificia pro eis, ut meministis, semper offerimus, quoties martyrum passiones et dies anniversaria commemoratione celebramus. (S. Cypr. *Epist. XXXIV*).

[2] Iovi ultori. Véase, sobre este edificio, las *Tres Romas*.

una media naranja, de elevacion igual á su anchura, y tiene ciento cincuenta piés de diámetro; no se ven en él columnas ni ventanas, y la luz le baja tan solo por una ancha abertura de forma circular que hay en el centro de su bóveda. La mayor parte de los templos paganos fueron destruidos, pero el emperador Honorio determinó que se dejase subsistir el Panteon como un monumento de la antigua magnificencia del Imperio.

El papa Bonifacio IV mandó en 607 abrirlo y purificarlo, y lo dedicó bajo la invocacion de la Vírgen santísima y de todos los Mártires, lo cual le ha dado el nombre de *Santa María de los Mártires* [1]; tambien lo llaman la *Rotonda*, á causa de su forma. El dia de la dedicatoria cristiana de este famoso templo fue uno de los mas solemnes de que ha sido testigo Roma. El Soberano Pontífice se presentó adornado con todas las insignias de su dignidad y seguido de un clero numeroso y de una inmensa multitud; el dia anterior se habian sacado de las Catacumbas gran número de huesos y reliquias de Mártires, y se les vió llegar hácia la basílica sobre veinte y ocho carros magníficamente adornados. ¡Cuánto mas hermoso fue este triunfo de los héroes de la fe, que el de los cónsules y emperadores gentiles! Cuando los preciosos despojos llegaron al santo templo, el Papa lo dedicó en honra de la Vírgen santísima y de todos los Mártires [2].

El papa Gregorio III consagró tambien por los años de 731 una capilla en la iglesia de San Pedro en honra de todos los Santos, y desde esta época se ha celebrado constantemente en Roma la fiesta de todos los bienaventurados moradores de la Jerusalen celestial. Parecia que aquella era tan solo para Roma, así como el Panteon y la cantidad sorprendente de reliquias que se trasladó á él; pero habiendo venido á Francia el papa Gregorio IV en 836 indujo á Luis el Benigno á que la mandase celebrar en sus Estados, á lo cual accedió gustoso el Príncipe, y no tardó en ser aceptada universalmente la fiesta de Todos los Santos. Sixto IV le dió una octava en 1480 [3].

[1] S. Maria ad Martyres.

[2] Legi in eius Ecclesiae codice manuscripto, templum illud dicatum imprimis in honorem Genitricis Mariae, omnium sanctorum martyrum et confessorum, illataque illuc esse reperi duodetriginta curribus ossa sanctorum martyrum è diversis urbis coemeteriis effossa, solemniterque comportata, ac decentissime collocata. (Baron. *in Not. ad Martyrol.* 13 mai.).

[3] Tunc monente Gregorio papa et omnibus episcopis assentientibus, Ludovicus imperator statuit ut in Gallia et Germania festivitas omnium Sanctorum

IV. Objeto de la fiesta.—La solemnidad de todos los Santos se ha establecido por consiguiente: 1.° para honrar á todos los Santos, cuya fiesta en particular era imposible celebrar, ya porque sus nombres solamente están escritos en el libro de la vida, ya porque su fiesta no tiene dias fijos para los fieles; 2.° para dar gracias á Dios por los beneficios con que ha colmado á sus elegidos; 3.° para excitarnos á imitar sus virtudes; 4.° para animar nuestra flaqueza y confundir nuestra cobardía, poniendo á nuestra vista aquella multitud de Santos de toda edad, sexo y condicion, y haciendo que contemplemos la dicha inefable que gozan, y á la cual estamos destinados; 5.° para implorar la bondad de Dios en favor de sus hijos por medio de los méritos de estos poderosos intercesores; 6.° para darnos ocasion de reparar las faltas que han podido escapársenos en la celebracion de cada fiesta en particular.

V. Medio de celebrarla dignamente.—Para celebrar dignamente la solemnidad de todos los Santos, basta pensar que es una fiesta de familia, la fiesta de nuestros parientes y amigos, y que algun dia deberá de ser la nuestra. ¿Será posible que no miremos con repugnancia la tierra al reflexionar que somos capaces de llegar por medio de la misericordia divina á una felicidad inmensa que no acabará jamás? Siendo así, ¿cómo no hemos de renunciar á todo lo que sea capaz de impedir nuestra felicidad, aprovechando todos los medios de asegurarnos su posesion? ¿Cómo no hemos de inflamarnos por un vehemente deseo de vernos admitidos en compañía de los amigos de Dios, para ser coronados en compañía suya con una gloria eterna?

Un general, que de soldado raso habia llegado á los grados superiores de la milicia por su valor y su conducta, se complacia en hablar familiarmente con los soldados que mandaba. Yo tambien, les decia, he llevado el mosquete, y he hecho centinela como vosotros, llevando un género de vida enteramente semejante al vuestro y sufriendo las mismas fatigas. Les contaba que en los sitios habia abierto trincheras y llevado faginas, y que era siempre el primero en subir en el asalto y en forzar un puesto peligroso, y les explicaba minuciosamente los diversos medios que le habian hecho pasar sucesivamente por los grados de sargento, teniente, capitan, coronel, y ge-

in Kalendis novembribus celebraretur, quam Romani ex institutione Bonifacii celebrant. (Mabill. *De re Diplom.* pag. 537; Reinald, n. 29).

neral. Es difícil formarse una idea de la animacion que causaban á sus soldados tales palabras, y la impresion que les producia el ejemplo que tenian ante sus ojos. Ya no se quejaban de las fatigas ni de los peligros, sino que eran para ellos objeto de alegría y de ambicion, y los consideraban á porfía como un medio de ascender y de llegar á los mismos grados que su general. No ignoraban, sin embargo, que nada habia tan incierto como el objeto de sus esperanzas, que el mas pequeño ascenso se compra á precio de los mayores peligros, y que aunque alcanzasen los triunfos mas lisonjeros y las mas brillantes hazañas, la distincion y la recompensa á que aspiraban era una cosa tan extraordinaria, que dependia de tantas circunstancias y estaba tan expuesta á los caprichos de la fortuna, que razonablemente no debian esperarla.

En el negocio de la salvacion el caso es enteramente diferente, y el buen éxito depende tan solo de nuestro propio corazon. Por inmensa que sea la gloria á que aspiramos, Dios mismo nos invita á pretenderla, y se digna ser nuestra luz y nuestra fuerza, y estamos seguros de llegar con el auxilio de su gracia, la cual no nos falta nunca sino por culpa nuestra, á esa felicidad que no tendrá fin y que sobrepuja á cuanto podemos imaginar. ¡ Cuántos Santos la poseen ya! Ellos nos han trazado con su ejemplo la senda que debemos seguir; eran lo que somos, viajeros en la tierra, y tenian igual naturaleza. Elías, dice el apóstol Santiago, estaba sujeto á las mismas flaquezas que nosotros [1]. Sin embargo, todos se han santificado. En vano trataríamos de alegar los obstáculos que tenemos que superar; porque los Santos se hallaban en iguales circunstancias, y tal vez en otras mas delicadas. ¡ Cuántos tuvieron que luchar contra los atractivos de la voluptuosidad, los lazos de la grandeza, la seduccion de la lisonja, la injusticia de sus enemigos, los horrores de la prision, la rabia de los perseguidores y la crueldad de los verdugos! No solamente triunfaron de todas estas dificultades, sino que las convirtieron en medios de salvacion, y pusieron mayor atencion en velar sobre sí propios y en ser mas fervientes en la oracion, mas mortificados, mas penitentes y mas aplicados á la práctica de las buenas obras [2].

Tales son los vestigios que nos dejaron los Santos al regresar á la

[1] Iacob. v, 17.
[2] Godescard, *Todos los Santos*.

patria [1]; para llegar al mismo término, no hay otro camino. Si necesitamos motivos, acordémonos de esta verdad: *Mas trabajo nos costará condenarnos que salvarnos.*

En este gran dia de Todos los Santos acabamos de tributar á los bienaventurados moradores del cielo el culto que les tributaron, antes de nosotros, todos los siglos cristianos, y les tributarán, cuando no existamos, las generaciones futuras, porque el culto de los Santos, fundado en la palabra de Dios y en la tradicion universal, es imperecedero. No es este el lugar oportuno para desenvolver su índole; se sabe que los Católicos honran á los Santos como á los amigos de Dios, como protectores poderosos y fieles cuyas oraciones alcanzan, con mas seguridad que las nuestras, las gracias que nos son necesarias. Pero lo que se sabe menos generalmente es la historia de la canonizacion de los Santos, es decir, el modo con que se procede para comprobar su santidad. Tendrémos un placer en que lo que vamos á deciros, al mismo tiempo que os instruya, contribuya á haceros admirar cada vez mas la prudencia divina y la sabiduría profunda de la Iglesia católica. Las nociones siguientes, interesantes ya por sí solas, tienen á nuestro parecer una utilidad particular en cuanto completan la historia de la fiesta de Todos los Santos.

VI. Canonizacion de los Santos. —Expliquemos en primer lugar algunas palabras que tal vez habrémos oido y pronunciado muchas veces sin darles un sentido preciso: *Siervo de Dios*, *Venerable*, *Beato*, *Santo*, *Beatificacion* y *Canonizacion.*

Siervo de Dios. Llámase así, en la lengua de la Iglesia católica, el cristiano muerto en olor de santidad [2].

Venerable. Aquel cuya reputacion de santidad está probada por un juicio legítimo [3], es decir, estrictamente hablando, aquel cuyo proceso de beatificacion está principiado [4].

Beato. El que está beatificado, es decir, aquel cuya santidad está

[1] Haec sunt vestigia quae Sancti quique in patriam revertentes nobis reliquerunt. (V. Bed. *Serm. XVIII de Sanctis).*

[2] Qui moritur cum fama sanctitatis. (Bened. XIV, *De Beatif. et Canoniz. SS.* lib. 1, c. 37).

[3] Cuius sanctitatis fama iudiciali iure probata est. *(Id.).*

[4] In quorum Beatificationis et Canonizationis causis commissio introductionis signata est; non signatur enim commissio, nisi iudiciali more constiterit, ex processu auctoritate ordinaria confecto, de fama sanctitatis et miraculorum. (Id.).

patentizada por un juicio solemne, y á quien el Soberano Pontífice permite rendir un culto en ciertos países y en ciertas Órdenes religiosas hasta la canonizacion solemne [1].

Santo. El que está canonizado, es decir, cuyo culto está permitido en toda la Iglesia católica [2].

Beatificacion. Segun lo que precede, es fácil ver que la beatificacion es un acto por el cual el Soberano Pontífice declara que una persona es bienaventurada despues de su muerte. En consecuencia de la beatificacion, el Papa concede á ciertas personas y á ciertos países el privilegio de honrar con un culto determinado al que está beatificado, sin incurrir en las penas impuestas contra los que rinden un culto supersticioso. El culto con que honramos á los Santos que solo están beatificados, es menos solemne que el de los que están canonizados; no puede tomárseles por patronos, su oficio no tiene octava, el dia en que se celebra su oficio no puede ser fiesta de precepto, y solo puede decirse una misa votiva [3].

La beatificacion se ha introducido desde que se exigen largos procedimientos para la canonizacion. Hasta el papa Alejandro VII, que ocupaba la Santa Sede á mediados del siglo XVII, la solemnidad de la beatificacion de los Santos solo se celebraba en la iglesia de su Órden, si eran religiosos, ó en la de su nacion si tenian una en Roma; y este mismo Papa fue el primero que ordenó que la beatificacion de los Santos se celebrase solemnemente en la basílica de San Pedro, y la primera que se hizo de este modo fue la de san Francisco de Sales el 8 de enero de 1662 [4].

Canonizacion. Segun la etimología de la palabra, canonizacion significa la accion por la cual se coloca á alguno en el cánon ó catálogo

[1] Beatificatio est alicuius in beatos relatio, *ó como dice Benedicto XIV:* Beatificationem esse actum quo S. R. Pontifex indulgendo permittit aliquem Dei servorum coli posse in aliqua provincia, dioecesi, civitate, aut religiosa familia, cultu quodam determinato, ac beatorum proprio, usquequo ad solemnem canonizationem deveniatur. (Id. c. 39).

[2] Canonizatio est alicuius beati in numerum sanctorum relatio, *ó como dice Benedicto XIV :* Canonizationem esse S. Pontificis sententiam definitivam, qua decernit aliquem antea inter Beatos recensitum in Sanctorum catalogum esse referendum, et coli debere in toto orbe catholico, atque in universa Ecclesia, cultu illo qui caeteris canonizatis praestatur. (Id.).

[3] Véase Castellinus, Lezana, Duranti.

[4] Bened. XIV, t. V, lib. I, c. 24 y 39, así como nuestra *Historia de las Catacumbas,* donde se hallan los pormenores relativos á la canonizacion, etc.

de los Santos. En efecto, las ceremonias de la canonizacion consistian, en los primeros siglos de la Iglesia, en inscribir el nombre del Santo en los sagrados dípticos, es decir, en los libros de memoria que leian en la misa y que contenian el nombre de la Vírgen santísima, el de los Apóstoles y demás Santos : nombres sagrados que recitamos aun todos los dias durante los augustos misterios, en memoria de esta antigua costumbre. Cuando el nombre del Santo estaba inscrito en los dípticos, erigíanse bajo su invocacion iglesias ú oratorios para ofrecerle el santo sacrificio, dar gracias á Dios por su triunfo é implorar su mediacion.

Si queremos definir ahora la palabra canonizacion segun su acepcion actual, dirémos que es una declaracion legítima, solemne y definitiva por medio de la cual el Soberano Pontífice pone en el cánon ó catálogo de los Santos á una persona beatificada, y autoriza su culto en toda la Iglesia. El término de canonizacion no es tan antiguo como lo que expresa, pues no se encuentra antes del siglo XII, y el primero que se sirvió de él fue Uldarico, obispo de Constanza, en su carta al papa Calixto II para la canonizacion del obispo Conrado [1].

La canonizacion es tan antigua como la Iglesia, y el derecho de canonizar le pertenece esencialmente. En efecto, ya que Dios permite y quiere que honremos á los Santos, ha debido dar á su Iglesia el derecho y el medio de hacer constar su santidad, pues no siendo así, el mundo volveria á caer muy pronto en la supersticion y la idolatría, de donde acababa de arrancarlo el Cristianismo. De aquí este argumento perentorio de los teólogos católicos : Es una herejía negar la autoridad de la Iglesia y del Soberano Pontífice para la canonizacion de los Santos, y es en efecto una herejía negar que deben ser invocados los Santos; luego la Iglesia tiene derecho de canonizar los Santos, es decir, de determinar los que por su santidad merecen el culto y la invocacion de sus hermanos [2]. Así pues, vemos

[1] *Acta SS. Bened.* n. 88. Véase tambien Ferraris, art. *Cultus Sanctorum.*
[2] Ab utilitate Sanctos in nostris necessitatibus invocandi, potestas canonizandi causam habet et fundamentum. Unde *Banes* in 2, 2, D. Thom. q. 1, a. 10, sic ait : Haereticum est negare auctoritatem in Ecclesia et Pontifice ad Sanctos canonizandos, haereticum enim est dicere Sanctos non esse invocandos; ergo auctoritas est in Ecclesia ad Sanctos canonizandos. (Bened. XIV, lib. I, c. 3). — Papa errare non potest in canonizatione Sanctorum, est de fide; attamen, concludit Bened. XIV, t. I, c. 45, qui contrarium sentiunt, licet non

que ha hecho uso de este derecho desde su primer orígen, en aquellos hermosos siglos en que los mismos Protestantes confiesan que la Iglesia romana era la única verdadera y fiel esposa de Jesucristo. Los primeros Santos canonizados fueron mártires.

Admiramos la madurez y la prudencia con que comprobaba la Iglesia su santidad y autorizaba su culto. Cuando uno de sus hermanos era arrojado en los calabozos y llamado delante de los tribunales por la causa de la fe, los Cristianos se esforzaban en obtener todos los pormenores del proceso, y para conseguir este objeto empleaban dos medios: se mezclaban sin ser conocidos entre los gentiles, asistian á los interrogatorios, y recogian con religiosa solicitud las preguntas y respuestas, que escribian al volver á sus casas. El dia de la ejecucion acudian al lugar del suplicio, oian las últimas palabras, veian los postreros actos del Mártir, y se convertian de este modo en testigos competentes de su sacrificio. Solo citarémos un ejemplo, el martirio de san Taraco y compañeros, en el cual debemos al primer medio en parte la relacion de su martirio. Á falta de estos testimonios, nuestros padres en la fe recurrian á los escribanos de los tribunales, á quienes compraban á veces por grandes cantidades el permiso de copiar los procesos. Las tres primeras partes de las actas de san Taraco, de quien hemos hablado, fueron pagadas por doscientos dineros al escribano de los registros proconsulares de Asia.

Pero de cualquier modo que se proporcionasen las actas de los Mártires, enviábase primeramente la relacion al Obispo en cuya diócesis habia padecido muerte el Santo. Despues de haberla examinado con madurez, el Obispo la enviaba al Metropolitano, á quien estaba reservado el fallo eclesiástico por el cual se concedia un culto público al Mártir. Este fallo eclesiástico fue siempre indispensable, y segun Saussay citado por Benedicto XIV, el metropolitano no lo daba sin haber consultado antes á los Obispos sus sufragáneos [1].

Aplicáronse la misma marcha é iguales formalidades en la canonizacion de los Confesores, es decir, de los siervos de Dios que habian confesado la fe, no con su sangre, sino con el heroismo de to-

sint formaliter haeretici, ex quo id nondum sit ab apostolica sede expresse definitum, tamen sunt temerarii, impii, scandalosi, in Sanctos iniuriosi, faventes haereticis, sapientes haeresim, assertores erroneae propositionis, et gravissimis poenis obnoxii. (Ferraris, art. *Papa*, n. 49).

[1] Lib. I, c. 3.

das las virtudes que ella enseña [1]. Hasta despues de pronunciarse el fallo eclesiástico, comprobando la santidad del siervo de Dios, no se procedia á la canonizacion, la cual consistia simplemente, como hemos dicho ya, en inscribir su nombre en los dípticos de los Santos, que se leian en la misa.

De este modo se canonizó hasta el siglo XII; pero desde el papa Alejandro III, que ocupaba la silla apostólica en 1161, la disciplina cambió por razones que fuera prolijo enumerar ahora [2], y el derecho de beatificar y canonizar quedó reservado al Soberano Pontífice, con exclusion de otro cualquiera.

Desde aquella época y segun la disciplina actual, se procede á la beatificacion y á la canonizacion de los Santos del modo siguiente: Cuando muere una persona con fama de santidad y se esparce el rumor de que hace milagros, el Obispo del lugar instruye una informacion, segun el testimonio de testigos dignos de fe, para hacer constar la reputacion de santidad y el rumor de los milagros [3]. La informacion se envia á Roma, á la sagrada congregacion de Ritos, donde es examinada escrupulosamente. Si se cree que ha lugar á continuarla, se da parte al Soberano Pontífice, quien nombra *relator de la causa* á un cardenal de la congregacion de Ritos, el cual se encarga de proporcionar todos los documentos necesarios para la instruccion del proceso, de lo cual da comunicacion á la Congregacion. Llámanse *postuladores de la causa* los que son nombrados para facilitar el fallo de la beatificacion y de la canonizacion.

La congregacion de Ritos forma entonces un verdadero jurado; hé aquí los miembros que lo componen, y el modo con que proceden:

1.° Un presidente, que es el cardenal relator de la causa;

2.° Dos abogados en *pro*, que son los cardenales postuladores de la causa;

3.° Dos abogados en *contra*, llamados el promotor y el subpromotor de la fe. El oficio del promotor de la fe consiste en alzar todas las dificultades imaginables sobre el hecho y sobre el derecho, para que se descubra la verdad, y la causa sea reducida, á la nada si ha

[1] Lib. I, c. 6. Véanse los pormenores y las pruebas en la *Historia de las Catacumbas*, pág. 565 y sig.

[2] Véase Bened. XIV, lib. I, c. 3; Ferraris, art. *Cultus Sanctorum*, n. 18.

[3] De fama sanctitatis et miraculorum.

lugar. El subpromotor es el consejero del promotor; presta juramento de guardar secreto, y con él conferencia el promotor acerca de todas las objeciones que pueden proponerse contra la causa en cuestion. El subpromotor asiste á los debates, y recibe comunicacion de todos los documentos, para que pueda juzgarlos por sí y hallar en ellos dificultades;

4.° Varios notarios ó escribanos que prestan juramento de copiar los documentos, deposiciones, etc., con la mas escrupulosa fidelidad;

5.° Un archivero que conserva bajo llave los documentos del proceso, del que se sacan cuatro ejemplares: uno para el notario, otro para el secretario, otro para el promotor de la fe, y el cuarto que queda en el archivo;

6.° Un intérprete. Sucede en ciertos procesos que los documentos están escritos en lenguas extranjeras, y el cardenal relator de la causa escoge para traducirlos, con el consentimiento del promotor de la fe, un intérprete que hace juramento de traducir con fidelidad. Al mismo tiempo se nombra en secreto una persona digna de confianza y que presta juramento de examinar la exactitud de la traduccion;

7.° Jurisconsultos hábiles, para estudiar todas las cuestiones relativas al derecho que pueden presentarse en el curso de los debates;

8.° Médicos, físicos, cirujanos y matemáticos, á quienes se consulta cuando se trata de milagros, y que están obligados á dar sus contestaciones por escrito.

De tales elementos se compone este tribunal, destinado para juzgar en la causa mas solemne en que puede aparecer un hombre.

Expliquemos el modo con que procede. En primer lugar no puede ocuparse de la beatificacion de un siervo de Dios hasta cincuenta años despues de su muerte; regla que no tiene excepcion sino en ciertos casos rarísimos de una santidad enteramente extraordinaria. Es muy glorioso para san Alfonso de Ligorio el haber sido en nuestra época objeto de semejante excepcion. La sagrada congregacion de Ritos empieza por examinar las obras del siervo de Dios, si las ha compuesto. La mas insignificante proposicion contraria á las buenas costumbres, ó la fe católica, basta para anular para siempre su causa. Terminado el exámen de las obras, se suspende el curso del procedimiento durante diez años para dejar que se manifieste la opinion

de la época, y á la Congregacion tiempo para descubrir las obras del siervo de Dios que no hubieran podido llegar á su noticia.

Al cabo de los diez años, los postuladores de la causa solicitan las letras *remisoriales*, que son letras ó bulas por las cuales el Santo Padre nombra comisarios para examinar, en los lugares donde vivió el siervo de Dios, el heroismo de sus virtudes, y la certeza de sus milagros. Estas virtudes son las tres teologales: fe, esperanza y caridad; y las cuatro virtudes cardinales: fortaleza, prudencia, templanza y justicia.

Terminado el exámen, la sagrada Congregacion estudia los informes de los comisarios, las deposiciones de los testigos, los documentos justificativos, etc. Expurgado en el seno de la Congregacion, el proceso con todos sus documentos es entregado en seguida al exámen del consistorio, ó asamblea general de todos los Cardenales, Arzobispos y Obispos de la corte de Roma [1]. Sucédense las reuniones; el Soberano Pontífice en persona preside en varias, pregunta el parecer de todos los Cardenales y de todos los consultantes sin dar el suyo, se encomienda á sus oraciones, las ordena públicas; en una palabra, no omite nada de cuanto puede ilustrarle. Si tras todas estas precauciones se convence el Vicario de Jesucristo, publica la bula que autoriza para proceder á la ceremonia de la beatificacion.

Decidme ahora, hombres, cualesquiera que seais, ¿sabeis si existe ó ha existido en la tierra un tribunal que obre con mas prudencia y sabiduría? Ó es imposible patentizar la verdad tocante á hechos, y á hechos palpables, ó es forzoso convenir que necesariamente debe descubrirse con tantas precauciones é infatigables investigaciones. Así pues, no hay un hombre de buena fe que dude, aun independientemente de la asistencia del Espíritu Santo, de la *validez* de las canonizaciones católicas.

Con este motivo contarémos una anécdota muy sabida que data del siglo pasado. Cuando uno de los hombres mas grandes de aquella época, el papa Benedicto XIV, no era mas que el cardenal Lambertini, fue nombrado relator en una causa de beatificacion. Hallándose cierto dia ocupado en compulsar un enorme legajo, entraron á visitarle dos protestantes ingleses; apenas habia principiado la conversacion, cuando un enviado del Santo Padre le trajo la órden de presentarse en el acto á Su Santidad. El Cardenal suplicó á sus nobles

[1] Bened. XIV, lib. I, c. 7.

visitadores que le excusaran, y suplicándoles que le esperasen, les dijo: Si quereis examinar ese legajo, os parecerá mas corto el tiempo. Aceptaron la proposicion, y durante la ausencia del Cardenal, que se prolongó mucho mas de lo que esperaban, compulsaron, estudiaron y examinaron los procedimientos, las deposiciones de los testigos y las relaciones de milagros.

— ¿Qué pensais, dijo al volver, de nuestros procedimientos? — Si el personaje de que se trata en los documentos que hemos recorrido, respondieron los dos ingleses, no es canonizado, no canonizaréis á nadie nunca. — ¿Os parecen suficientes las pruebas? — Aun sobran. — Somos mas descontentadizos que vosotros; si no llegan otros testimonios, se sobreseerá la causa. Y los dos ingleses, á quienes el Cardenal dió una idea de las precauciones empleadas por la congregacion de Ritos en los negocios de beatificacion, se retiraron con una preocupacion menos, diciendo sin embozo que los Santos de la Iglesia romana eran de *buena ley*, y que ellos mismos, á pesar de creerse personas honradas, no quisieran que su probidad *pasase por semejante tamiz.*

Réstanos hablar de la ceremonia solemne de la beatificacion y de la canonizacion. Verdaderamente es un hermoso dia aquel en que la Iglesia, convencida por el doble testimonio del cielo y de la tierra, es decir, por los milagros y por un largo detalle de las pruebas jurídicas de la santidad y de la dicha eterna de uno de sus hijos, le coloca en sus altares y le presenta á la veneracion del universo. El Soberano Pontífice, desde lo alto de su trono inmortal como la verdad que en él está sentada, publica una bula para anunciar este gran dia; la ciudad eterna se conmueve, el mundo católico se estremece de dicha y esperanza, y desde remotas comarcas parten numerosos peregrinos para asistir á la fiesta. Se concede indulgencia plenaria á todos los fieles que despues de haber recibido los sacramentos de Penitencia y Eucaristía se encuentren en la misa solemne que se celebra para la beatificacion en la basílica del Vaticano, es decir, en la iglesia de San Pedro.

Este templo augusto, digno de Roma y del mundo, es adornado con un gusto y una magnificencia de que no se encuentra ejemplo en Roma, sino en este dia. En el frontispicio aparece, á una grande altura en medio de luces resplandecientes, la imágen del Santo que asciende al cielo llevado por los Ángeles; debajo brillan orladas

de oro las armas del Pontífice reinante, las del rey en cuyos Estados nació el Santo, las de la ciudad en que vió la luz, y finalmente, si es religioso, las insignias de la Órden á que pertenece.

Si pasais el sagrado umbral os creeréis transportado al cielo: vuestros piés solo pisan ricas alfombras; desde la bóveda hasta la base de las colunas, todo el contorno del templo inmenso está tapizado de terciopelo carmesí, que cuelga de distancia en distancia en anchos festones, llenos de magnificencia y de gracia. Cuadros con marcos dorados, emblemas en que el oro y la seda mezclan sus vivos colores, sentencias en letras de oro, colocadas á derecha é izquierda, os cuentan las virtudes, los actos sublimes, las palabras y la vida del Santo. En el fondo del templo, á grande elevacion sobre el altar ó confesion de san Pedro, está ante nuestros ojos suspendido el retrato del Santo subiendo al cielo, y con la cabeza circundada de la auréola. Pero este retrato está aun cubierto con un velo, y pronto será descubierto.

Á cada lado del altar están colocados en semicírculo tronos brillantes de oro y púrpura, destinados á los Cardenales, á los Prelados de la corte romana y á los consultantes de la sagrada Congregacion. Superiormente al Sacro Colegio aparecen tribunas magníficamente adornadas donde se colocarán los reyes y reinas, los príncipes y las princesas y todos los nobles extranjeros que la augusta ceremonia atrae de las diversas partes del mundo católico. Para iluminar tan magnífico espectáculo brillan por todos lados en el templo arañas, candelabros y girándolas que destellan innumerables resplandores: á esta viva claridad que alegra la vista se añade para deleite del olfato el incienso de los perfumes; de distancia en distancia aparecen soberbios jarros de flores, de donde se exhala la mas suave fragancia, y en todos los altares pebeteros de oro y de plata donde arden los mas exquisitos aromas.

Si quedan satisfechos los sentidos en esta fiesta augusta, los mas puros goces inundan la imaginacion, el alma y el corazon. Varios grandes coros de músicos, colocados en diferentes puntos de la vasta basílica, acompañan para animar la solemnidad con el sonido de sus instrumentos los acentos melodiosos de esas voces tan elevadas, tan frescas y tan puras que solo se oyen en Roma, soberana de la fe y centro de las bellas artes.

Cuando se acerca la hora de la ceremonia, la guardia pontificia va



á formar en torno del santuario para acrecentar la pompa de la fiesta y conservar un órden perfecto. Entre tanto toman asiento todos los Cardenales, todos los Prelados de las diferentes congregaciones y todos los generales de las Órdenes; en las tribunas reservadas aparecen los nobles personajes que han de ocuparlas, y os aseguro que mas de un rey se cree por muy feliz en asistir al triunfo del mas humilde tal vez de sus numerosos súbditos; finalmente giran sobre sus quicios de bronce las vastas puertas de la inmensa basílica, y se precipitan en su recinto las inquietas oleadas de un pueblo innumerable; y todos aquellos hombres, extranjeros ó nacionales, católicos ó disidentes, están allí en religioso silencio esperando lo que va á pasar.

De pronto se presenta el Cardenal gran maestro de ceremonias, revestido con capa pluvial y mitra, se adelanta acompañado de dos canónigos de San Pedro, sube con ellos á un tablado y lee en voz alta el breve del Santo Padre para la beatificacion del siervo de Dios. Terminada la lectura, el Cardenal celebrante va al pié del altar acompañado de los diáconos y subdiáconos de la Iglesia romana, y entona un himno de triunfo, el *Te Deum*. Aun está en sus labios la última nota cuando una mano invisible descorre el velo que ocultaba el retrato del Santo, colgado sobre el altar. Cardenales, Pontífices, Reyes, Príncipes, Magistrados, toda la inmensa multitud del pueblo, se postran en aquel instante sublime de rodillas é inclinan la frente al suelo para venerar la santa imágen; y los mil instrumentos músicos tocando á un tiempo hacen resonar las bóvedas del templo, y toda la artillería del castillo de San Ángelo añade su imponente armonía, unida á las descargas de fusilería y al clamoreo de todas las campanas de la ciudad eterna. ¡Momento solemne! ¡felices los que han experimentado una vez en su vida los indefinibles sentimientos que inspiras! Triunfo augusto, ¡oh! ¡cuán léjos de tí dejas todos los triunfos de la antigua Roma con sus elefantes y carrozas de marfil y sus pueblos de esclavos encadenados! En tí al menos no hay lágrimas, y si las hay, son de gozo.

Terminada la postracion, continúan los coros de música y acaban el *Te Deum*. El primer diácono canta entonces el versículo: «Rogad «por nosotros, beato N.» Y los coros responden: «Para que seamos «dignos de las promesas de Jesucristo.» El Cardenal celebrante añade la oracion compuesta en honor del Santo cuya imágen inciensa, y revistiéndose despues con las insignias pontificias ofrece los santos

misterios en honra del nuevo habitante de los cielos. Terminada la misa, el procurador de la causa distribuye á todos los asistentes la imágen del Santo, pintada ó impresa, con marco ó dorada con mas ó menos lujo segun la categoría de las personas [1]. Tales son en resúmen las ceremonias de la beatificacion.

Segun hemos dicho, datan de la época en que la Iglesia creyó conveniente no llegar á la canonizacion, sino por medio de largos y numerosos procedimientos. La beatificacion es, en efecto, una canonizacion principiada, y para pasar de una á otra es preciso que el Santo haya hecho milagros desde su beatificacion [2]. Cuando se han verificado, la congregacion de Ritos vuelve á instruir acerca de estos milagros los informes, los exámenes y los procedimientos que habian tenido lugar para la beatificacion, y solo despues de haberlos comprobado se procede á la canonizacion.

Las ceremonias de la canonizacion se diferencian muy poco de las de la beatificacion [3]. Roma presenta el mismo entusiasmo, y San Pedro está adornado con igual riqueza el dia de la fiesta. Por la mañana tiene lugar una procesion magnífica, en la cual se lleva en triunfo la imágen del Santo que va á recibir los honores mas elevados que la Iglesia de la tierra puede dar á sus hijos. De regreso de la procesion, á la cual asiste en persona el Soberano Pontífice, este sube á su trono, erigido en la basílica de San Pedro; el abogado consistorial se adelanta en nombre del Cardenal procurador de la causa, y suplica á Su Santidad que admita en el número de los Santos al beato cuyo proceso se ha fallado, y responde á esta peticion el Prelado secretario de los breves para los príncipes, en nombre del Pontífice: «Es preciso rogar con instancia en este grave asunto para que «el Señor nos ilumine.»

Todo el mundo se arrodilla, y se invoca á todos los Santos del cielo cantando sus letanías. El abogado consistorial se adelanta otra vez, y pide la canonizacion. El Prelado secretario responde á esta segunda súplica: «Es preciso volver á redoblar las instancias y oraciones.» Y se dirigen al Espíritu de luz, al Espíritu que dirige la Iglesia y que está con ella todos los dias hasta la consumacion de los siglos, postrándose de rodillas y cantando el *Veni Creator*. El abogado se

[1] Bened. XIV, lib. I, c. 24, et *Appendix ad* c. 24.
[2] Bened. XIV, lib. I, c. 39.
[3] Ibid.

presenta por tercera vez ante el trono pontificio y solicita la canonizacion, y el Soberano Pontífice pronuncia entonces la sentencia solemne por la cual declara y define, que tal beato debe colocarse en la categoría de los Santos. Á este decreto sigue el canto del *Te Deum*, despues del cual el Vicario de Jesucristo celebra la misa en honra del Santo.

El Soberano Pontífice vuelve por la tarde despues de Vísperas á la iglesia de San Pedro, acompañado de todo el Sacro Colegio, y allí adora el santísimo Sacramento en medio de un pueblo inmenso, despues va al altar donde descansan las reliquias del nuevo Santo, le dirige fervientes oraciones, toma su imágen, la besa respetuosamente, y la presenta á los homenajes de la solícita muchedumbre[1]. Y se vierten suaves lágrimas con las oraciones, y las miradas de amor, los sentimientos de confianza y los transportes de gozo que suben hácia el Santo, dan principio para él en la tierra al delicioso triunfo que durará tanto como los siglos. Finalmente, cuando la noche desciende de las cimas de las siete colinas y tiende su negro velo sobre la ciudad eterna, principia un nuevo espectáculo: los fuegos artificiales y una iluminacion magnífica colman de regocijo á un pueblo destinado á todos los grandes espectáculos, y hacen que Roma sea mas hermosa y mil veces mas feliz que en los dias del triunfo de sus antiguos Césares.

Pero el regocijo de los romanos se extiende mucho mas allá de los límites de la ciudad, pues la canonizacion de un Santo es un acontecimiento inmenso cuyo eco llega hasta los confines del mundo católico. Millones de corazones se ensanchan á tan fausta noticia, y ricos y pobres sienten igual regocijo, porque dice á unos y á otros: Aun está abierta la puerta del cielo, sus tabernáculos son accesibles á todos, y cada cual se complace en oir aquella voz que sale del fondo de su conciencia y dice: Tambien yo puedo ser un santo. ¡Quién podria contar las almas abatidas cuyo valor ha reanimado esta voz consoladora, y las acciones heróicas que ha hecho practicar!

¡Oh! sí, permitid que os diga que es muy moral la ceremonia solemne de la beatificacion y de la canonizacion. Existe por consiguiente en la tierra un tribunal en que la virtud perseguida, desconocida y calumniada halla por fin una ruidosa justicia, y en que no hay distincion de personas, pues ya seais rico ó pobre, sábio ó ig-

[1] Bened. XIV, lib. I, c. 39.

norante, amo ó esclavo, ya hayais nacido en los hielos del polo ó en las abrasadas regiones del Mediodía, en Europa, en Asia, en la choza del negro del África central ó en la hamaca del salvaje americano, en Roma ó en los confines mas remotos de la India ó del Japon, no importa. ¿Habeis practicado en grado heróico todas las virtudes que forman la base de la sociedad y de la Religion; habeis sido, en otros términos, el hijo dócil del Padre celestial y el bienhechor de vuestros semejantes con vuestros ejemplos, vuestras oraciones, si no por vuestras liberalidades é instituciones? Basta esto; es lo único que se examina, todo lo que se os exige para colocaros en los altares del mundo católico, hacer vuestro nombre inmortal, y que os ofrezcan de generacion en generacion, á vos, pobre mortal, humilde labrador, honras que no alcanzarán jamás los monarcas con todo su poder.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos destinado para la dicha del cielo; dadnos la gracia de que la merezcamos.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *diré con frecuencia: Quiero ser un gran santo* [1].

[1] El dia de Todos los Santos se leerá con placer infinito el capítulo 48 del libro III de la *Imitacion*, ó el capítulo 35 de los *Soliloquios* de san Agustin, *De desiderio et siti animae ad Deum*.

LECCION LII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Dia de Difuntos.—Sus armonías, su orígen, sus fundamentos en la tradicion. —Su establecimiento.—Ternura de la Iglesia.—Quejas de los difuntos.— Funerales cristianos.

I. Fiesta de los Difuntos. —El dia de Todos los Santos la Iglesia trata de conmover todas las fibras de nuestro corazon, pues se ve que quiere dar un gran golpe y producir un efecto de trascendencia, cual es el de inspirar el desapego á la tierra, el deseo del cielo, la tierna compasion y la caridad universal entre todos sus hijos. Si en la mañana de este memorable dia la pompa de sus ceremonias y la alegría de sus himnos ofrecen la expresion de un regocijo puro, por la tarde se mezclan con sus cánticos prolongados suspiros, y hay lágrimas en su acento. Muy pronto la escena modificada se cambia enteramente: á los cantos de alegría, á los suspiros del destierro siguen sonidos lúgubres; ornamentos de luto reemplazan las capas con ramajes de oro, y solo vemos ya en el santo templo un monumento fúnebre, cubierto de lágrimas y osarios.

¿Qué significa esto? Es una nueva fiesta, la conmemoracion de los Difuntos. La Iglesia, como madre tierna, quiere que hoy sea una fiesta de familia, y se presenta á nuestros ojos en estos tres estados diferentes; triunfante en el cielo, desterrada en la tierra, y gimiendo en medio de las llamas expiadoras. Y los cánticos del cielo, y los suspiros de la tierra, y los gemidos del purgatorio que en este dia se suceden, se mezclan y se responden, nos recuerdan que lazos misteriosos unen en un solo cuerpo á todos los hijos de Jesucristo, y que las tres Iglesias, como tres hermanas, se dan la mano, se alientan, se consuelan y se socorren hasta el dia en que abrazándose en el cielo solo formarán una Iglesia eternamente triunfante.

¿No advertís en esto una magnífica armonía? Sí, es imposible que dejemos de notarla. ¡Oh! ¡qué bien elegido es el dia en que se celebra la fiesta de los Difuntos! Esas aves que emigran, esos dias

que disminuyen, esas hojas que caen y ruedan á nuestros piés en los caminos impelidas por el aquilon, ese cielo que se oscurece, esos nublados cenicientos, precursores de las escarchas; todo ese espectáculo de decadencia y de muerte ¿no es maravillosamente propio para llenar nuestra alma de los graves pensamientos que quiere inspirarnos la Iglesia?

No se reduce á esto todo; la fiesta de los Difuntos, como todas las demás, y aun mas tal vez, estrecha los lazos de familia. En otro tiempo se veia, y se ve aun actualmente en las aldeas, reunirse los hermanos, hermanas, parientes y vecinos en el cementerio para orar y llorar en los sepulcros de sus antepasados, y hacer limosnas para alcanzar la paz de sus queridos difuntos. Y podeis creer que si en el curso del año se alzaban algunas nubes de division entre estos hombres, desaparecian en este dia: ¡estamos tan próximos á amarnos cuando rogamos y lloramos juntos!

Tambien en ciertas ciudades [1] el sereno, al recorrer toda la noche las calles de la poblacion, se paraba en otro tiempo á cada veinte pasos, hacia resonar su campanilla y gritaba: *Despertad los que dormís, y rezad por los difuntos.* ¿Por qué han debido desaparecer tan interesantes costumbres? Desde que nos hemos olvidado de los muertos, somos tibios respecto de los vivos, ha secado todos los corazones el egoismo que degrada al hombre, mata la familia y trastorna la sociedad.

II. Orígen de esta fiesta. — Pero ya es hora de hablar de la fundacion de la fiesta de los Difuntos. La Iglesia ha orado por todos sus hijos, cuando mueren, desde los primeros siglos; sus oraciones eran súplicas en favor de los que las necesitaban, y acciones de gracias para los Mártires; y se renovaban el sacrificio y las súplicas en el aniversario de su muerte. Tertuliano lo dice expresamente: «Celebramos el aniversario de la natividad de los Mártires [2].» Y mas adelante: «Segun la tradicion de los antiguos, ofrecemos el sacrificio «por los difuntos el dia aniversario de su muerte [3].» Los demás Padres nos presentan iguales testimonios [4].

Aun mas, la Iglesia, que siempre se ha mostrado tan buena y ca-

[1] Particularmente en Nevers.
[2] Pro natalitiis annua die facimus. *(De Cor. milit.)*.
[3] Ex maiorum traditione pro defunctis annua die facimus. *(Id.)*.
[4] S. Cypr. lib. I, epist. IX; S. Greg. Naz. Orat. X.

riñosa con sus hijos, tenia desde el principio dos modos de orar y ofrecer el sacrificio por los difuntos: uno para cada uno de ellos ó para algunos en particular [1], y otro para todos los difuntos en general, con objeto de que su caridad se extendiese á los que no tenian parientes ni amigos que pudiesen cumplir con este piadoso deber [2]. Practicábalo así antes de la época de san Agustin. «La costumbre de rezar por todos los que han muerto en la comunion del «cuerpo y de la sangre de Jesucristo, dice este Padre, es muy antigua y universalmente adoptada en toda la Iglesia [3].»

Sin embargo, no vemos que hubiera una fiesta particular para pedir á Dios por todos los difuntos, aunque vemos las bases sobre las cuales pudo establecerse; porque si la Iglesia, segun el testimonio de los Padres, ha orado desde su orígen y sacrificado por los difuntos en particular, y por todos en general, y si en todas las liturgias y misas del año se ha orado por todos los difuntos en comun, ¿no es evidente que sobre estas bases se ha podido establecer una fiesta particular para cumplir este deber para con los difuntos con mas cuidado y aplicacion [4]?

Establecióse en efecto, y el Franco-Condado, conocido entonces con el nombre de Borgoña, tiene la gloria eterna de haber dado orígen á tan piadosa institucion. El beato Bernon, abad de Baume-les-Messieurs, cerca de Lons-le-Saulnier, era hijo de una de las mas nobles familias de Borgoña, y acababa de fundar la abadía de Cluny. Esta ilustre hija, que habia heredado la devocion de su madre hácia los muertos, se apresuró á adoptar la conmemoracion general de los difuntos, y la hizo estable y perpétua por un decreto del año 998.

Hé aquí sus palabras; el capítulo general de Cluny es el que habla: «Se ha mandado por nuestro bienaventurado Padre dom Odi-«lon, con consentimiento y á ruegos de los hermanos de Cluny, que «así como en todas las iglesias se celebra la fiesta de Todos los San-

[1] Tertul. *Exhort. ad Cast.;* S. Aug. *Conf.* lib. IX, c. ultim.

[2] Non sunt praetermittendae supplicationes pro spiritibus mortuorum; quas faciendas pro omnibus in christiana et catholica societate defunctis, etiam tacitis nominibus quorumcumque sub generali commemoratione suscepit Ecclesia; ut quibus ad ista desunt parentes, aut filii, aut quicumque cognati, vel amici, ab una eis exhibeantur pia matre communi. *(De cura pro mort.* c. 4).

[3] Serm. XXXII, *de Verb. Apost.*

[4] Tomasino, *De las Fiestas.*

«tos el primer dia de noviembre, se celebre igualmente entre nos-«otros solemnemente de este modo la conmemoracion de todos los «fieles difuntos. El dia de la fiesta de Todos los Santos el dean y los «cillereros harán limosna de pan y vino despues del capítulo á todos «los que se presenten; despues de Vísperas se tocarán todas las cam-«panas y se cantarán las Vísperas de difuntos; la misa será solem-«ne, los hermanos cantarán el Tracto, y todos ofrecerán en particu-«lar, y se dará de comer á doce pobres. Queremos que este decreto «se observe perpétuamente, tanto en este lugar como en todos los «que de él dependen; y el que observe como nosotros esta institu-«cion, participará de nuestras buenas intenciones [1].» Tal es el decreto de Cluny.

La piadosa práctica pasó muy pronto á otras Iglesias, y la de Besanzon fue la primera en adoptarla. Era en cierto modo su riqueza y su patrimonio que le redundaba consagrado por el sufragio de los santos amigos de Dios. Poco tiempo despues, la conmemoracion general de los Difuntos, al dia siguiente de Todos los Santos, era comun á toda la Iglesia católica.

Terminemos lo que tenemos que decir acerca del orígen de esta fiesta con una advertencia muy adecuada para manifestar la inmensa caridad de nuestra madre la Iglesia. La conmemoracion general de los Difuntos no es mas que un suplemento de todas las demás fiestas, oficios y sacrificios del año, en lo cual se asemeja no tan solo á la fiesta de Todos los Santos, sino tambien á las de la Trinidad y del santísimo Sacramento. En efecto, en todas las fiestas y en todos los oficios ó sacrificios del año se rinde un honor supremo á la Trinidad con el adorable sacrificio de la Eucaristía, en que Jesucristo es inmolante é inmolado con todos sus Santos, que en él son nombrados al menos en general; por cuya razon las fiestas particulares de la Trinidad, del santísimo Sacramento y de Todos los Santos no se han establecido sino como suplemento de la fiesta general, para renovar la atencion y el fervor con que debemos celebrarla du-

[1] Venerabilis pater Odilo per omnia monasteria sua constituit generale decretum, ut sicut primo die mensis novembris, iuxta universalis Ecclesiae regulam, omnium Sanctorum solemnitas agitur; ita sequenti die in psalmis et eleemosynis et praecipue Missarum solemniis, omnium in Christo quiescentium memoria celebretur. (S. Petr. Damian. *in Vit. B. Odil.;* Baron. an. 1048, n. 6; et *Not. ad Martyrol.* 2 novemb.; Helyot, t. V, etc.).



rante todo el año. Lo mismo sucede con la conmemoracion general de los Difuntos; la Iglesia la ha instituido para completar las oraciones y sacrificios que se hacen por ellos todos los dias, y advertirnos que estamos obligados á cumplir nuestros deberes respecto á los finados con nuevo cuidado y devocion.

No repetirémos en esta leccion la explicacion de los motivos que tenemos todos para rogar por los difuntos [1], y nos limitarémos á presentar la siguiente idea á las reflexiones de los Cristianos.

III. Quejas de los difuntos. — La gloria de Dios, la caridad, la justicia y vuestro interés son los poderosos motivos que tenemos para rogar por los difuntos. ¡Ojalá cumpliéseis la tarea que de consuno os imponen la naturaleza y la Religion, hasta el punto de hacer cesar esa voz quejumbrosa, esa voz acusadora que se eleva del purgatorio y hiere incesantemente el oido del cristiano atento: *Hominem non habeo: No tengo á nadie! no tengo á nadie* [2]! El primero que hizo oir estas penosas palabras fue el paralítico de quien habla el Evangelio. Aquel desgraciado, tullido de todos sus miembros, hacia treinta y ocho años que estaba encadenado cerca de la piscina probática, expuesto continuamente á las miradas de la inmensa multitud que la curiosidad ó el deseo de la curacion atraian á aquel sitio célebre; toda la Judea tenia noticia de su enfermedad, é indudablemente habia entre aquella multitud parientes, conocidos y amigos de aquel desventurado, si es que tienen amigos los desventurados. ¿Qué pedia para ser libertado? El simple esfuerzo de una mano caritativa que le arrojase en la piscina en el momento en que el Ángel del Señor iba á agitar la onda saludable. Y sin embargo esperaba este pequeño servicio, y lo imploraba en vano hacia treinta y ocho años.

Decidme: ¿no se ve aquí la viva imágen de las almas del purgatorio? Retenidas por la justicia divina en horribles padecimientos, esperan con impaciencia, é imploran á gritos el auxilio de la mano caritativa que rompa sus cadenas y las haga entrar en aquella ciudad donde no se conoce el dolor. Y estos justos que padecen son nuestros hermanos; todo nos recuerda su memoria, los sitios que recorremos, las casas que habitamos, los bienes que disfrutamos, el nombre mismo que llevamos, las lúgubres ceremonias á que asistimos,

[1] Parte II del *Catecismo*, leccion XX.
[2] Ioan. v, 7.

y los sepulcros que podemos ver todos los dias; y sin embargo no son socorridos estos queridos difuntos.

Preguntadles por qué padecen, unos hace veinte años, otros treinta ó cuarenta años quizás, y su respuesta será la del paralítico: ¡Ah! no tengo á nadie, *hominem non habeo*. He dejado parientes en la tierra, pero veo que no he dejado amigos; he dejado una esposa, pero veo que ha enjugado pronto sus lágrimas, que mi nombre no está ya en sus labios, y que mi memoria no vive ya en su corazon; *hominem non habeo;* he dejado en la tierra hijos que colmé de tiernas caricias, que alimenté y eduqué á costa de mis sudores, pero veo que nada es ya para ellos su padre; *hominem non habeo,* no tengo á nadie! Y sin embargo, lo que les pido es bien poco: algunas oraciones, algunas limosnas, nada mas, ¡y lo pido en vano! ¡No tengo á nadie! esclavos de sus placeres y de sus negocios, todos han olvidado á sus difuntos, aun á los mas queridos; *hominem non habeo,* no tengo á nadie! Voz acusadora, queja que desgarra el alma, ¡ojalá llegue á conmover nuestros corazones y á procurar la gloria á Dios, la paz á los difuntos, y á nosotros la recompensa de la misericordia! Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos recibirán misericordia.

IV. Ceremonias de los funerales. — Ha llegado el momento oportuno de hablaros sucintamente de los funerales cristianos. La Iglesia, que consagra nuestra cuna y rodea de proteccion tan augusta al tierno niño que llega al valle de las miserias, no omite nada para hacer al hombre respetable cuando, al llegar al término de su camino, baja al sepulcro para sufrir el fallo que le condena á volver al polvo.

Una cosa llama en primer lugar mi atencion en nuestras ceremonias fúnebres; por una parte veo padres, amigos é hijos llorando, oigo el tañido fúnebre, y no veo mas que lúgubres imágenes en el templo santo, y por otra parte veo á la Iglesia que canta, que canta sin cesar. ¡Qué contraste! ¿Puede una madre cantar en la muerte de su hijo? ¿Y no es la Iglesia la mas tierna de las madres? ¡Ah! no hay duda, la Iglesia nos ama con un amor tanto mas vivo, en cuanto es mas noble. Tratemos de comprender su corazon. Depositaria de las promesas de inmortalidad, las proclama en voz alta en presencia de la muerte, y si hay lágrimas en su voz, tambien hay alegría. Llora, pero mas feliz que la tierna Raquel, se consuela y nos consuela tambien, porque sabe que le devolverán sus hijos. Así pues, en las lágrimas de los parientes veo la naturaleza, y veo la fe en los cantos

de la Iglesia. La una se entristece diciendo : *Debo morir*, y la otra se consuela respondiendo : *Resucitarás.*

Luego que el alma del cristiano se ha separado de su cuerpo, la campana advierte á los fieles que rueguen por su hermano, y á fin de excitar su fervor, se renueva á ciertos intervalos el tañido lúgubre, hasta el instante en que se confia á la tierra lo que á ella pertenece. Antes de levantar el cadáver, el sacerdote dice echando agua bendita sobre el sepulcro : *Requiem aeternam*, etc. «Señor, dadle «descanso eterno, y que la luz que nunca se apaga brille siempre á «sus ojos.» Despues se recita el *De profundis* á dos coros. Efectivamente, hay dos voces en estos lúgubres cánticos : voz del alma inquieta y turbada que teme los juicios de Dios, y voz del alma que siente renacer su esperanza al aspecto de la redencion del Señor que borra todas las iniquidades de Israel.

El cadáver se lleva procesionalmente, precediendo al cortejo la cruz, prenda de esperanza y emblema de resurreccion, y el difunto llega á la iglesia, allí donde comienza y termina su carrera cristiana. ¡Qué semejanza entre la cuna y la tumba, entre el bautismo y el entierro! En medio del lúgubre aparato que rodea el cadáver, se ven brillar antorchas: es la señal de la fe y caridad del difunto, es el alegre emblema de su vuelta futura á una vida mejor, es la prenda de que la tristeza del cristiano se trocará en alegría. De modo que la vida presente y la venidera, el tiempo y la eternidad se juntan en torno del ataud, el uno con sus lágrimas y sus esperanzas frustradas, y la otra con sus alegrías y promesas inmortales.

Principia la misa, y pronto la voz grave de los capiscoles hace resonar las bóvedas sagradas con la prosa *Dies irae.* Nada hay tan imponente ni tan propio para helar de espanto como este poema de la muerte y del juicio final, y la Iglesia lo hace cantar tanto para instruccion de los vivos, como para alivio de los difuntos. Aparecen sucesivamente la muerte con sus sepulcros y su frio polvo, y el juicio con sus señales formidables y sus rigores; despues, para reanimar algun tanto el alma consternada, una última palabra de esperanza llega al oido y se queda en el corazon como el sentimiento que debe dominarlo :

«Padecísteis en la cruz para rescatarme. ¡Ah, que no sea infruc-«tuoso tan gran trabajo! Juez justo, vengador del crímen, perdo-«nadme antes de llamarme á vuestro tribunal. Gimo como un cul-

«pable y me avergüenzo al recordar mis faltas : ¡Oh Dios, perdonad «á un culpable que os suplica! Misericordioso Jesús, dad el descanso «á los difuntos!»

Se cree generalmente que el autor de esta obra maestra es el cardenal Malabranca, de la familia de los Ursinos, que vivia en el siglo XIII.

Despues de la misa, el clero se coloca en derredor del ataud *para la absolucion*, y cantan el responso *Libera me*, etc. *Líbrame, Señor*, etc. El muerto es el que habla en esta lúgubre é interesante oracion, y se cree oir á Jonás clamando á Dios desde el fondo del abismo y de las entrañas del mónstruo en que estaba sepultado en vida : *Líbrame, Señor, líbrame: que no se cierre sobre mí el abismo tenebroso*. Óyese despues de pronto el grito de esperanza: *Sé*, continúa el difunto por el órgano de su madre inmortal, *sé que mi Redentor vive, y que en el dia postrero saldré de esta tierra*.

El vicario del coro dice : «Señor, ten piedad de nosotros.»

El coro : «Cristo, ten piedad de nosotros.»

El sacerdote : «Señor, ten piedad de nosotros.» Despues entona el *Pater* que recita en voz baja. Entre tanto da vuelta al ataud y lo rocia con agua bendita; es la última purificacion para el difunto; despues lo inciensa, y este incienso recuerda la oracion de la Iglesia por su hijo difunto y el buen olor de las virtudes que este cristiano ha practicado, y que le hacen subir al cielo como el humo de los perfumes. ¿Sucederá así con los que leeis estas líneas? ¿Qué responde vuestra vida?

Llega el momento de partir al cementerio. Adios, iglesia santa donde recibí el Bautismo; adios, cátedra sagrada de donde descendieron para mí como benéfico rocío las palabras de salud; adios, tribunal de misericordia donde recibí tantas veces, con el perdon de mis faltas, paternales avisos é inefables consuelos; adios, mesa santa donde mi Dios me sustentó con su carne inmortal; adios, padres, amigos, hijos mios, adios hasta la resurreccion general. Hé aquí lo que dice esta última partida de la iglesia al cementerio. Así pues, crecen en este momento solemne las lágrimas y hasta los gritos de los deudos. ¿Qué hace entonces la Religion? Con voz dulce, é iba á decir alegre, da la señal de partir cantando estas deliciosas palabras : *Deducant te Angeli*, etc. «Los Ángeles te conduzcan al paraíso; «los Mártires salgan á esperarte y te introduzcan en la santa ciudad

«de Jerusalen; el coro de los Ángeles te reciba y te haga participar «con Lázaro, en otro tiempo pobre, del descanso y la dicha eterna [1].»

De modo que mientras la naturaleza desconsolada solo ve un cementerio en el término del viaje, un cementerio con sus tristes misterios de descomposicion y podredumbre, la Religion, radiante de inmortalidad, nos muestra el paraíso con sus alegrías y su ventura, y nuevas palabras de consuelo se pronunciarán en la sepultura. El sacerdote dice arrojando un puñado de tierra sobre el ataud : *Vuelva el polvo á la tierra de donde salió, y el alma á Dios que la ha dado. ¡Descanse en paz! Así sea.*

Despues de una última aspersion de agua bendita, se cierra el sepulcro, y la cruz que hay sobre él anuncia que yace allí el cuerpo de un cristiano que vivió lleno de esperanza, y espera con confianza el dia de la resurreccion general [2]. ¡Pensamiento consolador! ¡Religion santa, bendita seas! En ese sepulcro sobre el cual se alza una cruz, el cristiano se parece al viajero cansado que descansa dulcemente á la sombra de un árbol, esperando que llegue la hora de continuar su camino.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por la ternura que habeis inspirado á vuestra Iglesia hácia los difuntos; permitid que hagamos por ellos lo que quisiéramos que algun dia hicieran por nosotros.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *dedicaré todos los lunes á rezar por los difuntos.*

[1] *Ritual romano.*
[2] Véase Mr. Thirat, *Espíritu de las Ceremonias*, pág. 125.

LECCION LIII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Dedicacion. — Significacion, razon. — Division de las ceremonias antes de la abertura de la iglesia; — Despues. — Razones que nos instan á ir á la iglesia.

I. Fiesta de la Dedicacion. — Si la Religion, como hemos demostrado, tiene razon para bendecir las cosas mas insignificantes que sirven para su culto, ¿cómo podia dejar de consagrar los lugares destinados á la ofrenda de su sacrificio y al cumplimiento de sus augustos misterios? Así pues, vemos que la consagracion de los templos se practicaba bajo la antigua Ley. Se sabe con cuánta magnificencia y con qué pompa régia hizo Salomon la dedicacion del primer templo erigido en el universo á la gloria del Altísimo. Y aquel templo no debia encerrar mas que vanas sombras : las tablas de la ley, el maná del desierto, y la vara milagrosa de Aaron; en el atrio de su templo solo habia de arrodillarse un pueblo carnal; en sus altares de bonce no debia verterse mas que la sangre de los animales, y sus bóvedas de oro y de cedro solo habian de resonar con los acentos de los Profetas.

En el templo católico habita el Dios que dictó la ley; allí descansa el pan vivo bajado del cielo; un pueblo de adoradores en espíritu y en verdad llena el recinto sagrado, el altar está teñido con la sangre redentora del universo, y los ecos resuenan con la voz del Soberano de los Profetas. ¿Y creeis que la Iglesia católica no debia consagrar sus templos con ceremonias cuya santidad correspondiese á la santidad misma del edificio? ¡Oh! no, imposible.

Pues bien, apenas esta divina Esposa del Hombre-Dios sale de las Catacumbas, donde durante tres siglos oculta sus augustos misterios, cuando se apresurá á edificar y consagrar templos al Dios vencedor de los Césares. «La persecucion de los Emperadores anterio-«res, dice Eusebio, habia derrocado todas nuestras iglesias; pero «bajo Constantino reparamos esta pérdida con ventaja. Desplegáronse «en esta ocasion todo el poder y todas las riquezas del nuevo Empe-

«rador, y no se veia en todas las ciudades del Imperio mas que tem-
«plos soberbios que se alzaban y que los Obispos dedicaban á la glo-
«ria de Jesucristo [1].»

Pero ¿cuál creeis que era el motivo de la alegría que causaba á la Iglesia la solemnidad de las dedicaciones? ¿Eran aquellos templos materiales que se ofrecian á su divino Esposo? No. Lo que la hacia estremecer de ventura era la union, la concordia y la caridad que, uniendo á todos los hombres, como unian entonces á nuestros padres en la fe, convierten en templo vivo y eterno estos templos materiales y perecederos. Los templos visibles, nos dice la Esposa de Jesucristo, no son mas que una imágen; el templo real es la reunion de los Emperadores, Obispos, pueblos, provincias y reinos; de todos los Cristianos entre sí, ofreciéndose todos juntos al Señor con la víctima divina é inmortal, que es mi divino Esposo. Á fin de sensibilizar esta verdad, un gran número de mis Obispos se reunen para la dedicacion de los templos materiales, con objeto de figurar mi templo espiritual y representar lo que se hace en el templo celestial, es decir, para cantar y alabar á Dios, para sacrificar y hacer admirar lo que tengo de mas augusto en mis ceremonias.

Examinad detalladamente esas oraciones sublimes y esa pompa imponente, y decid si la Iglesia de la tierra podria representar mejor el templo del cielo, ese templo verdadero cuyas piedras vivas han de ser los Ángeles y los hombres; si podria enseñar mejor á sus hijos que no deben formar en Jesucristo mas que un cuerpo, una alma, un corazon, un templo, un altar, una hostia viva é inmortal por medio de la caridad. ¿Y conoceis una virtud mas social, mas indispensable que la caridad y el espíritu de sacrificio? Si no la conoceis, conceded, pues, tambien que nuestras ceremonias, de que se burla la ligereza, son admirablemente propias para predicarla al mundo.

En efecto, hé aquí el magnífico lenguaje que la Iglesia os dirige en la dedicacion de sus templos: «Habiéndose unido hipostática-
«mente el Verbo eterno al cuerpo del hombre, que es una porcion
«de la tierra, se comprometió en cierto modo á consagrar todo el
«resto de la tierra y á hacer de él un templo tan extenso como el mun-
«do, y tan duradero como los siglos. El Verbo solo ha podido hacer
«esta obra maestra, y no lo ha hecho mas que encarnándose y edi-

[1] Eusebio, lib. X, c. 3.

«ficándose un templo en la tierra, y trocando á toda la tierra en este «mismo templo. Con esta idea empleo tantas ceremonias y tanta mag«nificencia en la dedicacion de mis templos, que no son mas que la «imágen de este templo divino y milagroso [1].»

II. Explicacion de las ceremonias. —Dóciles á la voz de la Iglesia, estudiemos con espíritu de fe y de piedad la consagracion de nuestros santuarios. Esta ceremonia, una de las mas imponentes del culto católico, puede dividirse en dos partes. La primera, desde el principio de la accion hasta la abertura de la iglesia, y la segunda, desde esta abertura hasta el fin. La primera nos dice que estamos desterrados en la tierra, y que debemos emplear todos nuestros esfuerzos para llegar á la patria celestial; la segunda nos presenta una figura, un goce anticipado de los regocijos y alegrías de la gloriosa Jerusalen. Así pues, el conjunto de la ceremonia es un verdadero poema épico que refiere á la fe y á los sentidos toda la vida del género humano en el tiempo y en la eternidad.

Primera parte. Hasta la abertura de la iglesia.

Digamos en primer lugar que el poder de consagrar las iglesias pertenece exclusivamente al Obispo, el cual se prepara á ejercerlo por medio del ayuno, y la razon de esto es que representa al Pontífice eterno que es el único que ha podido abrirnos el cielo por medio del ayuno y del padecimiento. Las reliquias de los Santos, que deben colocarse en el altar mayor del nuevo templo, se encierran en un vaso fuertemente sellado y se depositan entre luces sobre una mesa adornada con cuidado fuera de la iglesia. Hé aquí el hombre desterrado del cielo. El Obispo, revestido con capa pluvial blanca, y acompañado de su clero, va al lado de las reliquias á implorar la misericordia de Dios y solicitar su gracia, y recita con este objeto los siete salmos de la penitencia, verdadero suspiro del arrepentimiento y de la esperanza. Cuando se han terminado, van todos en procesion á la puerta de la iglesia que está cerrada, y no hay nadie en lo interior á excepcion del diácono, revestido del amito, del alba, del cíngulo y de la estola blanca. El diácono es la figura del apóstol san Pedro, á quien se han entregado las llaves del cielo.

Conmovido el Obispo con la grandeza de la empresa, exclama: «Dios omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, sed en medio de «nosotros.» Al momento Pontífice, clero y fieles se postran de rodi-

[1] Eusebio, lib. X, c. 4.

llas para implorar la asistencia de sus hermanos bienaventurados que triunfan en el cielo, y los llaman sucesivamente por sus nombres recitando las Letanías de los Santos. Confiando en su auxilio, el consagrador procede á la abertura de este cielo simbólico. Bendice la sal y el agua con las oraciones, los exorcismos y las señales de la cruz ordinarias. Hemos explicado en otra parte la eficacia y las significaciones del agua bendita, de la sal y de los exorcismos. La potestad de las tinieblas que habia profanado el mundo y cerrado el cielo va á ser arrojada y desposeida; el Obispo hace una aspersion, con el agua que acaba de bendecir, sobre sí mismo, sobre el clero y sobre el pueblo para que sus oraciones sean mas fervientes y mas gratas á Dios; parte en seguida, precedido de dos acólitos, y da vuelta á la iglesia esparciendo agua bendita por las paredes exteriores, y repite continuamente estas palabras: *En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.* Durante esta ceremonia el coro canta esta antífona: «La casa del Señor se ha fundado sobre la cima del «monte, y se ha elevado sobre todas las colinas; todas las naciones «vendrán á ella, y dirán: Gloria á Vos, Señor; vendrán con ale-«gría, llevando gavillas en sus manos, y dirán: Gloria á Vos, Señor.»

El Obispo vuelve á la puerta de la iglesia, recita una oracion en la que suplica al Señor que tome aquel templo bajo su proteccion y lo convierta en casa de santidad y oraciones, y despues llama una vez á la puerta con el báculo pastoral, diciendo: «Abrid vuestras puer-«tas principales; levantaos, puertas eternas, y entrará el Rey de glo-«ria.» El diácono, que está dentro de la iglesia, pregunta: ¿Quién «es ese Rey de gloria?» El Obispo responde: «Es el Dios fuerte y po-«deroso, es el Dios de los ejércitos.»

El diácono no abre la puerta. Entonces el Obispo hisopea segunda vez las paredes exteriores de la iglesia, en tanto que el coro canta esta antífona: «Señor, bendecid este templo que habeis erigido á la «gloria de vuestro nombre. Desde lo alto de vuestro trono escuchad «las súplicas de los que vendrán á él á adoraros. Señor, si vuestro «pueblo se convierte, si hace penitencia y viene á suplicaros en este «sitio, escuchad sus votos desde vuestro supremo trono.»

Despues de dar segunda vez vuelta en rededor de la iglesia, el Obispo recita una oracion para pedir á Dios que todos los que se reunan en aquella iglesia gocen de las dulzuras de la paz y de la union. Llama segunda vez á la puerta con el báculo, diciendo: «Abrid

«vuestras puertas principales; levantaos, puertas eternas, y entrará «el Rey de gloria.» El diácono vuelve á preguntar: «¿Quién es ese «Rey de gloria?» El Obispo responde: «Es el Dios fuerte y pode«roso, el Dios de los ejércitos.»

No se abre aun la puerta de la iglesia, para recordar que Nuestro Señor Jesucristo encontró resistencia al derrocar al demonio y destruir el imperio que ejercia mucho tiempo hacia en la tierra.

El Obispo da por tercera vez vuelta á la iglesia arrojando, *en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo,* agua bendita en las paredes exteriores. Entre tanto el coro canta esta nueva antífona: «Señor del universo, Vos que todo lo teneis en abundancia, y que «habeis querido que vuestro templo se alzase entre nosotros, Señor, «preservad para siempre á vuestra casa de toda mancha. La habeis «elegido, Dios mio, para que en ella se invoque vuestro nombre, y «para que sea un lugar de súplicas y oraciones; conservadla siem«pre sin mancha.»

El Obispo vuelve al atrio, pide á Dios en una oracion que bendiga y santifique lo que él va á bendecir y santificar, que los demonios salgan de aquel templo, y que entren los Ángeles de paz para no abandonarlo jamás.

Entonces llama tercera vez á la puerta de la iglesia pronunciando las mismas palabras: *Abrid vuestras puertas,* etc., y el diácono, despues de su respuesta, abre la iglesia. En este triple viaje hallaréis el recuerdo de la santísima Trinidad y la triple jerarquía de los elegidos: la virginidad, la continencia y el matrimonio; y en las tres veces que se llama á la puerta, el triple poder de Jesucristo en el mundo: la creacion, la redencion y la glorificacion; las penas y trabajos que le ha costado la conquista de su herencia y de la nuestra. El Obispo hace la señal de la cruz en el umbral de la puerta con su báculo antes de entrar en la iglesia, para demostrar que solo con su muerte cerró Jesucristo el infierno y abrió el cielo, y dice al practicar esta ceremonia: «Hé aquí la señal de la cruz; desvanézcanse to«dos los vanos fantasmas.»

El clero sigue al Obispo á la iglesia, y los fieles se quedan fuera. Si el pueblo entrase en tropel, la ceremonia no podria celebrarse ya con decencia: tal es sin duda la razon exterior por la cual no son introducidos los asistentes; pero existe otra llena de misterios. La iglesia representa al cielo; cuando Jesucristo entró en él despues de

su resurreccion, solo le seguian los justos que habia sacado del limbo; pero cuando haya consumado, al fin de los siglos, la dedicacion de la eterna Jerusalen, entrará lleno de gloria al frente de todos los elegidos. «Paz en esta casa,» dice el Obispo al poner el pié en la iglesia, y el clero canta una antífona en que pide á Dios esta paz tan necesaria á la dicha y á la salvacion del hombre. Terminada la antífona, todos se postran de rodillas en medio de la iglesia, y el Obispo entona el himno *Veni, Creator*, para pedir su auxilio y sus luces al Espíritu Santo.

Se recitan otra vez las Letanías de los Santos para implorar su asistencia, y son seguidas del *Benedictus*. Durante este cántico, el Obispo forma con su báculo sobre dos regueros de ceniza, que se han hecho en figura de cruz de san Andrés (X) de un extremo á otro de la iglesia, las letras del alfabeto griego y latino [1]. Sobre el uno están las letras griegas y sobre el otro las letras latinas, escritas de tal modo que la primera y la última letra de cada alfabeto se hallan colocadas en los cuatro extremos de la iglesia.

La reunion del griego y del bárbaro en el seno de la Iglesia, el poder de la cruz y la victoria de los Apóstoles, son las cosas que representa esta enérgica ceremonia, á la cual sigue otra no menos solemne é instructiva. El Pontífice va á bendecir los altares y las paredes interiores de la iglesia; no se servirá del agua que ha empleado para santificar la parte exterior del templo, sino que bendice allí otra en la cual mezcla sal, ceniza y vino. Jesucristo es quien nos ha abierto el cielo y da la santidad á nuestras iglesias, donde se digna hacer su morada. El agua, la sal, la ceniza y el vino, símbolo de su divinidad y de su humanidad, de sus ignominias y de su gloria, de su muerte y de su resurreccion, recuerdan esta doble verdad.

Despues de una magnífica oracion, en la cual el Obispo enumera todas las cualidades del agua que acaba de bendecir, y los maravillosos efectos que de ella espera, se acerca al altar, si debe consagrarle, y mientras cantan el salmo *Iudica me*, etc., *Juzgadme*, etc., toma agua bendita y forma con ella cinco cruces sobre la mesa del altar, una en medio y las otras en los cuatro extremos, diciendo: «Santificado sea este altar en honra del Dios todopoderoso, de la glo-«riosa Vírgen María y de todos los bienaventurados, bajo el nombre

[1] No se emplean los caractéres hebreos, para indicar la perfidia de los judíos, aunque el hebreo sea una de las tres lenguas sagradas.

«y la memoria de san N., en nombre del Padre, y del Hijo, y del «Espíritu Santo.»

Entonces da vuelta al altar siete veces y lo rocia con agua bendita recitando el salmo *Miserere mei, Deus*, etc. *Ó Dios, tened compasion de mí*, etc. El Señor no escuchó los votos de Israel ni derrocó las murallas de Jericó hasta la séptima vuelta en derredor de esta ciudad. El Obispo desea que Dios oiga su oracion y colme sus deseos esparciendo sus bendiciones sobre el ara en que ha de ofrecerse la adorable víctima. En seguida, segun el espíritu de la Iglesia, el altar representa á Nuestro Señor. Todas las ceremonias y oraciones de la consagracion tienden á identificar, en cuanto es posible, el altar material y el altar espiritual : las siete vueltas refieren las siete grandes virtudes de Nuestro Señor, y los siete viajes de este divino Pastor en busca de las ovejas, así como las cinco cruces grabadas sobre el altar, con las tres unciones de óleo é incienso, representan sus cinco llagas, la gracia que de ellas se desprende y las tres virtudes fundamentales del Cristianismo, la fe, la esperanza y la caridad. La incensacion que termina, es el emblema de la oracion.

El Obispo rocia tres veces con la misma agua bendita las paredes interiores de la iglesia, primeramente la parte inferior, despues el medio y finalmente la parte superior empezando por el lado oriental; y volviendo al altar, bendice el pavimento. Esta ceremonia nos dice que á la purificacion exterior debe añadirse la pureza interior del alma, que no hay nada mancillado en el cielo, y finalmente, que Nuestro Señor, que salió de Oriente, ha santificado el mundo entero. El clero canta en tanto varios salmos que recuerdan la celestial Jerusalen y los bienes que el Señor reserva á sus elegidos.

El Obispo recita despues de esta ceremonia varias oraciones interesantes, pero especialmente un prefacio que perderia su mérito traduciéndolo, y en el cual expone todos los favores, gracias y beneficios que suplica al Señor conceda á los fieles que irán á adorarle en aquel templo. Terminada esta oracion, hace con la última agua bendita, con cal y arena una argamasa que bendice y empleará pronto para sellar las reliquias de los Santos en el altar.

Segunda parte. Desde la abertura de la iglesia hasta el fin de la ceremonia. Ha llegado el momento de introducir en la iglesia estos preciosos restos, que van á buscar en procesion y cantando en su honor salmos y antífonas. Llévanlos en hombros sacerdotes que dan

con el Obispo la vuelta á la iglesia exteriormente, y durante esta marcha triunfal los fieles repiten con entusiasmo estas palabras: *Kyrie, eleison: Señor, tened piedad de nosotros.*

El Obispo dirige entonces á los fieles una piadosa exhortacion sobre la dedicacion ó consagracion de las iglesias, y manda leer al arcediano un decreto del concilio de Trento que se refiere á ella; despues suplica al Señor que tome posesion de su templo, y marca la puerta con tres señales de la cruz hechas con santo óleo. La procesion entra en la iglesia; los fieles siguen al clero, y todos juntos andan detrás de las reliquias que van á depositarse en el túmulo del altar. Es imposible á mi parecer ser testigo de este espectáculo sin recibir una vivísima impresion; pues os transporta al último de los dias, en el que se pronunciará el juicio supremo, y la sociedad de los elegidos se elevará hácia el cielo siguiendo las huellas de su divino jefe. La emocion es tanto mas profunda, en cuanto se cantan antífonas y salmos en que respira el gozo y se pinta la inmortal felicidad de los bienaventurados. El Obispo recita una oracion, despues de la cual consagra con óleo santo el túmulo, donde deposita en seguida las santas reliquias con tres granos de incienso.

Esta ceremonia recuerda que en la primitiva Iglesia se celebraba el augusto sacrificio sobre el sepulcro de los Mártires, preciosa costumbre cuyo recuerdo se conserva colocando reliquias en el altar, y que se estableció sin duda segun la vision del apóstol san Juan en el Apocalipsis: «Ví debajo del altar las almas de los que habian sido «muertos por la palabra de Dios, y por el testimonio que tenian. Y «clamaban en voz alta, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor (santo y «verdadero), no juzgas, y no vengas nuestra sangre de los que mo«ran sobre la tierra [1]?» Los tres granos de incienso indican el respeto hácia las santas reliquias, y la disposicion en que estamos de rodearlas continuamente con el perfume de nuestras oraciones. El Obispo consagra en seguida el ara que ha de cerrar el sepulcro de las santas reliquias, la asegura sobre el sepulcro con la argamasa que ha hecho y bendice; despues, ungiéndola otra vez con el santo óleo, dice: «Sea este altar sellado y santificado en nombre del Padre, y del Hijo, «y del Espíritu Santo, y la paz lo rodee siempre.» Despues de esto inciensa el altar por todos lados en forma de cruz y recita esta her-

[1] Apoc. VI, 9, 10.

mosa oracion : «Os suplicamos, Señor, que dirijais nuestra oracion «como un incienso que os es grato, y el pueblo fiel reportará abun- «dantes favores; que todos los que vengan al pié de este altar á ofre- «cer ó participar del sacrificio alcancen auxilios para la vida pre- «sente, el perdon de sus pecados y la gracia de la redencion eterna.» Hay grabada una cruz sobre la piedra que encierra las reliquias, y no podeis verla sin acordaros de estas inmortales palabras del Salvador : *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*, etc.

Un sacerdote, que ha recibido el incensario de la mano del Obispo, no cesa ya hasta el fin de la consagracion del altar de esparcir en torno su perfume. La Iglesia ha establecido esta ceremonia para enseñarnos que no debemos cansarnos durante toda nuestra vida de rogar y de edificar á nuestros hermanos con nuestras virtudes. El coro entona salmos, y, mientras los canta, la Iglesia consagra con el óleo de los catecúmenos la mesa del altar. Las unciones, las señales de la cruz, la incensacion y diferentes oraciones cooperan á esta imponente ceremonia. Finalmente, al esparcir sobre el altar el óleo santo y el de los catecúmenos, lo frota con la mano derecha, é invita al pueblo á que pida al Señor que se digne consagrar desde el cielo y bendecir aquel altar sobre el cual acaba de derramar el óleo santo, y recibir con bondad los votos y oblaciones que irán á presentar en él los fieles.

Entre tanto se han impreso doce cruces sobre doce colunas de la iglesia. Este número recuerda los Apóstoles que Jesucristo vino á establecer como colunas y cimientos de la verdad. Desde el principio de la ceremonia, brillan velas encendidas delante de estas cruces para advertirnos que Nuestro Señor es la luz del mundo. Las colunas que las llevan han sido bendecidas, pero aun no están consagradas. El Obispo se acerca, y haciendo con el óleo santo una uncion sobre cada una de las cruces, dice : «Sea este templo santificado ✠ y consa- «grado ✠ en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, en «honra de Dios, de la gloriosa Vírgen María y de todos los bienaven- «turados, bajo el nombre y la memoria de san N.» Inciensa tres veces en cada cruz, y va al pié del altar á dirigir á Dios una ferviente oracion acompañada de bendicion. Cuando un monarca se apodera de una ciudadela, clava en ella su bandera, y mientras ondea en las torres, anuncia la victoria del conquistador. ¿Entendeis ahora la existencia de las cruces grabadas en las paredes del templo? Pero tal vez ignorais el misterio de la uncion santa que las acompaña; ella os re-

cuerda la gracia interior que suaviza la cruz del cristiano, y la trocará un dia en corona de perlas y diamantes.

El consagrador vuelve al altar donde le presentan veinte y cinco granos de incienso para bendecir; forma con ellos cinco cruces, una en medio del altar, y las otras en los cuatro extremos, poniendo tambien incienso en cada una de las velas, formadas igualmente en cruz y que deben arder en los cuatro extremos. Estos granos de incienso y estas velas son el símbolo de las virtudes que deben embellecer y consumir el corazon de los Cristianos. Si alguna vez llegais á presenciar tan misteriosa ceremonia, participaréis del espíritu de la Iglesia, diciendo á Dios : Sí ; os ofrezco mi corazon; haced que la fe, la esperanza, la caridad y la devocion lo consuman como el fuego á la cera, y que el buen olor de mis virtudes edifique la tierra y se eleve hasta el cielo.

Mientras arden en el altar las velas y los granos de incienso, el Obispo y el clero, arrodillados, cantan la siguiente antífona que expresa perfectamente el espíritu de esta ceremonia : «Loado sea Dios: «venid, Espíritu Santo, llenad los corazones de vuestros fieles, y «abrasadlos con el fuego de vuestro amor.»

Uno de los presbíteros asistentes recoge en tanto con respeto la ceniza del incienso y de las velas para arrojarla en la piscina, mientras el Obispo recita una oracion y un prefacio para pedir á Dios que confirme en el cielo lo que acaba de verificar en la tierra, y que tenga siempre por grato el sacrificio que se ofrecerá en aquel templo y altar. Finalmente, para completar esta solemne consagracion, el Obispo hace con el santo óleo una cruz en medio de la parte anterior del altar y en las junturas de los cuatro ángulos que sostienen la mesa, acompañando esta uncion dos oraciones que parecen resumir todas las oraciones empleadas durante la augusta ceremonia.

Revisten entonces el altar con sus ornamentos que el Obispo bendice, si ya no lo ha hecho, y encienden las velas que lo adornan y las que se han colocado en el santuario y en toda la iglesia. Hasta entonces solo estaban encendidas las velas puestas delante de las cruces hechas sobre las colunas y las de los acólitos. Aquella casa no es ya morada de tinieblas, sino de luz, y aquellas velas enseñan á los que allí vayan á orar *que no son hijos de la noche ni de las tinieblas, y por consiguiente no deben morir como los otros, sino antes velar y vi-*

vir con templanza [1]. La augusta ceremonia termina con el santo sacrificio de la misa, y el Obispo pronuncia en el nuevo altar las palabras misteriosas de la consagracion, que abren el cielo y hacen que descienda á aquel templo el Dios que allí va á morar.

Los fieles deben asistir á la consagracion de una iglesia con la mas sincera devocion, y si desean sacar de ella frutos abundantes, penetren en el espíritu de estas interesantes oraciones y acciones maravillosas, apropiadas á su posicion y á sus necesidades. Segun hemos dicho, la primera parte de esta ceremonia les recordará que están desterrados en la tierra, y que han de hacer todos sus esfuerzos para llegar á la patria celestial; y la segunda, que lo que pasa en su presencia en el templo, será para ellos una figura y un goce anticipado de las alegrías y de la felicidad de la ciudad bienaventurada que gozarán en el cielo [2]. Cada oracion y cada accion del Pontífice consagrador será para ellos una leccion de santidad. En efecto, las iglesias solo se consagran, dice san Bernardo, á causa de nuestros cuerpos; nuestros cuerpos á causa de nuestras almas, y nuestras almas á causa de Dios. Nuestros cuerpos son, por consiguiente, templos vivos que deben ser mas santos que los templos materiales; han sido purificados con el agua del Bautismo, sellados con el sello de Dios, que ha grabado su ley en nuestro corazon, ungidos con la uncion del Espíritu Santo en los Sacramentos, iluminados con las luces del Evangelio para que jamás hagamos las obras de las tinieblas, y finalmente bendecidos, pues el Señor los ha libertado de las vergonzosas cadenas de las pasiones y les promete la inmortalidad gloriosa. De aquí procede el que se muestre tan celoso de la santidad de estos templos vivos: Perderé, dice, al que viole mi templo, y mi templo eres tú.

La dedicacion de nuestras iglesias no solamente nos recuerda que somos el templo de Dios, sino tambien que somos sus arquitectos y custodios. Bajo este doble título debemos hacer por nuestro templo vivo lo que se verifica respecto de los templos materiales; debemos edificarlo con la fe, la esperanza, la caridad y las virtudes cristianas, que labran en cierto modo las piedras del edificio; debemos adornarlo, colocar en él un altar y ofrecer sacrificios, y debemos abrir y cerrar este templo en los momentos oportunos, limpiarlo, restaurarlo y conservarlo siempre en un estado conveniente á la santa

[1] I Thes. v, 5, 6.
[2] Véase *Pontifical romano* y *Espíritu de las Ceremonias.*

majestad del Dios que en él reside. ¿Lo hacemos? ¡Oh baldon! ¡cuántos hombres hay que cuidan mas del pesebre de sus animales que del templo de su alma!

III. Razones de ir á la iglesia.—Hombres, cualesquiera que seais, templos vivos del Dios tres veces santo, ¿quereis conservar eternamente sin mancha, ó purificar pronto este augusto santuario? Id con frecuencia al templo santo; os compadezco si no vais, pues el hijo que abandona la casa paterna no es buen hijo, y nunca será buen hermano, buen esposo, buen padre, ni buen ciudadano. Justos, no teneis asilo mas seguro ni mas sagrado que el templo del Altísimo; si os alejais de este lugar sagrado, si vuestras miradas se desvian de los objetos del cielo para dirigirlas á las vanidades del mundo, pronto arrastrará vuestra alma el torrente de la costumbre; débiles tallos, os troncharéis; colunas separadas del edificio del santuario, no podréis sosteneros solas y caeréis á pedazos, aplastadas por vuestra caida; sí, justos, si os alejais de la Iglesia seréis tentados, y prevalecerá el enemigo. La onda mas pura pierde su transparencia, pues el paso de un insecto la turba, y el soplo del viento la agita y arruga su superficie: vuestro corazon es la imágen de esta onda.

Si el templo del Señor es para el justo un lugar de oracion y consuelo, para el pecador arrepentido es un lugar de luz y de paz, donde fue regenerado á la vida, donde fue declarado hijo de Dios, hermano de Jesucristo y heredero del cielo por la gracia del Bautismo, donde ha renunciado al siglo y á sus pompas, y no puede ocultarse que falta sin cesar á sus obligaciones y que ya no habita en él el Espíritu Santo. En un lado ve los tribunales sagrados, donde conmovido con las exhortaciones patéticas de un director celoso ha prometido cien veces á Dios cambiar de vida y mortificar sus inclinaciones; sus ojos se dirigen en otro lado hácia el altar donde sustentaba en otro tiempo su alma con el cuerpo y la sangre adorable de Jesucristo, que espiró en la cruz para libertarle de la esclavitud del pecado y de la tiranía del ángel rebelde; mas allá se encuentra el púlpito donde no se ha cesado de partir el pan de la palabra evangélica y de distribuirlo á las almas fieles, donde pastores llenos de la ley de Dios y de la ciencia de la salvacion combaten los desórdenes de su vida descubriéndole sus temibles consecuencias.

¿Qué mas podemos decir? Sobre las losas santas está prosternada una alma piadosa, un hombre virtuoso, un verdadero cristiano cuya

piedad le condena, cuyos ejemplos le confunden; él mismo, al andar sobre la ceniza de sus antepasados, siente que los deshonra con el oprobio de su vida, y desde el fondo de sus sepulcros, que parecen entreabrirse, sus padres le reprenden su impiedad y sus extravíos. Finalmente, la muerte sale con estruendo de las entrañas de la tierra, arrastrando en pos ataudes, huesos y despojos manchados de sangre y polvo, y se presenta á sus ojos bajo la figura de un espectro espantoso, abriendo delante de él la huesa que pronto ha de recibirle. Todo el templo le acusa, en fin, y le habla de su ingratitud y de los beneficios de Dios. El temor de los castigos, unido al dolor de haber ultrajado á Dios y haber sido tanto tiempo su enemigo, no tarda en producir en el alma del pecador un principio de amor, el cual sin cesar de aumentarse apacigua los remordimientos, devuelve la paz, y es el principio de la justificacion.

Vayan, pues, los pecadores á los templos á buscar su perdon á los piés del que es la resurreccion y la vida. Grande es el mal, inveterados los hábitos, y el pozo profundo; pero Jesucristo colmará el abismo, y reinará la justicia donde habia abundado la iniquidad [1].

Cada iglesia está dedicada bajo la invocacion de un Santo, que es un protector y un modelo que da la Iglesia á los habitantes de una parroquia, y es un lazo mas entre la Iglesia de la tierra y la del cielo. Inútil es decir que los fieles deben celebrar la fiesta de su Patron con santa alegría y sincera voluntad de seguir sus pasos, pues, cualquiera que sea nuestra posicion, se hallan virtudes que imitar en la vida de cada Santo.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberos escogido una morada entre nosotros; os pido perdon por el olvido y las irreverencias de que sois objeto en nuestras iglesias.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *imitaré en nuestras iglesias el respeto de los Angeles.*

[1] Butler, *Dedicacion.*

RESÚMEN GENERAL.

LA RELIGION EN EL TIEMPO Y EN LA ETERNIDAD.

Resúmen general.—La Religion, único manantial de felicidad en el tiempo. —¿Cuál es la religion que hace al hombre feliz?—La Religion, único manantial de felicidad en la eternidad.—Lo que es el cielo.—Protesta del autor.

Resúmen general.—Llegamos al fin de la magnífica historia de la Religion. La hemos seguido desde su orígen hasta nosotros, y todo nos dice que es evidentemente la obra de Dios por excelencia. La necesidad de un Reparador despues del pecado de Adan es incontestable; queda demostrado el hecho de la promesa de un Redentor, y por consiguiente ha sido necesaria la fe de este Redentor prometido. Durante cuarenta siglos, el Mesías, ó el enviado de Dios para la salvacion del género humano, es continuamente prometido, figurado, vaticinado y preparado; llega, por fin, este deseado de las naciones, y es el Verbo eterno hecho hombre por amor al hombre. En él y por medio de él se cumplen las promesas, y se verifican las figuras y los vaticinios de todo el Antiguo Testamento. Nuevo Adan, es realmente el Salvador del mundo, y el centro único al cual van á parar los siglos pasados y futuros. Hemos expuesto circunstanciadamente su vida y sus obras. La ley de gracia es su obra, y por consiguiente debemos unirnos á él por medio de la fe, la esperanza y la caridad. Hemos expuesto las condiciones y el objeto de nuestra union con este nuevo Adan; hemos explicado lo que puede romper esta union, y demostrado circunstanciadamente lo que la perpetúa; aparece entonces la Iglesia de Jesucristo, y hemos visto al Cristianismo establecido, conservado, propagado por ella y sensibilizado durante los siglos de la era cristiana: luego la Iglesia católica romana es la posesora del precioso tesoro de la única y verdadera Religion.

De aquí se desprenden tres proposiciones, magnífico resúmen de esta obra y de cualquier tratado religioso:

Hay una religion verdadera, ó de lo contrario hace seis mil años que el género humano ha perdido la cabeza.

La verdadera religion está en el Cristianismo, ó en ninguna parte.

El Cristianismo está en la Iglesia católica, ó en ninguna parte.

Despues de haber recorrido los sesenta siglos que nos separan del nacimiento del hombre, despues de haber atravesado con el pensamiento todas las edades futuras, llegamos al dintel de la eternidad; allí se detiene el tiempo, allí acaba cuanto á él se refiere. ¿Sucederá lo mismo con la Religion? No, la Religion subsistirá cuando los siglos ya no existirán, pues las relaciones de que es la expresion son inmutables como la naturaleza de Dios y del hombre en la que están fundadas. En efecto, ¿qué otra cosa es la Religion sino el lazo que une al hombre con Dios? Ahora bien, decidme, ¿no existe un lazo sagrado, necesario, inmutable entre el padre y el hijo, entre la madre y la hija? ¿Quién podrá negarlo? luego entre Dios, Criador y Padre, y el hombre, criatura é hijo, existe un lazo que subsistirá mientras sea verdad que Dios es Criador y Padre del hombre, y el hombre criatura é hijo de Dios; esto será verdad siempre, durante toda la eternidad; luego la Religion subsistirá por los siglos de los siglos, y aun mas allá : *in aeternum et ultra.*

Antes de decir, ó mejor, para decir lo que la Religion será en la eternidad, es preciso recordar lo que ha sido, lo que es en el tiempo; recojámonos, pues la historia que vamos á repetir mas es la nuestra que la suya. En un principio, crió Dios el mundo y el hombre, el mundo para el hombre y el hombre para Dios; esencialmente bueno, Dios hizo una obra buena, y no podia ser de otro modo; así es que el Libro de los libros nos dice que paseando sus miradas por el magnífico conjunto de la creacion, Dios vió que cuanto habia criado era muy bueno [1]. El hombre sobre todo, obra maestra de sus manos, era muy bueno, pues le habia dado luz, amor, inocencia, inmortalidad, dicha completa.

Dicha en su inteligencia, pues conocia claramente cuanto debia conocer, á saber, á Dios, á sí mismo y á las criaturas, desde el globo de fuego suspendido sobre su cabeza, hasta el humilde hisopo que crecia á sus piés; conocia todos los seres, todas las riquezas de su vasto dominio, y ejercia sobre todo él su imperio tan dulce como absoluto; y en tanto esta primera leccion que nos da la Religion so-

[1] Vidit Deus cuncta quae fecerat, et erant valde bona. (*Genes.* I).

bre nuestro primer estado es la verdad, en cuanto la vemos al frente de la teología de todos los pueblos.

Dicha en su corazon, pues amaba con un amor vivo, puro y tranquilo todo cuanto debia amar, á saber, á Dios, á sí mismo y á las criaturas, siendo su corazon el mediador sublime por el cual el mundo entero sometido á sus leyes se remontaba hácia Dios.

Dicha en los sentidos, pues veia á su alrededor una naturaleza llena de vigor y de vida, producciones gigantescas en armonía con su poder; un cielo sin nubes, una tierra sin abrojos, plantas sin veneno, flores cuyos perfumes y belleza estaban libres de toda imperfeccion ó defecto, frutos cuyo delicioso sabor mantenia en él una eterna juventud; entonces no habia enfermedades, ni dolencias, ni temores, ni suspiros, ni nada de cuanto puede afligir el ánimo, atormentar el corazon ó debilitar los sentidos.

II. La Religion es el único orígen de felicidad en el tiempo. —El hombre debia tanta dicha á la Religion, es decir, al sagrado lazo que le unia á él, criatura é hijo, con Dios, Criador y Padre, Verdad, Bien, Vida, Inmortalidad, Dicha completa. Sin embargo llegó el dia del crímen, y al entrar en el mundo el pecado, la felicidad huyó. Un espeso velo se extendió sobre la inteligencia del hombre; como una fiebre devoradora la tiránica concupiscencia penetró hasta lo mas recóndito de su cuerpo, los rayos de su rostro se oscurecieron, la fuerza de los sentidos quedó destruida, y la muerte se presentó ante sus ojos esperando á su víctima. Ya no tuvo la luz del espíritu, el amor puro de un corazon inocente, la belleza del cuerpo, el pacífico imperio del mundo, el poder de los órganos; adios inmortalidad, adios dicha.

Así como Lucifer, gran dragon arrojado de los cielos, arrastró en pos de sí á una multitud de brillantes serafines hasta los profundos pozos del abismo, así el hombre arrastró en su caida á la creacion entera sometida á su voz; desde entonces los seres todos fueron debilitándose, y los animales vieron desaparecer sus especies mas gigantescas; las flores perdieron sus perfumes, y las plantas sus virtudes; los abrojos crecieron junto á las rosas, y el hombre y el mundo no fueron mas que una inmensa ruina.

La Religion, que habia hecho la felicidad del hombre inocente, consoló al hombre culpable en su desgracia; tierna madre abandona con él el jardin de delicias, le acompaña en su destierro, enjuga el

llanto que corre de sus ojos, le habla de esperanza en medio de sus penas, y sentada á la cabecera de su lecho de muerte endulza los últimos dolores de su agonía. Filósofos, incrédulos, materialistas, indiferentes, judíos, gentiles, cristianos, católicos, hombres cualésquiera que seais, y que os creeis dotados con la facultad de pensar, poned la mano en vuestro pecho, y segun vuestra conciencia decid: El hombre caido, ¿por qué lo es? Todos vosotros convenís en ello, y aun cuando no, sois todos monumentos vivos de una degradacion primitiva, y no podeis borrar las huellas del rayo que ha surcado vuestra frente; no sois mas que ruinas, ruinas intelectuales, ruinas morales, ruinas físicas; el hombre caido, repito, ¿á quién debe lo poco que ha conservado ó recobrado en luces, en virtudes, en nobleza, en esperanza, y por consiguiente en felicidad?

Examinad al género humano en cualquier época de su vida, seguidle por todos los países, interrogadle bajo los diferentes climas que sucesivamente ha habitado y habita en el dia, y ¿cuál será su contestacion? Hechos, pero hechos evidentes como el sol del mediodía, deslumbrarán vuestros ojos.

Primeramente, ¿de dónde partia el luminoso rayo que iluminó al género humano durante la larga noche del Gentilismo? ¿De dónde le vino el débil conocimiento originario de la Divinidad, de la distincion del bien y del mal, de las penas y de las recompensas de una vida futura, en una palabra, el conocimiento de aquellas verdades fundamentales que distinguen al hombre del bruto? — De la razon. — ¡De la razon! ¿Cuándo inventó la razon á Dios, las verdades y deberes que emanan de la nocion de aquel Ser soberano? ¡La razon inventar á Dios! Lo mismo seria decir que lo finito ha inventado lo infinito, el efecto la causa, el hijo á su padre. ¿Quién mantuvo entre los hombres, sumidos en el abismo de la idolatría, un resto de luz, de justicia, de equidad, de buenas costumbres y de subordinacion? — La filosofía decís; ¡ah! no me obligueis á poner otra vez de manifiesto sus faltas y su ignominia; ¿dónde están las luces que debió el mundo antiguo á la filosofía? ¿qué le enseñó, que no le hubiese antes enseñado la tradicion religiosa? Pero ¿qué digo? ¿Qué nociones algo justas aun sobre Dios, sobre el alma, sobre la creacion de la materia, sobre el sumo Bien, sobre el fin del hombre, conservadas por la Religion á los pueblos idólatras como la escasa herencia que guarda el padre para el hijo disipador y rebelde, no alteró, negó y

desacreditó la filosofía á fuerza de mezclar en ellas sofismas y absurdos?

Dadme la mano y seguidme á las escuelas de los filósofos conservadores, segun vosotros, de la verdad en el mundo antiguo; interroguémosles sobre una verdad que nos interesa á entrambos en alto grado. Hé aquí la escuela de Demócrito; preguntadle : ¿Qué es el alma? Y el viejo patriarca os contestará : un fuego; los Estóicos, una sustancia aérea; otros, una inteligencia; Heráclito, el movimiento; Thales os dirá que es un soplo, una emanacion de los aires; Pitágoras, un número motor, una mónade; Dinarco una armonía; estos la llaman sangre; aquellos espíritu; así pues, la contestacion de los filósofos á la pregunta : ¿Qué es el alma? ha sido un cúmulo de contradicciones, de descabelladas utopias.

Sin embargo, perdonémosles su desacuerdo sobre la naturaleza del alma, y veamos si se hallan mas unidos en cuanto á lo demás, acerca de sus propiedades, por ejemplo. Unos hacen consistir su placer en el bien, otros en el mal, al paso que un tercer partido en no estar ni bien ni mal. Es inmortal, dice uno; no, contesta el otro, está condenada á morir; segun este subsistirá durante algun tiempo, segun aquel pasa luego al cuerpo de un animal; efectivamente, añade otro, y sufrirá tres transmigraciones distintas, cuya duracion fijan en mil años. ¡Hombres cándidos, que no pueden prolongar su existencia mas allá de cien años, y que prometen miles y miles á los demás! ¿Qué nombre darémos á semejantes opiniones? ¿Quimeras, locuras, absurdos, ó mejor, todo á la vez? Si lo que predican es la verdad, usen todos un mismo lenguaje, apruebe el uno lo que el otro afirma, y en este caso quizás sea yo de su opinion; mas ¿cómo sufrir sus escandalosas disidencias, al verles dividirse sobre la naturaleza del alma, sobre sus propiedades?

¿Qué soy yo segun aquellos doctores? Uno me hace inmortal, ¡qué dicha! Otro mortal, ¡qué pena! Este me hace resolver en átomos indivisibles; ya soy agua, ya soy aire, ya soy fuego, para luego no ser ni agua, ni aire, ni fuego, una fiera ó pez; pertenezco á la familia de los atunes y de los delfines, y si llego á examinarme, cási me inspiro miedo á mí mismo; ya no sé qué nombre darme, si hombre ó perro, si lobo ó toro, si ave ó serpiente, si dragon ó fantasma, tantas son las metamórfosis que me hace sufrir la filosofía. Transformado en todos los animales del mundo, de tierra, de agua, ó del

aire, fieros ó domésticos, mudos ó chillones, inteligentes ó brutos, nado, vuelo, me levanto por los aires, me arrastro, corro ó descanso, y aun Empédocles se queja de mí [1].

Interrogad á aquellos famosos maestros sobre las demás verdades, bases del órden moral y de la sociedad, y no les veréis mas acertados; de modo que las primeras palabras que acudirán á vuestros labios al salir de su fastidiosa escuela, serán las de un hombre que los conocia bien, pues era filósofo como ellos: *No hay absurdo extravagante,* decia Ciceron, *que no sea obra de algun filósofo.*

Y ahora, ¿creeis aun de buena fe que esos filósofos que podrian tomarse por charlatanes disputando en una plaza pública [2], hayan conservado en el mundo antiguo los principios de justicia y de equidad que mantenian entre los hombres un resto de armonía, rompian de cuando en cuando las cadenas de algunos esclavos y secaban algunas lágrimas? Job, el patriarca del dolor, nacido y viviendo en medio del Gentilismo, ¿pedia, por ventura, consuelos á la filosofía? ¿Dónde está el pobre que muere de hambre ó el esclavo azotado por su amo, que haya dicho: Consoladora de los afligidos, santa filosofía, no me abandones? ¿Á quién invoca para endulzar la amargura de su suerte Sócrates, el filósofo por excelencia, en el acto de beber la cicuta? ¿Á la filosofía? No; á la Religion, que ha conservado y que le ofrece el dogma consolador de la inmortalidad del alma. De todo lo dicho se deduce que cuantas verdades y principios, y por consiguiente cuantas virtudes y consuelos hubo en el mundo antiguo provenian de la Religion, no de la filosofía.

Mas, llegado es el dia en que la verdad de que el hombre lo debe todo á la Religion debe brillar con nuevo esplendor: ¿recordais lo que era del mundo hace diez y ocho siglos? ¿Creeis que la noche en que se hallaba envuelto era profunda y universal, que la esclavitud era dura y abyecta, el hombre corrompido y miserable, la mujer, el niño, el esclavo, el pobre, el prisionero, degradados, pisoteados, considerados como nada?

¡Pues bien! la luz que disipó las tinieblas del error é hizo volver á la sombra, como aves de mal agüero, á aquellos miles de dioses á cuyos piés se prosternaba temblando el mundo antiguo, y cuyos altares bañaba con rios de sangre humana, aquella luz ¿descendió de

[1] Hermias, *Irrisio philosoph.* pag. 15-16.
[2] Expresion de J.-J. Rousseau.

las escuelas filosóficas ó del Cenáculo? ¿Quién enseñó otra vez al hombre el orígen de las cosas? ¿quién le enseñó la unidad de Dios? ¿quién le ha dicho sin vacilar: Tienes un alma inmortal, espiritual, libre; emanada de Dios debe volver á Dios? ¿Quién ha proclamado los sagrados deberes, fundamento de la sociedad universal? ¿Quién ha sustituido al derecho brutal del mas fuerte la dulce ley de la caridad? ¿Quién ha dicho á los Reyes: Sois hechos para los pueblos, y no los pueblos para vosotros; el poder es una *carga;* vuestra abnegacion debe llegar hasta allí; y les ha mostrado una cruz, añadiendo: El Rey de los Reyes murió en ella por su pueblo? ¿Quién ha dicho á los pueblos: Debeis respetar á los Reyes, que son los ministros de Dios para el bien; quien les resiste resiste al mismo Dios? Súbditos, debeis, si es necesario, derramar vuestra sangre en el campo de batalla, libremente y por obediencia; y les ha mostrado una cruz, diciéndoles: El primer súbdito del Rey de los Reyes murió en ella por obedecer.

No es esto todo; ¿quién rompió las cadenas de la esclavitud del uno al otro extremo del mundo? ¿Quién abolió los combates de gladiadores? ¿quién enseñó al hombre á respetar al hombre? ¿quién salvó al niño de la muerte, de la exposicion, y de la venta autorizadas por las leyes antiguas? ¿quién levantó á la mujer de su profunda abyeccion convirtiéndola de esclava degradada y envilecida en la noble compañera del hombre? ¿quién ha cambiado el derecho de gentes, haciendo que la guerra feroz en la antigüedad, sea ahora tan humana como es posible? ¿quién ha sustituido en favor del prisionero la máxima: *Gracia para el que se rinde*, á la sangrienta divisa del mundo antiguo: *Vae victis,* ¡ay de los vencidos! Sí, ¡ay de ellos! pues las cadenas de la esclavitud, la muerte sobre el sepulcro de los vencedores, ó el asesinato en medio de la arena del Circo, debia ser su inevitable suerte. ¿Qué mas diré? ¿Quién ha ennoblecido al pobre hasta el punto de hacer de él un ser sagrado? ¿quién ha levantado palacios para su miseria y su vejez? ¿quién ha hecho llegar hasta la cabecera del desconocido y asqueroso moribundo á príncipes y á princesas nacidos en las gradas de un trono, y quién les ha inspirado un tanto de orgullo en llevar el nombre de servidores de los pobres?

Entre tantas y tantas obras, ¿cuál es la que vosotros vindicais, ó filósofos? ¿cuál habeis inspirado? ¿cuál llevais á cabo? ¿á quién

corresponde la gloria de todas ellas? Aun es tiempo, creedme, abjurad insostenibles y harto funestos errores; prosternaos ante la amorosa Hija del cielo que ha hecho el mundo actual tal como es, que ha velado sobre vuestra cuna lo mismo que sobre la mia, que ha ilustrado vuestro entendimiento lo mismo que el mio, que ha ennoblecido vuestro corazon tambien como el mio, y que, si lo deseais, vendrá á consolaros cuando todos huirán léjos de vosotros. Tiempo es ya de que ceseis de perseguirla con vuestras blasfemias y vuestro odio; pues, ¿qué mal os ha hecho? ¿qué mal ha hecho al mundo? Y si funestas pasiones vienen de nuevo á tentar vuestro corazon y á llamaros bajo las banderas de los enemigos de la Religion, contestadles, y razon tendréis al hacerlo, lo que contesta el género humano hace seis mil años: Hace seis mil años que me guia, y jamás me ha causado el menor daño; además ¿cómo podria injuriar á mi madre y mi reina, á quien todo lo debo, luces, virtudes, libertad y vida?

III. ¿Cuál es la religion que hace al hombre feliz?—Dejadme creer que este homenaje de piedad filial se halla ya en vuestro corazon, y que muy pronto estará en vuestros labios; pues entonces ¿á quién lo dirigiréis? Varias veces os he oido hablar de distintas religiones, como si no supiéseis á qué altar ofrecer vuestro incienso; pues es cierto, sí, que muchas sociedades se disputan el honor de ser las depositarias de la Religion á quien el mundo lo debe todo. ¿Quereis desvanecer vuestras dudas? Seguidme; el trabajo no será largo ni difícil: ved cuál de esas sociedades ha derramado sobre el género humano los beneficios cuyo cuadro acabo de trazaros rápidamente, y decid sin vacilar que aquella á quien el mundo los debe es la verdadera sociedad, la única depositaria de la verdadera Religion y de la buena doctrina; pues una doctrina que por sí misma civiliza á los hombres, que les hace mejores, es decir, piadosos para con Dios, justos y caritativos para con sus hermanos, castos y humildes para consigo mismos, es una doctrina buena; y solo es buena porque es verdadera, y verdadera porque es divina. Con esto habréis encontrado la verdadera sociedad, ó la verdadera Iglesia.

Veamos ahora ¿cuáles son las sociedades que desde hace diez y ocho siglos se han presentado como verdaderas depositarias de la vivificante doctrina? En primer término la Iglesia romana; vemos despues el Arrianismo, el Protestantismo, los Mahometanos y finalmente la filosofía.

Con la mano en el corazon, contestadme á las preguntas que voy á dirigiros : ¿Eran Arrianos, Mahometanos, Protestantes ó filósofos los que descendian á los anfiteatros de Roma gentílica para cimentar con su sangre los fundamentos de la sociedad moderna, y crear la nueva era de civilizacion que ha hecho la gloria y la felicidad del mundo? No, eran hijos de la Iglesia católica romana.

¿Eran Arrianos, Mahometanos, Protestantes ó filósofos los que poblaron los inmensos desiertos de la Tebaida para dar al mundo tan milagrosos ejemplos de todas las virtudes y enseñarle á aplicar á la sociedad, á la familia y á todos los detalles de la vida las grandes lecciones del Cristianismo? No, eran hijos de la Iglesia católica romana.

¿Eran Arrianos, Mahometanos, Protestantes ó filósofos los que á costa de toda clase de fatigas y de privaciones iban á desplegar entre las naciones de entonces el estandarte de la civilizacion y de la Religion, la cruz? No, eran hijos de la Iglesia católica romana.

Arrianos, Protestantes, Mahometanos, filósofos, ¿cómo habríais podido realizar tantas maravillas, si no habíais nacido aun? Todo estaba hecho al aparecer vosotros; el mundo descansaba en paz á la sombra tutelar del árbol cristiano, y muchas generaciones en su travesía por la tierra se habian ya alimentado con sus vivificantes frutos.

Mas ¿qué hicísteis cuando por fin llegásteis? ¿Qué verdad ha conservado el Arrianismo? ¿qué principio social ha proclamado el Arrianismo, que negaba á Jesucristo, principio de toda verdad, de todo deber, y por consiguiente de toda sociedad? ¿A cuántos pueblos ha sacado de la barbarie? ¿Qué parte del globo ha hecho mas moral, mas floreciente y mas feliz? ¿Cuál es el número de sus beneficios? Cero. ¿Cuál el número de los males que ha causado? Veo el mundo dividido, veo aparecer el odio, las guerras y el llanto por donde quiera que pasa; estas son las obras del Arrianismo; luego su doctrina no es buena, y no es buena porque no es verdadera, y no es verdadera porque no es divina. El Arrianismo, pues, no es la verdadera sociedad, la sociedad conservadora de la *buena* Religion.

Digamos ahora algo de las obras de la ley de Mahoma; hijo de un árabe, bandido y libertino, el falso Profeta se adelanta con un sable en una mano y la copa del placer en la otra, diciendo : Cree ó muere. Á lo léjos diviso el incendio de ciudades enteras desde los confines del Asia al centro del África; veo al hombre convertido en

máquina bajo la férrea mano de una ciega fatalidad; veo la esclavitud de los pueblos conquistados, el oprobio de la mujer, la postracion de las artes y ciencias. Veo la barbarie con su tenebroso cáos, y la tierra sometida á la doctrina musulmana repentinamente detenida en su marcha progresiva para asemejarse á una petrificacion viva de la humanidad. Estas son las obras del Coran; luego su doctrina no es buena, y no es buena porque no es verdadera, y no es verdadera porque no es divina. Los Musulmanes, pues, no forman la verdadera sociedad, la sociedad conservadora de la *buena* Religion.

Á vosotros toca el turno, pretendidos reformadores del siglo XVI; veamos qué títulos teneis á la fe y á la gratitud del mundo: Lutero, Zuinglio, Calvino, Enrique VIII, no temais; no hablaré de vuestra vida privada; todo corazon bien puesto sabrá el por qué. ¿Con qué vosotros quisísteis reformar la Iglesia romana, la reformadora y civilizadora del mundo, la que le conservaba hacia quince siglos su superioridad intelectual y moral? ¡Pues bien! decidnos : ¿qué abusos habeis reformado? ¿de qué nueva virtud habeis dotado á la tierra? ¿qué consuelos habeis dado á las miserias humanas? ¿dónde están las Hermanas de Caridad que habeis enviado á la cabecera del moribundo, á la cuna del niño abandonado, al pobre acostado en la paja? ¿qué nuevos dogmas habeis enseñado? ¿qué principios conservadores de la sociedad y de la Religion habeis proclamado? ¿qué sagrada sancion habeis dado á la fe, base del órden religioso, político, civil y doméstico? Pero ¿qué digo? léjos de sancionar la fe, la habeis aniquilado deificando el orgullo humano y proclamando la infalibilidad individual.

Y consecuentes con vuestros principios, hemos visto á pueblos enteros marchar, empuñando con una mano la espada y con la otra la antorcha, al asesinato, al incendio, al saqueo; la Europa se conmovió hasta en sus cimientos; la Alemania, la Inglaterra, la Suiza, la Francia estuvieron por espacio de medio siglo inundadas con la sangre de sus ciudadanos; viéronse escándalos de toda clase, é inundaron la tierra los adulterios, los robos y la audaz violacion de todas las leyes, salvaguardias de la moral, de la propiedad, del hombre y de su vida. Y mientras el devastador torrente continuaba su curso, vosotros bajásteis al sepulcro, y vuestros discípulos, divididos en mil sectas enemigas, se anatematizaban, se mataban, hacian suceder las profesiones de fe como las hojas en los árboles, é imprimian al espí-

ritu humano una actividad sin freno que le inducia á las utopias, á las teorías mas culpables; tanto que, gracias á ellos, se ha llegado á negar á Jesucristo, principio de toda verdad, de toda moral, y por consiguiente de toda civilizacion. De aquí nació un cáos en la tierra que realizaba la imágen del eterno abismo, donde no hay órden ni paz, y solo horror y tinieblas.

Además, ¿qué pueblo habeis civilizado? ¿á cuántos salvajes habeis retirado de en medio de esos bosques? Desde hace un siglo se hallan sujetos al yugo del Protestantismo millones de indios; ved si han dado siquiera un paso en el camino de la civilizacion. Celosos Metodistas, Anglicanos, Wesleyanos, ¿no es verdad que todas las atroces supersticiones que hallásteis en la India reinan aun en ella con toda su fuerza? Para civilizar á los pueblos no basta establecer factorías para recoger el precio de sus sudores, ni tener almacenes de Biblias que distribuir entre ellos; es preciso poseer las dos únicas cosas civilizadoras, la *verdad* en los labios, y en las venas *sangre pronta á ser derramada;* pues bien, jamás habeis tenido ni teneis lo que se llama sangre de *mártir.*

Así pues, respecto de los pueblos civilizados, division, duda, escepticismo, asesinatos, saqueo, revoluciones; respecto de los pueblos salvajes y bárbaros, impotencia absoluta. Ningun bien y mucho mas, tales son los efectos de la doctrina protestante; luego esta doctrina no es buena, y no es buena porque no es verdadera, y no es verdadera porque no es divina. El Protestantismo, pues, no es la verdadera sociedad, la sociedad depositaria de la *buena* Religion.

¿Qué dirémos de la filosofía? Poca cosa, pues lo que hemos dicho de la filosofía antigua se aplica enteramente á la filosofía moderna; igual cáos de opiniones, iguales variaciones, los mismos absurdos, y como consecuencias, los mismos desórdenes morales, las mismas conmociones políticas, el mismo desprecio hácia las verdades y principios que han civilizado el mundo. Por otra parte los filósofos modernos se han condenado por su propia boca: *La verdad,* dicen, *jamás hace daño; esto,* les contesta uno de ellos, *es la mejor prueba de que lo que decís no es la verdad* [1].

Estéril para toda clase de bien, ¿qué ha hecho la filosofía? ¿Dónde están los hospitales que ha fundado, los establecimientos verdaderamente útiles que ha creado? ¿Á qué pueblo libró de la barba-

[1] J.-J. Rousseau.

rie? ¿á qué nacion civilizada ha hecho mas moral, mas tranquila, y por consiguiente mas feliz? ¿Qué jóven puede decir que la filosofía ha purificado sus costumbres y corregido sus desórdenes? ¿Qué padre ha sido por ella mas vigilante ó mas equitativo, qué esposa mas fiel, qué ciudadano mas leal, qué magistrado mas íntegro, qué comerciante mas generoso? ¿Qué mas diré? ¿Qué virtud, por pequeña que sea, ha enseñado, sancionado y practicado?

La filosofía, impotente para el bien, es todopoderosa para el mal. *Ella, ella, sí,* dicen sus adeptos, *ha hecho todo cuanto vemos* [1]; ¿y qué vemos? El mundo conmovido hasta en sus cimientos; rotos y hollados todos los lazos de la sociedad política, civil y doméstica; arroyos de sangre, desgracias y ruinas; crímenes que hacen estremecer; el hombre convertido en carne, en fango, en bruto con faz humana, sin mas vida que la de las sensaciones animales; estas son las obras de la filosofía, pues filósofo significa un hombre que se atribuye el derecho de no creer en nada y la libertad de hacer lo que le acomoda. Así pues, esta doctrina, preñada de errores, que entrega la sociedad como una presa á los mas ambiciosos, á los mas fuertes ó á los mas diestros, no es buena, y no es buena porque no es verdadera, y no es verdadera porque no es divina; luego la filosofía no es la verdadera sociedad, la sociedad depositaria de la *buena* Religion.

Así pues, la Iglesia católica romana habia ya civilizado el mundo antes de la aparicion del Arrianismo, del Protestantismo, de la ley de Mahoma y de la filosofía; la Iglesia católica era ya, antes de su aparicion, la única y verdadera sociedad, la sola depositaria de la buena doctrina, y por consiguiente de la verdadera Religion.

Mas, ¿ha cesado acaso en su bienhechora mision luego que aquellas sectas recien venidas se han presentado en la tierra? Búlgaros, rusos, prusianos, tártaros, húngaros, normandos, vosotros todos terribles pueblos del Norte, azote de la Europa, decid: ¿quién marchó á vuestro encuentro para suavizar vuestra ferocidad? ¿quién os dotó del beneficio de las luces? ¿quién os hizo hombres primero, y cristianos despues? Y tiempos despues, iroqueses, illineses, salvajes de ambas Américas, ¿quién plantó en medio de vuestros inmensos bosques el estandarte civilizador? ¿quién os enseñó á poner tér-

[1] Condorcet.

mino á vuestros horribles festines de carne humana y á vuestros sangrientos sacrificios? ¿Quién formó de vosotros un cuerpo de nacion, y quién os hizo sentar en el gran banquete de la civilizacion? Y aun en nuestros dias, ¿quién civiliza los desconocidos pueblos de la Oceania, los restos de los salvajes americanos y los indios sumisos al yugo de horribles supersticiones? ¿Quién envia á sus hijos á regar con su sangre aquellas lejanas tierras para preparar una rica cosecha para el porvenir? ¿Sois, por ventura, vosotros, Arrianos, Mahometanos, Protestantes ó filósofos?

Sin apartarnos de nuestra Europa, ¿quién cubre nuestros reinos, desde el Norte al Mediodía, de todas esas instituciones en las que no sabemos qué admirar mas, si el inmenso bien que obran respecto de todas las edades, de todos los sexos y de los desgraciados de todo género, ó la heróica abnegacion y celeste alegría de los ángeles visibles que noche y dia velan sobre el repugnante conjunto de todas las miserias humanas, con mas tierna solicitud que la jóven madre sobre la cuna de su primer hijo? Además, en las terribles plagas que no ha mucho han diezmado al antiguo y al nuevo mundo, ¿quién veló á la cabecera de los enfermos? ¿quién aplicó el oido á su pestífera boca para recoger su último suspiro? Arrianos, Mahometanos, Protestantes, filósofos, ¿fuísteis vosotros por ventura?

Así pues, despues de la aparicion de las pretendidas sociedades depositarias de la verdadera Religion, solo la Iglesia romana continuó y continúa magníficamente la mision civilizadora que inauguró antes del nacimiento de aquellas; su doctrina no ha cesado de ser buena *con exclusion de cualquier otra*, no siendo buena sino porque es verdadera, verdadera sino porque es divina. La Iglesia católica, pues, no ha cesado de ser la verdadera sociedad, la sociedad depositaria de la verdadera Religion.

¿Conoceis ahora la sociedad depositaria de la verdadera Religion? Para hacérosla distinguir de todas las sectas erróneas, hemos empleado únicamente la prueba mas palpable, y por consiguiente mas *popular*, á saber: *que el árbol se conoce por sus frutos*. ¿Qué seria, si hubiésemos querido usar de todos nuestros medios, y desenvolveros las señales intrínsecas de verdad que convienen todas á la Iglesia romana, ninguna al Arrianismo, al Coran, al Protestantismo ni á la filosofía? Para decíroslo en dos palabras, estas señales son la unidad, la santidad, la apostolicidad, la catolicidad; el privativo

sello de la verdad es el ser una, santa, de todos los tiempos y de todos los lugares; pues bien, ved si encontraréis ni siquiera una sombra de unidad, de santidad y de universalidad en el Arrianismo, en la ley de Mahoma, en el Protestantismo y en la filosofía!

¡Santa Iglesia romana! única conservadora de la verdad, de la virtud y de la civilizacion entre los hombres! ¿quién podrá negarse ahora á unir su voz con la del grande Agustin para deciros: «Iglesia católica, verdadera madre de los Cristianos; vos sois la que enseñais á los hombres, no solo á adorar á un solo Dios, aniquilando así la idolatría sobre la faz de la tierra, sino tambien la caridad para con sus hermanos de un modo tan perfecto, que todas las «miserias humanas por variadas que sean, encuentran en ella un re«medio eficaz.

«Vos sois la que niña con el niño, robusta con el jóven, reposa«da con el anciano, enseñais la verdad y acostumbrais á la virtud «segun la fuerza de la edad y el desarrollo de la inteligencia.

«Vos sois la que por medio de fieles y castos lazos someteis la mu«jer al hombre, no para satisfacer pasiones brutales, sino para con«servar el género humano, la sociedad y la familia.

«Vos sois la que colocais al hombre superior á la mujer, no para «que tiranice al sexo mas débil, sino para que sea su apoyo y le di«rija segun las leyes de un amor cordial.

«Vos sois la que por medio de una libre servidumbre someteis «los hijos á los padres, y dais á estos un santo imperio sobre aquellos.

«Vos sois la que unís á los hermanos con el lazo de la Religion, «lazo mucho mas sagrado y sólido que el de la sangre.

«Vos sois la que respetando las leyes de la naturaleza y las incli«naciones de la voluntad, estrechais por una mútua caridad las «alianzas y amistades.

«Vos sois la que enseñais á los servidores á servir á sus amos, «menos por miedo que por amor.

«Vos sois la que haceis que los amos sean buenos y misericor«diosos para con sus servidores, al pensar en Dios supremo, su Se«ñor comun.

«Vos sois la que unís no solo con los lazos de la sociedad, sino con «los de la fraternidad á los ciudadanos con los ciudadanos, á las na«ciones con las naciones, y á los hombres todos, sea cual fuere su «patria, con el recuerdo de su orígen comun.

«Vos sois la que enseñais á los reyes á sacrificarse por los pue-«blos, y á los pueblos á obedecer á los reyes.

«Vos sois la que enseñais con precision perfecta á quién se debe «el honor, á quién la afeccion, á quién el respeto, á quién el te-«mor, á quién los consuelos, á quién las advertencias, á quién las «exhortaciones, á quién las reprensiones, á quién la correccion, á «quién el castigo, mostrando que si no á todos se debe la misma co-«sa, á todos se debe la caridad y á nadie la injuria [1].»

¿Qué objeto se propone la Iglesia romana al instruirnos, al formarnos para la virtud, al consolarnos en nuestras aflicciones? Reparar poco á poco, respecto de todas las generaciones que llegan á la tierra, las funestas consecuencias del pecado original, y de todos los demás; quiere devolver á nuestro espíritu parte de las luces de que gozaba en el estado de inocencia, y á nuestros sentidos parte de su poder y de su integridad primera. Desde la salida del paraíso terrenal la Religion ha conducido al hombre de claridad en claridad, como guia la madre á su hijo desde las primeras tinieblas de la infancia hasta la edad de la razon.

IV. La Religion, único orígen de dicha en la eternidad.—La bien sostenida rehabilitacion, cuyo cuadro hémos expuesto en los ocho tomos de esta obra, es solo empezada en la tierra; su perfeccion está reservada para la eternidad, y la Religion nos conduce á ella. Allí será todo perfecto, allí verémos algo mejor que aquella edad de oro cuyo confuso recuerdo se habia conservado en el seno mismo del Gentilismo, el cielo; pues bien, tiempo es ya de decir lo que será, y si bien el cuadro que vamos á trazar será imperfecto, nos parece suficiente para excitar nuestros deseos, sostener nuestro valor y hacernos decir con el Apóstol: «Entiendo que no son de comparar los «trabajos de este tiempo con la gloria venidera que se manifestará «en nosotros [2].»

Lo que es la luz para el ciego que la vió antes y desea verla otra vez; la salud para el enfermo, presa de crueles dolores; la paz para el desgraciado, que expuesto toda su vida al odio de los demás, ha debido permanecer noche y dia con las armas en la mano; lo que es para el rey destronado la vuelta á su trono; lo que para el viajero muerto de sed, un manantial fresco y puro; para el infeliz des-

[1] *De Morib. Eccl. Cath.* c. 30.
[2] Rom. VIII, 18.

terrado, el regreso á su patria, al seno de una familia querida; finalmente, lo que es para el hombre devorado de deseos insaciables y siempre renacientes, para el hombre extenuado de trabajo y de dolor, para el condenado al llanto, á las enfermedades, á la muerte, la cesacion de todos los males, el goce pleno y perfecto de todos los bienes, el reposo y la inmortalidad de la dicha y de la gloria, lo es el cielo para el género humano, y aun mas.

Porque el cielo «es el cumplimiento de todos los deseos de Dios, «de las criaturas y del hombre; es la restauracion de todas las co«sas en el estado de perfeccion absoluta; es el reposo eterno en el «órden.»

1.° Respecto de Dios. El cielo es el cumplimiento del voto expresado por el Hijo del Eterno instruyendo al género humano: *Venga el tu reino, hágase tu voluntad como en el cielo así tambien en la tierra*[1]. El cielo es para Dios el goce pleno y entero de sus obras, es la completa manifestacion de su gloria, de su poder, de su bondad, de su sabiduría, de sus inefables perfecciones; es el reinado de un Padre querido sobre hijos dóciles; es el desahogo inmenso, eterno de su amor por ellos, y el desahogo igualmente eterno de su amor por él; es la unidad del hombre con Dios y de Dios con el hombre, unidad sin confusion de naturaleza, de modo que Dios y el hombre uniéndose sin confundirse gozarán eternamente en el seno de inefables delicias de la plenitud de su ser; en una palabra, el cielo será para Dios *ser todo en todos*[2].

2.° Respecto de las criaturas. El cielo será el cumplimiento de aquel voto expresado en su nombre por el grande Apóstol: «Todas «las criaturas gimen y están de parto hasta ahora, esperando la re«dencion de su cuerpo y la adopcion de hijos de Dios, quienes no «las someterán ya mas á la vanidad como aquel que las redujo á la «servidumbre[3].» Luego las criaturas desean, dicen los doctores ca-

[1] Matth. VI, 10.

[2] I Cor. XV, 28.

[3] Rom. VIII, 22 et seq.—Creatura hic sunt coeli, elementa, omniaque creata. Omnes creaturae avidissime naturali appetitu expectant tempus, quo filii Dei gloria donabuntur, ut cum eis quibus servierunt, quasi dominis, ipsae quoque suam gloriam, renovationem ac perfectionem, tanquam famuli accipiant. Sic arbor per appetitum, non rationalem, nec animalem, sed naturalem, dicitur expectare suum fructum, et semen suam messem. Atque hoc magnum est argumentum, gloriam illam nobis praeparatam, ingentem esse et inaesti-

tólicos, su redencion y emancipacion, no su aniquilamiento ni destruccion en cuanto á la sustancia; así pues, no serán destruidas, sino simplemente purificadas por el fuego del último dia, del mismo modo que el oro, que léjos de destruirse en el crisol, se hace mas brillante y duradero [1].

mabilem; quod omnes creaturae etiam insensibiles totae ad illam anhaelant... Sicut enim nutrix pueri regii, cum puer coronatur, et ipsa propter ipsum de bonis regiis participat: ita pariter, cum homo gloria donabitur, hanc eius gloriam caeterae creaturae quae homini servierunt, participabunt, inquit Chrysost. *in hunc loc...* ita ut similem quamdam libertatem, stabilitatem creaturae aliae accipiant. (Cor. à Lapid. *in Epist. ad Rom.* VIII, 19).

[1] La opinion de que el mundo no será destruido y sí únicamente perfeccionado, es la mas autorizada entre los santos Padres y teólogos, y la misma Escritura le es muy favorable; así es que dice por ejemplo en el Antiguo y en el Nuevo Testamento [1] que *el Señor hará un nuevo cielo y una nueva tierra*, y no dice *otro cielo y otra tierra*, sino *un nuevo cielo y una nueva tierra* para expresar su renovacion [2]. Cuando un niño se convierte en jóven, de jóven en hombre, y de hombre en anciano, no se dice que muere cada vez que su edad cambia; es siempre el mismo hombre, pero pasando de un estado á otro; lo mismo sucede cuando un arquitecto hace una casa nueva de una vieja, ó cuando el labrador desmonta un terreno inculto y abandonado, y lo convierte en fértil y provechoso.

Al hablar el Salmista [3] de la destruccion de los cielos, lo hace sirviéndose de la idea de un vestido que se usa y se cambia, lo cual es muy distinto de lo que queda reducido á la nada [4]. Isaías describiendo el estado del mundo despues de la resurreccion, dice que se verán el sol y la luna, pero con un brillo infinitamente mayor: *La luna*, dice, *brillará como el sol, y este dará siete veces mas luz de la que da en el dia* [5].

El Salvador nos dice en el Evangelio que *el cielo y la tierra pasarán* [6], y el Apóstol que *la figura* ó apariencia *de este mundo pasa* [7]; ninguno dice que el mundo perecerá sustancialmente, ni que los cielos y la tierra volverán á la nada, sino que pasarán del estado en que los vemos á otro mas perfecto y hermoso. San Pedro, en el pasaje mas formal que tenemos sobre este asunto, dice: *Vendrá como un ladron el dia del Señor, en el cual pasarán los cielos con grande ímpetu, y los elementos con el calor serán disueltos, y la tierra y todas*

[1] Isai. LXV, 17; LXVI, 22; Apoc. XXI, 1.

[2] Non dixit: Alios coelos et aliam terram videbimus, *dice san Jerónimo,* sed veteres et antiquos in melius commutatos. (*In Isai.* LI et LVI).

[3] Psalm. CI.

[4] Ipsi peribunt, et omnes sicut vestimentum veterascent; et sicut opertorium mutabis eos.

[5] Isai. XXX, 26.

[6] Matth. XXIV, 35.

Praeterit figura huius mundi. (*I Cor.* VII, 31).



¿Quién podrá decir la belleza y perfeccion del cielo y de la tierra así renovados? El Águila de los doctores, aquel cuya *angélica* pureza le mereció el entrever cosas ocultas á los profanos, santo Tomás, hablando de los elementos despues de la resurreccion general, nos dice: El agua será límpida como el cristal, el aire puro como el

las obras que hay en ella serán abrasadas [1]; nada de lo cual prueba la destruccion.

Dios nos ha revelado la creacion del universo, pero en parte alguna nos ha dicho que debiese reducir su obra á la nada; es preciso reconocer que así puede lo uno como pudo lo otro, mas en las Escrituras no vemos que sea tal su designio; además el aniquilamiento no se comprende.

Salomon asegura haber sabido que cuanto el Señor ha hecho durará eternamente [2], y esto lo explica muy bien san Gregorio el Magno conciliando la Escritura consigo misma cuando dice en una parte que la tierra durará eternamente, y la otra que los cielos y la tierra pasarán. Pasarán en cuanto á su figura, no en cuanto á su esencia [3], y cuando la Escritura habla de nuevos cielos y de nueva tierra, no significa que Dios criará otros nuevos, sino que renovará los antiguos [4]. El mismo san Gregorio compara este cambio al que vemos todos los años en la revolucion de las estaciones; el invierno sucede al estío, y la primavera al invierno; en estas diversas estaciones la tierra cambia de faz, pero en cuanto á la sustancia es siempre la misma.

Sin embargo nadie se ha explicado sobre esta materia en términos tan claros y expresos como san Agustin: «El fuego que quemará el mundo al llegar el «último dia, dice aquel gran Doctor, cambiará las calidades de los elementos «corruptibles, y lo que convenia á nuestros cuerpos sujetos á la corrupcion «adquirirá otras calidades que convendrán á nuestros cuerpos incorruptibles; «de modo que el mundo así renovado estará á la altura de los hombres resuci«tados [5].» En otro lugar dice que el cielo y la tierra serán renovados despues del juicio; que pasarán, pero que no perecerán [6]; y comparando luego el fuego que debe abrasar el mundo al fin de los siglos á las aguas del diluvio, hace un paralelo entre las expresiones de que se sirve la Escritura para expresar ambos acontecimientos; al hablar del primero dice que el *mundo pereció*, así como dice que perecerá en el segundo; mas como es sabido que por la palabra *perecer* la Escritura solo ha querido expresar un cambio extraordinario, de aquí se deduce que cuando dice que en la consumacion de los siglos el mundo

[1] II Petr. III, 10.

[2] Didici quod omnia opera quae fecit Deus perseverent in perpetuum.

[3] Per eam quam nunc habent imaginem transeunt, sed tamen per essentiam sine fine subsistunt. (*Moral.* lib. XVII, *in Job*, V).

[4] Non alia condenda sunt, sed haec ipsa renovantur. (*Ibid.*).

[5] Ut scilicet mundus, in melius innovatus, apte accommodetur hominibus, etiam carne in melius innovatis. (*De Civit. Dei*, lib. XX, 16).

[6] Mutatione namque rerum, non omnimodo interitu, transibit hic mundus... Figura ergo praeterit, non natura. (*Ibid.* cap. 14).

cielo, y el fuego brillante como los astros y el sol; la tierra será en su superficie clara y transparente como el vidrio [1], y siempre é igualmente iluminada la tierra estará constantemente en la misma temperatura; los astros y los elementos, semejantes siempre consigo mismos y con nosotros, no tendrán ninguna de las imperfecciones que les observamos ahora [2]. Es cierto que la tierra quedará despojada de ciertos cuerpos mixtos, obligado acompañamiento de su condicion presente, sin quedar por esto menos perfecta; pues tendrá cuanto puede contribuir á la perfeccion en su estado de estabilidad y de incorrupcion, aunque privada de ciertas bellezas que le eran convenientes en su primer estado de imperfeccion. Los adornos que

perecerá, significa que será cambiado en cuanto á sus calidades, pero que subsistirá en cuanto á su sustancia.

San Epifanio [1], Procló, Metodio y Ecumenio [2] sostienen y prueban igual opinion. «La tierra y los elementos, dice el último, no serán destruidos, pues «así como nosotros sujetamos los metales á la accion del fuego sin ningun de«seo de destruirlos, tampoco Dios desea destruir el mundo; destruirá, sí, «únicamente las cosas que solo sirven para el uso de esta vida mortal y pere«cedera, y cuanto no tiene relacion alguna con el estado de inmortalidad y de «incorrupcion en que nos encontrarémos despues de la resurreccion de los «cuerpos; mas conservará todo lo demás en un estado mas perfecto y feliz, «para adorno y belleza del nuevo cielo y de la nueva tierra que nos están pro«metidos, así como para contribuir á la beatitud de los justos que vivirán en«tonces.» Así como el que levanta un nuevo edificio lo hace de algo, así Dios despues del juicio formará los nuevos cielos y la nueva tierra con la materia de los cielos y de la tierra que existen actualmente, y que cambiará en un estado mas perfecto [3].

[1] Innovatio mundi ordinatur ad hoc quod homo etiam sensu in corporibus quodammodo per manifesta indicia divinitatem videat. Inter sensus autem nostros spiritualior est visus et subtilior. Et ideo quantum ad qualitates visivas, quarum principium est lux, oportet omnia corpora inferiora meliorari. Unde omnia elementa claritate quadam vestientur; non tamen aequaliter, sed secundum suum modum... Aër non erit clarus, sicut radios proiiciens, sed sicut diaphanum illuminatum... Terra erit in superficie exteriori pervia sicut vitrum, aqua sicut crystallus, ignis ut luminaria coeli. (D. Thom. 3 p. *Suppl.* q. 91, art. 4). —El cielo y todos los cuerpos celestes experimentarán una transformacion semejante, y serán mil veces mas luminosos de lo que son en el dia. (Id. id. art. 3).

[2] S. Hier. in Habacuc, III.

[1] Haeres. 64.

[2] In II Petr. III.

[3] Cyril. lib. IV, in Isai. LI.

se adaptan perfectamente á la casa de un simple particular, no son propios ya al convertir aquella en el palacio de un gran príncipe [1].

3.° Respecto del hombre. El cielo es, como hemos dicho ya, el cumplimiento de todos sus deseos legítimos referentes á su estado futuro; es la satisfaccion del voto expresado en nombre de todo el género humano por el Profeta real: *Señor, quedaré satisfecho cuando veré vuestra gloria* [2]. Para probarlo bastan estos dos principios: primeramente, el cielo es la ausencia completa del mal y el completo goce de una felicidad pura y sin fin; en segundo lugar, el hombre será en el cielo verdadero hombre, es decir, estará en él en cuerpo y en alma; luego el cielo será la felicidad completa del cuerpo y del alma. Esta es la definicion que da al género humano un instinto tan universal como invencible, y hé aquí por qué, cosa muy poco observada aunque muy digna de serlo, el hombre desea el cielo con toda la extension de su doble potencia, espiritual y corporal. Criado para la felicidad, tiende incesante, irresistiblemente hácia su fin, como la aguja imantada se dirige al polo, como toda la naturaleza hácia su centro; desde su cuna á su tumba, ese ser degradado é infeliz busca su rehabilitacion y trata de sacudir el imperio del mal; el rey destronado busca su trono, *el dios caido se acuerda del cielo*, y lo busca por todas partes; una fuerza irresistible le empuja, y á cuantos encuentra les pide el cielo, la felicidad. Preguntadle cuál es el fin que se propone con su trabajo, con sus sudores, con sus negocios, con su vida agitada, con sus sacrificios, con sus virtudes, con sus crímenes quizás, y siempre os contestará: la felicidad, es decir, el cielo. Desde hace seis mil años que respira en el globo; nada ha podido detener el impetuoso movimiento que le lleva hácia la felicidad, es decir, hácia el cielo; al contrario, cuanto mas envejece, tanto mas devorante es su ardor, pues cuanto mas se aleja al corromperse del verdadero cielo, mayores esfuerzos hace para encontrar el imaginario cielo que sus pasiones han soñado. ¿Por qué desde hace tres siglos ha llenado el mundo de ruinas? ¿por qué

[1] Lo que acaba de leerse sobre el estado del mundo despues de la resurreccion no es artículo de fe, pero sí la opinion mas favorecida por la sagrada Escritura y mas acreditada entre los santos Padres y teólogos. (*Biblia* de Vence, t. XXIII).

[2] Psalm. XVI, 15.

esos inauditos sacudimientos, esas revoluciones sin cesar renacientes que solo dan por resultado amargas decepciones, sin satisfacer jamás su insaciable sed de felicidad? ¿Qué objeto, qué fin tienen tantas catástrofes? La felicidad, el cielo, que el hombre mendiga á cuanto supone capaz de podérsele dar. Legítimos deseos, ¡mas esfuerzos supérfluos! Si desea el cielo, lo desea mal, ó por mejor decir, ve el cielo donde no está, y esto es una terrible consecuencia de su degradacion; semejante en esto á un niño que colocado en la orilla de un tranquilo lago, viese de repente la luna en el espejo de las aguas; tomándola por el mismo astro, se precipita en el lago, la imágen se rompe, y cuanto mas se agita para cogerla, tanto menos la alcanza, logrando solo á pesar de sus penosos esfuerzos la fatiga, la desesperacion y la muerte en medio de las olas. Niño, levanta la cabeza, y no busques á tus piés lo que está encima de tí; lo que persigues no es mas que la imágen de la dicha. No es menos cierto que la satisfaccion que experimenta en el goce de las criaturas es una sombra, una partícula, una alteracion si se quiere, pero en fin es una imágen de la felicidad del cielo, ó, por mejor decir, el cielo en imágen.

En efecto, ¿qué desea el hombre para su cuerpo y sus sentidos, para su alma, su memoria, su imaginacion y su corazon?

Placeres corporales. Primeramente, el hombre desea residir en sitios encantadores, en una tierra fértil, adornada con todas las bellezas de la naturaleza; desea que cobije su cabeza un cielo puro, sereno, sin nubes, sin frio excesivo, sin un sol ardiente; ved sino á los ricos hacer viajes, investigaciones y gastos para procurarse este placer, y cuando lo gozan están en el colmo de la satisfaccion, celebran su dicha, lo escriben á sus parientes, á sus amigos, invitándoles á alegrarse con ellos. ¡Pues bien! ¿qué es el cielo? El cumplimiento, la satisfaccion plena, entera, eterna de semejante deseo; pues finido el tiempo, habrá nuevos cielos y nueva tierra, los que, purificados por el fuego, serán revestidos de las calidades análogas á la naturaleza de nuestros cuerpos hechos impasibles é inmortales. ¡Oh! ¡cuán deslumbradora será su belleza! Además, bajo los nuevos cielos y en la nueva tierra nada habrá de lo que turba y oscurece vuestra actual residencia por bella que os parezca; no habrá ladrones que amenacen vuestras propiedades, vuestra seguridad ó

la de las personas que os son queridas; no habrá hambre, ni inundaciones, ni incendios, ni terremotos; plàga ni azote alguno hará estragos en vosotros; nada tendréis que temer.

¿Qué mas desea el hombre para su cuerpo? Una habitacion cómoda, ricos salones, magníficos muebles. Ved la admirable actividad que despliega para procurárselos; ved cuántas artes y oficios están empleados para este objeto: albañiles, picapedreros, carpinteros, doradores, ebanistas, artesanos de toda especie solo piensan en embellecer su casa; los metales todos sirven para el mismo fin, el hierro, la plata, el cobre, el plomo, ¿qué se yo? el mármol, la pizarra, las flores, los tapices mas preciosos; y cuando ha logrado alojarse y dormir en aquel suntuoso palacio se cree feliz. ¡Pues bien! el cielo no es mas que el cumplimiento, la satisfaccion plena, entera y eterna de semejante deseo; escuchad sino la descripcion que nos hace de la residencia de los elegidos el discípulo amado, cuyos ojos fueron bastante felices para contemplarla: «Y el Ángel me llevó en «espíritu á un monte grande y alto, y me mostró la ciudad santa de «Jerusalen que descendia del cielo de la presencia de Dios; que te«nia la claridad de Dios, y la lumbre de ella era semejante á una pie«dra preciosa de jaspe á manera de cristal. Y tenia un muro grande «y alto con doce puertas, y en las puertas doce Ángeles; el mate«rial de este muro era de piedra jaspe, mas la ciudad era oro puro «semejante á un vidrio limpio. Y los fundamentos del muro de la «ciudad estaban adornados de toda piedra preciosa. Las doce puer«tas son doce margaritas una en cada una, y cada puerta era de una «margarita, y la plaza de la ciudad oro puro como vidrio transpa«rente [1].»

Hombres, ¿qué mas deseais para vuestro cuerpo? Vestidos suntuosos y brillantes; pues no ignoramos cuánto precio dais á su posesion, cuánto orgullo, ó, por mejor decir, vanidad os inspiran; mas ved que en el cielo esos innobles despojos de animales que ostentais para cubrir vuestra vergüenza y proteger vuestra debilidad,

[1] Apoc. XXI, 10-21. Para darnos una idea de la realidad, san Juan se sirve de cuanto conocemos mas precioso. No debe creerse que la Jerusalen celeste sea edificada ni enriquecida con las piedras y metales de que tanto aprecio hacemos en el mundo, sino que el Espíritu Santo para acomodarse á nuestras ideas bajas y groseras nos habla de aquel modo, en cuanto no sabemos imaginar nada mas bello y brillante. (Belar. pág. 61).

esas libreas de la degradacion primitiva habrán desaparecido; y vuestro cuerpo brillante con todas las gracias de una eterna juventud será él mismo su propio vestido.

¿Qué otros bienes deseais para vuestro cuerpo? La salud, la belleza, la agilidad, la vida.

¿Qué no hace el hombre para conservar el primero de esos bienes, ó para recobrarle cuando lo ha perdido? No retrocede ante los gastos, los viajes ni las privaciones de toda clase, y si á costa de tantos sacrificias recobra una salud que volverá á alterarse en breve, se cree, aun cuando sea el hombre mas miserable, mas feliz que el mas poderoso monarca. Ahora bien, en el cielo el hombre gozará de una salud perfecta, y sus órganos todos, en el dia corruptibles y groseros, serán tan perfectos é incorruptibles, que nada los alterará jamás, y servirán con una facilidad maravillosa á las operaciones del alma.

Tambien desea el hombre la belleza; las deformidades naturales le son á veces tan insoportables como la muerte; envidia á los que ha caido en lote la hermosura, y para consolarse acaba por creer que tiene una parte de la misma; nada diré de los cuidados, de las penas que se toma el dia en que aquella belleza imperfecta se encuentra amenazada, para reparar y suspender, si posible fuese, los estragos del tiempo. ¡Pues bien! en el cielo, libre el hombre del mal y de todas sus consecuencias, aparecerá con una belleza de que nada puede darnos una idea. En los trabajos de la tumba, dice san Agustin, los cuerpos de los Santos perderán sus defectos, el hombre resucitará en el vigor de la edad, cuando la belleza brilla con todo su esplendor, y gozará de una juventud eterna.

Tambien, y especialmente en el dia, desea el hombre para su cuerpo con inconcebible ardor el don de la agilidad; no puede sufrir las distancias; el peso de la materia le incomoda y á toda costa quiere librarse de él; su genio ha sido puesto en tortura, y admirables maravillas han coronado sus esfuerzos; el vapor le presta su omnipotencia, el hierro su solidez, las montañas se inclinan delante de él, y mas rápido que el pájaro, atraviesa distancias inmensas en un abrir y cerrar de ojos. Aspira á dar la vuelta al mundo con la prontitud del pensamiento, y los triunfos que ha obtenido y los que sueña todavía le procuran un increible placer. ¡Pues bien! el cielo es el cumplimiento del deseo de agilidad que nos atormenta; hechos

espirituales nuestros cuerpos no serán un obstáculo á la actividad del alma, la cual los transportará donde quiera con una facilidad y prontitud maravillosas.

Finalmente, el hombre desea para su cuerpo la vida; ¡ah! si pudiese esperar la inmortalidad, que no es mas que la vida sin fin, ¿qué no haria para procurársela? Juzgadlo al ver su ansia en prolongar sus dias, y su excesivo temor de morir; ved como lucha contra la enfermedad, como se debate contra la muerte; la medida de los esfuerzos que emplea para sustraerse á ella es la medida de su amor á la vida. ¡Pues bien! el cielo es el cumplimiento del deseo mas indestructible é imperioso del corazon humano; allí nos está prometida una vida inmortal acompañada de todos los goces sin ninguna mezcla de amargura; la belleza, la salud, la agilidad, la vida, tales son los grandes bienes que el hombre desea para su cuerpo, que busca, persigue, compra á toda costa; la Religion le conduce á su posesion, y se los da en el cielo.

El hombre experimenta tambien para cada uno de sus sentidos deseos que nada en la tierra puede satisfacer y que son su tormento: los ojos desean ver, los oidos oir, el gusto gustar, el olfato sentir y el tacto tocar cuanto hay bello, armonioso, delicioso, agradable y dulce; si quisiésemos referir cuánto hace el hombre para satisfacer sus sentidos seria preciso contar desde su primera página á la última la historia del género humano. ¡Cuántas vidas sacrificadas, cuántos rios de sangre derramada, cuántas montañas de oro y plata derrochadas para comprar el placer de los sentidos! Pues bien, el cielo da todo esto, ó mejor, el cielo es todo esto perfeccionado sin mezcla de imperfeccion ni de vicisitud [1].

Primeramente, *placer de la vista.* Los Santos verán los nuevos cielos y la nueva tierra incomparablemente mas bellos de lo que jamás habrán sido; verán la santa ciudad que Tobías y el apóstol san Juan despues de él nos pintan, á falta de términos para expresar su magnificencia, como una ciudad construida de oro y adornada con toda clase de piedras preciosas; veránse á sí mismos, y como *sus cuerpos serán reformados para hacerlos conformes al glorioso cuerpo de Jesu-*

[1] Oculi, aures, nares, os, manus, guttur, iecur, pulmo, ossa, medullae, etc., Beatorum mirabili delectationis et dulcedinis sensu replentur. (S. Anselm. *Lib. de Similitudinib.* c. 57).

cristo, segun dice san Pablo [1], serán tan bellos y luminosos, que no cederán al mismo sol en hermosura y brillo. En esto no hay exageracion, puesto que el cuerpo de Jesucristo, al que todos los demás se parecerán, apareció un dia á san Pablo mas brillante que el sol del mediodía; además, ¿por ventura no dice el mismo Salvador: *Los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre* [2]? ¿Cuál será, pues, su contento cuando verán sus piés, sus manos y todos los miembros de su cuerpo tan resplandecientes, que en cualquier parte donde estén no tendrán necesidad ni de luz ni de astro alguno para iluminarse?

Además, no tendrán únicamente la satisfaccion de ver sus cuerpos así radiantes de gloria, sino que verán tambien con extremado placer los de los otros Santos y sobre todo el de Nuestro Señor y el de su santa Madre; si, pues, el sol regocija á su salida al universo entero, ¿qué alegría será la de los bienaventurados á la vista de todos aquellos brillantes soles, de todos aquellos cuerpos que atraerán y encantarán los ojos, tanto por la admirable disposicion y justa proporcion de sus miembros, como por su extraordinario brillo? Y no tendrá entonces que bajarse la vista para resguardarse de la excesiva luz, no, pues los ojos serán impasibles, y el que fortificará de tal modo los ojos del alma para que puedan mirar fijamente á la Divinidad, fortificará tambien de tal modo los del cuerpo, que millones de soles no podrian deslumbrarlos.

Para el placer de la vista se puede añadir lo que dice san Agustin, que los santos Mártires tendrán algunas señales de gloria en la parte de su cuerpo que mas habrá sufrido: así se verá en la frente de san Estéban una corona compuesta de tantos diamantes como piedras le echaron; san Juan Bautista, san Jaime, san Pablo, que fueron decapitados, tendrán un collar de una maravillosa belleza y de un precio inestimable; san Bartolomé, desollado, estará revestido de una púrpura mucho mas brillante que la de los reyes y emperadores, y finalmente, y para nada decir de los demás, las gloriosas llagas de san Pedro y de san Andrés, que murieron en el suplicio de la cruz, se verán tan luminosas como astros; sobrepujando á todos en luz, sin ofuscarles sin embargo, el Rey de los Mártires, el cual brillará en medio de ellos como el sol entre las estrellas.

[1] Philip. III, 21.
[2] Matth. XIII, 43.

En segundo lugar, *placer del oido.* Es indudable que en el cielo los cuerpos luminosos tendrán los órganos necesarios para oir y para hablar; pues los Apóstoles todos, acompañados de muchos discípulos y de gran número de mujeres, vieron al Salvador y le hablaron despues de su resurreccion, contestando este á varias preguntas que aquellos le dirigieron. Sábese tambien por el libro de Tobías y por el Apocalipsis de san Juan, que en el cielo se entonarán cánticos en alabanza del Señor, agradables himnos que serán siempre nuevos y que darán tanto mayor placer, en cuanto las voces serán mas bellas, en cuanto aquel en cuyo honor se cantarán será mas digno de semejantes alabanzas, en cuanto el lugar en que tendrán lugar los conciertos resonará mejor, en cuanto finalmente los que los oirán tendrán el oido mas delicado y serán en gran número.

¿Quién puede, pues, concebir el exceso de su felicidad, cuando gozando de una paz estable y ardiendo en amor de Dios, soberano bienhechor, se excitarán unos á otros á alabarle eternamente? Segun refiere san Buenaventura, san Francisco escuchó por algun tiempo la dulce armonía de un laud pulsado por un Ángel, y quedó de tal modo arrobado, que creia estar en otro mundo. ¡Qué placer será, pues, el de escuchar millones de voces unidas á otros tantos instrumentos, divididas en dos coros y respondiéndose continuamente unas á otras, cantar durante todos los siglos alabanzas al Señor!

En tercer lugar, *placer del olfato.* El cielo será un sitio embalsamado con los mas deliciosos perfumes; sabemos positivamente que los cuerpos de muchos Santos han exhalado despues de su muerte un olor tan delicioso que jamás se habia percibido otro semejante. Así sucedió con san Hilarion, segun cuenta san Jerónimo, pues diez meses despues de haber sido enterrado, fue hallado su cuerpo tan entero como si gozase de vida, y exhalaba un olor milagroso que hizo creer á algunos que habia sido embalsamado; lo mismo se cuenta de san Sérvulo, el pobre paralítico de que hace san Gregorio tan grande elogio, y de quien se dice que al morir despidió un perfume celestial que llenó de sorpresa á todos los asistentes. Muchos ejemplos pudiéramos citar de semejante maravilla, y de aquí podemos deducir que si los cuerpos cuyas almas gozan de la gloria exhalan hasta en el sepulcro un olor divino, lo exhalarán mayor en el cielo cuando residirán allí vivos y gloriosos.

Añádase á esto lo que el mismo san Gregorio escribe de su tia,

santa Tharsilia, la cual, levantando cierto dia los ojos al cielo vió á Nuestro Señor que se dirigia á ella, en cuyo momento sintió un perfume tan dulce que comprendió que se hallaba presente el autor de toda dulzura. Así pues, los que amen los buenos olores, prepárense ya para experimentar el placer que sentirán en el paraíso al encontrarse en aquel jardin delicioso entre los lirios y las rosas.

En cuarto y quinto lugar, *placer del gusto y del tacto*. Es indudable que en el cielo no se usarán manjares materiales y corruptibles; sin embargo el sentido del gusto, elevado, purificado como todos los sentidos del hombre, tendrá su accion y sus placeres propios del lugar y de la condicion de los bienaventurados. El cielo nos está anunciado como un festin nupcial, y habrá torrentes de placeres; además, ¿qué goce será para el justo la buena disposicion en que se encontrarán los cuerpos de los justos resucitados? Hagamos sino una comparacion. Cuando en la tierra el cuerpo se halla extenuado por las enfermedades, ó cubierto de úlceras, el sentido que mas sufre ó el único que sufre es el tacto; del mismo modo, cuando el cuerpo está sano y vigoroso, el tacto goza tambien de todas las comodidades y de todo el placer. Luego este sentido tendrá igualmente su beatitud, y la tendrá eternamente cuando los cuerpos de los Santos, siendo despues de la resurreccion impasibles é inmortales, gozarán de una perfectísima salud. ¿Qué hay que no diesen los grandes de la tierra para estar siempre exentos de la gota, del mal de piedra, de los dolores de cabeza, de estómago, etc.? ¿Cuáles deben ser, pues, sus esfuerzos para consegnir el cielo de donde están desterradas, junto con la muerte, las enfermedades y los sufrimientos?

Hay mas, aunque los cuerpos resucitados deben continuar siendo un compuesto de carne y de huesos, serán sin embargo *espirituales*, es decir, que estarán de tal modo sometidos al espíritu, que se moverán á su voluntad, subirán y bajarán, é irán por todas partes con prodigiosa velocidad; que pasarán fácilmente al través de las mas espesas paredes, en una palabra, harán lo mismo que si fuesen espíritus y no cuerpos. Así pues, como aquel sentido es el único que sufre cuando los cuerpos pesados y terrestres se ven obligados á bajar ó á subir hasta la cima de una montaña, ó á correr de un lugar á otro, él únicamente gozará tambien del placer que causará á los cuerpos gloriosos la facilidad de ir por todas partes sin fatigarse.

Este es el modo como los bienaventurados estarán libres de la ser-

vidumbre de esta carne corruptible; para marchar con mas velocidad ó con mayor seguridad, no tendrán necesidad de caballos, ni de carruajes, ni de armas, ni de otra cosa alguna, puesto que irán en un momento de uno al otro polo, y que nada tendrán que temer en cualquier parte en que se encuentren. ¡Ojalá que aquellos que no son capaces todavía de gustar de las dulzuras espirituales pensasen al menos en estos bienes sensibles, y que á fuerza de pensar en ellos, los estimasen y deseasen! Quizás despues podrian elevarse mas y mas, habiendo sido aquello un escalon para llegar con el auxilio divino á la beatitud eterna.

Si de los placeres de los sentidos, que, tales como los acabamos de describir, harian ya la felicidad del hombre mas ambicioso, pasamos á los placeres espirituales, infinitamente mas nobles y mas vivos, preciso nos será exclamar con el Apóstol: «Ojo no vió, ni oreja «oyó, ni en corazon de hombre subió lo que preparó Dios para aque«llos que le aman [1].» Tratemos, sin embargo, de formarnos de ello una idea por mas que sea imperfecta.

El hombre desea para su *memoria* recuerdos completos y deliciosos; y una de nuestras mayores miserias y uno de nuestros mayores pesares es olvidar en todo ó en parte lo útil y agradable que hemos visto, oido ó aprendido. ¡Pues bien! ¿cuál será en el cielo la satisfaccion de los Santos, cuando su memoria, hecha plena y perfecta, les recordará por una parte los bienes infinitos que han recibido de Dios, ya en el cuerpo, ya en el alma, ya en el tiempo, ya en la eternidad, y por otra los peligros cási continuos de que les ha librado en todos los tiempos, en todos los estados, en todas las fases de su vida? ¿Acaso podrán pensar en la bondad de que hizo prueba al preservarles del pecado mortal y de las penas del infierno, en que tantas veces se hallaban próximos á caer, sin darle mil acciones de gracias? ¿Cómo no pensar en ello eternamente, y cómo no convertirlo durante todos los siglos en un motivo de alegría? Si fuesen capaces de olvidarlo, el Profeta no exclamaria: *¡Cantaré eternamente las misericordias del Señor!* y san Agustin no diria [2], que en la ciudad de Dios no hay nada tan encantador como ese cántico, nada que revele mejor la gracia de Jesucristo nuestro redentor.

¿Qué dirémos de las vicisitudes de los tiempos que tendrán siem-

[1] I Cor. II, 9.
[2] Psalm. LXXXVIII.

pre presentes á la imaginacion y al espíritu? ¿Acaso no será un espectáculo muy agradable el ver á Dios, ver en él cuanto habrá sucedido hasta entonces en el mundo, tantos y tan diversos acontecimientos que la Providencia habrá obrado, ó permitido, y que habrá sabido dirigir infaliblemente á sus fines? ¿No es este el *impetuoso rio* de que habla David, el rio que corre siempre, y que regocija la ciudad de Dios [1]? ¿Puédense representar mejor las revoluciones de los siglos, que por medio de aquel rio de rápida corriente, y que no se detendrá jamás hasta desaguar y perderse en el grande mar, que no es otra cosa que la eternidad [2]?

El hombre desea enriquecer su espíritu, y adquirir conocimientos; vedle emprendiendo largos viajes, surcando los mares, trepando á las montañas cuya cima se pierde en las nubes, descendiendo hasta la profundidad de las entrañas de la tierra, consumiéndose en prolongadas y continuas vigilias, gastándose antes de tiempo! Y ¿por qué? para conocer alguna otra verdad, y para reputarse por feliz cuando ha entrevisto como al través de un espeso velo alguna de las bellezas del mundo espiritual.

Y sin embargo, ¿qué es aquella verdad? ¿qué es aquella belleza? ¿qué son todas las verdades que podemos descubrir aquí abajo? ¿todas las criaturas en que pensamos ver tan seductora hermosura? Vestigios del Criador, dice santo Tomás: *vestigia Creatoris.* Si una dama de raros encantos dejase, al pasear por la orilla del mar, impresas sus huellas en la arena, y fuesen aquellos vestigios de tan admirable belleza que los reyes de la tierra levantasen ejércitos y diesen batallas para ponerse en posesion de ellas, si los mas avaros prodigasen sus tesoros para comprarlas, y si finalmente los hombres todos abandonasen sus quehaceres para poder solo gozar del placer de verlas, cifrando en esto su suprema felicidad, ¿qué juicio formaríais de la hermosura de la dama, considerando que las solas huellas de sus piés tienen bastante atractivo para revolucionar el mundo? Diríais: debe ser un prodigio, un milagro de hermosura, que sobrepuja á cuanto puede concebir la imaginacion humana.

¡Oh Dios de amor! ¿qué debemos, pues, pensar de vuestra inefable belleza, cuando todos los hombres trabajan incesantemente,

[1] Psalm. XLV.

[2] La descripcion del cielo que acaba de leerse es un extracto de una obra del anciano y sábio cardenal Belarmino.

cuando combaten y se matan, encantados como están, por las huellas de vuestros piés? ¿Por qué se hacen la guerra los Emperadores y Reyes, sino para la posesion de la grandeza y de la gloria humanas? Y ¿qué son las grandezas, los reinos, y las riquezas todas de los Príncipes del mundo, sino las huellas de vuestros piés impresas en la tierra; *vestigia Creatoris?* ¿Por qué tantos hombres corren por mar y por tierra en busca del oro y de las piedras preciosas, sino porque aman apasionadamente la belleza de aquellos objetos? Y ¿qué son estas sino las huellas de vuestros piés impresas en una materia corruptible; *vestigia Creatoris?* ¿Por qué los mas sábios filósofos y los mas grandes hombres de la tierra se han complacido en todos tiempos en estudiar los secretos de la naturaleza, sino porque encontraban en ellos bellezas que les arrobaban? Y ¿qué son todas aquellas bellezas sino las huellas de vuestros pasos impresas en las criaturas, *vestigia Creatoris,* así como el que anda por el polvo deja algunas señales de que ha pasado por allí, si bien estas no manifiestan el grado de su belleza?

Si, pues, las solas huellas de vuestros piés, señaladas como en la arena, tienen una hermosura que anima el valor de todos, un brillo que excita todas las pasiones, encantos que subyugan todos los espíritus, atractivos que cautivan todos los corazones, y que revolucionan al mundo entero, ¿quién podrá concebir lo que será contemplar vuestro rostro, ó inagotable manantial de bellezas [1]? ¡Pues bien! el cielo es la satisfaccion plena, entera, eterna, del insaciable deseo de contemplar lo bello; allí verémos la Belleza, orígen de todas las bellezas; y la verémos no en un espejo, sino cara á cara, sin intermediario y sin velo; la verémos á ella misma y en el secreto de los acontecimientos todos. Sabrémos por qué crió Dios el mundo; conocerémos el misterio de todas las revoluciones del globo que llenan de admiracion á la ciencia y parecen desafiarla; verémos por qué permitió el Señor la caida del primer Ángel, lo mismo que la del primer hombre, y la causa de haber dado un Salvador al segundo y no al primero; por qué entre tantas naciones eligió para su pueblo querido á los descendientes de Abrahan, á pesar de que previese que se convertirian en hombres perversos, que perseguirian á su Hijo hasta hacerle morir en una cruz como el mas vil de los crimi-

[1] Valde mirabilis es, Domine; facies tua plena gratiarum. (P. d'Argentan, *Grandezas de Dios).*

nales, desde donde quiso salvar, á pesar de ellos, á todas las naciones de la tierra. Finalmente sabrémos por qué en todos tiempos ha permitido que muchos hombres honrados sufriesen aflicciones en el mundo, y se verá que su designio era hacerles merecer, por medio de la paciencia, la gloria que les preparaba. Y juntos, al ver nuestras cruces cambiadas en coronas, le bendecirémos eternamente, diciendo con el Profeta: *Si nuestras penas han sido grandes, habeis, Señor, llenado nuestras almas de igual consuelo y alegría* [1]. Decid, hombres científicos, ¿será fastidioso el cielo? Y si os consumís para lograr lo menos, ¿cómo no haceis nada para alcanzar lo mas?

¿Qué desea el hombre para su corazon? Amar y ser amado; ¿quién es capaz de decir cuánto hace para satisfacer esta imperiosa necesidad de su corazon? Ante nada retrocede con la esperanza de ser amado; velas, sacrificios, trabajos, peligros, privaciones, la muerte misma le parece dulce con tal de conseguirlo. Ofrece su amor á cuanto se presenta, al oro, á la plata, á los honores, á sus semejantes, hasta á los animales, y es feliz cuando lo aceptan y le dan corazon por corazon. ¡Pues bien! el cielo es el cumplimiento, la satisfaccion plena, entera, eterna de semejante deseo, allí amarémos la Belleza, el Bien infinito, océano de toda perfeccion, eterno manantial de todo bien, y en él todas las bellezas y bienes criados.

Además, lo que sobre todo es el encanto de la amistad es aquella secreta simpatía, aquel enlace de las almas, mágia maravillosa que produce entre ciertos corazones tan poderosa atraccion, que parecen querer saltar del pecho para unirse con otro; mas, ¿qué es esto comparado con la simpatía que une á Dios con el alma, y el alma con su Dios, tan fuerte en este que el deseo de reunirse con ella le atrajo desde el cielo á la tierra, y tan poderosa tambien en el alma que le es imposible ser feliz ni estar contenta no hallándose unida con Dios? ¡Pues bien! en el cielo esta simpatía será tan fuerte y deliciosa, que llegará, por decirlo así, hasta transformarnos en Dios, de modo que segun la expresion del apóstol san Juan serémos *consumados en él, semejantes á él* [2]. ¡Consumados en Dios, semejantes á Dios! ¿Concebís tamaña felicidad? Decid, hombres que ardeis en amor, ¿será el cielo fastidioso? Y si os consumís para lograr lo menos, ¿por qué nada haceis para lograr lo mas?

[1] Belarmino, *Felicidad de los Santos.*
[2] Ioan. XVII, 23.

Veamos cuáles son los demás deseos del hombre: la gloria, el poder; ¡ah! sí; para llegar á la gloria, todos los caminos le son fáciles; preguntad al sábio que se consume en penosos estudios, al soldado que va alegre á derramar su sangre en la batalla, al avaro que vela noche y dia para aprovechar el momento de hacer una fortuna: ¿Qué buscais? y todos os dirán: ¡La gloria, la gloria! sin ella la vida es nada. ¡Pues bien! ¡qué gloria la del cielo! En la frente de las Vírgenes, de los Confesores, de los Mártires, de los Apóstoles, de los Santos de todas condiciones, veo brillar una auréola inmortal, distinta segun los grados del mérito, y la distincion de las virtudes [1]; corona que no será para nadie motivo de envidia; corona que será justamente merecida, y que hará la felicidad y la gloria de todos cuantos la ciñan.

¡Y el poder! imposible es decir con qué ardor el hombre lo desea, en este siglo sobre todo; interrogad las ruinas, los rios de sangre, los trastornos de que somos víctimas, y una voz saldrá de su seno para deciros: Hé aquí lo que hace el hombre para llegar al poder. De hecho la mas fuerte de las pasiones es sin contradiccion la de reinar, pues el cetro soberano es un bien que encierra cuantos se codician en el mundo; además del poder, del honor, de las riquezas, de los goces y placeres que son inseparables de él, se encuentra en el mismo la libertad de hacerlo todo, una entera independencia que lo hace superior á las leyes, que es lo que mas ama la naturaleza en este mundo; añádanse á esto las preeminencias y la dignidad que de tal modo distinguen á los reyes del comun de los hombres, que no tienen iguales, que todo se inclina ante ellos, que son adorados como divinidades en la tierra; de aquí viene que cuando desean demostrar el exceso de su amor y de su liberalidad, creen no poder ofrecer nada mejor que la mitad de su reino; Assur decia á Esther: *¿Qué deseais? ¿qué exigís de mí? Si me pidiéseis la mitad de mi reino, de buen grado lo compartiria con vos* [2]. Herodes, impulsado por el mismo sentimiento, decia á la hija de Herodías: *Todo lo que me pidieres te daré, aunque sea la mitad de mi reino* [3].

De aquí proviene tambien que no hay esfuerzo que no se intente, ni crímen que no se cometa, nada tan santo que no se viole, cuan-

[1] S. Thom. p. 2, q. 96.
[2] Esther, v, 3.
[3] Marc. vi, 23.

do se trata de conquistar un reino ó de extender sus límites; la historia nos ofrece mil ejemplos de los extremos y excesos á que arrastra la pasion de mando, y sabido es que Julio César tenia con gran frecuencia en los labios este verso de Eurípides: Solo para reinar es lícito faltar á un juramento; en todas las demás ocasiones pórtate como un hombre de bien. Agrippina, madre de Neron, consultó á los astrólogos acerca del destino de su hijo, y recibió la siguiente contestacion: Vuestro hijo será emperador, y hará morir á su madre. No importa, exclamó enajenada de gozo; quíteme la vida en buen hora, con tal que reine.

Por estos y otros mil rasgos es fácil conocer que no hay bien alguno en el mundo tan estimado y deseado con tanto ardor como la soberanía; sin embargo de que la razon y la fe nos enseñan que los reyes de la tierra no pueden reinar mucho tiempo, que los reinos de aquí abajo finirán en breve, y que solo el del cielo subsistirá eternamente [1]. ¡Pues bien! el cielo es la satisfaccion completa y eterna del deseo de reinar que atormenta el corazon del hombre; asociados con el Monarca de los mundos y de los siglos, los Santos serán reyes en toda la extension de la palabra; lo que el Todopoderoso puede por sí mismo, ellos lo podrán por él; reinarán sobre sus enemigos para siempre vencidos, sobre el demonio y sus ángeles, sobre los malos y sus propias pasiones, finalmente sobre todo cuanto exista. Dominacion, independencia, honores, riquezas, placeres, cetro, corona, cuanto es propiedad de la soberanía lo será suya, y esto sin rivales, sin temor, sin límites. Tampoco imagine nadie que las riquezas y la gloria del paraíso se disminuyan en cierto modo por participar de ellas tantos millones de bienaventurados; aquel reino no se asemeja en nada á los de la tierra, que disminuyen á medida que son divididos, y en los que manda uno solo; el de los cielos tiene la ventaja de pertenecer todo á los justos todos que lo poseen, y todo á cada uno de ellos, sin fraccionarse en lo mas mínimo, semejante á la luz del sol que brilla á los ojos de todos, y que así ilumina á cada hombre en particular, como á todos en general.

Así pues, en el cielo quedarán satisfechos todos los deseos del hombre, de un modo que sobrepujará á cuanto es dable imaginar [2].

[1] Dan. II, 44; Luc. I, 33.

[2] Ibi erunt bona corporis et animae, qualia nec oculus vidit, nec auris audivit, nec cor hominis cogitavit. Cur ergo per multa vagaris, homuncio, quae-

¡Hombres, hermanos mios, seres de un dia y nobles candidatos de la eternidad! sed mas ambiciosos de lo que sois; elevad vuestros ojos al cielo, y exclamad luego al fijarlos en la tierra, en sus honores, en sus riquezas y en sus placeres: Soy mas grande que todas estas cosas y he nacido para mayores bienes: *Maior his sum et ad maiora natus*. Sed consecuentes con tan noble ambicion, y el cielo es vuestro.

Sordos, ciegos, estúpidos é insensatos, si por bienes no solo viles y abyectos, sino tambien de corta duracion, abandonamos otros de infinito precio y de duracion eterna, si por la sombra continuamos sacrificando la realidad, consumiéndonos en buscar el cielo allí donde no está, y rehusando buscarlo allí donde se encuentra! ¡Dios mio! os lo pido por vuestra gran misericordia, curad nuestra sordera, abrid nuestros ojos á la luz del espíritu, dadnos la inteligencia

rendo bona animae tuae et corporis tui? Ama unum bonum in quo sunt omnia bona, et sufficit. Quid enim amas, caro mea? Quid desideras, anima mea? Ibi est, ibi est quidquid amatis, quidquid desideratis. Si delectat pulchritudo, fulgebunt iusti sicut sol. Si velocitas, aut fortitudo, aut libertas corporis cui nihil obsistere possit, erunt similes Angelis Dei; quia seminatur corpus animale, et surget corpus spiritale, potestate utique non natura. Si longa et salubris vita, ibi sana est aeternitas, et aeterna sanitas; quia iusti in perpetuum vivent, et salus iustorum à Domino. Si satietas, satiabuntur cum apparuerit gloria Dei. Si ebrietas, inebriabuntur ab ubertate domus Dei. Si melodia, ibi Angelorum chori concinunt sine fine Deo. Si quaelibet non immunda, sed munda voluptas, torrente voluptatis suae potabit eos Deus. Si sapientia, ipsa Dei sapientia ostendet eis seipsam. Si amicitia, diligent Deum plus quam seipsos, et invicem tanquam seipsos, et Deus illos plus quam seipsos; quia illi illum, et se, et invicem per illum, et ille se et illos per seipsum. Si concordia, omnibus illis erit una voluntas; quia nulla illis erit nisi sola Dei voluntas. Si potestas, omnipotentes erunt suae voluntatis, ut Deus suae. Nam sicut poterit Deus quod volet per seipsum, ita poterunt illi quod volent per illum; quia sicut illi non aliud volent quam quod ille, ita ille volet quidquid illi volent, et quod ille volet non poterit non esse. Si honor et divitiae, Deus servos suos bonos et fideles supra multa constituet, imo filii Dei et Dei vocabuntur; et ubi erit filius, ibi erunt et illi, haeredes quidem Dei, cohaeredes autem Christi. Si vera securitas certa, ita certi erunt numquam et nullatenus ista, vel potius istud bonum sibi defuturum, sicut certi erunt se non sua sponte illud amissuros, nec dilectorem Deum illud dilectoribus suis invitis ablaturum, nec aliquid Deo potentius invitos Deum et illos separaturum. Gaudium vero quale, aut quantum est, ubi tale aut tantum bonum est! Cor humanum, cor indigens, cor expertum aerumnas, imo obrutum aerumnis, quantum gauderes, si his omnibus abundares! (S. Anselm. *in Prosolog.* c. 25; id. Cor. à Lapid. *in Apoc.* c. XXII).

y corregid nuestros errores. ¿De qué nos sirve la luz de la razon que nos distingue de los irracionales, y qué utilidad reportamos de la luz de vuestro rostro, impresa en nosotros, si somos todavía ciegos hasta tal punto en la cuestion mas importante del mundo?

Es cierto, pues, como hemos tratado de demostrarlo en los ocho tomos de la presente obra, que la Religion, además de procurar al hombre cuanta dicha goza en la tierra, le conduce á una felicidad infinita, pura y sin fin.

Es cierto, pues, que para hacer al hombre feliz durante toda la eternidad, la Religion no exige de él sino el permiso de hacerle feliz en la tierra.

Es cierto, pues, que Dios es un padre que ha criado al hombre pontífice y rey del universo, que le ha colmado de gloria y de felicidad, y que despues de ser indignamente ultrajado por su criatura favorita, no ha cesado un solo instante, á pesar de tanta ingratitud, de trabajar desde el principio del mundo para reparar el mal que se hizo á sí mismo aquel hijo culpable, al separarse de su Padre, de consolarle, de alentarle, de remover cielo y tierra para proporcionarle los medios de recobrar su felicidad perdida, y que se la devolverá un dia centuplicada, plena, entera, perfecta y eterna. ¡Ojalá podamos todos gozar de ella!

Hemos terminado ya nuestra tarea, y solo nos falta cumplir con un deber, con el deber de un hijo respetuoso hácia la mejor de las madres, en lo cual nos gloriamos de seguir nobles ejemplos.

Era el 7 de marzo del año del Señor 1274; en una pequeña celda del monasterio de Fossa-Nuova, célebre abadía del Órden del Cister, en la diócesis de Terracina, yacia moribundo en un pobre lecho un viajero que habia llegado hacia algunas semanas; aquel viajero era la luz de su siglo, el príncipe de los sábios, el ángel de la escuela, y se llamaba Tomás de Aquino. Al toque fúnebre de la campana acudieron á la iglesia todos los moradores del monasterio, pues iba á administrarse los últimos Sacramentos al Doctor angélico.

Cuando vió la santa hostia en las manos del sacerdote, el ilustre moribundo alzó su voz desfallecida, y antes de recibir al Dios de toda verdad, quiso protestar de su inviolable adhesion y de su filial obediencia á la Iglesia católica, columna y base de la verdad en la tierra. «Creo firmemente, dijo, que Jesucristo, verdadero Dios y «hombre, está en este augusto Sacramento. ¡Os adoro, Dios mio,

«Salvador mio, y os recibo á Vos que sois el precio de mi redencion «y el viático de mi peregrinacion! ¡Oh Vos, por cuyo amor he es-«tudiado, trabajado, predicado y enseñado; espero no haber dicho «nada contrario á vuestra divina palabra, ó si me ha sucedido esto «por ignorancia, me retracto públicamente y someto todos mis es-«critos al fallo de la santa Iglesia romana!»

Tambien para nosotros es dulce y glorioso imitar á aquel grande hombre en su sumision filial á la Iglesia. ¿Cómo no hemos de cumplir con el mismo deber, cuando la conciencia de nuestra debilidad nos da tantos motivos de temer que se haya escapado á nuestra pluma alguno de los errores involuntarios, triste legado de la humanidad? Por este motivo sometemos de todo corazon al fallo de la santa Iglesia romana, nuestra madre, este Catecismo y nuestras demás obras [1]. Hijo y ministro de esta infalible Esposa del Hombre-Dios, tenemos una dicha y una gloria en decir que nuestra fe será siempre la suya, que creemos cuanto ella cree, esperamos cuanto ella espera, y amamos cuanto ella ama, condenando todo lo que condena, vituperando lo que vitupera, y aprobando lo que ella aprueba. Así lo queremos, y con la ayuda de Dios lo querrémos así hasta nuestro postrer suspiro, con el convencimiento de que *nadie puede tener á Dios por padre, si no tiene por madre á la Iglesia* [2].

[1] 1.° *Del Catolicismo en la educacion*, en 8.°; 2.° *Manual de Confesores*, 2 tom. en 12.°; 3.° *Reloj de la Pasion*, en 18.°; 4.° *Selva*, 2 tom. en 18.°; 5.° *María, Estrella del mar*, en 18.°; 6.° *Itinerario de la tierra al cielo*, 2 tom. en 18.°; 7.° *El gran dia se acerca* ó *Cartas sobre la primera comunion*, en 18.°; 8.° *El Señor es mi herencia*, *Cartas sobre la perseverancia despues de la primera comunion*, en 18.°; 9.° *Sociedad doméstica en todos los pueblos antiguos y modernos*, ó *Influencia del Cristianismo en la familia*; 10 *Las Tres Romas*, 4 tom. en 8.°; 11 *La Europa en* 1848, ó *Consideraciones sobre el Cristianismo, el Comunismo y el Socialismo*, en 8.°

[2] Habere iam non potest Deum patrem, qui Ecclesiam non habet matrem. (S. Cypr. *De Unit. Eccl.*).

CATECISMO COMPENDIADO.

LECCION XXXI.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.—PURIFICACION.

PREGUNTA. ¿Qué fiesta se celebra el 2 de febrero?

RESPUESTA. La de la Purificacion, vulgarmente llamada la *Candelaria*.

P. ¿Cuántos misterios honramos en esta fiesta?

R. Tres.

P. ¿Cuál es el primero?

R. La Purificacion de la Vírgen santísima, quien se presentó en el templo de Jerusalen para cumplir con la ley de Moisés, que obligaba á todas las mujeres á que se presentasen, despues del nacimiento de sus hijos, en el templo de Jerusalen para purificarse y ofrecer un sacrificio al Señor.

P. ¿Comprendia esta ley á la Vírgen santísima?

R. No, pero quiso someterse á ella por espíritu de obediencia y humildad.

P. ¿Qué nos enseña su ejemplo?

R. Á conformarnos con respeto y docilidad á las leyes y usos de la Iglesia.

P. ¿Qué enseña en particular á las madres cristianas?

R. Que vayan fielmente á la iglesia á dar gracias al Señor, despues del nacimiento de sus hijos.

P. ¿Cuál es el segundo misterio?

R. La Presentacion del niño Jesús en el templo.

P. ¿Por qué quiso Nuestro Señor ser presentado en el templo?

R. Aunque no estaba obligado á hacerlo, por cumplir con la ley

de Moisés que prescribia que se consagrasen al Señor todos los primogénitos, y para ofrecerse como víctima á Dios su Padre, y dejarnos un notable ejemplo de obediencia y humildad.

P. ¿Cuál es el tercer misterio?

R. El encuentro de Simeon y de Ana con el niño Jesús y sus padres.

P. ¿Qué hizo el anciano Simeon al ver al Salvador?

R. Le tomó en sus brazos en el transporte de su alegría, pidió la gracia de morir, y vaticinó las grandezas del divino Niño y los dolores de María.

P. ¿Por qué se ha establecido la fiesta de la Purificacion?

R. Para honrar los tres misterios de que acabamos de hablar, y para expiar los desórdenes á que se entregaban los gentiles en el mes de febrero..

P. ¿Y la procesion con las velas encendidas?

R. La procesion por razones análogas, y las velas encendidas nos representan á Nuestro Señor Jesucristo, que es la luz del mundo.

P. ¿Qué exige de nosotros esta fiesta?

R. Una grande humildad, una caridad ferviente, y una pureza angelical de corazon.

Oracion y propósito, pág. 16.

LECCION XXXII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO. —AYUNO, CUARENTA HORAS, MIÉRCOLES DE CENIZA.

P. ¿Para qué se han establecido los ayunos y la abstinencia?

R. 1.° Para fortalecer nuestra alma y devolverle el imperio sobre los sentidos; 2.° para expiar nuestros pecados; 3.° para rendir homenaje á Dios por los bienes que nos concede.

P. ¿Cómo nos prepara la Iglesia á la Cuaresma?

R. Haciéndonos meditar sobre la caida del hombre, poniéndonos de luto, é invitándonos á las oraciones de las cuarenta horas.

P. ¿Qué son las oraciones de las cuarenta horas?

R. Oraciones solemnes, acompañadas de la exposicion del santí-

simo Sacramento, que principian el domingo de Quincuagésima y duran los dos dias siguientes.

P. ¿Para qué las ha establecido la Iglesia?

R. Las ha establecido: 1.° para apartar á los fieles de los espectáculos, de los bailes y de todas las extravagancias culpables de aquellos dias; 2.° para expiar los pecados que se cometen entonces; 3.° para prepararnos á la santa época de la Cuaresma; 4.° para honrar las cuarenta horas que transcurrieron desde la condenacion del Salvador hasta su resurreccion.

P. ¿Para qué ha establecido la Iglesia el miércoles de Ceniza?

R. Para consagrarnos á la penitencia, é imponer á los penitentes públicos las penas canónicas que hubieran merecido.

P. ¿Qué debemos hacer el miércoles de Ceniza?

R. Recibir la ceniza y pensar, al recibirla, que somos pecadores, condenados á morir, y estimularnos á una gran compuncion para alcanzar el perdon de nuestras faltas y la resurreccion gloriosa.

P. ¿Es muy antigua la costumbre de poner la ceniza á los pecadores?

R. Se remonta á los primeros siglos de la Iglesia, y hasta á la ley antigua.

P. ¿Cómo imponia antiguamente el obispo la penitencia pública á los pecadores?

R. Poniéndoles ceniza en la cabeza y arrojándoles de la iglesia con el palo de la cruz, como Dios arrojó á nuestros primeros padres del paraíso terrenal, y quedaban separados de los fieles hasta el Jueves Santo.

P. ¿Eran muy severas las penitencias que les imponia la Iglesia?

R. Eran severísimas, duraban á veces veinte años, y se sometian sin embargo á ellas humildemente para expiar sus pecados.

P. ¿Cómo debemos expiar los nuestros?

R. Con una penitencia que corresponda á su número y gravedad, á lo cual no cesa de exhortarnos la Iglesia durante la Cuaresma.

Oracion y propósito, pág. 31.

LECCION XXXIII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.—CUARESMA.

P. ¿Qué es la Cuaresma?

R. Es un ayuno de cuarenta dias, establecido por los Apóstoles para honrar el ayuno de Nuestro Señor, y prepararnos á la festividad de Pascua.

P. ¿Á quién es ventajosa la Cuaresma?

R. Á la sociedad y á nosotros mismos, á nuestra alma y á nuestro cuerpo.

P. ¿Cómo observaban la Cuaresma los primeros cristianos?

R. Haciendo un ayuno severísimo, largas oraciones y grandes limosnas.

P. ¿Y cómo debemos observarla nosotros?

R. Del mismo modo, ayunando, orando y haciendo limosnas segun nuestros medios.

P. ¿En qué consiste el ayuno?

R. En no hacer mas que una comida al dia, á la cual la Iglesia permite añadir una ligera colacion.

P. ¿Á qué edad estamos obligados al ayuno?

R. Á los veinte y un años cumplidos, pero todos los que son pecadores están obligados á la penitencia, cualquiera que sea su edad.

P. ¿Cuáles son las razones que dispensan del ayuno?

R. La enfermedad, el trabajo penoso, y la pobreza.

P. ¿Qué hemos de hacer en caso de duda?

R. Consultar con el confesor, ó con un médico piadoso é ilustrado.

P. ¿Y cuando no se puede ayunar?

R. Hacer otras buenas obras, velar mas exactamente los sentidos, y sobrellevar el trabajo ó los padecimientos con mas resignacion.

P. ¿Qué mas debemos hacer para aprovecharnos bien de la Cuaresma?

R. Rezar, hacer limosna, y seguir las lecciones que nos da la Iglesia.

P. ¿Dónde se hallan estas lecciones?

R. Especialmente en los Evangelios de los domingos.

P. ¿Qué hace la Iglesia el primer domingo?

R. Nos muestra á Nuestro Señor marchando al desierto, orando y ayunando.

P. ¿Y el segundo domingo?

R. Nos habla de la dicha del cielo, que será la recompensa de los verdaderos penitentes.

P. ¿Y el tercero?

R. Nos describe el infeliz estado del pecado, para inducirnos á salir de él.

P. ¿Y el cuarto?

R. Nos hace entrever la santa comunion, de la cual debemos participar todos.

Oracion y propósito, pág. 48.

LECCION XXXIV.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO. —LOS QUINCE ÚLTIMOS DIAS DE LA CUARESMA.

P. ¿Á qué están consagrados los quince últimos dias de la Cuaresma?

R. Á honrar la Pasion de Nuestro Señor.

P. ¿Qué hace la Iglesia para conmover nuestro corazon?

R. Toma sus ornamentos de riguroso luto, y nos describe en los Evangelios de la misa los principales beneficios de Nuestro Señor, y la injusticia de los judíos que trataban de darle muerte.

P. ¿Qué mas hace?

R. Nos recuerda el dolor de la Vírgen santísima en la fiesta de la compasion, que se celebra el viernes de Pasion.

P. ¿Cómo se llama la última semana de la Cuaresma?

R. *Semana penosa* ó *penal*, á causa de los padecimientos de Nuestro Señor, y *sémana de xerofagia*, porque antiguamente solo se comian en ella cosas secas, y no se bebia mas que agua.

P. ¿Cómo se llama además?

R. *Semana Santa*, á causa de la santidad de los misterios que nos describe, y de la santidad que exige de nosotros; y *semana mayor*,

por el número y la grandeza de los acontecimientos que en ella se verifican.

P. ¿Cómo pasaban antiguamente la Semana Santa?

R. La Semana Santa y la de Pascua eran entonces una fiesta continua: los tribunales se cerraban; se suspendian los negocios; los príncipes perdonaban á los presos; se pagaban las deudas de los deudores; los enemigos se reconciliaban, y todos se esforzaban en renovarse en el espíritu del Evangelio.

P. ¿Qué debemos hacer para pasarla dignamente?

R. Vivir en gran recogimiento; meditar todos los dias la Pasion de Nuestro Señor; hacer alguna mortificacion particular; asistir á los oficios, y recibir con mucho fervor los sacramentos de Penitencia y de Eucaristía.

Oracion y propósito, pág. 57.

LECCION XXXV.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO. — DOMINGO DE RAMOS. JUEVES SANTO.

P. ¿Qué recuerda la procesion del domingo de Ramos?

R. La entrada triunfal de Nuestro Señor en Jerusalen.

P. ¿Por qué quiso Nuestro Señor entrar en triunfo en Jerusalen?

R. Para que se cumplieran las profecías.

P. ¿Qué hizo el pueblo de Jerusalen?

R. Salió á recibirle con ramos de olivo en la mano y cantando: *Hosanna al Hijo de David; bendito el que viene en el nombre del Señor!*

P. ¿Qué significan estas palabras?

R. Que reconocian á Nuestro Señor por el Mesías.

P. ¿Qué mas recuerda la procesion de Ramos?

R. La entrada triunfante de Nuestro Señor en el cielo con los elegidos despues del juicio final.

P. ¿Por qué se cierra la puerta de la iglesia?

R. Para indicar que la puerta del cielo estaba cerrada para nosotros antes de la ascension de Nuestro Señor.

P. ¿Por qué se llama en ella con la cruz?

R. Para recordarnos que la cruz de Nuestro Señor nos ha abierto la puerta del cielo.

P. ¿Qué debemos hacer del ramo bendecido?

R. Conservarlo con respeto y servirnos de él para hacer la señal de la cruz sobre nuestro lecho al tiempo de acostarnos.

P. ¿Qué misterio celebramos el Jueves Santo?

R. La institucion de la santa Eucaristía.

P. ¿Cómo se divide el oficio del Jueves Santo?

R. En cuatro partes.

P. ¿Cuál es la primera?

R. La absolucion de los penitentes.

P. ¿Qué recuerda esta ceremonia?

R. Que antiguamente el obispo reconciliaba el Jueves Santo á los que habian sido puestos en penitencia pública el miércoles de Ceniza.

P. ¿Cuál es la segunda parte del oficio?

R. La misa con la bendicion de los santos óleos, destinados á la administracion de los Sacramentos.

P. ¿Qué se hace al fin de la misa?

R. Se lleva el santísimo Sacramento á una estacion que representa el sepulcro del Salvador.

P. ¿Cuál es la tercera parte del oficio?

R. El desnudamiento y el lavatorio de los altares, lo cual se hace en señal de luto y para recordar el embalsamamiento de Nuestro Señor.

P. ¿Por qué cesan de tocar las campanas?

R. Para indicar la tristeza de la Iglesia.

P. ¿Cuál es la cuarta parte del oficio?

R. El lavatorio de piés, en memoria del ejemplo y del precepto de Nuestro Señor que lavó los de sus Apóstoles.

P. ¿Qué se hacia antiguamente el Jueves Santo?

R. Todos comulgaban, y no podemos elegir dia mas adecuado para hacerlo.

P. ¿Qué debemos hacer además?

R. Visitar las estaciones con gran recogimiento, dar gracias á Nuestro Señor por haber instituido la santa Eucaristía, y pedirle perdon por los ultrajes que en ella recibe.

Oracion y propósito, pág. 70.

LECCION XXXVI.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.—VIERNES SANTO.

P. ¿Qué es el Viernes Santo?

R. El dia en que la Iglesia honra la muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

P. ¿Cómo se celebraba antiguamente el Viernes Santo?

R. Pasando toda la noche en la iglesia en oracion, y todo el mundo ayunaba á excepcion de los niños de menos de siete años.

P. ¿De cuántas partes se compone el oficio del Viernes Santo?

R. De tres.

P. ¿Qué se incluye en la primera?

R. Encierra dos lecciones, una del *Éxodo* y otra de *Isaías*, que nos enseñan que Nuestro Señor es el verdadero Cordero de Dios, del cual no era mas que la figura el cordero pascual, y por esta razon son seguidas de la lectura de la Pasion *segun san Juan*.

P. ¿Cuál es la segunda?

R. Las *rogativas solemnes* que hace la Iglesia por todo el mundo, hasta por sus mayores enemigos, para imitar á Nuestro Señor que murió por todos los hombres.

P. ¿Cuál es la tercera?

R. La adoracion de la cruz, que nos recuerda á Nuestro Señor subiendo al Calvario.

P. ¿Qué se canta al llevar la cruz?

R. Estas tiernas quejas del Salvador: Pueblo mio, ¿qué te he hecho? ¿en qué te he contristado? respóndeme. Te saqué del cautiverio de Egipto; te alimenté con el maná; te introduje en una tierra fecunda; te guardé bajo mi proteccion, y tú has preparado una cruz á tu Salvador!

P. ¿Qué debemos hacer el Viernes Santo?

R. Llorar nuestros pecados, ir á la iglesia á las tres para honrar la muerte de Nuestro Señor, y meditar las siete palabras que pronunció en la cruz.

P. ¿Cuáles son estas palabras?

R. 1.° *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen;* 2.° al buen ladron: *Hoy serás conmigo en el paraíso;* 3.° á María: *Mujer,*

hé ahí tu hijo; y á san Juan: *Hé ahí tu madre; 4.° Sed tengo; 5.° Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?* 6.° *Consumado está;* 7.° *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.*

Oracion y propósito, pág. 83.

LECCION XXXVII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.—SÁBADO SANTO.

P. ¿Qué misterio honra la Iglesia el Sábado Santo?

R. El entierro de Nuestro Señor. Antiguamente era el dia en que se administraba solemnemente el Bautismo á los catecúmenos; por esta razon es larguísimo el oficio.

P. ¿De cuántas partes se compone?

R. De seis.

P. ¿Cuál es la primera?

R. La bendicion del fuego nuevo, que recuerda la costumbre que tiene la Iglesia de bendecir todo lo que emplea en el culto divino, y significa la renovacion de todas las cosas por medio de la resurreccion de Nuestro Señor.

P. ¿Cuál es la segunda?

R. La bendicion del cirio pascual, que es el primer símbolo de Nuestro Señor resucitado, así como los cinco granos de incienso que en él se clavan son el símbolo de sus cinco llagas y de los aromas que se emplearon para embalsamar su cuerpo.

P. ¿Cuál es la tercera?

R. Las profecías, en número de doce, que recuerdan el Bautismo que se administraba solemnemente en este dia, y que nos invitan al reconocimiento.

P. ¿Cuál es la cuarta?

R. La bendicion de las pilas destinadas á la administracion del Bautismo.

P. ¿Cuál es la quinta?

R. La misa que no tiene intróito, porque todo el pueblo está en la iglesia, y que es muy corta, porque los oficios son muy largos.

P. ¿Cuál es la sexta?

R. Las Vísperas, que se cantan inmediatamente despues de la

misa, y que se componen de un solo salmo, en el cual se invita á los judíos y á los gentiles á bendecir juntos al Señor, que por la gracia del Bautismo ha reunido á todos los pueblos en la misma Iglesia.

P. ¿Qué debemos hacer el Sábado Santo?

R. Debemos morir enteramente para el pecado y para nuestros malos hábitos, para resucitar con Nuestro Señor á una vida nueva.

Oracion y propósito, pág. 94.

LECCION XXXVIII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO. — PASCUA.

P. ¿Qué es la fiesta de Pascua?

R. El dia en que resucitó Nuestro Señor.

P. ¿Por qué la celebra la Iglesia con tanta pompa y alegría?

R. Porque la resurreccion de Nuestro Señor es la base de nuestra fe, y la prenda de nuestras esperanzas.

P. ¿Qué significa la palabra Pascua?

R. Quiere decir paso, porque recuerda el paso del Ángel exterminador y la libertad de los hebreos del cautiverio de Egipto, despues el paso de Nuestro Señor de la muerte á la vida, y nuestra libertad de la esclavitud del pecado y del demonio.

P. ¿Por qué se hace la procesion antes de la misa?

R. En memoria del viaje que los Apóstoles y los Discípulos hicieron á Galilea, cuando Nuestro Señor les dijo por medio de las santas mujeres: *Id á Galilea, allí me veréis.*

P. ¿Por qué se hace una procesion en Vísperas?

R. Porque antiguamente se conducia á las pilas á los nuevos bautizados para que diesen gracias por el Bautismo que habian recibido el dia anterior.

P. ¿Qué salmos se cantan durante la procesion de Vísperas?

R. El *Laudate pueri*, y el *In exitu Israël.*

P. ¿Para qué?

R. Para recordar la alegría de los hebreos despues del paso del mar Rojo, y la alegría mucho mayor que debemos experimentar

por haber sido libertados por medio del Bautismo del imperio del demonio y del pecado.

P. ¿Por qué se detiene delante de la capilla de la cruz?

R. Para dar gracias á Nuestro Señor, á quien somos deudores del Bautismo.

P. ¿Qué ha de hacerse para celebrar dignamente la festividad de Pascua?

R. Tener una fe viva en la resurreccion de Nuestro Señor, darle gracias por haberse dignado nacer, morir y resucitar por nosotros, y resucitar nosotros del pecado á la gracia.

P. ¿Cómo debe ser esta resurreccion?

R. Como la de Nuestro Señor, verdadera, pública y constante.

Oración y propósito, pág. 104.

LECCION XXXIX.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO. —ANUNCIACION.

P. ¿Qué fiesta se celebra el 25 de marzo?

R. La de la Anunciacion de la Vírgen santísima.

P. ¿Qué misterio se realiza en este dia?

R. En este dia el arcángel Gabriel fué á anunciar á la Vírgen santísima que seria la Madre de Dios, diciéndola: *Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, y bendita tú eres entre todas las mujeres.*

P. ¿Qué hizo la Vírgen santísima?

R. Se turbó al oir estas palabras, y guardó un modesto silencio, pensando para sí qué podia significar aquella salutacion.

P. ¿Qué hizo el Ángel al verla turbada?

R. Se apresuró á tranquilizarla, diciéndola: *No temas, María, porque has hallado gracia delante del Señor; la virtud del Omnipotente te envolverá en su sombra, y parirás un hijo que será Hijo del Altísimo.*

P. ¿Qué respondió la Vírgen santísima?

R. Respondió con humildad: *Hé aquí la sierva del Señor, hágase en mí segun tu palabra.*

P. ¿Qué adviertes acerca de esta dignidad de Madre de Dios?

R. Que á ella deben las mujeres la honra y las consideraciones

que gozan desde el Evangelio, por cuya razon deben tener una tierna devocion á la Vírgen santísima.

P. ¿Qué debemos hacer para honrar á la Vírgen santísima en este misterio?

R. Darle gracias, felicitarla y recitar el *Angelus* con exactitud y devocion.

Oracion y propósito, pág. 118.

LECCION XL.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.—MES DE MARÍA. ESCAPULARIO. ROSARIO.

P. ¿Cuáles son las principales prácticas de devocion hácia la Vírgen santísima?

R. El Mes de María, el Escapulario y el Rosario.

P. ¿Qué es el Mes de María?

R. El mes de mayo, dedicado á honrar la Vírgen santísima para alcanzar la conservacion de la inocencia en medio de las tentaciones que nacen en tropel en la hermosa estacion.

P. ¿Cómo ha de hacerse el Mes de María?

R. Para hacerlo dignamente es preciso entregarse todos los dias á alguna lectura piadosa, hacer alguna buena obra en honra de la Vírgen santísima, y esforzarse en seguir sus huellas.

P. ¿Qué es el santo Escapulario?

R. Una devocion en honra de la Vírgen santísima que fue revelada al beato Simon Stok, superior de los Carmelitas en el siglo XII.

P. ¿Qué le prometió la Vírgen santísima?

R. Obtener para los que llevaran el santo escapulario la gracia de una buena muerte, y salir pronto del purgatorio.

P. ¿Qué ha de hacerse para alcanzar la primera gracia?

R. Llevar constantemente consigo el santo escapulario, y vivir cristianamente en su estado.

P. ¿Y para alcanzar la segunda?

R. Es preciso hacer las buenas obras prescritas por la Iglesia, ó indicadas por el confesor, y vivir cristianamente en su estado.

P. ¿Qué es el santo Rosario?

R. Una devocion en honra de la Vírgen santísima que consiste en recitar cada semana tres Rosarios, meditando sobre los principales misterios de Nuestro Señor y de la Vírgen santísima.

P. ¿Cómo se dividen estos misterios?

R. En tres clases: en *gozosos, dolorosos* y *gloriosos.*

P. ¿Quién estableció el Rosario?

R. Santo Domingo, por inspiracion de la Vírgen santísima, á principios del siglo XIII.

P. ¿Es ventajoso y honroso asociarse al Rosario y al Escapulario?

R. Sobremanera, á causa de su orígen, de las gracias que los acompañan, de la necesidad que tenemos de la Vírgen santísima, así como del número y cualidad de sus miembros.

Oracion y propósito, pág. 136.

LECCION XLI.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO. — ROGATIVAS. — PROCESIONES DE SAN MARCOS.

P. ¿Qué son las rogativas?

R. Tres dias de procesiones, oraciones y abstinencia, que preceden á la Ascension, para atraer las bendiciones de Dios hácia los bienes de la tierra.

P. ¿Es razonable rogar á Dios por los bienes de la tierra?

R. Lo es, porque las leyes de la naturaleza que los producen dependen de la libre voluntad de Dios que los hizo, y que nos han enseñado á decir: *El pan nuestro de cada dia, dánosle hoy.*

P. ¿Qué pedimos al rogar por los bienes de la tierra?

R. No pedimos, por ejemplo, que se disminuya la cantidad de lluvia que ha de caer en un año segun las leyes de la naturaleza, sino únicamente que esta lluvia caiga en las épocas y en los sitios convenientes.

P. ¿Quién estableció las rogativas?

R. San Mamerto, obispo de Viena en el Delfinado, á fines del siglo V, para hacer cesar los azotes que asolaban la ciudad de Viena y todo el Delfinado.

P. ¿Qué debemos hacer para santificar las rogativas?

R. Reconocer humildemente que nuestra vida y nuestros bienes dependen de Dios, rogarle que nos los conserve, y pedir la gracia de hacer de ellos un santo uso.

P. ¿Qué mas debemos hacer?

R. Asistir á las procesiones con piedad y compuncion, y observar durante estos tres dias la abstinencia que nos prescribe la Iglesia.

P. ¿Qué otra oracion hace la Iglesia por los bienes de la tierra?

R. Recita la Pasion de Nuestro Señor, lo cual verifica todas las mañanas antes de la misa, desde el 3 de mayo, dia de la Invencion de la santa Cruz, hasta el 14 de setiembre, dia de la Exaltacion.

P. ¿Por qué se tocan las campanas durante esta oracion?

R. Para avisar á los fieles que rueguen con el sacerdote.

P. ¿Qué es la gavilla de *pasion?*

R. Una ofrenda que hacen los fieles al sacerdote que ha recitado la Pasion para la conservacion de su cosecha?

P. ¿Qué es la procesion de san Marcos?

R. La que se hace el dia de este Santo para rogar á Dios que nos preserve de los azotes de su cólera.

P. ¿Quién la estableció?

R. El papa san Gregorio el Grande en el siglo VI.

P. ¿Qué nos enseñan todas estas devociones?

R. Que la Iglesia vela con ternura sobre nuestra vida y nuestros bienes temporales, y que merece todo nuestro agradecimiento.

Oracion y propósito, pág. 177.

LECCION XLII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.—ASCENSION.

P. ¿Qué es la fiesta de la Ascension?

R. El dia en que Nuestro Señor subió al cielo.

P. ¿En presencia de quién subió al cielo?

R. En presencia de su santísima Madre y de sus Discípulos.

P. ¿Cómo subió?

R. En cuerpo y alma, por su propia virtud, y acompañado de las almas de los justos que habian muerto antes de su venida.

P. ¿Qué milagro hizo Nuestro Señor al subir al cielo?

R. Dejó impresa en la peña la huella de sus piés, la cual se ve aun en el dia.

P. ¿Qué hicieron los Apóstoles despues de la Ascension?

R. Se retiraron á Jerusalen para esperar en el rétiro y la oracion la venida del Espíritu Santo.

P. ¿Para qué subió Nuestro Señor al cielo?

R. Subió: 1.° para tomar posesion de la gloria que su humanidad habia merecido con su Pasion; 2.° para enviar el Espíritu Santo á sus Apóstoles y por medio de ellos á todo el universo; 3.° para abrirnos el cielo; 4.° para ser nuestro abogado cerca de su Padre.

P. ¿Qué debemos hacer para celebrar dignamente la Ascension?

R. Subir al cielo con Nuestro Señor, desprendiéndonos de las criaturas, suspirando ardientemente por el cielo, y ocupándonos sériamente en alcanzarlo.

Oracion y propósito, pág. 157.

LECCION XLIII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.—PENTECOSTES.

P. ¿Qué fiesta celebramos diez dias despues de la Ascension?

R. La fiesta de Pentecostes.

P. ¿Qué es la Pentecostes?

R. El dia en que el Espíritu Santo bajó sobre los Apóstoles: la palabra Pentecostes significa *cincuenta*, porque la venida del Espíritu Santo se verificó cincuenta dias despues de la resurreccion de Nuestro Señor.

P. ¿Cómo nos prepara la Iglesia á esta fiesta?

R. Invitándonos al recogimiento y á la oracion durante los diez dias que separan la Ascension de la Pentecostes, é instituyendo una vigilia con ayuno de precepto.

P. ¿Cómo bajó el Espíritu Santo sobre los Apóstoles?

R. En forma de lenguas de fuego.

P. ¿Por qué bajó en forma de lenguas de fuego?

R. Para indicar la caridad que acababa de encender en los cora-

zones, y demostrar que el Evangelio debia ser predicado por toda la tierra.

P. ¿En qué se convirtieron los Apóstoles al recibir el Espíritu Santo?

R. En hombres nuevos, es decir, santos, ilustrados y animosos, de imperfectos, ignorantes y débiles que eran.

P. ¿Qué dones comunicaba el Espíritu Santo á los primeros cristianos?

R. Varios dones milagrosos, á saber: el don de lenguas, el de milagros, y el de profecía.

P. ¿Por qué se los comunicaba?

R. Para probar la divinidad de la Religion; por esto cesaron cuando estuvo suficientemente fortalecida la Religion.

P. ¿Qué dones nos comunica en el dia?

R. Dones interiores que nos santifican.

P. ¿Qué debemos hacer para recibirlos, y celebrar dignamente la fiesta de Pentecostes?

R. Desear con ardor la venida del Espíritu Santo, y desprendernos de todo afecto desarreglado.

Oracion y propósito, pág. 168.

LECCION XLIV.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO. — TRINIDAD.

P. ¿Qué es la fiesta de la santísima Trinidad?

R. El dia particular en que la Iglesia honra á un solo Dios en tres personas.

P. ¿No honra la Iglesia todos los dias á la santísima Trinidad?

R. Sí, porque tendiendo toda la Religion á la gloria de la santísima Trinidad, puede decirse que la fiesta de la santísima Trinidad es perpétua.

P. ¿Por qué se ha establecido una fiesta particular?

R. Para satisfacer la devocion de los Cristianos que, no contentos con la fiesta general, querian además consagrar un dia á honrar este misterio.

P. ¿Cuáles son nuestros deberes respecto á la santísima Trinidad?

R. Son tres: adorarla, darle gracias, é imitarla.

P. ¿Cómo debemos adorarla?

R. Debemos adorarla sin tratar de comprenderla, porque este misterio es como el sol cuya existencia es cierta, pero cuyo brillo deslumbra al que quiere mirarlo fijamente.

P. ¿De qué debemos dar gracias en particular á las tres personas de la santísima Trinidad?

R. Al Padre por habernos criado, al Hijo por habernos rescatado, y al Espíritu Santo por habernos santificado.

P. ¿En qué debemos imitar á las tres personas de la santísima Trinidad?

R. En su santidad y en su caridad.

P. ¿En qué consiste su santidad?

R. Consiste: 1.° en no tolerar ningun mal en sí misma ni en las criaturas; 2.° en dar á todos los hombres los medios de santificarse.

P. ¿En qué consiste su caridad?

R. En estar siempre perfectamente unidas y en hacer bien á todas las criaturas.

P. ¿Por qué estamos obligados á imitar á la santísima Trinidad?

R. Porque hemos sido criados á imágen y semejanza suya, y Nuestro Señor ha dicho: *Sed perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto.*

P. ¿Qué devocion podemos practicar en honra de la santísima Trinidad?

R. La devocion de los siete *Gloria Patri*, que consiste en reunirse tres personas y recitar por la mañana, al mediodía y por la tarde siete *Gloria Patri* con un solo *Ave María.*

P. ¿Qué frutos se sacan de ella?

R. 1.° Se reparan las blasfemias de los impíos contra este misterio; 2.° se alcanzan gracias particulares; 3.° se ganan grandes indulgencias.

Oracion y propósito, pág. 177 y 178.



LECCION XLV.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO. — CORPUS.

P. ¿Qué es la fiesta del Corpus?

R. El dia consagrado á honrar de un modo particular á Nuestro Señor Jesucristo en el santo Sacramento del altar.

P. ¿Por qué decimos de un *modo particular?*

R. Porque todos los dias se honra á Nuestro Señor en la Eucaristía al celebrar el santo sacrificio de la misa, de manera que la fiesta de la Eucaristía es perpétua como la de la santísima Trinidad.

P. ¿Por qué ha establecido la Iglesia la fiesta del Corpus?

R. Por tres razones principales: la primera, para dar gracias solemnemente á Nuestro Señor por la institucion de la santa Eucaristía; la segunda, para reanimar nuestro fervor y nuestro reconocimiento hácia él; y la tercera, para reparar los ultrajes que recibe en nuestros altares.

P. ¿Á qué siglo se remonta esta fiesta?

R. Al siglo XIII.

P. ¿Con qué motivo fue establecida?

R. Con motivo de las revelaciones de la beata Juliana del Monte Cornillon, y del milagro de Bolsena.

P. ¿Quién compuso el oficio de la fiesta del Corpus?

R. Santo Tomás de Aquino.

P. ¿Cuál es la parte mas esenciál de esta fiesta?

R. La procesion, en que se lleva en triunfo á Nuestro Señor Jesucristo.

P. ¿Qué debemos hacer para celebrar dignamente la fiesta del Corpus?

R. Debemos: 1.° reanimar nuestra fe en la presencia real de Nuestro Señor en la santa Eucaristía; 2.° darle gracias por el amor infinito que en ella nos manifiesta; 3.° pedirle perdon por los ultrajes y la indiferencia de que es objeto; 4.° asistir á la procesion con gran devocion.

Oracion y propósito, pág. 189 y 190.

LECCION XLVI.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.—SAGRADO CORAZON.

P. ¿Qué es la fiesta del Sagrado Corazon?

R. Una fiesta establecida por la Iglesia para honrar á Nuestro Señor en su divino corazon abrasado de amor por nosotros, y para reparar los ultrajes que se le han hecho.

P. ¿Qué culto debemos al Sagrado Corazon de Jesús?

R. El mismo culto de adoracion que debemos á su humanidad santa, porque está personalmente unido á la divinidad.

P. ¿Es muy antigua la devocion al Sagrado Corazon?

R. Tan antigua como la Iglesia; pero la fiesta del Sagrado Corazon solo se remonta al siglo XVII.

P. ¿Con qué motivo fue establecida?

R. Con motivo de las revelaciones que hizo Nuestro Señor á la beata María Alacoque, religiosa francesa de la Visitacion, y con motivo de la súbita cesacion de la peste de Marsella.

P. ¿Por qué se ha establecido en estos últimos siglos?

R. Para reanimar el fervor de los Cristianos presentando á su amor el corazon mas amante y amable.

P. ¿Qué se alcanza con la devocion al Sagrado Corazon?

R. Un amor ardentísimo hácia Nuestro Señor y gracias innumerables.

P. ¿Qué debemos hacer para practicarla dignamente?

R. Tres cosas: 1.° manifestar al sagrado Corazon de Jesús un reconocimiento y una adhesion sin límites; 2.° reparar, por todos los medios posibles, los ultrajes que recibe; 3.° asociarnos á la cofradía del Sagrado Corazon.

P. ¿Cuáles son las ventajas y obligaciones de la cofradía del Sagrado Corazon?

R. Gracias especiales de salud y numerosas indulgencias; las obligaciones consisten en rezar todos los dias un *Pater*, un *Ave Maria* y un *Credo* con la aspiracion siguiente ú otra cualquiera que tenga el mismo sentido:

¡Corazon lleno de ardor!
Haced que en cada momento
Arda en mí, siempre en aumento,
La llama de vuestro amor!...

Oracion y propósito, pág. 203.

LECCION XLVII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO. — VISITACION. — ASUNCION.

P. ¿Qué fiesta celebra la Iglesia el 2 de julio?

R. La de la Visitacion de la Vírgen santísima.

P. ¿Á quién honramos en esta fiesta?

R. Á la Vírgen santísima visitando á su prima santa Isabel para felicitarla por las gracias con que el Señor la habia favorecido.

P. ¿Qué sucedió en esta visita?

R. Que san Juan Bautista fue santificado antes de nacer, y santa Isabel llena del Espíritu Santo.

P. ¿Cómo expresó santa Isabel su alegría?

R. Ensalzando en alta voz á la Vírgen santísima por su dignidad de Madre de Dios.

P. ¿Qué respondió la Vírgen santísima?

R. Devolvió todas las alabanzas á Dios solo, con el hermoso cántico llamado : *Magnificat.*

P. ¿Qué nos enseña la Vírgen santísima en esta fiesta?

R. Que santifiquemos nuestras visitas y conversaciones practicando en ellas cuatro virtudes : la caridad, la humildad, la modestia y el celo por la gloria de Dios.

P. ¿Quién estableció la fiesta de la Visitacion?

R La estableció solemnemente el papa Urbano IV, y la hizo pública en el siglo XIV el papa Bonifacio IX, para lograr el fin del gran cisma de Occidente, que desolaba la Iglesia.

P. ¿Qué fiesta se celebra el 15 de agosto?

R. La de la Asuncion.

P. ¿Á quién honramos en este dia?

R. Á la Vírgen santísima transportada al cielo en cuerpo y alma despues de su muerte, y coronada Reina de los Ángeles y de los hombres.

P. ¿Á qué época se remonta la fiesta de la Asuncion?

R. Á los primeros siglos de la Iglesia, y es muy solemne desde el siglo VI.

P. ¿Cuál es la gloria de María en el cielo?

R. La mayor despues de la de Dios.

P. ¿Cuál es su poder?

R. Es igual á su gloria.

P. ¿Cuál es su bondad para con nosotros?

R. Sobrepuja á la de todas las madres para con sus hijos.

P. ¿Cuál es su ocupacion?

R. Interceder por nosotros y distribuirnos con liberalidad las gracias de Dios.

P. ¿Qué debemos hacer para merecer su protecccion?

R. Ser fieles á la gracia y ofrecerle cada dia al menos un pequeño homenaje.

P. ¿Y para celebrar dignamente esta fiesta?

R. Felicitar á la Vírgen santísima por su honor, pedirla que conserve nuestros sitios en el cielo, y desear ardientemente el irlos á ocupar.

Oracion y propósito, pág. 217.

LECCION XLVIII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO. — NATIVIDAD. — PRESENTACION.

P. ¿Qué fiesta celebramos el 8 de setiembre?

R. La fiesta de la Natividad, es decir, del nacimiento de la Vírgen santísima.

P. ¿Es muy antigua esta fiesta?

R. Data de los primeros siglos de la Iglesia; pero no aparece con esplendor hasta los siglos V y VI, porque la Iglesia no abre sus tesoros de gracias sino segun las necesidades de sus hijos.

P. ¿Qué debemos hacer para celebrarla dignamente?

R. Debemos : 1.° dar gracias á Dios por habernos dado una madre tan buena; 2.° felicitar á la Vírgen santísima por la plenitud de gracias de que fue colmada desde la cuna; 3.° imitar las virtudes de María siendo niña.

P. ¿Cuáles son estas virtudes?

R. La piedad, la obediencia y el temor al pecado.

P. ¿Qué es la fiesta de la Presentacion?

R. El dia en que la Vírgen santísima fue presentada en el templo de Jerusalen.

P. ¿Á qué edad fue presentada?

R. Desde su mas tierna infancia para ser educada en él en la piedad y consagrada al Señor.

P. ¿Dónde se celebró primeramente esta fiesta?

R. En Oriente, de donde pasó á Francia despues de las Cruzadas, á mediados del siglo XIV.

P. ¿Qué nos enseña el ejemplo de la Vírgen santísima?

R. Á entregarnos á Dios desde nuestros primeros años.

P. ¿Por qué debemos entregarnos á Dios desde nuestros primeros años?

R. 1.° Porque pertenecemos siempre á Dios; 2.° porque la juventud decide por lo regular de todo el resto de la vida; 3.° porque debemos como la Vírgen santísima prepararnos á recibir á Nuestro Señor Jesucristo en nuestro corazon.

P. ¿Qué nos muestran las fiestas de la Vírgen santísima?

R. Nos muestran en la vida de la augusta Madre de Dios un modelo perfecto de todas las virtudes, especialmente para las mujeres cristianas en las diferentes posiciones en que pueden encontrarse.

P. ¿Qué ventajas generales nos alcanza el culto de la Vírgen santísima?

R. Tres ventajas generales : la primera, llenar el alma de dulzura, pureza y confianza; la segunda, suavizar y santificar las costumbres públicas; y la tercera, inspirar á las artes y ennoblecerlas.

Oracion y propósito, pág. 232.

LECCION XLIX.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO. — INVENCION Y EXALTACION DE LA SANTA CRUZ.

P. ¿Cuál es la primera fiesta establecida en honor de la cruz?

R. La que Constantino mandó celebrar con gran pompa en todo el Imperio romano en memoria de la cruz milagrosa que se le habia aparecido.

P. ¿Con qué motivo se hizo mas solemne esta fiesta?

R. Con motivo del descubrimiento de la verdadera cruz por santa Elena, madre de Constantino, en 326.

P. ¿Qué hizo entonces la Iglesia?

R. Reunió estos dos acontecimientos para celebrarlos en una sola fiesta que llamamos la Invencion de la santa Cruz, que se verifica el 3 del mes de mayo.

P. ¿Cómo conoció santa Elena la verdadera cruz?

R. Con la resurreccion de un muerto, á quien se la hicieron tocar.

P. ¿Cuál es la segunda fiesta en honra de la cruz?

R. La de la Exaltacion de la santa Cruz, establecida en el siglo VIII para dar gracias á Dios por haber sido devuelta la cruz á los Cristianos.

P. ¿Quién se habia apoderado de ella?

R. Los persas, que saquearon la ciudad de Jerusalen.

P. ¿Cómo fue devuelta?

R. Del mismo modo que la habian tomado, sin disminucion ni profanacion.

P. ¿Cómo honramos la cruz?

R. Como el instrumento de que se sirvió Nuestro Señor para rescatarnos.

P. ¿Qué debemos hacer para honrar dignamente la cruz?

R. Meditar con frecuencia las lecciones que nos da, colocarla en sitio distinguido en nuestras casas, llevarla consigo, saludarla cuando pasamos, y hacer con devocion la señal de la cruz.

P. ¿Qué es el *Via crucis?*

R. El *Via crucis* ó camino de la cruz es el espacio que Nuestro Señor recorrió llevando la cruz, y que se extiende desde el palacio de Pilatos hasta el Calvario, donde fue crucificado.

P. ¿Qué se entiende aquí por *Via crucis?*

R. Un camino que representa el que recorrió Nuestro Señor con su propia cruz á cuestas.

P. ¿Cómo lo representan?

R. Con catorce cuadros, colocados de distancia en distancia, que muestran al Salvador subiendo al Calvario y muriendo por nosotros.

P. ¿Quién ha establecido el *Via crucis?*

R. Los Soberanos Pontífices para proporcionar á los fieles el medio de recorrer con el pensamiento el camino que Nuestro Señor recorrió con el peso de su cruz.

P. ¿Cuáles son los frutos de esta devocion?

R. Son : 1.° desvanecer las tinieblas de nuestro entendimiento;

2.° conmover nuestro corazon; 3.° ayudarnos á meditar los misterios de la Pasion; 4.° enriquecernos con grandes indulgencias.

Oracion y propósito, pág. 245.

LECCION L.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO. — FIESTAS DE SAN MIGUEL Y DE LOS ÁNGELES CUSTODIOS.

P. ¿Qué fiesta celebramos el 29 de setiembre?

R La de san Miguel y de todos los santos Ángeles.

P. ¿Es muy antiguo el culto de los santos Ángeles?

R. Se remonta al Antiguo Testamento, y se halla en todas las prácticas de la Iglesia, como se ve por el Prefacio, el Cánon de la misa, las Letanías y otras oraciones que son de la mas remota antigüedad.

P. ¿Qué fiestas particulares ha establecido la Iglesia para honrar los santos Ángeles?

R. Dos, la de san Miguel, y la de los Ángeles custodios.

P. ¿Con qué motivo se estableció la fiesta de san Miguel?

R. Con motivo de la aparicion de este Arcángel en el monte Gargano en Italia, en 493.

P. ¿Por qué le debemos un culto particular?

R. Porque es el jefe de la milicia celestial, porque triunfó del demonio, y es uno de los patronos de Francia.

P. ¿Qué culto rendimos á los Ángeles?

R. Un culto inferior que se refiere á Dios.

P. ¿Cómo debemos honrar á los santos Ángeles?

R. Invocándoles é imitándoles.

P. ¿Cómo debemos invocarles?

R. Con confianza, como á ministros de Dios, é intercesores y amigos nuestros.

P. ¿En qué debemos imitarles?

R. En su obediencia, en su pureza, en su piedad y en su celo.

P. ¿Qué otra fiesta ha establecido la Iglesia en honra de los santos Ángeles?

R. La de los Ángeles custodios, que se celebra el 2 de octubre y se remonta al siglo XVII.

P. ¿Qué sentimientos debe inspirarnos?

R. Una suma gratitud hácia Dios, un grande aprecio de nuestra alma, y un gran respeto hácia el prójimo que nos impida escandalizarlo jamás.

P. ¿Qué debemos á nuestro Ángel custodio?

R. Tres cosas: 1.° respeto, á causa de su presencia; 2.° gratitud, á causa de su bondad; 3.° confianza, á causa de la poderosa proteccion con que nos rodea.

Oracion y propósito, pág. 253.

LECCION LI.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO. — FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.

P. ¿Qué fiesta celebramos el 1.° de noviembre.

R. La de Todos los Santos.

P. ¿Qué sentimientos quiere inspirarnos la Iglesia en esta fiesta?

R. La alegría, la confianza y el deseo del cielo.

P. ¿Cómo nos inspira la alegría y la confianza?

R. Mostrándonos en la Epístola que el cielo está poblado de Santos de todos los países y edades; enseñándonos en el Evangelio las virtudes que debemos practicar para llegar á serlo, y diciéndonos en el Prefacio que los Santos son nuestros hermanos, que nos miran con amor, y que nos ayudan con sus poderosas oraciones.

P. ¿Cómo nos inspira el deseo del cielo?

R. Nos lo inspira porque nos recuerda en Vísperas que estamos en destierro, y nos hace suspirar con los israelitas cautivos en Babilonia por la Jerusalen celestial, nuestra verdadera patria.

P. ¿Es muy antigua la fiesta de Todos los Santos?

R. Se remonta al siglo VII, y fue establecida por el papa Bonifacio IV en Roma, de donde pasó á toda la cristiandad.

P. ¿Por qué fue establecida?

R. Para honrar á Todos los Santos, especialmente á los que no conocemos, y para dar gracias á Dios por las gracias con que ha colmado á sus elegidos y felicitarles por su ventura.

P. ¿Por qué mas?

R. Para reparar las faltas que hemos podido cometer en la celebracion de cada fiesta en particular, y para excitarnos á imitar las virtudes de los Santos.

P. ¿Qué debemos hacer para celebrar dignamente la fiesta de Todos los Santos?

R. Excitar en nuestro corazon un gran deseo del cielo, y tomar la generosa resolucion de ser santos.

P. ¿Por qué celebra la Iglesia esta fiesta al fin del año?

R. Para recordarnos que el cielo debe ser el término de nuestras tareas, y el objeto de nuestra vida.

P. Qué es la beatificacion de los Santos?

R. Un acto por el cual el Soberano Pontífice declara que una persona es bienaventurada despues de su muerte.

P. ¿Qué es la canonizacion de los Santos?

R. Una decision solemne y definitiva por la cual el Soberano Pontífice pone á una persona en el número de los Santos, y autoriza su culto en toda la Iglesia.

P. ¿Qué se necesita para proceder á la beatificacion y á la canonizacion de los Santos?

R. Milagros ciertos, obrados por ellos despues de su muerte, de modo que despliega la Iglesia en esto una prudencia enteramente divina que cierra la boca á los mismos herejes y á los impíos.

Oracion y propósito, pág. 273.

LECCION LII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO. — LOS DIFUNTOS.

P. ¿Qué fiesta se celebra el dia siguiente al de Todos los Santos?

R. La de los fieles Difuntos.

P. ¿Por qué en este dia?

R. Para indicar que la Iglesia de la tierra, la Iglesia del purgatorio y la Iglesia del cielo no forman mas que una sola Iglesia, y que todos somos hermanos.

P. ¿Ha orado siempre la Iglesia por los difuntos?

R. Desde los primeros siglos ha orado siempre por ellos el dia de

su muerte, en los aniversarios, y siempre que ofrece el santo sacrificio de la misa.

P. ¿Por qué ha establecido una fiesta particular por los difuntos?

R. Para socorrer á todas las almas del purgatorio en general.

P. ¿Es muy antigua esta fiesta?

R. Se remonta al siglo X.

P. ¿Dónde tuvo orígen?

R. En el Franco-Condado, desde donde se esparció por toda la Iglesia católica.

P. ¿Qué debemos hacer en este dia?

R. Pensar en la muerte, é ir á rezar sobre el sepulcro de nuestros parientes y amigos.

P. ¿Qué motivos tenemos para rezar por los difuntos?

R. Cuatro: la gloria de Dios, la caridad, la justicia y nuestro interés personal.

P. ¿Qué se advierte en las ceremonias de los funerales?

R. Primero: que la Iglesia nos da en ellos una grande idea del cristiano, y segundo, que nos consuela con la esperanza de la resurreccion.

P. ¿Qué significa la cruz clavada sobre la sepultura?

R. Que allí descansa el cuerpo de un cristiano, que espera con confianza el dia de la resurreccion general.

Oracion y propósito, pág. 282.

LECCION LIII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.—DEDICACION.

P. ¿Qué es la fiesta de la Dedicacion?

R. El dia en que celebramos la bendicion ó consagracion de nuestras iglesias.

P. ¿Por qué se consagran las iglesias?

R. Porque debe ser santo todo lo que sirve para el culto de Dios.

P. ¿Qué nos recuerda la primera parte de esta consagracion?

R. Que somos desterrados del cielo, y que solo podemos entrar en él tras muchos esfuerzos.

P. ¿Qué representa la segunda?

R. Nuestra entrada triunfante en el cielo detrás de Nuestro Señor, y los gozos que allí nos esperan.

P. ¿Á quién pertenece la consagracion de las iglesias?

R. Al obispo tan solo, que debe prepararse con el ayuno y largas oraciones.

P. ¿De qué es imágen la consagracion de nuestras iglesias?

R. De nuestra consagracion á Dios, porque somos sus templos vivos y miembros de Jesucristo.

P. ¿Qué se deduce de esto?

R. Que debemos ser mucho mas santos que los templos y los altares.

P. ¿De qué sentimientos debemos estar animados al ir á la iglesia?

R. De alegría y respeto, porque la iglesia es la casa de nuestro Padre, y todo lo que allí vemos nos despierta los mas preciosos recuerdos.

P. ¿Cuáles son los objetos que nos despiertan estos recuerdos?

R. Las pilas bautismales, el púlpito, el tribunal de la penitencia, los cuadros de los Santos, la mesa santa, el altar y la cruz.

P. ¿Cómo debe entrarse en la iglesia?

R. Con recogimiento y modestia, tomando agua bendita, y santiguándose con respeto y contricion.

P. ¿Cuándo debe irse á la iglesia?

R. No solamente los domingos y dias festivos, sino tambien cuando se sienten grandes tentaciones, dificultades y pesares.

P. ¿Para qué?

R. Para confiárselas á Nuestro Señor, que siempre está dispuesto á sostenernos, ilustrarnos y consolarnos.

P. ¿Por qué se dedican las iglesias bajo la invocacion de un Santo?

R. Para dar un modelo y un protector á los fieles que deben celebrar la fiesta de su Patron con mucha devocion y sincera voluntad de seguir sus huellas.

Oracion y propósito, pág. 295.

RESÚMEN GENERAL.

LA RELIGION EN EL TIEMPO Y EN LA ETERNIDAD.

P. ¿Cómo debemos considerar la Religion?

R. Primero, como un grande hecho que abarca todas las épocas, que lo explica todo, y al que todo se refiere; segundo, como un beneficio inmenso y manantial de todos los bienes que gozamos.

P. Demuéstranos que la Religion es el manantial de todos los bienes que gozamos.

R. Lo es porque á ella debemos nuestras luces, nuestras virtudes, las instituciones saludables, las buenas leyes, los Santos, y todos los hombres que verdaderamente han sido los bienhechores de sus hermanos.

P. ¿Qué debemos deducir de esto?

R. Que la Religion es divina, porque una doctrina que hace á los hombres mejores es buena, pero solo es buena porque es verdadera, y solo es verdadera porque es divina.

P. ¿Cuál es la Religion que únicamente ha hecho á los hombres mejores y los ha civilizado?

R. La Religion católica, con exclusion de los Arrianos, Mahometanos, Protestantes y filósofos; la Religion católica es por consiguiente la única buena y divina.

P. ¿Qué se propone la Religion al civilizar á los pueblos?

R. Al civilizarlos, es decir, al hacerlos mejores, se propone llevarlos paso á paso á una perfeccion y felicidad completas en la eternidad, donde les será aplicado en toda su extension el fruto de la redencion.

P. ¿Cómo se llama esa felicidad á la que nos lleva la Religion?

R. El cielo, que será el complemento de todos nuestros deseos legítimos para el cuerpo y para el alma.

P. ¿Qué desea el hombre para su cuerpo?

R. Una habitacion agradable, vestidos lujosos, salud, hermosura, agilidad, vida, y nada omite para proporcionarse todos estos bienes que el cielo nos dará sin mezcla de mal y para siempre.

P. ¿Qué deseamos para nuestra alma?

R. Saber, amar y ser amados, y sacrificamos con frecuencia la

salud, la fortuna y la vida á este deseo que el cielo satisfará con plenitud y para siempre.

P. ¿Qué mas deseamos?

R. El poder y la gloria, y en el cielo serémos reyes y estarémos rodeados de una gloria inmortal, mil veces mas brillante que la de la tierra; en una palabra, el cielo es el supremo bien sin mezcla de ningun mal, la restauracion de todas las cosas, y el descanso eterno en el órden.

P. ¿Qué debemos deducir de esto y de todo el Catecismo?

R. Que debemos amar y practicar dignamente la Religion que forma nuestra felicidad en la tierra y nos lleva á una felicidad mas perfecta en el cielo.

FIN.

ÍNDICE
DEL TOMO OCTAVO.

PARTE CUARTA.

LECCION XXXI.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

LECCION XXXII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

LECCION XXXIII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

LECCION XXXIV.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

LECCION XLVIII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

LECCION XLIX.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

LECCION L.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

LECCION LI.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

LECCION LII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

LECCION LIII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

RESÚMEN GENERAL.

LA RELIGION EN EL TIEMPO Y EN LA ETERNIDAD.

FIN DEL ÍNDICE.

ÍNDICE GENERAL DE MATERIAS

POR ÓRDEN ALFABÉTICO.

B

C

D

F

G

J

K

L

M

P



R

FIN.

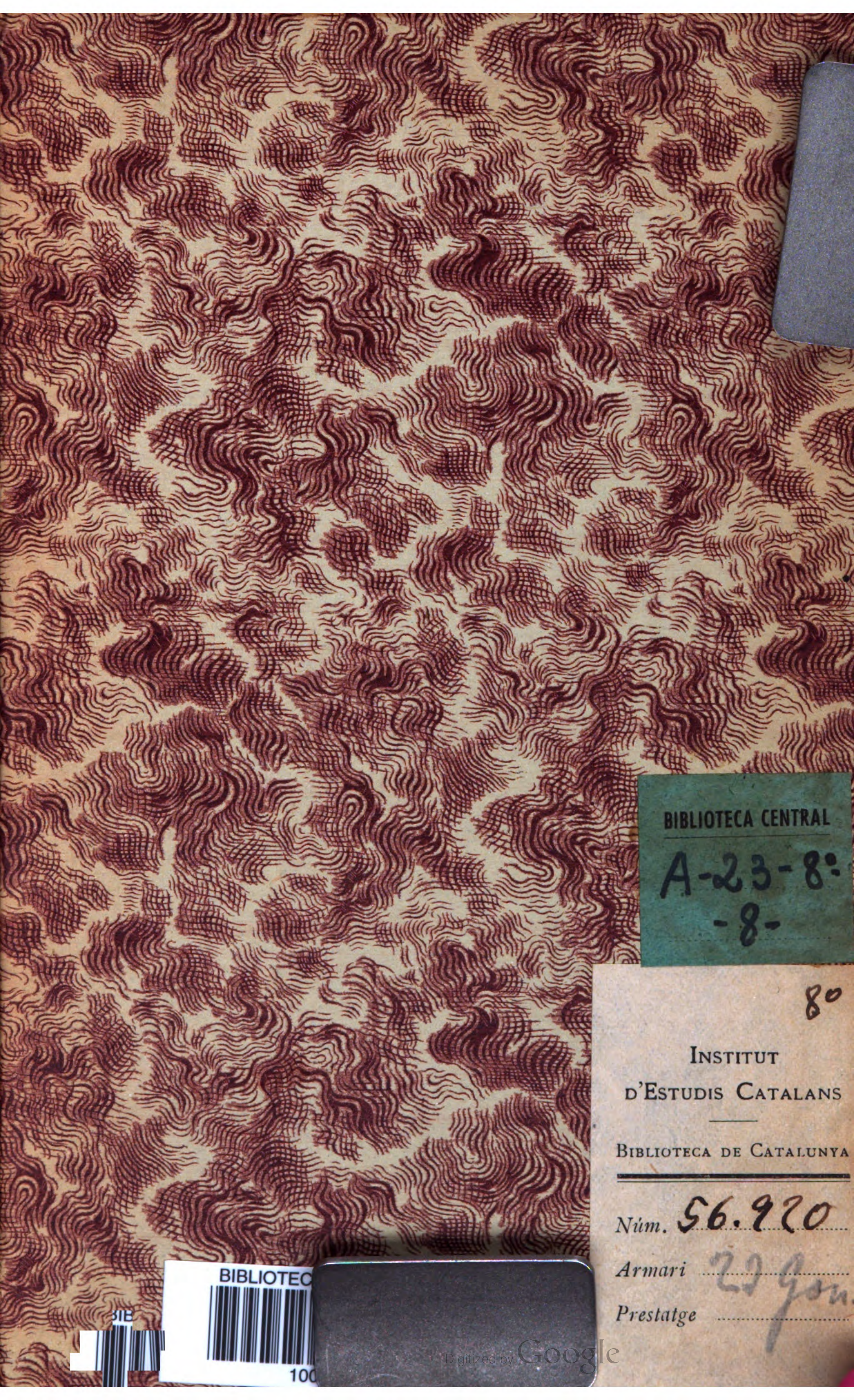
Catecismo de perseverancia ó *Exposicion histórica, dogmática, moral, litúrgica, apologética, filosófica y social de la Religion, desde el principio del mundo hasta nuestros dias*, por el abate J. Gaume, Vicario general de la diócesis de Nevers, Caballero de la Órden de San Silvestre, Socio de la Academia de la Religion católica de Roma, etc. Sexta edicion, revisada y aumentada con notas sobre la geología, y una tabla general de materias. Traducido del francés por D. Francisco Alsina y D. Gregorio Amado Larrosa.—El arreglo del índice de materias de esta obra nos ha hecho retardar la reparticion del tomo 8.º y último, que debíamos dar en diciembre, y no podemos publicar hasta el corriente enero, que repartimos juntamente con la obra que para este mes tenemos anunciada, titulada: **Ejercitatorio de la vida espiritual**, compuesto por el R. P. Fr. Francisco de Cisneros, Abad del Monasterio de Nuestra Señora de Monserrat: adicionado, anotado y aclarado por el Doctor D. Julian Gonzalez de Soto, Presbítero, sobre cuya obrita hemos dicho ya lo conveniente en el Prospecto de la seccion ascético-literaria.—Consta de un tomo en 8.º: precio 4 rs. en rústica y 6 en pasta.

En el próximo febrero darémos, segun lo anunciado, **El hombre infeliz consolado**, ó sea, **El todo para todos** del señor abate D. Diego Zúñiga.—Constará de un tomo en 8.º: precio por suscripcion 4 rs. en rústica y 6 encuadernado en pasta.

Para los meses de marzo y abril tenemos escogida la **Historia de santa Isabel de Hungría**, *duquesa de Turingia*, por el Conde de Montalembert, par de Francia. Traducida, segun la séptima edicion, al castellano por D. José Puente y Villanúa.—Hé aquí una historia que, escrita por la erudita y piadosa pluma del célebre Conde de Montalembert, ha merecido en Francia siete ediciones consecutivas. Es que la vida de tan jóven y santa Duquesa, narrada por tan ilustre y distinguido Literato, es sumamente edificante, y ofrece un interés no interrumpido, ya por la angelical pureza de sus costumbres, ya por el acendrado amor á Dios y á los pobres, que fue el alma y el móvil de todas sus obras, ya por la alegre y heróica resignacion con que supo soportar sus enormes desgracias. Ni la mas leve sombra de duda abrigamos siquiera de que dicha Historia, precedida de una magnífica *Introduccion*, en que da el autor una completa idea del siglo de la Santa, va á gustar sobremanera á nuestros suscriptores.—Constará de dos tomos en 8.º: precio 4 rs. cada uno en rústica y 6 en pasta.

Sigue abierta la suscripcion á las obras pendientes y venta de todas las ya publicadas en los mismos puntos, y en poder de los señores encargados nombrados al efecto.





BIBLIOTECA CENTRAL
A-23-8º
-8-
8º
INSTITUT
D'ESTUDIS CATALANS
BIBLIOTECA DE CATALUNYA
Núm. 56.920
Armari
Prestatge
BIBLIOTEC
Digitized by Google

